C. G. Jung

Recuerdos, sueños, pensamientos



En la primavera de 1957, al final de su vida, cuando contaba 81 años, C. G. Jung emprendió la tarea de recapitular y poner por escrito sus «*Recuerdos, sueños y pensamientos*», con la colaboración de su colega y amiga Aniela Jaffé. En esta autobiografía las anécdotas se ponen al servicio exclusivo de su concepción del inconsciente y del hombre en general. No se detiene en recoger encuentros con otras celebridades ni en pronunciar discursos sobre el curso del mundo. Esta obra constituye el memorial analítico en el que el eminente psiquiatra suizo da a conocer sus años de formación, su ambivalente relación con Freud, sus principales viajes y descubrimientos, y la gestación del conocimiento que adquirió a partir de la experiencia de contacto, en ocasiones perturbador, con las imágenes arquetípicas que surgen del fondo del alma.



C. G. Jung

Recuerdos, sueños, pensamientos

Edición a cargo de Aniela Jaffé

ePub r1.0
marcelo77 09.01.2015

Título original: *Erinnerungen Träume Gedanken*
C. G. Jung, 1961
Traducción: María Rosa Borras

Editor digital: marcelo77
ePub base r1.2



Para Elena y Laura…
a quienes Jung hubiera
dedicado complacido
este trabajo…

INTRODUCCIÓN



He looked at his own Soul with a Telescope. What seemed all irregular, he saw and shewed to be beautiful Constellations; and he added to the Consciousness hidden worlds within worlds.

COLERIDGE, *Notebooks*

EN EL VERANO DE 1956 —durante el congreso Éranos en Ascona— el editor Kurt Wolff habló por vez primera con amigos de Zurich de su deseo de publicar una biografía de Carl Gustav Jung en la editorial Pantheon de Nueva York. La doctora Jolande Jacobi, una colaboradora de C. G. Jung, propuso que se me encargara a mí tal biografía.

Todos comprendían que no se trataba de una empresa fácil, pues era conocida la aversión de Jung a dar a la publicidad su vida. Así, pues, Jung accedió sólo tras largas vacilaciones, y me concedió una tarde semanal para el trabajo en común. Era mucho si se considera su recargado plan de trabajo y su estado de salud debido a la edad.

Comenzamos en la primavera de 1957. Kurt Wolff me había presentado su proyecto de que el libro no fuera una «biografía» sino una «autobiografía»: sería el mismo Jung quien hablaría.

Esto determinó el plan general de la obra y mi primera tarea consistió exclusivamente en plantear preguntas y anotar las respuestas de Jung. Pese a que al principio se mostró algo reservado y vacilante, pronto se puso a narrar, con creciente interés sobre sí mismo, su evolución, sus sueños y sus pensamientos.

La buena disposición de Jung para el trabajo en común condujo, a fines de 1957, a realizar un paso decisivo. Tras una fase de inquietud, afluyeron imágenes de su infancia, olvidadas desde hacía mucho tiempo. Jung sospechaba su relación con las ideas de su obra de madurez, sin embargo, no podía aún concebirlo con claridad. Una mañana me participó que él mismo quería escribir sobre su infancia, de la que me había ya contado muchas cosas, pero, naturalmente, no todo.

La decisión resultó tan satisfactoria como inesperada, pues yo sabía cuánto fatigaba a Jung el escribir, y que no emprendería una labor de esta clase sin sentirla interiormente como una «misión». Así pues, su propósito me pareció confirmar que en su fuero interno aprobaba su «autobiografía».

Poco tiempo después de esta decisión anoté sus palabras:

> Un libro mío es siempre obra del destino. Existe en ello siempre algo imposible de prever, y yo no puedo prescribirme o proponerme nada. Así

> también la autobiografía toma ya ahora un camino distinto al que en un principio supuse. El que yo redacte mis antiguos recuerdos es una necesidad. Si lo abandono un sólo día, se manifiestan inmediatamente desagradables síntomas físicos. Tan pronto como vuelvo a trabajar en ello, desaparecen, y recupero la claridad mental.

En abril de 1958 Jung finalizó los tres capítulos sobre la infancia, la época escolar y los años de estudios universitarios. Él los tituló «De acontecimientos iniciales de mi vida». Se cierran con el fin de los estudios de medicina en el año 1900.

Sin embargo, ésta no fue la única aportación que Jung proporcionó al libro. En enero de 1959 Jung estaba en su casa de campo de Bollingen. Dedicaba todas las mañanas a la lectura de los capítulos de nuestro libro que ínterin iban redactándose. Cuando me devolvió el capítulo «Sobre la vida después de la muerte», dijo: «Hay algo que me inquieta. Se ha formado un desnivel y debo escribir». Así surgió el capítulo «Últimos pensamientos» en el que se exponen sus pensamientos más profundos, aunque quizás también los más extraños.

En el verano del mismo 1959 Jung escribió, también en Bollingen, el capítulo sobre «Kenia y Uganda». El capítulo sobre los pueblos indios tiene su origen en un fragmento inédito de los manuscritos que restan del año 1926 y que tratan de cuestiones generales de los pueblos primitivos.

Para complementar el capítulo «Sigmund Freud» y «El análisis del inconsciente» entresaqué diversos párrafos de un cursillo realizado en 1925. Jung informó entonces por vez primera acerca de algunas cuestiones de su evolución interna.

El capítulo «Actividades en el campo de la psiquiatría» tiene su origen en conversaciones sostenidas por Jung en 1956 con jóvenes médicos auxiliares del sanatorio Burghölzli de Zurich. En esta época trabajaba allí uno de sus nietos como psiquiatra. Las conversaciones tuvieron lugar en casa de Jung en Küsnacht.

Jung ha leído el manuscrito de este libro y lo ha autorizado. En algunas ocasiones ha realizado ciertas correcciones y propuesto algunas ampliaciones, o incluso las ha elaborado él mismo. Por mi parte, he ampliado los capítulos por él escritos basándome en las notas de nuestras conversaciones, he explicitado sus frecuentes indicaciones de tipo lapidario y suprimido las repeticiones. Cuanto más avanzaba el libro, más profunda era la amalgama entre su trabajo y el mío.

El modo como surgió el libro determinó, en cierto sentido, también el contenido. La conversación o la narración espontánea comporta el sello de la improvisación, y también adopta este carácter la «autobiografía». Los capítulos son reflejos de luz que iluminan sólo fugazmente la vida exterior de Jung y su obra. No obstante, transmiten la atmósfera de su mundo espiritual y las vivencias de un hombre para quien el alma significaba la más auténtica realidad. He interrogado muchas veces en vano a Jung acerca de cuestiones externas; sólo la esencia espiritual de lo vivido era para él inolvidable y digno de ser narrado.

Más importantes que las dificultades formales de configuración del libro lo fueron otras que afectaban a su naturaleza personal. Jung se refiere a esta cuestión en una carta a un amigo de su época estudiantil. Éste le había rogado que esbozase sus recuerdos de juventud. El intercambio de cartas tuvo lugar a fines de 1957.

> … ¡Tienes toda la razón! Cuando se es viejo anda uno a vueltas, por dentro y por fuera, con sus recuerdos de juventud. Hará unos treinta años que mis alumnos me pidieron que les explicase cómo llegué a mi concepción del inconsciente. Con tal motivo di un cursillo sobre esa cuestión. En los últimos años se me ha sugerido repetidas veces que escribiese algo así como una «autobiografía» mía. Esto sí que yo no podría concebirlo en modo alguno. Conozco demasiadas autobiografías, con sus deformaciones y convencionalismos y sé demasiado de la imposibilidad de una autodescripción para poder atreverme yo a efectuar ensayos en tal sentido.
>
> Recientemente me han solicitado datos autobiográficos y en esta ocasión he descubierto que entre mis recuerdos se ocultan ciertos problemas objetivos merecedores de una atención más cuidadosa. Así pues, he meditado sobre tal posibilidad y he llegado a la decisión de limitar mis restantes obligaciones hasta que logre analizar objetivamente siquiera los primeros inicios de mi vida. Esta tarea es tan difícil e insólita que tuve que prometerme a mí mismo no publicar los resultados mientras viva. Esta medida me pareció necesaria para asegurarme tranquilidad y aislamiento. Pues he observado que todos aquellos recuerdos que para mí se han conservado vivos suponen vivencias emotivas que sumen al espíritu en la inquietud y la pasión; ¡una condición muy desfavorable para una creación objetiva! Tu carta ha llegado «naturalmente» en el momento que he resuelto, por así decirlo, emprender esta tarea.
>
> El destino quiere ahora —como siempre ha querido— que, en mi vida, lo externo sea accidental, y sólo lo interno rija como sustancial y determinante. A consecuencia de esto también todo recuerdo de acontecimientos «externos» palidece y quizás las experiencias «externas» no fueron nunca propiamente mías o lo fueron sólo en cuanto coincidieron con fases internas de evolución. De estas manifestaciones «externas» de mi existencia se me han borrado muchas, precisamente porque, así me lo pareció, participé en ellas con todas mis fuerzas. Tales son, sin embargo, las cosas que hacen comprensible una biografía: personas que uno ha conocido, viajes, aventuras, complicaciones, reveses de la fortuna y otras cuestiones del mismo tipo. Pero para mí, con pocas excepciones, se han transformado en esquemas rememorables que en modo alguno ya no pueden dar alas a mi fantasía.
>
> Tanto más fuerte y vivo es mi recuerdo de las experiencias «internas». Pero aquí surge un problema de exposición, ante el cual me siento poco

> capacitado, por lo menos por ahora. Por tal motivo, siento no poder satisfacer tu deseo, lo cual lamento mucho…

Esta carta caracteriza la actitud de Jung: ¡pese a que «se había decidido a emprender la tarea», la carta termina con una negativa! El conflicto entre aceptación y rechazo no se apaciguó por completo hasta su muerte. Siempre quedó un resto de escepticismo y conservó el miedo a los futuros lectores. Consideraba el libro de recuerdos no como una obra científica ni como un libro suyo, sino que habló y describió la «obra de Aniela Jaffé», a la que él había prestado su colaboración. Atendiendo a su deseo no se incluirá en la serie de sus «*Obras completas*».

Jung fue especialmente reservado en los datos de sus entrevistas, sea con personalidades conocidas, sea con allegados suyos, con sus amigos.

> He hablado con muchos hombres famosos de mi época, con figuras destacadas de la ciencia y de la política, con investigadores, artistas y escritores, príncipes y grandes financieros, pero si quiero ser sincero debo decir que pocos de tales encuentros se convirtieron en una experiencia. Éramos como barcos en alta mar que mutuamente arriábamos bandera. En su mayoría estos hombres venían a pedirme también algún favor que no puedo o no debo mencionar. Por ello no he conservado ningún recuerdo a pesar de que ante los ojos fueran personalidades del mundo. Las entrevistas fueron intrascendentes; se desvanecieron rápidamente y no dejaron huellas profundas. Las relaciones que para mí significaron algo, y que despertaron en mí recuerdos de viejos tiempos, no puedo escribirlas, pues fueron no sólo la parte más íntima de mi vida, sino también de la suya. No me incumbe el abrir a las miradas del mundo las puertas eternamente cerradas.

La escasez de datos externos y concretos se suple ampliamente, sin embargo, con otras cosas: con información sobre vivencias íntimas de Jung y con multitud de pensamientos que, como él dijo, deben calificarse de biográficos. En gran medida son típicamente suyos y constituyen el fundamento de su vida. Esto vale, en primer lugar, para los pensamientos religiosos. El libro incluye las convicciones religiosas de Jung.

Fueron diversos los caminos que condujeron a Jung a analizar cuestiones religiosas: experiencias propias, que de niño ya le enfrentaron con la realidad de la experiencia religiosa, que le acompañaron hasta el fin de su vida, y un irrefrenable imperativo mental que abarcó todo cuanto hace referencia al alma, a sus atributos y manifestaciones y le caracterizó como científico —*last but not least*—, y su conciencia médica. Jung se sentía ante todo médico. No se le escapó que la postura religiosa desempeña un papel decisivo en la terapia de los hombres con afecciones del alma. En ello se basó su reconocimiento de que el alma crea espontáneamente

imágenes de contenido religioso; de que, por consiguiente, el alma es «religiosa por naturaleza». Jung reconoció que la causa de numerosas neurosis, en especial en la segunda mitad de la vida, son un debilitamiento de esta naturaleza fundamental.

El concepto de Jung de lo religioso se diferencia en muchos aspectos del cristianismo tradicional. Particularmente en su respuesta a la cuestión del mal y en la representación de un Dios no sólo bueno o «querido». Desde el punto de vista del cristianismo dogmático, Jung era un disidente. Esto lo pudo notar él mismo, una y otra vez, en la oposición que, en todo el mundo, hallaron sus obras. Sufrió por ello, y en diversos pasajes de este libro se entrevé la desilusión del investigador que en sus convicciones religiosas no se siente comprendido del todo. Más de una vez se dejó llevar por excesivo ímpetu: «¡En la Edad Media me hubieran quemado!». Sólo después de su muerte se elevaron las voces de los teólogos afirmando que no debe considerarse a Jung al margen de la historia de la Iglesia de nuestro siglo.

Jung conocía a fondo el cristianismo y las más importantes de sus obras se ocupan de las cuestiones religiosas del cristiano, y las analizó desde el punto de vista de la psicología y en la consciente limitación del problema teológico. Al hacer esto, contrapuso a la exigencia cristiana de la fe, la necesidad de la comprensión y la meditación. Para él era esto una evidencia y una necesidad vital.

> Creo que todos mis pensamientos giran alrededor de Dios, como los planetas alrededor del sol y, así como éstos son atraídos por el mismo sol, mis pensamientos lo son irremisiblemente por Él. Me tendría por el más empedernido pecador si opusiera resistencia a este poder,

escribió en 1952 a un joven seminarista.

En su libro de memorias Jung habla por primera y única vez de Dios y de su experiencia personal de Dios. En los días en que escribía sobre su protesta juvenil contra la Iglesia, dijo una vez: «Entonces vi claro que Dios, por lo menos para mí, era una de mis experiencias inmediatas más ciertas». En su obra científica Jung no habla de Dios, sino de «la imagen de Dios en el alma humana». Esto no es ninguna contradicción, sino que en una ocasión se manifiesta subjetivamente, basándose en la experiencia, y en la otra lo hace de modo científico y objetivo. En una ocasión habla el hombre, en cuyos pensamientos participan también sentimientos pasionales, la intuición y experiencias internas y externas. Y en la otra habla el investigador, cuyas manifestaciones no traspasan los límites teóricos del conocimiento, sino que se ciñen conscientemente a los hechos y a lo demostrable. Como científico, Jung era un empírico. Cuando para sus memorias hablaba de sus sentimientos y experiencias personales en materia de religión, presuponía la buena voluntad del lector para seguirle a través de sus experiencias subjetivas. Pero sólo el que haya tenido experiencias semejantes podrá reconocer por valederas para sí las afirmaciones subjetivas de Jung. Expresado de otro modo: el que tenga en su alma una imagen de

Dios de iguales o parecidos rasgos.

Cuanto más positiva y activamente intervenía Jung en la redacción de su «autobiografía», tanto más era de prever su duradera actitud crítica y negativa en lo referente a su publicación. Temía la reacción del público, y no en última instancia por la franqueza con que exponía sus experiencias y pensamientos religiosos. Las antipatías que suscitó con su libro *Antwort auf Hiob* (*Respuesta a Job*) eran todavía demasiado recientes y demasiado dolorosas la incomprensión e insensatez del mundo.

> Toda mi vida he conservado estas notas, y nunca quise que se publicaran, pues si con ello pasara algo, sería más grave que con otros libros. No sé si estaré lo suficiente lejos de este mundo para que los dardos no puedan alcanzarme y no tenga que soportar las críticas adversas. He sufrido demasiado la incomprensión y el aislamiento a que se llega cuando se dicen cosas que los hombres no comprenden. Si ya el libro Job ha encontrado tanta incomprensión, mis memorias tendrán un resultado todavía más negativo. La «autobiografía» es mi vida observada a la luz de lo que he investigado. Lo uno es lo otro y por ello la lectura de este libro es difícil para aquellos que no conocen mis pensamientos o no los comprenden. Mi vida es en cierto sentido la quintaesencia de lo que he escrito y no a la inversa. Cómo soy y cómo escribo son una misma cosa. Todos mis pensamientos y todo mi afán, ése soy yo. Así pues, la «autobiografía» no es más que el punto sobre la *i*.

Durante los años en que las memorias adquirieron forma se llevó a cabo en Jung un cierto proceso de objetivación y transformación. Cada capítulo se distanciaba más, por así decirlo, de sí mismo y acabó por verse desde lejos, al igual que al significado de su vida y obra.

> Si pregunto por el valor de mi vida, sólo puedo medirme con los pensamientos de los siglos, y entonces debo decir: Sí, significa algo. Medido con los pensamientos de hoy no significa nada.

Lo impersonal de esta expresión, así como la sensación de continuidad histórica que se desprenden de estas palabras son características de Jung. Ambos aspectos destacan con más fuerza a lo largo de cada capítulo.

De hecho, el libro de memorias de Jung se encuentra íntimamente unido a su pensamiento científico. Pero quizás no existe mejor introducción al mundo espiritual de un investigador que el relato de cómo se le ocurrieron sus ideas, y la información acerca de las vivencias subjetivas que se encuentran detrás de sus conocimientos. La «autobiografía» de Jung cumple en gran medida el objetivo de una introducción afectiva.

El capítulo «Acerca del origen de la obra» es en realidad un fragmento. ¿Cómo podía ser de otro modo en una obra de más de veinte volúmenes? Tampoco Jung se hubiera decidido a dar una visión de conjunto de su ideología ni en conversaciones, ni en un escrito redactado por él mismo. Cuando en una ocasión se le encargó esto, escribió en su típico estilo, algo drástico:

> … debo decir que una cosa así está por completo fuera de mi alcance. No podría expresar sencillamente en forma breve lo que extensamente he expuesto con tantas dificultades y esfuerzos. Debería prescindir de todo el material de pruebas y sólo podría emplear un estilo apodíctico, lo que no facilitaría en modo alguno la difícil comprensión de mis resultados. La actividad propia de la familia de los rumiantes, que consiste en la regurgitación de lo ya comido, es para mí lo opuesto a lo que despierta el apetito…

Que el lector considere el capítulo «Acerca del origen de la obra» simplemente como breve ojeada retrospectiva del viejo maestro.

El corto glosario que he añadido a instancias del editor facilita algunas aclaraciones introductorias a los no familiarizados con la obra y terminología de Jung. Siempre que ha sido posible me he referido a los conceptos de la psicología de Jung mediante citas de sus obras. Las citas pueden, sin embargo, servir exclusivamente de indicación. Jung ha utilizado siempre los conceptos por él empleados de un modo distinto y siempre nuevo, y ha dejado en acertijo o misterio lo indefinible adscrito a la realidad psíquica.

Son muchos los que me han ayudado en esta tarea difícil y agradable a la vez. Sea porque siguieron con interés la lenta evolución de la obra, sea porque estimularon el trabajo con solicitudes y críticas. A todos ellos expreso mi agradecimiento. Citaré solamente a Helene y Kurt Wolff, Locarno, que contribuyeron a la realización de la idea del libro, a Marianne y Walther Niehus-Jung, Küsnacht ZH, que me ayudaron en los años iniciales con su consejo y apoyo, y a Richard F. C. Hull, Palma de Mallorca, que me aconsejó amablemente con paciencia inagotable.

ANIELA JAFFÉ
Diciembre 1961

PRÓLOGO



MI VIDA ES LA HISTORIA DE LA AUTORREALIZACIÓN DE LO INCONSCIENTE. Todo cuanto está en el inconsciente quiere llegar a ser acontecimiento, y la personalidad también quiere desplegarse a partir de sus condiciones inconscientes y sentirse como un todo. Para exponer este proceso de evolución no puedo utilizar el lenguaje científico; pues yo no puedo experimentarme como problema científico.

Lo que se es según la intuición interna y lo que el hombre parece ser *sub specie aeternitatis* se puede expresar sólo mediante un mito. El mito es más individual y expresa la vida con mayor exactitud que la ciencia. La ciencia trabaja con conceptos de término medio que son demasiado generales para dar cuenta de la diversidad subjetiva de una vida individual.

Así pues, me he propuesto hoy, a mis ochenta y tres años, explicar el mito de mi vida. Sin embargo, no puedo hacer más que afirmaciones inmediatas, sólo «contar historias». Si son verdaderas no es problema. La cuestión consiste solamente en si este es *mi* cuento, *mi* verdad.

Lo más difícil en la configuración de una autobiografía consiste en que no se posee ninguna medida, ningún terreno objetivo desde el cual juzgar. No hay posibilidad de comparación. Yo sé que en muchas cosas no soy como los demás, pero no sé, sin embargo, cómo soy yo realmente. El hombre no puede compararse con nada: no es un mono, ni una vaca, ni un árbol. Soy una persona. ¿Pero qué es esto? Como todo ente, también yo me separé de la divinidad infinita, pero no puedo confrontarme con ningún animal, con ninguna planta y con ninguna piedra. Sólo un ente mítico está por encima de los hombres. ¿Cómo se puede tener una opinión definitiva acerca de sí mismo?

Una persona es un proceso psíquico al que [ella misma] no domina, o sólo parcialmente. Por eso no puede dar un juicio final de sí misma ni de su vida. Para ello tendría que saber todo lo que la concierne, pero a lo más que llega es a figurarse que lo sabe. En el fondo, uno nunca sabe cómo ha ocurrido nada. La historia de una persona tiene un comienzo, en cualquier punto del que uno se acuerda, pero ya entonces era muy complicado. Uno no sabe adonde va a parar la vida. Por esto el relato no tiene comienzo, y la meta sólo se puede indicar aproximadamente.

La vida del hombre es un intento arriesgado. Sólo cuantitativamente se le puede considerar como un fenómeno prodigioso. Es tan efímero, tan insuficiente, que es un milagro que pueda existir algo y desarrollarse. Esto me impresionó ya cuando era estudiante de medicina, y me pareció que sería un milagro no morir prematuramente.

La vida se me ha aparecido siempre como una planta que vive de su rizoma. Su

vida propia no es perceptible, se esconde en el rizoma. Lo que es visible sobre la tierra dura sólo un verano. Luego se marchita. Es un fenómeno efímero. Si se medita el infinito devenir y perecer de la vida y de las culturas se recibe la impresión de la nada absoluta; pero yo no he perdido nunca el sentimiento de algo que vive y permanece bajo el eterno cambio. Lo que se ve es la flor, y ésta perece. El rizoma permanece.

En el fondo sólo me parecen dignos de contar los acontecimientos de mi vida en los que el mundo inmutable incide en el mutable. De ahí que hable principalmente de los acontecimientos internos. A ellos pertenecen mis sueños e imaginaciones. Además constituyen la materia prima de mi trabajo científico. Fueron como de lava y de basalto que cristaliza en piedra tallable.

Al lado de los acontecimientos internos los demás recuerdos (viajes, personas y ambiente) se esfuman. La historia de la época la han vivido y escrito muchos: mejor leerles a ellos o escuchar cuando alguien la cuenta. El recuerdo de los factores externos de mi vida ha desaparecido o se ha difuminado en su mayor parte. Sin embargo, los encuentros con la otra realidad, el choque con el inconsciente han marcado mi memoria de modo indeleble. En este aspecto hubo siempre plenitud y riqueza, y todo lo demás quedó eclipsado.

Así, pues, también los hombres se convirtieron en recuerdos imborrables sólo cuando en el libro de mi destino tenían ya sus nombres incorporados desde mucho tiempo antes, y su conocimiento venía a ser como una revelación.

También las cosas que en la juventud o posteriormente me afectaron desde lo externo y se me hicieron importantes lo fueron al quedar incorporadas a la experiencia interna. Llegué muy pronto a la convicción de que si no se da una respuesta y solución desde lo interno a las relaciones de la vida, su significado es muy pobre. Las circunstancias externas no pueden sustituir a las internas. Por eso mi vida es pobre en acontecimientos externos. De ellos no puedo decir gran cosa, porque lo que dijera me parecería vacío o trivial. Sólo puedo comprenderme a partir de los sucesos internos. Constituyen lo peculiar de mi vida, y de ellos trata mi «autobiografía».

INFANCIA



MEDIO AÑO DESPUÉS DE MI NACIMIENTO (1875) mis padres se trasladaron de Kesswil (cantón de Thurgau) junto al lago de Constanza, a la parroquia del castillo de Laufen, más allá de la cascada del Rin.

Mis recuerdos se remontan aproximadamente a los dos o tres años. Recuerdo la casa del párroco, el jardín, los libros infantiles, la iglesia, el castillo, la cascada del Rin, el castillo de Worth y la finca de Messmer. Son islas de recuerdo que flotan en un mar indeterminado, aparentemente sin relación alguna.

De aquí emerge un recuerdo, quizás el primero de mi vida y, por consiguiente, sólo una impresión bastante vaga: yazco en un cochecito a la sombra de un árbol. Es un bello y caluroso día de verano, de cielo azul. Los dorados rayos del sol juguetean a través de las hojas. La cubierta del cochecito es alzada. Despierto en medio de tanta belleza y siento un indescriptible bienestar. Veo brillar el sol a través de las hojas y flores de los árboles. Todo es extraordinariamente maravilloso, alegre y vivo.

Otro recuerdo: estoy sentado en nuestro comedor en la parte occidental de la casa, en una alta silla para niños, y tomo leche caliente con trocitos de pan. La leche tiene sabor agradable y olor característico. Era la primera vez que percibía tal olor. Fue el momento en que desperté, por así decirlo, al sentido del olfato. Este recuerdo perduró en mí mucho tiempo.

O bien: un bello atardecer de verano. Mi tía dice: «Ahora quiero mostrarte algo». Salió conmigo de la casa, y tomamos la carretera hacia Dachsen. Allá lejos, bajo el horizonte, estaba la cadena de los Alpes en resplandeciente puesta de sol. Se veía claramente cada atardecer. «Mira ahora allí, las montañas son todas rojas». ¡Entonces vi por vez primera los Alpes! Después me enteré que los niños de Dachsen harían al día siguiente una excursión escolar a Zurich a través del Uetliberg. Yo quise ir con ellos a todo trance. Bien a mi pesar fui informado de que niños tan pequeños no debían ir, pues nada tenían que hacer allí. A partir de entonces Zurich y el Uetliberg se convirtieron en un país maravilloso e inaccesible, próximo a las resplandecientes montañas nevadas.

De poco tiempo después: mi madre me llevó consigo a Thurgau a visitar a unos amigos. Tenían un castillo junto al lago de Constanza. Una vez allí, no podía apartarme de la orilla. El sol centelleaba en el agua. El oleaje, cansado por el vapor, llegaba a la orilla. Dibujaba pequeñas estrías en la arena del fondo. El lago se extendía en lejanías imposibles de divisar y esta inmensidad producía una felicidad inimaginable, de una grandeza sin igual. Entonces se apoderó de mí la idea de que debía vivir junto a un lago. Sin agua, pensé yo, no hay quien pueda vivir.

Otro recuerdo: gentes extrañas, agitación, movimiento. La sirvienta vino corriendo: «Los pescadores han desembarcado un cadáver que fue arrastrado por la cascada del Rin y quieren ponerlo en el lavadero». Mi padre dijo: «Sí, sí». Quise inmediatamente ver el cadáver. Mi madre me contuvo y me prohibió terminantemente salir al jardín. Cuando los hombres se hubieron marchado, corrí sigilosamente al lavadero, atravesando el jardín. Pero las puertas estaban cerradas. Entonces di la vuelta a la casa. En la parte posterior había un acceso abierto hacia la pendiente. Agua y sangre goteaban allí. Esto me interesó extraordinariamente. Por entonces no tenía yo todavía cuatro años.

Otra imagen emerge de mis recuerdos: me siento intranquilo, febril, desvelado. Mi padre me lleva en brazos, me pasea por la habitación y canta viejas canciones de estudiante. Me acuerdo de una que me gustó especialmente y que siempre me ha emocionado. Era la canción llamada del Landesvater (canción festiva coreada en reuniones estudiantiles): «Todo está en silencio, todos se inclinan…», así comenzaba más o menos. Hoy recuerdo todavía la voz de mi padre que cantaba para mí en el silencio de la noche.

Sufría, como mi madre me contó más tarde, de eccema agudo. Presagios sombríos de dificultades en el matrimonio de mis padres me inquietaban. Mi enfermedad tuvo que ver seguramente con una separación temporal de mis padres (1878). Mi madre estuvo entonces varios meses en un hospital de Basilea y posiblemente su afección era consecuencia de su decepción en el matrimonio. De mí se ocupaba una tía mía, veinte años mayor que mi madre. La larga ausencia de mi madre me fue difícil de soportar. Desde entonces sentí desconfianza siempre que oía la palabra «amor». El sentimiento que me unía con lo «femenino» fue durante mucho tiempo inseguridad natural. «Padre» significaba para mí seguridad y… debilidad. Éste fue el obstáculo con que yo tropecé. Posteriormente esta impresión revivió en mí. Creía tener amigos pero me decepcioné de ellos, y, en cambio, fui desconfiado frente a las mujeres que no me decepcionaron.

Durante el tiempo en que mi madre estuvo ausente, también se ocupó de mí nuestra sirvienta. Recuerdo todavía cómo me tomaba en brazos y ponía yo mi cabeza sobre sus hombros. Tenía cabellos negros y un tinte oliváceo y era completamente distinta a mi madre. Recuerdo la raíz del cabello, el cuello de piel intensamente pigmentada y la oreja. Ello me causaba extrañeza y a la vez me resultaba chocante. Era como si ella no perteneciera a mi familia sino solamente a mí y como si dependiera de un modo incomprensible para mí de otras cosas enigmáticas que no podía comprender. El tipo de la muchacha se convirtió posteriormente en un aspecto de mi ánima. La sensación de lo extraño y, sin embargo, conocido ya previamente, que ella me producía, fue lo característico de aquel tipo que posteriormente representó para mí la esencia de lo femenino.

De la época de la separación de mis padres hay otra imagen rememorativa: una muchacha joven, muy bonita y simpática, con ojos azules y cabellos rubios, me llevó

a pasear en un claro día de otoño bajo los dorados arces y castaños, íbamos a lo largo del Rin, al pie de la cascada del Rin y cerca del castillo de Worth. El sol brillaba entre el follaje y doradas hojas cubrían el suelo. La joven muchacha se convirtió más tarde en mi madre política. Ella admiraba a mi padre. Sólo volví a verla cuando tenía veintiún años.

Éstos son mis recuerdos «externos». Lo que ahora sigue son cosas más fuertes, ciertamente subyugantes, que en parte sólo recuerdo confusamente: una caída por las escaleras, un golpe contra las patas hirientes de la estufa. Recuerdo el dolor y la sangre, un médico me cosió una herida en la cabeza, cuya cicatriz fue visible hasta mis años de instituto. Mi madre me contó que una vez fui con la sirvienta a Neuhausen por el puente sobre la cascada del Rin, caí de repente y mi pierna resbaló bajo la barandilla. La muchacha pudo aún agarrarme y sacarme a rastras. Estas circunstancias indican un impulso suicida inconsciente, relativo a una fatal aversión a la vida en este mundo.

Por la noche subsistían vagos temores. Me rondaban fantasmas. Se oía siempre el estrépito sordo de la cascada del Rin y a su alrededor se extendía una zona de peligro. Hombre ahogados, un cadáver cayó de las rocas. En el cercano cementerio hace el Messmer un agujero; tierra parda amontonada. Hombres enlutados con levita, extraños sombreros altos y relucientes zapatos negros, llevaban una caja negra. Mi padre está también allí con vestido talar y habla con voz de trueno. Las mujeres lloran. Esto significa que se sepulta a alguien en esta fosa. Algunos de los allí presentes dejan repentinamente de verse. Yo oí que se les enterraba o que *hêr* Jesús se los había llevado.

Mi madre me había enseñado una oración que yo debía rezar cada noche. Lo hacía con gusto porque me daba un cierto sentimiento reconfortante frente a la confusa inseguridad de la noche:

Extiende ambas alas,
Oh Jesús, mi amigo,
Y torna tu pastelito.
Si Satanás quiere tragárselo
haz que los angelitos canten:
Este niño saldrá incólume.

Hêr Jesús resultaba confortante, un *hêr*[1], benévolo y gentil como el *hêr* Wegenstein en el castillo, rico, poderoso, apreciado y atento para con los niños durante la noche. Por qué tenía alas como un pájaro era un pequeño milagro que dejó de preocuparme. Pero mucho más importante y objeto de muchas meditaciones era el hecho de que los niños se compararan con pequeños pasteles que, por lo visto, sólo contra su voluntad y como una amarga medicina fueran «tomados». Esto me resultaba difícil de comprender. Comprendía fácilmente que a Satanás le gustasen los

pastelitos y se debía impedir que se los tragara. Puesto que el *hêr* Jesús no lo permitía. Satanás no podía tragárselos. Tal era mi argumento «tranquilizante». Sin embargo, esto significaba también que el *hêr* Jesús «comía» también a otra gente lo que significaba un foso en la tierra.

La siniestra conclusión por analogía tuvo fatales consecuencias. Empecé a desconfiar del *hêr* Jesús. Perdió su aspecto de pájaro grande, acogedor y benévolo y quedó asociado a los enlutados y tétricos hombres de levita con sombrero de copa y relucientes zapatos negros que se ocupaban de la caja negra.

Estas meditaciones me condujeron al primer trauma[*] de mi vida. En un cálido día de verano estaba yo sentado, solo, en la carretera ante mi casa y jugaba en la arena. La carretera conducía de la casa a una colina, la subía y más allá se perdía en el bosque. Desde la casa se podía divisar un largo trecho del camino. Por el camino vi venir del bosque una figura con amplio sombrero y largas vestiduras negras. Tenía el aspecto de un hombre que llevaba vestiduras de mujer. La figura fue acercándose lentamente y pude comprobar que se trataba realmente de un hombre que llevaba una clase de vestido negro que le llegaba hasta los pies. Su mirada me infundió miedo, que se convirtió rápidamente en temor y pánico, pues surgió en mí el pensamiento horripilante: «¡Es un jesuita!». Hacía poco que había oído una conversación de mi padre con un colega suyo sobre las intrigas de los «jesuitas». Del tono de sus observaciones, mitad indignado, mitad angustiado, saqué la impresión de que «jesuita» significaba algo especialmente peligroso, incluso para mi padre. En el fondo yo no sabía qué significaba «jesuita», pero la palabra «Jesús» me era conocida por mi oración.

Por lo visto, el hombre que descendía por el camino, pensé yo, iba disfrazado. Por esto llevaba vestidos de mujer. Probablemente tenía malas intenciones. Con terrible espanto entré precipitadamente en casa, subí por la escalera hasta el ático, donde me oculté bajo una viga en un oscuro ángulo. No sé cuánto tiempo permanecí allí. Debió ser mucho porque cuando regresé al primer piso y con desconfianza miré por la ventana, la negra figura ya no se divisaba. Pero seguí con el miedo en el cuerpo durante días y resolví permanecer en casa. Y cuando, tiempo después, volví a jugar a la carretera, el lindero del bosque era para mí objeto de inquieta atención. Naturalmente, más tarde comprendí que la figura negra era un inofensivo sacerdote católico.

Aproximadamente por esta época —no puedo decir con seguridad absoluta si fue antes o después del mencionado acontecimiento— tuve el primer sueño del que logro acordarme y del cual debía ocuparme, por así decirlo, toda mi vida. Tenía yo entonces tres o cuatro años.

La casa parroquial se erguía solitaria cerca del castillo de Laufen, y detrás de la finca de Messmer se extendía un amplio prado. En sueños penetré en este prado. Allí descubrí de pronto, en el suelo, un oscuro hoyo tapiado, rectangular, nunca lo había visto anteriormente. Por curiosidad me acerqué y miré en su interior. Entonces vi una

escalera de piedra que conducía a las profundidades, titubeante y asustado descendí por ella. Abajo se veía una puerta con arcada románica cerrada por un cortina verde. La cortina era alta y pesada, como de tejido de malla o de brocado, y me llamó la atención su muy lujoso aspecto. Curioso por saber lo que detrás de ella se ocultaba, la aparté a un lado y vi una habitación rectangular de unos diez metros de largo débilmente iluminada. El techo, abovedado, era de piedra y también el suelo estaba enlosado. En el centro había una alfombra roja que iba desde la entrada hasta un estrado bajo. Sobre éste había un dorado sitial extraordinariamente lujoso. No estoy seguro, pero quizás había encima un rojo almohadón. El sillón era suntuoso, ¡como en los cuentos, un auténtico trono real! Más arriba había algo. Era una gigantesca figura que casi llegaba al techo. En un principio creí que se trataba de un elevado tronco de árbol. El diámetro medía unos cincuenta o sesenta centímetros y la altura era de cuatro o cinco metros. La figura era de extraños rasgos: de piel y carne llena de vida y como remate había una especie de cabeza, de forma cónica, sin rostro y sin cabellos; únicamente en la cúspide había un solo ojo que miraba fijamente hacia arriba.

La habitación estaba relativamente bien iluminada, pese a que no había luz ni ventanas. Sin embargo, allí, en lo alto, reinaba bastante claridad. La figura no se movía, no obstante, yo tenía la sensación de que a cada instante podía descender de su tronco en forma de gusano y venir hacia mí arrastrándose. Quedé como paralizado por el miedo. En tan apurado momento oí la voz de mi madre como si viniera de fuera y de lo alto, que gritaba: «Sí, mírale. ¡Es el ogro!». Sentí un miedo enorme y me desperté bañado en sudor. A partir de entonces muchas noches tenía miedo a dormirme, pues temía que se repitiera un sueño semejante.

Este sueño me preocupó durante años. Sólo, mucho más tarde, descubrí que la extraña figura era un falo y, sólo décadas después, que se trataba de un falo ritual. No podía discernir si mi madre me había dicho «Ése es el ogro» o «Es el ogro», en el primer caso se referiría ella a que el devorador de niños no es «Jesús» o el «jesuita», sino el falo; en el segundo, que el devorador de hombres se representa en general por el falo, por lo tanto, el sombrío «hêr Jesús», el jesuita y el falo serían idénticos.

El significado abstracto del falo señala que el miembro es entronizado de un modo en sí itifálico (ἰδύς = erguido). El foso en el prado representaba ciertamente una tumba. La tumba misma es un templo subterráneo cuya cortina verde recordaba el prado; aquí, pues, representa el secreto de la tierra cubierta de verde vegetación. La alfombra era de color rojo sangre. ¿Por qué el techo abovedado? ¿Es que había yo estado ya en el Munot, en el torreón de Schaffhausen? Posiblemente no, no se llevaría allí a un niño de tres años. Así, pues, no podía tratarse de un recuerdo. Igualmente el origen del itífalo anatómicamente correcto se desconocía. La significación del *orificium urethrae* como ojo, y encima de él un foco luminoso alude a la etimología de falo: φαλός = luminoso, brillante.[2]

El falo de este sueño parece ser en todo caso un dios infernal y no un Dios digno

de mención. Como tal le recordé durante toda mi juventud y lo evocaba siempre que se hablaba de Jesucristo Nuestro Señor. Para mí, el «hêr» Jesús nunca fue algo completamente real, ni del todo aceptable o digno de estima, pues siempre volvía a pensar en su rival infernal como en una aparición espantosa, no buscada por mí.

El «disfraz» del jesuita proyectaba sus sombras sobre la instrucción cristiana que había recibido. Me parecía a menudo una máscara festiva, como una especie de pompas fúnebres. Allí la gente podía adoptar ciertamente una expresión seria o triste, pero en el fondo parecían reír en secreto y no estar tristes en absoluto. El «hêr» Jesús se me presentaba como una especie de Dios de los muertos, ciertamente dispuesto a prestar ayuda, y a la vez a dispersar los espectros nocturnos, pero también inquietante y lúgubre por haber sido crucificado y ser un sangriento cadáver. Sus amores y bondades, constantemente ensalzadas, me parecieron siempre dudosas, especialmente también porque gente con levita negra y relucientes zapatos, que me recordaban siempre los sepelios, hablaban del «querido *Hêr* Jesús». Eran los colegas de mi padre y ocho tíos míos —todos ellos sacerdotes—. Me infundieron miedo durante muchos años. Y no digamos de los eventuales sacerdotes católicos que me recordaban al terrible «jesuita», y los jesuitas habían causado temor y disgustos incluso a mi padre. En los años siguientes hasta la primera comunión me esforcé todo lo posible por lograr la exigida actitud positiva respecto a Cristo. Pero no pude nunca superar mi secreta desconfianza. Al fin y al cabo, el miedo al «hombre enlutado» lo experimenta todo niño, y no constituyó en absoluto lo esencial de aquella experiencia, sino la inquietante conclusión a que llegó mi cerebro de niño: «Ése es un jesuita». Así también en el sueño lo esencial es la curiosa interpretación simbólica y la inaudita justificación del «ogro». No es el infantil aspecto del «devorador de hombres», sino el que estuviera sentado en un áureo trono infernal. Para mi conciencia infantil de entonces el rey se sentaba en primer lugar en un trono áureo pero después, en uno dorado mucho más alto y mucho más bello se sentaban el buen Dios y el *Hêr* Jesús en lo más alto del cielo con una corona dorada y vestido blanco. Sin embargo, de este *Hêr* Jesús bajó del bosque el «jesuita», con falda negra, con amplio sombrero negro. Tuve que mirar todavía muchas veces hacia allí por si algún peligro me amenazaba.

En sueños descendí a la caverna y encontré otro ser en el áureo trono, inhumano e inmundo, que miraba fijamente hacia arriba y se alimentaba de carne humana. Sólo cincuenta años después me sorprendió un párrafo de un comentario sobre ritos religiosos en que se hablaba de los motivos fundamentalmente antropológicos en el simbolismo de la eucaristía. Entonces vi claro lo poco infantil, lo maduro, incluso la excesiva madurez del pensamiento que en estos dos acontecimientos comenzaba a hacerse consciente. ¿Quién hablaba entonces en mí? ¿Qué espíritu ha imaginado este suceso? ¿Qué meditada razón se encontraba en este hecho? Ya sé que todo débil mental siente tentación de delirar por «hombres negros» y «devoradores de hombres» y por «casualidades» e «interpretaciones» ulteriores para borrar rápidamente algo incómodo que espanta y con ello no perturbar la tranquilidad familiar. Ah, estos

bravos hombres virtuosos y sanos me hacen el efecto de aquellos renacuajos optimistas que en un charco de lluvia se agitan alegremente al sol, apretados unos con otros, en el más mísero de los arroyos, sin sospechar que mañana el charco estará seco.

¿Qué hablaba entonces en mí? ¿Quién pronunciaba frases de profunda problemática? ¿Quién asociaba lo superior y lo inferior y asentaba de este modo el fundamento de todo cuanto sembró toda la segunda mitad de mi vida de tempestades del más apasionado carácter?

¿Quién perturbaba la serena e inocente infancia con graves presentimientos de la vida en su plena madurez? ¿Quién sino el huésped extraño que venía de arriba y de abajo?

Con este sueño infantil fui iniciado en los secretos de la tierra. Tuvo lugar entonces, por así decirlo, una sepultura en la tierra y transcurrieron años hasta que reaparecí. Hoy sé que sucedió para introducir en la oscuridad la mayor cantidad posible de luz. Fue un tipo de iniciación en el imperio de las tinieblas. Entonces mi vida espiritual dio comienzo inconscientemente.

Ya no me acuerdo de nuestro traslado a Klein-Hüningen (Basilea) en 1879, pero sí, en cambio, de un suceso que tuvo lugar algunos años después: Una noche mi padre me sacó de la cama y me llevó en brazos a nuestra glorieta orientada hacia el oeste y me mostró el cielo vespertino que resplandecía con los más soberbios tonos verdes. Esto fue después de la erupción del Krakatoa en 1883.

En otra ocasión mi padre me llevó al aire libre y me mostró un gran cometa que se encontraba al este del horizonte.

Una vez hubo una gran inundación. El río Wiese, que atraviesa la aldea, había roto los diques. En su curso superior hundió un puente. Catorce personas se ahogaron y fueron arrastradas por las amarillas aguas hacia el Rin. Cuando las aguas volvieron a su cauce se dijo que había cadáveres en la arena. No hubo manera de detenerme. Encontré el cadáver de un hombre de mediana edad, vestido con levita negra, ¡por lo visto acababa de salir de la iglesia! Yacía allí, medio enterrado en la arena y con el brazo sobre los ojos. Con gran espanto de mi madre, me fascinaba también el presenciar cómo degollaban a un cerdo. Todas estas cosas resultaban del mayor interés para mí.

De aquellos años vividos en Klein-Hüningen proceden también mis primeros recuerdos sobre el arte pictórico. En la paterna casa, la casa parroquial data del siglo XVIII, había una solemne sala oscura. Había allí buenos muebles y de las paredes colgaban cuadros. Recuerdo especialmente un cuadro italiano que representaba a David y Goliat. Se trataba de una copia procedente del taller de Guido Reni, el original se encuentra en el Louvre. No sé cómo llegó a pertenecer a nuestra familia. Había otro cuadro antiguo que actualmente se encuentra en casa de mi hijo; era un paisaje de Basilea de principios del siglo XIX. Muchas veces me deslizaba secretamente en la oscura habitación abandonada y permanecía largas horas sentado

ante los cuadros para contemplar esta belleza. Era ciertamente la única belleza que conocía.

Una vez —yo era aún muy pequeño, tendría unos seis años— mi tía me llevó consigo a Basilea y me mostró el museo de animales disecados. Permanecimos allí mucho tiempo porque queríamos verlo todo detalladamente. A las cuatro sonó la campana que indicaba que el museo iba a cerrarse. Mi tía se apresuró para salir, pero yo no podía apartarme de las vitrinas. Entretanto la puerta central de la sala había sido cerrada ya y tuvimos que ganar las escaleras por otro camino, a través de la galería de antigüedades. ¡Me encontré de repente ante aquellas soberbias figuras! Completamente subyugado abrí mucho los ojos, pues nunca había visto nada tan hermoso. No logré verlo todo. Mi tía me tiró de la mano arrastrándome hacia la salida —pero yo siempre quedaba rezagado— y gritó: «¡Niño detestable, cierra los ojos; detestable niño, cierra los ojos!». ¡En este instante observé que las figuras estaban desnudas y llevaban hojas de parra! No me había dado cuenta antes. Tal fue mi primer encuentro con las bellas artes. Mi tía estaba vivamente indignada como si hubiera entrado en un establecimiento pornográfico.

Cuando tenía seis años mis padres hicieron conmigo una excursión a Arlesheim. A la sazón mi madre llevaba un vestido que resultó inolvidable para mí y con el cual la veo siempre que la recuerdo: era de tejido negro con pequeñas medias lunas verdes. En esta antiquísima imagen mi madre aparece como una jovencita delgada. En los demás recuerdos míos aparece siempre corpulenta y de más edad.

Fuimos a una iglesia y mi madre dijo: «Esto es una iglesia católica». Mi curiosidad mezclada al miedo me hizo huir de mi madre para echar una ojeada al interior de la iglesia a través de la puerta abierta. Todavía veo los grandes cirios sobre un altar ricamente adornado (era por Pascua), cuando de repente tropecé con un escalón y di con la barbilla contra el limpiabarros. Sólo recuerdo que mis padres me recogieron del suelo con una herida que sangraba abundantemente. Me hallaba en un curioso estado de ánimo, por una parte me avergonzaba de que a causa de mi grito hubiera atraído sobre mí la atención de los feligreses y por otra parte tenía la sensación de haber realizado algo prohibido: Jesuitas —la cortina verde—, el secreto del ogro… Es, pues, la Iglesia católica la que tiene que ver con los jesuitas. ¡Ellos son los culpables de que yo tropezara y gritase!

Durante muchos años no pude entrar en una Iglesia católica sin experimentar un extraño miedo a la sangre, a la caída y a los jesuitas. Tal era la atmósfera que rodeaba a la Iglesia católica. Pero siempre me fascinó. La proximidad de un sacerdote católico me resultaba aún más desagradable si cabe. Sólo a mis treinta años, cuando entré en la catedral de San Esteban de Viena, pude dejar de sentir desagrado por la Madre Iglesia.

A los seis años comenzaron mis clases de latín que mi padre me daba. No iba a la escuela a disgusto. Me resultó fácil, pues siempre me encontraba adelantado respecto a los demás. Sabía ya leer antes de ir e importunaba a mi madre para que me leyera

precisamente un viejo libro infantil: *Orbis pictus*[3], en el que había una descripción de religiones exóticas, en especial de la hindú. Había ilustraciones de Brahma, Visnú y Shiva que despertaron en mí un inagotable interés. Mi madre me explicó más tarde que una y otra vez volvía yo a contemplarlas. Frente a ellas experimentaba yo la oscura sensación de afinidad con mi «prerrevelación», de la cual no había hablado nunca con nadie. Era para mí un secreto inviolable. Mi madre me lo confirmó indirectamente, pues no se me escapó el tono de ligero menosprecio con que ella hablaba de los «gentiles». Yo sabía que hubiera rechazado con horror mi «revelación» y no quería exponerme a tal ofensa.

Este comportamiento poco infantil guardaba relación, por una parte, con una gran sensibilidad y susceptibilidad, y, por otra parte —y esto en gran medida—, de la acusada soledad de mi temprana juventud (mi hermana era nueve años menor que yo). Yo jugaba solo a mi modo. Es lástima que no pueda recordar a qué jugaba, sino sólo que no quería ser molestado cuando jugaba. Me enfrascaba completamente en mis juegos y no podía soportar ser observado o censurado. Recuerdo, sin embargo, que de los siete a los ocho años jugaba entusiasmado con tarugos de madera y construía torres que destruía con gusto mediante «terremotos». Entre los ocho y once años dibujaba sin cesar escenas de batallas, asedios, fusilamientos y combates navales. Luego llené todo un cuaderno con borrones de tinta y me divertí con su fantástica interpretación. La escuela me resultó agradable porque allí encontré por fin los compañeros de juego tanto tiempo esperados.

Sin embargo, encontré también otra cosa que produjo en mí una extraña reacción. Antes de explicarlo quisiera mencionar que la atmósfera nocturna empezó a enrarecerse. Se trataba sobre todo de temor e incomprensión. Mis padres dormían separados. Yo dormía en la habitación de mi padre. De la puerta del cuarto de mi madre venían influjos inquietantes. Por la noche mi madre estaba lúgubre, misteriosa. Una noche vi salir de su puerta una figura algo luminosa e indeterminada cuya cabeza sobresalía del cuello hacia delante y pendía del aire, como una pequeña luna. Inmediatamente surgió otra cabeza que se desprendió nuevamente. Este proceso se repitió de seis a siete veces. Yo tenía sueños terroríficos de cosas que tan pronto eran pequeñas como grandes. Así, por ejemplo, una pequeña bola en la lejanía que se aproximaba progresivamente y se transformaba en algo enorme e impresionante, o en postes de telégrafos en los que había pájaros. Los hilos se volvían cada vez más gruesos y mi terror aumentaba hasta que me despertaba.

Aunque estos sueños tenían que ver con el preludio fisiológico a la adolescencia, tuvieron un prólogo hacia los siete años: Padecía *pseudocroup* con ataques de asfixia. Durante estos ataques estaba yo doblado de espaldas a los pies de la cama, mi padre me sostenía por debajo de los brazos. Sobre mí vi un círculo luminoso azul del tamaño de la luna llena y en su interior se movían figuras doradas que yo tomé por ángeles. Esta visión apaciguó siempre mi temor a la asfixia. En sueños, sin embargo, volvía a aparecer. Me parece que un factor psicógeno desempeñaba aquí el papel

decisivo: la atmósfera espiritual había comenzado a hacerse irrespirable.

Yo iba a la iglesia con sumo disgusto. La única excepción era el día de Navidad. El canto navideño: «Éste es el día en que Dios se encarnó…» me gustaba sobremanera. Por la noche había el árbol de navidad. Es la única fiesta cristiana que conmemoraba con fervor. Todas las demás fiestas me dejaban frío. En segundo lugar venía la noche de San Silvestre. El tiempo de adviento tenía algo que no concordaba con la navidad que estaba por llegar. Tenía que ver con la noche, el estado del tiempo y el viento y también con la oscuridad de la casa. Algo susurraba —algo daba vueltas por allí.

En aquella primera infancia tuvo lugar un descubrimiento que hice en relación con mis compañeros de escuela: me enajenaban. Cuando estaba con ellos era otro distinto a cuando estaba solo en casa. Con ellos hacía tonterías o me las imaginaba de tal clase que nunca se me habían ocurrido en casa, o así me lo parecía. Sin embargo, sabía muy bien que cuando estaba solo en casa podía imaginarme toda clase de cosas. Pero me parecía que mi transformación debía atribuirse a la influencia de mis camaradas que me seducían en cierto modo y me forzaban a ser distinto de lo que yo pretendía ser. La influencia de otros ambientes, en que conocía a otra gente que no fuesen mis padres, me parecía en general sospechosa y en cierto modo hostil. Cada vez más percibía la belleza del claro mundo diurno en que «la dorada luz del sol jugueteaba a través de las verdes hojas». Pero paralelamente sospechaba un inevitable mundo de sombras con cuestiones angustiosas e incontestables a cuya merced me sentía yo. Mi oración de la noche me daba ciertamente una protección ritual al terminar exactamente el día e iniciarse exactamente la noche y el sueño. Pero el nuevo peligro acechaba de día. Era como una desavenencia conmigo mismo que sentía y temía. Mi seguridad íntima estaba amenazada.

Recuerdo que en esta época (de los siete a los nueve años) me gustaba jugar con el fuego. En nuestro jardín había una vieja pared integrada por grandes bloques de piedra cuyos intersticios formaban interesantes cavernas. En ellos procuraba yo mantener un pequeño fuego, en lo que me ayudaban otros niños: un fuego que debía arder «siempre» y, por lo tanto, ser siempre avivado. Para ello necesitábamos emplear todas nuestras fuerzas en la recogida de leña necesaria. Nadie más que yo debía cuidar de este fuego. Los demás podían hacer fuego en otras cavidades, pero estos fuegos eran profanos y dejaban de interesarme. Sólo mi fuego permanecía vivo y poseía un deje inconfundible de santidad. Éste fue durante largo tiempo mi juego preferido.

Frente a esta pared había una pendiente en la que había una piedra empotrada que destacaba un poco —mi piedra—. Muy a menudo, cuando estaba solo, me sentaba sobre ella e iniciaba un juego mental que era más o menos lo siguiente: «Yo estoy sentado sobre esta piedra. Yo estoy encima y ella está debajo». Pero la piedra también podía decir: «Yo», y pensar, «estoy aquí en esta pendiente, y él está sentado sobre mí». Entonces surgía la pregunta: «*¿Soy yo el que está sentado sobre la piedra, o soy*

la piedra sobre la cual él está sentado?». Esta cuestión me embrollaba siempre, y dudando de mí mismo me levantaba, cavilando acerca de quién era quién. Esto era algo que no estaba claro y mi inseguridad iba acompañada de una sensación de misterio, curiosa y fascinante. Era indudable, sin embargo, el hecho de que esta piedra estaba en íntima relación conmigo. Podía permanecer largas horas sentado sobre ella y me sentía embelesado por el enigma que me planteaba.

Treinta años más tarde me encontré nuevamente en aquella pendiente, estaba yo casado, tenía hijos, una casa, un lugar en el mundo y la mente llena de ideas y proyectos, y nuevamente me sentí niño, de repente el niño que enciende un fuego de misteriosa significación y se sienta sobre la piedra de la que no sabe si ella soy yo o yo soy ella. De repente recordé mi vida en Zurich y se me hizo extraña como un asunto de otro mundo y de otra época. Resultaba atrayente y espantoso a la vez. El mundo de mi infancia, en el que me sentía ahora inmerso, era eterno, y yo me encontraba desgajado de él; sumido en un tiempo cada vez más lejano. Tenía que separarme bruscamente de este lugar para no perder mi futuro.

Este momento es para mí inolvidable, pues como un relámpago, aclaró el carácter de eternidad de mi infancia. Lo que quiero decir con la palabra «eternidad» se me evidenció ya a los diez años. Mi disensión e inseguridad en el ancho mundo me llevó a tomar una medida entonces incomprensible para mí: utilizaba por aquel entonces un plumier amarillo lacado, con un pequeño castillo, como poseen los alumnos de primera enseñanza. En su interior se encontraba una regla. En su extremo tallé un pequeño hombrecillo de unos seis centímetros con «levita, sombrero de copa y lustrosos zapatos». Lo pinté con tinta negra, lo aserré de la regla y lo coloqué en el plumier donde le dispuse una camita. Le hice incluso un abriguito de un trozo de lana. Le coloqué, además, un guijarro del Rin liso, alargado y negruzco al cual había pintado con acuarela multicolor de modo que quedaba dividida en dos partes, una superior y otra inferior. Esta piedra la llevé mucho tiempo en el bolsillo de mis pantalones. Ésa era su piedra. Todo ello era para mí un gran secreto del cual, sin embargo, no comprendía nada. Llevé en secreto el estuche con el hombrecillo al vedado ático (vedado porque las tablas del piso estaban carcomidas y podridas y por ello resultaban peligrosas) y la escondí en una viga del techo. Con ello experimenté una gran satisfacción, pues nadie lo vería. Sabía yo que allí nadie podría encontrarlo. Nadie podría descubrir mi secreto ni destruirlo. Me sentí seguro y desapareció la penosa impresión de estar en desacuerdo conmigo mismo.

En todas las situaciones difíciles, cuando preparaba algo, o mi sensibilidad había sido herida, o cuando la irritabilidad de mi padre o la enfermedad de mi madre me agobiaban, pensaba en mi hombrecillo cuidadosamente acostado y escondido y en su piedra lisa y bellamente pintada. De vez en cuando —frecuentemente con intervalos de semanas— subía al altillo en secreto, y sólo cuando estaba seguro de que nadie me veía. Allí trepaba a la viga, abría el estuche y contemplaba al hombrecillo y a la piedra. Dejaba, además, cada vez un pequeño rollo de papel en el cual anteriormente

había yo escrito algo. Lo hacía en las horas de clase con una escritura secreta inventada por mí. Eran tiras de papel de escritura apretada, que arrollaba y dejaba a la custodia del hombrecillo. Recuerdo que el acto de colocar un nuevo rollo comportaba siempre el carácter de una acción alegre. Lástima que no pueda recordar qué quería comunicarle al hombrecillo. Sólo sé que mis «cartas» significaban para él una especie de biblioteca. Tengo la incierta sospecha de que podían ser ciertas frases que me hubieran gustado en especial.

El sentido de estos hechos, o de cómo hubiese podido yo explicármelos, no representaba entonces problema alguno. Me bastaba con la sensación de renovada seguridad y la satisfacción de poseer algo a lo cual nadie tuviera acceso y que nadie supiera. Para mí era un secreto inviolable que nunca podía traicionarse, pues la seguridad de mi existencia dependía de ello. Por qué era así no me lo pregunté nunca. Era sencillamente así.

Esta posesión de un secreto se me grabó entonces fuertemente. Lo considero como lo esencial de mis primeros años de juventud, como algo que era para mí sumamente importante. Así, pues, yo no expliqué nunca a nadie mi sueño del falo, y también el jesuita pertenecía al reino de lo secreto, del cual no estaba permitido hablar. La pequeña figura de madera con la piedra fue un primer intento, todavía infantil e inconsciente, de dar forma a lo secreto. Siempre me sentí absorbido por ello y tenía la impresión de que debía expresarlo. Siempre esperaba que se podría encontrar algo, quizás en la naturaleza, que diera la clave o me mostrara dónde o lo qué era el secreto. Entonces creció en mí el interés por las plantas, los animales y los minerales. Estaba siempre tratando de descubrir algo enigmático. En mi conciencia era cristianamente religioso, aunque siempre con la salvedad: «¡Pero no es tan seguro!» o con la pregunta «¿Qué sucede con lo que está bajo tierra?». Y cuando se me enseñaba religión y se me decía: «Esto es bello, esto es bueno», yo pensaba para mis adentros: «Sí, pero existe, además, algo muy secreto, y esto no lo conoce la gente».

El episodio con el hombrecillo tallado en madera constituyó la culminación y el final de mi infancia. Duró aproximadamente un año. Luego olvidé por completo este acontecimiento hasta los treinta y cinco años. Entonces, de las nieblas de la infancia resurgió este recuerdo con claridad diáfana cuando, ocupándome en preparar mi libro *Wandlungen una Symbole der Libido* (*Transformaciones y símbolos de la libido*), leí acerca del «Cache»[4], de piedras conmemorativas en Arlesheim y de los churingas australianos. Descubrí de pronto que me hacía una imagen perfectamente concreta de una tal piedra, aunque nunca la había visto reproducida. En mi imaginación veía una piedra lisa pintada de tal modo que se distinguía una parte superior y otra inferior. Esta imagen me resultaba familiar en cierto modo y entonces recordé un plumier amarillo y un hombrecillo. El hombrecillo era un dios de la antigüedad, pequeño y oculto, un telesforo que se encuentra en varias representaciones junto a Esculapio y a quien lee un pergamino.

De este recuerdo me vino por vez primera la convicción de que existen elementos anímicos arcaicos que pueden inculcarse en el alma individual sin que procedan de la tradición. En la biblioteca de mi padre, la cual exploré a fondo —nótese bien que mucho después—, no había ni un solo libro que contuviera una información de este tipo. Es notorio que mi padre no sabía nada de tales cuestiones.

Cuando estuve en Inglaterra en 1920 tallé dos figuras parecidas en una rama delgada sin recordar lo más mínimo la experiencia de mi infancia. Una de ellas la hice ampliar en piedra, y esta figura se encuentra en mi jardín de Küsnacht. Sólo entonces el inconsciente me inspiró el nombre. La figura se llamó «*Atmavictu*» —«*breath of life*»—. Constituye un desarrollo ulterior de aquel objeto casi sexual de la infancia que se presentaba entonces como el «*breath of life*» como un impulso creador. En el fondo todo ello es un cabir[5], cubierto con la capa, oculto en la «caja», dotado de un gran acopio de fuerzas vitales, la negra piedra y alargada. Sin embargo, esto son interrelaciones que sólo me resultaron claras muchos años después. Cuando era niño, me sucedió del mismo modo como más tarde observé en los indígenas de África: simplemente lo hacen y no saben en absoluto lo que hacen. Sólo mucho más tarde se medita sobre ello.

PERÍODO ESCOLAR



I

MI DECIMOPRIMER AÑO FUE, HASTA CIERTO PUNTO, TRASCENDENTAL PARA MÍ, pues a la sazón fui el instituto de Basilea. Con tal motivo tuve que separarme de mis compañeros de juegos del pueblo y entré verdaderamente en el «gran mundo», donde gente poderosa, mucho más poderosa que mi padre, vivía en grandes y espléndidas casas, iban en costosas calesas tiradas por soberbios caballos y se expresaba en los distinguidos idiomas francés y alemán. Sus hijos, bien vestidos, de elegantes modales y disponiendo de dinero abundante, eran mis compañeros de clase. Con asombro y mal disimulada envidia me enteré que habían estado durante las vacaciones en los Alpes, en las «resplandecientes montañas nevadas» junto a Zurich, e incluso en el mar, lo cual llegaba a ser el colmo. Yo los observaba como seres de otro mundo, procedentes de aquel dominio inaccesible de las nevadas montañas que brillaban como ascuas y de las lejanías inmensas del inimaginable mar. Reconocí entonces que éramos pobres, que mi padre era un pobre párroco de aldea y yo un hijo de párroco mucho más pobre todavía, que tenía agujeros en la suela de los zapatos y tenía que pasar seis horas de clase con los calcetines empapados. Empecé a contemplar a mis padres con otros ojos y empecé a comprender sus desvelos y preocupaciones. Por mi padre sentía yo especial compasión, y, curiosamente, menos por mi madre. Se me aparecía como algo más fuerte. Sin embargo, me ponía de su parte cuando mi padre no podía dominar su nerviosismo. Esto no fue precisamente favorable para la formación de mi carácter. Para liberarme de estos conflictos me situé en el papel de supremo juez de paz que *nolens volens* debe juzgar a sus padres. Esto me ocasionó un cierto engreimiento que hizo aumentar mi orgullo, ya de por sí vacilante, a la vez que lo disminuía.

Cuando yo tenía nueve años, mi madre dio a luz a una niña. Mi padre estaba nervioso y satisfecho. «Esta noche tienes una hermanita», dijo, y yo me quedé del todo sorprendido, pues no había notado nada anteriormente. El que mi madre permaneciese con frecuencia en cama no me había llamado la atención. Lo interpretaba como una imperdonable debilidad. Mi padre me llevó a la cama de

mamá y ella sostenía en sus brazos un pequeño ser que por su aspecto resultaba decepcionante: una cara roja y diminuta como de viejo, los ojos cerrados, posiblemente ciegos como de perritos. El personaje tenía en la espalda algunos largos pelos rojizos, lo que me hizo pensar: ¿Se convertiría en un mono? Me sentía intimidado y no sabía cómo tomármelo. ¿Éste era el aspecto de un recién nacido? Se murmuró entonces algo acerca de la cigüeña que había traído al niño. ¿Qué pasaba, sin embargo, con una camada de perros y gatos? ¿Cuántas veces hubiera tenido que volar la cigüeña hasta que todos los cachorros estuvieran allí? ¿Y qué sucedía con las vacas? Yo no podía imaginarme que una cigüeña trajera en su pico a toda una ternera. Además los campesinos decían que la vaca había tenido terneras y no que la cigüeña las había traído. Esta historia era evidentemente una patraña que querían hacerme tragar. Yo estaba seguro de que mi madre había vuelto a hacer algo que yo no debía saber.

Esta repentina aparición de mi hermana me dejó una vaga sensación de desconfianza que incitaban mi curiosidad e interés. Posteriores reacciones extrañas de mi madre confirmaron mis sospechas; algo deplorable iba unido a este nacimiento. Por lo demás, este acontecimiento no me inquietó, pero ciertamente contribuyó a agravar un suceso que tuvo lugar cuando yo tenía doce años.

Mi madre tenía la desagradable costumbre de hacerme todas las advertencias posibles cuando iba yo de visita o era invitado. Entonces llevaba yo no sólo mi mejor traje y zapatos limpios, sino que también notaba una sensación de dignidad en mi aspecto y modales y sentía como una humillación el que la gente de la calle pudiera oír las cosas ofensivas que mi madre me gritaba: «No olvides tampoco cumplir las recomendaciones de papá y mamá, y limpiarte la nariz, ¿llevas pañuelo? ¿Te has lavado las manos?», etcétera. Me parecía del todo inadecuado poner en evidencia mis sentimientos de inferioridad ante todo el mundo, en el que yo desde hacía tiempo cuidaba mi vanidad y autosuficiencia. Estas ocasiones significaban mucho para mí. En el camino hacia la casa donde estaba invitado me sentía importante y digno, como siempre que llevaba el vestido de los domingos en un día laborable. Pero el cuadro variaba mucho tan pronto como traspasaba el umbral de la casa ajena. Entonces me ofuscaba la impresión de la grandeza y poderío de esa gente. Me sentía atemorizado ante ellos y en mi pequeñez hubiera hundido catorce brazas bajo tierra al hacer sonar yo la campana. El sonido que resonaba allá dentro zumbaba en mis oídos como una maldición. Me sentía tan insignificante y miedoso como un perro que huye. Lo peor era que mi madre me había preparado antes «correctamente». «Mis zapatos están sucios y también mis manos. No tengo pañuelo, mi cuello está mugriento», resonaba en mis oídos. Entonces, por despecho, no realizaba ninguna recomendación o me comportaba deliberadamente de un modo tímido y obstinado. Cuando las cosas iban mal pensaba en mi secreto tesoro en la viga que me ayudaba entonces a recobrar mi dignidad humana: recordaba en mi desespero que yo también era el otro —aquel del secreto inviolable, la piedra y el hombrecito con levita y sombrero de copa.

No puedo recordar que en mi juventud pensara en la posibilidad de una relación entre el «*hêr* Jesús», los jesuitas con negro hábito o bien los hombres con levita y sombrero de copa en una tumba, el agujero semejante a una tumba en el prado y el infernal templo fálico, con el hombrecillo en el plumier. El sueño de dios itifálico fue mi primer gran secreto; el hombrecillo, el segundo. Sin embargo, hoy me parece como si hubiera experimentado una vaga sensación de parentesco entre la «piedra conmemorativa» y la piedra que también era «yo».

No he podido esclarecer hasta hoy, en que a mis ochenta y tres años escribo mis recuerdos, qué relaciones guardaban entre sí mis tempranos recuerdos: son como brotes aislados que nacen de un rizoma subterráneo. Son como las fases de un proceso evolutivo inconsciente. Mientras que siempre me resultó imposible encontrar una relación positiva con el «*hêr* Jesús», recuerdo que a partir de los once años aproximadamente empezó a interesarme la idea de Dios. Empecé a rezar a Dios lo que me complacía en cierto modo porque Dios me parecía carente de contradicciones. Dios no intervenía en mis desconfianzas. Además no era un hombre con negros hábitos ni un «*hêr* Jesús» de los que se representa en cuadros con vestidos de colores y con el que la gentes se comportaba tan familiarmente. Él (Dios) era más bien un ser único de quien no era posible hacerse una idea exacta, como había oído decir. Era como un viejo señor muy poderoso; pero me decía para tranquilizarme: «No puedes imaginártelo, ni establecer comparación alguna». No podía, pues, permitirme familiaridades con él como con el «*hêr* Jesús» que no era ningún «secreto». Una cierta analogía con mi secreto de la viga empezó a perfilarse…

La escuela comenzó a fastidiarme. Me ocupaba demasiado tiempo que yo hubiese empleado con gusto en dibujos de batallas y en jugar con fuegos. Las clases de religión resultaban increíblemente aburridas y por las clases de matemáticas sentía verdadero pánico. El maestro hacía suponer que el álgebra es algo por completo evidente mientras que yo ni siquiera logré saber qué son los números en sí y por sí. No eran flores, ni animales, ni fósiles, nada que sea imaginable, meramente cantidades que se representan por cifras. Para mi confusión las cantidades que se sustituyeron por letras que equivalían a sonidos, de tal modo que se podía oírlas, por así decirlo. Asombrosamente mis compañeros supieron habituarse a ello y lo encontraban natural. Nadie podía decirme qué son los números y yo no podía formular la pregunta. Con gran asombro descubrí que nadie comprendía mis dificultades. El maestro se esforzaba cuanto podía, debo reconocerlo, para explicarme el sentido de estas maravillosas operaciones, en convertir cantidades comprensibles en sonidos. Comprendí, finalmente, que este sistema de abreviaturas resultaba adecuado para representar muchas cantidades en una forma abreviada.

Pero esto no me interesaba en absoluto. Pensaba para mis adentros que era completamente arbitrario expresar números mediante sonidos, se podría igualmente expresar *a* por manzano[*], *b* por peral[**] y *x* por signo de interrogación; *a, b, c,* y *x* resultaban inconcretos y no me explicaban nada de la esencia del número, como

tampoco del manzano. En especial me sublevaba el principio: si *a* = *b* y *b* = *c*, entonces *a* = *c*, donde se afirma por definición que *a* designa algo distinto que *b* y por ello no podía igualarse, por ser distinto, con *b*, y nada digamos de *c*. Si se trata de una igualdad, significa que *a* = *a*, *b* = *b*, etc., mientras que *a* = *b* me parecía una mentira o falsedad patente. Esta indignación la sentía cuando el maestro consideraba, en contra de la propia definición de paralelas, que se cortaban en el infinito. Esto se me antojaba una absurda majadería en la que yo no podía ni quería participar. Mi moral intelectual se resistía a esta frívola incongruencia que me cerraba el acceso a la comprensión de las matemáticas. Sólo al llegar a una avanzada edad he experimentado la sensación de que si, como mis compañeros de estudios, hubiera aceptado sin discusión que *a* = *b*, *sol* = *luna*, *perro* = *gato*, etc., habría penetrado para siempre en las matemáticas; ello, sin embargo, sólo he llegado a sospecharlo a mis ochenta y tres años. Durante toda mi vida me resultó un enigma por qué no logré hacerme asequibles las matemáticas, de las que nunca dudé que servían para contar. Lo más incomprensible me pareció, sin embargo, mi indecisión *moral* ante las matemáticas.

Sólo podían resultarme comprensibles igualdades en que yo sustituyera determinados valores numéricos por letras y me confirmaran el sentido de las operaciones mediante un cálculo concreto. En lo sucesivo sólo pude salir bastante airoso de las matemáticas dibujando las fórmulas algebraicas, incomprensibles para mí en su contenido, y grabando en mi memoria en qué lugar de la pizarra se realizaban las combinaciones de letras. Con el cálculo no pude entenderme, pues de vez en cuando el maestro decía: «aquí sustituimos la expresión», y trazaba en la pizarra un par de letras. Yo no sabía por qué ni para qué —posiblemente para facilitar un final satisfactorio al procedimiento—. Estaba tan asustado ante mi incapacidad de comprensión, que ya no me atrevía a preguntar nada.

Las clases de matemáticas eran para mí temor y tormento. Dado que otras asignaturas me resultaban fáciles y en matemáticas pude salir del paso, frecuentemente gracias a mi buena memoria visual, casi siempre obtuve buenas notas, pero el miedo a un fracaso y a la insignificancia de mi existencia frente a la grandeza del mundo que me rodeaba me produjeron no sólo desgana sino cierto tipo de muda desesperación que me quitó por completo la afición a la escuela. A esto se añadió que a causa de mi inaptitud para el dibujo fui expulsado de clase de dibujo. Esto fue bien recibido por mí por el tiempo que ganaba con ello, pero resultaba un nuevo fracaso, pues tenía una cierta habilidad en el dibujo de la que no sabía nada ciertamente, y que dependía en especial de mi estado de ánimo. Podía dibujar sólo lo que interesaba a mi fantasía. Pero en la escuela tenía que dibujar reproducciones de divinidades griegas con ojos cegados, y como la cosa no iba bien, mi profesor creyó que necesitaba algo más natural y me puso ante la cabeza de una cabra. Me negué rotundamente a realizar esta tarea y esto puso fin a mis clases de dibujo.

El decimosegundo año de mi vida fue para mí realmente el año del destino. Una

vez, a principios del verano de 1889, me encontraba yo a las doce, después de salir de la escuela, en la Münsterplatz, esperando a un compañero con quien recorríamos juntos un trecho de mi camino. Repentinamente recibí un empujón de otro muchacho que me echó por los suelos. Caí y di con la cabeza en el bordillo de la acera; el golpe me dejó aturdido. Permanecí una media hora como atontado. En el momento de recibir el golpe me cruzó un pensamiento como un rayo: ¡Ahora no tendrás que ir más a la escuela! Estaba sólo semiinconsciente y permanecí tendido algunos instantes más de lo necesario, principalmente a causa del sentimiento de venganza contra mi pérfido agresor. Luego me recogió la gente y me dejaron en la cercana casa de dos viejas tías solteras.

A partir de entonces empezaron a manifestarse desmayos y mareos cada vez que tenía que ir a la escuela o cuando mis padres me alentaban a realizar las tareas escolares. Durante más de medio año dejé de asistir a la escuela y esto me vino «de perilla». Podía ser libre, soñar durante largas horas, estar junto al río en los bosques, o dibujar. Pintaba escenas de guerra o antiguas fortalezas que eran atacadas o incendiadas, o llenaba páginas enteras de caricaturas. (Todavía hoy se me aparecen a veces tales caricaturas en algunas ocasiones antes de dormirme: irónicas figuras grotescas que se transforman sin cesar. A veces eran rostros de hombres que conocía y que murieron poco después). Pero principalmente pude profundizar en el mundo de lo enigmático. A él pertenecían los árboles, el río, el pantano, las piedras, los animales y la biblioteca de mi padre. Todo resultaba maravilloso. Pero cada vez me alejaba más del mundo —con un vago sentimiento de mala conciencia—. Malgastaba el tiempo en vagabundear, leer, coleccionar y jugar. Sin embargo, no me sentía con ello más feliz, sino que me daba cuenta, de modo vago, que huía de mí mismo.

Olvidé por completo cómo fue que llegué a este estado, pero lamentaba las preocupaciones de mis padres, que consultaban a diversos médicos. Éstos se devanaban los sesos y me enviaron durante las vacaciones a casa de unos parientes en Winterthur. Allí había una estación que me apasionaba sin cesar. Cuando regresé a casa todo volvió a ser como antes. Un médico habló de epilepsia. Yo sabía entonces ya lo que eran los ataques epilépticos y me reía interiormente del disparate. Por el contrario, mis padres estaban cada vez más preocupados. En una ocasión, un amigo visitó a mi padre. Ambos se sentaron en el jardín y yo me escondí en un espeso matorral detrás de ellos, pues era de una curiosidad insaciable. Oí cómo el amigo preguntaba a mi padre: «¿Pues qué le pasa a tu hijo?». A lo que mi padre respondió: «Ay, es una desgraciada historia. Los médicos no saben qué es lo que le sucede. Creen que quizás sea epilepsia. Sería terrible si resultara algo incurable. Yo he perdido mis escasos ahorros y ¿qué sucederá con él si no puede ganarse la vida?».

Me sentí como alcanzado por un rayo. Era el choque con la realidad. «Es verdad, hay que trabajar», me cruzó la mente. A partir de entonces me convertí en un niño serio. Fui al cuarto de estudio de mi padre, tomé un libro de gramática latina y comencé a estudiar con ahínco. A los diez minutos me desmayé. Casi caí de la silla,

pero transcurridos algunos minutos me sentí mejor, y proseguí en mi propósito. Había ya pasado aproximadamente un cuarto de hora cuando me vino el segundo mareo. Pasó como el anterior: «¡Y ahora tú vuelves al trabajo!». Persistí y al cabo de media hora llegó el tercero. Pero no cedí y trabajé todavía una hora más hasta que tuve la sensación de que los mareos estaban ya superados. De improviso me encontré mejor que todos los meses anteriores. De hecho, los ataques no se repitieron más y a partir de este momento trabajé todos los días en mi gramática y mis cuadernos escolares. Después de algunas semanas volví a la escuela y allí no experimenté mareo alguno. El encanto había desaparecido. Aquí aprendí lo que es una neurosis[*].

Progresivamente volvieron mis recuerdos, cómo había sucedido todo, y vi claramente que fui yo el que había amañado toda esta historia. Por ello no me sentí nunca enfadado con el compañero que me derribó. Yo sabía que él, por así decirlo, estaba «prefijado» y hubo por mi parte un arreglo diabólico. ¡Esto no me pasaría una segunda vez! Sentía rabia contra mí mismo y al mismo tiempo me avergonzaba de mí, pues sabía yo que estaba equivocado respecto a mí, y así había hecho el ridículo ante mí. Nadie más era culpable. ¡Yo mismo era el execrado desertor! A partir de entonces ya no podía contenerme cuando mis padres mostraban preocupación por mí y me hablaban en un tono compasivo.

La neurosis fue nuevamente un secreto para mí, pero era un secreto vergonzoso y un fracaso. Pero, finalmente, me llevó a un acentuado vigor y a un celo desmedido. Entonces comenzó mi escrupolosidad, no para salvar las apariencias, lo cual tiene algún mérito, sino en mí mismo. Puntualmente me levantaba a las cinco para trabajar y a veces trabajaba desde las tres de la mañana hasta las siete, antes de irme a la escuela.

Lo que facilitó mi conversión fue mi pasión por la soledad, el encanto del aislamiento. La naturaleza me parecía llena de milagros en los que quería profundizar. Cada piedra, cada planta, todo parecía animado e indescriptible. Entonces ahondé en la naturaleza, penetré, por así decirlo, en la esencia de la naturaleza, lejos de todo el mundo humano.

En aquella época tuvo lugar un importante acontecimiento. Fue en el largo camino de Klein-Hüningen, donde vivíamos, a Basilea. En una ocasión tuve de repente la inquietante sensación de surgir de una niebla espesa consciente de ser ahora *yo*. A mi espalda había como una pared neblinosa, detrás de la cual no estaba yo todavía. Pero en aquel instante *me* realicé *yo*. Anteriormente también existía *yo*, pero todo no era *más* que un hecho. Ahora sabía: ahora soy *yo*, ahora existo. Anteriormente se contaba conmigo, pero ahora quería obrar *yo*. Este acontecimiento me pareció inmensamente significativo y nuevo. La «autoridad» estaba en mí. Extrañamente durante esta época, y también durante los meses de mi neurosis, había olvidado por completo la existencia del tesoro en la viga, pues, de lo contrario, me hubiera llamado la atención la analogía de mi sentimiento de autoridad con aquel sentimiento del valor que el tesoro me prestaba. Pero no fue tal el caso, sino que todo

recuerdo del plumier había desaparecido. Por aquel tiempo fui invitado en una ocasión durante la vacaciones por una familia amiga que poseía una casa junto al lago de los Cuatro Cantones. Con gran entusiasmo vi que la casa estaba situada frente al lago y que tenían un embarcadero y un bote de remos. El señor de la casa nos permitió a su hijo y a mí utilizar el bote bajo la firme condición de no cometer imprudencias. Por desgracia, yo ya sabía cómo se rema, cómo se da impulso, o se para. En casa teníamos una fácil embarcación de este tipo sobre el viejo foso del fuerte Abatucci de Hüningen en la orilla badense. Allí habíamos realizado toda clase de imprudencias. La primera, pues, que hice en esta ocasión fue saltar a la popa y directamente hundí el remo en el lago. Esto fue demasiado para el señor de la casa. Nos hizo volver con un silbido y me propinó un sermón dejándome de vuelta y media. Yo me sentí muy pequeño y tuve que admitir que había hecho precisamente lo que nos había prohibido y que por ello su sermón era plenamente merecido. Pero, al mismo tiempo, sentí rabia de que este zoquete ignorante se atreviese a insultarme a *mí*. Este *mí* no era un simple adulto, sino importante, una autoridad, una persona al servicio de la comunidad, un hombre viejo, objeto de respeto y veneración. El contraste con la realidad era tan grotesco que repentinamente contuve mi rabia, pues me planteó la cuestión: «¿Pero quién eres tú? ¡Reaccionas como si fueras el diablo y, además, sabes perfectamente que el otro lleva razón por completo! Eres apenas un simple muchacho de doce años, un escolar y él es padre de familia y, además, un hombre poderoso y rico que posee dos casas y varios soberbios caballos».

Entonces, para mayor confusión mía, se me ocurrió que en realidad yo era dos personas distintas. Una era el escolar, que no podía comprender las matemáticas y que ni siquiera estaba seguro de sí mismo y la otra era importante y de gran autoridad, un hombre que no se deja embromar, mucho más poderoso e influyente que este fabricante. La última de estas personas era un anciano que vive en el siglo XVIII, usa zapatos con hebillas y una blanca peluca, y viajaba en una calesa con altas y cóncavas ruedas traseras entre las que colgaba, de correas y muelles, la caja del carruaje.

El caso es que yo tuve una extraña experiencia: cuando volvíamos en Klein-Hüningen, cerca de Basilea, pasó por delante de nuestra casa un día un antiquísimo coche verde. Una primitiva calesa como las del siglo XVIII. Cuando la vi tuve la sensación inquietante: «¡Héla aquí! ¡Ésta es de *mi* época!». Era como si la hubiera reconocido; pues era del mismo tipo que aquella en que yo mismo había viajado. Y entonces experimenté un *sentiment écourant*, como si alguien me hubiera robado algo, o como si hubiera estado engañado, engañado respecto a mi querido pasado. ¡El carruaje era un resto de aquella época!

No puedo describir lo que pasó entonces por mí o qué era lo que me inquietaba: una añoranza, una sensación de nostalgia o un reconocimiento: ¡Sí, así era, eso era pues!

Hubo todavía otro acontecimiento que me sumergió en el siglo XVIII, una terracota

pintada que se componía de dos figuras. Representaba al viejo doctor Stückelberger, una conocida personalidad de la vida de Basilea al final del siglo XVIII. La otra figura era una de sus pacientes. Sacaba la lengua y tenía los ojos cerrados. Sobre ello existía una leyenda. Se contaba que el viejo Stückelberger pasaba una vez por el puente del Rin y vino esta paciente que le había ya disgustado tan a menudo y volvió a importunarle con sus quejas. El viejo señor dijo: «Sí, sí, algo debe pasar con usted. ¡Saque la lengua y cierre los ojos!». Ella así lo hizo y en el mismo instante él se marchó, quedando la muchacha de pie con la lengua fuera para regocijo de la gente.

La figura del viejo doctor llevaba zapatos con hebilla que extrañamente reconocí como los míos o muy parecidos. Quedé convencido: «Éstos son los zapatos que yo he llevado». Este convencimiento me causó entonces mucha confusión. «Pues sí, ¡éstos eran mis zapatos!». Me sentía todavía los zapatos en mis pies, pero no podía explicarme cómo había llegado a esta asombrosa sensación. ¿Cómo era posible que yo perteneciera al siglo XVIII? Con frecuencia me sucedió entonces escribir 1786 en lugar de 1886 y esto sucedía siempre con un inexplicable sentimiento nostálgico.

Cuando entonces meditaba después de mi escapada en bote en el lago de Cuatro Cantones y del merecido castigo, estas impresiones sueltas se concretaron en una imagen uniforme: yo vivo dos épocas, soy dos personas distintas. Esta conclusión me desconcertó y me sumió en reflexiones. Pero finalmente llegué a la reprimente convicción de que yo no era por lo menos ahora más que el joven escolar que se merece un castigo y al que se ha privado de algo de acuerdo con su edad. Lo demás debía ser un absurdo. Me supuse que tenía relación con las muchas narraciones sobre mi abuelo que mis padres y parientes me habían explicado. Pero tampoco esto podía coincidir por completo, pues nació en 1795, es decir, vivió propiamente en el siglo XIX. Además, había muerto mucho antes de que yo naciera. No podía ser que fuera idéntico a él. Es verdad que estas consideraciones eran entonces sólo vagas suposiciones y sueños. No puedo recordar si ya sabía entonces algo de nuestro legendario parentesco con Goethe. No lo creo, pues sé que obtuve esta noticia de gente forastera. Se basa en una leyenda enojosa el que mi abuelo fuera hijo natural de Goethe.[1]

A mis fracasos, en matemáticas y en dibujo, se añadió un tercero: la gimnasia me resultó, desde un principio, odiosa. Nadie tenía que ordenarme cómo debía moverme. Yo iba a la escuela a aprender algo y no quería realizar ninguna acrobacia absurda e inútil. A esto se añadía, como tardía continuación de mis primeros accidentes, un cierto miedo físico que sólo mucho más tarde logré en cierto modo superar. Tenía relación con una desconfianza frente al mundo y sus posibilidades. El mundo parecía verdaderamente hermoso y apetecible, pero estaba lleno de vagos peligros y absurdos. Por ello quería siempre saber, ante todo, qué me esperaba y a quién otorgaba mi confianza. ¿Dependía quizás esto de mi madre, que me faltó durante varios meses? Resultó oportuno que el médico, a causa de mi anterior trauma, me prohibiera la gimnasia. Me libré de esta carga y evité un nuevo fracaso.

En un bello día de verano del mismo año (1887) salí al mediodía de la escuela y fui a la Münsterplatz. La cúpula de la catedral resplandecía de luz y el sol se reflejaba en las nuevas tejas multicolores. Yo estaba impresionado por la belleza de este espectáculo y pensé: «El mundo es hermoso y la iglesia es bella, y Dios lo ha hecho todo y está sentado en un trono dorado allá en lo alto del cielo azul…». Aquí se produjo un vacío y una sensación sofocante. Me sentí como paralizado y sólo sabía: ¡Ahora no pienses más! Vendrá algo temible que no quiero pensar, a lo cual no me está permitido acercarme. ¿Por qué no? Porque cometerías el mayor pecado. ¿Qué es el mayor pecado? ¿El crimen? No, esto no puede serlo. El mayor pecado es el que se comete contra el Espíritu Santo, el que no será perdonado. El que lo comete es condenado eternamente al infierno. Sería demasiado triste para mis padres que su único hijo, a quien tanto quieren, incurriera en la condenación eterna. Yo no puedo hacer esto a mis padres. ¡Yo no puedo, en absoluto, continuar pensando en esto!

Esto resultó más fácil de pensar que de hacer. En mi largo camino hacia casa intenté por todos los medios pensar en otras cosas, pero noté que mis pensamientos retrocedían sin cesar a la bella catedral que tanto me gustaba y al buen Dios sentado en su trono, y como alcanzado por una descarga eléctrica, volvía a olvidarlo. Me repetía siempre: «¡No pensar en ello, no pensar en ello!». Llegué a casa muy nervioso. Mi madre notó que me pasaba algo y me preguntó: «¿Qué te pasa? ¿Ha sucedido algo en la escuela?». Podía asegurarle, sin mentir en absoluto, que en la escuela no había pasado nada. Pensé que quizás me aliviara si le confesase a mi madre la verdadera razón de mi inquietud. Pero entonces pensé que al hacerlo debía llevar mi pensamiento hasta el fin, lo que *me* parecía imposible. La buena mujer no sospechaba nada y era imposible que supiese que yo corría peligro inminente de cometer el pecado que no se perdona, precipitándome en el infierno. Rechacé el pensamiento de una confesión, e intenté disimular lo más discretamente que pude.

Por la noche dormí mal; constantemente intentaba rechazar el pensamiento prohibido, que no conocía, y me esforzaba confusamente en defenderme de él. Los dos días siguientes fueron terribles y mi madre estaba convencida de que estaba enfermo. Rechacé la tentación de confesar, contribuyendo a tal decisión el pensar que si yo cedía, causaría la más grande pena a mis padres.

Durante la tercera noche la tortura resultó tan intensa que no supe ya qué hacer. Me desperté inquieto y me sorprendí pensando en la catedral y en el buen Dios. ¡Por poco pienso algo más! Sentía que mis fuerzas de resistencia me abandonaban. Sudaba de miedo y me senté en la cama para rechazar el sueño. «¡Ahora ha llegado el momento, esta vez va en serio! *Tengo que pensar*. Esto ha de pensarse antes. ¿Por qué debo pensar lo que no sé? ¡Por Dios!, yo no lo quiero, eso está claro. ¿Pero quién lo quiere? ¿Quién quiere forzarme a pensar algo que no sé y no quiero? ¿De dónde procede esta terrible voluntad? ¿Y por qué precisamente yo debo someterme a ella? Yo pensé elogiosamente en el Creador de este mundo hermoso, me sentí agradecido por este inconmensurable regalo y ¿por qué precisamente yo debo pensar en el mal

inimaginable? No lo sé realmente, pues no puedo ni debo acercarme siquiera a este pensamiento sin arriesgarme a tener que pensar en ello inmediatamente. Esto ni lo he hecho yo ni lo he querido. Ha llegado a mí como un mal sueño. ¿De dónde proceden tales cosas? Me ha ocurrido sin quererlo yo. ¿Cómo es posible que sea así? Yo no me he creado a mí mismo, sino que he llegado al mundo tal como Dios me hizo, es decir, como fui realizado por mis padres. ¿O quizás lo quisieron así mis padres? Mis buenos padres nunca hubieran pensado en algo de este tipo. Algo tan infame no se les hubiera ocurrido nunca».

Encontré esta idea francamente ridícula. Entonces pensé en mis abuelos, a quienes sólo conocía por sus retratos. Tenían un aspecto lo bastante bondadoso y respetable para rechazar mi idea de su posible culpa. Recorrí toda la larga serie de antepasados desconocidos hasta llegar a Adán y Eva. Y con ello llegué a la conclusión definitiva: Adán y Eva son los primeros hombres; no tuvieron padres sino que fueron creados directa y deliberadamente por Dios tal como eran. No tuvieron elección alguna sino que tuvieron que ser tal como Dios los había creado. No sabían en absoluto cómo hubieran podido ser de otro modo. Eran creaciones perfectas de Dios, pues Él sólo crea cosas perfectas y, sin embargo, cometieron el primer pecado porque hicieron lo que Dios no quería. ¿Cómo fue esto posible? No hubieran podido hacerlo en absoluto si Dios no les hubiera dado oportunidad para hacerlo. Esto se deduce de la serpiente que Dios creó ya antes que ellos, por lo visto con el fin de que debía persuadir a Adán y Eva. Dios, en su omnisciencia, lo dispensó todo de tal modo que los primeros padres debían pecar. *Fue, pues, la intención de Dios el que ellos tuviesen que pecar*.

Este pensamiento me liberó de mi estado de enojoso tormento, pues sabía ahora que Dios mismo me había colocado en esta situación. Yo no sabía en un principio si Él con ello pretendía que yo debía cometer el pecado o precisamente lo contrario. Yo no pensé más en rezar para ilusionarme, pues Dios me había colocado en esta situación sin mi voluntad y dejándome desamparado. Estaba seguro de que, en su opinión, sólo yo mismo debía buscar la salida. Con ello se planteó un nuevo argumento:

«¿Qué quiere Dios? ¿Que lo haga o que no lo haga? Debo dilucidar qué es lo que Dios quiere y concretamente ahora y conmigo». Sabía que, según la moral tradicional, era del todo evidente que debía evitarse el pecado. Así lo había hecho hasta el presente y sabía que no podría hacerlo en lo sucesivo. Mi sueño interrumpido y mi apurada situación anímica me habían conducido al punto en que el esfuerzo por alejar aquellas ideas me destrozaba. Así no podía continuar. Pero no podía en absoluto transigir antes de comprender cuál era la voluntad de Dios y lo que Él se proponía. Estaba seguro de que Él era el causante de esta desesperante dificultad. Es curioso que no pensé ni por un momento que pudiera jugarme una jugarreta el demonio. En mi estado de ánimo desempeñaba entonces un papel muy pequeño y era completamente impotente frente a Dios. Más o menos a partir del momento de mi

surgir de la niebla y de mi llegar a-su-yo comenzó a preocupar mi mente la unidad, grandeza y sobrehumanidad de Dios.

Así, pues, estaba para mí fuera de duda el que era Dios quien me planteaba una prueba decisiva y que todo consistía en comprenderle a Él correctamente. Sabía ciertamente que mi desistimiento definitivo sería forzado; pero ello no debía ocurrir sin mi comprensión, pues se trataba de mi salvación eterna: «Dios sabe que no puedo resistir por mucho tiempo y no me ayuda, pese a que estoy a punto de ser forzado al pecado que no se perdona. En virtud de Su Omnipotencia podría Él apartar de mí este imperativo. Pero no lo hace. ¿Será quizás que quiere probar mi obediencia al proponerme la inusitada tarea de hacer algo contra lo cual me resisto con todas mis fuerzas, porque temo la condenación eterna? Pues yo contravendría mi propio criterio moral y los preceptos de mi religión si faltase a sus propios mandamientos. ¿Podría ser que Dios quisiera ver si soy capaz de obedecer a Su Voluntad aunque mi fe y mi entendimiento me amenacen con el infierno y la condenación? ¡Podría ser la verdad!, pero no son más que mis pensamientos. Puedo equivocarme. No puedo arriesgarme hasta el punto de confiarme a mis propias reflexiones. ¡Debo meditarlo a fondo nuevamente!».

Pero llegué a la misma conclusión. «Dios quiere evidentemente que me arriesgue», pensaba yo. «Si es así y lo hago, entonces Él me concederá su gracia e inspiración».

Hice acopio de todo mi valor como si tuviera que precipitarme en el fuego infernal y dejé volar mi imaginación: ante mis ojos surgió la hermosa catedral, sobre ella el cielo azul, Dios sentado en trono dorado, en la cumbre del mundo, y bajo el trono cayó una enorme cantidad de excrementos sobre la cúpula de la iglesia, la destrozaron y despedazaron los muros del templo.

Esto era pues. Experimenté un gran alivio y un indescriptible consuelo. En lugar de la esperada condenación me llegaba la gracia y con ello una inexpresable dicha, como nunca había experimentado. Lloraba de alegría y agradecimiento de que se me hubieran revelado la sabiduría y bondad de Dios, tras haber sentido su inflexible rigor. Muchas cosas que anteriormente no había podido comprender se me hicieron claras. Conocía, ahora, lo que mi padre no comprendió: la voluntad de Dios a la que él se resistía con las razones mejor fundadas y la más profunda fe.

Por ello tampoco no había él presenciado nunca el milagro de la gracia que todo lo cura y todo lo hace inteligible. Él había tomado los mandamientos de la Biblia por normas de conducta, creía en Dios tal como en la Biblia se lee y como su padre le había enseñado. Pero no conoció al Dios directamente vivo que es omnipotente y libre, que está por encima de la Biblia y de la Iglesia, que llama a los hombres a su libertad y puede impulsarles a renunciar a sus propias convicciones y opiniones para cumplir incondicionalmente sus mandatos. Dios al poner a prueba el valor humano no se deja influir por las tradiciones, por sagradas que éstas fuesen. Cuida en Su Omnipotencia de que en tales pruebas no sobrevenga nada verdaderamente malo. Si

se cumple la voluntad de Dios se puede estar seguro de ir por el buen camino.

Dios creó también a Adán y Eva de tal modo que tuvieran que pensar lo que no querían pensar. Lo hizo para saber que eran obedientes. Así, pues, podía también exigir de mí algo que yo quisiera rechazar por tradición religiosa. Pero fue la obediencia la que me procuró la gracia; a partir de aquella experiencia supe lo que es la gracia de Dios. Me enteré que estoy a merced de Dios y que todo estriba en cumplir Su Voluntad, nada más. De lo contrario caeré en el absurdo. En este momento comenzó mi propia responsabilidad. El pensamiento que debía formular me pareció espantoso y con él surgió la sospecha de que Dios pudiera ser algo temible. Era un terrible secreto el que yo había descubierto y significó para mí una cuestión angustiosa y tenebrosa. Ensombreció mi vida y me dio mucho que pensar.

Experimenté también la sensación de mi inferioridad. Soy un demonio o un cerdo, pensaba yo, algo deleznable.

Pero entonces comencé a escudriñar en los secretos de la Biblia de mi padre. Con cierta satisfacción leí en el Evangelio acerca de los fariseos y los publicanos y hallé que precisamente los réprobos son los elegidos. Me causó una durable impresión que el administrador desleal fuera alabado, y que Pedro, el inconsciente, fuera designado como roca o cimiento.

Cuanto mayor era mi sensación de inferioridad, tanto más incomprensible me parecía la bondad de Dios. Ciertamente nunca me sentí seguro de mí mismo. Cuando mi madre me dijo una vez: «Tú siempre fuiste un buen muchacho», no pude comprenderlo. ¿Yo, un buen muchacho? Esto era una novedad. Siempre pensé que yo era un hombre depravado o despreciable.

Con aquel episodio de la catedral aconteció, por fin, algo verídico en mí que formaba parte del gran secreto —como si hubiera siempre hablado de piedras que caen del cielo y ahora tuviese una en mi mano—. Pero era un episodio humillante. Yo me sentía inmerso en algo desagradable, en algo malo y tenebroso, y al mismo tiempo era como un mérito. A veces experimentaba un extraño deseo de hablar sin saber exactamente de qué. Quería comprobar e informarme si otra gente había tenido tales experiencias, o quería indicar que existen cosas maravillosas de las que no se sabe nada. No pude nunca hallar ni el menor rastro de ello en los demás. Me sentí, pues, repudiado o elegido, bendecido o maldito.

No se me hubiera ocurrido nunca, sin embargo, hablar directamente de la visión que tuve, y menos aún del sueño del falo en el templo subterráneo o del hombrecillo tallado en madera, en tanto que lo recordaba todavía. Sabía que no podía hacerlo. Del sueño del falo sólo hablé cuando yo tenía sesenta y cinco años. Las otras experiencias se las comuniqué quizás a mi mujer, pero sólo en años posteriores. Transcurridas décadas después de mi infancia, existía aún un rígido tabú sobre tales cosas.

Toda mi juventud puede compendiarse bajo el concepto del secreto. A causa de ello me refugié en una soledad casi insoportable y hoy veo aquello como una gran obra, y también como tal el que yo resistiera a la tentación de hablar de ella con

alguien. Se configuró ya entonces mi relación con el mundo tal como hoy es: también hoy estoy solo porque sé cosas y debo señalar que los demás no las saben y que, en su mayoría, tampoco quieren en absoluto saberlas.

En la familia de mi madre hubo seis sacerdotes, y no sólo mi padre era sacerdote, sino también dos de sus hermanos. Así, pues, oía muchas conversaciones religiosas, discusiones teológicas y sermones. Tenía siempre la impresión: «Sí, sí, esto está muy bien. ¿Pero qué es el misterio? Existe también el misterio de la gracia. Vosotros no sabéis nada de ello. Vosotros no sabéis que Dios quiere que yo haga incluso lo injusto, que piense en lo prohibido para poder participar de su gracia». Todo cuanto los demás decían era marginal. Yo pensaba: «¡Por Dios!, alguien debe saber algo de ello. En algún lugar debe encontrarse la verdad». Rebuscaba en la biblioteca de mi padre y leía todo cuanto encontraba acerca de Dios, de la Trinidad, del Espíritu, de la conciencia. Devoré los libros y no por ello me volví más sabio. Una y otra vez tenía que pensar: «¡Ellos tampoco lo saben!». Leí también la Biblia de Lutero de mi padre. Por desgracia, el habitual sentido «edificante» del libro de Job no me ofrecía un interés profundo. De lo contrario, hubiera encontrado consuelo en él, concretamente en el apartado IX, 30, «Si yo me lavo con agua de nieve… tú me salpicarás de barro».

Mi madre me contó posteriormente que en aquella época yo estaba con frecuencia deprimido. Esto no era exacto, sino que me preocupaba el misterio. Era un consuelo feliz y curioso el sentarse sobre aquella piedra. Ello me libraba de todas mis dudas. Cuando pensaba que yo era la piedra cesaban los conflictos. «La piedra no tiene inseguridad alguna, no se siente impulsada a comunicarse y es eterna, vive durante siglos», pensaba yo. «Yo, por el contrario, sólo soy un fenómeno pasajero que se desvanece en toda clase de emociones, como una llama que rápidamente arde y se extingue después». Yo era la suma de mis emociones y la piedra sin edad era otro ser en mí mismo.

II

Entonces se produjeron también profundas dudas en torno a todo lo que mi padre decía. Cuando le oía predicar acerca de la gracia pensaba siempre en mi experiencia. Lo que decía me sonaba a trivial y hueco, como si explicara una historia que ni él mismo pudiera creer por completo o que sólo conociera de oídas. Yo le quería ayudar, pero no sabía cómo. También me contenía el temor a comunicar mi experiencia o a inmiscuirme en sus preocupaciones personales. Además, por una parte, me sentía muy pequeño, y por otra, temía dejarme llevar por aquella sensación de autoridad que me daba una «segunda personalidad».

Más tarde, cuando tenía dieciocho años, tuve muchas discusiones con mi padre, siempre con la secreta esperanza de hacerle saber algo de la milagrosa gracia y ayudarle con ello en sus cargos de conciencia. Estaba convencido de que cuando él cumpliese la voluntad de Dios todo le iría bien. Nuestras discusiones tenían siempre un final insatisfactorio. Le incitaban y afligían. «¡Bah!», solía decir, «tú quieres pensar siempre. No hay que pensar, sino creer». Yo pensaba: No, hay que experimentar y saber —pero decía: «Dame esta fe»—, a lo cual él se rendía siempre resignado y encogiéndose de hombros.

Empecé a hacer amistades, especialmente con jóvenes tímidos de procedencia sencilla. Mis calificaciones escolares mejoraban. En los años siguientes llegué a ser incluso el primero de clase. Pero observé que por debajo de mí había algunos que me envidiaban y que querían aventajarme a todo trance. Esto me desagradaba. Me resultaba odiosa toda rivalidad, y cuando alguien convertía el juego en competencia, me separaba del juego.

A partir de entonces me mantuve el segundo, lo que me resultaba más agradable. Los deberes escolares me eran ya bastante fastidiosos para querer dificultarlos más todavía con las fatigas de la competencia. Unos pocos maestros, a quienes recuerdo agradecido, me inspiraron confianza. Principalmente el profesor de latín, a quien recuerdo con agrado. Era un profesor universitario y un hombre muy razonable. Pero yo sabía latín desde mis seis años porque mi padre me había dado clases. Así este profesor me envió muchas veces a la biblioteca de la universidad a buscar libros que durante el camino de regreso, prolongado lo máximo posible, curioseaba con encanto.

Para la mayoría de maestros yo era necio y falso. Cuando sucedía algo en la escuela se sospechaba de mí en primer lugar. Si había una pelea se daba por supuesto de que había sido el instigador. En realidad, sólo una vez me vi enzarzado en una pelea en la que descubrí que tenía un buen número de compañeros que me eran hostiles. Me tendieron una emboscada —ellos eran siete y cayeron inesperadamente sobre mí—. Entonces, a mis quince años, yo era fuerte y alto, y era propenso a la cólera. Me vi repentinamente en peligro, tomé a uno por los brazos, lo atraje hacia mí y con sus piernas lancé a otros dos al suelo. El asunto llegó a oídos del maestro, pero yo sólo recuerdo vagamente una sanción que me pareció injusta. A partir de entonces

estuve tranquilo. Nadie se atrevió ya más a importunarme.

Que tuviera enemigos, que se sospechara injustamente de mí, era algo inesperado para mí, pero no me resultaba del todo incomprensible. Todo cuanto se me reprochaba me disgustaba, pero no me podía defender ante mí mismo. Sabía tan poco de mí y este poco era tan contradictorio, que no podía rechazar ninguna censura a conciencia cierta. Siempre tenía mala conciencia y me sentía potencial y realmente culpable. Por ello era especialmente sensible a las censuras, pues todas daban más o menos en el blanco. Aunque no hubiera hecho en realidad lo que se me imputaba, resultaba perfectamente posible que lo hubiera hecho. Incluso, a veces, me preparaba coartadas para el caso de que me acusasen. Me sentía inmediatamente aliviado cuando realmente había realizado algo. Por lo menos entonces sabía de dónde procedía la mala conciencia. Naturalmente, compensaba mi inseguridad interior con seguridad exterior, o, mejor dicho, el defecto se compensaba a sí mismo sin mi voluntad. Me sentía a mí mismo como quien es culpable y al mismo tiempo quiere ser inocente. En el fondo sabía siempre que en mí había dos personalidades. Una era la del hijo de sus padres, que iba a la escuela y era menos inteligente, atento, estudioso, disciplinado y limpio que muchos otros; por el contrario, la otra era adulta, vieja, escéptica, desconfiada, apartada de la sociedad. Ésta tenía a favor a la naturaleza, a la tierra, al sol, a la luna, al tiempo, a la criatura viviente y principalmente también a la noche y los sueños, y todo cuanto en mí manifestaba la influencia inmediata de «Dios». Sentía en todo ello una señal de «Dios». Pongo aquí «Dios» entre comillas. La naturaleza me parecía, como yo mismo, desterrada de Dios, como No-Dios, aunque hubiera sido creada por Él como expresión de Sí Mismo. No me cabía en la cabeza que la imagen tuviera que limitarse a los hombres. Sí, me parecía que las altas montañas, los ríos, los mares, los bellos árboles, las flores y los animales revelaban más la esencia de Dios que los hombres con sus ridículos vestidos, con su ordinariez, estrechez mental, vanidad, falsedad y su despreciable egoísmo. Todas estas particularidades las conocía muy bien por mí mismo, es decir, por la personalidad número 1, el joven escolar de 1890. Junto a ello existía un dominio, como un templo, en el que todo aquel que penetraba se sentía transformado. De la contemplación del universo uno podía sentirse impresionado y sólo podía experimentar lo maravilloso si se olvidaba a sí mismo. Aquí vivía el «otro» que conocía a Dios como un misterio oculto, personal, y a la vez impersonal. Aquí nada separaba al hombre de Dios. Era como si el espíritu humano contemplara la creación al mismo tiempo que Dios.

Lo que hoy expreso en frases coherentes no me era entonces conocido de forma articulada, sino como una suprema intuición, y un sentimiento profundo. Aquí me sentía digno y propiamente hombre. Por ello buscaba la tranquilidad y la soledad del otro, del número 2.

Las contradicciones entre las personalidades 1 y 2, que me han acompañado durante toda mi vida, no tienen nada que ver con un «desdoblamiento» en el sentido

usual en medicina. Por el contrario, tales contradicciones se encuentran en todo hombre. Principalmente son las religiones las que siempre han hablado del número 2 como del «hombre interior». En mi vida la personalidad 2 ha desempeñado el papel principal, y siempre he intentado dejar libre el proceso que del interior quería aproximarse a mí. La personalidad 2 es una figura típica; pero las más de las veces la inteligencia consciente no es suficiente para ver que también se es esto.

La Iglesia se me convirtió gradualmente en una tortura, pues allí se hablaba abiertamente —casi diría: desvergonzadamente— de Dios; lo que Él quiere, lo que Él hace. La gente se exhortaba a experimentar aquel sentimiento, a creer en aquel misterio, del cual sabía yo que era la verdad más profunda, la más íntima, la que no existen palabras para expresarla. Sólo podía deducir de ello que aparentemente nadie conocía este misterio, ni siquiera el sacerdote; pues, de lo contrario, nunca hubiese podido arriesgarse a revelar públicamente el misterio de Dios ni a profanar tan indecible sentimiento con los sentimentalismos de mal gusto. Yo estaba seguro de que éste era un camino equivocado para llegar a Dios, pues sabía, por experiencia, que esta gracia sólo es otorgada a quien cumple incondicionalmente la voluntad de Dios. También esto se predicaba ciertamente en la Iglesia, pero siempre en el supuesto de que la voluntad de Dios fuera conocida por la revelación. Por el contrario, a mí me daba la impresión de ser de lo más desconocido. Me parecía como si en realidad hubiera que averiguar diariamente la voluntad de Dios. No es que yo lo hiciera, pero estaba seguro de que lo haría en cuanto me encontrara en una situación perentoria. La personalidad no me absorbía con demasiada frecuencia. Me parecía, a menudo, como si los preceptos religiosos pudieran sustituir la voluntad de Dios que tan inesperada y horrible podía ser y concretamente con el objetivo de no tener que comprender la voluntad de Dios. Me volví cada vez más escéptico, y los sermones de mi padre y de otros sacerdotes me ponían triste. Todos los hombres que conmigo se relacionaban me parecía que aceptaban por descontado toda aquella jerga y la espesa oscuridad que de ella manaba y que se tragaban maquinalmente todas las contradicciones, como, por ejemplo, que Dios es Omnisciente y que ha previsto naturalmente toda la historia de la humanidad. Ha creado a los hombres de modo que tengan que incurrir en pecado y, no obstante, prohíbe el pecado y lo castiga incluso con la condenación eterna y el fuego del infierno. El diablo no desempeñó papel alguno, durante mucho tiempo, en mis pensamientos. Me parecía el mastín malo de un poderoso señor. Nadie más que Dios era responsable del mundo, y Él era, como yo muy bien sabía, temible también. Me parecía cada vez más problemático e inquietante el que el «buen Dios», el amor de Dios por los hombres y de los hombres por Dios, se ensalzase y recomendase en los vehementes sermones de mi padre. La duda creció en mí: ¿Sabe él en realidad de qué habla? ¿Podría él degollarme a mí, a su hijo, como sacrificio humano, como Isaac, o entregarse a un tribunal injusto que le hiciese crucificar como a Jesús? No, no podría hacerlo. Así, pues, no podía cumplir, si se diera el caso, la voluntad de Dios que, decididamente, como enseña la Biblia

misma, puede ser terrible. —Me resultó claro que cuando se exhortaba, entre otras cosas, a prestar más obediencia a Dios que a los hombres, esto se decía superficialmente y sin meditación. Por lo visto, no se conocía en absoluto la voluntad de Dios, pues, de lo contrario, se hubiera tratado este problema central con sagrado temor, aunque no fuese más que por su miedo al Dios que puede realizar, con pleno poder, Su terrible voluntad en los indefensos hombres, tal como a mí me había sucedido. ¿Hubiera podido prever alguno de los que pretende conocer la voluntad de Dios, lo que Él me ordenó? El caso es que en el Nuevo Testamento no consta nada parecido. El Antiguo Testamento, particularmente el libro de Job, que hubiera podido iluminarme a este respecto, me era desconocido entonces y tampoco oí nada semejante en las clases preparatorias para la primera comunión a las que asistía entonces. El temor de Dios, que naturalmente se mencionaba, se tenía por algo anticuado, como algo «judío» y hacía mucho tiempo que estaba superado por el mensaje cristiano del amor y bondad de Dios.

El simbolismo en mis experiencias infantiles y la brutalidad de las imágenes me habían inquietado en extremo. Yo me preguntaba: «¿Quién es el que habla de este modo? ¿Quién tiene la desvergüenza de presentar un falo así desnudo y en un templo? ¿Quién me hace pensar que Dios destruye de un modo tan abominable a Su Iglesia? ¿Es el diablo quien así lo ha dispuesto?». No dudé nunca de que era Dios o el diablo el que así hablaba y actuaba, pues sentía claramente que yo no era quién para imaginarse tales pensamientos e imágenes.

Éstos fueron los acontecimientos decisivos de mi vida. Entonces me di cuenta: Soy responsable y de mí depende cómo se me presente el destino. Era un problema que me planteaba y al que debía dar respuesta. ¿Y quién plantea el problema? A esto no me respondió nadie. Sabía que yo mismo debía responder desde mi propio interior: me encontraba solo ante Dios y Dios sólo me preguntaba estas cuestiones terribles. Desde el principio se abrió paso en mí un sentimiento de confianza sin igual en el destino, como si estuviera dedicado a una vida que debía realizarse. Existía en mí una íntima seguridad que nunca pude demostrar. Pero para mí estaba demostrado. Yo no poseía la certeza, pero ella me poseía a mí a menudo, cuando estaba convencido de lo contrario. Nadie podía arrebatarme la certeza de que estaba destinado a hacer lo que Dios quiere y no lo que yo quiero. Esto me daba frecuentemente la sensación, en los asuntos decisivos, de no estar con los hombres sino sólo con Dios. Siempre que me encontraba «allí», donde ya no me sentía solo, me sentía fuera del tiempo. Me encontraba inmerso en los siglos, y Él, el que respondía, era Aquel que ha existido siempre y siempre existirá. Las conversaciones con aquel «Otro» fueron mis experiencias más profundas: por una parte, sangrienta lucha, por otra parte, supremo éxtasis.

De estas cuestiones, naturalmente, no podía hablar con nadie. No sabía de nadie en mi ambiente con el que hubiera podido comunicarme, a excepción, tal vez, de mi madre. Ella parecía pensar igual que yo. Pero pronto me di cuenta de que no me

satisfacía en las conversaciones. Ante todo, ella me impresionaba y esto no era bueno para mí. Así, pues, quedé solo con mis pensamientos. Además, esto era para mí lo mejor. Actué sólo para mí, caminé solo, soñé solo y tuve un recóndito mundo para mí solo.

Mi madre fue para mi una madre excelente. Expandía una cándida atmósfera, era extraordinariamente afectiva y muy corpulenta. Escuchaba a todo el mundo, conversaba con agrado y era como un alegre murmullo. Tenía un notable talento literario, de buen gusto y profundo. Pero esto no se ponía de manifiesto en ningún sentido, quedaba oculto detrás de una vieja y gruesa mujer que era realmente simpática, cocinaba magníficamente, era muy hospitalaria y tenía mucho sentido del humor. Tenía todas las cualidades habituales que se pueden tener, pero en ella se manifestaba una segunda personalidad que era, sin lugar a dudas, insospechadamente poderosa, era una figura grande y oscura que poseía una indiscutible autoridad. Yo estaba seguro de que en ella había también dos personas: una inofensiva y humana, la otra, por el contrario, me parecía inquietante. Se manifestaba sólo raramente, pero siempre de modo inesperado y temible. Entonces hablaba como consigo misma, pero lo dicho iba por mí y me afectaba, como de costumbre, en lo más íntimo, por lo que quedaba atónito.

El primer caso que alcanzo a recordar tuvo lugar cuando yo tenía seis años y todavía no iba a la escuela. Nuestros vecinos eran gente medianamente acomodada. Tenían tres hijos: el mayor, un muchacho aproximadamente de mi edad, y dos hermanas más jóvenes. Eran, en realidad, gente de ciudad que ataviaban a sus hijos el domingo de un modo verdaderamente ridículo: zapatitos de charol, pantaloncitos con encaje, guantecitos blancos siempre limpios y elegantes, incluso en días laborables. Se sentían infinitamente lejos de los arrapiezos con pantalones rotos, y zapatos agujereados y manos sucias, y ofrecían un elegante aspecto. Mi madre me enojaba sin cesar con sus comparaciones y advertencias: «Contempla a esos simpáticos niños, son bien educados y corteses, en cambio, tú eres un grosero que no sirves para nada». Estas advertencias me molestaban y me determiné a darles una paliza a aquellos chicos. Y así lo hice. Enfurecida su madre, se apresuró a dirigirse a la mía y protestó con sus alteradas palabras contra mi atropello. Esto sacó a mi madre de sus casillas y me dirigió una larga filípica, aderezada con lágrimas de un modo nunca visto por mí. No me sentía culpable en absoluto, sino que pensaba en mi hazaña con satisfacción, pues me parecía haber vengado en cierto modo la intrusión de estos extraños en el pueblo. Me sentí fuertemente impresionado y contrito por el disgusto de mi madre, y regresé a mi mesita, detrás del viejo clavicordio donde comencé a jugar con mis tarugos de madera. Durante un largo rato reinó la calma. Mi madre se había retirado a su lugar de costumbre delante de la ventana y hacía punto de media. Entonces la oí murmurar y, por palabras sueltas que pude captar, logré deducir que hablaba del pasado suceso, pero esta vez en sentido contrario. Parecía como si me aprobara. Repentinamente dijo en voz alta: «¡Naturalmente, nunca se hubiera debido aguantar a

toda esa caterva!». Supe, repentinamente, que hablaba de los atildados «petimetres». Su hermano preferido era cazador, mantenía perros y hablaba siempre de cría de perros, de mestizos, razas y cachorros. Comprobé con alivio que también consideraba a estos odiosos niños como despreciables bastardos y que su filípica no debía tomarse en serio. Pero sabía ya entonces que debía mantenerme quietecito y no decirle triunfante: «¡Ves, también tú piensas como yo!», pues me hubiera replicado con indignación algo así: «¡Maldito arrapiezo, cómo puedes imputar a tu madre tales barbaridades!». De ello deduje que debían de haber ocurrido una serie de experiencias anteriores del mismo tipo que he olvidado ya.

Explico esta historia porque en la época de mi incipiente escepticismo sucedió otro caso que arroja luz sobre la duplicidad de mi madre. Hablamos en la mesa de lo aburridos que eran los cánticos religiosos. Se hablaba de la posibilidad de una revisión del libro de cantos. Entonces mi madre murmuró: «Oh, tú, amor de mi amor, tú, bienaventuranza deseada». Como anteriormente, hice como si no hubiera oído nada y, pese a mi sentimiento de triunfo, procuré no proferir un grito jubiloso.

Existía una notable diferencia entre las dos personalidades de mi madre. Así, sucedía que de niño soñaba a menudo angustiosamente en ella. Durante el día era una madre amable, pero por la noche me parecía misteriosa. Era como una profetisa que a la vez es un animal raro, como una sacerdotisa en una guarida de osos. Anticuada y pérfida. Pérfida como la naturaleza y la verdad. Además, era la personificación de lo que he designado como *natural mind*[1].

También reconozco algo de esta naturaleza arcaica en mí. La naturaleza no me ha otorgado siempre el grato don de ver a los hombres y a las cosas tal como son. Ciertamente me puedo dejar engañar cuando me sitúo detrás de la luz, si no quiero convencerme de alguna cosa. Pero en el fondo sé muy bien cómo son las cosas. El «verdadero conocimiento» consiste en un instinto, o en una participación mística con los demás. Se podría decir que son los «ojos del segundo término» que ven en un acto impersonal de intuición.

Posteriormente comprendí mejor esto, cuando me sucedieron cosas extrañas, por ejemplo, cuando una vez narraba la historia de la vida de un hombre, sin conocerle. Fue durante la boda de una amiga de mi mujer. La novia y su familia me eran por completo desconocidos. Durante la comida se hallaba sentado frente a mí un hombre de mediana edad, de hermosa barba, que me había sido presentado como abogado. Conversábamos animadamente sobre psicología criminal. Para responderle a una pregunta concreta, me inventé la historia de un caso que adorné con todo lujo de detalles. Mientras estaba todavía hablando observé que mi interlocutor cambió por completo su expresión y un extraño silencio se produjo en la mesa. Confuso, dejé de hablar. A Dios gracias estábamos ya en los postres y pude levantarme pronto de la mesa e ir a sentarme en el vestíbulo del hotel. Allí me ensimismé en un rincón, encendí un cigarrillo e intenté meditar sobre la situación. En este instante se me acercó uno de los señores que estaban sentados a la mesa y me interpeló: «¿Cómo

pudo usted cometer tal indiscreción?». «¿Indiscreción?». «Sí, ¡esta historia que usted contó!». «¡Pero si me la he inventado!».

Para mi mayor asombro me dijo que había narrado con todo detalle la historia de mi interlocutor. Descubrí en este instante que ya no recordaba ni una sola palabra de la narración, e incluso hoy me resulta imposible recordar ni una sola palabra de ella. En su *Autocontemplación* Heinrich Zschokke[2] describe un suceso parecido: cómo descubrió en una fonda que un desconocido joven era el ladrón, porque vio el hurto con sus ojos interiores.

Me ha sucedido con mucha frecuencia en mi vida que de repente supiera algo que en modo alguno podía saber. El conocimiento me llegaba como si se tratara de mi propio caso. De modo parecido sucedía con mi madre. A veces no sabía ella lo que decía, sino que era como una voz de absoluta autoridad la que decía exactamente lo adecuado a la situación.

Mi madre me tomó siempre por mayor a mi edad y me habló como a un adulto. Me decía abiertamente todo lo que no podía decir a mi padre y me hizo muy pronto confidencias sobre sus múltiples preocupaciones. Cuando yo tenía once años aproximadamente me comunicó una cuestión que concernía a mi padre y que me alarmó. Me rompía la cabeza para ver qué podía hacerse, y llegué a la conclusión de que debía pedir consejo a cierto amigo de mi padre al que conocía de oídas por su prestigiosa personalidad. Sin decir una palabra a mi madre, una tarde que tenía libre en la escuela fui a la ciudad y llamé a la casa de este señor. La sirvienta que abrió la puerta me dijo que el señor había salido. Afligido y desilusionado regresé a casa. Pero puedo decir que fue una *providentia specialis* que no estuviera en casa. Poco tiempo después mi madre volvió a hablarme de esta cuestión y esta vez me dio una imagen completamente distinta y tranquilizadora, de modo que la anterior se desvaneció como el humo. Esto me impresionó profundamente y pensé: «Y tú has sido el asno que creyó esto, y tomándoselo en serio casi provoca una desgracia». Decidí, a partir de entonces, dividir por dos todo cuanto mi madre me contara. Le tenía aún una relativa confianza y esto me impidió comunicarle lo que me preocupaba seriamente.

Pero a veces hubo ocasiones en que se mostraba su segunda personalidad y lo que ella decía era siempre tanto *to the point* y tan verdadero que yo temblaba por ello. Si mi madre se hubiera dejado llevar en estas ocasiones, hubiera tenido yo un interlocutor.

Con mi padre sucedía todo lo contrario. Con gusto le hubiera expuesto mis dificultades religiosas y le hubiera pedido consejo, pero no lo hice porque me parecía como si ya supiera yo de antemano lo que por horrorosos motivos a causa de su magisterio debía responderme. Poco tiempo después se confirmó cuán acertado iba yo en mi suposición. Mi padre me daba personalmente clases para prepararme en la primera comunión, clases que me aburrían sobremanera. Una vez hojeaba yo en el catecismo para encontrar algo distinto de las descripciones sentimentales sobre el

«*hêr* Jesús», que me resultaban incomprensibles y poco interesantes. Entonces vi un párrafo sobre la Trinidad de Dios. Esto fue algo que despertó mi interés: una unidad que es a la vez una trinidad. Esto era un problema que por su contradicción interna me cautivaba. Esperaba ansiosamente el momento en que llegaríamos a esta cuestión. Cuando llegamos allí, mi padre dijo: «Ahora llegamos a la Trinidad, pero pasaremos este punto por alto, pues en realidad no comprendo nada de ello». Por una parte me sorprendió la sinceridad de mi padre, pero por otra parte me sentí profundamente desilusionado y pensé: Así está, no comprenden nada, pero no piensan en ello. ¿Cómo puedo yo entonces hablar de ello?

En vano efectué experiencias a este respecto con ciertos compañeros que me parecieron reflexivos. No hallé eco alguno, por el contrario, una extrañeza que me aleccionaba.

Pese al aburrimiento me esforcé todo lo posible para lograr convertirme a la fe sin comprensión —una postura que parecía corresponder a la de mi padre—, y me preparé para la comunión en la que había depositado mi última esperanza. Fue simplemente una comunión memorable, un tipo de fiesta conmemorativa para los 1890-30 = 1860 años de la muerte del «*hêr* Jesús». Tuvo cierto significado: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo», ello se refería al pan eucarístico que debíamos comer como Su cuerpo, que originariamente era sangre. Comprendía que de este modo él debía entrar en nuestro cuerpo. Pero esto se me antojó una imposibilidad tan evidente que detrás de ella sólo podía haber un gran misterio. En la comunión de la que mi padre parecía tan convencido, fui instruido así. Mi preparación para la comunión consistió principalmente en esta esperanza.

Tal como era costumbre, tuve como padrino a un miembro del servicio diocesano, un para mí anciano simpático, un hombre silencioso, un constructor de carruajes en cuyo taller había yo observado frecuentemente su diestro trabajo en el torno y con el cepillo. Vino ostentosamente ataviado con levita y sombrero de copa y me llevó a la iglesia, donde mi padre, con sus habituales ornamentos, estaba detrás del altar y leía oraciones de la liturgia. Sobre la mesa del altar había grandes bandejas que contenían trocitos de pan. El pan procedía del panadero, que proporcionó un pan poco gustoso e insípido. De un jarro de estaño se vertió vino a una copa de estaño. Mi padre comió un pedacito de pan y bebió un trago de vino, del cual también sabía yo de qué casa procedía y devolvió la copa a un viejo señor. Todo el mundo tenía un aspecto solemne, impasible y ceremonioso. Yo miraba con interés, pero no pude ver ni descubrir si sucedía algo especial. Todo transcurría como en las demás ceremonias eclesiásticas, en el bautismo, entierros, etc. Tenía la impresión de que aquí se había proyectado algo que debía realizarse de modo tradicionalmente correcto. También mi padre parecía preocupado por realizar las cosas de acuerdo con las reglas; y de ello formaba parte el que las palabras adecuadas fueron pronunciadas o bien leídas con entonación. No se mencionó que ahora hacía 1860 años que Jesús había muerto, lo que se recalcaba, sin embargo, en todas las fiestas conmemorativas. Yo no veía

tristeza ni alegría, y la fiesta me pareció, en relación con la extraordinaria importancia de la personalidad festejada, asombrosamente pobre en todos los aspectos. No podía compararse en absoluto con los demás jubileos mundiales.

De pronto me tocó a mí. Comí el pan; tenía un sabor insípido tal como ya esperaba. El vino, del que tomé sólo un pequeño sorbo, era flojo y ácido, no era precisamente de los mejores. Entonces llegó la oración final y todos salieron ni impresionados ni alegres, sino con unos rostros que decían: «Así fue por esta vez».

Marché con mi padre a casa, muy consciente de que llevaba un sombrero de fieltro y un nuevo vestido negro que ya mostraba tendencia a convertirse en levita. Era un tipo de chaqueta alargada que se ampliaba en dos aletas y entre ellas había una abertura con un bolsillo en el que se podía colocar el pañuelo, lo que se me antojaba un gesto varonil adulto. Me sentí socialmente elevado y alusivamente admitido en la sociedad de los hombres. También en este día tuvo lugar una comida especialmente buena. Durante el día fui de paseo en traje nuevo. Por lo demás, yo estaba vacío y no sabía en absoluto cómo me sentía.

Sólo progresivamente, en el transcurso de los siguientes días, llegué a la conclusión de que nada había sucedido; estuve ciertamente en la cumbre de la iniciación religiosa, donde había esperado algo, no sabía qué. Pero no sucedió nada. Yo sabía que Dios podía hacerme cosas inesperadas, cosas de fuego y de luz sobrenatural, pero esta fiesta no dejó, para mí por lo menos, ninguna huella de Dios. Es cierto que se hablaba de Él, pero fueron sólo palabras. Tampoco había percibido en los demás nada de las dudas desconcertantes, de la abrumadora emoción y la del aflujo de gracia, que para mí constituían la esencia de Dios. No había observado nada de *communio*, nada de unión o de llegar a ser un solo. ¿Comunión con quién? ¿Con Jesús? Era un hombre que murió hacía 1860 años. ¿Por qué hay que devenir una sola naturaleza con él? Se le llama «hijo de Dios», era pues, según parece, un semidiós, como los héroes griegos. ¿Cómo puede, pues, un hombre corriente devenir uno solo con él? Se denomina a la religión «cristiana», pero esto no tenía nada que ver, como yo lo había experimentado, con Dios. Por el contrario, está del todo claro que Jesús, el hombre, tenía algo que ver con Dios; estuvo desesperado en Getsemaní y fue crucificado después de haber conocido el amor y la bondad de Dios. Esto podía entenderlo yo. Pero ¿a qué, pues, esta triste ceremonia con este pan y este vino? Paulatinamente se me hizo claro que la comunión había sido para mí un fatal acontecimiento. Transcurrió con vacío, peor aún, con déficit. Sabía yo que nunca más podría tomar parte en esta ceremonia. Para mí no constituía religión alguna, ni presencia de Dios. La iglesia era un lugar al cual no debía ir. Allí no había nada para mí, sino muerte.

Me invadió una profunda compasión por mi padre. De repente, la tragedia de su ministerio y de su vida. Se hallaba en un trance mortal que no quería reconocer. Un abismo se abrió entre él y yo, y no vi posibilidad alguna de salvar este inmenso precipicio. No podía ayudar a mi padre querido y generoso, que tanto me había dado

y nunca me había tiranizado, en aquel desespero y en aquel desafuero que eran necesarios para llegar a experimentar la gracia de Dios. Sólo un Dios puede esto. No me estaba permitido hacerlo. Hubiera sido inhumano. Dios no es humano, pensé yo. Su grandeza está en que nada de lo humano se alcanza. Es bondadoso y temible, ambas cosas a la vez, y por ello un gran peligro el cual uno se intenta salvar por vía natural. Lo que uno hace es aferrarse a Su Amor y Bondad, para no ser víctima del Tentador y del Exterminador. Jesús observó también esto y por ello enseña: «No nos dejes caer en la tentación».

Mi unidad con la Iglesia y con el ambiente humano, tal como lo conocí, me destrozaba. Había sufrido, así me lo parecía, el mayor fracaso de mi vida. La concepción religiosa que me parecía la única relación con el Todo, llena de sentido, estaba destruida, es decir, no podía ya participar en la fe general, sino que me encontraba inmerso en lo indecible, en «mi misterio», que no podía comunicar a nadie. Era terrible y —esto era lo peor— vulgar y ridículo, una burla diabólica.

Empecé a cavilar: ¿Qué debe pensarse de Dios? Yo no me había hecho aquella imagen de Dios y de la catedral, ni mucho menos aquel sueño que me sobrecogió cuando tenía tres años. Era una voluntad más fuerte que la mía la que me había impuesto ambas cosas. ¿Lo había hecho en mí la naturaleza?; pero la naturaleza no es más que la voluntad del Creador. Tampoco era solución culpar de ello al diablo, pues él era también una criatura de Dios. Sólo Dios era el verdadero fuego asolador y la gracia inefable.

El fracaso de la comunión, ¿era mi fracaso? Yo me había preparado con toda seriedad y esperaba experimentar en mí la gracia y la revelación, pero nada sucedió. Dios permaneció ausente. Por la voluntad de Dios me encontré separado de la Iglesia y de mi padre, y de todos los demás en cuanto profesaban la religión cristiana. Estaba al margen de la Iglesia. Esto me llenó de una tristeza que ensombreció todos mis años anteriores al comienzo de los estudios universitarios.

III

En la relativa modesta biblioteca de mi padre, que en aquel entonces me pareció considerable, comencé a buscar libros que pudieran decirme lo que se sabía de Dios. Encontré primeramente las concepciones tradicionales nada más, pero no lo que buscaba, a saber, un autor que pensara por sí solo, hasta que tropecé con la *Dogmática cristiana*, de Bierdermann, del año 1869. Aquí había un hombre que al parecer había reflexionado por sí mismo y aportaba sus propias conclusiones. Aprendí que la religión era «un acto espiritual por el cual el hombre se relacionaba voluntariamente con Dios». Esto suscitó mi protesta, pues siempre había entendido la religión como algo que Dios hace conmigo; es un acto de Su parte, a merced del cual simplemente estoy, pues Él es el más fuerte. Mi «religión» no sabía de ninguna relación humana con Dios, pues ¿cómo era posible relacionarse con algo tan poco conocido como Dios? Por ello debía saber más acerca de Dios para hallar una relación con Él.

En el capítulo «La esencia de Dios» hallé que Dios mismo se manifiesta como «personalidad concebible por analogía con el Yo humano, y precisamente como el Yo único, absolutamente supraterrestre, que lo es de todo el mundo».

Por lo que conocía de la Biblia, me parecía estar de acuerdo con esta definición. Dios tiene personalidad y es el Yo del universo, como yo mismo soy el Yo de mi aspecto anímico y corporal. Pero aquí tropecé con un poderoso obstáculo: Personalidad es propiamente un carácter. Carácter es esto y no otra cosa, es decir, tiene determinadas cualidades. Pero si Dios lo es todo, ¿entonces cómo puede Él poseer aún un carácter perceptible? Si posee Él un carácter, sólo puede ser el Yo de un mundo subjetivo, limitado. ¿Y qué clase de carácter o qué clase de personalidad tiene Él? En esto reside todo, pues de lo contrario no hay modo de relacionarse con Él.

Me resistía con todas mis fuerzas a imaginarme a Dios por analogía con mi Yo. Esto me parecía si no directamente blasfemo, de una insolencia sin límites. «Yo» me parecía una cuestión difícilmente concebible. En primer lugar, para mí existían dos aspectos contradictorios de este factor: Yo número 1, y Yo número 2; y tanto de una forma como de la otra, este Yo era algo sumamente limitado; se le atribuían toda clase de engaños y errores, extravagancias, emociones, pasiones y pecados, se experimentaban más fracasos que éxitos, era infantil, vanidoso, egoísta, obstinado, falto de amor, codicioso, injusto, sensible, perezoso, irresponsable, etc. Muy a mi pesar, carecía de muchas virtudes y talentos que me asombraba con envidia hallar en los demás. ¿Y esto debía ser la analogía por la cual debíamos concebirnos la esencia de Dios?

Busqué ansioso otras propiedades de Dios y hallé todas las que ya conocía de mis clases preparatorias para la comunión. Hallé que, según § 172, «la manifestación más inmediata de la esencia ultraterrena de Dios es (1) *negativa*: su invisibilidad para los

hombres, etc.; (2) *positiva*: Su morada en el cielo, etc.». Esto fue catastrófico. Inmediatamente pasó por mi cabeza la imagen blasfema que Dios me había impuesto directa o indirectamente (vía diablo) en contra de mi voluntad.

El § 183 me enseñó que la «esencia ultraterrena de Dios frente al mundo moral» consiste en su «justicia», y Su justicia no es meramente «judicial», sino una «manifestación de Su esencia sagrada». Yo esperaba encontrar en este párrafo algo acerca de las tinieblas de Dios: acerca de Su venganza, Su peligrosa ira, Su incomprensible comportamiento con respecto a las creaciones de Su omnipotencia. Por Su omnipotencia debía Él saber lo insuficientes que eran estas creaciones. Pero a Él le placía inducirlas a error, o las ponía a prueba aunque sabía de antemano Él el resultado de sus experimentos. Así, pues, ¿cuál es el carácter de Dios? ¿Qué clase de personalidad humana actuaría así? No me atrevía a imaginarlo y entonces leí todavía que Dios «pese a que se basta a Sí mismo y para Sí mismo, no necesita de nada fuera de Sí», había creado al mundo «para Su complacencia», que «lo realizó como algo connatural a Su bondad y quiere dotarlo moralmente con Su amor».

En primer lugar, medité sobre la extraña palabra «complacencia». ¿Complacencia en qué o en quién? Evidentemente en el mundo, pues Él alabó su obra como buena. Pero, precisamente, esto no lo había comprendido nunca. Ciertamente el mundo es desmedidamente bello, pero siniestro a la vez. En el campo, en un pequeño pueblo donde existían pocos hombres y ocurrían pocos acontecimientos se hallaba «vejez, enfermedad y muerte» de un modo más intenso, más extenso y más brutal que en cualquier otro lugar. Aunque yo no tenía aún dieciséis años, había visto mucho de la realidad de la vida de los hombres y los animales, había oído bastante en la iglesia y en la escuela de las desgracias y de la perversidad del mundo.

Dios pudo, todo lo más, sentir complacencia por el paraíso, pero incluso aquí se preocupó Él de que tanta felicidad no durase mucho, al dejar introducir la peligrosa serpiente maligna, el propio diablo. ¿Experimentó también por ello complacencia? Estaba seguro de que Bierdermann no pensó en esto, sino que, por aquella inadvertencia habitual en la enseñanza religiosa, que tanto me chocó, parloteaba devotamente sin percatarse en absoluto de los disparates que decía. Yo mismo no admitía ciertamente que Dios sintiera una cruel complacencia en las inmerecidas desgracias del hombre y los animales, pero no me parecía absurdo en absoluto pensar que hubiera previsto crear un mundo de antagonismos en el que uno devore a otro y en el que la vida era un nacer para morir. Las «maravillosas armonías» de las leyes de la naturaleza se me antojaban un caos penosamente reprimido, y el firmamento «eterno», con sus órbitas prefijadas, me parecía un evidente acopio de casualidades sin orden ni sentido, pues las constelaciones de las que se hablaba en realidad no se podían ver en absoluto. Eran combinaciones puramente arbitrarias.

Hasta qué punto dotaba Dios al mundo natural con Su bondad, me resultaba oscuro o sumamente dudoso. Esto constituía, por lo visto, otro de aquellos puntos sobre los que no se debía pensar, sino que se tenía que creer. Si Dios es el «Bien

supremo», ¿por qué Su mundo, Su creación es tan imperfecta, tan corrompida, tan deplorable? Por lo visto porque el diablo lo contamina y lo confunde, pensaba yo. Pero el diablo es también creación de Dios. Debía, pues, leer algo acerca del diablo. Parecía ser muy importante. Nuevamente abrí mi dogmática y busqué respuesta a esta cuestión acuciante de las causas de la desgracia, de las deficiencias y del mal, y no pude hallar nada. Era el colmo. Esta dogmática no era, evidentemente, más que inútil parloteo, aún más, una extraordinaria estupidez que no podía hacer otra cosa que oscurecer la verdad. Estaba desilusionado, incluso estaba indignado.

Pero en algún lugar y en algún tiempo tuvo que haber hombres que buscaran la verdad como yo, que pensaran racionalmente, que no se engañaran a sí mismos y a los demás y no quisieran negar la triste realidad del mundo. En esta época sucedió que mi madre, concretamente su personalidad 2, me dijo repentinamente y sin preámbulos: «Tienes que leer alguna vez el *Fausto* de Goethe». Nosotros teníamos una reciente y bella edición de las obras de Goethe y busqué el *Fausto*. Inundó mi alma como un bálsamo maravilloso. Por fin, he aquí un hombre, pensaba yo, que se toma en serio al diablo, y concluye un pacto de sangre con su enemigo, quien tiene el poder de desbaratar el designio de Dios, de crear un mundo perfecto. Lamentaba el modo de comportarse de Fausto, pues en mi opinión, no hubiera debido ser tan estrecho de miras ni dejarse ofuscar. Debió ser más sensato y también más digno. ¡Me parecía infantil describir su alma de un modo tan simple! ¡Fausto era evidentemente un calavera! Tuve también la impresión de que el peso de la obra y lo más importante de ella descansaba en Mefistófeles. No hubiera lamentado que el alma de Fausto hubiera terminado en el infierno. No me hubiera causado lástima. El «diablo impostor» no me gustó en absoluto al final, pues Mefistófeles era cualquier cosa menos un diablo tonto que pudiera proceder de un estúpido ángel.

Mefistófeles me pareció falso en otro sentido; no es él quien recupera sus privilegios sino Fausto, esta alma inestable y falta de carácter que ha llevado su engaño hasta el más allá. Precisamente ahí se revelaba su puerilidad, pero me pareció haber merecido la iniciación en los grandes misterios. ¡Yo le hubiera concedido todavía algo de purgatorio y de la iniciación que sospechaba oscuramente que tenía relación con el misterio radical! En todo caso, Mefistófeles y la gran iniciación me quedaron finalmente como acontecimiento extraordinario y misterioso al margen del mundo de mi consciencia.

Finalmente había hallado la confirmación de que hubo uno o varios hombres que vieron el mal y su enorme poder para transformar el mundo, y más todavía, el papel misterioso que desempeña en salvar a los hombres de la oscuridad y la desgracia. En esto Goethe me pareció un profeta. Pero no podía perdonarle que se hubiera librado de Mefistófeles con un simple escamoteo, con un *tour de passe-passe*; con un juego de manos. Esto era, para mí, demasiado teológico, demasiado simple e irresponsable. Lamentaba profundamente que Goethe —¡Oh, tan falsamente!— sucumbiera víctima del inofensivo mal.

En mi lectura había descubierto que Fausto era un tipo de filósofo que pese a haberse separado de la filosofía, era evidente que había aprendido de ella cierta franqueza por la verdad. Hasta entonces no había oído nada de filosofía y una nueva esperanza para mí parecía nacer. Quizás, pensaba yo, existieron filósofos que meditaron sobre mis cuestiones y podrían arrojarme alguna luz.

Dado que en la biblioteca de mi padre no había libro de ningún filósofo —eran sospechosos, porque pensaban—, tuve que servirme del *Diccionario general de las ciencias filosóficas* de Krug, 2.ª edición, 1832. Me abismé inmediatamente en el artículo sobre Dios. Para mi desencanto comenzaba con una etimología de la palabra de «Dios» (*Gott*), que «incuestionablemente» proviene de «bueno» (*Gut*) y define al *ens summus* o *perfectissimus*. No se podía, así continuaba, demostrar la existencia de Dios, ni tampoco el carácter innato de la idea de Dios. Por último, si no *in actu*, siquiera *in potentia*, podía estar desde un principio en el hombre. En todo caso, nuestra «capacidad intelectual tenía que desarrollarse hasta un cierto grado antes de ser capaz de formarse una idea tan elevada».

Esta explicación me asombró extraordinariamente. ¿Qué les pasaba a estos «filósofos»?, me preguntaba. Evidentemente conocen a Dios sólo de oídas. Con los teólogos es completamente distinto; por lo menos están seguros de que Dios existe aunque expresen cosas contradictorias acerca de Él. Este Krug se expresa evasivamente, pero se ve claro que le gustaría afirmar estar suficientemente convencido de la existencia de Dios. ¿Por qué no lo dice directamente? ¿Por qué hace como si realmente opinara que la idea de Dios «se forma» y que de ello sólo se es capaz en un cierto grado evolutivo? Por lo que sé, los salvajes que vagan desnudos en sus bosques tienen también tal idea. No fueron, pues, los «filósofos» los que se decidieron a «hacerse una idea de Dios». Tampoco yo nunca «me he hecho una idea de Dios». Naturalmente, no se puede demostrar a Dios, pues, ¿cómo podría, por ejemplo, una polilla que come lana australiana demostrar a las otras que existe Australia? La existencia de Dios no depende de nuestras demostraciones. ¿Cómo llegué yo, pues, a la certeza de Dios? Ciertamente se me explicó todo lo posible a este respecto y, sin embargo, pude, en realidad, no haber creído nada. Nada me convenció. No es de allí en absoluto de donde proviene mi idea. Y no se trata en absoluto de una idea o algo imaginado. No era como si se hubiera primero imaginado y pensado algo y después se hubiera creído en ello. Por ejemplo, la historia del «*hêr* Jesús» me pareció siempre sospechosa y no la creí nunca realmente. Y sin embargo, me importunaron con ella más que con «Dios», que, como máximo, sólo se mencionaba en segundo término. ¿Por qué me resultaba evidente Dios? ¿Por qué estos filósofos hacen como si Dios sea una idea, un tipo de suposición arbitraria que puede «hacerse» o no, cuando se trata de algo tan patente como si le cae a uno un ladrillo en la cabeza?

Entonces me resultó repentinamente claro que Dios, por lo menos para mí, era una de las experiencias más evidentes e inmediatas. Aquel horrible episodio de la

catedral no me lo inventé yo. Por el contrario, me fue impuesto, y me sentí cruelmente impulsado a pensarlo. Pero después de ello me fue concedida una gracia indecible.

Llegué a la conclusión de que algo no concordaba en los filósofos, pues tenía la curiosa idea de que Dios, en cierto modo, es una suposición que podría discutirse. También hallé muy insatisfactorio el no descubrir ninguna opinión sobre las oscuras actividades de Dios, ni ninguna explicación sobre ellas. A mi parecer, éstas serían dignas de la atención y meditación filosóficas. Representaban en realidad un problema que, a mi entender, tenía que ser difícil para los teólogos. Tanto mayor era mi desengaño de que los filósofos, por lo visto, no supieran nada acerca de ello.

Pasé, pues, al siguiente artículo, concretamente al párrafo sobre el diablo. Si se le concibe, así decía, como originariamente malo se incurre en palpable contradicción, es decir, se cae en un dualismo. Por ello era mejor admitir que el diablo originariamente había sido creado como un ser bueno y sólo a causa de su orgullo se había corrompido. Para mi gran satisfacción indicaba el autor, sin embargo, que esta afirmación, que intentaba explicar el mal, presuponía ya la soberbia. Por lo demás, el origen del mal sería «inexplicado e inexplicable», lo que para mí significaba: como los teólogos, tampoco él quiere pensar acerca de esto. El artículo sobre el mal y su origen resultaba igualmente confuso.

Lo que hasta ahora llevo explicado se refiere a acontecimientos interrumpidos por largos períodos, que abarcan algunos años. Tuvieron lugar en mi personalidad número 2 y eran estrictamente secretos. Utilizaba la biblioteca de mi padre para estudiar estas cuestiones sin pedírselo y a escondidas nada más. Sin embargo, mientras tanto, la personalidad número 1 leía despreocupadamente todas la novelas de Gerstäcker, así como traducciones alemanas de novelas inglesas clásicas. También comencé a leer literatura alemana, los clásicos en primer lugar, hasta el punto de que las inútiles y trabajosas aclaraciones de la escuela sobre cosas triviales no me quitaron el interés por ella. Leía mucho y sin plan alguno: drama, poesía lírica, historia y posteriormente obras científicas. La lectura me resultaba no sólo interesante, sino que me ofrecía, además, un esparcimiento beneficioso. El ocuparme de la personalidad número 2 me causaba cada vez más presiones que en el terreno de las cuestiones religiosas, donde sólo hallaba puertas cerradas y en cuanto por casualidad se abría alguna, me encontraba con decepciones. Los demás hombres parecían realmente estar todos en otros lugares. Hubiera hablado con agrado con alguien acerca de estas cuestiones, pero no hallaba a nadie con quien establecer un punto de contacto, por el contrario, sentía en los demás al venir a mi encuentro una extrañeza, una desconfianza, un terror que me dejaban sin habla. Esto me deprimía. Yo no sabía cómo tomármelo: ¿Por qué a nadie le ocurría lo que a mí? ¿Por qué no se encuentra nada de todo esto en los libros de texto? ¿Soy el único en tener tales experiencias? ¿Por qué había de ser el único? Nunca pensé que estuviera algo loco, pues la claridad y oscuridad de Dios se me aparecían como hechos que, a pesar de

perturbar mis sentimientos, me parecían comprensibles.

La «insólita situación» en la que estaba inmerso la sentía como una amenaza, pues significaba aislamiento que me resultaba tan fastidioso que yo fui considerado injustamente como víctima propiciatoria, más de lo que me hubiese gustado. A esto se añadió algo que me quedó grabado profundamente. En las clases de alemán me mantenía en los puestos intermedios, ya que las materias, en especial la gramática y la sintaxis, no me interesaban en absoluto. Era perezoso y distraído. La temática de las redacciones me parecía, por regla general, superficial o completamente pueril, y mis redacciones respondían a este criterio; descuidadas o dificultosas. Me conformaba con notas medianas que para mí eran lo justo. Esto convenía a mi tendencia general de no sobresalir, pues quería a toda costa librarme de este «maldito aislamiento en la singularidad», al cual fui empujado desde diferentes puntos. Mis simpatías se inclinaban por los chicos de familias pobres, que, como yo, procedían de la nada, y a menudo por los escasamente dotados, aunque su tontería e ignorancia me irritaban a veces. Pero me ofrecían por otra parte la tan ansiada ventaja de parecer no sospechar nada y no observar nada especial en mí. Mi «singularidad» comenzó a ocasionarme, poco a poco, la sensación desagradable y algo inquietante de que yo poseía ciertos rasgos antipáticos inconscientes para mí que hacían que los maestros y compañeros se apartasen de mí.

En tales circunstancias aconteció, como un rayo, el siguiente suceso: nos habían dado un tema de redacción que excepcionalmente me interesó. A causa de ello me apliqué con ahínco y realicé, así me parecía, un trabajo esmerado y bien logrado. Por ello esperaba por lo menos uno de los primeros lugares en la calificación; quizás no el primero, pues esto sería demasiado, pero sí uno de los inmediatos.

Nuestro maestro comentaba siempre los trabajos por orden de calificación. El primero fue la redacción del primero de clase. Esto era justo. Luego siguieron las redacciones de los demás, y siempre esperaba yo inútilmente mi nombre. Es imposible, pensaba yo, que mi redacción sea tan mala que no esté entre las redacciones medianas o las peores. ¿Qué ha sucedido? ¿O quizás estoy al final *hors concours*, es decir, incómodamente aislado y fuera de serie?

Cuando todas las redacciones habían sido comentadas, el maestro hizo una pausa y dijo: «Tengo otra redacción, la de Jung. Es con mucho la mejor y le hubiera puesto en primer lugar. Pero, por desgracia, es plagio. ¿De dónde la has copiado? ¡Confiesa la verdad!».

Me sentí tan estupefacto como indignado y grité: «¡No la he copiado, sino que, por el contrario, me esforcé mucho en hacer una buena redacción!». Pero él respondió gritando: «¡Mientes! Una redacción como ésta tú no puedes escribirla en absoluto. Esto no puede creerlo nadie. Así, pues, ¿de dónde la has copiado?».

Protesté inútilmente de mi inocencia. El maestro permaneció inconmovible y respondió: «Puedo decirte que si supiera de dónde la copiaste serías expulsado de la escuela». Y se marchó bruscamente. Mis compañeros me lanzaron miradas

dubitativas y vi con espanto que pensaban: «¡Ajá, eso es!». Mis protestas no encontraron ningún eco. Sentí que a partir de entonces estaba ya marcado y me quedaban cerrados todos los caminos por los que podía salir de la «singularidad». Profundamente desilusionado y ofendido juré odio al profesor y si hubiera tenido ocasión, habría querido imponer la ley del más fuerte. ¿Cómo podía yo demostrar a todos que no había copiado la redacción?

Durante varios días di vueltas en mi cabeza a esta historia y llegué una y otra vez a la conclusión de que estaba impotente y a merced de un destino ciego y estúpido que me tildaba de mentiroso e impostor. Se me hicieron claras muchas cosas que no había comprendido anteriormente; por ejemplo, el hecho de que un maestro, que se había enterado de mi comportamiento en la escuela, fuera a mi padre y le dijera: «¡La verdad es que es mediocre, pero se esfuerza mucho!». Se me tenía por relativamente tonto y descuidado. En realidad, esto no me molestaba. Lo que me enojaba era que me creyesen un impostor y a causa de ello se me eliminase moralmente.

Mi tristeza y mi cólera amenazaban con ser inacabables, pero nuevamente sucedió algo que antes ya había observado varias veces: reinó repentinamente la calma como si un espacio ruidoso se cerrase con una puerta a prueba de ruidos. Era como si una fría curiosidad me invadiera con la cuestión: ¿Qué ha pasado aquí? ¡Estás verdaderamente irritado! El maestro es, naturalmente, un imbécil que no comprende tu modo de ser, es decir, comprende tan poco como tú mismo. Por ello desconfía, como tú mismo. Tú desconfías de ti mismo y de los demás y te tienes por ello por el Simple, el Ingenuo y el Comprensible. Se cae en el nerviosismo cuando no se comprende.

En relación con estas consideraciones, *sine ira et studio* se me ocurrió la analogía con aquella otra reflexión que me había dejado tan impresionado cuando no quería pensar lo prohibido. Entonces, sin lugar a dudas, no había visto todavía diferencia alguna entre la personalidad número 1 y la número 2, sino que había tomado al mundo de la número 2 como mi mundo personal; sin embargo, existía siempre una latente sensación de que allí había todavía algo distinto a mí, algo así como si un soplo del mundo de los astros y de los espacios infinitos se hubiera alcanzado, o como si un espíritu invisible hubiera penetrado en la habitación sin que pudiera ser visto, espíritu que hace tiempo se hubiese marchado y a la vez perpetuamente presente fuera del tiempo hasta el lejano futuro. Peripecias de este tipo no se apartaban del halo de una deidad.

En aquella época evidentemente no hubiera podido expresarme nunca de este modo, sin embargo no añado ahora nada a mi estado de consciencia de entonces, sino que intento simplemente aclarar aquel mundo crepuscular con los medios de que dispongo actualmente.

Fue algunos meses después del acontecimiento que he descrito cuando mis compañeros de clases me colgaron el apodo de «patriarca Abraham». La número 1 no podía comprenderlo y lo encontraba tonto y ridículo. Pero en el fondo yo me sentía

aludido en cierto modo. Todas las alusiones a mi intimidad me resultaban penosas, pues cuanto más leía y más enterado estaba del ambiente ciudadano, más crecía en mí la impresión de que lo que conocía ahora como realidad pertenecía a otro orden de cosas distinto de la imagen del mundo que se formó en mí en el campo, entre los ríos y los bosques, entre los animales y los hombres, en un pequeño pueblo sobre el cual lucía el sol, soplaba viento y pasaban las nubes, y todo ello envuelto en la oscura noche llena de cosas indefinibles. No era tan sólo un lugar en el mapa, sino el mundo de Dios, ordenado y lleno de misterioso sentido. Esto parecía que los hombres lo ignoraban y ya los animales habían perdido en cierto modo este sentido. Esto se veía en la mirada triste y perdida en la lejanía de las vacas, en los resignados ojos de los caballos, en la sumisión del perro que se apegaba al hombre y en el mismo comportamiento del gato que había convertido la casa y el granero en su vivienda y lugar de caza. Del mismo modo que los animales, los hombres me parecían inconscientes; miraban al suelo o hacia los árboles para ver en qué y para qué se podían utilizar; como los animales, formaban grupos, se emparejaban y se combatían sin ver que habitaban en el cosmos, en el mundo de Dios, en la eternidad, donde todo nace y todo ya está muerto.

Amaba a los animales de sangre caliente porque nos son más cercanos y participan de nuestra ignorancia. Los amaba porque tienen un alma como nosotros y nosotros los comprendemos, así creía yo, de modo instintivo. Experimentaban, así pensaba yo, como nosotros, alegría y tristeza, amor y odio, hambre y sed, miedo y confianza, todos los componentes esenciales de la existencia, a excepción del lenguaje, de la aguzada consciencia, de la ciencia. Admiraba ciertamente a la ciencia como costumbre, pero veía en ella la posibilidad de un alejamiento y aberración del mundo de Dios, y de una degeneración de la cual los animales no eran capaces. Los animales eran lo fiel y lo digno de amor, lo invariable y lo digno de confianza, pero desconfiaba siempre de los hombres.

Los insectos no eran «exactamente» animales y los vertebrados de sangre fría formaban un grado intermedio poco apreciable en la escala que lleva a los insectos. Esta categoría de seres eran objeto de observación y colección, curiosidades, como algo extraño y ajeno al hombre, manifestaciones de seres impersonales que tenían mayor afinidad con las plantas que con los animales.

Con el reino de las plantas se inició la presencia de lo terrenal del mundo de Dios como un tipo de comunicación inmediata. Era como si se hubiera contemplado al creador, quien se imaginaba inobservado, por encima de los hombros cuando elaboraba juguetes o piezas decorativas. Frente a este reino, el hombre y los animales «típicos» eran partes de Dios que se habían hecho independientes. Por ello podían vagar libremente y elegir su lugar de vivienda. El mundo de las plantas, por el contrario, se encontraba sujeto para siempre a su lugar de origen. Tal mundo no sólo expresaba la belleza del mundo de Dios, sino también los pensamientos, sin ninguna intención o divergencia. Los árboles resultaban especialmente misteriosos y me

parecían representar el sentido incomprensible de la vida de un modo inmediato. Por ello el bosque era el lugar donde se sentía más de cerca el significado más profundo y la actividad más horrible.

Esta impresión se me acentuó al conocer las catedrales góticas. Pero aquí la infinitud del cosmos y del caos, del sentido y del absurdo, del propósito impersonal y de las leyes mecánicas se encontraba oculto en la piedra. Contenía y era a la vez el misterio inmenso del ser, un concepto inmanente del espíritu. Esto era lo que yo experimentaba oscuramente como afinidad mía con la piedra: la naturaleza de Dios tanto en lo muerto como en lo vivo.

No me hubiera sido posible entonces, como ya he dicho, formular mis sensaciones y presentimientos de un modo concreto, pues tenían lugar en la número 2, mientras que mi yo activo y comprensivo, la número 1, se mantenía pasivo y se encontraba inmerso en el mundo del «anciano», que pertenecía a los siglos. Yo experimenté a él y a mi influencia de un modo notablemente irreflexivo: cuando está presente, se desvanecía la número 1 hasta desaparecer, y cuando el yo, cada vez más idéntico a la número 1, dominaba la escena, entonces «anciano», si es que se le recordaba, era un sueño lejano e irreal.

Desde los dieciséis hasta los diecinueve años se disiparon paulatinamente las nubes de mi dilema. Con ello mejoró mi deprimente estado de ánimo, y la número 1 se manifestó cada vez más claramente. La escuela y la vida ciudadana me reclamaban, también mi saber acrecentado penetraba en el mundo de las inspiraciones llenas de presentimientos o lo eliminaba progresivamente. Comencé a plantearme de un modo sistemático las consabidas cuestiones. Leí una breve introducción a la historia de la filosofía y adquirí con ello una cierta orientación sobre todo lo que ya había sido pensado. Con satisfacción comprobé que muchas de mis inspiraciones tenían sus precedentes históricos. Prefería sobre todo el pensamiento de Pitágoras, Heráclito, Empédocles y Platón, pese a lo insulso de los argumentos socráticos. Eran bellos y académicos como una exposición de pinturas, pero algo lejanos. Sólo en el maestro Eckhart sentí un soplo de la vida sin llegar a comprenderlo por completo. La escolástica cristiana me dejó frío, y el intelectualismo aristotélico de santo Tomás me pareció más muerto que un desierto. Pensaba: todos ellos quieren llegar, mediante construcciones lógicas, a aquello que no han percibido y de lo que en realidad no saben nada. Quieren probarse a sí mismos una fe, ¡donde simplemente se trata de experiencia! Se me antojaban como gente que sabía de oídas que existían elefantes, pero no habían visto ninguno. Intentaban demostrar con argumentos que, por razones lógicas, tienen que existir tales animales y que deben ser de tal índole como lo son realmente. La filosofía crítica del siglo XVIII no la entendí en principio por razones comprensibles. Hegel me intimidaba por su tan difícil como altanero lenguaje, al que consideraba con franca desconfianza. Me parecía como quien se encontrase prisionero de su propia dialéctica de palabras y se deshiciera en gestos arrogantes en su propia cárcel.

Pero el gran descubrimiento de mi investigación fue Schopenhauer. Era el primero que hablaba del sufrimiento del mundo, que nos envuelve de modo invisible y avasallador, de la confusión, de la pasión, y del mal, que los demás parecían apenas observar y que querían resolver en armonía y claridad. Aquí había por fin alguien que tenía el valor de opinar que el fundamento del mundo no se halla en lo mejor. No hablaba ni de una providencia de la creación, sapientísima e infinitamente buena, ni de la armonía de lo creado, sino que decía claramente que el doloroso transcurso de la historia de la humanidad y la crueldad de la naturaleza se basaba en un defecto, a saber, la ceguera de la voluntad creadora del mundo. Esto lo sentía confirmado por mis primeras observaciones de peces enfermos y moribundos, de zonas sarnosas, pájaros congelados o muertos de hambre, la tragedia despiadada que se oculta en un prado esmaltado de flores: lombrices de tierra que son torturadas hasta morir por las hormigas, insectos que se destrozan mutuamente, etc. Pero también mis experiencias con los hombres me habían enseñado todo lo contrario a la creencia en la dignidad y bondad humana originales. Me conocía a mí mismo lo suficiente para saber que mi diferencia con los animales era, por así decirlo, de grado nada más.

La imagen sombría del mundo de Schopenhauer encontraba mi aprobación, pero no su solución del problema. Me resultaba seguro que con «voluntad» aludía en realidad a Dios, el Creador y a éste describía como «ciego». Dado que, por experiencia, sabía yo que Dios no se ofendía con blasfemia alguna, sino que, por el contrario, podía incluso exigirla, para tener no sólo la parte luminosa y positiva del hombre, sino también la tenebrosa y contraria a la divinidad, el pensamiento de Schopenhauer no me ocasionó ningún trastorno. Lo tuve por un juicio justificado por los hechos. Pero tanto más me decepcionó su pensamiento de que el intelecto sólo debe oponer su imagen a la voluntad ciega para hacerla retroceder. ¿Cómo podía la voluntad ver en absoluto esta imagen si era ciega? ¿Y por qué debía, aunque pudiera ver, ser inducida a volverse atrás, si la imagen le mostraría precisamente lo que ella quería? ¿Y qué era el intelecto? Es una función del alma humana, no un espejo, sino un espejito de tamaño infinitesimal que el niño opone al sol esperando así cegarlo. Esto me parecía completamente inconsciente. Me resultaba un enigma cómo era posible que Schopenhauer hubiera llegado a esta conclusión.

Esto me exigió estudiarle más a fondo, con lo cual fui cada vez más impresionado al descubrir su relación con Kant. Comencé, pues, a leer la obra de este filósofo, especialmente la *Crítica de la razón pura*, con gran atención. Mis esfuerzos obtuvieron su recompensa, pues creí haber descubierto el error capital en el sistema de Schopenhauer: había cometido el pecado mortal de hacer una afirmación metafísica, es decir, calificándolo hipostáticamente de simple *noumeno* de una «cosa en sí». Esto se desprendía de la teoría del conocimiento de Kant, que para mí significó una revelación mayor que la imagen «pesimista» del mundo de Schopenhauer.

Esta evolución filosófica se extendió desde los dieciséis años hasta los de mi

licenciatura en medicina. Ella trajo como consecuencia un cambio radical de mi actitud frente al mundo y a la vida. Si en un principio había sido tímido, miedoso, desconfiado, descolorido, delgado y de salud aparentemente precaria, se me despertó ahora un insaciable apetito en todos los aspectos. Sabía lo que quería y obré en consecuencia. Evidentemente me volví más amable y expansivo. Descubrí que la pobreza no era ninguna desventaja ni mucho menos la causa primordial del sufrimiento y que los hijos de los ricos no se encontraban en absoluto en ventaja con respecto a los muchachos pobres y mal vestidos. Existían razones mucho más profundas para la felicidad y la desgracia que la cuantía del dinero disponible. Gané más y mejores amigos que antes. Sentía bajo mis pies un suelo más firme e incluso hallé el valor de hablar con toda franqueza de mis pensamientos. Pero esto era, como pronto supe, un error del que tuve que arrepentirme. Choqué no sólo con la extrañeza o la burla, sino también con un rechazo hostil. Para mi mayor asombro y disgusto descubrí que para cierta gente yo pasaba por fanfarrón y *blangueur*. La primitiva sospecha de impostor volvió a repetirse aunque en otra forma. Nuevamente tuvo que ver con un tema de redacción que me había interesado. A tal efecto escribí mi redacción con especial cuidado, por lo cual pulí al máximo mi estilo. El resultado fue catastrófico: «He aquí una redacción de Jung», dijo el maestro, «es, desde luego, brillante, pero tan improvisada que se ve cuán poca seriedad y trabajo ha puesto en ella. Puedo decirte, Jung, que con esta ligereza no lograrás triunfar en la vida. Hace falta seriedad y esmero, trabajo y esfuerzo. Mira la redacción de D. No tiene nada de tu brillantez, pero es sincera, hecha a conciencia y esmerada. Tal es el camino para triunfar en la vida».

Mi fracaso no fue tan radical como la primera vez, pues el profesor —*contre coeur*— estaba impresionado por mi redacción y por lo menos no pensó que yo la hubiera plagiado. Sin embargo, protesté contra sus censuras, pero me replicó con la observación: «Según la *Ars Poetica*, el mejor poema es aquel en el que no se observa el esfuerzo para crearlo. Pero esto no vale para tu redacción. No me harás cambiar de opinión. Ha sido escrita descuidadamente y sin dedicar esfuerzo». En ella, yo lo sabía, había un par de buenos pensamientos en los que el profesor no había entrado en absoluto.

Este hecho me amargó ciertamente, pero los recelos surgidos entre mis compañeros me afectaban más, pues me amenazaban nuevamente con sumirme en el aislamiento y la depresión anteriores. Yo me rompía la cabeza para dilucidar en qué hubiese yo podido causar tales suspicacias. Tras cuidadas indagaciones averigüé que se desconfiaba de mí porque frecuentemente hacía observaciones o referencias a cosas que yo no podía saber en absoluto, por ejemplo, daba yo a entender que sabía algo de Kant o de paleontología, cosas que no se «daban» en la escuela. Estas asombrosas constataciones me mostraron que las cuestiones propiamente acuciantes no formaban parte de lo cotidiano, sino al igual que mi antiguo secreto, el mundo de Dios, del cual era mejor no decir nada.

A partir de entonces procuré prescindir de tales cuestiones «esotéricas» entre mis compañeros, y entre los adultos no sabía de nadie con quien pudiera hablar sin tener que temer que se me tuviera por un fanfarrón y un impostor. Lo que me resultó más penoso fue el entorpecimiento y el impedimento a todos mis intentos de suprimir en mí la separación entre ambos mundos. Siempre surgían acontecimientos que me sacaban de mi existencia cotidiana y me empujaban al ilimitado «mundo de Dios». La expresión «mundo de Dios», que para ciertos oídos suena a algo sentimental, no tenía para mí, en absoluto, tal carácter. Al «mundo de Dios» pertenecía todo lo «sobrehumano», luz deslumbrante, tinieblas del abismo, la fría apatía de la infinitud en el tiempo y en el espacio y lo grotesco y misterioso del mundo irracional del azar. «Dios» era para mí todo, en especial lo no edificante.

IV

Cuanto mayor me hacía, con más frecuencia me interrogaban mis padres y otra gente acerca de lo que quería yo ser. Es algo que yo no veía en absoluto claro. Mis intereses me lanzaban en diversas direcciones. Por una parte me atraían poderosamente las ciencias de la Naturaleza con su verdad que descansa en hechos, por otra parte me fascinaba todo lo que dependía de la historia comparada de la religión. En el primer caso me sentía atraído principalmente por la zoología, la paleontología y la geología, en el segundo por la arqueología greco-romana, egipcia y prehistórica. Es verdad que entonces ignoraba lo concordante que era esta selección de tan distintas disciplinas con mi doble naturaleza. En las ciencias naturales me satisfacían los hechos concretos con sus elementos históricos, en las ciencias religiosas la problemática espiritual en la que también entraba la filosofía. En el primer caso echaba de menos el factor del espíritu, en el último lo empírico. Las ciencias naturales correspondían en gran manera a las necesidades espirituales de la número 1, las ciencias del espíritu, o las disciplinas históricas, representaban una bienhechora enseñanza objetiva para la número 2.

En esta situación contradictoria no podía seguir desorientado por largo tiempo. Observé que mi tío, el cabeza de familia de mi madre, que era párroco de San Albán en Basilea y que en la familia llevaba el apodo de «Isemännli», iba orientándome poco a poco hacia la Teología. No le pasaba por alto la extraordinaria atención con que yo seguía las conversaciones de sobremesa cuando discutía con uno de sus hijos —todos ellos estudiaban Teología— alguna cuestión de la especialidad. Yo no estaba del todo seguro de si quizás existían teólogos que estuvieran en estrecha relación con las eminencias de la universidad y supieran, por tanto, más que mi padre. Sin embargo, de estas conversaciones de sobremesa no saqué la impresión de que se ocuparan de experiencias reales, y menos aún de tales como las mías, sino que discutían exclusivamente hipótesis acerca de los relatos bíblicos, que a mí me resultaban fastidiosas a causa de las numerosas y escasamente verosímiles narraciones milagrosas. Mientras estudiaba bachillerato podía ir todos los jueves a comer a casa de mi tío. Pero yo no sólo estaba agradecido por ello, sino también por la extraordinaria ventaja de poder seguir de vez en cuando una conversación de sobremesa inteligente, elevada e intelectual. Que existiera algo de este tipo era para mí un gran acontecimiento, pues en mi ambiente nunca había oído a nadie charlar sobre tan doctas cuestiones. Yo dirigía los ruegos a mi padre, pero encontraba siempre una, para mí, incomprensible impaciencia y una tímida resistencia. Sólo algunos años después comprendí que a mi pobre padre no le era permitido pensar, porque interiormente estaba destrozado por las dudas. Estaba huyendo de sí mismo, y por ello insistía en la fe ciega, pues debía combatir y quería esforzarse con penoso empeño. Por ello no podía llegarle más que la gracia.

Mi tío y mis primos podían discutir con toda tranquilidad todas las tesis

dogmáticas desde los padres de la Iglesia hasta la teología más moderna. Parecían bien fundamentados en la seguridad de una evidente ordenación del mundo. Sin embargo, no se citaba nunca a Nietzsche, y el nombre de Jakob Burckhardt era pronunciado sólo con disgustada aprobación. A Burckhardt se le consideraba «liberal», «demasiado tolerante» y con ello se aludía a que en cierto modo se desviaba él del eterno orden de las cosas. Sabía yo que mi tío no sospechaba lo lejos que yo estaba de la teología y lamenté mucho tener que desilusionarle. Pero entonces no me hubiera atrevido nunca a evadirme de mis problemas, pues sabía la enorme catástrofe que ello hubiera significado para mí. No disponía de nada con qué defenderme. Por el contrario, la personalidad número 1 había decidido abrirse paso respecto de mis ciertamente aún escasos conocimientos científicos que estaban impregnados por completo del materialismo científico de la época. Sólo dificultosamente fue tenida en jaque por el testimonio de la historia y por la *Crítica de la razón pura*, que en mi ambiente nadie parecía comprender. Es verdad que Kant era citado por mis teólogos en tono elogioso. Pero sus principios sólo se aplicaban a los casos opuestos, pero nunca al propio. Tampoco dije yo nada a este respecto.

A causa de ello cada vez me resultó más molesto sentarme a la mesa con mi tío y su familia. Para mis habituales remordimientos de conciencia el jueves se convirtió en un día negro. En este mundo de seguridad y sosiego sociales y espirituales me sentía cada vez menos a gusto a pesar de estar yo sediento de estímulos capitales, que allí surgían esporádicamente. Me sentía vil y desleal. Tuve que admitir: verdaderamente eres un embustero, mientes y engañas a los hombres que, sin embargo, te quieren bien. No tienen culpa alguna de vivir en un mundo de seguridad social y espiritual, de que no sepan nada de la pobreza, de que su religión sea a la vez una profesión remunerada y de que por lo visto no les preocupe el que Dios mismo pudiera arrancar a un hombre su mundo espiritual y condenarle a la blasfemia. Yo no tengo posibilidad alguna de explicárselo. Debo, pues, cargar con este odio y aprender a soportarlo. Es verdad que hasta entonces sólo lo había logrado difícilmente.

Esta agravación del conflicto moral en mí trajo consigo que la número 2 me resultara cada vez más sospechosa y desagradable, un hecho que yo no podía ocultarme por más tiempo. Intenté eliminar la personalidad número 2, pero no pude lograrlo. Podía realmente olvidarla en la escuela y en presencia de mis compañeros, también se me desvanecía al preparar mi licenciatura para ciencias naturales, pero tan pronto como me encontraba solo en casa o en plena naturaleza resurgían imponentes Schopenhauer y Kant y con ellos el gran «mundo de Dios». Mis conocimientos científicos se hallaban también allí incluidos y llenaban el gran cuadro de matices y figuras. Pero la número 1 y sus preocupaciones para elegir una profesión desaparecieron en el horizonte como un episodio insignificante de los años noventa del siglo XIX. Cuando regresaba de mi excursión al siglo me invadió una especie de modorra. Yo, es decir, la número 1, vivía ahora y aquí y debía formarse pronto o tarde una idea definitiva acerca de qué profesión quería seguir.

Mi padre me habló en varias ocasiones seriamente: podía elegir cualquier carrera, pero, si hacía caso de su consejo, mejor que no fuese teología. «Puedes ser lo que quieras, ¡pero no teólogo!». Entonces existía ya un cierto acuerdo tácito entre nosotros, según el cual ciertas cosas podían hacerse o mentarse sin comentarios. Por ejemplo, nunca me preguntó por qué faltaba a la iglesia tanto como me era posible y nunca más comulgué. Me resultaba más fácil alejarme de la iglesia. Lo único que echaba de menos eran los coros y el órgano, pero en absoluto la «comunidad eclesiástica». Por ello no podía yo imaginarme nada; pues la gente que por costumbre iban con regularidad a la iglesia me parecían ser entre sí menos «comunidad» que los «mundanos». Estos últimos eran ciertamente poco virtuosos, pero eran gente mucho más correcta, con sentimientos naturales, más sociables y alegres, más diligentes y cordiales.

Pude tranquilizar a mi padre de que no entraba en mis intenciones el hacerme teólogo. Oscilaba indeciso entre ciencias de la naturaleza y del espíritu. Ambas me atraían poderosamente. Pero comenzó a resultarme claro que la número 2 no tenía *pied-à-terre*. Ahí estaba yo libre del Aquí y del Ahora; ahí me sentía como un ojo en un universo de miles de ojos, pero incapaz de mover en la tierra ni una piedrecita. Contra ello se sublevaba la número 1: quería hacer y actuar, pero se encontraba de momento ante un dilema. Era evidente que yo debía esperar y ver qué sucedería. Cuando entonces alguien me preguntaba qué quería ser, procuraba responderle: filólogo, con lo cual me representaba yo secretamente la arqueología asiria y egipcia. Pero en realidad, me dedicaba a estudios científicos y filosóficos en mis ratos de ocio o en las vacaciones que pasaba en casa con mi madre y con mi hermana. Los tiempos en que corría yo hacia mi madre y me quejaba: «¡Es aburrido, no sé qué debo hacer!» hacía ya mucho que habían pasado. Las vacaciones fueron siempre la gran época en que podía estar conmigo a solas. Además entonces, por lo menos en verano, mi padre estaba fuera, pues habitualmente pasaba sus vacaciones en Sajonia.

Sólo en una ocasión sucedió que hice yo también un viaje de vacaciones. Tenía catorce años cuando nuestro médico me prescribió una temporada de baños en Entlebuch para estimular mi variable apetito y restablecer mi entonces precario estado de salud. Por vez primera me encontré solo entre adultos desconocidos alojado en casa del párroco católico. Esto significó para mí una aventura inquietante y fascinante a la vez. Veía apenas al párroco y su sirvienta era una personalidad algo huraña, pero por lo demás nada molesta. No sucedía nada amenazador. Me hallaba bajo la tutela de un antiguo médico de la localidad que dirigía una especie de hotel-sanatorio para convalecientes de todo tipo. Se trataba de una sociedad heterogénea en todos los aspectos: gente campesina, pequeños empleados y comerciantes y unas pocas personas cultas de Basilea, entre ellos un doctor en filosofía y un químico. Mi padre también era doctor en filosofía y también filólogo y lingüista. El químico representó para mí algo sumamente nuevo e interesante. ¡Un científico, alguien que quizás conocía los secretos de las piedras! Era un hombre

joven todavía que me enseñó a jugar al croquet, pero que guardaba silencio sobre su (era de suponer que inmenso) saber; yo era demasiado tímido, demasiado torpe y demasiado ignorante para preguntarle. Pero le honraba como el primer conocedor en persona que mis ojos veían, de los secretos de la naturaleza (o por lo menos de una parte de ellos). Se sentaba en la misma *table d'hôte,* comía lo mismo que yo e incluso en ocasiones intercambiaba palabras conmigo. Me sentía inmerso en la elevada esfera de los adultos. El que pudiera asistir a las excursiones de los pensionistas me afirmaba en mi elevación de categoría. En una de estas ocasiones visitamos una destilería en la que fuimos a una degustación. En el sentido textual de las palabras clásicas: «Ahora se acerca la desgracia, pues esta bebida es licor…», encontré los diversos vasitos tan interesantes que me sentí inmerso en un estado de ánimo completamente nuevo e inesperado: no existía ni interior ni exterior, nada de Yo y los demás, ni número 1 ni número 2, ningún cuidado ni miedo. La tierra y el cielo, el mundo, todo cuanto en él «se arrastra y vuela» da vueltas, sube o baja, se había unificado. Estaba bebido entre avergonzado y eufórico. Estaba como sumergido en un mar de radiantes reflexiones, y a causa del violento oleaje me así con los ojos, las manos y los pies a todos los objetos firmes para conservar mi equilibrio sobre la fluctuante calle y entre las casas y los árboles que se inclinaban entre sí. Todo está bien, pensaba yo, pero por desgracia, quizás demasiado. El suceso tuvo un fin lamentable, pero quedó el descubrimiento e intuición de la belleza y el espíritu, lo malo era que se había corrompido a causa de mi tontería.

Al término de mis vacaciones mi padre vino a buscarme y me llevó a Lucerna, donde —¡oh felicidad!— subimos a un barco. Nunca había visto nada semejante. No me cansaba de contemplar cómo funcionaba la máquina de vapor y repentinamente se anunció que estábamos en Vitznau. Sobre el lugar se elevaba una montana alta y mi padre me explicó que era el Rigi y que la ascendía un ferrocarril, concretamente un tren de cremallera. Fuimos a una pequeña estación y allí estaba la locomotora más rara del mundo, con la caldera de vapor boca arriba, pero inclinada. En el vagón los asientos estaban también inclinados. Mi padre me colocó el billete en la mano y me dijo: «Ahora puedes ascender solo a la cumbre del Rigi. Yo me quedo aquí, pues para dos resulta muy caro. Ten cuidado y procura no caerte».

Me quedé mudo de alegría. ¡Qué imponente montaña, tan alta, como nunca había visto otra, tan próxima al volcán de mi ya lejano pasado! De hecho era ya casi un hombre. Me había comprado para este viaje un bastón de bambú y una gorra de jockey inglesa tal como era adecuado para un trotamundos ¡y ahora me encontraba en la cima de esta inmensa montaña! Ya no sabía qué era más grande, si la montaña o yo. Con poderoso impulso la fabulosa locomotora me fue empujando a alturas inmensas donde sin cesar se ofrecían a mis ojos nuevas profundidades y lejanías; por último me hallé en la cumbre, en un aire nuevo, extrañamente enrarecido para mí, ante una extensión inimaginable: Sí, pensaba yo, esto es el mundo, mi mundo, el verdadero mundo, el misterio, donde no existen maestros, ni escuelas, ni preguntas

sin respuesta, donde se existe sin tener que preguntar. Tuve mucho cuidado durante el camino, pues había enormes precipicios. Resultaba solemne, había que estar cortés y silencioso, pues se estaba en el mundo de Dios. Aquí se le sentía vivo. Esto era un regalo, el más caro y mejor, que nunca mi padre me dio.

La impresión fue tan profunda, que mi recuerdo de lo que sucedió después se borró por completo. Pero también la número 1 salió beneficiada de este viaje y sus impresiones permanecieron vivas durante la mayor parte de mi vida. Me veía adulto e independiente, con hongo negro y un costoso bastón, sobre la terraza de uno de los grandiosos y enormes hoteles elegantes en el atracadero de Lucerna o en los extraordinariamente bellos jardines de Vitznau, sentado ante una mesita de blancos manteles bajo una marquesina resplandeciente por el sol matinal, bebiendo mi taza de café y comiendo *croissants* con rubia mantequilla y diversas mermeladas, y trazando planes de excursiones para todo el largo día de verano. Después del café andaba tranquilamente, sin prisas, con paso lento, hacia un barco de vapor que en dirección al San Gotardo, lleva al pie de aquellos gigantescos montes con sus cimas cubiertas de relucientes glaciares.

Durante años soñé con esta fantasía cuando agotado de tanto trabajar, buscaba un momento de descanso. En realidad me prometí una y otra vez tales delicias, pero no cumplí mi promesa.

A este primer viaje ya citado siguió un segundo uno o dos años más tarde. Pude visitar a mi padre, que pasaba sus vacaciones en Sajonia. Supe por él la sensacional noticia de que había entablado amistad con el sacerdote católico de allí. Esto me pareció una hazaña extraordinaria y audaz y en silencio admiré el valor de mi padre. Allí visité el Flüeli, la ermita y las reliquias del santo hermano Klaus. Me maravillaba cómo los católicos supieron que el hermano Klaus fuera santo. ¿Quizá rondaba todavía por allí y lo había dicho a los hombres? Me impresionó profundamente el *genius loci* y no sólo pude concebir una vida de este tipo consagrada a Dios, sino comprenderla también con un íntimo recelo y con una pregunta para la cual no conocía respuesta: ¿Cómo podían su mujer y sus hijos soportar que el marido y padre fuera un santo, cuando precisamente ciertas faltas y defectos hacían que mi padre fuese especialmente digno de ser amado por mí? Yo pensaba: ¿Cómo es posible convivir con un santo? Evidentemente esto a él tampoco le fue posible y por ello tuvo que hacerse ermitaño. De todos modos, su celda no estaba muy lejos de su casa. No encontraba tan mal la idea de que la familia estuviese en casa y yo tener otro pabellón, algo alejado, una serie de libros y el escritorio, una lumbre en la cual asar castañas y encima poder colocar en un trípode la olla para la sopa. Como ermitaño-santo no tendría que ir ya a la iglesia, sino que tendría mi capilla privada. Fui todavía un trecho más arriba de Flüeli, perdido en mis pensamientos como en un sueño y me disponía a descender cuando surgió a la izquierda el afilado rostro de una muchacha. Llevaba el traje típico, tenía un simpático semblante y mostraba risueños ojos azules. Como la cosa más natural bajamos juntos al valle. Era aproximadamente

de mi edad. Dado que yo no conocía ninguna otra muchacha más que a mi prima me sentía algo cohibido al tener que hablar con ella. Comencé, pues, algo titubeante a explicar que estaba allí por un par de días durante las vacaciones. Estudiaba bachillerato en Basilea y más tarde pensaba ir a la universidad. Mientras hablaba me sobrecogió una especial sensación de «fatalidad». Ha surgido precisamente en este momento, pensé para mis adentros; va a mi lado con tanta naturalidad como si nos perteneciéramos mutuamente. La contemplaba de soslayo y veía en su rostro una expresión como de timidez y asombro, algo que me desconcertaba y me afectaba en cierto modo. ¿Era posible que aquí me amenazara el destino? ¿Era totalmente casual que la hubiera encontrado? ¿Una campesina, cómo era posible? Es católica, pero ¿quizás su párroco es el mismo que ha entablado amistad con mi padre? Ella no sabe en absoluto quién soy yo. ¿No podría hablar con ella de Schopenhauer y la negación de la voluntad? No parece ser sospechosa en absoluto. Quizás su párroco no es jesuita, esos peligrosos ensotanados. Pero tampoco le puedo decir que mi padre es un párroco calvinista. Esto podría asustarla u ofenderla. Y además, la filosofía y el diablo, que es más importante que Fausto y a quien Goethe tan desdeñosamente ha rebajado, esto no puede ser. Ella está en el lejano país de la inocencia y yo estoy en la realidad, en el esplendor y crueldad de la creación. ¿Cómo podría ella soportar esto? Un muro impenetrable se alza entre nosotros. No existe ni puede existir afinidad alguna.

Con tristeza en el corazón me encerré en mi abismo y di a la conversación otro giro. ¿Bajaba ella a Sajonia? El tiempo era bueno, lo mismo que la vista, etc.

Este encuentro carecía totalmente de importancia visto desde fuera. Pero en mi interior tuvo tanta importancia que me preocupó no sólo durante días sino siempre, y permanece inconmovible como un monumento en el camino de mis recuerdos. Yo me encontraba entonces todavía en aquella fase infantil en que la vida consiste en acontecimientos aislados e independientes. ¿Pues quién sería capaz de descubrir los hilos del destino que conducen del santo Klaus a la bonita muchacha?

Aquella época se caracterizaba por el choque de ideas. Schopenhauer y el cristianismo, por una parte, no lograban coincidir y por otra parte la número 1 quería liberarse de la opresión y melancolía de la número 2. No era la número 2 la que estaba deprimida, sino la número 1 cuando se acordaba de la número 2. En esta época precisamente sucedió que del choque de antagonismo nació la primera fantasía sistemática de mi vida. Se manifestó fragmentariamente y tuvo su origen probablemente hasta donde puede recordar con exactitud, en un suceso que me conmovió en lo más íntimo.

Fue un día en que una borrasca del noroeste levantó olas espumosas en el Rin. Mi camino hacia la escuela bordeaba el río. Repentinamente vi cómo un barco procedente del norte con una gran vela cuadrada remontaba el Rin entre la borrasca; un acontecimiento enteramente nuevo para mí: ¡Un barco velero en el Rin! Esto dio alas a mi fantasía. ¡Si en lugar de la rápida corriente fuese un lago que cubriera toda

la Alsacia! Entonces tendríamos veleros y grandes vapores. Entonces Basilea sería un puerto de mar. ¡Entonces sería como si estuviésemos en el mar! Entonces todo sería distinto y viviríamos en otra época y en otro mundo. No existiría el instituto, ni el largo camino hacia la escuela y yo sería mayor y dispondría de mi propia vida. Del lago se alzaría una colina rocosa unida a tierra firme por un estrecho istmo, cortado por un ancho canal, sobre el cual un puente de madera conduciría a una puerta, flanqueada por torres, que daría acceso a una ciudadela medieval edificada sobre la ladera. Sobre las rocas habría un castillo inexpugnable con un gran *donjón*, una atalaya. Esto sería mi casa. En su interior no habría salas ni lujo alguno. Las habitaciones estarían simplemente entarimadas y serían más bien pequeñas. Habría una sumamente atractiva biblioteca donde se podría hallar todo lo digno de saberse. Tendría también un arsenal y los bastiones estarían erizados de pesados cañones. Habría también una guarnición de cincuenta oficiales armados en el pequeño castillo. La ciudadela tendría algunos centenares de habitantes y estaría gobernada por un alcalde y un consejo de ancianos. Yo sería el arbitro que raras veces aparece *juge de paix* y consejero. La ciudadela tendría en tierra firme un puerto en el que estaría mi buque de dos mástiles, armado con algunas pequeñas piezas de artillería.

El *nervus rerum* y a la vez la *raison d'être* de toda esta confrontación era el misterio de la atalaya de la cual sólo yo tenía conocimiento. El pensamiento me produjo un *shock*, pues en la torre se encontraba, bajando desde la azotea hasta la bodega, una columna de cobre o un grueso sable que en lo alto se descomponía en finísimas ramitas, como la copa de un árbol, o mejor todavía, como un rizoma con todas sus pequeñas raicillas que se elevase en el aire. Expresaba algo inconcebible que fuese llevado a la bodega por la corpulenta columna de cobre. Allí se encontraba un inimaginable utillaje, una especie de laboratorio, en el cual yo fabricaba oro a partir de sustancias misteriosas, que eran extraídas del aire por las raíces de cobre. Era realmente un arcano de cuya naturaleza yo no tenía idea o no podía tenerla. Tampoco era posible imaginarse la naturaleza de la transformación. Acerca de lo que sucedía en el laboratorio, mi fantasía prudentemente pasaba por alto, o mejor dicho, con cierta timidez. Era como una prohibición interna: ni siquiera había que fijarse en lo que era extraído del aire. Predominaba por ello una muda perplejidad, como Goethe dice de las «madres»: «Hablar de ellas es verse en un apuro».

«Espíritu» era para mí naturalmente algo inefable, pero en el fondo no se diferenciaba esencialmente del aire muy enrarecido. Lo que las raíces absorbían y transmitían al tallo era una cierta esencia espiritual que abajo en los sótanos se manifestaba en cabales monedas de oro. Esto no era en absoluto un simple truco mágico, sino un misterio de la naturaleza respetable y radical que me había sido confiado, no sé cómo, y del que debía no sólo mantener secreto frente al consejo de ancianos sino también, hasta cierto punto, tenía que ocultármelo a mí mismo.

Mi largo y aburrido camino hacia la escuela comenzó a acortarse de un modo oportuno. Apenas salía de la escuela me hallaba ya en el castillo donde se emprendían

obras de construcción, se celebraban sesiones del consejo, se juzgaban reos, se solventaban litigios y se disparaban los cañones. El velero se preparaba, se desplegaban las velas, el barco salía diligentemente del puerto impulsado por una débil brisa, luego surgiendo detrás de las rocas avanzaba a través de una fuerte borrasca del noroeste. Y yo estaba ya en casa, como si sólo hubieran transcurrido unos minutos. Entonces salía yo de mi ensueño como si descendiera de un coche que me hubiese llevado a casa sin esfuerzo. Esta ocupación, sumamente agradable, duró algunos meses hasta que le perdí el gusto. Entonces encontré mi fantasía tonta y ridícula. En lugar de soñar comencé a edificar castillos y primorosas plazas fortificadas, con piedrecitas y barro como mortero, para lo cual me sirvió de modelo la fortaleza de Hüningen, que entonces se conservaba aún con todos los detalles. A este respecto estudié con interés todos los planos de fortificación de Vauban asequibles para mí y pronto estuve al corriente de los términos técnicos. A partir de Vauban profundicé también en los modernos métodos de fortificación de todo tipo e intenté reproducirlos ingeniosamente con mis limitados métodos. Esta preocupación ocupó mis horas de ocio durante más de dos años, en cuya época fortalecí mi inclinación por las ciencias de la naturaleza, y las cosas concretas a expensas de la número 2.

Mientras que sabía tan poco de las cosas reales, tampoco tenía ningún sentido, pensaba yo, meditar sobre ellas. Todo el mundo puede fantasear, pero saber realmente es otra cuestión. Me aboné a una revista científica que leí con apasionado interés. Busqué y coleccioné nuestros fósiles del Jura y todos los minerales que encontré, así como insectos, huesos de mamut y de hombre, los primeros de las areniscas de los llanos del Rin, los segundos de una fosa común del año 1811, cercana a Hüningen. Las plantas me interesaban, pero no científicamente. Por razones incomprensibles para mí, no podían ser arrancadas ni desecadas. Eran seres vivientes que sólo tenían sentido al crecer y florecer, un sentido oculto y misterioso, un pensamiento de Dios. Había que contemplarlas con precaución, había que asombrarse de ellas filosóficamente. Era verdaderamente interesante lo que la biología tenía que decir de ellas, pero esto no era lo esencial. Lo que era esencial a ellas no estaba yo en condiciones de explicármelo. ¿Cómo se comportaban, por ejemplo, respecto a la fe cristiana o a la negación de la voluntad? Esto me resultaba incomprensible. Se mantenían en un estado de inocencia divina, que era mejor no perturbar. En oposición a ello, los insectos eran plantas, flores y frutos desnaturalizados, a los cuales les fue concedido alcanzar un tipo raro de patas o zancas y llegar a volar con alas, como con pétalos y sépalos, y actuar como parásitos de las plantas. A causa de estas actividades destructivas fueron condenadas a ejecuciones masivas por cuyas expediciones represivas fueron atrapados, en especial los escarabajos y orugas. La «compasión para todos los seres» se limitaba exclusivamente a los animales de sangre caliente. Sólo las ranas y los sapos eran excluidos de los animales de sangre fría a causa de su semejanza con el hombre.

PERÍODO UNIVERSITARIO



PESE A MI INTERÉS CRECIENTE POR LAS CIENCIAS NATURALES volvía siempre de vez en cuando a mis libros filosóficos. La cuestión de elegir mi profesión era cada vez más urgente y angustiosa. Esperaba ardientemente el fin de mi período escolar. Entonces estudiaría, naturalmente, ciencias naturales. Entonces sabría algo positivo. Apenas me propuse esto abiertamente, se me planteó ya la duda: ¿No serían indicadas la historia y la filosofía? Entonces me interesaba nuevamente por los egipcios y los babilonios, y lo que más me gustaba era ser arqueólogo. Pero no disponía de dinero para estudiar en otro sitio que en Basilea y allí no había profesores de estas especialidades. Así, acabaron pronto mis planes. Durante mucho tiempo no pude decidirme y aplazaba una y otra vez mi decisión. Mi padre estaba muy preocupado por ello. Una vez dijo: «El muchacho se interesa por toda clase de cosas, pero no sabe lo que quiere». No pude menos que darle la razón. Cuando se aproximó la prueba de madurez del bachillerato y tuvimos que decidir en qué Facultad queríamos inscribirnos, dije sin más: Licenciatura de Filosofía, grupo II, por lo tanto, ciencias naturales, pero dejé en duda a mis compañeros de si realmente quería decir grupo I o grupo II.

Esta decisión aparentemente rápida tenía, sin embargo, sus antecedentes. Algunas semanas antes, en la época en que la número 1 y la número 2 disputaban acerca de la decisión a tomar, tuve dos sueños. En el primer sueño penetré en un oscuro bosque que se extendía a lo largo del Rin. Llegué a una pequeña colina, un túmulo funerario y comencé a cavar. Después de un rato descubrí con asombro restos de animales prehistóricos. Esto me interesó apasionadamente y en el mismo instante supe: debo conocer la naturaleza, el mundo en el que vivimos y las cosas que nos circundan.

Entonces tuve un segundo sueño en el que me encontré de nuevo en un bosque. Estaba atravesando por cursos de agua, y en el lugar más oscuro vi, rodeado por densos matorrales, un estanque circular. En el agua estaba, semisumergida, la más extravagante figura: un animal redondo, matizado de muchos colores, que se componía de muchas celdillas pequeñas, o de órganos que tenían la forma de tentáculos. Un enorme radiolario de aproximadamente un metro de diámetro. Que esta imponente figura permaneciera tranquilamente en un lugar oculto, en aguas profundas y claras, me pareció indescriptiblemente maravilloso. Estimuló en mí un supremo afán de saber y me desperté palpitándome el corazón. Estos dos sueños me persuadieron definitivamente por las ciencias y desvanecieron todas las dudas a este respecto.

En esta ocasión se me hizo patente que vivía en la época y en un lugar

determinado en que uno tenía que ganarse la vida. Por tal motivo había de ser esto o aquello, y me impresionó profundamente que todos mis compañeros estuviesen preocupados por esta necesidad y no pensasen más allá de ello. Me sentí extrañado. ¿Por qué no podía decidirme y organizarme definitivamente? Incluso el meticuloso D., a quien mis profesores de alemán me habían mostrado como modelo de aplicación y diligencia, estaba seguro de que estudiaría teología. Vi que me resultaría más cómodo decidirme de una vez a meditar sobre la cuestión. Como zoólogo, por ejemplo, sólo podría ser maestro de escuela o en el mejor de los casos empleado de un jardín zoológico. Esto no tenía porvenir, incluso tratándose de aspiraciones modestas. Ante la posibilidad de llegar a ser maestro de escuela hubiera preferido, sin duda, la última alternativa.

En este callejón sin salida se me ocurrió la luminosa idea de que podía estudiar medicina. Extrañamente esto nunca se me había ocurrido antes, aunque mi abuelo paterno, del que tanto había oído hablar, había sido también médico. Precisamente por ello tenía incluso una cierta prevención contra esta profesión. Ante todo «no repetir nada», era mi divisa. Pero ahora, pensé que la licenciatura en medicina por lo menos comenzaba con asignaturas científicas naturales… Así, pues, hice yo también mis cálculos. Además el campo de la medicina era tan diverso que siempre habría posibilidad de dedicarse a alguna rama científica. «Ciencias» era para mí algo incontestable. La cuestión era sólo ¿cómo? Debía ganarme la vida y puesto que no disponía de dinero no podía acudir a ninguna universidad extranjera para prepararme en una carrera científica. En el mejor de los casos podía llegar a ser un diletante de la ciencia. Puesto que por lo demás tenía una actitud poco simpática hacia muchos de mis compañeros y para mucha gente (léase maestros) que originaba desconfianza y recriminaciones, no existía ninguna posibilidad de hallar un mecenas que pudiese haber apoyado mis deseos. Me decidí pues, finalmente, por licenciarme en medicina con la sensación, no precisamente agradable, de no ser bueno comenzar la vida con un compromiso de este tipo. De todos modos me sentí notablemente aliviado por esta decisión irrevocable.

Pero ahora se suscitó la penosa cuestión: ¿Cómo obtener el dinero necesario para la carrera? Mi padre sólo podía proporcionármelo en parte. Sin embargo, solicitó una beca para la universidad que, para mi vergüenza, me fue concedida. Me avergonzaba menos el hecho de que nuestra pobreza fuera así puesta al descubierto a todo el mundo, que el de mi secreta convicción de que, por así decirlo, toda la gente de «arriba», es decir, los que la otorgaban, me eran hostiles. Nunca hubiese esperado esta bondad de «arriba». Evidentemente me beneficiaba del buen prestigio de mi padre, que era un hombre bueno y sin complicaciones. Me sentía extremadamente distinto a él. Tenía ciertamente sobre mí dos opiniones discordantes entre sí. La número 1 veía mi personalidad como un joven poco simpático y medianamente dotado con ambiciosas pretensiones y temperamento indomable y modales dudosos, tan pronto ingenuamente interesado como infantilmente desilusionado; en lo más

hondo de su ser como un reaccionario apartado del mundo. La número 2 consideraba a la número 1 como un difícil e ingrato problema moral, como una especie de trabajo ímprobo, dificultado por una serie de defectos, tal como pereza esporádica, falta de valor, depresión, entusiasmo estéril para las ideas y cosas que nadie valora: amistades imaginarias, estrechez de miras, prejuicios, estupidez (¡Matemáticas!), falta de comprensión por los demás hombres, vaguedad y confusión en cuestiones ideológicas; ni cristiano ni otra cosa. La número 2 no constituía un carácter, sino una *vita peracta*, nacida, viviente, muerta, todo en uno, una visión panorámica de la misma naturaleza humana; despiadadamente lúcida sobre sí misma, pero inepta y poco voluntariosa, aunque ansiosa por manifestarse a sí misma a través del complejo y oscuro médium de la personalidad número 1. Cuando la número 2 prevalecía, la número 1 estaba contenida e instalada en ésta, y a la inversa, la número 2 consideraba a la otra un lúgubre mundo interior. La número 2 sentía la eventual expresión de sí misma como una piedra que hubiera sido arrojada desde los linderos del mundo y hubiera caído en la infinitud de la noche. En ella (la número 2) dominaba, sin embargo, la luz como en los amplios salones de un palacio real, cuyas altas ventanas se abrían a un paisaje bañado por el sol. Aquí imperaban sentido y continuidad histórica en el más estrecho antagonismo con la incoherente contingencia de la vida de la número 1 que en el ambiente inmediato no hallaba en realidad ningún punto de contacto. La número 2, por el contrario, se sentía secretamente identificada como la Edad Media, personificada en Fausto, legado de épocas pasadas por las que Goethe sentía profundo interés. Así, pues, también para él —éste era mi gran consuelo— la número 2 era una realidad. Fausto —lo sospechaba yo con cierto temor— significaba más para mi amado Evangelio de San Juan. En él vivía algo que yo podía compartir espontáneamente; el cristo de San Juan me resultaba ajeno, pero todavía más ajeno me era el Salvador sinóptico. Los evangelios escritos por Mateo, Marcos y Lucas, son tan parecidos y de paralelismo tan visible, que se les llama «sinópticos» [*visibles conjuntamente* (*N. del t.*)]. Fausto en cambio era un equivalente vivo de la número 2 y estaba convencido de que representaba la respuesta que Goethe había dado a las cuestiones de su época. Esta opinión no sólo me resultaba confortante, sino que me proporcionaba mayor seguridad interna y la certeza de pertenecer a la sociedad humana. Ya no era yo el único ni un mero curioso, por así decirlo un *lusus* de la cruel naturaleza. Mi padrino y protector era el mismo gran Goethe.

Aquí se terminaba en efecto la conformidad preliminar. Pese a mi admiración, censuraba yo la solución definitiva del Fausto. El frívolo menosprecio de Mefistófeles me ofendía personalmente, así como el impío desdén de Fausto y principalmente el asesinato de Filemón y Baucis.

En esta época tuve un sueño inolvidable que al mismo tiempo me aterrorizó y estimuló. Era de noche en un lugar desconocido y sólo penosamente avanzaba yo contra un poderoso huracán. Además se extendía densa niebla. Yo sostenía y protegía con ambas manos una pequeña luz, que amenazaba con apagarse a cada instante. Pero

todo dependía de que yo mantuviese viva esta lucecita. De pronto tuve la sensación de que algo me seguía. Miré hacia atrás y vi una enorme figura negra que avanzaba tras de mí. Pero en el mismo momento me di cuenta —pese a mi espanto— de que debía salvar mi pequeña luz, ajeno a todo peligro, a través de la noche y de la tormenta. Cuando me desperté, en seguida lo vi claro: era el «espectro», mi propia sombra sobre la niebla, arremolinándose cansado por la pequeña luz que llevaba ante mí. Sabía también que la lucecita era mi conciencia; es la única luz que tengo. Mi propio conocimiento es el único y el máximo tesoro que poseo. Cierto que es infinitamente pequeño y frágil frente al poder de las tinieblas, pero una luz al fin y al cabo, mi propia luz.

Este sueño significó para mí una gran revelación: ahora sabía que la número 1 era la que llevaba la luz, y que la número 2 le seguía como una sombra. Mi tarea consistía en conservar la luz y no mirar atrás a la *vita peracta*, que evidentemente era un reino prohibido de luz de otro tipo. Yo debía avanzar contra la tormenta que trataba de hacerme retroceder y entrar en la infinita oscuridad del mundo, donde no se ve nada ni se percibe nada más que la superficie de profundos misterios. Como la número 1 debía progresar en la carrera, en las necesidades económicas, en los compromisos, complicaciones, confusiones, errores, humillaciones y fracasos. La tormenta que yo afrontaba era la época que sin cesar desemboca en el pasado que, también constantemente, me pisaba los talones. En un remolino poderoso que con avidez arrastra consigo a todo cuanto existe y al que sólo se sustrae por algún tiempo quien se esfuerza por avanzar. El pasado es inmensamente real y actual y atrapa a todo aquel que no logra redimirse mediante una respuesta satisfactoria.

Mi concepción del mundo experimentó entonces un giro de 90 grados: supe que mi camino conducía irremisiblemente a lo externo, a lo limitado, a las tinieblas de la tridimensionalidad. Tuve la impresión que debió tener Adán al abandonar así el paraíso. Éste se le había convertido en un espectro y estaba claro que labraría un campo pedregoso con el sudor de su frente.

Me pregunté entonces: «¿De dónde proviene un sueño así?». Hasta entonces tenía por evidente que tales sueños me eran enviados directamente por Dios —*somnia a Deo missa*—. Pero ahora me había asimilado tanta crítica del conocimiento que me acometieron dudas. Se podía decir, por ejemplo, que mi inteligencia se había desarrollado paulatinamente y después, de repente, se desvanecía en un sueño. Evidentemente se trataba de esto. Pero ello no es ninguna explicación, sino una mera descripción. La verdadera cuestión es por qué este proceso tuvo lugar y por qué irrumpe en la consciencia. Yo no había hecho nada conscientemente para favorecer este desarrollo, sino que mis simpatías estaban en el lado opuesto. Debe, pues, haber algo entre bastidores de la obra, algo inteligente, en todo caso más inteligente que yo; pues yo no hubiera caído en la genial idea de que el reino de la luz interior es una enorme sombra a la luz de la consciencia. Ahora comprendía muchas cosas que antes me resultaban inexplicables, a saber: aquella fría sombra de lo ajeno y lo extraño, que

siempre caía sobre la gente, cuando me refería yo a algo que afectara al reino interior.

Tenía que dejar detrás de mí a la número 2, esto lo veía claro, pero en ningún caso me estaba permitido renegar de mí mismo o anularla por completo. Esto hubiera constituido una automutilación y además no hubiera existido ya posibilidad alguna de explicarme el origen del sueño. No existía duda alguna para mí de que la número 2 tenía algo que ver con la causa del sueño y era fácil atribuirle la requerida inteligencia elevada. Yo mismo me sentía cada vez más identificado con la número 1, y esta situación se manifestaba como una mera parte de la mucho más importante número 2, con la cual, por esta razón precisamente, no podía sentirme ya idéntico. La número 2 era de hecho un «espectro», es decir, un espíritu que había crecido al conjuro de la oscuridad del mundo. Esto no lo había sabido yo antes y entonces sólo estaba confusa para mí, como puedo comprobar mirando hacia atrás, aunque tenía la impresión de conocerla incuestionablemente.

En todo caso, se había operado en mí un distanciamiento entre la número 1 y la número 2, que me asignaba la número 1 y me apartaba en igual medida de la número 2. La número 2 se había convertido, por lo menos en síntesis, en una personalidad en cierto modo autónoma. No asocié a ello ninguna individualidad determinada, como la de un resucitado, aunque por mi procedencia campesina una posibilidad de este tipo me hubiera resultado enteramente admisible. Pues en el campo, según y cómo, se cree en estas cosas, existen y no existen.

Lo único claro en este espíritu era su carácter histórico, su extensión en el tiempo o el estar fuera de su época. Es verdad que todo esto me lo decía a mí mismo no con tantas palabras, del mismo modo que tampoco tenía idea acerca de su existencia en el espacio. Desempeñaba el papel de un factor aún no definido en detalle, presente, sin embargo, de modo definitivo, en el fondo de mi existencia.

El hombre llega al mundo física y espiritualmente con una disposición individual y en primer lugar traba conocimiento con el ambiente paterno y su espíritu con el que, a causa de su individualidad, sólo condicionalmente coincide. Pero el espíritu familiar por su parte está en gran medida incluido por el *espíritu de la época* que, en sí, es ignorado por la mayoría. Si este espíritu familiar representa un *consensus omnium*, significa una seguridad en el mundo; si está en oposición con muchos y en contradicción consigo mismo, en tal caso surge la sensación de inseguridad en el mundo. Los niños responden mucho menos ante lo que los adultos dicen que ante los imponderables del ambiente. A éstos el niño se adapta inconscientemente, es decir, surgen en él correlaciones de naturaleza compensatoria. Las representaciones propiamente «religiosas», que ya sobrecogieron en la infancia, son imágenes surgidas espontáneamente, que deben comprenderse como reacciones a mi ambiente paternal. Las dudas religiosas, a las cuales mi padre debió de sucumbir de modo manifiesto, tuvieron naturalmente en él mi largo período preparatorio. Una revolución así del propio mundo, y del mundo en general, proyectó sus sombras durante mucho tiempo y tanto más tiempo cuanto más desesperadamente se opone la conciencia a su poder.

Es comprensible que las latentes sospechas que sumían a mi padre en la inquietud repercutiesen evidentemente sobre mí también.

Nunca tuve la sensación de que tales influencias procedieran en parte de mi madre, pues ella se encontraba inmersa en una sima profunda e invisible, que nunca me pareció una convicción cristiana. Esto tenía que ver, en cierto modo, con mi afecto por los animales, árboles, montañas, praderas y cursos de agua con lo que sus apariencias cristianas contrastaban con sus convencionales manifestaciones de fe. Este trasfondo correspondía tanto a mi propia actitud, que no motivó inquietud alguna; por el contrario, esta percepción me dio siempre un sentimiento de seguridad y el convencimiento de que aquí existía un terreno firme sobre el que se podía permanecer. No se me ocurrió pensar cuán «pagano» era su fundamento. La número 2 de mi madre representó siempre para mí el más firme apoyo en los incipientes conflictos entre la tradición paterna y las extrañas imágenes compensatorias a cuya creación mi inconsciente se sentía impulsado.

Retrospectivamente veo en qué medida mi desarrollo infantil anticipaba acontecimientos futuros y preparaba modos de adaptación a la ruptura religiosa de mi padre, así como para la trágica revelación de la actual imagen del mundo, que ciertamente tampoco ha surgido de ayer a hoy sino que ha proyectado largo tiempo sus sombras. A pesar de que somos hombres de nuestra propia vida personal somos también, por otra parte, en gran medida, representantes, víctimas y promotores de un espíritu colectivo, cuya vida equivale a siglos. Podemos ciertamente imaginar una vida a la medida de nuestros propios deseos y no descubrir nunca que fuimos en suma comparsas del teatro del mundo. Pero existen hechos que ciertamente ignoramos, pero que influyen en nuestra vida y ello tanto más cuanto más ignorados son.

Así pues, por lo menos una parte de nuestro ser vive en los siglos, aquella parte que para mi uso privado he designado como la número 2. Que no se tata de una curiosidad individual lo demuestra nuestra religión occidental que se dirige, *expressis verbis*, a este hombre interior y que, pronto hará dos mil años, intenta formalmente poner de manifiesto su consciencia de las apariencias y su personalismo: «*Non foras ire, in interiore homine habitat veritas*!» (*no salgáis de vosotros mismos, en el interior del hombre habita la verdad*).

Desde 1892 hasta 1894 sostuve una serie de violentas discusiones con mi padre. Él había estudiado en Göttingen lenguas orientales con Ewald y preparado su disertación del *Cantar de los cantares*. Su época heroica terminó con el examen de licenciatura en la universidad. Luego olvidó su disposición filológica. Como párroco rural en Laufen, cerca del salto del Rin, se sumió en el entusiasmo lírico y en sus recuerdos de la época universitaria: siguió fumando su larga pipa de estudiante y fue decepcionado por su matrimonio. Hizo mucho bien —demasiado—. A causa de ello estaba la mayoría de veces de mal humor y su irritación se hizo crónica. Mis padres se esforzaban al máximo en llevar una vida piadosa con el resultado de que sólo raramente había escenas. Por culpa de estas dificultades es natural que más adelante

se quebrase también su fe.

Por entonces la irritabilidad y el descontento de mi padre habían aumentado y su estado me llenaba de preocupación. Mi madre evitaba todo cuanto podía irritarle y eludía toda disputa. Si bien tuve que reconocer lo acertado de su comportamiento, no podía refrenar, en muchas ocasiones, mi propio temperamento. Frente a los arrebatos de mi padre me mantenía pasivo, pero cuando me parecía estar de humor favorable intentaba iniciar un diálogo abierto con la intención de conocer más de cerca sus procesos internos y sus convicciones. Estaba claro para mí que algo le incomodaba y sospechaba que esto tenía que ver con su ideología religiosa. Toda una serie de indicios me convencían de que eran dudas de fe. Esto sólo podía deberse, me parecía, a que le faltaba la necesaria experiencia. De mis discusiones deduje que debía suceder algo por el estilo, pues a toda mis preguntas seguían o bien las consabidas respuestas teológicas, sin vida, o un encogimiento de hombros resignado que despertaba mis protestas. No podía yo comprender que no aprovechara él toda ocasión para oponerse combativamente a su situación. Comprendía que mis preguntas directas lo ponían triste, pero esperaba, sin embargo, una conversación constructiva. Me parecía casi inconcebible que no poseyera la experiencia de Dios, la experiencia más evidente de todas. Ciertamente yo sabía lo bastante sobre la teoría del conocimiento para comprender que no se podía demostrar un conocimiento de este tipo, pero era igualmente evidente que no requiere demostración alguna, del mismo modo que la belleza de una salida de sol o el miedo ante la posibilidad del otro mundo no requerían ser demostrados. Intentaba yo, de un modo posiblemente muy torpe, procurarle estas evidencias, con la vana intención de ayudarle a soportar su especial destino que inexorablemente se cumpliría en él. Tenía que disputar con alguien y lo hacía con su familia y consigo mismo. ¿Por qué no lo hacía con Dios, el oscuro *auctor rerum creatarum*, el único que es realmente responsable de los males del mundo? Él le hubiera enviado seguramente como respuesta uno de aquellos sueños mágicos, infinitamente profundos, que Él me enviaba a mí, sin haberle preguntado, sellando con ello mi destino. Yo no sabía cómo, pero era así. Sí, Él me había permitido incluso una ojeada en su propia esencia. Pero esto último era realmente un gran secreto que ni siquiera a mi padre podía o debía revelar. Quizás, así me lo parecía, lo hubiera podido descubrir si él hubiera sido capaz de comprender la experiencia inmediata de Dios. Pero en mis conversaciones con él nunca llegué tan lejos, ni siquiera a la vista de la cuestión, porque siempre me mantuve en un plano intelectual y no psicológico, y eludía en lo posible el aspecto sentimental para evitar sus emociones. Pero este tipo de acercamiento actuaba siempre como el trapo rojo ante el toro y conducía a irritadas reacciones que me resultaban incomprensibles. Pues yo no era capaz de comprender cómo un argumento del todo racional pudiese chocar con una oposición emotiva.

Estas discusiones infructuosas nos enojaban a él y a mí y, finalmente, nos retirábamos, cada uno con su particular sentimiento de inferioridad. La teología nos

alejó uno de otro. Lo sentí nuevamente como un fatal fracaso en el que, sin embargo, no me sentía solo. Tenía una oscura intuición de que mi padre había sucumbido inevitablemente a su destino. Él estaba solo. No tenía amigos con quienes poder hablar, por lo menos yo no conocía a nadie en nuestro ambiente a quien confiarme para hallar la palabra clave. Una vez le oí rezar: luchaba desesperadamente por su fe. Quedé conmovido e indignado a la vez porque veía que sin remisión quedaba a merced de la Iglesia y de sus pensamientos teológicos. Le habían abandonado alevosamente después de haberle cortado toda posibilidad de llegar directamente a Dios. Entonces comprendí lo profundo de mi vivencia: Dios mismo había desautorizado en mi sueño a la teología y a la Iglesia sobre ella. Fundada por otra parte, Él admitía, como tantas otras cosas, la teología. Me pareció ridículo suponer que los hombres hubiesen sido los causantes de tal evolución. ¿Qué eran, pues, los hombres? Han nacido tontos y ciegos, como los perritos, como todas las creaciones de Dios, dotados de escasas luces, que no pueden iluminar las tinieblas entre las que andan a ciegas. Todo esto me resultaba claro y también estaba seguro de que ninguno de los teólogos que yo conocía había visto con sus propios ojos «la luz que brilla en las tinieblas», de lo contrario no hubieran podido enseñar ninguna «religión teológica». La «religión teológica» no podía servirme para nada, pues no correspondía a mi experiencia de Dios. Sin esperanza de saber, exigía creer. Esto lo había intentado mi padre con grandes dificultades y había fracasado en ello. Mal podía mi padre defenderse contra el ridículo materialismo del psiquiatra. ¡Esto era también algo que debía creerse exactamente como la teología! Yo estaba más seguro que nunca de que a ambas les faltaba tanto la crítica del conocimiento como la experiencia. Mi padre estaba evidentemente bajo la impresión de que los psiquiatras habían descubierto algo en el cerebro que demostraba que, en el lugar en que debía estar el espíritu, existía «materia» y nada «aeriforme». Ello coincidía con diversas advertencias de mi padre, en el sentido de que si yo estudiaba medicina debía convertirme en un materialista. Para mí, sin embargo, su advertencia significaba que yo no debía creer en nada, pues sabía que los materialistas, al igual que los teólogos, creían en sus definiciones y sabía también que mi pobre padre simplemente salía del lodo para caer en el arroyo. Me daba cuenta de que la para mí siempre loadísima fe le había jugado esta pasada fatal y no sólo a él, sino a la mayoría de gente culta y seria que yo conocía. El pecado capital de la fe me parecía consistir en que prescinde de la experiencia. ¿Cómo sabían los teólogos que Dios había dispuesto deliberadamente ciertas cosas y otras las «permitía», y cómo sabrán los psiquiatras que la materia posee las propiedades del espíritu humano? Yo no corría peligro en absoluto de caer en el materialismo, pero sí mi padre, lo que me resultaba cada vez más evidente. Evidentemente alguien le había susurrado algo de la «sugestión», pues leía entonces, como descubrí, el libro de Bernheim sobre la sugestión, traducido por Sigmund Freud.[1] Esto era nuevo y significativo para mí, pues hasta entonces sólo había visto a mi padre leer novelas o descripciones de viajes. Todos los libros «inteligentes» e

interesantes parecían ser mal vistos. Sin embargo, la lectura no le hizo feliz. Su humor depresivo aumentó y se agudizó, así como su hipocondría. Se hallaba aquejado desde hacía una serie de años de toda clase de síntomas abdominales sin que el médico pudiera determinar nada definitivo. Ahora se quejaba de sentir algo así como «piedras en el vientre». No tomamos esto en serio durante mucho tiempo, pero finalmente el médico llegó a preocuparse. Esto era a fines del verano de 1895.

En primavera había iniciado yo mi licenciatura en la Universidad de Basilea. La única época de mi vida en que me aburría, es decir, el período escolar, finalizaba y se me abrían las puertas doradas hacia la *universitas litterarum* y la libertad académica oiría la verdad sobre la naturaleza en sus aspectos principales, averiguaría todo lo referente al hombre sobre su anatomía y fisiología y a ello se añadiría el conocimiento de las anomalías biológicas, es decir, las enfermedades. Además pude ingresar en una asociación estudiantil, la Zofingia, a la que ya había pertenecido. Mi padre cuando era estudiante de primer curso me acompañó a una excursión que hicimos a un pueblo vinícola del Margraviato, pronunció allí un jovial discurso en el que para mi satisfacción se puso de manifiesto el alegre espíritu de su propio pasado de estudiante. Asimismo comprendí inmediatamente que su propia vida se había sumido en el silencio definitivo al terminar su carrera, y el verso de un canto estudiantil me vino a la memoria:

Se retiran con la mirada baja
al país de los filisteos.
¡*O jerum, jerum, jerum,*
O quae mutatio rerum!

Estas palabras me llegaron al alma. Un día había sido él un estudiante entusiasta como yo de primer curso, el mundo se le había representado como a mí; los infinitos tesoros del saber habían pasado ante él como ante mí. ¿Qué pudo pasar para que todo le hubiese decepcionado, avinagrado y amargado? No hallé respuesta o demasiadas. La alocución que pronunció aquel atardecer de verano entre botellas de vino fue su último recuerdo vivo de una época en la que fue lo que debía haber sido. Poco después de esta excursión empeoró su estado. A finales de otoño de 1895 tuvo que guardar cama y murió a comienzos del año 1896.

Llegué a casa después de las clases y pregunté por él. «Ah, está como siempre. Se encuentra muy débil», dijo mi madre. Él le susurró algo y mi madre dijo, indicándome con su mirada el estado de delirio de mi padre: «Desea saber si has aprobado ya el examen de licenciatura». Vi que estaba obligado a mentir: «Sí, me ha ido muy bien». Suspiró aliviado y cerró los ojos. Algo más tarde volví a verle. Estaba solo. Mi madre tenía algo que hacer en la habitación contigua. Respiraba con dificultad y vi que estaba agonizando. Quedé petrificado junto a su cama. Nunca había visto todavía morir a un hombre. Repentinamente dejó de respirar. Yo esperaba

y esperaba que volviese a cobrar aliento. Pero no se produjo. Entonces me acordé de mi madre y fui a la habitación vecina donde estaba sentada ante la ventana haciendo calceta. «Se muere», dije. Vino conmigo a la cama y vio que estaba muerto. Dijo, como extrañada: «Qué aprisa ha pasado todo».

Los días siguientes fueron lúgubres y dolorosos y poco recuerdo de ellos. Una vez mi madre me habló a mí o a mi atmósfera con su segunda voz, y dijo: «Ha muerto a tiempo para ti», y lo que me pareció que significaba: «Vosotros no os comprendíais y te hubiese podido resultar un estorbo». Esta interpretación me pareció coincidir con la número 2 de mi madre.

El «para ti» me impresionó terriblemente y sentí que todo un capítulo de los viejos tiempos había finalizado irrevocablemente. Por otra parte, se despertó entonces en mí un atisbo de visibilidad y libertad. Después de la muerte de mi padre me trasladé a su habitación y en el marco de la familia ocupé su lugar. Tuve, por ejemplo, que dar semanalmente a mi madre el dinero para el mantenimiento de la casa, porque ella no sabía administrarse ni manejar el dinero.

Unas seis semanas después de su muerte, mi padre se me apareció en sueños. Repentinamente surgió ante mí y me dijo que regresaba de vacaciones. Se había repuesto completamente y ahora regresaba a casa. Pensé que me reprocharía el haberme trasladado a su habitación. ¡Pero de ello no dijo nada! Con todo, me avergoncé por haberme imaginado que estaba muerto. Al cabo de unos dos días se repitió el sueño de que mi padre volvía a casa convaleciente y nuevamente me reproché haber creído que hubiese muerto. Yo me preguntaba sin cesar: «¿Qué significa que mi padre vuelva en sueños; que parezca tan real?». Esto fue un acontecimiento inolvidable y me llevó por vez primera a meditar sobre la vida después de la muerte.

Con la muerte de mi padre surgieron graves problemas en relación con la prosecución de mis estudios. Una parte de lo parientes maternos opinaban que debía buscarme un puesto de empleado en una casa comercial para ganar algo lo antes posible. El hermano menor de mi madre se ofreció a ayudarla, pues los medios económicos de que disponíamos no bastaban con mucho. Un tío paterno me ayudó. Al finalizar mi carrera le debía 3000 francos. El resto lo gané como ayudante y en la venta particular de una pequeña colección de antigüedades que había heredado de una vieja tía y que ventajosamente fui vendiendo pieza a pieza, con lo que obtuve una oportuna ganancia.

Quisiera no echar de menos mi época de pobreza. Se aprende a valorar las cosas simples. Recuerdo todavía muy bien que en cierta ocasión me regalaron una caja de cigarros. Me pareció algo regio. Me duraron todo un año, sólo los domingos me fumaba uno.

Puedo decir mirando hacia atrás: la época universitaria fue una bella época para mí. El espíritu lo avivaba todo y fue también una época de amistades. En la asociación Zofingia di varias conferencias sobre temas de teología y psicología.

Manteníamos las más animadas discusiones y no sólo sobre cuestiones médicas. Discutíamos sobre Schopenhauer y Kant. Conocíamos bien los distintos estilos de Cicerón y nos interesábamos por la teología y la filosofía. Se podía suponer en todos una formación clásica y una culta tradición espiritual.

Albert Oeri era uno de mis amigos más íntimos. Me unió a él una amistad que perduró hasta su muerte (1950). En realidad nuestra relación era unos veinte años más antigua que nosotros, pues a fines de los años sesenta del pasado siglo comenzó la amistad entre nuestros padres. Pero al revés de aquellos que el destino en los posteriores años separó, no sólo nos reunió, sino que hasta final nos mantuvo unidos con el lazo de la fidelidad.

Conocí a Oeri como miembro de la Zofingia. Era tan jovial como sensible y un hábil narrador. Me resultó especialmente emotivo el que fuera sobrino segundo de Jakob Burckhardt, al que nosotros, jóvenes estudiantes de Basilea, venerábamos como a la gran figura, ya legendaria, que había vivido y actuado en nuestro ambiente. El mismo Oeri transmitía algo de la esencia exterior de éste, hombre singular por ciertos rasgos faciales, en su ademanes y en su modo de hablar. También sobre Bachofen, a quien, al igual que a Burckhardt, encontraba de vez en cuando por la calle, supe muchas cosas por mi amigo. Pero más que estas cuestiones externas me atraía su carácter meditativo, el modo como valoraba los procesos históricos; ya entonces poseía una asombrosa madurez de criterio político y una curiosa capacidad para comprender a las personalidades contemporáneas que su genio sabía intuir como nadie. Su escepticismo sabía ver la vanidad y la vaciedad, incluso bajo las apariencias más engañosas.

Un tercer miembro de nuestro grupo era Andreas Vischer, desgraciadamente fallecido a temprana edad y que posteriormente fue durante muchos años director del Hospital de Urfa en Asia Menor. Juntos discutíamos en el «Adler» de Weil y en el «Hirzen» de Haltingen, ante un vaso de Markgräfler bajo el sol y la mudable luna. Estas conversaciones constituyeron momentos estelares inolvidables de mi época universitaria.

Dado que la profesión y la residencia nos separaban, nos vimos en las siguientes décadas en escasas ocasiones. Pero del mismo modo que las alegres horas del mediodía de la vida nos aproximaron a Oeri y a mí, ambos de la misma edad, el destino nos reunió una y otra vez. Cuando llegamos a los treinta y cinco años hicimos inesperadamente juntos un viaje memorable en barco, concretamente en mi barco de vela, y nuestro mar fue el lago de Zurich. Como tripulación tuve tres jóvenes médicos que trabajaban entonces conmigo. Nuestro viaje fue de ida y vuelta a Walenstadt. Duró cuatro días. Navegamos con viento fresco y la vela izada a tope. Había traído una traducción de Voss de la *Odisea* y nos leyó en voz alta durante la travesía la aventura de *Circe y la Nequia*.[2] Un fulgor se extendía sobre la rielante superficie del lago y las orillas envueltas en plateados vapores.

El viento favorable de turgente sopló hinchó la vela del navío con espolón, doliente como la buena acompañante, Circe, la hermosa seductora, la sublime diosa melódica.

Superpuestas a las luminosas imágenes homéricas se me ocurrían inquietantes pensamientos acerca del futuro, del gran viaje sobre el *pelagus mundi*, que nos aguardaba todavía. Oeri, que hasta entonces se había mostrado indeciso, se casaba poco después y a mí el destino me deparaba, como a Ulises, una Nequia, el descenso a los tenebrosos infiernos. Luego vinieron lo años de guerra y nuevamente le vi muy raras veces. También cesaron las largas charlas. En realidad se hablaba sólo de la actualidad. Pero un diálogo interior se produjo entre nosotros, como pude descubrir por algunas preguntas aisladas que me planteaba. Era un inteligente amigo y me conocía a su modo. Esta compenetración silenciosa y su inmutable fidelidad significaron mucho para mí. En la última década de su vida nos vimos nuevamente con frecuencia, porque ambos sabíamos que las sombras se extenderían.

Respecto a las cuestiones religiosas, experimenté muchos estímulos durante mi época de estudiante. En casa se me presentó la agradable oportunidad de conversar con un teólogo, el vicario de mi fallecido padre. Se distinguió no sólo por su descomunal apetito, que a mí me eclipsaba, sino por su vasta erudición. De él aprendí mucho de la patrística, de la historia de los dogmas, y en especial me enteré de muchas novedades sobre teología protestante. La teología de Ritschl estaba entonces de moda. Su integración histórica y sobre todo la metáfora del tren.[3] También los estudiantes de teología con los que discutía en la asociación Zofingia parecían todos ellos conformarse con la idea del efecto histórico, que procedía de la vida de Cristo. Esta concepción me parecía no sólo carente de sentido, sino también muerta. No podía habituarme a la opinión que coloca a Cristo en primer plano y lo convierte en la única figura decisiva en el drama entre Dios y el hombre. Para mí esto se oponía totalmente a la propia opinión de Cristo, de que el Espíritu Santo, que le había engendrado a él, después de su muerte le sustituiría entre los hombres.

El Espíritu Santo significa para mí una explicación *adaequate* del Dios inconcebible. Sus efectos eran no sólo de naturaleza elevada, sino también de tipo milagroso e incluso problemático como los hechos de Jehová a quien identificaba yo ingenuamente, según las enseñanzas recibidas para la primera comunión, con la imagen cristiana de Dios. (Tampoco sabía yo entonces que el diablo, propiamente dicho, nace con el cristianismo). El «*hêr* Jesús» era, para mí, sin lugar a dudas, un hombre y por ello incierto, o sea, un simple portavoz del Espíritu Santo. Esta interpretación sumamente heterodoxa que difería de la teología de 90 a 180 grados encontraba naturalmente la más profunda incomprensión. La desilusión que por ello experimenté me llevó paulatinamente a un tipo de resignado desinterés y fortaleció cada vez más mi convicción de que en esta cuestión sólo la experiencia podía resultar decisiva. Con *Candide*, que leía entonces, podía decir: «*Tout cela est bien dit mais il*

faut cultiver notre jardín», con lo que se aludía a las ciencias de la naturaleza.

En el transcurso de mi primer año de carrera hice el descubrimiento de que la ciencia posibilitaba, ilimitadamente por cierto, muchos conocimientos, pero sólo conocimientos muy precarios y éstos sobre cuestiones de naturaleza muy especial. Sabía, por mis lecturas filosóficas, que todo se basa en el hecho de la psiquis. Sin alma no existiría ni conocimiento ni ciencia. Pero nadie hablaba de ella. Era cierto que se la presuponía, tácitamente en todo, pero incluso cuando se la mencionaba, como hacía, por ejemplo, C. G. Carus, no consistía en ningún conocimiento verdadero, sino sólo en una especulación filosófica que se expresaba de un modo o de otro. No lograba entender esta extraña observación.

Al finalizar el segundo semestre hice, sin embargo, un fatal descubrimiento: hallé en la biblioteca del padre de un compañero de clase, que era historiador de arte, un pequeño manual de los años setenta, sobre aparecidos. Se trataba de un informe sobre los comienzos del espiritismo, escrito por un teólogo. Mis dudas iniciales se disiparon rápidamente, pues no podía menos de ver que en principio se trataba de historias iguales o semejantes a la que una y otra vez había oído contar en el campo desde mi infancia. Los datos eran sin lugar a dudas auténticos. Pero la gran cuestión: ¿Son también estas historias físicamente verdaderas? No se me respondía correctamente. Pude comprobar, de modo manifiesto, que en todas partes y en todas las épocas se contaban las mismas historias. Para ello, pues, debía existir una razón. No podía tratarse en absoluto de que en toda partes existieran las mismas creencias religiosas. Tal no era evidentemente el caso. Así, pues, debía estar relacionado con el comportamiento objetivo del alma humana. Pero precisamente sobre esta cuestión fundamental, es decir, la naturaleza objetiva del alma, no había otros datos más que los que los filósofos decían.

A pesar de parecerme tan extrañas y discutibles, las observaciones de los espiritualistas fueron para mí las primeras noticias sobre fenómenos psíquicos objetivos. Los nombres de Zoellner y Crookes me impresionaron y leí, por así decirlo, toda la literatura sobre espiritismo que estaba entonces a mi alcance. Naturalmente hablaba también de ello con mis compañeros que, ante mi asombro, reaccionaban en parte con mofa e incredulidad, en parte con reserva angustiosa. Me asombraba, por una parte, la seguridad con que podían afirmar que cosas como las apariciones y las mesas que se mueven son imposibles y constituyen por ello una impostura, y por otra parte, su reserva que parecía tener carácter miedoso. Yo tampoco estaba seguro respecto a la autenticidad de tales informes. ¿Por qué no debía haber apariciones? ¿Por qué sabíamos en suma que era «imposible»? Y ante todo ¿qué significaba el miedo? Yo mismo encontraba tales posibilidades muy interesantes y atrayentes. Embellecían mi existencia en grado sumo. El mundo ganaba en profundidad y en perspectiva. ¿Es que, por ejemplo, los sueños tenían algo que ver con los aparecidos? El *Sueños de un visionario,* de Kant, me resultó muy oportuno y pronto descubrí también a Karl Duprel, que evaluó estas ideas en un sentido

filosófico y psicológico. Descubrí también a Eschenmayer, Passavant, Justinus Kerner y Görres y leí siete volúmenes de Swedenborg.

La número 2 de mi madre estaba muy de acuerdo con mi entusiasmo, pero el resto de mi ambiente resultaba desalentador. Hasta entonces me había estrellado contra la piedra de las concepciones tradicionales; pero ahora chocaba con el acero de los prejuicios y una manifiesta incapacidad para hacer prevalecer las posibilidades no convencionales, y esto con mis amigos más íntimos. ¡A ellos les parecía mi interés más sospechoso aún que el ocuparme de la teología! Tenía la sensación de encontrarme en los confines del mundo. Lo que a mí más acuciantemente me interesaba era para los demás polvo y niebla, e incluso motivo de angustia.

¿Angustia por qué? No podía hallar explicación alguna. ¿Sin embargo, no era asombroso ni inaudito que quizás hubiese acontecimientos que superasen las limitadas categorías de tiempo, espacio y casualidad? Existen incluso animales que preveían el tiempo y los temblores de tierra, sueños que anunciaban la muerte de determinadas personas, relojes que se paraban en el momento de la muerte, vasos que se hacían añicos en un momento crítico, diversas cosas que eran evidentes a mi mundo de entonces. ¡Y ahora yo era, por lo visto, el único que había oído de todas estas cosas! Con toda sinceridad me planteé la cuestión sobre en qué mundo me hallaba. Era, evidentemente, el mundo ciudadano que nada sabía del mundo del campo, del verdadero mundo de las montañas, de los bosques y ríos, de los animales y de los pensamientos de Dios (léase plantas y cristales). Hallé consolado esta explicación y en cualquier caso acrecentaba de momento la sensación de mi propio valer, pues veía claro que el mundo de la ciudad, pese a su derroche de erudición, era limitado espiritualmente. Esta opinión me resultó peligrosa, pues me indujo a arranques de superioridad y a un desmedido afán de crítica y una agresividad que me ocasionaron merecidas antipatías. Por último, volvieron a resurgir posteriormente las antiguas dudas, los sentimientos de inferioridad y las depresiones, un ciclo que decidí interrumpir a todo trance. No quería situarme nuevamente al margen del mundo, ni adquirir la incierta fama de ser un caso raro.

Después de los estudios preparatorios me convertí en ayudante de anatomía y en el siguiente semestre el prosector (primer ayudante en un Instituto de Anatomía) me encargó incluso la dirección del cursillo de histología —naturalmente con gran satisfacción mía—. Entonces me preocupaban principalmente las teorías hereditarias y la anatomía comparada y me familiaricé con la teoría neovitalista. Lo que más me fascinaba era el punto de vista morfológico en el más amplio sentido. Todo lo contrario resultaba para mí la fisiología. Me resultaba profundamente desagradable a causa de las vivisecciones que se realizaban con meros fines demostrativos. No podía sustraerme a la impresión de que los animales de sangre caliente eran nuestros mejores semejantes y no meros autómatas. Por tal motivo faltaba, siempre que me era posible, a tales demostraciones. Comprendía que se debía experimentar en animales, pero no por ello encontraba menos bárbaras y abominables y principalmente

superfluas las demostraciones de tales experimentos. Tenía suficiente fantasía para imaginarme los procesos experimentales por su mera descripción. Mi compasión por las criaturas no databa de las tendencias budistas de la filosofía de Schopenhauer, sino que descansaba en los más profundos fundamentos de una primitiva ideología, es decir, de la inconsciente identidad con los animales. Este importante hecho psicológico me era tan grande que mi examen en esta asignatura resultó también adecuadamente malo. De todos modos, logré pasar inadvertido.

Los siguientes semestres me ocuparon tanto que apenas tuve tiempo para mis escapadas a lugares apartados. Sólo los domingos podía leer a Kant. Leía también con interés a E. von Hartmann. Nietzsche estuvo por algún tiempo en el programa, pero dudaba en leerlo porque no me sentía suficientemente preparado. Se discutía entonces mucho sobre Nietzsche, pero se rechazaba casi siempre, con mayor viveza por los estudiantes de filosofía «competentes», de lo que yo sacaba mis conclusiones sobre la oposición reinante en las altas esferas. La máxima autoridad era naturalmente Jakob Burckhardt, de quien se divulgaban diversos juicios críticos en relación con Nietzsche. Además existían algunos que habían conocido personalmente a Nietzsche y por ello eran capaces de informar acerca de toda clase de curiosidades sobre él, y no precisamente las más simpáticas. La mayoría no había leído nada de él y, por consiguiente, se recreaban en ciertos aparentes equívocos, por ejemplo, en sus caprichos de *gentleman*, en su modo de tocar el piano, en sus excentricidades estilísticas, pura curiosidad que sacaba de quicio a los estudiantes de Basilea de aquel entonces. Estas cosas no me sirvieron de excusa para aplazar la lectura de Nietzsche —por el contrario, fueron para mí el máximo incentivo—, sino el que se trataba de un miedo secreto a que quizás yo era semejante a él, por lo menos en lo referente al «misterio» que le aislaba en su ambiente. ¿Quizás, quién sabe, había tenido una experiencia interior o ideas de las que quería hablar y desgraciadamente no era comprendido por nadie? Resultaba evidente que era una rareza, o por lo menos pensaba por tal, como un *lusus naturae* que yo en ningún caso quería ser. Me atemorizaba el posible descubrimiento de que yo, como Nietzsche, fuera «también Uno». Naturalmente —*si parva componere magnis licet*—, él era ciertamente un profesor, había escrito libros, es decir, había alcanzado alturas increíbles; es verdad que procedía también de una familia de teólogos, pero en la gran y vasta Alemania, que se extendía hasta el mar, y yo sólo era un suizo que procedía de una modesta casa parroquial de un pequeño pueblo fronterizo. Él hablaba un correcto alemán académico, sabía latín y griego, quizás también francés, italiano y español, mientras que yo sólo sabía expresarme con cierta seguridad en el rudo alemán de Basilea. En posesión de todas estas riquezas podía él permitirse después de todo una cierta excentricidad, pero yo no podía saber entonces hasta qué punto me parecería a él.

Pese a mis temores, sentía curiosidad y me decidí a leerle. Lo primero que cayó en mis manos fueron las *Consideraciones anacrónicas*. Quedé fascinado por completo y no tardé en leer *Así hablaba Zaratustra*. Constituyó, como el *Fausto* de

Goethe, una fuerte conmoción. Zaratustra era el Fausto de Nietzsche, y la número 2 era mi Zaratustra, era —esto me resultó claro— morboso. ¿También la número 2 era anormal? Esta posibilidad me dio un miedo que hacía mucho que no quería reconocer aunque me preocupaba mucho y se me presentaba siempre inoportunamente forzándome una y otra vez a meditar sobre mí mismo. Nietzsche había descubierto tarde a su número 2, transcurrida ya la mitad de su vida, mientras que yo conocía mi número 2 ya desde mi primera juventud. Nietzsche habló ingenua y descuidadamente de este Arrheton, que no se debe nombrar, como si todo esto fuese normal. Sin embargo, yo había visto muy pronto que con ello se adquieren experiencias muy malas. Él era por otra parte tan genial que ya en su juventud vino como catedrático a Basilea sin sospechar nada de lo que le esperaba. Precisamente a causa de su genialidad hubiera debido notar a tiempo que algo no concordaba. Esto fue pues, pensaba yo, su morboso error: resuelta e insospechadamente había mostrado la número 2 a un mundo en el que nada se sabía ni se comprendía de tales cosas. Estaba dominado por la infantil esperanza de encontrar hombres que compartiesen sus éxtasis y comprendieran la «transmutación de todos los valores». Pero sólo halló filisteos de la cultura; en realidad fue tragicómico que él mismo fuera de los que, como todos los demás, no se comprendían a sí mismos, cuando se sumergió en el misterio y en lo indecible y quiso ensalzarlo ante una multitud indiferente y dejada de la mano de todos los dioses. De ahí lo ampuloso de su lenguaje, lo recargado de sus metáforas, la ditirámbica exaltación que inútilmente intentaba hacer inteligible este mundo que se basó en datos científicos inconexos. Y así este equilibrista no concordó ni consigo mismo. No conocía a fondo este mundo —«dans ce meilleur des mondes possibles»— y fue por ello un poseso, alguien que sólo podía ser tratado con sumo cuidado por sus adeptos. De entre mis conocidos y amigos supe yo sólo de dos que se declarasen abiertamente partidarios de Nietzsche, ambos homosexuales. Uno de ellos acabó suicidándose, el otro degeneró en un genio incomprendido. Todos los demás quedaban no sólo algo perplejos ante el fenómeno Zaratustra, sino que también absolutamente inmóviles.

Mientras que *Fausto* me abrió una puerta, *Zaratustra* me cerró otra de modo radical y por mucho tiempo. Me ocurría lo que al viejo campesino a quien el mastín ha conducido dos vacas al mismo ronzal y su hijo pequeño le pregunta: «¿Cómo es esto posible?», y él responde: «Ay, no me hables de ello».

Comprendí que no se llega a ninguna parte cuando no se habla de cosas que son conocidas por todos. Pues el novato en tales cuestiones no comprende la ofensa que supone para el prójimo el hablarle de algo que él ignora. Una iniquidad así sólo se le disculpa al escritor, al periodista o al poeta. Yo había comprendido que una nueva idea o incluso una opinión insólita sólo puede divulgarse a la luz de los hechos. Los hechos quedan y no pueden ocultarse por mucho tiempo bajo la mesa, y en cierta ocasión pasa alguien por allí y sabe lo que ha encontrado. Yo comprendí que, en realidad, a falta de otra cosa mejor, no hacía más que hablar, *en* lugar de aportar

hechos, y al final todo se venía abajo. No tenía nada entre manos, yo tendía cada vez más a lo empírico. Me disgustaba que los filósofos hablasen de todo lo que no era asequible a la experiencia y silenciasen lo que podía encontrar respuesta en la experiencia. Me parecía que, en alguna ocasión y no importa dónde, había recorrido un valle de diamante, pero no podía convencer de ello a nadie, pues las muestras de minerales que mostré no eran más que guijarros, tanto para mí mismo como para los inmediatos espectadores.

En 1898 comencé a reconciliarme con mi futura profesión de médico. Llegué pronto a la convicción de que debía especializarme. Aquí sólo había que considerar la cirugía o la medicina interna. Me inclinaba por lo primero a causa de mi especial formación en anatomía y por mi predilección por la anatomía patológica, y lo más probable era que hubiese optado por ella si hubiera dispuesto de los necesarios medios económicos. Me resultaba especialmente desagradable el tener que contraer deudas para poder estudiar. Sabía que después de mi examen de licenciatura debía ganarme la vida lo antes posible. Me propuse, pues, ingresar como ayudante en cualquier hospital sanatorial donde era más fácil conseguir un puesto retribuido que en una clínica. Un puesto en una clínica dependía en gran medida de las influencias o de la simpatía personal del médico jefe. Teniendo en cuenta mi incierta popularidad y las antipatías que normalmente experimentaba, no me atreví a probar fortuna y me conformé por ello con la modesta posibilidad de hallar empleo como asistente en cualquier hospital local. El resto dependía de mi diligencia, de mi habilidad y eficiencia.

Durante las vacaciones de verano sucedió algo que debió influir en mí poderosamente. Un día estaba en mi gabinete de estudio y repasaba mis libros de texto. En la habitación contigua, cuya puerta estaba entreabierta, estaba mi madre haciendo calceta. Era nuestro comedor, en el cual se veía la mesa redonda de madera de nogal. Procedía del ajuar de mi abuela paterna y entonces tenía ya setenta años. Mi madre estaba sentada frente a la ventana, aproximadamente a un metro de distancia de la mesa. Mi hermana estaba en la escuela y la criada en la cocina. De pronto se oyó una detonación como un pistoletazo. Me levanté de un salto y corrí al cuarto contiguo de donde había oído yo la explosión. Vi a mi madre sobresaltada en un sillón, su labor le había caído de las manos. Dijo tartamudeando: «¿Qué, qué ha sucedido? Fue justo a mi lado», y miraba sobre la mesa. Vimos lo que había sucedido: el tablero de la mesa se había roto por la mitad y no por el sitio encolado, sino en la madera encerada, quedé atónito. ¿Cómo había podido pasar tal cosa? ¿Una madera naturalmente encerada, pero seca ya desde hacía setenta años, que se abre en un día de verano con una elevada humedad habitual para nosotros? Hubiera resultado explicable en un día de invierno frío y seco junto a una estufa encendida. ¿Qué diablos pudo ser la razón de tal explosión? Realmente existen casualidades extrañas, pensé. Mi madre movió la cabeza y dijo con la voz de su número 2: «Sí, sí, esto significa algo». Yo me sentí contrariado y disgustado por no poder responder nada.

Aproximadamente catorce días después llegué por la tarde a las siete a casa y hallé a mi madre, mi hermana de catorce años y la sirvienta en plena excitación. Hacía una hora que se había oído de nuevo una explosión. Esta vez no había sido en la ya deteriorada mesa, sino en el aparador, mueble originario del siglo XIX. Habían mirado por todas partes, pero no habían encontrado ninguna grieta.

Comencé inmediatamente a inspeccionar detalladamente el aparador y lo inmediato a él, pero sin éxito. Registré el interior del mueble y su contenido. En el cajón, conteniendo la cesta del pan, hallé el pan y junto a él el cuchillo, cuya hoja estaba destrozada casi por completo. El mango estaba en un rincón del cesto rectangular y en cada una de las tres restantes esquinas había un trozo de la hoja del cuchillo. El cuchillo se había empleado todavía a las cuatro de la tarde y después se había guardado. Desde entonces nadie lo había tocado.

Días después llevé el cuchillo a uno de los mejores afiladores de la ciudad. Escudriñó los fragmentos con lupa y movió la cabeza: «Este cuchillo», dijo, «no tiene ningún defecto. El acero está en buen estado. Alguien lo ha roto en pedazos. Esto se puede conseguir, por ejemplo, introduciendo la hoja en el quicio del cajón y rompiéndolo trozo a trozo. El acero es de calidad. O quizás se ha dejado caer desde gran altura sobre una piedra. Esto no puede estallar en absoluto. Se ha hecho algo con él»[4].

Mi madre y mi hermana se encontraban en la habitación cuando fueron sobresaltadas por la repentina detonación. La número 2 de mi madre me miró significativamente y no pude hacer más que callar. Me sentía enteramente desorientado y no podía de ningún modo explicarme lo sucedido. Esto me resultaba tanto más enojoso por cuanto debía admitir que estaba profundamente impresionado. ¿Por qué y cómo se partió la mesa y se quebró el cuchillo? La hipótesis de la casualidad resultaba del todo inadmisible. Lo de que el Rin se desbordara eventualmente alguna que otra vez para mí era muy improbable y otras posibilidades quedaban *eo ipso* descartadas. ¿Qué podía pues ser?

Algunas semanas después me enteré de que ciertos parientes se entretenían desde hacía cierto tiempo con mesas giratorias y tenían una médium, una muchacha de poco más de quince años. Desde hacía algún tiempo en este círculo se pensaba en ponerme en contacto con esta médium, que caía en estado de sonambulismo y producía fenómenos espiritistas. Cuando oí esto pensé inmediatamente en nuestros fenómenos inexplicables y me propuse entrar en relación con esta médium. Comencé a asistir a sesiones con ella y otros interesados regularmente los domingos. Los resultados fueron las transmisiones de pensamiento y los golpes en la pared y en la mesa. Los movimientos de la mesa eran dudosos, se producían independientemente de la médium. Comprendí pronto que las condiciones limitadas eran, en general, inconvenientes. Me conformé con la evidente independencia de los golpes en la pared y presté mi atención al contenido de las transmisiones de pensamiento. Los resultados de estas observaciones los he expuesto en mi tesis doctoral.[5] Después de realizar

experimentos durante dos años se manifestó una cierta languidez y sorprendí a la médium intentando provocar los fenómenos mediante trampas. Esto me determinó a interrumpir las sesiones, muy a mi pesar, pues con ella había aprendido cómo se forma una personalidad número 2, cómo se asume una consciencia infantil y se integra finalmente a ella. La muchacha era una «malograda». A los veintiséis años murió de tuberculosis. La vi todavía una vez cuando tenía veinticuatro años y quedé impresionado de la independencia y madurez de su personalidad. Después de su muerte supe, por parientes, que en los últimos meses de su vida fue perdiendo poco a poco su personalidad y regresó finalmente al estado de un niño de dos años, en cuya fase cayó en el último sueño.

Ésta fue, en resumen, la gran experiencia que me abolió mi precoz filosofía y facilitó un punto de vista psicológico. Había experimentado algo objetivo sobre el alma humana. Pero la experiencia era de tal naturaleza que nuevamente nada podía decir de ella. No conocía a nadie al que pudiera comunicar todo este estado de cosas. Nuevamente tuve que dejar a un lado todos estos datos para más adelante. Sólo unos años después surgió de ello mi tesis doctoral.

En la clínica, Friedrich von Müller había sustituido al viejo Immermann. En Von Müller hallé un espíritu que correspondía al mío. Veía cómo, con gran inteligencia, captaba un problema y formulaba aquellas preguntas que ya en sí representaban la mitad de la solución. Él, por su parte, pareció ver algo en mí, pues posteriormente, hacia fines de mis estudios, me propuso ir a Munich como ayudante suyo, donde había sido llamado para ocupar un cargo. Su ofrecimiento poco faltó para que me moviese a dedicarme a la medicina interna. A ello hubiera llegado posiblemente si entretanto no hubiera sucedido algo que disipó cualquier duda acerca de mi ulterior trayectoria profesional.

Había asistido ciertamente a clases de psiquiatría y clínica, pero el profesor de psiquiatría de entonces no resultaba precisamente estimulante y cuando recordaba los efectos que en mi padre habían surtido las experiencias del manicomio y en especial de la psiquiatría, no era todo ello lo más idóneo para predisponerme en favor de esta última. Cuando me preparaba para el examen de licenciatura, la asignatura de psiquiatría fue sintomáticamente la última a que me dediqué. No esperaba nada de ella. Sin embargo, recuerdo todavía que al abrir el libro de Krafft-Ebing[6], pensé: Vamos a ver lo que tiene que decir un psiquiatra sobre su especialidad. Las clases y la clínica no me habían producido la menor impresión. No podía recordar ni siquiera un único caso clínicamente demostrado, sino tan sólo aburrimiento y hastío.

Comencé por el prólogo con la intención de hallar cómo presenta un psiquiatra el tema de su especialidad o cómo fundamenta, en cierto modo, su razón de ser. Como disculpa a esta presuntuosa actitud debo advertir que en el mundo médico de entonces, la psiquiatría ocupaba un nivel muy bajo en la carrera. Nadie sabía nada concreto sobre psiquiatría y no existía ninguna psicología que considerase al hombre como a un todo y que incluyera también sus modalidades patológicas. Del mismo

modo que el director estaba encerrado en la misma institución con sus enfermos, también la psiquiatría se hallaba encerrada en sí misma y permanecía aislada de la ciudad, como un antiguo lazareto con sus leprosos. Nadie gustaba de mirar hacia allí. Los médicos sabían casi tan poco como los profanos y, por lo tanto, compartían también sus sentimientos de aversión. La enfermedad mental era una situación desesperada y fatal y sus sombras alcanzaban también a la psiquiatría. El psiquiatra era una figura especial, como pronto iba a saber por propia experiencia.

Leí, pues, en el prólogo: «El que los manuales de psiquiatría comporten en sí un carácter más o menos subjetivo se basa ciertamente en lo singular de esta rama del saber y en lo imperfecto de su desarrollo». Algunas líneas más abajo, el autor denominaba la psicosis «enfermedades de la persona». Entonces sentí que el corazón me daba un vuelco. Tuve que levantarme y tomar aliento. Me hallaba en la más viva excitación, pues fue para mí como una fulminante revelación de que no había para mí otra meta más que la psiquiatría. Sólo aquí las dos corrientes de mi interés podían confluir y encontrar su cauce por medio de un declive común. Aquí se hallaba el campo común de las experiencias de los hechos biológicos y espirituales, que por todas partes yo había buscado sin encontrarlo. He aquí, por fin, el lugar en que el cruce entre mi naturaleza y el espíritu era ya un hecho.

Mi apasionada reacción surgió cuando leía en Krafft-Ebing lo del «carácter subjetivo» del manual de psiquiatría. Así, pues, pensé yo, también este libro es en parte la confesión subjetiva del autor, que con sus prejuicios, con la totalidad de su propia existencia se encuentra detrás de la objetividad de sus experiencias y responde a la «enfermedad de la persona» con toda su propia personalidad. No había oído nunca nada semejante de mis profesores en Clínica. A pesar de que el manual en cuestión no se diferenciaba propiamente de los demás libros de este tipo, esta breve indicación proyectó una luz cegadora sobre el problema de la psiquiatría y fui fascinado por su hechizo.

Mi decisión estaba tomada. Cuando se lo comuniqué a mi profesor de medicina interna pude leer en su rostro la desilusión y el asombro. Mi vieja herida, la sensación de extrañeza y distanciamiento volvió a reavivarse. Pero ahora comprendía mejor por qué. Nadie había pensado que yo me pudiera interesar por este mundo aparte, ni siquiera yo mismo. Mis amigos estaban asombrados y extrañados y me tomaron por un loco al rechazar la oportunidad de hacer carrera como médico internista, que resultaba tan comprensible para todos y se me presentaba de un modo tan sugestivo y envidiable y que pudiese cambiarla por este disparate psiquiátrico.

Vi que nuevamente había entrado en una vereda en la que nadie quería ni podía seguirme. Pero sabía —y nadie hubiera podido apartarme un ápice de este convencimiento— que mi decisión era irrevocable y que era mi destino, como si dos corrientes se hubieran unido y me condujeran irrevocablemente y con gran impulso a lejanas metas. Fue la exultante sensación de haber «unificado la dualidad» que, como mágica ola, me llevó a superar los exámenes con la mejor nota. Fue típico el que el

diablo cojuelo, que claudica ante todo prodigio bien realizado, pusiese justamente su pata en la asignatura que yo había preparado a conciencia, a saber, la anatomía patológica. Cometí la ridícula equivocación de pasar por alto, en una preparación que me pareció contener, aparte de restos histológicos, nada más que células epiteliales, aquel rincón en que se hallaban hongos patógenos.

En otras asignaturas tuve incluso la intuición de lo que me preguntarían. Gracias a estas circunstancias sorteé algunos escollos peligrosos «a bombo y platillo». En contrapartida, me llevé un chasco realmente grotesco allí donde me sentía más seguro. De lo contrario hubiera salido airoso de mi examen de licenciatura con la máxima calificación.

Otro alumno obtuvo el mismo número de puntos que yo. Era un solitario, una personalidad, en mi opinión, poco clara y sospechosamente banal. Con él no se podía hablar nada más que de «cuestiones profesionales». Reaccionaba ante todo con una sonrisa enigmática, que recordaba la de las hieráticas esculturas de los frontones. Había en él superioridad y al mismo tiempo sumisión, y nunca se adaptó del todo a la situación. Nunca pude explicármelo. Lo único que podía conceptuarse en él de positivo era la impresión de un impulso casi monomaniaco que por lo visto sólo se concretaba en los hechos y conocimientos médicos. Pocos años después de terminar los estudios enfermó de esquizofrenia. Menciono esta coincidencia como un fenómeno característico del paralelismo de los sucesos. Mi primer libro estuvo dedicado a la psicología de la demencia precoz (esquizofrenia), en el cual respondía al prejuicio de mi personalidad sobre la «enfermedad de la persona»: psiquiatría, en el más amplio sentido, es el diálogo de una psiquis enferma con la psiquis, definida como «normal», del médico, un análisis de la persona «enferma» a la luz de la personalidad, en principio igualmente subjetiva, del que la trata. Mi objetividad era exponer que las ideas fijas y las alucinaciones no son sólo síntomas específicos de las enfermedades mentales, sino que tenían también un sentido humano.

La noche siguiente al último examen me permití el lujo, largo tiempo añorado, de ir una vez —la primera en mi vida— al teatro. Hasta entonces mis medios económicos no me habían permitido una tal extravagancia. Pero me quedaba todavía algo de dinero de la venta de la colección de antigüedades que no sólo me permitió ir a la ópera, sino también un viaje a Munich y Stuttgart.

Bizet me hechizó y subyugó como las olas de un mar infinito, y cuando al día siguiente, el tren, traspasando la frontera, me llevaba a un lejano mundo, me acompañaban las melodías de *Carmen*. En Munich vi por primera vez verdaderas antigüedades, y esto, junto con la música de Bizet, creó en mí una atmósfera cuya profundidad y significación sólo sospechaba, pero no pude captar. El estado de ánimo era primaveral, nupcial, pero externamente fue una semana nublada, del 1 al 9 de diciembre de 1900. En Stuttgart vi (por última vez) a mi tía, la esposa del doctor Reimer Jung. Era hija del primer matrimonio de mi abuelo, del profesor C. G. Jung, con Virginie de Lassaulx. Era una vieja dama fascinante de penetrantes ojos azules y

temperamento apasionado. Su esposo era psiquiatra. Me pareció flotar en un mundo de fantasías intangibles y de recuerdos perdidos —el último soplo de un pasado que se esfumaba irreversiblemente—, un definitivo adiós a la nostalgia de mi infancia.

El 10 de diciembre de 1900 ocupé mi puesto de ayudante en el Burghölzli. Marché gustoso a Zurich, pues en el transcurso del año, Basilea me resultaba pequeña. Para los habitantes de Basilea no existía más ciudad que la suya: sólo en Basilea se estaba «bien» y al otro lado de las montañas comenzaba la «miseria». Mis amigos no podían comprender que me marchara y contaban con que dentro de poco regresaría. Pero esto no me fue posible, pues en Basilea estaba marcado para siempre como hijo del párroco Paul Jung y nieto de mi abuelo, el profesor Carl Gustav Jung. Pertenecía, por así decirlo, a un cierto grupo espiritual y a un determinado «estamento» social. Yo me sublevaba contra esto, pues no quería que se me encasillase.

En el aspecto espiritual, la atmósfera de Basilea me parecía incomparable y de una envidiable franqueza, pero el peso de la tradición era excesivo para mí. Cuando llegué a Zurich noté una gran diferencia. Zurich se comunicaba con el mundo no por el espíritu, sino por el comercio. Pero aquí el ambiente era despejado y esto lo tenía yo en mucho. Aquí no se respiraban en ninguna parte las oscuras emanaciones del siglo, aunque se echaba de menos el rico trasfondo de la cultura. Todavía hoy siento una dolorosa debilidad por Basilea, pese a que sé que ya no es lo que fue. Recuerdo todavía los días en que había un Bachofen y un Jacob Burckhardt, donde detrás de la catedral estaba aún la casa capitular y el viejo puente sobre el Rin que hasta su mitad era de madera.

Para mi madre resultó duro que yo me marchara de Basilea. Pero yo sabía que no podía ahorrarle este dolor y lo soportó valerosamente. Mi madre vivía con mi hermana, que era nueve años más joven que yo, una naturaleza delicada y enfermiza y en todos los aspectos distinta a mí. Parecía haber nacido para quedarse soltera, y realmente no se casó. Pero desarrolló una personalidad asombrosa y yo admiraba su actitud. Era una *Lady* innata y como tal murió. Tuvo que someterse a una operación que no parecía ofrecer peligro, pero a la que no sobrevivió. Me causó una profunda impresión cuando se comprobó que previamente había ordenado todos sus asuntos hasta el más mínimo detalle. En el fondo me resultaba extraña, pero sentía gran respeto por ella. Yo era mucho más emotivo; por el contrario, ella estaba siempre serena, aunque de naturaleza muy sensible. Me la hubiera podido imaginar en un convento del mismo modo que la única hermana de mi abuelo Jung, algunos años más joven vivió en un convento.[7]

Con el trabajo en el Burghölzli se inició mi vida en una realidad unívoca, hecha sólo de propósitos, consciencias, deber y responsabilidad. Era la entrada en el convento del mundo y el someterse al voto de creer sólo en lo probable, en el promedio, en lo banal y lo pobre de sentido, renunciar a todo lo extraño y significativo, y reducir todo lo desacostumbrado a lo habitual. Sólo había superficies

que nada ocultaban, sólo comienzos sin continuidad, contingencias sin causalidad, conocimientos que se circunscribían a círculos cada vez más estrechos, definiciones que pretendían ser problemas, horizontes de agobiante estrechez y el inmenso desierto de la rutina. Durante medio año me encerré entre los muros del convento para habituarme a la vida y el espíritu de un manicomio y me leí los cincuenta volúmenes de la *Revista general de psiquiatría* desde sus orígenes, para conocer la mentalidad psiquiátrica. Yo quería saber cómo reaccionaba el espíritu humano en el instante de su propia destrucción, pues la psiquiatría me parecía una expresión articulada de aquella reacción biológica que afecta al espíritu denominado sano en relación con la enfermedad mental. Mis propios colegas me parecían tan interesantes como los enfermos. Por ello, durante los posteriores años, elaboré una estadística, tan secreta como instructiva, sobre las condiciones hereditarias de mis colegas suizos tanto para mi propia formación, como para la comprensión de la actitud psiquiátrica.

Apenas necesito mencionar que mi concentración y mi autoimpuesta clausura extrañaron a mis colegas. Ellos, naturalmente, no sabían lo que me extrañaba a mí la psiquiatría y lo que me interesaba captar su espíritu. El interés terapéutico quedaba entonces lejos de mí, pero las variantes patológicas de la denominada normalidad me atraían poderosamente, puesto que se me ofrecía la tan añorada posibilidad de adquirir un conocimiento más profundo de la psiquis.

En tales condiciones comenzó mi carrera de psiquiatra, mi experimento subjetivo del cual nació mi vida objetiva. No tengo interés ni capacidad para situarme tan fuera de mí mismo que pueda contemplar mi propio destino de un modo realmente objetivo. Caería en los conocidos errores autobiográficos escribiendo o una ilusión de lo que debió ser o una apología *pro vita sua*. En definitiva, se es un acontecimiento que uno mismo no puede juzgar, sino más bien depende del juicio de los demás —*for better or worse*.

ACTIVIDAD EN EL CAMPO DE LA PSIQUIATRÍA



LOS TRES AÑOS TRANSCURRIDOS EN BURGHÖLZLI, EN LA CLÍNICA PSIQUIÁTRICA de la Universidad de Zurich, fueron mis años de aprendizaje. En primer plano de mi interés se encontraba la cuestión acuciante: ¿Qué sucede a los enfermos mentales? Esto no lo comprendía yo aún entonces y entre mis colegas no se hallaba ninguno que se hubiera preocupado por esta cuestión. Las clases de psiquiatría estaban orientadas a hacer abstracción, por así decirlo, de la personalidad enferma y contentarse con diagnósticos, con descripción de síntomas y estadísticas. Desde el denominado punto de vista clínico, que entonces predominaba, para los médicos no se trataba de ocuparse de los enfermos mentales como hombres, como individualidades, sino de tratar al paciente X de acuerdo con una larga lista de diagnósticos y síntomas. Se le «rotulaba», se le estampillaba con un diagnóstico, y con ello el caso quedaba listo en la gran mayoría de los casos. La psicología del enfermo mental no desempeñaba en absoluto ningún papel.

En esta situación Freud se convirtió para mí en algo esencial y, concretamente, ante todo por sus investigaciones fundamentales sobre la psicología de la histeria y del sueño. Sus concepciones me mostraron un camino para investigaciones posteriores y para la comprensión de los casos individuales. Freud insertaba en la psiquiatría cuestiones psicológicas, a pesar de que él no era psiquiatra, sino neurólogo.

Todavía recuerdo perfectamente un caso que entonces me impresionó mucho. Se trataba de una joven que había ingresado en la clínica con la etiqueta «melancolía» y se hallaba en mi departamento. Se hizo el reconocimiento por el procedimiento usual: historial, tests, reconocimientos físicos, etc. Diagnosis: esquizofrenia, o, como entonces se decía, *dementia praecox*. Pronóstico: grave.

Al principio no me atreví a dudar del diagnóstico. Entonces yo era aún un jovencito, un principiante y no me hubiera creído competente para establecer un diagnóstico distinto. Y, sin embargo, el caso me pareció extraño. Tenía la impresión de que no se trataba de una esquizofrenia, sino de una depresión corriente, y me propuse explorar a la paciente según mis propios métodos. Entonces me ocupaba yo de estudios diagnósticos por asociación y realicé con ella la prueba de la asociación. Además conversé con ella sobre sus sueños. De este modo logré aclarar su pasado y llegar a conocer lo esencial, que en el habitual historial no había quedado explicado. Obtuve los datos, por así decirlo, directamente del inconsciente y de ellos resultó una oscura y trágica historia.

Antes de que la mujer se casara había conocido a un hombre, hijo de un gran

industrial, por quien todas las muchachas de la región se interesaban. Dado que ella era muy bonita, creyó gustarle y tener ciertas esperanzas respecto a él. Pero al parecer, él no se interesaba por ella y así, pues, ella se casó con otro.

Cinco años después visitó a un viejo amigo. Intercambiaron recuerdos y en esta ocasión dijo el amigo: «Cuando usted se casó, alguien recibió un rudo golpe, el señor X (el hijo del gran industrial)». ¡Éste fue el instante!, en este momento comenzó la depresión, y al cabo de algunas semanas se produjo la catástrofe:

Bañaba a sus hijos, primero a su hija de cuatro años y luego a su hijo de dos años. Vivía en una región en la que el suministro de agua era higiénicamente defectuoso; para beber había agua pura de la fuente y agua contaminada del río para el baño y para lavar. Cuando bañaba a su hija vio cómo chupaba una esponja pero no se lo impidió. Incluso dio a beber a su hijito un vaso de agua contaminada. Naturalmente, hizo esto de modo inconsciente o sólo semiconsciente, pues se hallaba ya a la sombra de la iniciada depresión.

Poco tiempo después, tras el período de incubación, la niña enfermó de tifus y murió. Era su hijo predilecto. El muchacho no se contaminó. En aquel instante la depresión se agudizó y la mujer vino al frenopático.

El hecho de que fuera una criminal y muchos pormenores de su secreto lo había deducido yo mediante la prueba de asociación[*] y me resultó claro que aquí se hallaba la causa fundamental de su depresión. Se trataba en el fondo de un trastorno psicógeno.

¿Qué sucedía con la terapéutica? Hasta entonces había tomado narcóticos, a causa de su dificultad en conciliar el sueño, y puesto que se sospechaba de intento de suicidio se la vigilaba. Pero fuera de esto no se prescribió nada más. Físicamente estaba bien.

Me vi ahora ante un problema: ¿Debo hablar abiertamente con ella o no? ¿Debo proceder a la gran operación? Esto significaba para mí un difícil problema de conciencia, un enorme conflicto moral. Pero debía solventar el conflicto yo solo, pues si hubiera preguntado a mis colegas me hubieran advertido: «¡Por Dios!, no le diga tal cosa a la paciente, la enloquecerá aún más». Pero en mi opinión el efecto podía ser inverso. Una pregunta puede responderse de un modo u otro según intervengan o no los factores inconscientes. Naturalmente, era consciente de lo que me arriesgaba: ¡si mi paciente estaba en un aprieto, yo también!

Pese a ello, me decidí a emprender un tratamiento cuyo punto de partida no estaba muy claro. Le dije todo lo que había descubierto mediante el ensayo de asociación. Pueden ustedes imaginarse lo difícil que resultó todo. No resulta nada fácil decirle a alguien en la cara que ha cometido un crimen. Y resultó trágico para la paciente oírlo y admitirlo. Pero el resultado fue que, catorce días después, pudo ser dada de alta y nunca más tuvo que ser internada.

Otras razones me habían forzado a callar ante mis colegas: temía que discutieran sobre el caso y a lo mejor me hubieran planteado algunas cuestiones legales.

Ciertamente no se podía demostrar nada a la paciente y, sin embargo, tales discusiones hubieran podido tener consecuencias catastróficas para ella. Me parecía más práctico que volviese a la vida normal para expiar en vida su culpa. Había sido ya suficientemente castigada por el destino. Cuando se la dio de alta marchóse de allí con una pesada carga. Debía soportarla. Su penitencia había comenzado ya con la depresión y el internamiento y la pérdida de su hija fue para ella un dolor profundo.

En muchos casos psiquiátricos el paciente tiene una historia que no se relata y que por regla general nadie conoce. Para mí, la verdadera terapéutica comienza sólo después de la investigación de dicha historia personal. Constituye el secreto del paciente en el cual éste se ha destrozado. A la vez encierra la clave para su tratamiento. El médico sólo debe saber cómo averiguarlo. Debe plantear las preguntas que afectan a todo hombre y no sólo a sus síntomas. La exploración de los datos conscientes no basta en la mayoría de los casos. Bajo ciertas circunstancias el ensayo de asociación puede abrir la puerta, y también la interpretación de los sueños[*] puede lograrlo, o el prolongado y sufrido contacto humano con el paciente.

En 1905 me doctoré en psiquiatría y el mismo año me convertí en médico jefe de la clínica psiquiátrica de la Universidad de Zurich. Ocupé este cargo durante cuatro años. Entonces (1909) tuve que renunciar a él, porque el trabajo me resultaba excesivo. En el transcurso de los años mi consulta privada se incrementó hasta tal punto que no podía dar abasto a todo el trabajo. Sin embargo conservé mi cargo de profesor auxiliar hasta el año 1913. Leía sobre psicopatología y, naturalmente, también sobre las bases del psicoanálisis de Freud, así como sobre la psicología de los primitivos. Éstos fueron mis principales objetivos. En el primer semestre me ocupé de los cursillos, principalmente sobre hipnosis, así como sobre Janet y Flournoy. Posteriormente situé el problema del psicoanálisis de Freud en primer plano.

También en los cursos sobre hipnosis me informaba de la historia personal del paciente, la cual exponía a los estudiantes. Recuerdo todavía muy bien cierto caso:

Una vez apareció una mujer de unos cincuenta y ocho años, aparentemente versada en cuestiones religiosas. Iba con muletas, conducida por su sirvienta. Desde los diecisiete años sufría de parálisis dolorosa en la pierna izquierda. La hice sentar en una cómoda silla y le pregunté sobre su historia. Comenzó a relatar y a gemir y surgió toda la historia de su enfermedad, con todo detalle. Finalmente la interrumpí y dije: «Bueno, ahora no disponemos de tiempo para hablar tanto. Ahora debo hipnotizarla». Apenas hube dicho esto, cerró los ojos y cayó en profundo trance, ¡sin hipnotizarla en absoluto! Me asombré, pero la dejé en paz. Hablaba sin tasa y contó los más extraños sueños que ponían en evidencia la profunda experiencia del inconsciente. Sin embargo, comprendí esto sólo mucho más tarde. Entonces lo interpreté como una especie de delirio. Pero la situación me resultaba algo incómoda. ¡Allí estaban veinte estudiantes ante los que quería demostrar una hipnosis!

Cuando al cabo de media hora quise despertar a la paciente, no se despertaba. Me

resultó inquietante y comencé a pensar que al fin pudiera haber hallado una psicosis latente. Transcurrieron diez minutos hasta que logré despertarla. ¡No podía permitir que los estudiantes notasen mi miedo! Cuando la mujer volvió en sí estaba mareada y confusa. Intenté tranquilizarla: «Soy el médico y todo va bien». A lo que exclamó: «¡Pero yo estoy ya curada!», tiró las muletas y pudo andar. Yo me sonrojé y dije a los estudiantes: «Han visto ustedes ahora lo que se puede conseguir con la hipnosis». Pero no tenía la menor idea de lo que había pasado.

Ésta fue una de las experiencias que me alentaron a aceptar la hipnosis. No comprendía qué era lo que había sucedido, pero la mujer estaba realmente curada y se marchó feliz. Le rogué que me informara de su estado en lo sucesivo, pues contaba que, a más tardar al cabo de un día, experimentaría una recaída. Pero los dolores no volvieron y tuve que admitir, pese a mi escepticismo, el hecho de su curación.

En la primera clase del semestre de verano del año siguiente volvió a aparecer. Esta vez se quejaba de fuertes dolores en la espalda que hacía poco se le habían presentado. Yo no excluía que dependieran de las nuevas clases recomenzadas. Quizás había leído la noticia de mis clases en el periódico. Le pregunté cómo comenzaron los dolores y qué era lo que los causaba. Pero ella no podía recordar que hubiera sucedido nada en un tiempo determinado y no sabía dar explicación alguna. Finalmente logré arrancarle que los dolores habían comenzado de hecho el mismo día y a la misma hora en que se anunció en el periódico que yo reemprendía las clases. Ciertamente esto confirmaba mis sospechas, pero no llegaba a comprender qué es lo que pudo haber operado la milagrosa curación. Volví a hipnotizarla, es decir, volvió a caer, como entonces, en trance espontáneamente, y luego quedó libre de sus dolores.

Después de la clase la retuve para saber detalles de su vida. Resultó que tenía un hijo anormal que se encontraba en la clínica, en mi sección. Yo no sabía nada de ello porque ella llevaba el nombre de su segundo marido, mientras que el hijo nació del primer matrimonio. Era su único hijo. Naturalmente, ella había esperado tener un hijo inteligente y afortunado y se sintió profundamente desilusionada cuando ya en sus años mozos enfermó psíquicamente. Entonces yo era un médico todavía joven y representaba para ella todo lo que había deseado para su hijo. Por ello sus ambiciosos deseos, que ella había alimentado como madre, se proyectaron sobre mí. Me adoptó, por así decirlo, como hijo y anunció *urbi et orbi* su extraordinaria curación.

En realidad mi fama local como mago se la debo a ella, y la historia pronto la supieron todos, incluso mis primeros pacientes. ¡Mis actividades terapéuticas comenzaron, pues, porque una madre me había puesto a mí en el lugar de su hijo anormal! Naturalmente, le expliqué toda esta serie de circunstancias y supo comprenderlo muy bien.

Posteriormente no tuvo ya más recaídas.

En realidad ésta fue mi primera experiencia terapéutica, podría decir mi primer análisis. Recuerdo claramente la conversación con la dama en cuestión. Era inteligente y agradecida en grado sumo porque yo me la había tomado en serio y me

había interesado por su destino y el de su hijo. Esto la ayudó.

Al principio adopté también la hipnosis en mi consulta privada, pero muy pronto la descarté porque con ella se obra a ciegas. No se sabe nunca hasta cuándo durará un progreso o una convalecencia, y yo siempre me resistí a actuar en la incertidumbre. Tampoco me gustaba decidir por mí mismo lo que el paciente debía hacer. Me interesaba mucho más saber por el propio paciente hacia dónde iba él. Para ello necesitaba realizar cuidadosos análisis de los sueños y de otras manifestaciones del inconsciente.

En el transcurso del año 1904 a 1905 fundé yo, en la clínica psiquiátrica, un laboratorio de psicopatología experimental. Allí tenía yo un grupo de discípulos con quienes investigaba las reacciones psíquicas (es decir, asociaciones[*]). Franz Riklin (padre) era mi colaborador. Ludwig Binswanger redactaba entonces su tesis doctoral sobre la prueba de asociación en relación con el efecto psicogalvánico, y yo preparaba mi trabajo «*Zur psychologischen Tatbestandsdiagnostik*» (*Sobre el diagnóstico psicológico de las circunstancias del delito*)[1]. Había allí también algunos americanos, entre otros Carl Peterson y Charles Ricksher. Sus trabajos se publicaron en revistas americanas especializadas. Debo a los estudios de asociación el que posteriormente fuera invitado, en el año 1909, por la Clark University; allí debía exponer mis trabajos. Al mismo tiempo, e independientemente de mí, fue invitado Freud. Los dos recibimos el grado de *Doctor of Laws honoris causa*.

Fue tanto por la prueba de asociación como por los experimentos psicogalvánicos por los que fui conocido en América; pronto acudieron numerosos pacientes de allí. Recuerdo todavía muy bien uno de los primeros casos.

Un colega americano me había enviado un paciente. El diagnóstico decía «neurastenia alcohólica». El pronóstico le calificaba de «incurable». Por ello mi colega, previsoramente, le había dado el consejo de consultar a cierta autoridad en neurología de Berlín en el caso de que mi tratamiento no condujese a nada. Vino a las horas de consulta y después de que hube conversado un poco con él advertí que el hombre tenía una neurosis corriente de cuyo origen psíquico él no sospechaba nada. Hice con él la prueba de asociación y por ello supe que sufría las consecuencias de un formidable complejo materno. Procedía de una rica y distinguida familia, tenía una simpática mujer y, por así decirlo, carecía de preocupaciones aparentemente. Sólo que bebía demasiado y esto era un desesperado intento de narcotizarse para olvidar su agobiante situación.

Naturalmente, por este método no logró librarse de sus dificultades.

Su madre era propietaria de una gran empresa y el hijo, extraordinariamente inteligente, ocupaba en ella un puesto directivo. Realmente hubiera debido sustraerse mucho antes a la humillante subordinación de su madre, pero no podía decidirse a sacrificar su brillante posición. Así pues, quedó ligado a su madre, que le había facilitado su puesto. Siempre que estaba con ella o debía someterse a una de sus intromisiones comenzaba a beber para adormecer sus afectos o bien liberarse de ellos.

En el fondo, sin embargo, no quería abandonar el confortable nido, sino que se dejaba seducir, en contra de sus propios instintos, por la comodidad y el bienestar.

Después de un corto tratamiento dejó de beber y se consideró curado. Pero yo le dije: «No le garantizo que no vuelva a caer en la misma situación si regresa a su antiguo puesto». No me creyó y regresó con buenos ánimos a América.

Apenas estuvo nuevamente bajo la influencia de su madre, reincidió en la bebida. Entonces fui llamado por su madre, que se encontraba de paso en Suiza, para una consulta. Era una mujer razonable, pero de un carácter de mil demonios. Me di cuenta de con quién debía enfrentarse el hijo y supe que éste no disponía de las fuerzas necesarias para oponerse. Físicamente era él de aspecto algo delicado y en condiciones de inferioridad respecto a su madre. Así pues, me decidí por un golpe de fuerza. En ausencia del hijo, extendí ante ella un certificado de que él, a causa del alcoholismo, no podía desempeñar por más tiempo su cargo en el negocio. Debía ser despedido. Este consejo fue cumplido y naturalmente el hijo se indispuso conmigo.

En este caso realicé algo que, normalmente, no es fácil de conciliar con la conciencia médica. Pero sabía que debía aceptar sobre mí esta responsabilidad para bien del paciente.

¿Cómo se desarrolló el caso en lo sucesivo? Se separó de su madre y pudo desenvolver su personalidad: hizo una brillante carrera pese a o a causa del drástico tratamiento. Su mujer me estaba agradecida, pues su marido no sólo había superado el alcoholismo, sino que seguía su propio camino con sumo éxito.

Durante años tuve remordimientos respecto a este paciente por haberle extendido a escondidas aquel certificado. Pero sabía con certeza que sólo un golpe de fuerza podía liberarlo. Y con ello la neurosis quedaba también resuelta.

Otro caso también me quedó grabado. Una dama vino a mi consultorio. Se negó a dar su nombre; ello no hacía al caso, pues pensaba consultarme sólo una vez. Pertenecía evidentemente a las altas capas de la sociedad. Declaró haber sido médico. Lo que tenía que comunicarme era una confesión: hacía veinte años había cometido un crimen por celos. Había envenenado a su mejor amiga porque quería casarse con su marido. En su opinión, un crimen no significaba nada para ella si no se descubría. Si ella quería casarse con el marido de su amiga podía simplemente desembarazarse de ella. Tal era su punto de vista. Las consideraciones morales no contaban para ella.

¿Y después? Se casó ciertamente con el marido, pero él murió muy joven, bastante joven. En los años siguientes sucedieron cosas extrañas: la hija de este matrimonio quiso separarse de su madre en cuanto fue mayor de edad. Se casó joven y se apartaba cada vez más de ella. Finalmente desapareció de vista y la madre perdió todo contacto con ella.

La dama era una apasionada amazona y poseía varios caballos por los que se tornaba gran interés. Un día descubrió que los caballos comenzaban a inquietarse cuando ella los montaba. Incluso su caballo preferido se asustaba y la arrojaba al suelo. Finalmente tuvo que abandonar la equitación. En adelante se dedicó a sus

perros. Poseía un perro lobo especialmente bello al cual apreciaba mucho. La «casualidad» quiso que precisamente este perro fuese atacado de parálisis. Esto fue ya demasiado y se sintió «moralmente acabada». Debía confesarse y por ello había acudido a mí. Era una criminal, pero, aparte de esto, se había asesinado a sí misma. Pues quien realiza un crimen de tal naturaleza destroza su alma. Quien asesina se condena ya él mismo. Si alguien comete un crimen y es detenido, cumple así la sanción legal. Si lo hace en secreto, sin conciencia moral, y el crimen permanece oculto, el castigo le alcanza sin embargo, como nuestro caso demuestra. Acaba, pues, por descubrirse. Además, parece como si los animales y las plantas lo «supieran».

La mujer se sintió por el crimen extraña a los animales y llegó a un aislamiento insoportable. Para librarse de su aislamiento me convirtió en su confidente. Debía tener un confidente que no fuera un criminal. Quería encontrar un hombre que pudiera aceptar sin condiciones su confesión; pues de este modo lograría recuperar una relación con la humanidad. Pero no debía ser ningún padre confesor profesional, sino que tenía que ser un médico. Con un sacerdote hubiera sospechado que la atendería en virtud de su ministerio; que no aceptaría los hechos como tales, sino con el objetivo de emitir un juicio moral. Había presenciado que los hombres y los animales la abandonaban, y esta tácita condena la afectó de tal modo que no hubiera podido soportar otra condena más.

Nunca llegué a saber quién era; tampoco tengo prueba alguna de que su historia correspondiera a la verdad. Posteriormente me pregunté a menudo cómo transcurriría en lo sucesivo su vida. Pues su historia no había terminado aún. Quizás finalmente terminó suicidándose. No puedo imaginarme cómo podría continuar viviendo en esta extrema soledad.

Los diagnósticos clínicos son importantes, puesto que dan una cierta orientación, pero no ayudan en nada al paciente. El punto decisivo es la cuestión de la «historia» del paciente, pues descubre el trasfondo humano y el sufrimiento humano, y sólo entonces puede determinarse la terapéutica a seguir. Esto me lo mostró también claramente otro caso.

Se trataba de una antigua paciente de la sección de mujeres, una anciana de setenta y cinco años, que permanecía desde hacía cuarenta años en cama. Hacía casi cincuenta que llegó al manicomio, pero nadie podía recordar cuándo fue su ingreso; entretanto, todos habían muerto. Sólo una enfermera jefe que hacía treinta y cinco años que trabajaba en la institución sabía todavía algo de su historia. La anciana ya no podía hablar y sólo podía ingerir alimentos líquidos o semilíquidos. Comía con los dedos y desmenuzaba los alimentos en la boca. A veces necesitaba casi dos horas para tomarse una taza de leche. Justamente cuando no comía hacía movimientos extraños y rítmicos con las manos y los brazos cuya naturaleza yo no sabía comprender. Quedé profundamente impresionado por el grado de aniquilación a que puede llevar una enfermedad mental, pero no sabía explicármelo. En las conferencias clínicas se presentaba como una forma catatónica de demencia precoz, pero esto a mí

no me decía nada, pues no explicaba lo más mínimo sobre el significado y origen de los extraños movimientos.

La impresión que me hizo este caso caracteriza mi reacción contra la psiquiatría de entonces. Tenía la sensación, cuando era ayudante, de no comprender en absoluto lo que pretendía ser la psiquiatría. Me sentía sumamente incómodo junto a mi jefe y a mis colegas, que se comportaban de forma tan segura, mientras que yo, desorientado, andaba a ciegas. La tarea principal de la psiquiatría la veía yo en el conocimiento de las cosas que suceden en el interior del espíritu enfermo y de ello yo no sabía nada todavía. ¡Me encontraba ahora atado a una profesión en la cual no entendía nada en absoluto!

Una noche, a una hora avanzada, recorrí la sección; vi a la anciana con sus enigmáticos movimientos y me pregunté nuevamente: ¿Por qué ha de ser así? Entonces fui a nuestra vieja enfermera jefe y me informé si la paciente se había comportado siempre así. «Sí —me respondió—, pero mi antecesora me contó que anteriormente había compuesto zapatos». A continuación consulté nuevamente su antiguo historial médico y allí constaba que hacía movimientos como si estuviera remendando zapatos. Anteriormente los zapateros sostenían los zapatos entre las rodillas e introducían los hilos en el cuero con parecidos movimientos. (Todavía hoy se puede ver esto en zapateros de pueblo). Cuando la paciente murió poco después, su hermano mayor vino al entierro. Yo le pregunté: «¿Por qué enfermó su hermana?». Entonces me explicó que había querido a un zapatero, pero que él por alguna razón no quiso casarse con ella y entonces se «chifló». Así, pues, los movimientos de la mujer indicaban su identidad con el amado, identidad que duró hasta su muerte.

Entonces tuve la primera sospecha de los orígenes psíquicos de la denominada «demencia precoz». En lo sucesivo dediqué gran atención a las relaciones de causa en las psicosis.

Recuerdo muy bien la paciente en cuya historia logré ver claro el trasfondo psicológico de la psicosis y principalmente de las «absurdas ideas fijas». Comprendí en este caso por vez primera el lenguaje de los esquizofrénicos, hasta entonces tenido por absurdo. Se trataba de Babette S., cuya historia he publicado.[2] En 1908 di una conferencia en el Ayuntamiento de Zurich sobre este caso.

La paciente procedía de los barrios antiguos de la ciudad de Zurich, de los estrechos y sucios callejones, donde nació y creció en míseras condiciones. La hermana era una prostituta, el padre un bebedor. Enfermó a los treinta y nueve años en forma paranoica de demencia precoz con la típica megalomanía. Cuando la conocí, hacía ya veinte años que estaba internada. Varios centenares de estudiantes de medicina pudieron observar con este caso el cuadro del trágico proceso de la desintegración psíquica. Constituía uno de los clásicos casos demostrativos en clínica. Babette estaba completamente loca y decía cosas que no podían comprenderse en absoluto. Pacientemente emprendí el intento de comprender el contenido de las abstrusas manifestaciones. Por ejemplo ella decía: «Soy la Loreley»

y ciertamente porque el médico, cuando intentaba explicárselo, decía: «No sé lo que esto significa». O profería exclamaciones como: «Soy la personificación de Sócrates», lo que debía significar, como deduje: «Soy acusada tan injustamente como Sócrates». Necias expresiones como: «Soy el doble politécnico insustituible», «Soy pasteles de ciruela elaborados con harina de maíz», «Soy Germania y Helvetia de sólo mantequilla dulce», «Napóles y yo debemos proveer al mundo de fideos», significaban plusvalías, es decir, compensaciones de un sentimiento de inferioridad.

El ocuparme de Babette y de otros casos semejantes me convenció de que mucho de lo que había considerado absurdo en los enfermos mentales no era en modo alguno tan «loco» como parecía. Me di cuenta más de una vez que en tales pacientes se oculta en el trasfondo una «persona» que debe definirse como normal y que en cierta medida es testigo. En ciertas ocasiones esta personalidad oculta —la mayoría de las veces a través de voces o sueños— puede también hacer objeciones y observaciones enteramente racionales y puede incluso suceder que vuelva al primer plano, por ejemplo a causa de una enfermedad física, y el paciente se muestre casi normal.

Tuve que tratar una vez una antigua esquizofrenia en la cual vi muy claramente la persona «normal» oculta. No era un caso a curar, sino sólo a cuidar. Como todo médico, tenía yo también pacientes que hay que acompañar hasta la muerte sin esperanzas de curación. Esta mujer oía voces que se repartían por todo el cuerpo, y una voz que se hallaba en el centro del tórax era la «voz de Dios». «Nosotros deberíamos confiar en ella», le dije yo y quedó asombrada de mi propio valor. Por regla general esta voz hacía observaciones muy razonadas y con su ayuda me entendí bien con la paciente. Una vez la voz dijo: «Él te escuchará si lees la Biblia». Trajo una vieja y gastada Biblia y cada vez tenía que indicarle un capítulo que ella tenía que leer. La próxima vez debía yo preguntarle sobre ello. Al principio me sentía algo extraño por cierto en este papel, pero al cabo de cierto tiempo comprendí lo que significaba el ejercicio: de este modo se mantenía despierta la atención de la paciente y así no caía más profundamente en el sueño desgarrador del inconsciente. El resultado fue que al cabo de seis años, aproximadamente, las diversas voces, repartidas por todo el cuerpo, se centraron exactamente y de modo exclusivo en la mitad izquierda del cuerpo. La intensidad del fenómeno no se había duplicado en el costado izquierdo, sino que era igual que antes. Se podía decir que la paciente estaba por lo menos «unilateralmente curada». Esto constituyó un éxito inesperado, pues no me había imaginado que nuestras lecturas de la Biblia pudieran actuar terapéuticamente.

Al ocuparme de la paciente vi claro que las ideas de persecución y las alucinaciones contenían un núcleo racional. Vi que detrás se hallaba una personalidad, una historia humana, una esperanza y un deseo. La culpa es sólo nuestra si no sabemos comprenderlo. Me resultó claro por vez primera que en la psicosis se oculta una psicología general de la personalidad, que aquí recae nuevamente en los viejos conflictos de la humanidad. Incluso en los pacientes que

actúan de modo apático, estúpido o imbécil ocurren más cosas y más razonables de lo que parecen. En el fondo no descubrimos nada nuevo o desconocido en los enfermos mentales, sino que hallamos el fondo de nuestra propia esencia. Este conocimiento fue entonces para mí una formidable experiencia sensible.

Siempre me ha extrañado lo que se ha tardado hasta que la psiquiatría se ha dedicado finalmente al contenido de la psicosis. No se preguntaba nunca lo que significaban las fantasías de los pacientes y por qué un paciente tenía una fantasía distinta a la de otro, por qué, por ejemplo, uno creía estar perseguido por los jesuitas y otro que los judíos le querían envenenar, o un tercero que la policía andaba detrás de él. No se tomaba en serio los contenidos de las fantasías, sino que se hablaba, por ejemplo, genéricamente de «ideas persecutorias». Me parece también extraño que mis investigaciones de entonces estén hoy casi olvidadas. Ya a principios de siglo traté esquizofrenias de modo psicoterápico. Este método no se ha descubierto propiamente hoy. Pero transcurrió mucho tiempo hasta que se comenzó a dar entrada a la psicología en la psicoterapia.

Cuando estaba todavía en la clínica tenía que tratar a mis pacientes esquizofrénicos muy discretamente. Debía tener mucho cuidado si quería evitar el reproche de que eran fantasías mías. La esquizofrenia, o como entonces se la denominaba, la «demencia precoz», se tenía por incurable. Si se lograba tratar con éxito una esquizofrenia se decía simplemente que no había sido esquizofrenia.

Cuando Freud me visitó en Zurich en el año 1909 le hablé del caso de Babette. Después él me dijo: «Sabe usted, Jung, lo que usted ha encontrado en esta paciente es verdaderamente interesante. Pero ¿cómo pudo usted soportar el permanecer horas y días en esta odiosa sala de mujeres?». Debí quedar perplejo, pues esta idea no se me había ocurrido en absoluto. Para mí era en cierto sentido una vieja cosa agradable porque tenía bellas ideas fijas y decía cosas interesantes. Y, finalmente, en ella se destacaba la figura humana envuelta en nubes de absurdo grotesco. Con Babette no se hizo nada en el aspecto terapéutico, hacía demasiado tiempo que estaba enferma. Pero vi otros casos en los que este tipo de tratamiento tuvo efectos terapéuticos duraderos.

En los enfermos mentales sólo es visible exteriormente la trágica destrucción y sólo excepcionalmente la vida de aquel aspecto del alma se nos oculta. Con frecuencia, engañan las apariencias externas, tal como me asombró en el caso de aquella joven paciente catatónica. Tenía dieciocho años y procedía de una familia culta. A los quince años fue seducida por su hermano y abusaron de ella sus compañeros de escuela. A partir de los dieciséis años vivió aislada. Se ocultaba ante los hombres y acabó por identificarse en sus sentimientos con un mastín malo que pertenece a los demás, y con quienes intentaba reconciliarse. Se volvió cada vez más extraña y a los diecisiete años vino al frenopático, donde permaneció año y medio. Oía voces, rechazaba los alimentos y mudó la voz por completo (es decir, no habló más). Cuando la vi por vez primera se encontraba en un estado típicamente

catatónico.

En el transcurso de varias semanas logré paulatinamente hacerla hablar. Después de superar tenaz resistencia me contó que había vivido en la luna. Ésta estaba habitada, pero al principio sólo vio hombres. Éstos la habían llevado consigo a una morada «sublunar» donde se hallaban encerradas sus mujeres e hijos. Sobre las altas montañas de la luna habitaba un vampiro que raptaba y mataba a los niños y mujeres, por lo cual la población selenita estaba amenazada de exterminio. Tal era la razón de la existencia «sublunar» de la mitad femenina de la población.

Mi paciente decidió ahora hacer algo por la población de la luna y se propuso destruir al vampiro. Después de largos preparativos, esperó al vampiro sobre la azotea de una torre que se construyó con este fin. Al cabo de una serie de noches lo vio por fin aproximarse volando desde lejos, como un gran pájaro negro. Tomó su largo cuchillo para el sacrificio, lo ocultó entre sus ropas y esperó su llegada. Repentinamente apareció ante ella. Tenía varios pares de alas. Bajo éstas, su rostro y toda su figura quedaban ocultos, de modo que ella no podía ver más que sus plumas. Estaba extrañada y le picó la curiosidad por lo que decidió saber qué aspecto tenía. Se acercó a él sosteniendo el cuchillo en su mano. Entonces el pájaro abrió sus alas y ante ella apareció un hombre divinamente hermoso. La estrechó entre sus brazos alados con un garfio de hierro de modo que ella ya no podía servirse del cuchillo. Además, quedó tan hechizada por la mirada del vampiro que no hubiera sido ya capaz de acuchillarlo. La levantó del suelo y voló con ella.

Después de esta revelación pudo hablar sin impedimentos y volvieron a presentarse sus resistencias; y le había cerrado el camino de regreso a la luna, ya no podía marcharse de la tierra. Este mundo no es hermoso, en cambio la luna sí lo era y la vida allí estaba llena de atractivos. Algo más tarde tuvo una recaída en su catatonía. Deliró durante cierto tiempo.

Cuando al cabo de dos meses fue dada de alta, se podía volver a hablar con ella y progresivamente fue viendo que la vida sobre la tierra es algo inevitable. Pero desesperadamente se resistió a aceptar la inevitabilidad de la vida y sus consecuencias, y tuvo que ser internada nuevamente. Una vez la visité en su celda y le dije: «¡Todo esto no le servirá para nada, no puede ya regresar a la luna!». Me escuchó en silencio y completamente indiferente. Esta vez permaneció poco tiempo en el frenopático y aceptó resignadamente su destino.

Se colocó de enfermera en un sanatorio. Allí había un médico asistente que intentó acercarse a ella de modo poco atento, a lo cual ella respondió con un disparo de revólver. Por suerte sólo le ocasionó una leve herida. ¡Así pues se había procurado un revólver! Ya anteriormente había llevado consigo un revólver cargado que a última hora, al terminar el tratamiento, me entregó. Ante mi asombro, dijo: «¡Con él le hubiera matado a tiros si me hubiera usted faltado!».

Cuando se repuso de la excitación a causa del disparo regresó de nuevo a su país. Se casó, tuvo varios hijos y sobrevivió a dos guerras mundiales en el Este sin

experimentar ninguna recaída.

¿Qué decirse para explicar sus fantasías? A causa del incesto que sufrió de jovencita se sintió rebajada ante los ojos del mundo, pero en cambio en el reino de la fantasía se sentía ensalzada: se sintió trasladada, por así decirlo, a un reino mítico; pues el incesto es, según la tradición, una prerrogativa del rey y de los dioses. A través de ello, sin embargo, se produjo una total enajenación del mundo, el estado de psicosis. Se convirtió, por así decirlo, en extramundana y perdió el contacto con los hombres. Llegó a un distanciamiento cósmico, en la bóveda celeste, donde encontró al demonio alado. Transfirió esta figura en mí durante el tratamiento, siguiendo la regla. Por ello, automáticamente, estuve amenazado de muerte, como cualquiera que hubiera intentado convencerla de la existencia humana normal. A través de sus explicaciones, en cierto modo, había descubierto el demonio en mí y ligado de este modo a un hombre terrestre. Por ello pudo volver a la vida e incluso casarse.

Yo mismo, desde entonces, vi con otros ojos el sufrimiento de los enfermos mentales, pues sabía ahora también de los significativos acontecimientos de su vivencia interna.

Se me pregunta muchas veces sobre mi método psicoterapéutico o analítico. No puedo dar sobre esta cuestión una respuesta terminante. La terapéutica es en cada caso distinta. Si un médico me dice que «sigue» estrictamente tal o cual «método», dudo del efecto terapéutico. Se habla tanto en la literatura de la resistencia el paciente que casi parece como si se le quisiera obligar a tomar algo, mientras que lo curativo debería surgir de él de modo natural. La psicoterapia y los análisis son tan distintos como los mismos individuos. Yo trato a cada paciente lo más individualmente posible, pues la solución del problema es siempre personal. Las reglas válidas en general sólo se pueden formular *cum grano salis*. Una verdad psicológica es solamente válida cuando se puede cambiar. Una solución que a mí no se me ocurra puede ser para otro precisamente la correcta.

Naturalmente un médico debe conocer los denominados «métodos». Pero debe evitar el anquilosarse en lo rutinario. Las premisas teóricas sólo deben aplicarse con mucho cuidado. Hoy quizás son válidas, mañana pueden serlo otras. En mis análisis no juegan ningún papel. Intencionadamente no soy sistemático. Frente al individuo no hay para mí más que la comprensión individual. Para cada paciente se requiere un lenguaje distinto. Así pues, se me puede oír hablar en un análisis de adlerianismo y en otro de freudismo.

El punto decisivo es que yo, como hombre, me enfrente a otro hombre. El análisis es un diálogo en el cual participan dos interlocutores. Analista y paciente se sientan uno frente al otro, *vis-à-vis*. El médico tiene algo a decir, pero también el paciente.

Dado que en la psicoterapia no se trata de «aplicar un método», no basta únicamente con el estudio de la psiquiatría. Yo mismo hube de trabajar mucho hasta que poseí la necesaria madurez para la psicoterapia. Ya en 1909 comprendí que no podía tratar las psicosis latentes si no comprendía su simbolismo. Entonces comencé

a estudiar mitología.

Tratándose de pacientes cultos e inteligentes, el psiquiatra necesita algo más que un mero dominio de la especialidad. Debe comprender, libre de toda premisa teórica, qué es lo que realmente conmueve al paciente, de no ser así provoca resistencias inútiles. No se trata de confirmar una teoría, sino de que el paciente mismo debe ser concebido individualmente. Evidentemente esto no es posible sin una comparación con concepciones colectivas, de las cuales el médico debe tener conocimiento. Aquí no basta una simple formación médica puesto que el horizonte del alma humana abarca infinitamente más que la perspectiva de la sala de consulta médica. El alma[*] es mucho más complicada y más impenetrable que el cuerpo. Es, por así decirlo, la mitad del mundo que sólo existe en tanto se es consciente de ello. Es por ello que el alma no es sólo un problema personal sino del mundo, y el psiquiatra tiene que habérselas con todo un mundo.

Hoy puede verse como nunca se vio anteriormente: el peligro que a todos nos amenaza no proviene de la naturaleza sino del hombre, del alma de un individuo en particular y de muchos. ¡En el desequilibrio psíquico el hombre está en peligro! Todo depende de que nuestra psiquis funcione correctamente o no. ¡Si hoy ciertas gentes perdiesen la cabeza explotaría una bomba de hidrógeno!

El psicoterapeuta, sin embargo, no debe sólo comprender al paciente; es igualmente importante que se comprenda a sí mismo. Es por ello que la *conditio sine qua non* de la formación es el propio análisis, el denominado análisis teórico. La terapia del paciente comienza, por así decirlo, en el médico: sólo cuando él comprenda cómo tratarse a sí mismo y a sus propios problemas podrá familiarizarse con el paciente. Pero sólo entonces. En el análisis teórico debe aprender el médico a conocer su alma y a tomarse en serio. Si no puede lograr esto, tampoco lo aprenderá el paciente. Pero con ello pierde un fragmento de su alma, del mismo modo que el médico ha perdido el fragmento de su alma que no aprendió a conocer. Así pues, no basta con que el médico en los análisis teóricos adopte un sistema de conceptos. Como analista debe lograr que el análisis le afecte a sí mismo, que sea un fragmento de vida auténtica y no un método que se pueda aprender de memoria ¡en el sentido literal! El médico o terapeuta que no incluya esto en sus análisis teóricos tendrá más tarde que pagarlo caro.

Existe ciertamente también la denominada «pequeña psicoterapia», pero en el análisis propiamente dicho entra en liza todo el hombre, paciente y médico. Existen muchos casos que no se pueden curar sin renunciar a uno mismo.

Cuando se trata de cosas importantes resulta decisivo si el médico se concibe a sí mismo como una parte del drama o se encierra en su propia autoridad. En las grandes crisis de la vida, en los instantes supremos en que se trata de ser o no ser, no ayudan para nada los pequeños y sugestivos juegos de manos, aquí el médico ha de entregarse con todo su ser.

El terapeuta debe dar cuenta siempre de cómo reacciona él mismo a la

confrontación con el paciente. Y se reacciona no sólo con la consciencia, sino que hay que preguntarse siempre: ¿Cómo ve mi inconsciente la situación? Hay pues que intentar comprender los propios sueños, prestarles la mayor atención posible y observarse a sí mismo como al paciente, de lo contrario el tratamiento en ciertas circunstancias puede fracasar. Explicaré un ejemplo acerca de esto.

Tuve una vez una paciente, una mujer muy inteligente que, sin embargo por diversas razones, me pareció algo sospechosa. Primero el análisis fue bien, pero al cabo de un tiempo me pareció como si en la interpretación del sueño no acertase yo y creí observar también una cierta languidez en la conversación. Así pues decidí hablar de ello con la paciente, pues naturalmente a ella no se le había ocurrido que algo no funcionaba correctamente. La noche anterior a su próxima visita tuve el siguiente sueño:

Andaba por un camino vecinal a través de un valle entre resplandores crepusculares. A la derecha se alzaba una escarpada colina. En su cumbre había un castillo y en la torre más alta estaba sentada una mujer en una especie de balaustrada. Para poder verla bien tenía que doblar mucho la cabeza hacia atrás. Me desperté con dolores en la nuca. Ya en sueños había reconocido a mi paciente en la mujer.

El significado lo comprendí inmediatamente: que en mi sueño hubiera de mirar así hacia mi paciente quería decir que era probable que en realidad la hubiese mirado despectivamente. Los sueños son compensaciones de la actitud consciente. Le comuniqué el sueño y mi interpretación. Esto provocó un inmediato cambio en la situación y el tratamiento siguió adelante.

Como médico debo preguntarme siempre qué mensaje me aporta el paciente, ¿qué significa aquél para mí? Cuando no significa nada para mí, no tengo ningún punto de partida. Sólo en lo que el médico mismo es afectado, actúa él. «Sólo el herido cura». En cambio, en lo que el médico tiene una coraza personal no puede actuar. Yo tomo a mis pacientes en serio. Quizás esté yo justamente ante un problema, lo mismo que ellos. Con frecuencia ocurre que el paciente constituye el soporte adecuado para la débil posición del médico. De ello pueden surgir difíciles situaciones, hasta para el médico, o precisamente para él.

Cada terapeuta debería tener un control a través de una tercera persona, para obtener así otro punto de vista. Incluso el Papa tiene un padre confesor. Yo aconsejo siempre a los psicoanalistas: «¡Tened un “padre confesor” o una “madre confesora”!». Las mujeres están muy capacitadas para ello. Tienen en la mayoría de los casos una intuición excelente y una oportuna crítica, y pueden ver bien a los hombres, incluso bajo ciertas circunstancias sus intrigas anímicas en los naipes. Ven aspectos que el hombre no ve. ¡Es por ello que ninguna mujer está convencida de que su marido sea el superhombre!

Cuando alguien tiene una neurosis es comprensible que realice su análisis; pero si se es «normal» no existe ninguna obligación. Pero puedo asegurarles que tuve asombrosas experiencias con la denominada normalidad: Una vez topé con un

discípulo completamente «normal». Era médico y se me presentó con las mejores recomendaciones de un viejo colega. Fue ayudante suyo y se hizo cargo de su consulta. ¡Tenía éxitos normales, una consulta normal, una mujer normal, hijos normales, vivía en una pequeña casa normal de una pequeña ciudad normal, tenía ingresos normales y probablemente también una alimentación normal! Quería ser psicoanalista. Yo le dije:

«¿Sabe usted lo que significa esto? Esto significa que debe primero conocerse a sí mismo. El instrumento es usted mismo. Si usted no está bien, ¿cómo podrá ponerse bien el paciente? Si usted no está convencido, ¿cómo podrá convencerles? Usted mismo es la auténtica materia prima. Pero si no lo es, entonces ¡que Dios le ayude! En tal caso llevará a sus pacientes al error. Debe pues usted primeramente iniciar el análisis de sí mismo». El hombre estuvo de acuerdo, pero me dijo en seguida: «¡No tengo nada problemático que contarle!». Esto debía yo sospecharlo. Respondí: «Bueno, entonces podemos examinar sus sueños». Él contestó: «No tengo sueños». Le dije: «Pronto empezará usted a tenerlos». Otro hubiera probablemente soñado ya en la noche siguiente. Pero él no podía recordar ningún sueño. Así fue durante catorce días, y me pareció algo inquietante.

Finalmente se presentó un sueño muy significativo. Soñó que viajaba en tren. El tren paró dos horas en cierta ciudad. Puesto que el soñador no conocía este lugar y deseaba conocerlo se dirigió al centro de la ciudad. Allí encontró una casa medieval, probablemente el ayuntamiento, y entró en ella. Recorrió largos pasillos y entró en bellas salas de cuyas paredes colgaban antiguos cuadros y hermosos tapices. Valiosos objetos se veían por doquier. Repentinamente, vio que oscurecía y el sol se escondía. Pensó: ¡Debo volver a la estación! En este instante descubrió que se había perdido y no sabía ya dónde estaba la salida. Se asustó, y a la vez se dio cuenta de que en la casa no había visto a ningún hombre. Se sintió intranquilo y apresuró sus pasos con la esperanza de encontrar a alguien. Pero no halló a nadie. Entonces llegó a una gran puerta y pensó aliviado: ¡Aquí está la salida! Abrió la puerta y descubrió que había entrado en una enorme sala. Estaba tan oscura que ni siquiera podía distinguir la pared de la sala. Entonces vio —exactamente en el centro de la habitación— algo blanco en el suelo y, cuando se acercó, descubrió a un niño idiota de unos dos años. Estaba sentado en un orinal y se había embadurnado con heces. En este instante se despertó, dando un grito de pánico.

Esto me bastaba: ¡se trataba de una psicosis latente! Puedo decirles que yo sudaba cuando intenté librarle del sueño. Tuve que describir el sueño lo más tranquilamente posible. No me detuve en detalles.

Lo que el sueño expresaba es, aproximadamente, lo siguiente: el viaje con que empieza es el viaje a Zurich. Pero allí permanece sólo poco tiempo. El niño en el centro de la sala es una figura de sí mismo cuando tenía dos años. En los niños pequeños no son corrientes estos malos modales, pero es algo siempre posible. ¡Las heces atraen su interés por su color y olor! Cuando un niño se cría en la ciudad y

sobre todo en una familia severa, esto puede suceder fácilmente.

Pero aquel médico, el soñador, no era ningún niño, era un adulto. Y por ello la visión onírica en el centro de la sala constituía un símbolo nefasto. Cuando me explicó el sueño me di cuenta de que su normalidad no era más que una compensación. Le había atrapado en el último instante, pues por un pelo la psicosis hubiese brotado y puesto de manifiesto. Ello debía impedirse. Finalmente me fue posible, con ayuda de uno de sus sueños, hallar un plausible final. Los dos quedamos mutuamente agradecidos por este final. No le participé mi diagnóstico, pero él había notado que experimentaba un pánico fatal cuando un sueño le anunciaba que un peligroso enfermo mental le perseguía. Poco después regresó el soñador a su país natal. No le inquietó más el inconsciente. Su tendencia a la normalidad correspondía a una personalidad que no se hubiera desarrollado a través de la confrontación con el inconsciente, sino que se hubiera dispersado nada más. Estas psicosis latentes son las *bêtes nones* de los psicoterapeutas, pues con mucha frecuencia resultan difíciles de reconocer. En estos casos es especialmente importante comprender los sueños.

Con esto llegamos a la conclusión de los análisis realizados por los legos en la materia. Yo acepto que quienes no son médicos estudien psicoterapia y la ejerzan, pero en el caso de las psicosis latentes pueden fácilmente equivocarse. Por ello recomiendo que los legos en psiquiatría trabajen como psicoanalistas, pero bajo el control de un especialista en la materia. En cuanto se sientan inseguros en lo más mínimo deben consultarle. Incluso para los médicos es muy difícil, en la mayoría de los casos, reconocer una esquizofrenia latente y tratarla, y tanto más para los legos. Pero siempre he constatado que los legos que se han dedicado durante muchos años a la psicoterapia saben y pueden hacer algo. A esto se añade que no hay suficientes médicos para ejercer la psicoterapia. Esta profesión requiere una formación general muy larga y metódica que sólo poseen los menos.

La relación entre médico y paciente puede conducir en ocasiones a fenómenos de naturaleza parapsicológica, especialmente cuando se produce una transferencia del paciente o una identificación más o menos inconsciente entre médico y paciente. Yo he experimentado esto muchas veces. Me impresionó especialmente el caso de un paciente a quien libré de una depresión psicógena. Una vez curado regresó a casa y se casó, pero la mujer no me gustó. Cuando la vi por primera vez tuve una inquietante sensación. Observé que no me veía con buenos ojos a causa de mi influencia sobre su marido, que me estaba agradecido. Sucede con frecuencia que las mujeres que no quieren verdaderamente al marido son celosas y destruyen sus amistades. Quieren que les pertenezca por entero, porque precisamente ellas mismas no le pertenecen a él. El núcleo de todos los celos es una falta de amor.

La intromisión de la mujer significó para el paciente una carga inusitada para la cual no estaba preparado. Un año después de la boda, bajo esta carga, cayó nuevamente en una depresión. Yo había convenido con él —en previsión de esta posibilidad— que me llamase inmediatamente si notaba que se descorazonaba. Pero

se abstuvo de hacerlo no sin saberlo su mujer, quien dio poca importancia a su mal humor. No recibí noticias suyas.

Por aquel tiempo di en B. una conferencia. Hacia la medianoche llegué al hotel —después de la conferencia había ido a comer con un par de amigos— y me metí en la cama inmediatamente. Estuve sin embargo bastante rato despierto. Hacia las dos —debía estar ya dormido— me desperté con espanto y tuve el convencimiento de que alguien estaba en mi habitación; me parecía como si alguien hubiera abierto la puerta violentamente. Abrí la luz inmediatamente, pero allí no había nadie. Pensé que quizás alguien se había equivocado de puerta y miré en el pasillo, reinaba el silencio más absoluto. «Qué extraño —pensé—, alguien ha entrado en la habitación». Entonces intenté recordar lo pasado y me di cuenta de que me había despertado por un sordo dolor, como si algo me hubiera dado contra la frente y me hubiera golpeado en la parte posterior del cráneo. Al día siguiente recibí un telegrama, en que se me comunicaba que aquel paciente se había suicidado. Más tarde supe que se había disparado un tiro y que la bala se introdujo en la parte posterior del cráneo.

En este suceso se trató de un auténtico fenómeno de sincronismo[*], como no es raro observar en relación con una situación arquetípica —en este caso la muerte—. Mediante la relativización del tiempo y del espacio en el inconsciente es posible que hubiera percibido algo que en la realidad sucedía en otro lugar completamente distinto. El inconsciente colectivo es común a todos, constituye el fundamento de lo que en la antigüedad se definió como «simpatía de todas las cosas». En este caso mi inconsciente supo la situación de mi paciente. Ya la tarde anterior me sentí extrañamente inquieto y nervioso, contrariamente a mi modo de ser habitual.

No intento nunca que mis pacientes se conviertan. Para mí todo consiste en que el paciente se forme su propio criterio. Un pagano es para mí un pagano, un cristiano un cristiano, un judío un judío, cuando ello corresponde a su destino.

Recuerdo muy bien el caso de una judía que había perdido la fe. Comenzó con un sueño que tuve en el que se me presentaba una muchacha desconocida. Me expuso su caso y mientras hablaba pensé: no comprendo nada de lo que ella me dice. ¡No comprendo de qué se trata! Pero de repente comprendí que ella tenía un extraño complejo paterno. Tal fue el sueño.

Al día siguiente en mi agenda constaba: consulta, a las cuatro. Apareció una muchacha. Una judía, hija de un rico banquero, bonita, elegante y muy inteligente. Se había sometido ya a un análisis, pero el médico se sintió atraído por ella y le rogó finalmente que no le visitara más, de lo contrario peligraba su matrimonio.

La muchacha padecía desde hacía tiempo una grave neurosis de angustia que después de esta experiencia, naturalmente, se agravó. Comencé la anamnesia, pero no logré descubrir nada especial. Era una judía adaptada al occidente, profundamente instruida. Al principio no logré entender su caso. De repente recordé mi sueño y pensé: ¡Dios mío, es la misma persona! Pero puesto que no podía comprobar en ella ninguna huella de complejo de padre le pregunté, como acostumbro a hacer en tales

casos, por su abuelo. Entonces vi cómo cerró los ojos por un instante y supe inmediatamente: ¡Ahí está! Le rogué, pues, que me hablara de su abuelo y me enteré de que era un rabino que perteneció a una secta judía. Pregunté nuevamente: «Si era un rabino, ¿era quizás un *zaddiquim*?». «Sí, se dice que fue una especie de santo y que poseía el don de la segunda visión. ¡Pero todo esto no son más que estupideces! Tal cosa no existe».

Con ello concluí la anamnesia y comprendí la historia de su neurosis, que le expliqué: «Ahora voy a decirle algo que quizás usted no pueda aceptar. Su abuelo fue un *zaddiquim*. Su padre renegó de la fe judaica. Traicionó el secreto y olvidó a Dios. Y usted tiene esta neurosis porque siente temor de Dios». ¡Quedó como fulminada por el rayo!

La noche siguiente tuve otro sueño. En mi casa se daba una fiesta y he aquí que la muchacha estaba también presente. Vino hacia mí y me preguntó: «¿Tiene usted un paraguas? ¡Llueve tanto!». Encontré efectivamente un paraguas, lo hice girar para abrirlo y quise dárselo. ¿Pero qué sucedió en lugar de esto? Se lo entregué de rodillas como si fuera una divinidad.

Le expliqué el sueño y a los ocho días la neurosis había desaparecido.[3] El sueño me había mostrado que ella no era una persona superficial, sino que tras ella se ocultaba una santa. Pero ella no tenía una imaginación mitológica y por ello lo esencial no encontraba en ella expresión alguna. Todas sus intenciones giraban en torno a coqueteos, vestidos y «sexualidad» porque no conocía nada más que esto. No conocía sino el intelecto y su vida era un absurdo. En realidad era una criatura de Dios que debía cumplir sus secretos designios. Tuve que despertar en ella ideas mitológicas y religiosas, pues pertenecía al tipo de personas a las que se exige una dedicación a las cosas del espíritu. ¡Gracias a ello su vida adquirió sentido y perdió todo rastro de neurosis!

En este caso no empleé ningún «método», sino que vi la presencia del Numen. Se lo expliqué a la paciente y ello determinó la curación. Aquí no existió método alguno; aquí imperó el temor de Dios.

He visto con mucha frecuencia que los hombres se vuelven neuróticos cuando se conforman con respuestas insatisfactorias o falsas a las cuestiones de la vida. Buscan una buena situación, matrimonio, reputación y éxitos externos y dinero, y permanecen desgraciados y neuróticos, incluso cuando han conseguido lo que buscaban. Tales hombres se sumen las más de las veces en una excesiva estrechez espiritual. Su vida no tiene contenido satisfactorio alguno, ningún sentido. Cuando pueden desarrollar una más amplia personalidad, deja de existir la neurosis en la mayoría de los casos. Es por ello que para mí, desde un principio, fueron de suma importancia las ideas de desarrollo.

La mayor parte de mis pacientes no consistían en personas creyentes, sino en aquellos que habían perdido su fe. A mí vinieron las «ovejas perdidas». El hombre creyente tiene también hoy la posibilidad de vivir los símbolos en la Iglesia. Piénsese

en la vivencia de la misa, del bautismo, en la imitación de Cristo y tantas otras cosas. Pero una tal vida y vivencia del símbolo presupone la participación viva de la fe y ello falta con mucha frecuencia al hombre actual. En los hombres neuróticos falta las más de las veces. En tales extremos estamos obligados a observar si el inconsciente no ofrece espontáneamente símbolos que suplan esta carencia. Entonces queda siempre en pie la cuestión de si un hombre, que tiene los sueños o visiones adecuadas, es *capaz* de comprender su sentido y aceptar las consecuencias.

Yo he descrito un caso de este tipo en *Über die Archetypen des kollektiven Unbewussten*[4] (*Arquetipos de lo inconsciente colectivo*). Un teólogo tenía un sueño que se repetía con frecuencia. Soñaba que estaba en una pendiente desde la que se divisaba un bello panorama en un profundo valle con frondosos bosques. Sabía que hasta entonces siempre algo le había impedido ir allí. Pero esta vez quería realizar sus planes. Al acercarse al lago se sintió intranquilo y repentinamente sopló una ligera ráfaga de viento sobre la superficie del agua, que se encrespó. Se despertó con un grito de terror.

El sueño parece de momento incomprensible; pero como teólogo hubiera debido recordar el «estanque» cuyas aguas son removidas por un viento repentino y en la que se sumerge a los enfermos —el estanque de Bethesda—. Un ángel desciende y toca el agua que por ello adquiere facultad curativa. El viento suave es el Espíritu Santo que sopla donde quiere. Y ello causa al soñador angustia infernal. Se manifiesta una invisible presencia, un numen que vive por sí mismo y por el cual se origina una tormenta sobre los hombres. La posibilidad del lago de Bethesda el soñador sólo la admitió de mala gana. No quiso admitirla, pues tales cosas se discuten sólo en la Biblia y a lo sumo los domingos por la mañana durante el sermón. No tienen nada que ver con la psicología. Del Espíritu Santo se habla sólo en ocasiones festivas, pero no, de ningún modo, es un fenómeno de la experiencia.

Yo sé que el teólogo debía superar su miedo y, por así decirlo, vencer su pánico. Pero no insisto nunca cuando alguien no está dispuesto a seguir su propio camino y a asumir su propia responsabilidad. No estoy dispuesto a concluir fácilmente que se trata «únicamente» de resistencias normales. Las resistencias —concretamente cuando son obstinadas— merecen consideración, porque con frecuencia significan advertencias que no se deben pasar por alto. Lo curativo puede ser un veneno que no todos aceptan, o una operación que causa la muerte si resulta contraindicado.

Cuando se trata de la vivencia interna, de lo más personal, resulta para la mayoría de hombres poco tranquilizante y muchos huyen de ello. Así también este teólogo. Sé perfectamente que los teólogos se encuentran en una situación más difícil que los demás. Por una parte están más próximos a lo religioso, pero por otra parte se encuentran más estrechamente vinculados por la Iglesia y el dogma. El riesgo de la vivencia interna, la aventura espiritual, es desconocida por la mayoría de hombres. La posibilidad de que puede ser una realidad psíquica es anatema. ¿Debe basarse en algo «sobrenatural» o por lo menos «histórico», pero psíquico? Ante esta pregunta surge a

menudo un menosprecio del alma tan repentino como profundo.

En la psicoterapia actual se exige con frecuencia que el médico o el psicoterapeuta «coopere», por así decirlo, con el paciente y sus afectos. Yo considero que esto no es siempre correcto. A veces es necesario también una intervención activa por parte del médico.

Una vez me visitó una dama, perteneciente a la alta nobleza, que acostumbraba a abofetear a todos sus empleados, inclusive a sus médicos. Padecía una neurosis impulsiva y había estado en una clínica sometida a tratamiento. Naturalmente, no tardó en propinar al médico jefe el obligado bofetón. A sus ojos no era más que un buen *valet de chambre*. Éste la envió a otro médico con el que de nuevo pasó lo mismo. Puesto que la dama no estaba propiamente loca, aunque había que tratarla con pies de plomo, se vio en un apuro y me la envió a mí.

Era una personalidad imponente, de 1,82 de altura. ¡Realmente podía pegar, se lo aseguro a ustedes! Se presentó y conversamos agradablemente. Luego llegó el momento en que hube de decirle algo desagradable. Con rabia, se levantó de un salto y me amenazó con pegarme. Yo me había levantado también de un salto y le dije: «Bueno, usted es la dama, pegue primero —*Ladies first*!—. Pero luego pegaré yo», y ésa era también mi intención. Se dejó caer en una silla y dijo: «Esto no me lo había dicho nadie todavía». Pero a partir de este instante la terapéutica surtió efecto.

Lo que esta paciente necesitaba era la reacción masculina. En este caso hubiera sido completamente erróneo «cooperar». Ello no la hubiera ayudado en absoluto. Tenía una neurosis impulsiva porque moralmente no podía dominarse a sí misma. Tales gentes son dominadas por la naturaleza, precisamente mediante los síntomas impulsivos.

Hace años que terminé una estadística sobre los resultados de mis tratamientos. No recuerdo con exactitud las cifras, pero en conjunto una tercera parte de los casos se curaron realmente, otra tercera parte mejoraron y el tercio restante no variaron en lo esencial. Pero precisamente los casos en que no hubo mejoría son difíciles de juzgar, porque muchas veces el efecto se produce al cabo de años. Con mucha frecuencia me ha pasado que mis antiguos pacientes me escriben: «Sólo al cabo de diez años de haber sido asistida por usted he podido comprender de lo que se trataba».

He tenido muy pocos casos que quedaran fuera de mi alcance, muy raramente tuve que renunciar a un paciente. Pero incluso entre éstos hubo algunos que me informaron posteriormente de éxitos positivos. Es por ello que un juicio sobre el éxito es difícil de emitir.

Un médico es evidente que en sus actividades trata con hombres que también para él tienen importancia. Encuentra personalidades que, para su felicidad o desgracia, nunca despiertan el interés público y pese a ello o precisamente a causa de ello poseen una gran talla o han experimentado evoluciones o catástrofes sin par. A veces son seres excepcionalmente dotados que a otros llevaría a sacrificar su propia vida

con un entusiasmo inagotable, pero que en ellos se encuentra enraizada en una disposición tan excepcionalmente desfavorable, que no se sabe si se trata de un genio o de un desarrollo fragmentario. No raramente afloran bajo circunstancias inimaginables riquezas del alma que nunca se hubiera sospechado hallar en niveles sociales tan bajos. El informe necesario para el efecto psicoterápico no permite al médico sustraerse a la profunda impresión de altura y profundidad del paciente. El informe consiste en continuas comparaciones y equiparaciones, en la exposición dialéctica de los hechos psíquicos entre sí confrontados. Si estas impresiones no surten efecto, por cualquier razón, en uno o en otro, el proceso terapéutico resulta ineficaz y no se logra ningún cambio. Si uno no se convierte para el otro en problema, no se halla respuesta alguna.

Entre los pacientes de nuestros días denominados neuróticos existen no pocos que en épocas más antiguas no se hubieran vuelto neuróticos, es decir, en desacuerdo consigo mismos. Si hubieran vivido en una época y en un ambiente en el que el hombre estaba vinculado a través del mito con el mundo del misterio, y por éste con la naturaleza viva y no meramente contemplada desde fuera, se hubieran ahorrado la desavenencia consigo mismos. Se trata de hombres que no soportan la pérdida del mito y no hallan el camino a un mundo meramente externo, es decir, a la concepción de las ciencias, de la naturaleza, ni puede satisfacerles el fantástico juego de palabras intelectual que no tiene que ver lo más mínimo con la sabiduría.

Estas víctimas del desdoblamiento anímico de nuestra época son meros «neuróticos facultativos», cuya aparente anormalidad desaparece en el momento en que se cierra el abismo entre el yo y el inconsciente. Quien ha experimentado profundamente en sí mismo este desdoblamiento es más capaz de lograr una mejor comprensión para estos procesos anímicos inconscientes e impedir aquel típico peligro de desorbitación que amenaza al psicólogo. Al que no conoce por propia experiencia la influencia nefasta de los arquetipos[*] le será difícil sustraerse de tal influencia negativa cuando la confronte en la práctica con su experiencia. Sobrevalorará o subestimará todo esto, porque posee sólo una noción intelectual, pero no una norma empírica. Aquí comienzan —no sólo para el médico— los peligrosos extravíos, el primero de los cuales es el intento de usurpación intelectual. Tiene por objetivo secreto sustraerse a la influencia arquetípica y en beneficio de la auténtica experiencia de un mundo conceptual aparentemente asegurado de modo artificial, pero meramente bidimensional, que aspira a ocultar la realidad de la vida con las llamadas ideas claras. La desviación hacia lo abstracto despoja a la experiencia de su sustancia y le presta el mero nombre, que a partir de entonces suplanta a la realidad. Nadie está obligado a un concepto y tal es precisamente la conveniencia buscada que promete protección frente a la experiencia. Pero el espíritu no vive de los conceptos, sino de los hechos. Las meras palabras no sirven para nada, lo único que se logra es repetir este proceso hasta el infinito. A los pacientes más difíciles y desagradecidos pertenecen, según mi experiencia, junto a los habituales mentirosos, los denominados

intelectuales, pues en ello una mano ignora lo que hace la otra. Cultivan una psicología *à compartiments*. Con un intelecto no controlado por sentimiento alguno, todo se puede solucionar y, sin embargo, se tiene una neurosis.

Del encuentro con mis pacientes y del análisis del fenómeno anímico que me presentaba una inagotable sucesión de imágenes he aprendido mucho no de la mera ciencia sino principalmente de la comprensión de la propia esencia, y no poco gracias a los errores y fracasos. He tenido particularmente pacientes femeninas que con frecuencia colaboraron con mucha escrupulosidad, inteligencia y comprensión. Cooperaban decididamente a que yo pudiera hallar nuevos caminos en la terapéutica.

Algunos analizados se han convertido, en el sentido propio de la palabra, en mis discípulos, que han dado origen a mis ideas. Entre ellos hallé hombres cuya amistad se ha mantenido durante décadas.

Mis pacientes y analizados me han situado tan cerca de la realidad de la vida humana que yo no hubiera podido encontrar nada más esencial en mis experiencias. El encuentro con hombres de los tipos más dispares y del más diverso nivel psicológico fue para mí de una importancia mucho mayor que una conversación fragmentaria con una eminencia. Las conversaciones de mi vida más bellas y ricas en consecuencias son anónimas.

SIGMUND FREUD[1]



LA AVENTURA DE MI EVOLUCIÓN ESPIRITUAL comenzó al hacerme psiquiatra. De modo insospechado comencé a observar, desde fuera, pacientes clínicamente anormales. En ello me encontré con procesos psíquicos de naturaleza extraña que yo registraba y clasificaba, sin la menor comprensión por su significado, y que parecía bastar con calificarlos de «patológicos». En el transcurso del tiempo, mi interés se concentró cada vez más en aquellos enfermos en quienes veía yo algo comprensible, es decir en los casos de paranoia, en las demencias maníacodepresivas y en los desequilibrios psicógenos. Desde el principio de mi carrera psiquiátrica despertaron en mí profundo interés los estudios de Breuer y Freud, además de los trabajos de Pierre Janet. Especialmente las aportaciones de Freud a un método de análisis de los sueños y su interpretación me resultaron valiosos para la comprensión de las manifestaciones esquizofrénicas. Ya en 1900 leí la obra de Freud *Traumdeutung*[2] (*Interpretación de los sueños*). Dejé el libro a un lado porque no lo comprendía aún. A los veinticinco años carecía de experiencia para poder comprobar las teorías de Freud. Sólo fue más tarde cuando pude hacerlo. En 1903 volví a leerlo y descubrí la relación con mis propias ideas. Lo que me interesó principalmente en esta obra fue la aplicación al campo del sueño del concepto «mecanismo de represión», procedente de la psicología de la neurosis. Esto era importante para mí, porque en mis experimentos de asociación de palabras con frecuencia surgían represiones: a ciertas palabras sugerentes, los pacientes no sabían dar una respuesta asociativa, o se tomaban un tiempo considerablemente largo para reaccionar. Como se comprobó posteriormente, se presentaba este trastorno cada vez que la palabra sugerente afectaba a un dolor o conflicto anímico. Pero ello era en la mayoría de los casos desconocido por el paciente, y a mi pregunta acerca de la causa del trastorno respondían de modo extraño y rebuscado. La lectura de la *Interpretación de los sueños* de Freud me mostró que aquí actuaba el mecanismo de la represión y que los hechos observados por mí coincidían con su teoría. No podía más que constatar sus conclusiones.

Algo distinto sucedió en relación con el tema de la represión. En este aspecto no podía dar la razón a Freud. Él veía como causa de la represión el trauma sexual y ello no me bastaba. En mi consulta conocí numerosos casos de neurosis en los cuales la sexualidad desempeñaba un papel meramente secundario, mientras que había otros factores en primer plano, por ejemplo, el problema de la adaptación social, de la opresión por circunstancias de la vida, las pretensiones de prestigio, etc. Posteriormente le presenté a Freud tales casos, pero él no admitía otros factores que

no fueran la sexualidad. Esto me pareció muy poco satisfactorio.

En principio no me resultó fácil asignar a Freud el lugar adecuado en mi vida o situarme correctamente respecto a él. Cuando conocí su obra, tenía yo todavía ante mí toda una larga carrera y estaba en vías de acabar un trabajo que debía llevarme hacia adelante en la universidad. Pero Freud, en el mundo académico de aquella época, era persona no grata, y el estar en relaciones con él era perjudicial a cualquier celebridad científica. La «gente importante» le mencionaba, todo lo más, a escondidas y en los congresos se le discutía sólo en los pasillos, nunca en las sesiones. Así pues, no me resultó agradable tener que constatar la coincidencia de mis ensayos de asociación con las teorías de Freud.

En cierta ocasión me hallaba en mi laboratorio preocupado por esta cuestión cuando el demonio me sugirió que tenía derecho a publicar los resultados de mis experimentos y mis conclusiones, sin mencionar a Freud. Realmente había elaborado mis ensayos mucho antes de comprenderlo. Pero entonces oí la voz de mi segunda personalidad: «Si tú haces como si no conocieras a Freud, ello constituye una falsedad. No se puede situar la vida sobre una mentira». Con ello el caso estuvo solucionado. Desde entonces me declaré públicamente a favor de Freud y combatí por él.

Rompí la primera lanza por él con motivo de un Congreso en Munich en que se trataba de neurosis forzosas, pero su nombre fue deliberadamente silenciado. En 1906 escribí en relación con ello un artículo para la *Münchner Medizinische Wochenschrift* (Semanario médico de Munich) en que citaba la teoría de las neurosis de Freud, que tanto había contribuido a la comprensión de las neurosis forzosas.[3] Sobre este artículo me escribieron cartas de advertencia dos profesores alemanes: si continuaba al lado de Freud y persistía en defenderle, mi futuro académico estaba en peligro. Yo respondí: «Si lo que dice Freud es la verdad, entonces persisto en mi postura. Renuncio a una carrera cuya premisa consiste en suprimir la investigación y silenciar la verdad». Y continué manifestándome a favor de Freud y sus ideas. Sólo que a causa de mis propias experiencias no podía aceptar el que todas las neurosis estuvieran motivadas por la represión sexual o traumas de carácter sexual. Para ciertos casos esto era exacto, pero para otros, no. En todo caso, Freud había abierto nuevos caminos a la investigación y la indignación de entonces contra él me pareció absurda.[4]

No hallé mucha comprensión para las ideas expresadas en *Die Psychologie der Dementia praecox*, y mis colegas se burlaron de mí. Pero por este trabajo me encontré con Freud. Me invitó a visitarle y en febrero de 1907 tuvo lugar nuestro primer encuentro en Viena. Nos encontramos a la una del mediodía y hablamos durante trece horas ininterrumpidamente, por así decirlo. Freud era el primer hombre realmente importante que yo conocía. Ningún otro hombre de los que entonces conocía podía equipararsele. En su actitud no había nada de trivial. Le encontré extraordinariamente inteligente, penetrante e interesante en todos los aspectos. Y pese

a ello mis primeras impresiones sobre él fueron poco claras y en parte incomprendidas.

Lo que me decía acerca de su teoría sexual me impresionó. Sin embargo sus palabras no lograron disipar mis dudas y reflexiones. Se las planteé más de una vez, pero siempre me objetaba mi falta de experiencia. Freud llevaba razón: entonces no poseía yo la experiencia suficiente para fundamentar mis argumentos. Vi que su teoría sexual era extraordinariamente importante para él, tanto en el sentido personal como filosófico. Ello me impresionó, pero no podía explicarme exactamente hasta qué punto esta valoración positiva dependía en él de premisas subjetivas y hasta qué punto de experiencias concluyentes.

En especial, la posición de Freud respecto al espíritu me pareció muy cuestionable. Siempre que en un hombre o en una obra de arte se manifestaba el lenguaje de la espiritualidad, le parecía sospechoso y dejaba entrever una «sexualidad reprimida». Lo que no podía explicarse directamente como sexualidad, lo caracterizaba como «psicosexualidad». Yo objetaba que su hipótesis, llevada a sus lógicas conclusiones, conducía a un juicio demoledor sobre la cultura. La cultura aparecía como una mera farsa, como fruto morboso de la sexualidad reprimida. «Ciertamente —concedía él—, así es. Ello es una maldición del destino contra la cual nada podemos». Yo no estaba dispuesto en absoluto a darle la razón. Sin embargo, no me sentía maduro todavía para entablar una polémica.

Hay todavía algo en este primer encuentro que me resultó significativo. Concierne a cosas que, sin embargo, sólo logré comprender y meditar después del fin de nuestra amistad. Era evidente que la teoría sexual de Freud resultaba singularmente sugestiva. Cuando Freud hablaba de ello, su voz se hacía imperiosa, angustiosa casi, y ya no se notaba nada de su actitud crítica y escéptica. Una expresión extrañamente agitada, una causa que no lograba yo aclarar, animaba su rostro. Me impresionó profundamente que la sexualidad significara para él un *numinosum*[*]. Mi impresión quedó confirmada por una conversación que tuvo lugar unos tres años después (1910), nuevamente en Viena.

Recuerdo todavía muy vivamente cómo me dijo Freud:

«Mi querido Jung, prométame que nunca desechará la teoría sexual. Es lo más importante de todo. Vea usted, debemos hacer de ello un dogma, un bastión inexpugnable». Me dijo esto apasionadamente y en un tono como si un padre dijera: «Y prométeme, mi querido hijo, ¡que todos los domingos irás a misa!». Algo extrañado le pregunté: «Un bastión ¿contra qué?». A lo que respondió: «Contra la negra avalancha», aquí vaciló un instante y añadió: «del ocultismo». En primer lugar fueron el «dogma» y el «bastión» lo que me asustó; pues un dogma, es decir, un credo indiscutible, se postula sólo allí donde se quiere reprimir una duda de una vez para siempre. Pero esto ya no tiene nada que ver con una opinión científica, sino sólo con un afán de poder personal.

Esto constituyó un rudo golpe para nuestra amistad. Yo sabía que nunca podría

aceptar esto. Lo que Freud parecía entender por «ocultismo» era, más o menos, todo lo que la filosofía y la religión, incluyendo la parapsicología, que por entonces estaba de moda, tenían que decir sobre el alma. Para mí la teoría sexual era igualmente «oculta», es decir, indemostrable, pura hipótesis posible, como muchas otras concepciones especulativas. Una verdad científica era para mí una hipótesis satisfactoria por el momento, pero no un artículo de fe para todos los tiempos.

Sin poder entonces comprender esto correctamente, había observado en Freud una secuela de factores religiosos inconscientes. Manifiestamente quería alistarme para una defensa común contra amenazadores signos inconscientes.

La huella que me dejó esta conversación contribuyó a mi confusión; pues hasta entonces no había atribuido a la sexualidad el alcance de una cuestión indecisa a la que se debe prestar fidelidad porque pudiera perderse. Para Freud la sexualidad significaba, por lo visto, más que para los demás. Era para él una *res religiosa observanda*. Bajo la influencia de tales ideas y cuestiones se incurre, por regla general, en la desconfianza y la reserva. Así, nuestras conversaciones terminaron pronto, tras algunos balbucientes intentos por mi parte.

Yo estaba profundamente impresionado, confuso y desconcertado. Tenía la sensación de haber lanzado una ojeada a un país nuevo y desconocido, de donde me llegaban volando bandadas de nuevas ideas. Una cosa estaba clara para mí: Freud, que siempre hacía hincapié en su irreligiosidad, se había construido un dogma, mejor dicho, en lugar del Dios celoso que había perdido, había puesto una imagen forzosa, concretamente a la sexualidad; una imagen que no era menos apremiante, exigente, despótica, amenazadora y ambivalente moralmente. Del mismo modo que al más fuerte psíquicamente y por lo tanto, terrible, corresponden los atributos de «divino» o «diabólico», la «libido sexual» había adoptado en él el papel de un *deus absconditus*, de un Dios oculto. La ventaja de esta mutación consistía para Freud en que el nuevo principio numinoso le parecía irreprochable científicamente y libre de todo lastre religioso. Pero en el fondo subsiste la numinosidad como propiedad psicológica de los principios antagónicos inconmensurables racionalmente: Jehová y sexualidad. Sólo había variado la denominación y con ello ciertamente también el punto de vista: no era en lo alto donde había que buscar lo perdido, sino abajo. Pero ¿qué le importa, al fin y al cabo, al más fuerte, si se le define de éste o de otro modo? Si no existiera psicología alguna sino sólo objetos concretos, se habría en efecto destruido a uno, para colocar a otro en su lugar. En la realidad, es decir, en el campo de la experiencia psicológica, no ha desaparecido empero nada en absoluto de la urgencia, angustia, coacción, etc. Como antes, se plantea la cuestión de cómo aparece o desaparece el miedo, el remordimiento, la culpa, la coacción, la inconsistencia y la impulsividad. Si no proviene del lado diáfano, idealista, entonces quizá lo haga del oscuro, del biológico.

Como llamas momentáneamente oscilantes pasaron por mi cabeza estos pensamientos. Mucho más tarde, cuando medité sobre el carácter de Freud, se me

hicieron importantes y revelaron su significado. Un rasgo de su carácter me preocupaba en especial: la amargura de Freud. Ya me llamó la atención en nuestro primer encuentro. Durante mucho tiempo no logré comprenderlo hasta que pude relacionarlo con su actitud respecto a la sexualidad. Para Freud la sexualidad significaba ciertamente un numinoso, pero en su teoría se expresa exclusivamente como función biológica. Sólo la inquietud con que hablaba de ello permitía deducir que en él resonaba más profundamente. En última instancia quería enseñar —así por lo menos me lo pareció a mí— que, vista desde dentro, la sexualidad implicaba también espiritualidad o tenía sentido. Su terminología concreta era, sin embargo, demasiado limitada para poder expresar esta idea. Así pues, me daba la impresión de que trabajaba contra su propio objetivo y contra sí mismo; y no existe amargura peor que la de un hombre convertido en el más encarnizado enemigo de sí mismo. Según su propia expresión, se sentía amenazado por la «negra avalancha», él, que había propuesto principalmente vaciar las oscuras profundidades.

Freud no se preguntó nunca por qué debía hablar constantemente sobre el sexo, por qué este pensamiento le poseía. Nunca tendría consciencia de que en la «monotonía del significado» se expresaba la huida de sí mismo, o de aquella otra parte suya que quizás pudiera definirse como «mística». Sin reconocer esta parte no podía sentirse acorde consigo mismo. Era ciego frente a la paradoja y la ambigüedad de los significados del inconsciente, y no sabía que todo cuanto emerge del inconsciente posee algo superior e inferior, algo interno y externo. Cuando se habla de lo externo —y esto hizo Freud— se considera sólo la mitad de ello y, consiguientemente, surge en el inconsciente una fuerza antagónica.

Contra esta parcialidad de Freud no había nada que hacer. Quizás una íntima experiencia personal le hubiera podido abrir los ojos; pero a lo mejor su mente lo hubiera reducido también a «mera sexualidad» o «psicosexualidad». Fue prisionero de un punto de vista y justamente por ello veo en él una figura trágica, pues era un gran hombre.

Después de aquella segunda conversación en Viena comprendí también la hipótesis del poder, de Alfred Adler, pues hasta entonces no le había prestado suficiente atención: Adler había aprendido del «padre», como muchos hijos, no lo que éste *dijo* sino lo que *hizo*. Entonces el problema del amor —o eros— y del poder me pareció un lastre del espíritu tal como él mismo me dijo. Freud nunca había leído a Nietzsche. Ahora veía yo su psicología como un ardid de la historia del espíritu que compensaba la deificación por Nietzsche del principio del poder. El problema no se planteaba manifiestamente «Freud *versus* Adler», sino «Freud *versus* Nietzsche». Me pareció significar mucho más que una mera querella familiar en la psicopatología. Comencé a darme cuenta de que eros e impulso de poder eran como hermanos desavenidos e hijos de *un mismo* padre, una fuerza espiritual constructiva, la cual —como carga eléctrica positiva y negativa— se manifiesta en la experiencia de forma antagónica: una como un *patiens*, el eros, y la otra como un *agens*, el impulso de

poder, y viceversa. El eros recurre al impulso de poder tanto como éste al primero. ¿Dónde puede hallarse un impulso sin el otro? El hombre está sometido, por una parte, al impulso, por otra parte intenta dominarlo. Freud muestra cómo el objeto sucumbe al impulso y Adler cómo el hombre se sirve de éste para dominar el impulso. Nietzsche, entregado y supeditado a su destino, tuvo que crearse un «superhombre». Freud, así concluí yo, quedó tan impresionado por el poder del eros que quiso elevarlo a un numen religioso, incluso a dogma —*aere perennius*—. No es ningún secreto que *Zaratustra* es el heraldo de un evangelio, y Freud compite incluso con la Iglesia en su intención de canonizar los principios. No hizo esto de un modo demasiado ostensible, pero sí, sin embargo, con la intención, sospechosa para mí, de querer pasar por profeta. Levanta la trágica reivindicación y la destruye a la vez. Así sucede casi siempre con las numinosidades, y esto es lógico, pues en cierto aspecto son verdaderas y en otro, inciertas. La vivencia luminosa se eleva y se hunde a la vez. Si Freud hubiera observado mejor la verdad psicológica de que la sexualidad es numinosa —es un Dios y un Diablo— no se hubiera quedado atascado en la estrechez de un concepto biológico. Y Nietzsche, con su entusiasmo, no se hubiera situado al margen del mundo, si hubiera dado más importancia a los fundamentos de la existencia humana.

Siempre que el alma, en virtud de una experiencia numinosa, es sometida a una brusca oscilación, existe el peligro de que los hilos, de los cuales cuelga, se rompan. De este modo, un hombre cae en un absoluto «sí» y otro en un «no», igualmente absoluto. «Nirvana» (libre de los Dos) dice el Oriente. No lo he olvidado. El péndulo espiritual oscila siempre entre la sensatez y el absurdo y entre lo verdadero y lo falso. El peligro del numinoso estriba en que conduce a los extremos, y que una verdad humilde se toma por *la* verdad y un pequeño error es tenido por un fatal extravío. *Tout passe*; lo que ayer era verdad, es hoy desilusión y lo que anteayer pasaba por conclusión falsa, puede ser mañana un descubrimiento, y naturalmente mucho más en cuestiones psicológicas acerca de las cuales en realidad sabemos todavía muy poco. No nos hemos dado cuenta siempre de lo que significa que no exista nada en absoluto, si una consciencia pequeña —¡oh, tan efímera!— no ha observado algo de ello.

La conversación con Freud me mostró que él temía que la luz numinosa de su teoría sexual pudiera extinguirse por la «negra avalancha». De ello surgió una situación mitológica: *la lucha entre luz y tinieblas*. Esto explica la numinosidad de esta cuestión y el recurrir inmediatamente a un refugio religioso, a un dogma. En mi próximo libro, que se ocupa de la psicología de la lucha heroica[5], describo el trasfondo mítico de la extraña actitud de Freud.

La interpretación sexual por una parte y las ansias de poder del «dogma» por otra me condujeron, en el transcurso de los años, al problema tipológico, así como a la polaridad y energética del alma. A ello siguió la investigación, durante varios decenios, de la «negra avalancha del ocultismo»; intenté comprender las premisas

históricas conscientes e inconscientes de nuestra psicología actual.

Me interesaba oír las opiniones de Freud sobre la precognición y sobre parapsicología en general. Cuando le visité en 1909 en Viena le pregunté qué pensaba acerca de ello. De acuerdo con su prejuicio materialista, rechazó radicalmente la cuestión como algo absurdo, basándose en un positivismo tan superficial, que me fue difícil no responderle con acritud. Transcurrieron todavía algunos años hasta que Freud reconoció la importancia de la parapsicología y la autenticidad de los fenómenos «ocultos».

Mientras Freud exponía sus argumentos, yo sentí una extraordinaria sensación. Me pareció como si mi diafragma fuera de hierro y se pusiera incandescente —una cavidad diafragmática incandescente—. Y en este instante sonó un crujido tal en la biblioteca, que se hallaba inmediatamente junto a nosotros, que los dos nos asustamos. Creímos que el armario caía sobre nosotros. Tan fuerte fue el crujido. Le dije a Freud: «Esto ha sido un fenómeno de exteriorización de los denominados catalíticos».

«¡Bah —dijo él—, esto sí que es un absurdo!».

«Pues no», le respondí, «se equivoca usted, señor profesor. Y para probar que llevo razón le predigo ahora que volverá inmediatamente a oírse otro crujido». Y, efectivamente: ¡apenas había pronunciado estas palabras se oyó el mismo crujido en la biblioteca!

No sé aún hoy por qué tenía tal certeza. Pero sabía con toda exactitud que el crujido iba a repetirse. Freud me miró horrorizado. No sé qué pensaba o qué miraba. En todo caso, este hecho despertó su desconfianza hacia mí y yo tuve la sensación de haberle hecho algo. Nunca más volví a hablarle de esto.[6]

El año 1909 fue un año decisivo en nuestras relaciones. Fui invitado a la Clark University (Worcester, Mass.) para dar unas conferencias sobre el ensayo de asociación. Independientemente de mí, Freud recibió también una invitación y decidimos viajar juntos.[7] Nos encontramos en Bremen, nos acompañaba Ferenczi. En Bremen sucedió el incidente tan discutido del desmayo de Freud. Fue provocado —indirectamente— por mi interés por las «momias del pantano». Yo sabía que en ciertas regiones del norte de Alemania se habían hallado los llamados cadáveres de los pantanos. Son en parte cadáveres de hombres prehistóricos que se ahogaron en los pantanos o fueron enterrados allí. El agua del pantano contiene ácidos húmicos que atacan a los huesos, a la vez que curten la piel de tal modo que ésta, al igual que los cabellos, quedan perfectamente conservados. De este modo se realiza un proceso natural de momificación en el que, sin embargo, por la acción del peso del fango los cadáveres han quedado aplanados por completo. Se les encuentra ocasionalmente en las tumberas de Holstein, Dinamarca y Suecia.

Estas momias de los pantanos, sobre las cuales había yo leído algo, me vinieron a la memoria cuando estábamos en Bremen, pero estaba algo «confundido» y ¡los había tomado por las momias de las cámaras de plomo de Bremen! Mi interés irritó a

Freud. «Pues ¿qué le pasa a usted con estos cadáveres?», me preguntó varias veces. Se disgustó mucho y durante una conversación sobre ello en la mesa sufrió un mareo. Después me dijo que estaba convencido de que esta charla sobre cadáveres significaba que yo le deseaba la muerte. Quedé más asombrado por esta opinión suya. Quedé asustado y ciertamente por el poder de sus fantasías que podían llegar a ocasionarle un desmayo.

De modo parecido, Freud padeció un desmayo en otra ocasión en mi presencia. Fue durante el Congreso psicoanalítico en Munich en 1912. Alguien guió la conversación hacia Amenofis IV. Se recalcó que su actitud hostil respecto a su padre le llevó a destruir las inscripciones en las estelas funerarias y que detrás de su gran intuición de una religión monoteísta se ocultaba su complejo de padre. Esto me irritó e intenté explicar que Amenofis fue un hombre genial y profundamente religioso, cuyos hechos no pueden explicarse por antagonismos personales contra su padre. Por el contrario, honró la memoria de su padre y su celo destructor se orientó exclusivamente contra el nombre del dios Amón, que hizo suprimir en todas partes, y naturalmente quitó también de las inscripciones funerarias de su padre la palabra «Amónhotep». Además, también otros faraones hicieron sustituir en los monumentos y en las estatuas los nombres de sus antepasados, divinos o auténticos, por el suyo propio, dado que se sentían, con justo título, encarnaciones del mismo Dios. Pero no habían instaurado ni una nueva religión ni un nuevo estilo.

En este instante Freud cayó desmayado de la silla. Todos le rodearon azorados. Entonces le tomé en brazos y le llevé a la habitación contigua donde le deposité en un sofá. Ya mientras le llevaba en brazos comenzó a volver en sí y la mirada que me dirigió no la olvidaré nunca. En su impotencia me miró como si yo fuera su padre. Lo que contribuyó a provocar este desmayo —la atmósfera estaba muy tensa— fue, igual que en el caso anterior, la fantasía sobre el asesinato del padre.

Con anterioridad, Freud había formulado ante mí repetidas alusiones a que me consideraba su sucesor. Estas predicciones me resultaban penosas, pues yo sabía que no sería capaz de patrocinar correctamente sus opiniones, es decir, con el significado que él les daba. Además, tampoco había logrado exponer mis objeciones de tal modo que él pudiera aceptarlas, y sentía demasiado respeto por él para poder exigir una explicación definitiva. La idea de que debía encargarme de la dirección de un grupo me resultaba desagradable por muchos motivos. No me interesaba una cosa así. No podía sacrificar mi independencia espiritual y este aumento de prestigio me resultaba incómodo porque no significaba otra cosa que un abandono de mis verdaderos fines. Para mí se trataba de la investigación de la verdad y no de una cuestión de prestigio personal.

Nuestro viaje a los Estados Unidos, que emprendimos en 1909 en Bremen, duró siete semanas. Estuvimos juntos todos los días y analizábamos nuestros sueños. Tuve entonces sueños importantes, con los que Freud no supo qué hacer. No le hice por ello censura alguna, pues al mejor analista le puede suceder que no pueda descifrar el

acertijo de un sueño. Era un fallo humano y nunca me hubiera inclinado a interrumpir nuestros análisis y nuestra relación me resultaba sobremanera valiosa. Consideraba a Freud una personalidad de más edad, más madura y de mayor experiencia, y a mí como a un hijo. Sin embargo, sucedió algo que supuso un duro golpe a nuestras relaciones.

Freud tuvo un sueño cuyo contenido no estoy autorizado a exponer. Lo interpreté lo mejor que supe, pero añadí que se podían deducir muchas más cosas si quería comunicarme algunos detalles de su vida privada. A estas palabras, Freud me miró extrañado —su mirada estaba llena de desconfianza— y dijo: «El caso es que no puedo arriesgar mi autoridad». En este instante la perdió. Esta frase se me grabó en la memoria. En ella estaba escrito el final de nuestra relación. Freud colocaba la autoridad personal por encima de la verdad.

Freud no pudo, tal como he dicho, interpretar mis sueños de entonces más que parcialmente o incluso en absoluto. Se trataba de sueños de significado colectivo con gran cantidad de material simbólico. Especialmente uno de ellos fue importante para mí, pues me sugirió por vez primera el concepto de «inconsciente colectivo» y constituyó una especie de introducción a mi libro *Wandlungen und Symbole der Libido*.

Tal fue el sueño: Me encontraba en una casa desconocida para mí que tenía dos plantas. Era «mi casa». Yo me hallaba en la planta superior. Allí había una especie de sala de estar donde se veían bellos muebles antiguos de estilo rococó. De la pared colgaban valiosos cuadros antiguos. Yo me admiraba de que tal casa pudiera ser la mía y pensé: ¡no está mal! Pero entonces caí en que todavía no sabía qué aspecto tenía la planta inferior. Descendí las escaleras y entré en la parte baja. Allí todo era mucho más antiguo y vi que esta parte de la casa pertenecía aproximadamente al siglo XV o XVI. El mobiliario era propio de la Edad Media y el pavimento era de ladrillos rojos. Todo estaba algo oscuro. Yo iba de una habitación a otra y pensaba: ¡Ahora debo explorar toda la casa! Llegué a una pesada puerta, que abrí. Tras ella descubrí una escalera de piedra que conducía al sótano. Bajé y me hallé en una bella y abovedada sala muy antigua. Inspeccioné las paredes y descubrí que entre las piedras del muro había capas de ladrillos; la argamasa contenía trozos de ladrillos. Ahora mi interés subió de punto. Observé también el pavimento, que constaba de baldosas. En una de ellas descubrí un anillo. Al tirar de él se levantó la losa y nuevamente hallé una escalera. Era de peldaños de piedra muy estrechos que conducían hacia el fondo. Bajé y llegué a una pequeña gruta. En el suelo había mucho polvo, y huesos y vasijas rotas, como restos de una cultura primitiva. Descubrí dos cráneos humanos semidestruidos y al parecer muy antiguos. Entonces me desperté.

Lo que le interesó particularmente a Freud fueron los dos cráneos. Una y otra vez volvió a hablar de ellos y me insinuó que intentara hallar un *deseo* en relación con ellos. ¿Qué pensaba yo sobre los cráneos? ¿Y de quién procedían? Naturalmente, yo sabía exactamente por dónde iba: que aquí se ocultaban deseos de muerte. Pero ¿qué

quiere exactamente?, pensaba yo para mis adentros. ¿A quién debo desearle la muerte? Me opuse tenazmente a tal interpretación e incluso llegué a vislumbrar qué significaba realmente este sueño. Pero entonces no confiaba realmente en mis opiniones y quería oír la suya. Quería aprender de él. Así pues, me dejé llevar por sus intenciones y dije: «Mi mujer y mi cuñada» —¡pues tenía que nombrar a alguien a quien valiese la pena desearle la muerte!

Entonces hacía poco que estaba casado y sabía con exactitud que nada en mí indicaba tales deseos. Pero no podía someter a Freud mis propias opiniones sobre la interpretación del sueño sin encontrar incomprensión y una tenaz oposición. No me sentía preparado para esto y temía también perder su amistad si persistía en mi punto de vista. Por otra parte, quería saber qué se desprendería de mi respuesta y cómo reaccionaría él, si le llevaba por un camino erróneo, pero sin salirse de su doctrina. Así, pues, le expliqué una mentira.

Era plenamente consciente de que mi proceder no era moralmente irreprochable. Pero no me hubiera sido posible permitirle que se enterase de mi ideología. El abismo entre ésta y la suya era demasiado grande. De hecho, Freud pareció aliviado por mi respuesta. Me di cuenta de que se hallaba indefenso frente a tales sueños y se refugiaba en su doctrina. Pero a mí me interesaba hallar el verdadero sentido del sueño.

Me resultaba evidente que la casa representaba un tipo de psiquis, es decir, mi estado de conciencia de entonces con sus complementos hasta entonces ignorados. La consciencia estaba representada por la sala de estar. En el ambiente se notaba que estaba habitada, pese al estilo antiguo.

En la planta baja comenzaba ya el inconsciente. Cuanto más descendía yo, tanto más extraño y oscuro se volvía. En la gruta hallé restos de una cultura primitiva, es decir, el mundo de los hombres primitivos en mí, que apenas puede ser ya alcanzado o iluminado por la consciencia. El alma primitiva del hombre linda con la vida del alma animal, como también las cuevas prehistóricas fueron habitadas las más de las veces por animales, antes de que los hombres se las apropiaran.

Me resultó entonces especialmente consciente cuán profundamente sentía yo la diferencia entre la actitud espiritual de Freud y la mía. Me había educado en la atmósfera intensamente histórica de Basilea a fines del siglo pasado y había adquirido, gracias a la lectura de los filósofos antiguos, una cierta información sobre la historia de la psicología. Cuando meditaba sobre los sueños y el significado del inconsciente no lo hacía sin establecer una comparación histórica; en mi época universitaria me había servido siempre del viejo diccionario de filosofía de Krug. Conocía especialmente los autores del siglo XVIII, así como los de principios del siglo XIX. Este mundo constituía la atmósfera de mi cuarto de estar en el primer piso. Frente a esto tuve la impresión como si la *Historia del Espíritu* de Freud se enraizase en Büchner, Moleschott, Dubois-Rey-mond y Darwin.

A mi estado de conciencia ya reseñado, el sueño añadía ahora más estratos de

consciencia: la planta baja, desde hacía tiempo deshabitada y de estilo medieval, después el sótano romano y finalmente la gruta prehistórica. Representaban tiempos pasados y estratos de consciencia superados.

Muchas cuestiones me habían preocupado vivamente la víspera del sueño: ¿sobre qué premisas se apoya la psicología de Freud? ¿A qué categoría del pensamiento humano pertenece? ¿En qué relación se encuentra su casi exclusivo personalismo con respecto a las premisas generales históricas? Mi sueño dio la respuesta. En él se retrocedía hasta los fundamentos de la historia de la cultura, de una historia de estados de consciencia sucesivos. Representaba algo así como un diagrama estructural del alma humana, una premisa de naturaleza completamente *impersonal*. Esta idea dio en el blanco: *it clicked*, como dicen los ingleses; y el sueño se convirtió para mí en una imagen directriz que en los próximos años se confirmaría de un modo desconocido por mí. Me dio el primer presentimiento de una psiquis colectiva *a priori* de la personal que al principio interpreté como huellas de las primitivas funciones. Sólo más tarde, al acrecentar mi experiencia y más profundos mis conocimientos, reconocí en las funciones las formas instintivas, los arquetipos.

No pude nunca darle la razón a Freud de que el sueño es una «fachada» tras la cual se oculta su sentido; un sentido que es ya consciente, pero que está implícito en la consciencia, por así decirlo, de modo maligno. Para mí los sueños son naturaleza a la cual no es inherente ninguna tentativa de engaño, sino que expresa algo, lo mejor que puede —como una planta que crece, o un animal que busca su alimento—. Así también los ojos no quieren engañar, pero quizás nos engañamos porque los ojos son miopes. O bien oímos mal, porque los oídos son algo sordos, pero no porque ellos quieran engañarnos. Mucho antes de que conociera a Freud había considerado lo inconsciente, así como a los sueños, su expresión inmediata, como un proceso natural en el cual no cabe nada arbitrario ni intención engañosa alguna. No veía motivos para suponer que los estados de consciencia se extiendan también a los procesos naturales del inconsciente. Por el contrario, la experiencia cotidiana me enseñaba cuán tenazmente se oponía el inconsciente a las tendencias de la consciencia.

El sueño de la casa produjo en mí un efecto especial: despertó mi antigua afición por la arqueología. Al regresar a Zurich abrí un libro sobre excavaciones babilónicas y leí diversas obras sobre los mitos. Entre ellos cayó en mis manos el *Symbolik und Mythologie der alten Völker* (*Simbolismo y mitología de los pueblos antiguos*), de Friedrich Creuzer[8], ¡y qué apasionante! Leía como obsesionado y me abrí paso con apasionado interés por entre montañas de cuestiones mitológicas y finalmente también de cuestiones gnósticas. Terminé en una confusión total. Me encontré en una situación de parecida desorientación como otrora en la clínica, cuando intentaba comprender el significado del estado mental psicopático. Me sentí como en un manicomio imaginario y comencé a analizar y «tratar» todos los centauros, ninfas, dioses y diosas, como si fueran mis pacientes. En este trabajo no pude menos que descubrir fácilmente la próxima relación de la mitología antigua con la psicología de

los primitivos, lo cual me exigió un posterior estudio intensivo. Los intereses paralelos de Freud en este aspecto me causaron algún malestar, pues creí reconocer en él un predominio de su teoría frente a los hechos.

Durante este estudio hallé el trabajo de una joven americana desconocida para mí, Miss Miller. Este trabajo ha sido publicado por mi admirado amigo de la familia Théodore Flournoy en los *Archives de Psychologie* (Ginebra).[9] Enseguida quedé impresionado por el carácter mitológico de las fantasías. Produjeron en mí el efecto de un catalizador para las ideas estancadas en mí y todavía desordenadas. Progresivamente surgió de ellas, y de mis conocimientos sobre los mitos, el libro *Wandlungen und Symbole der Libido*. Mientras trabajaba en él tuve sueños significativos que acusaban la ruptura de relaciones con Freud. Uno de los más impresionantes tenía lugar en una región montañosa en las cercanías de la frontera suizo-austríaca. Era por la tarde y vi un anciano con el uniforme de funcionario de aduanas austríaco. Pasó ante mí algo encorvado, sin reparar en mí. La expresión de su cara era huraña, algo melancólica y enojada. Había otros hombres y alguien me informó de que el anciano no era real, sino el espíritu de un funcionario de las aduanas, muerto hacía años. «Éste es uno de los que no podían morir», se decía.

Ésta es la primera parte del sueño.

Cuando empecé a analizarlo, la aduana me pareció idéntica a la «censura»; la frontera me recordaba la existente entre la conciencia y el inconsciente, por una parte, y por otra, aquélla entre las opiniones de Freud y las mías. La inspección —minuciosa— en la frontera me pareció representar el psicoanálisis. Con ello se descubren premisas ignoradas. Él anciano aduanero había presenciado en su profesión tan pocas cosas satisfactorias y alentadoras que su concepción del mundo le prestaba una expresión amarga. No podía prescindir de las analogías con Freud.

Precisamente entonces (1911) Freud había perdido en cierto sentido su autoridad para mí. Pero significaba ahora como antes una descollante personalidad en la que yo proyectaba a mi padre y esta proyección en la época en que tuvo lugar el sueño perduraba todavía. Cuando ocurre una proyección de este tipo, no se es objetivo, sino que se tiene un criterio dividido. Por una parte se está sometido y por otra parte existen resistencias. En la época en que tuvo lugar el sueño yo valoraba todavía muy alto a Freud; pero, por otra parte, adoptaba yo una actitud crítica ante él. Ésta actitud dividida denotaba que yo, en tal situación, era todavía inconsciente y no la había reflejado. Ésto es característico de todas las proyecciones. Él sueño me ayudó a adquirir claridad.

Bajo la influencia de la personalidad de Freud me había privado en lo posible de mi propio juicio y reprimido mi sentido crítico. Esto constituía la condición previa bajo la que podía colaborar. Me decía a mí mismo: «Freud es mucho más experimentado y más hábil que tú. Ahora escucha simplemente lo que él dice y aprende de él». Y entonces, para mi asombro, soñé que él era un funcionario amargado de la monarquía austríaca, le soñé muerto, pero como inspector de aduanas

aún «en activo». ¿Significaba esto el deseo de muerte que Freud mencionaba? Yo no podía hallar a nadie en mí que normalmente hubiese podido abrigar tal deseo, pues quería, por así decirlo, *à tout prix*, colaborar y participar de la riqueza de sus experiencias de un modo resueltamente egoísta, y para ello resultaba muy apreciable su amistad. Así pues, no tenía motivo alguno para desearle la muerte. Ciertamente el sueño podía ser una corrección, una compensación de mi estima y admiración conscientes que —inoportunamente para mí— iban por lo visto demasiado lejos. El sueño traslucía una postura algo crítica. Estaba sorprendido, aunque la conclusión del sueño parecía incluir un presagio de inmortalidad.

El sueño no terminó con el episodio del aduanero, sino que, tras un hiato, siguió una segunda parte muy significativa. Me hallaba en una ciudad italiana y era mediodía, entre las doce y la una. Un ardiente sol calcinaba los callejones. La ciudad estaba construida sobre una colina y me recordaba un lugar determinado de Basilea, el Kohlenberg. Las callejuelas, que desde allí conducían al Birsigtal, que cruza la ciudad, estaban formadas en parte por escaleras. Unas escaleras de este tipo descendían a la Barfüsserplatz. Era Basilea y, sin embargo, era una ciudad italiana, algo así como Bérgamo. Era verano y el radiante sol se hallaba en su cénit, todo se encontraba inundado de intensa luz. Mucha gente transitaba ante mí y yo sabía que los comercios estaban cerrados y la gente se dirigía a casa a comer. Entre esta marea humana iba un caballero con toda su indumentaria. Subió las escaleras y pasó ante mí. Llevaba un yelmo con aberturas para los ojos y un traje de mallas. Encima llevaba una túnica blanca en la que estaba bordada, por delante y por detrás, una gran cruz roja.

Pueden ustedes imaginarse qué impresión me causó ver de pronto en una ciudad moderna al mediodía, *en* el momento de máximo tráfico, acercárseme un cruzado. Particularmente me extrañó el que ninguna de las muchas personas que transitaban parecía reparar en él. Nadie se volvía hacia él, ni le miraba, me parecía como si fuera por completo invisible para los demás. Yo me preguntaba qué significaba este fenómeno y fue como si alguien me respondiera —pero allí no había nadie que tal dijese—: «Esto es un fenómeno corriente. Siempre, entre doce y una, pasa por aquí el caballero y esto desde hace mucho tiempo (tenía la impresión que desde hacía siglos) y todo el mundo lo sabe».

El sueño me impresionó profundamente, pero entonces no supe comprenderlo en absoluto. Estaba impresionado y confuso y no hallaba explicación alguna.

El caballero y el aduanero eran figuras entre sí opuestas. El aduanero era sombrío, como alguien que «todavía no podrá morir» —un fenómeno que se va extinguiendo —. El caballero, por el contrario, estaba lleno de vida y era totalmente real. La segunda parte del sueño era en gran medida luminosa, la escena en la frontera, trivial, y en sí no impresionante, y sólo me impresionó después de meditar sobre ellas.

Hice muchas interpretaciones sobre la enigmática figura del caballero sin llegar a captar por completo su significado. Sólo mucho más tarde, tras haber meditado

mucho tiempo sobre el sueño, pude comprender en cierto modo su sentido. Ya en el sueño sabía que el caballero pertenecía al siglo XII. Es la época en que comenzó la alquimia y la cuestión del Santo Grial. Las historias del Grial desempeñaron para mí, desde muy joven, un importante papel. Cuando tenía quince años leí por vez primera acerca de esta cuestión y ello constituyó un acontecimiento inolvidable, una impresión que no me abandonó nunca. Sospechaba que allí se ocultaba todavía un misterio. Así pues, me pareció totalmente natural que el sueño evocara de nuevo el mundo de los caballeros del Grial y su sacrificio, pues ello era, en su sentido más íntimo, mi mundo, que apenas tenía nada que ver con el de Freud. Todo en mí buscaba lo todavía desconocido, lo que podía otorgar un sentido a la banalidad de la vida.

Me causaba profunda desilusión el que, pese a todos los esfuerzos de la ciencia, aparentemente no pudiera descubrirse en las profundidades del alma nada más que lo «genéricamente humano» sobradamente conocido. Crecí en el campo entre campesinos y lo que no pude aprender en el establo lo aprendí en las agudezas de Rabelais y en las ingeniosas fantasías del folklore de nuestros campesinos. Incestos y perversidades no eran para mí novedades especiales ni requerían una explicación especial. Pertenecían, con la criminalidad, al negro poso que me hacía perder el gusto por la vida, mientras que no hacía más que ponerme ante los ojos, con demasiada claridad, la fealdad y la insensatez de la existencia humana. Era para mí algo evidente que las berzas crecieran sobre el estiércol. Tuve que admitir que no podía descubrir en ello ninguna idea interesante. Son siempre las gentes de ciudad quienes nada saben de la naturaleza y del establo humano, pensaba yo, los que hace tiempo que están hartos de estos infortunios.

Naturalmente, los hombres que nada saben de la naturaleza son neuróticos, pues no se adaptan a la realidad. Son demasiado ingenuos, como niños, y se les debe explicar, por así decirlo, que son hombres como los demás. Es verdad que con ello los neuróticos no están todavía curados y sólo pueden conseguir recuperar la salud si se desprenden del cieno de cada día. Pero sólo se encuentran a gusto en su situación de represión, y ¿cómo podrían librarse de ella, si el psicoanálisis no les revela algo mejor y distinto, si incluso la teoría los aprisiona y sólo les deja como posibilidad de solución la decisión «razonable» o «racional» de renunciar definitivamente a sus chiquilladas? Pero esto es precisamente lo que, por lo visto, no pueden hacer. ¿Y cómo podrían hacerlo si no se les descubre algo en que poder apoyarse? No se puede rechazar ninguna forma de vida sin sustituirla por otra. Un modo de vivir totalmente razonable es en la práctica generalmente imposible, máxime cuando, en principio, se es un neurótico.

Ahora comprendía por qué me resultaba del mayor interés la psicología personal de Freud. Debía saber a toda costa cómo surgió su «solución razonable». Ello era para mí una cuestión vital por cuya respuesta estaba yo dispuesto a sacrificar mucho. Ahora lo veía claro. Él mismo tenía una neurosis y concretamente fácil de

diagnosticar por sus síntomas bastante desagradables, como descubrí en nuestro viaje a América. Me descubrió entonces que todo el mundo es algo neurótico y que, por lo tanto, hay que ser tolerante. Pero no me sentía dispuesto a quedar satisfecho con esto, sino que quería saber mucho más, es decir, cómo se puede evitar una neurosis. Había visto que ni Freud ni sus discípulos podían comprender qué significaba el psicoanálisis en la teoría y en la práctica, puesto que ni siquiera el maestro había logrado resolver su propia neurosis. Cuando anunció su intención de identificar y dogmatizar la teoría y el método, ya no pude cooperar más con él, y no me quedó más opción que retrotraerme a mí.

Cuando llegué en mi trabajo sobre *Wandlungen und Symbole der Libido* al final del capítulo sobre el sacrificio sabía de antemano que ello me costaría la amistad con Freud. Tenía que exponer allí mi propia noción del incesto, la transformación decisiva del concepto de la libido, además de otras ideas por las que me diferenciaba de Freud. Para mí el incesto significaba sólo en muy raros casos una complicación personal. En la mayoría de casos representaba algo de naturaleza altamente religiosa, razón por la cual desempeña en casi todas las cosmogonías y en numerosos mitos un papel decisivo. Pero Freud persistía en la interpretación textual y no podía captar el significado espiritual del incesto como símbolo. Yo sabía que él nunca podría aceptar esto.

Hablé con mi mujer y le comuniqué mis temores. Ella intentó tranquilizarme, pues opinaba que Freud aceptaría generosamente mis opiniones, aunque para sí no pudiese admitirlas. Yo estaba convencido de que no era capaz de ello. Estuve dos largos meses sin tocar la pluma y preocupado por esta cuestión: ¿debo silenciar lo que pienso o debo arriesgar mi amistad? Finalmente me decidí a escribir y me costó la amistad con Freud.

Después de la ruptura con Freud todos mis amigos y conocidos se separaron de mí. Mi libro fue declarado un mamotreto. Riklin y Maeder fueron los únicos que me apoyaron. Pero yo había previsto ya este ostracismo y no me había hecho ilusiones sobre la reacción de los que se llamaban mis amigos. Era un punto en el que había meditado mucho. Sabía que me jugaba el todo por el todo y que debía responder de mis propias convicciones. Vi que mi capítulo «El sacrificio» significaba mi sacrificio. Con esta idea pude volver a escribir a pesar de que preveía que nadie comprendería mi opinión.

Mirando hacia atrás puedo decir que he sido el único en seguir ocupándose debidamente de los dos problemas que más interesaron a Freud: el de los «restos arcaicos» y el de la sexualidad. Es un error muy frecuente pretender que no he sabido ver el valor de la sexualidad. Por el contrario, desempeña un importante papel en mi psicología, concretamente como expresión esencial —aunque no única— de la integridad psíquica. Fue también mi objetivo principal investigar y explicar su significado personal y su aspecto espiritual más allá de la función biológica y su sentido numinoso: es decir, expresar lo que fascinó a Freud, pero que no pudo

comprender. Las obras *Die Psychologie der Übertragung* (*Psicología de la transferencia*) y *Mysterium Coniunctionis* contienen mis ideas sobre este tema. Como manifestación de un espíritu etónico, la sexualidad es de la mayor importancia. Pues aquel espíritu es «la otra cara de Dios», la parte oscura de la imagen de Dios[*]. Las cuestiones del espíritu etónico me preocuparon desde que penetré en el mundo ideológico de la alquimia. En el fondo, este interés se me despertó en aquella primera conversación con Freud al comprobar la profunda emoción que sentía él por la sexualidad, sin que pudiera yo explicármelo.

El mérito de Freud consistió en que tomó en serio a sus pacientes neuróticos y penetró en su propia e individual psicología. Tuvo el valor de dejar hablar a la casuística y de este modo adentrarse en la psicología individual del enfermo. Veía, por así decirlo, con los ojos del enfermo y consiguió de este modo adquirir una comprensión de la enfermedad más profunda de lo que hasta entonces fue posible. En este aspecto tuvo imparcialidad y valentía. Esto le llevó a superar multitud de prejuicios, a destronar falsos dioses, a poner en evidencia un montón de hipocresías y falsedades y denunciar despiadadamente a la luz del día la corrupción del alma contemporánea. No temió tener que soportar la impopularidad de tan audaz empresa. El impulso que ha dado a nuestra cultura consiste en haber descubierto un acceso al inconsciente.

Al reconocer el sueño como la más importante fuente de información sobre los fenómenos del inconsciente arrebató al pasado y al olvido un valor que parecía irremisiblemente perdido. Demostró empíricamente la existencia de una psiquis inconsciente que anteriormente sólo existía como postulado filosófico, concretamente en la filosofía de Carl Gustav Carus y Eduard von Hartmann.

Se puede decir que la actual consciencia cultural, en su expresión filosófica, no ha aceptado todavía la idea del inconsciente y sus consecuencias, a pesar de que se la confronta con él desde hace más de medio siglo. La idea fundamental y básica de que nuestra existencia psíquica tiene dos polos continúa siendo una tarea del futuro.

EL ANÁLISIS DEL INCONSCIENTE



DESPUÉS DE SEPARARME DE FREUD comenzó para mí una época de inseguridad interior, de desorientación incluso. Me sentía enteramente en el aire, pues no había hallado todavía mi propio puesto. Principalmente me interesaba hallar una nueva actitud frente a mis pacientes. Así pues, me decidí a esperar, por vez primera incondicionalmente, lo que me explicaran de sí mismos. Me adaptaba, pues, a lo que la casualidad me brindaba. Pronto se vio que informaban espontáneamente sobre sus sueños y fantasías, y yo planteaba sólo un par de preguntas: «¿Qué le parece a usted esto?» o «¿Cómo entiende usted esto?», «¿De dónde proviene esto?». De las respuestas y asociaciones se desprendían los significados por sí solos. Dejé a un lado los puntos de vista técnicos y sólo resultaba de utilidad para el paciente el comprender las imágenes que él mismo proporcionaba.

Ya al cabo de poco tiempo comprendí que era correcto aceptar los sueños *tel quel* como fundamento para su interpretación, pues éste es su fin. Constituyen hechos de los que hemos de partir. Naturalmente, de mi «método» se deducía una gran cantidad de aspectos. Cada vez resultaba más necesario adoptar un criterio, casi diría: la necesidad de una orientación previa e inicial.

Entonces tuve un momento de extraordinaria lucidez, en el cual abarqué con la mirada el camino seguido hasta allí.

Pensé: ahora posees la clave de la mitología y tienes posibilidad de abrir entonces todas las puertas que dan a la psiquis humana inconsciente. Pero entonces alguien susurró en mí: «¿Por qué abrir todas las puertas?». Surgió entonces la cuestión de qué era lo que yo había logrado hasta entonces. Había explicado los mitos de los pueblos primitivos, había escrito un libro sobre los héroes, sobre el mito en el que desde siempre vive el hombre. «¿Pero en qué mito vive el hombre de hoy?». «En el mito cristiano, podría decirse». «¿Vives *tú* en él?», me preguntaba. Si debo ser sincero, no. No es el mito en el que yo vivo. «¿Entonces ya no tenemos mito?». «No, al parecer ya no tenemos mito». «¿Pero cuál es, pues, tu mito, el mito en que tú vives?». Entonces me sentí a disgusto y dejé de pensar. Había llegado al límite.

En 1912, durante las fiestas navideñas, tuve un sueño. Me encontraba en una bella logia italiana con columnas, pavimento de mármol y una balaustrada también en mármol. Allí estaba yo sentado en una silla dorada de estilo Renacimiento y ante mí se hallaba una mesa de exquisita belleza. Era de piedra verde, como de esmeralda. Yo estaba sentado y miraba hacia la lejanía, pues la logia se hallaba en lo alto de la torre de un castillo. Mis hijos se encontraban también junto a la mesa.

De repente se acercó un pájaro blanco, una pequeña gaviota o una paloma.

Delicadamente se posó sobre la mesa y yo hice señas a mis hijos para que guardaran silencio y no asustaran al bello pájaro blanco. De pronto la paloma se transformó en una muchachita de cabellos dorados y de unos ocho años. Salió corriendo con los niños y jugaron juntos en el soberbio claustro del castillo.

Yo quedé absorto en mis pensamientos, meditando sobre lo que acababa de presenciar. Entonces volvió la chiquilla y con su brazo me rodeó cariñosamente el cuello. De repente desapareció, volvió a estar allí la paloma y habló lentamente con voz humana: «Sólo en las primeras horas de la noche puedo adquirir forma humana, mientras la paloma está ocupada con los doce muertos». En este momento escapó volando y surcó los aires. Yo me desperté.

Lo único que podía decir acerca del sueño era que mostraba una extraordinaria vivificación del inconsciente. Pero no conocía ninguna técnica para poder examinar a fondo el proceso interno. ¿Qué relación puede tener una paloma con doce muertos? Respecto de la mesa esmeralda me acordé de la historia de la *tabula smaragdina* de la leyenda de Hermes Trimegisto. Él había legado una mesa en la que estaba grabada en lengua griega la esencia de la sabiduría alquímica. Pensé también en los doce apóstoles, en los doce meses del año, en los signos del zodíaco. Pero no hallé solución al enigma. Finalmente tuve que rendirme. No me quedaba otro recurso que esperar vivir más y prestar atención a mis fantasías. Entonces se repitió una fantasía terrible: allí había algo muerto que todavía vivía. Por ejemplo, se llevaban cadáveres a hornos crematorios y entonces se observaba que todavía vivían. Estas fantasías se agudizaron y se confundieron en un sueño:

Estaba en un lugar que me recordaba los Alyscamps junto a Arles. Allí se encuentra una avenida de sarcófagos que se remontan hasta la época de los merovingios. En el sueño salía yo de la ciudad y veía ante mí una avenida parecida, con una larga hilera de tumbas. Se trataba de pedestales cubiertos de losas, sobre los cuales estaban los muertos de cuerpo presente. Yacían vistiendo antiguos sepulcrales los caballeros en sus armaduras, pero con la diferencia de que los muertos de mi sueño no estaban esculpidos en piedra, sino momificados de un modo extraño.

Me detuve ante la primera tumba y observé al muerto. Era un hombre de los años treinta del siglo XIX. Con interés contemplé sus vestiduras. De repente se movió y volvió a la vida. Separó sus manos y supe que ello sucedía sólo porque yo le estaba mirando. Con una sensación desagradable proseguí mi camino y llegué ante otro muerto que pertenecía al siglo XVIII. Sucedió lo mismo: cuando lo miré, volvió a la vida y movió las manos. Así fui recorriendo toda la hilera hasta que llegué, por así decirlo, al siglo XII, a un cruzado en cota de mallas, que también yacía con las manos juntas. Su semblante parecía tallado en madera. Le contemplé largamente, convencido de que estaba realmente muerto. Pero de pronto vi que un dedo de la mano izquierda comenzaba lentamente a moverse.

El sueño me preocupó durante mucho tiempo. Naturalmente había aceptado anteriormente la idea de Freud de que en el inconsciente se hallan reliquias de antiguas experiencias. Sueños como éste y la auténtica vivencia del inconsciente me llevaron a la opinión de que estos restos no son, sin embargo, formas muertas, sino que forman parte de la psiquis viva. Mis posteriores investigaciones confirmaron esta hipótesis y en el transcurso de los años surgió de ella la teoría de los arquetipos.

Los sueños me impresionaban, pero no podían ayudarme a vencer mi sensación de desorientación. Por el contrario, vivía como bajo una opresión interior. Con el tiempo se hizo tan fuerte que supuse debía existir en mí un trastorno psíquico. Por dos veces repasé todas las particularidades de mi vida, especialmente los recuerdos de mi infancia; pues creía que quizás había algo en mi pasado que pudiera considerarse como causa de mi trastorno. Pero la ojeada retrospectiva resultó infructuosa y tuve que aceptar mi ignorancia. Me dije: «No sé en absoluto lo que hago ahora, ni lo que me sucede». Así pues, me abandoné conscientemente a los impulsos del inconsciente.

En primer lugar emergió un recuerdo de la infancia, quizás de mis diez u once años. Por entonces jugaba apasionadamente con piedras de sillería. Recuerdo claramente cómo construía casitas y castillos y puertas con arcos sobre botellas. Posteriormente empleaba piedras sin tallar y barro como argamasa. Estas construcciones me fascinaron durante mucho tiempo. Para mi asombro, este recuerdo emergía acompañado de una cierta emoción.

«Vaya», me dije, «¡aquí hay vida! El chiquillo está todavía aquí y posee una vida fecunda que a mí me falta. ¿Pero cómo puedo conseguirlo?». Me pareció imposible cruzar la distancia entre la actualidad, el hombre adulto y mis once años. Pero si quería volver a establecer contacto con aquel tiempo, no me quedaba sino regresar allí y volver a acoger al azar al niño con sus juegos infantiles.

Este instante constituyó un momento decisivo en mi destino, pues, tras una inacabable resistencia, consentí finalmente en jugar. Ello no sucedió sin una resignación extrema y sin la sensación dolorosa de humillación, de no poder hacer en realidad nada más que jugar.

Así pues, comencé a reunir piedras apropiadas, en parte a orillas del lago, en parte en el agua, y después comencé a edificar: casitas, un castillo, toda una aldea. Faltaba todavía la iglesia y levanté un edificio cuadrado con una torre hexagonal y una cúpula cuadrada. En una iglesia hay también un altar. Pero vacilaba en construirlo.

Preocupado por la cuestión de cómo podría realizar esta tarea, recorrí un día, como de costumbre, el lago y recogí piedras en la arenisca de la orilla. De pronto descubrí una piedra roja: una pirámide cuadrangular, de unos cuatro centímetros de alto. Era un casco de piedra que había adoptado esta forma al rodar en el agua e impulsada por las olas —puro fruto del azar—. Lo sabía ya: he aquí el altar. La coloqué, pues, en el centro bajo la cúpula y mientras hacía esto recordé el falo subterráneo de mi sueño infantil. Esta relación despertó en mí un sentimiento de satisfacción.

Cada día construía después de comer, si el tiempo me lo permitía. Apenas terminaba de comer, jugaba hasta que llegaban los pacientes; y por la tarde, si el trabajo acababa bastante temprano, volvía a mis construcciones. Con ello se aclaraban mis ideas y podía captar las fantasías que sospechaba iba a sentir en mí.

Naturalmente, reflexioné sobre el significado de mi juego y me pregunté: «¿Qué haces realmente? Construyes una pequeña localidad y lo cumples como un rito». No sabía dar una respuesta al porqué de ello, pero poseía la íntima certeza de que estaba en camino de hallar mi propio mito. El edificar no era más que el principio. Desencadenó un alud de fantasías que luego anoté cuidadosamente.

Este tipo de acontecimiento continuó teniendo lugar en mí. Siempre que en mi vida posterior quedaba atascado, pintaba un cuadro o esculpía una piedra y ello constituía siempre un *rite d'entrée para* las idas y trabajos subsiguientes. Todo lo que escribí en el presente año[1], es decir, *Gegenwart und Zukunft* (*Presente y futuro*), *Ein moderner Mythus* (*Un mito moderno*), *Über das Gewissen* (*Sobre la conciencia*), nació de mi labor de picapedrero que emprendí después de la muerte de mi esposa.[2] El último retoque de mi esposa y su final, lo que con ello comprendí, me ayudaron de un modo prodigioso a salir del trance. Hacía falta mucho para recuperar mi estabilidad y el ocuparme de estas construcciones me ayudó en gran medida.

Hacia el otoño de 1913 pareció que la opresión que hasta entonces sentía en mí se desplazaba hacia fuera, como si en el aire hubiera algo; en realidad a mí me pareció más oscuro que antes. Era como si ya no se tratase de una situación psíquica, sino de una realidad concreta. Esta impresión se afirmó cada vez más.

En octubre, cuando me hallaba solo de viaje, me sobrecogió una alucinación: vi una espantosa inundación que cubría todos los países nórdicos y bajo el nivel del mar entre el mar del Norte y los Alpes. La inundación comprendía desde Inglaterra hasta Rusia y desde las costas del mar del Norte hasta casi tocar los Alpes. Cuando llegó a Suiza vi cómo las montañas crecían más y más, como para proteger a nuestro país. Tenía lugar una terrible catástrofe. Veía la enorme ola amarilla, los restos flotantes de la obra de la cultura y la muerte de incontables miles de personas. Entonces el mar se trocó en sangre. Esta alucinación duró aproximadamente una hora, me confundió y me hizo sentir mal. Me avergoncé de mi debilidad.

Pasaron dos semanas y la alucinación volvió a presentarse bajo las mismas circunstancias, sólo que la transformación en sangre era todavía más terrible. Oí una voz interna: «Míralo, es completamente real y así será; de esto no hay duda».

En el invierno siguiente alguien me preguntó qué pensaba acerca de los futuros acontecimientos del mundo. Dije que no pensaban nada, pero vía torrentes de sangre. La alucinación no me dejaba tranquilo.

Me pregunté si las visiones aludían a una revolución, pero no podía acabar de creérmelo. Así pues, saqué la conclusión de que tenía algo que ver conmigo mismo y supuse que estaba amenazado por una psicosis. La idea de la guerra no se me ocurrió.

Poco después de esto, durante la primavera y a principios de verano de 1914, se

repitió tres veces un sueño: que en pleno verano sobrevendría un frío ártico y dejaría al país completamente helado. Así veía helada, por ejemplo, toda la región lorenesa y sus canales. Todo el país estaba despoblado y los lagos y ríos se habían helado. Toda la vida vegetal estaba aletargada. Este sueño lo tuve en abril y mayo, y la última vez en junio de 1914.

En el tercer sueño sobrevenía nuevamente una terrible helada procedente de los espacios interestelares. Tenía, sin embargo, un final inesperado: había un árbol con hojas, pero sin frutos (mi árbol de la vida, pensé yo) y estas hojas, por influencia de la helada, se convertían en dulces granos de uva llenos de saludable zumo. Tomé las uvas y las regalé a una gran muchedumbre expectante.

A fines de julio de 1914 fui invitado a ir a Aberdeen por la British Medical Association, donde, en un congreso, debía dar una conferencia sobre «La importancia del inconsciente en psicopatología»[3]. Estaba convencido de que algo iba a suceder, pues tales sueños y visiones suelen ser premonitorios. En mi situación de entonces y con mis temores me pareció obra del destino el que tuviera que hablar precisamente entonces del significado del inconsciente.

El 1 de agosto estalló la guerra mundial. Entonces mi tarea consistió en tener que intentar averiguar qué es lo que sucedía y en qué medida mi propia vida dependía de la colectividad. Por ello debía ante todo reflexionar sobre mí. En un principio se presentaron las fantasías que había tenido mientras jugaba a las construcciones. Esta labor pasó ahora a primer plano.

A través de esto desapareció un incesante torrente de fantasías e hice todo lo posible por no perder mi orientación y hallar mi camino. Me encontraba desamparado en un mundo extraño y todo me parecía difícil e incomprensible. Vivía constantemente en intensa tensión y me sucedía a menudo como si cayeran sobre mí enormes piedras. Una tormenta desencadenaba otra. Que pudiera soportarlo era una cuestión de fuerza bruta. Otros se estrellaron aquí. Nietzsche y también Hölderlin, y muchos otros. Pero había en mí una fuerza demoníaca y desde un principio estaba claro para mí que debía hallar el sentido de lo que experimentaba en las fantasías. La sensación de estar sometido a una voluntad superior, cuando hacía frente a las embestidas del inconsciente, era innegable y conservó siempre un carácter determinante para cumplir las tareas. [4]

Me sentía muchas veces tan inquieto que debía dominar mis emociones mediante ejercicios de yoga. Pero dado que mi objetivo era conocer qué pasaba en mí, los hacía solamente hasta que se recuperaba la tranquilidad y podía reemprender mi trabajo con el inconsciente. Tan pronto como experimentaba la sensación de volver a ser yo mismo dejaba de controlarme y volvía a dar la palabra a las imágenes y voces internas. Los indios, por el contrario, practican los ejercicios de yoga con el objeto de eliminar por completo la multiplicidad de cuestiones e imágenes psíquicas.

En la medida en que lograba traducir mis emociones en imágenes, es decir, hallar aquellas imágenes que se ocultaban tras las emociones, sentía tranquilidad interna. Si

me hubiera abandonado por completo a mis emociones, lo más probable es que hubiera sido destrozado por las actividades del inconsciente. Quizás los hubiera podido separar, pero entonces habría caído irremisiblemente en una neurosis y finalmente sus contenidos me hubieran destruido. Mi experimento me afirmó en la convicción de lo valioso que es, desde el punto de vista terapéutico, hacer conscientes las imágenes que se hallan detrás de las emociones.

Anoté las fantasías lo mejor que pude y me esforcé en dar expresión a las condiciones psíquicas bajo las cuales surgían aquéllas. Sin embargo, sólo pude hacerlo en un lenguaje muy torpe. En primer lugar formulé las visiones tal como las había percibido, en un «lenguaje poético», pues es el que corresponde al estilo de los arquetipos. Los arquetipos hablan de modo patético y hasta engolado. El estilo de su lenguaje me resulta penoso y va en contra de mis sentimientos, como si alguien araña con la uña una pared enyesada o rasca con un cuchillo en un plato. Pero yo no sabía de qué se trataba. Así pues, no tenía posibilidad alguna de elección. No me quedaban más recursos que anotarlo todo en el mismo estilo elegido por el inconsciente. A veces era como si lo percibiese con mis propios oídos. A veces lo sentía en mi boca, como si mi lengua estuviera formulando las palabras, e incluso me sucedió que me oía a mí mismo murmurando palabras. Bajo el umbral de la consciencia todo era vivo.

Desde el principio había iniciado la confrontación con el inconsciente como experimento científico que ensayaba en mí mismo y cuyo resultado era para mí de interés vital. Hoy ciertamente podría decir también que fue un experimentó que tuvo lugar en mí. Una de las mayores dificultades consistía para mí en tener que arreglármelas con mis sentimientos negativos. Me entregaba espontáneamente a las emociones que no podía admitir. Anotaba las fantasías, que con frecuencia me parecían absurdas y contra las cuales ofrecía yo resistencias, pues mientras no se comprende su sentido constituyen una mezcla infernal de cosas sublimes y ridículas. Me costó mucho mantenerme firme, pero fui forzado a ello por el destino. Sólo con ímprobos esfuerzos pude finalmente evadirme del laberinto.

Para captar las fantasías que me movían subterráneamente tuve, por así decirlo, que dejarme caer en ellas. Oponiéndome experimentaba no solamente resistencias, sino que sentía incluso fuerte miedo. Temía perder mi autocontrol y convertirme en víctima del inconsciente, y lo que esto significa me resultaba, como psiquiatra, suficientemente claro. Pero debía arriesgarme a apresar estas imágenes. Si no lo hacía, corría el riesgo de que me apresaran a mí. Un importante motivo para estas reflexiones lo constituyó la circunstancia de que no podía esperar de mis pacientes lo que yo mismo no era capaz de hacer. La disculpa de que, junto al paciente, estaba quien le auxiliaba, no era válida. Sabía que el que le auxiliaba, es decir, yo, no conocía aún la materia por propia concepción, sino que poseía sobre ello como máximo algunas ideas teóricas preconcebidas, de dudoso valor. La idea de que me arriesgaba en tan fabulosa empresa, en definitiva, no sólo por mí personalmente, sino

también por mis pacientes, me ayudó poderosamente en diversas fases críticas.

Fue en la época de adviento del año 1913 cuando me decidí a realizar el primer paso (12 de diciembre). Estaba sentado ante mi escritorio y meditaba una vez más sobre mis temores y me abandoné. Me ocurrió como si el suelo cediera literalmente bajo mis pies, y como si cayese en un oscuro abismo. No podía reprimir en mí una sensación de pánico.

Pero de pronto y no a demasiada profundidad, me sentí sofocado y débil sobre mis pies, con lo que experimenté una gran alivio. Sin embargo, me hallaba en una oscuridad, que ahora parecía un profundo crepúsculo. Ante mí se hallaba la entrada a una cueva más oscura todavía; allí había un gnomo. Me pareció que era de cuero, como si estuviera momificado. Me apresuré a pasar delante suyo a través de la estrecha entrada y vadeé unas aguas heladas que me llegaban a la rodilla hasta el otro extremo de la caverna. Allí se encontraba sobre una roca un cristal rojo y resplandeciente. Tomé la piedra, la levanté y descubrí que bajo ella había una cavidad. En un principio no podía reconocer nada, pero finalmente en el fondo descubrí una corriente de agua. Un cadáver pasó flotando, un muchacho de rubios cabellos, herido en la cabeza. Le seguía un enorme escarabajo negro y entonces apareció, emergiendo del fondo de las aguas, un sol rojo recién salido. Cegado por la luz quise colocar nuevamente la piedra en la abertura, pero se precipitó un líquido a través de la misma. ¡Era sangre! Un grueso chorro saltó y sentí náuseas. El flujo de sangre continuó durante un tiempo insoportablemente largo para mí. Finalmente se extinguió y con ello finalizó la visión.

Me sentía impresionado en lo más íntimo por las imágenes. Naturalmente veía que la *pièce de résistence* era un mito de héroe y del sol, un drama de muerte y renovación. El renacimiento se explicaba por el escarabajo egipcio. Después de esto hubiera debido seguir el nuevo día. En lugar de ello llegó el insoportable flujo de sangre, un fenómeno completamente anómalo. Pero entonces recordé mis visiones de sangre del otoño del mismo año y desistí de comprender todo intento posterior.

Seis días después (18 de diciembre de 1913) tuve el siguiente sueño:

Me encontraba con un joven moreno desconocido, un salvaje, en una solitaria montaña rocosa. Era antes de amanecer, el cielo del este era ya claro y las estrellas se extinguían. Entonces resonó por las montañas el cuerno de Sigfrido y supe que debíamos matarle, íbamos armados con fusiles y le acechábamos en un estrecho acantilado.

De pronto apareció Sigfrido en lo alto de la cumbre de la montaña, con el primer rayo del sol naciente. En un carro de osamenta descendía rápidamente por la pendiente rocosa. Al doblar él una esquina, disparamos sobre él y se desplomó, herido de muerte.

Lleno de asco de mí mismo y arrepentimiento por haber destruido algo tan grande y bello, intenté huir, impulsado por el miedo, pues podían descubrir el crimen.

Entonces comenzó a llover copiosamente y supe que todas las huellas del crimen quedarían borradas. Había escapado al peligro de ser descubierto, la vida podía continuar, pero quedaba un insoportable sentimiento de culpa.

Cuando desperté medité sobre este sueño, pero me resultó imposible comprenderlo. Intenté, pues, dormirme nuevamente, pero una voz dijo: «¡Tienes que comprender el sueño e inmediatamente!». La agitación interior fue aumentando hasta el terrible instante en que la voz dijo: «¡Si no comprendes el sueño tendrás que disparar sobre ti!». En mi mesita de noche había un revólver cargado y sentí miedo. Entonces volví a meditar y de pronto comprendí el sentido del sueño: «¡Éste es el problema que se le plantea al mundo!». Sigfrido representa lo que los alemanes quisieran realizar, a saber: imponer heroicamente su propia voluntad. «¡Dónde hay una voluntad se encuentra un camino!». Lo mismo quería yo. Pero ahora ya no era posible. El sueño mostraba que la actitud que se encarnaba por medio de Sigfrido, el héroe, ya no se adecuaba más a mí. Por ello él tenía que ser asesinado.

Después de esto experimenté gran compasión, como si hubiesen disparado sobre mí. En ello se expresaba mi secreta identidad con el héroe, así como el sufrimiento que el hombre experimenta cuando es forzado a sacrificar su ideal y su actitud consciente. Pero había que dar fin a esta identidad con el ideal del héroe; pues existe algo más alto que la voluntad del Yo y a lo cual hay que someterse.

Estas ideas me bastaron por el momento y me dormí nuevamente.

El salvaje moreno que me había acompañado y que propiamente había tomado la iniciativa del crimen es una encarnación de la sombra[*] primitiva. La lluvia muestra que desaparecía la tensión entre lo consciente y lo inconsciente.

A pesar de que entonces no me era posible todavía comprender el significado del sueño por los escasos indicios, se liberaron nuevas fuerzas que me ayudaron a llevar a su fin mi experimento con el inconsciente.

Para captar las fantasías me representé muchas veces una pendiente. Una vez, para llegar a las profundidades, fueron necesarios muchos intentos. La primera vez alcancé, por así decirlo, una profundidad de trescientos metros; la siguiente fue ya una profundidad cósmica. Era como un viaje a la luna, o como un descenso al vacío. En primer lugar se presentó la imagen de un cráter y tuve la sensación de estar en el país de los muertos. Al pie de una peña divisé dos figuras, un anciano con barba blanca y una hermosa chiquilla. Hice acopio de todo mi valor y fui a su encuentro como si fuesen hombres auténticos. Atentamente escuché lo que me dijeron. El anciano explicaba que era Elías y ello me produjo un *shock*. ¡La muchacha me desconcertó aún más, pues se llamaba Salomé! Era ciega. ¡Qué extraña paradoja: Salomé y Elías! Elías aseguraba que él y Salomé se pertenecían mutuamente desde la eternidad y ello me confundió totalmente. Con ellos vivía una serpiente negra que manifestó visible inclinación hacia mí. Me dirigí a Elías porque parecía ser el más sensato de los tres y parecía disfrutar de buena inteligencia. Frente a Salomé sentía

desconfianza. Elías y yo tuvimos una larga conversación, cuyo sentido yo no podía captar.

Naturalmente, intenté explicarme la presencia de las figuras bíblicas en mi fantasía por el hecho de que mi padre había sido un sacerdote. Pero con ello nada se explicaba aún. ¿Pues qué significa el anciano? ¿Qué significa Salomé? ¿Por qué están juntos? Sólo años después, cuando supe muchas cosas más, me pareció natural la relación entre el anciano y la muchacha.

En tales incursiones al mundo de los sueños se halla con frecuencia un anciano que va acompañado de una joven y en muchas narraciones míticas se hallan ejemplos de tal pareja. Así, por ejemplo, según la tradición gnóstica, Simón Magus andaba siempre en compañía de una joven que debió recoger en un burdel. Se llamaba Elena y pasaba por la reencarnación de la troyana Elena. Klingsor y Kundry, Lao-Tsé y la bailarina, son otros tantos ejemplos.

En mi fantasía, como he dicho, junto a Elías y Salomé, una tercera figura, la gran serpiente negra. En los mitos la serpiente es con frecuencia la rival del héroe. Existen numerosos relatos sobre sus analogías. Así se dice, por ejemplo, que el héroe tenía ojos de serpiente, o que después de su muerte se transformó en una serpiente, y se levantó como tal, o que la serpiente era su madre, etc. En mi fantasía la presencia de la serpiente anunciaba un mito de héroe.

Salomé es una figura anímica. Es ciega porque no ve el sentido de las cosas. Elías es la figura del viejo sabio profeta y representa el elemento racional, Salomé el erótico. Se podría decir que ambas figuras son encarnaciones del Logos y el Eros. Pero una definición de este tipo sería ya demasiado intelectual. Es más razonable en un principio dejar en su lugar las dos figuras, tal como se me aparecieron entonces a mí, es decir, como manifestaciones de procesos inconscientes.

Poco después de estas imágenes emergió otra figura del inconsciente. Se había originado a partir de la figura de Elías. La llamé Filemón. Filemón era un pagano que aportaba una influencia egipcio-helenística con matiz gnóstico. Su figura se me apareció por vez primera en un sueño:

El cielo era azul, pero parecía el mar. Estaba cubierto —no por las nubes— por pardos terrones. Parecía como si los terrones se separaran y que entre ellos pudiera verse el agua azul del mar. Pero el agua era el cielo. De pronto vino volando por la derecha un ser alado. Era un anciano con astas de toro. Llevaba un traje con llaves y sostenía una de ellas como si estuviese a punto de abrir la verja de un castillo. Era alado y sus alas eran las del alción con sus colores característicos.

Dado que no comprendía la imagen del sueño, la pinté para hacérmela más comprensible. En los días en que me ocupaba de esto encontré a orillas del lago de mi jardín ¡un alción muerto! Me sentí como alcanzado por un rayo. Sólo muy excepcionalmente se encuentran alciones en las cercanías de Zurich. Por ello me afectó tanto esta coincidencia aparentemente casual. El cadáver era todavía fresco, como máximo de dos o tres días, y no presentaba ninguna herida exterior.

Filemón y otras figuras de la fantasía me llevaron al convencimiento de que existen otras cosas en el alma que no hago yo, sino que ocurren por sí mismas y tienen su propia vida. Filemón representaba una fuerza que no era yo. Tuve con él conversaciones imaginarias y él hablaba de cosas que yo no había imaginado saberlas. Me di cuenta de que era él quien hablaba, y no yo. Él me explicaba que yo me comportaba con mis ideas como si las hubiera creado yo mismo, mientras que, en su opinión, estas ideas poseían su propia vida como los animales en el bosque o los hombres en una habitación, o los pájaros en el aire: «Si ves hombres en una habitación, no se te ocurriría decir que los has hecho o que eres responsable de ellos», me explicó. Así iba yo familiarizando paulatinamente con la objetividad psíquica, la «realidad del alma».

A través de las conversaciones con Filemón se me hizo patente la diferencia entre yo y mi objeto ideológico. También él se me presentaba objetivamente, por así decirlo, y comprendí que hay algo en mí, que puede expresar cosas que yo no sé, ni sospecho, cosas que, quizás, vayan dirigidas incluso contra mí.

Desde el punto de vista psicológico, Filemón representaba una actitud de superioridad. Era para mí una figura misteriosa. A veces se me aparecía de un modo casi real. Me paseaba con él por el jardín, y era para mí lo que los indios definen como gurú.

Cada vez que se perfilaba una nueva personificación experimentaba yo casi un fracaso personal. Ello significaba: «¡Y entretanto tampoco sabías tú esto!» y me invadía el miedo de que quizás la serie de tales figuras era infinita y pudiera perderme en los abismos de la ilimitada ignorancia. Mi yo se sentía rebajado de valor, a pesar de que los numerosos éxitos externos podían hacerme sentir un «privilegiado». Entonces no deseaba en mis tinieblas (*Horridas nostrae mentis purga tenebras*, dice la *Aurora Consurgens*)[5] nada mejor que un concreto y verdadero gurú, una sabiduría y un poder supremos que me desenmarañasen las espontáneas creaciones de mi fantasía. Esta tarea la emprendió Filemón, a quien, en este aspecto, *nolens volens*, tuve que reconocer como maestro del alma. De hecho, me transmitió pensamientos inspirados.

Más de quince años después me visitó un viejo y culto indio, un amigo de Gandhi y conversamos sobre la enseñanza india, en especial de la relación entre gurú y chelah. Titubeando le pregunté si podía darme quizás información sobre la naturaleza y carácter de su propio gurú, a lo que respondió en un tono *matter-of-fact*: «¡Oh, sí, fue shankaracharya!».

«¿No se refiere usted al comentarista de los Vedas? —observé yo—. Éste hace muchos siglos que murió».

«Sí, a éste me refería», respondió, con gran asombro por mi parte.

«Así, pues, ¿usted se refiere a un espíritu?», pregunté.

«Naturalmente, era un espíritu», corroboró él. En este instante recordé a Filemón.

«Existen también gurús espirituales —añadió—. La mayoría tienen por gurú a un

hombre viviente. Pero hay siempre quienes tienen por maestro a un espíritu».

Esta noticia me resultó tan consoladora como aclaratoria. Así pues, yo no me había apartado en modo alguno del mundo de los hombres, sino que simplemente había experimentado lo que les sucede a los hombres que se dedican a trabajos de este tipo.

Posteriormente Filemón quedó condicionado a otra figura que se presentó y a la que designé por Ka. En el antiguo Egipto imperaba el «Ka del rey» como su forma terrena, como el alma de la forma. En mi imaginación, el «alma de Ka» provenía de abajo, de la tierra, como de un pozo profundo. Lo pinté en su forma terrena, como una columna de Hermes, cuyo zócalo era de piedra y su capitel de bronce. En lo más alto del cuadro aparece un ala de alción, y entre él y la cabeza del Ka se extiende una redonda y luminosa galaxia. La expresión del Ka tenía algo diabólico, podría decirse mefistofélico. En la mano sostenía un objeto, parecido a una pagoda coloreada o un relicario y en la otra una pluma con la que trabajaba, decía de sí mismo: «Yo soy el que sepulta a los dioses en oro y piedras preciosas».

Filemón tiene un pie paralizado, pero es un espíritu alado, mientras que Ka representa una especie de demonio terrestre o metálico. Filemón es el aspecto espiritual, «el sentido»; Ka, por el contrario, un espíritu de la naturaleza como el antroparion de la alquimia griega, que por cierto entonces no conocía yo todavía.[6] Ka es el que realmente lo hace todo, pero que oculta el espíritu del alción, el sentido, o lo sustituye por la belleza, el «eterno destello».

Con el tiempo pude integrar ambas figuras. A ello me ayudó el sentido de la alquimia.

Mientras anotaba mis fantasías, me pregunté una vez: «¿Qué hago realmente? Seguro que no tiene nada que ver con la ciencia. Entonces, ¿qué es?». Entonces una voz me dijo a mí: «Es arte». Quedé muy asombrado, pues no se me había ocurrido que mis fantasías tuvieran algo que ver con el arte, pero me dijo: «Quizás mi inconsciente ha adoptado una personalidad que no soy yo y que desea tener ocasión de manifestar sus propias oposiciones». Sabía que la voz provenía de una mujer y reconocí en ella la voz de una paciente, una psicópata muy inteligente que tenía gran confianza en mí. Había llegado a ser una forma viviente en mi interior.

Naturalmente que lo que hacía no era ciencia. ¿Pues qué otra cosa podía ser entonces sino arte? ¡En todo el mundo parecían existir sólo estas dos alternativas! Tal es el típico modo de argumentar femenino.

Con firmeza y lleno de reticencia expliqué a la voz que mis fantasías no tenían nada que ver con el arte. Entonces calló ella y yo continué escribiendo. Luego vino el siguiente ataque; la misma afirmación: «Esto es arte». Nuevamente protesté: «No, no lo es. Por el contrario, es naturaleza». Esperaba nuevas réplicas y discusiones, pero como no ocurrió nada, pensé que la «mujer en mí» no poseía ningún centro del habla y le propuse servirse de mi lenguaje. Aceptó la propuesta y expuso su punto de vista en una larga parrafada.

Me interesaba extraordinariamente que una mujer de mi interior se mezclara en mis ideas. Probablemente, así lo pensé, se trataba del «alma» en el sentido primitivo y me pregunté por qué el alma se define como «ánima». ¿Por qué se representaba como femenina? Posteriormente vi que la figura femenina que yo me representaba se trataba de una figura típica o arquetípica en el inconsciente del hombre, y la definí como «ánima»[*]. La figura respectiva inconsciente de la mujer la llamé «*animus*».

En un principio era el aspecto negativo del ánima lo que me impresionó. Sentía timidez ante ella, como ante una presencia invisible. Luego intenté relacionarme con ella de otro modo y consideré las manifestaciones de mi fantasía como cartas a ella dirigidas. Escribí, por así decirlo, a una parte de mí mismo, que mantenía otro punto de vista distinto al de mi consciencia, y obtuve respuestas sorprendentes e inusitadas. ¡Me sentí como un paciente analizado por un espíritu femenino! Cada noche hacía mis esquemas, pues, pensaba: si no escribo al ánima no podrá captar mis fantasías. Sin embargo existía otra razón para mi escrupulosidad: lo escrito al ánima no podía variarlo, de ello no podía tramar intriga alguna. En este aspecto se puede establecer una profunda diferencia sobre si se trata de contar algo o si realmente se toma nota de algo. En mis «cartas» intentaba yo ser lo más sincero posible, según el refrán griego: «Despréndete de lo que posees y recibirás».

Sólo paulatinamente aprendí a distinguir entre mis ideas y los argumentos de la voz. Así, por ejemplo, cuando quería desviarme hacia cuestiones banales yo decía: «Esto está bien, ya lo he experimentado y pensado antes. Pero no estoy obligado a estar expuesto a esto hasta el fin de mis días. ¿Para qué esta humillación?».

Lo más importante aquí es la diferenciación entre la consciencia y el contenido del inconsciente. A éste hay que aislarlo, por así decirlo, y ello se logra más fácilmente si se personifica y luego se le pone en contacto con la consciencia. Sólo de este modo se puede arrebatarle el poder, que, de lo contrario, se ejerce sobre la consciencia. Dado que los temas del inconsciente poseen un cierto grado de autonomía, esta técnica no presenta dificultades especiales. Es algo distinto intimar con el hecho de la autonomía de los temas inconscientes. Y precisamente aquí reside la posibilidad de entrar en relación con el inconsciente.

En realidad la paciente, cuya voz hablaba en mí, ejercía una influencia funesta sobre los hombres. Había logrado persuadir a un colega mío de que era un artista incomprendido. Él así lo había creído y se desanimó por ello. ¿La causa de este fracaso? Este hombre vivía no de su propio reconocimiento, sino del de los demás. Esto es peligroso. Ello le produjo inseguridad y lo dejó a merced de las insinuaciones del ánima; pues lo que ella dice posee muchas veces una fuerza tentadora y una astucia profunda.

Si las fantasías del inconsciente las hubiese considerado un arte, las hubiera podido contemplar con mis ojos internos o proyectarlas como una película. No les hubiera sido inherente la fuerza de convicción como a toda percepción sensorial, y un deber moral frente a ellas no se me hubiera impuesto. El ánima me hubiera podido

convencer también de que era un artista incomprendido y mi *soi-di-sant*, vida de artista, me otorgaba el derecho a descuidar la realidad. Si hubiera seguido su voz, lo más probable era que me hubiese dicho un día: «¿Te imaginas quizás que el absurdo a que te dedicas es arte? ¡En absoluto!». La doblez del ánima, altavoz del inconsciente, puede aniquilar completamente a un hombre. Decisiva es siempre en último término la consciencia que comprende las manifestaciones del inconsciente y adopta una postura frente a ellas.

Pero el ánima tiene también un aspecto positivo. Es la que facilita a la consciencia las imágenes del inconsciente y ante todo de ello se trataba en mí. Durante décadas me dirigí siempre al ánima cuando sentía que mi afectividad estaba alterada y me encontraba sumido en la inquietud. Entonces siempre hallaba algo en el inconsciente. En tales instantes preguntaba al ánima: «¿Qué vuelves a tener ahora? ¿Qué ves? ¡Quiero saberlo!». Tras ciertas resistencias, me proyectaba ella normalmente la imagen que veía. Tan pronto como emergía la imagen desaparecía la desazón o la opresión. Toda la energía de mis emociones se convertía en interés y curiosidad por su contenido. Entonces hablaba con el ánima de las imágenes; pues debía comprender lo mejor posible estas imágenes, al igual que los sueños.

Hoy ya no necesito más conversar con el ánima, pues ya no experimento tales emociones. Pero si volvieran a presentarse volvería a obrar del mismo modo. Hoy las ideas me son inmediatamente conscientes porque he aprendido a aceptar y comprender los temas del inconsciente. Sé cómo comportarme frente a las imágenes internas. Puedo interpretar el sentido de las imágenes directamente a partir de mis sueños y ya no necesito para ello ninguna intermediaria.

Las fantasías que se me presentaban entonces las escribí primeramente en el *Schwarzes Buch* (*Libro negro*) y posteriormente las trasladé al *Rotes Buch* (*Libro rojo*), el cual amplié también con ilustraciones.[7] He emprendido el vano intento de disponer de un modo estético mis fantasías en el *Rotes Buch*, aunque todavía no lo he terminado.[8] Era consciente de que no hablaba todavía el lenguaje adecuado, que debía todavía traducirlo. Así, pues, pronto renuncié a lo estético y me esforcé formalmente en comprender. Veía que tantas fantasías requerían una base firme y que en primer lugar debía volver a la realidad humana. Esta realidad era para mí la comprensión científica. De las razones que el inconsciente me había dado debía extraer las conclusiones concretas, y ello se convirtió en el objetivo del trabajo de mi vida.

El retoque estético en el *Rotes Buch* era necesario por más que ello me molestase; pues sólo gracias a ello tuve conocimiento de mi obligación moral respecto a las imágenes. Influyó poderosamente en mi vida. Comprendí que ningún lenguaje es tan perfecto que pueda sustituir a la vida. Si se intenta sustituir la vida, no sólo no se consigue, sino que a la vida se la arruina. Para conseguir liberarse de la tiranía de las premisas inconscientes son necesarias dos cosas: cumplir lo mismo con la obligación intelectual que con la moral.

Es naturalmente una ironía el que yo, como psiquiatra, haya topado en mi experimento, por así decirlo, a cada paso con aquel material psíquico que constituye los elementos de una psicosis y que por ello se encuentra en el frenopático. Es aquel mundo de las imágenes inconscientes que sume al enfermo mental en fatal confusión, pero también a la vez una matriz de la fantasía creadora de mitos, que han desaparecido de nuestra época racional. La fantasía mítica existe ciertamente en todas partes, pero es tan mal vista como temida, y parece incluso una experiencia arriesgada a una aventura equívoca confiarse a la senda insegura que conduce a las profundidades del inconsciente. Pasa por una senda del error, de la doblez y del equívoco. Pienso en las palabras de Goethe: «Atrévete a abrir las puertas ante las cuales todos prefieren pasar de largo…». *Fausto* II es algo más que un ensayo literario. Es un eslabón en la *Áurea Catena*[9], que desde los inicios de la alquimia filosófica y del gnosticismo hasta el *Zaratustra* de Nietzsche —casi siempre impopular, ambiguo y peligroso— representa un viaje de exploración hacia el otro polo del mundo.

Naturalmente necesité hacer un alto en «este mundo» mientras trabajaba en mis fantasías, y puedo decir que ello fue para mí la familia y la profesión. Me era vitalmente necesario llevar también una vida evidentemente racional, como contrapeso al extraño mundo interior. La familia y la profesión continuaron siendo para mí la base a la que siempre podía regresar y que me demostraba que era un hombre corriente que existía realmente. Los temas del inconsciente podían a veces sacarme de quicio, pero la familia y la profesión representaban: tengo un diploma de médico, debo asistir a mis pacientes, tengo una mujer y cinco hijos y vivo en la Seestrasse número 228, en Küsnacht, eran realidades que me reclamaban. Me demostraban día tras día que existía realmente y no sólo como una hoja movida por el soplo del espíritu como un Nietzsche. Nietzsche perdió el suelo bajo sus pies porque no poseía más que el mundo interior de sus ideas, que además le poseían a él más que él a ellas. Estaba desarraigado y volaba sobre la tierra y por ello cayó en la exageración y en la irrealidad. Esta irrealidad era para mí el concepto inmanente del horror, pues yo me refería a *este* mundo y a *esta* vida. Incluso cuando muy absorto y desplazado sabía siempre que todo cuanto me sucedía se refería a mi verdadera vida, a cuya amplitud y sentido yo procuraba responder, mi divisa era: *Hic Rhodus, hic salta*!

Así pues, mi familia y mi profesión eran siempre una realidad feliz y una garantía de que yo existía normal y realmente.

Muy paulatinamente se perfiló en mí un cambio. En el año 1916 experimenté una inclinación por la creación literaria: me sentí por así decirlo impulsado desde dentro a formular y expresar lo que en cierto modo podría haber dicho Filemón. Así surgieron los *Septem Sermones ad Mortuos* con su típico lenguaje.[10]

Con ello comencé a experimentar una intranquilidad, que no sabía qué significaba, o qué es lo que «se» quería de mí. Existía una atmósfera extrañamente

cargada a mi alrededor y tenía la impresión de que el aire estaba lleno de entes fantasmagóricos. Entonces comenzaron a rondar duendes por la casa: mi hija mayor veía por la noche una figura blanca atravesar la habitación. Mi otra hija contaba —independientemente de la primera— que le habían levantado la manta de la cama dos veces por la noche y mi hijo de nueve años tuvo un sueño terrorífico. Por la mañana pidió lápices de colores a su madre y él, que nunca había hecho un dibujo, dibujó el sueño. Lo llamaba «El dibujo del pescador». En medio del dibujo había un río y en la orilla estaba un pescador con una caña de pescar. Había atrapado un pez. En la cabeza del pez se hallaba una chimenea a través de la cual salía fuego y humo. Por la otra orilla llegaba el diablo volando por los aires. Juraba que le habían robado el pez. Pero sobre el pescador se cernía un ángel que decía: «Tú no puedes hacerle nada: ¡pesca sólo los peces malos!». Este dibujo lo hizo mi hijo la mañana de un sábado.

El domingo por la tarde, hacia las cinco, en la puerta de la casa sonó la campanilla con insistencia. Era un domingo luminoso y las dos muchachas estaban en la cocina desde donde se podía ver el espacio abierto ante la puerta de la casa. Yo me encontraba cerca de la campanilla, la oí sonar y vi cómo se movía el martillo. Todos corrieron inmediatamente hacia la puerta para ver quién llamaba ¡pero allí no había nadie! ¡Nos miramos como alelados! ¡Les digo que la atmósfera estaba cargada! Entonces supe que tenía que suceder algo. La casa estaba repleta de gentío, toda llena de espíritus. Los había hasta bajo la puerta y se tenía la sensación de apenas poder respirar. Naturalmente, me acuciaba la pregunta: «Por el amor de Dios, ¿qué es esto?». Entonces gritaron en coro: «Regresamos de Jerusalén, donde no hallamos lo que buscábamos». Estas palabras correspondían a las primeras líneas del *Septem Sermones ad Mortuos*.

Entonces la inspiración comenzó a fluir de mí y en tres tardes escribí este acontecimiento. Apenas hube dejado la pluma, desapareció la legión de espectros. El aquelarre había terminado. La habitación se volvió tranquila y pura la atmósfera. Así hasta la noche siguiente, en que nuevamente se amotinaron algo y se fueron del mismo modo. Esto fue en 1916.

Este acontecimiento hay que aceptarlo tal como fue o como pareció ser. Posiblemente tuvo relación con el estado emocional en que entonces yo me encontraba y en el que podían presentarse fenómenos parapsicológicos. Era una constelación inconsciente, y la atmósfera característica de tal constelación me era bien conocida como numen de un arquetipo. «¡Es apto, se manifiesta!». El intelecto desea naturalmente apropiarse un conocimiento científico sobre un hecho de este tipo, o mejor todavía aniquilar todo lo sucedido como una anomalía. ¡Qué desesperación sería un mundo sin anomalías!

Poco antes de este acontecimiento escribí una fantasía que se me fue el alma. Constituyó para mí un suceso muy importante. El alma, el ánima, crea la relación en el inconsciente. En cierto sentido es también una relación con la colectividad de los muertos, pues el inconsciente corresponde al país mítico de los muertos, al país de los

presentimientos. Así pues, cuando el alma desaparece en una fantasía ello significa que se ha retirado al inconsciente o al «país de los muertos». Ello corresponde a la denominada pérdida del alma, un fenómeno que se encuentra con relativa frecuencia entre los primitivos. En el «país de los muertos» el alma experimenta una secreta vivificación y da forma a las huellas ancestrales, a los temas colectivos del inconsciente. Igual que una médium, da a los muertos posibilidad de manifestarse. Por ello, muy pronto después de la desaparición del alma aparecieron en mí los «muertos», y surgieron los *Septem Sermones ad Mortuos*.

Entonces, y a partir de tal momento, los muertos se me han convertido cada vez más claramente en voces del incontestado, del no-desligado y no-rescatado, puesto que las preguntas y exigencias, a las que yo tenía fatalmente que responder, no me vinieron de fuera, sino del mundo interior. Así, pues, las conversaciones con los muertos, los *Septem Sermones*, constituyeron una especie de prólogo de lo que yo tenía que comunicar al mundo acerca del inconsciente: un cierto croquis y resumen del contenido general del inconsciente.

Cuando hoy vuelvo la vista atrás y medito sobre el sentido de lo que me sucedió en la época de mi trabajo sobre las fantasías me parece como si se hubiese presentado ante mí una embajada con plenos poderes. En las imágenes había cosas que no sólo me afectaban a mí, sino también a muchos otros. De ello resultó que ya no pudiera considerar que me pertenecía a mí nada más. A partir de entonces mi vida pertenecía a lo universal. Los conocimientos que me afectaban o que yo buscaba en aquellos días no habían entrado aún a formar parte de la ciencia. Yo mismo debía realizar preexperimentos y además tenía que intentar situar lo experimentado en el terreno de la realidad, de lo contrario hubiera permanecido en una situación de condicionamiento subjetivo no viable. Entonces me supe al servicio del alma. La amé y la odié, pero constituía mi mayor riqueza. El que me supeditara a ella constituía la única posibilidad de vivir y mantener mi existencia como un todo relativo.

Hoy puedo decir: no me he alejado nunca de mis vivencias iniciales. Todos mis trabajos, todo cuanto he creado espiritualmente, parte de mis imaginaciones y sueños iniciales. En 1912 comenzó lo que hasta ahora ha durado casi cincuenta años. Todo cuanto he hecho en mi vida posterior está ya contenido en ellas, aunque sólo en forma de emociones o imágenes.

Mi ciencia fue el medio y la única posibilidad de salir de aquel caos. De lo contrario este material me hubiera aprisionado como lampazos o plantas de pantano. Invertí todas mis fuerzas para comprender todos los temas, cada imagen en particular, en ordenarlas lo más racionalmente posible y realizarlas en vida. Esto es precisamente lo que casi siempre se descuida. Se deja emerger las imágenes y se asombra uno quizás de ellas, pero con ello se da uno por satisfecho. No se esfuerza en comprenderlas, y menos en sacar las consecuencias morales. Ello es causa de los efectos negativos del inconsciente.

Incluso aquel que comprende en cierto modo las imágenes, pero cree sin embargo

que lo ha logrado a sabiendas, incurre en un error peligroso. Pues quien no considera su conocimiento como una obligación moral transgrede el principio de autoridad. Pueden resultar de ellos efectos destructivos que no sólo destruyen a los demás sino al mismo objeto de conocimiento. Con las imágenes del inconsciente se impone al hombre una difícil responsabilidad. La no-comprensión, así como la carencia de obligación moral, arrebatan a la existencia su integridad y otorgan a muchas vidas individuales el penoso carácter fragmentario.

En la época en que me ocupaba de las imágenes del inconsciente decidí retirarme de la Universidad de Zurich, en la que durante ocho años había sido profesor auxiliar (desde 1905). La vivencia y experiencia de lo inconsciente me había coartado intelectualmente en grado extremo. Después de finalizar el libro sobre *Wandlungen un Symbole der Libido* (1911)[11] me fue imposible leer un libro científico durante tres años. Así tuve la sensación de que no podía ya tomar parte en el mundo del intelecto. Además, no hubiera podido hablar de lo que me preocupaba. El material proporcionado por el inconsciente me había dejado, por así decirlo, atónito. No podía entonces comprenderlo ni en modo alguno darle forma. Sin embargo, en la universidad ocupaba un puesto muy delicado y sentí que debía ante todo hallar una orientación nueva y totalmente distinta, y que hubiese sido no jugar limpio enseñar a estudiantes jóvenes en un estado de ánimo dominado por las dudas.[12]

Con ello me vi situado ante la alternativa: o prosigo con mi carrera académica, que entonces ante mí se abría, o sigo a mi íntima personalidad, la «suprema razón», y continúo la maravillosa tarea, el experimento del análisis del inconsciente.

Así pues, abandoné conscientemente mi carrera académica, pues antes de que mi experimento hubiera terminado yo no podía presentarme en público.[13] Sospechaba que era algo grande lo que a mí me sucedía y confié en lo que me parecía *sub specie aeternitatis* más importante. Sabía que llenaría mi vida y por tal causa estaba dispuesto a correr cualquier riesgo.

¿Qué significaba que fuera profesor o no? Naturalmente que me disgustó, sentía incluso rabia por el destino y en muchos aspectos lamenté el no poder circunscribirme a lo que es comprensible para todos. Pero emociones de este tipo son pasajeras. En el fondo no significan nada. Por el contrario, lo otro es importante y si uno se concentra en lo que la íntima personalidad quiere y dice, desaparece el dolor. Así me sucedió siempre, no sólo cuando renuncié a mi carrera académica. Las primeras experiencias de este tipo las hice ya de pequeño. En mi juventud era irascible, pero siempre que la emoción llegaba a su punto culminante cedía rápidamente y renacía la calma. Entonces me sentía alejado de todo y lo que me había irritado parecía pertenecer a un lejano pasado.

La consecuencia de mi decisión y del ocuparme de cosas que ni yo ni los demás podían comprender consistió en un gran aislamiento. Lo vi claro muy pronto. Me preocupaban pensamientos sobre los cuales no podía hablar con nadie; sólo hubiesen sido mal entendidos.

Experimenté, del modo más agudo, la posición entre el mundo exterior y el interior. La conjunción entre ambos mundos, que hoy conozco, no podía entonces concebirla. Sólo veía un irreconciliable antagonismo entre lo interior y lo exterior. Pero desde un principio me resultó claro que sólo establecería contacto con el mundo exterior y los hombres, si me esforzaba al máximo en mostrar que los contenidos de la experiencia psicológica son «reales» y ciertamente no sólo como experiencias personales mías, sino como experiencias colectivas que pueden repetirse también en otros hombres. Ello intenté demostrarlo en mi posterior trabajo científico. Pero al principio lo hice todo para aportar a mis deudos una nueva *maniere de voir*. Sabía que estaría condenado al aislamiento más absoluto si no lograba esto.

Sólo hacia el final de la primera guerra mundial comencé a salir progresivamente de la oscuridad. Fueron dos cosas las que contribuyeron a aclarar la atmósfera: rompí mi relación con la dama que quería sugerirme que mis fantasías tenían valor artístico. Pero ante todo comencé a comprender mis dibujos de mandalas[*]. Ello fue entre 1918 y 1919. El primero de estos dibujos lo pinté después de haber escrito los *Septem Sermones ad Mortuos*. Naturalmente, no lo había comprendido.

En 1918-1919 fui al Château d'Oex Commandant de la Región Anglaise des Internes de Guerre. Allí esbozaba todas las mañanas en un carnet un pequeño dibujo circular, una mandala, que me parecía corresponder a mi último estado de entonces. Con ayuda de los dibujos podía observar día a día las transformaciones psíquicas. Una vez, por ejemplo, recibí una carta de aquella dama esteta en la que volvía a exponer con firmeza su opinión de que las fantasías que provenían del inconsciente poseían un valor artístico y que por ello significaban arte. La carta me crispó los nervios. No era tonta en absoluto y por ello resultaba insinuante. El artista moderno pretende ciertamente hacer arte del inconsciente. El utilitarismo y la prosecución que se desprendían de las líneas de la carta despertaron una duda en mí, concretamente la incertidumbre de si las fantasías imaginadas eran realmente espontáneas y naturales y no el resultado de mi propio trabajo arbitrario. No me sentía libre en absoluto del prejuicio general y de la petulancia de la consciencia de que toda ocurrencia hasta cierto punto importante será mérito propio y que sólo de aquel modo casual se producen débiles reacciones en contra o que proceden de fuentes extrañas. En este estado de irritación y de desacuerdo conmigo mismo dibujé otra mandala al día siguiente: una parte de la curva estaba rota y la simetría quedaba destruida.

Sólo paulatinamente comprendí lo que realmente es el mandala: «Formación / transformación, el eterno pasatiempo del sentido eterno». Y esto es la individualidad, la integridad de la personalidad, que, cuando todo va bien, es armónica, pero que no soporta autodecepción alguna.

Mis dibujos eran criptogramas del estado de mi individualidad, que diariamente me eran cursados. Vi cómo mi individualidad, todo yo estaba en la obra. Esto pude comprenderlo al principio sólo a modo de intuición; sin embargo, ya entonces me parecían mis dibujos altamente significativos y los cuidaba como preciosas perlas.

Tenía la clara sensación de algo central, y con el tiempo adquirí una idea viva de mí mismo. Me representé la mónada que soy yo y que constituye mi mundo. El mandala representa esta mónada y corresponde a la naturaleza microcósmica del alma.

No sé cuántos mandalas dibujé entonces. Fueron muchos. Mientras trabajaba en ello surgía una y otra vez la pregunta: «¿Adónde lleva este proceso en el que me hallo? ¿Cuál es su objetivo?». Sabía por propia experiencia que por mí mismo no hubiera podido elegir un objetivo que me pareciera digno de confianza. Había experimentado que la idea de la superioridad del yo debía abandonarla por completo. En ello había fracasado: quería proseguir la investigación científica de los mitos, tal como había comenzado en *Wandlungen und Symbole der Libido*. Tal era mi objetivo. ¡Pero ni soñarlo! Me sentía forzado a soportar yo mismo el proceso del inconsciente. En primer lugar tuve que dejarme arrastrar por esta corriente, sin saber adonde me conducía. Sólo cuando comencé a dibujar mandalas vi que todos los caminos que emprendía, y todos los pasos que daba, conducían de nuevo a un punto, concretamente al centro. Es la expresión de todos los caminos. Es el camino que lleva al centro, a la individuación[*].

En los años que van de 1918 a 1920, aproximadamente, vi claro que el objetivo del desarrollo psíquico es la propia persona. No existe un desarrollo lineal, sólo existe la circunvalación del uno mismo. Un desarrollo unilateral se da como máximo en un principio; posteriormente todo tiende al centro. Este conocimiento me dio confianza y progresivamente recuperé la tranquilidad interior. Sabía que había alcanzado, con el mandala como expresión del uno mismo, el último eslabón para mí. Quizás alguien sepa más, pero no yo.

Una confirmación del pensamiento sobre el centro y el uno mismo la obtuve años más tarde (1927) por medio de un sueño. Su esencia la presenté en un mandala al definirlo como «ventana a la eternidad». El dibujo está reproducido en *Das Geheimnis der Goldenen Blüte*[14] (*El secreto de la flor de oro*). Un año después hice otro dibujo, igualmente un mandala en cuyo centro había un castillo dorado.[15] Cuando estuvo terminado me pregunté: «¿Por qué esto es tan chinesco?». Estaba impresionado por la forma y elección de colores, que me parecían chinos, a pesar de que exteriormente en el mandala no había nada chino. Pero el dibujo me producía tal sensación. Fue una rara coincidencia recibir poco después una carta de Richard Wilhelm. Me enviaba el manuscrito de un tratado taoísto-alquímico chino con el título *Das Geheirmnis der Goldenen Blütte* y me rogaba que lo comentara. Leí rápidamente el texto, pues aportaba una insospechada confirmación a mis ideas sobre el mandala y el movimiento circular alrededor del centro. Éste fue el primer acontecimiento que rompió mi soledad. Allí me sentía afín a algo y podía relacionarme con algo.[16]

Para recordar esta coincidencia en sincronicidad escribí entonces bajo el mandala: «1928, cuando hacía el dibujo que muestra el castillo evaluado en oro, Richard Wilhelm me envió a Frankfurt el texto chino, cuya antigüedad se remonta a varios

siglos, del castillo amarillo, el germen del cuerpo inmortal».

También el sueño que tuve en 1927 y al que ya me he referido representaba un mandala:

> Me hallaba en una ciudad, sucia, llena de hollín. Llovía y todo era oscuro, era invierno y de noche. La ciudad era Liverpool. Con otra gente, digamos una media docena de suizos, iba yo por las calles oscuras. Tenía la sensación de que veníamos del mar, del puerto, y la ciudad propiamente dicha estaba allá arriba, sobre los cliffs. Hacia allí íbamos nosotros. Me recordaba Basilea, allá abajo se divisa el mercado, y por la Totengassen se llega a una planicie, a la Petersplatz y a la grandiosa Peterniche. Cuando llegamos a la altiplanicie hallamos una amplia plaza, débilmente iluminada por los faroles, donde desembocaban muchas calles. Los barrios de la ciudad eran radiales y tenían por centro a esta plaza. En el centro se hallaba un estanque redondo y en su interior una pequeña isla central. Mientras todo estaba cubierto por la lluvia, la niebla, el humo y la noche escasamente iluminada, la pequeña isla resplandecía a la luz del sol. Allí había un árbol solitario, un magnolio recubierto de flores rojas. Era como si el árbol estuviese al sol y a la vez fuera luz. Mis compañeros comentaban el terrible tiempo y al parecer no veían el árbol. Hablaban de otro suizo que vivía en Liverpool y se asombraban de que se hubiera trasladado precisamente aquí. Yo estaba admirado por la belleza del árbol florido y por la isla iluminada por el sol y pensé: Ya sé por qué, y desperté.

Por último, debo agregar algunas particularidades del sueño: los barrios aislados de la ciudad eran a su vez radiales y distribuidos alrededor de un punto. Éste formaba una pequeña plaza abierta, iluminada por un gran farol y reproducía así una pequeña copia de la isla. Yo sabía que el «otro suizo» vivía en las cercanías de uno de estos centros secundarios.

Este sueño representaba mi situación de entonces. Veo todavía el impermeable gris-amarillento que brillaba entre el gotear de la lluvia. Todo resultaba notoriamente antipático, oscuro y tenebroso —tal como yo me sentía entonces—. Pero yo poseía el rostro de la belleza supraterrena y por ello podía vivir; después de todo, Liverpool es el *pool of life*. *Liver*, «hígado»[*], es según antiguas opiniones la sede de la vida.

La vivencia del sueño se vinculó con el sentimiento de lo definitivo. Veía que aquí se expresaba el objetivo. El centro es el objetivo y más allá de él ya no se puede ir. Por el sueño comprendí que el Uno Mismo era un principio y un arquetipo de la orientación y del sentido. En él reside su saludable función. De este conocimiento surgió en mí un primer atisbo de mi mito.

Después del sueño dejé de dibujar o pintar mandalas. Aquél expresaba la cima del desarrollo de la consciencia.

Me satisfacía por completo, pues daba una imagen acabada de mi situación. Era consciente de que me ocupaba algo importante, pero me faltaba todavía la comprensión, y a mi alrededor no había nadie que lo comprendiera. La aclaración por medio del sueño me dio la posibilidad de considerar objetivamente lo que me satisfacía.

Sin una visión de este tipo hubiera perdido quizás mi orientación y tenido que abandonar mi intento. Pero aquí estaba expresado el sentido. Cuando me separé de Freud sabía que caía en lo no conocido, en lo desconocido. Más allá de Freud; no sabía propiamente nada, pero había dado el primer paso en la oscuridad. Cuando se presenta un sueño de este tipo, se le siente como un *actus gratiae*.

Me costó cuarenta y cinco años, por así decirlo, incluir en el costal de mi obra científica las cosas que entonces sentía y anotaba. Como hombre joven mi objetivo era conseguir algo en mi ciencia. Pero luego tropecé con esta corriente de lava, y las pasiones que existían en su fuego transformaron y reestructuraron mi vida. Tal era la materia prima de la cual se formó, y mi obra constituye un esfuerzo más o menos acertado de insertar esta materia candente en la ideología de mi época. Las primeras imaginaciones y sueños eran como basalto fundido; de ellas cristalizó la piedra que pude ya esculpir.

Los años en que ya trataba de aclarar las imágenes internas constituyeron la época más importante de mi vida en que se decidió todo lo esencial. Entonces comenzó todo y las posteriores particularidades son sólo complementos y aclaraciones. Toda mi actividad posterior consistió en perfeccionar lo que brotó del inconsciente, y que comenzó inundándome a mí. Constituyó la materia prima para la obra de mi vida.

ACERCA DEL ORIGEN DE LA OBRA



CON EL COMIENZO DE LA SEGUNDA MITAD DE LA VIDA se había ya implantado el análisis del inconsciente. Mi trabajo en este sentido prosiguió durante mucho tiempo y sólo después de unos veinte años fui capaz de comprender hasta cierto punto los contenidos de mis imaginaciones.

En primer lugar hube de procurarme la prueba de la prefiguración histórica de las experiencias internas, es decir, hube de responder a la pregunta: «¿Dónde se encuentran mis premisas en la historia?». Si no hubiera logrado responderme a esto no hubiera podido confirmar mis ideas. En este aspecto fue un acontecimiento decisivo mi encuentro con la alquimia, pues sólo a través de ella surgían los fundamentos históricos que hasta entonces había echado de menos.

La psicología analítica forma parte fundamentalmente de la ciencia natural, pero se halla supeditada a la premisa personal del observador, mucho más que cualquier ciencia. De aquí que dependa en gran medida de los cortejos histórico-documentales para eliminar, siquiera, los errores más burdos en el dictamen.

Desde 1918 hasta 1926 me ocupé seriamente de los gnósticos, pues también ellos tropezaron con el mundo primitivo del inconsciente. Captaron sus contenidos e imágenes, que manifiestamente estaban contaminados por el mundo de los impulsos. Es difícil, sin embargo, decir hasta qué punto comprendieron las imágenes, a causa de la escasez de noticias posteriores, que, por lo demás, hemos de agradecer a sus adversarios, los padres de la Iglesia. Pero no es probable, en ningún caso, que tuvieran una concepción psicológica. Respecto a mis interrogantes, los gnósticos estaban muy lejos en el tiempo para que pudiera relacionarme con ellos. La tradición entre gnosis y actualidad me pareció rota y durante mucho tiempo no me fue posible hallar el puente entre el gnosticismo —o neoplatonismo— y la actualidad. Sólo cuando comencé a comprender la alquimia reconocí que por medio de ella se produce la vinculación histórica con el gnosticismo, que por la alquimia se constituye la continuidad del pasado hasta la actualidad. Como filosofía de la Edad Media, la alquimia tendió un puente lo mismo con el pasado, concretamente con el gnosticismo, que con el futuro, con la psicología del inconsciente.

La psicología del inconsciente había sido establecida por Freud con los motivos gnósticos clásicos de la sexualidad, por una parte, y la autoridad paterna nociva, por otra. El motivo del gnóstico Jehová y Dios creador aparecía nuevamente en el mito de Freud del padre primitivo y tenebroso del Super-Yo, descendiente de este padre. En el mito de Freud se manifestaba como un demonio que ha engendrado un mundo de desilusiones, errores y desgracias. Pero la evolución hacia el materialismo, que ya se

prefiguraba al ocuparse de la alquimia de investigar el secreto de la materia, llevó a ocultar a Freud la perspectiva de un aspecto esencial y más amplio del gnosticismo, concretamente la preimagen del espíritu como otro Dios supremo. Según la tradición gnóstica, fue este Dios supremo quien envió el cráter (mezcladora), el vaso de las transformaciones espirituales, en auxilio de los hombres.[1] El cráter es un principio femenino que no halló lugar alguno en el mundo patriarcal de Freud. Freud no es el único en sustentar este prejuicio. En el mundo espiritual católico sólo hasta hace poco, tras vacilaciones que duraron siglos, se reconoció aproximativamente por lo menos la participación en el tálamo divino de la madre de Dios y de la esposa de Cristo.[2] En el mundo protestante y judío predomina hoy como antes el padre. Por el contrario, en la filosofía hermética de la alquimia el principio femenino desempeñó un papel destacado y equiparable al masculino. Uno de los más importantes símbolos femeninos en la alquimia fue el vaso en el que debían cumplirse las transformaciones de la materia. En el centro de mis descubrimientos psicológicos se encuentra nuevamente un proceso de transformación interna: la individuación.

Antes de que descubriera la alquimia se repitieron en mí sueños en que siempre se repetía el mismo motivo: junto a mi casa había otra, es decir, un ala, o un anejo, que me era desconocido. Cada vez me asombraba en sueños de no conocer la casa, pese a que aparentemente siempre había estado allí. Finalmente tuve un sueño en el que llegué a la otra parte de la casa. Descubrí allí una extraordinaria biblioteca, que procedía en su mayor parte de los siglos XVI y XVII. Grandes y gruesos infolios, encuadernados en piel de cerdo, se apilaban en la pared. Entre ellos había algunos que estaban adornados con grabados al cobre de naturaleza extraña y que contenían ilustraciones de fantástico simbolismo, como yo nunca había visto aún. Entonces no sabía a qué se referían y supe mucho más tarde que se trataba de símbolos alquímicos. En el sueño experimenté solamente una fascinación indescriptible que provenía de estos libros y de toda la biblioteca.

Era una colección medieval de incunables e impresiones del siglo XVI.

El ala del edificio para mí desconocida constituía una parte de mi personalidad, un aspecto de mí mismo; representaba algo que me pertenecía, pero que todavía no me era consciente. Esta parte y en especial la biblioteca se referían a la alquimia, que igualmente tampoco conocía, pero cuyo estudio era inminente para mí. Unos quince años más tarde reuní en la realidad una biblioteca hasta cierto punto parecida.

El sueño decisivo que anticipó mi encuentro con la alquimia se produjo hacia 1926.

Estoy en el sur del Tirol. Hay guerra. Me hallo en el frente italiano y regreso del frente con un hombrecillo, un campesino, en su coche de caballos. A nuestro alrededor explotan granadas y sé que debo proseguir mi marcha lo más rápidamente posible porque hay gran peligro.[3]

Debemos ir por un puente y de aquí a través de un túnel, cuyo techo ha sido destruido parcialmente por los disparos. Al final del túnel vemos ante nosotros un paisaje soleado y reconozco en él la región de Verona. A mis pies se divisa la ciudad, resplandeciente de sol. Me siento aliviado y viajamos hacia las llanuras verdes y florecientes de Lombardía. El camino atraviesa el paisaje primaveral y vemos los campos de arroz, los olivos y las vides. Entonces veo, transversalmente a la calle, un gran edificio, una mansión señorial de grandes proporciones, algo así como el castillo de un príncipe lombardo. Es una típica casa señorial con muchas dependencias y anexos al igual que en el Louvre, la calle pasa por delante del castillo, a través de un enorme patio. El pequeño cochero y yo pasamos una puerta y desde aquí podemos ver de nuevo, a través de una segunda puerta, el soleado paisaje. Miro a mi alrededor: a la derecha está la fachada de la casa señorial, a la izquierda están las casas de los sirvientes, los establos, los graneros y otras dependencias que se extienden a lo lejos.

Cuando hemos llegado al centro del patio, justamente ante la entrada principal, sucede algo inesperado: con un sordo crujido se cierran ambas puertas. El campesino salta del pescante de su coche y grita: «¡Ahora somos prisioneros en el siglo XVII!». Resignado, yo pienso: ¡Así sea! ¿Pero qué podemos hacer? ¡Ahora seremos prisioneros durante años! Pero entonces se me ocurre una idea consoladora: Una vez pasados algunos años, saldré de aquí.

Después de este sueño consulté gruesos volúmenes sobre la historia del mundo, de la filosofía y de la religión, sin hallar nada que pudiera explicármelo. Sólo mucho más tarde comprendí que el sueño se basaba en la alquimia. Su punto culminante se sitúa en el siglo XVII Curiosamente había olvidado por completo lo que Herbert Silberer había escrito sobre la alquimia.[4] En la época en que apareció su libro, la alquimia me parecía una cosa afectada y ridícula, tanto más que yo sabía valorar también el punto de vista anagógico, es decir, positivo de Silberer. Entonces yo mantenía correspondencia con él y le expresé mi conformidad. Como su trágico fin indica, su *opinión* no fue seguida de *comprensión* alguna.[5] Silberer había utilizado muchos datos posteriores, los cuales no me sirvieron de mucho. Los textos alquímicos posteriores tienen un carácter barroco y fantástico; sólo cuando se conoce su sentido se reconoce cuanto de valioso se esconde en ellos.

Sólo a través del texto de la *Goldene Blüte*, que pertenece a la alquimia china y que Richard Wilhelm en 1928 me envió, empecé a comprender la esencia de la alquimia.

Entonces surgió en mí el deseo de trabar conocimiento con los alquimistas. Encargué a un librero de Munich que me avisase siempre que algún libro sobre alquimia cayera en sus manos. Pronto recibí la *Artis Auriferae Volumina Duno* (1593), una amplia colección de tratados latinos, entre los que se hallaban una colección de «clásicos».

Sin embargo, permanecí sin leer este libro durante casi dos años. Ocasionalmente

miraba sus ilustraciones y siempre pensaba para mis adentros: ¡Dios mío!, ¡qué absurdo! Eso no hay quien lo entienda. Pero no me dejaba tranquilo y me propuse estudiar a fondo la obra. Durante el invierno siguiente comencé, y pronto me resultó fascinante y excitante su lectura. El texto continuaba pareciéndome un absurdo evidente, pero encontraba con frecuencia párrafos que me parecían significativos y ocasionalmente hallé incluso un par de frases que creí comprender. Finalmente me di cuenta de que se trataba de símbolos, que eran antiguos conocidos míos. Esto es realmente fantástico, pensaba yo, y debo aprender a comprenderlo. Me sentía cautivado por ello y me sumergía en los dos volúmenes en cuanto disponía de tiempo. Una noche, cuando volvía a estudiar los textos, recordé el sueño en el que se decía que yo «estaba preso en el siglo XVII». Comprendí al fin su sentido y supe: «¡Sí, así es! Ahora estoy condenado a estudiar toda la alquimia desde el principio».

Me costó todavía hallar los hilos en el laberinto de las ideas alquímicas, pues no hallé Ariadne alguna que me llevara de la mano. En el *Rosarium* observé que se repetían con frecuencia ciertas expresiones y giros extraños.[6] Así, por ejemplo, «*solve et coagula*», «*unum vas*», «*lapis*», «*prima materia*», «*Mercurius*», etcétera. Veía que estas expresiones se empleaban una y otra vez en un sentido determinado que no alcanzaba a comprender con exactitud. Decidí, pues, procurarme un diccionario explicativo con *cross-references*. En el transcurso del tiempo he coleccionado muchos miles de tales palabras, pero sólo hallé volúmenes extractados. Seguí un método puramente filosófico como si se tratara de explorar un lenguaje desconocido. De este modo llegué a conocer paulatinamente el sentido de las expresiones alquímicas. Fue un trabajo que me tuvo ocupado durante más de una década.

Muy pronto vi que la psicología analítica concordaba notablemente con la alquimia. Las experiencias de los alquimistas eran mis experiencias y su mundo, en cierto sentido, el mío. Esto naturalmente constituyó un descubrimiento ideal para mí, pues con ello había hallado el equivalente histórico a mi psicología del inconsciente. Así, pues, encontraba ahora una base histórica. La posibilidad de la comparación con la alquimia, así como la continuidad espiritual hasta el gnosticismo, daba consistencia a mi psicología. Con el estudio de los antiguos textos todo encontraba su lugar: el mundo de las imágenes de las fantasías, los datos de la experiencia que había acumulado en mi consulta, y las conclusiones que de ello había extraído. Ahora comenzaba a comprender qué significaban los contenidos en su aspecto histórico. Mi comprensión de su carácter típico, que se había iniciado a través de mis investigaciones sobre los mitos, se profundizaba. Las prefiguraciones y la esencia del arquetipo se situaron en el centro de mis investigaciones y me di cuenta de que sin historia no existe psicología, y menos aún la psicología del inconsciente. Ciertamente una psicología de la consciencia puede contentarse con el conocimiento de la vida personal, pero ya la explicación de la neurosis requiere una anamnesis que profundice más que el conocer de la consciente, y si durante el tratamiento se llega a inusitadas

decisiones se presentan sueños cuyo significado exige algo más que reminiscencias personales.

En mi estudio de la alquimia veo mi relación interna con Goethe. El secreto de Goethe era que estaba afectado del proceso de transmutación arquetípica, que evoluciona durante siglos. Concibió su *Fausto* como un *opus magnum* o *divinum*. Por ello dijo acertadamente que *Fausto* constituía su «misión» principal y por ello su vida estaba enmarcada por este drama. Se nota de modo asombroso que era una sustancia viva la que vivía y actuaba en él, un proceso suprapersonal, el gran sueño del *mundus arquetipus*.

Yo mismo he sido afectado por el mismo sueño y la obra más importante de mi vida la comencé a mis once años. Mi vida se resume y compendia en una obra y un objetivo, a saber: adentrarme en el secreto de la personalidad. Todo debe explicarse a partir de este punto central y todas las obras se remiten a este tema.

Con el experimento de asociación (1903) comenzó propiamente mi trabajo científico. Lo considero mi primer trabajo en el sentido de una empresa científica. Entonces comencé a expresar ideas propias. A los *Diagnostischen Assoziationsstudien* siguieron los dos trabajos psiquiátricos *Über die Psychologie der Dementia praecox* y *Der Inhalt der Psychose*. En 1912 se publicó mi libro *Wandlungen und Symbole der Libido* con el cual se puso fin a la amistad con Freud. Entonces —*nolens volens*— comenzó mi propio camino.

Se inició al ocuparme de las imágenes de mi propio inconsciente. Esta época abarcó desde 1913 hasta 1917, luego disminuyó la avalancha de fantasías. Sólo después de renacer la calma y no estar ya más preso en la montaña mágica pude situarme en un plano objetivo y comenzar a meditar sobre ello. La primera cuestión que me planteé entonces fue: «¿Qué pasa con el inconsciente?». Como respuesta surgió *Die Beziehungen zwischen dem Ich und dem Unbewussten* (Las relaciones entre el Yo y el inconsciente). En París di una conferencia sobre este tema (1916)[7] que sólo posteriormente publiqué en alemán (1928) ampliado en forma de libro. Describo en él algunos contenidos típicos del inconsciente e indico que no resulta indiferente la actitud que toma la consciencia frente a ellos.

Paralelamente me ocupaba de los preliminares del libro de los tipos.[8] Supuso un importante papel para su génesis la cuestión: ¿En qué me diferencio de Freud y en qué de Adler? ¿Cuáles son las diferencias entre nuestras concepciones? Cuando meditaba sobre ello tropecé con el problema de los tipos; pues es el tipo el que determina y limita desde un principio el juicio del hombre. El libro sobre los tipos se ocupa principalmente de la divergencia del hombre con el mundo, su relación con los hombres y las cosas. Expone los diversos aspectos de la consciencia[*], las posibilidades de su adaptación al mundo y constituye por ello una exposición de la psicología de la consciencia, considerada, por así decirlo, bajo un prisma clínico. Estudié muchas obras, entre ellas la de Spitteler, concretamente el *Prometheus und Epimetheus*, luego también Schiller, Nietzsche y las historias del pensamiento clásico

y medieval desempeñaron también su papel. Cuando me aventuré a enviar a Spitteler un ejemplar de mi libro, no obtuve respuesta, pero poco después dio una conferencia, en la que aseguraba que su *Prometheus und Epimetheus* no «significaba» nada; ¡hubiera podido igualmente cantar «ha llegado mayo!».

En el libro sobre los tipos se llegaba a la conclusión de que todo juicio del hombre está limitado por su tipo y que todo modo de considerar las cosas es relativo. Con ello se planteaba la cuestión de la unidad que compensa esta diversidad. Ello me llevó inmediatamente a la concepción china de Tao. De la coincidencia entre mi evolución interna, con el envío de un texto taoísta por Richard Wilhelm he hablado ya. En 1929 se publicó el libro escrito en colaboración con Richard Wilhelm *Das Geheimnis der Goldenen Blüte*. Entonces alcancé en mis meditaciones e investigaciones el punto central de mi psicología, concretamente la idea de uno mismo. Sólo después de esto hallé el camino de regreso al mundo. Comencé a dar conferencias y realicé diversos viajes cortos. Numerosas conferencias y artículos aislados constituyeron en cierto modo el contrapeso a la preocupación interna que me acuciaba desde hacía años, contenían respuestas a las cuestiones que me habían sido planteadas por mis lectores y pacientes.[9]

Un tema que me preocupaba ya desde mi libro *Wandlungen und Symbole der Libido* era la teoría de la libido. Concebía la libido como un *analogon* psíquico de la energía física, es decir, como un concepto aproximadamente cuantitativo, y por ello rechazaba toda determinación esencial cualitativa de la libido. Mi objetivo consistía en desprenderme del concretismo hasta entonces existente en la libido; para no hablar ya más de los impulsos de hambre, agresión o sexuales, sino considerar todos estos fenómenos como diversas manifestaciones de la energía psíquica.

También en la física se habla de energía y sus modos de manifestarse, como la electricidad, la luz, el calor, etc. Lo mismo sucede en psicología. También se trata aquí en primer lugar de energía (es decir de valores de intensidad, en más o menos), y sus maneras de manifestarse pueden ser muy diversas. A través de la concepción energética de la libido surge una cierta unificación de las concepciones, mientras que en el trasfondo se hallan las cuestiones en controversia frecuente acerca de la naturaleza de la libido —si es sexualidad, fuerza, hambre u otra cosa—. Mi objetivo era realizar una unificación, también en psicología, como se expresa en ciencias naturales bajo la forma de una energética general. Tal era el fin que perseguía con el libro *Über die Energetik der Seele* (Sobre la energética del alma) (1928).[10] Consideraba, por ejemplo, los impulsos humanos como manifestaciones de procesos energéticos y, por lo tanto, fuerzas análogas al calor, la luz, etc. Del mismo modo que al físico actual no se le ocurriría que todas las fuerzas derivasen exclusivamente, por ejemplo, del calor, tampoco es lícito a la psicología subordinar todos los impulsos al concepto de poder o al de la sexualidad. Tal era el error inicial de Freud; posteriormente lo corrigió con la aceptación del «impulso del yo», para otorgar más tarde, por así decirlo, la supremacía al super-yo.

En *Die Beziehungen zwischen dem Ich und dem Unbewussten* constaté solemnemente qué y cómo me relaciono con lo inconsciente, pero no dije nada aún sobre el inconsciente mismo. El ocuparme de mis fantasías me facilitó el presentimiento de que se transforma o causa transformaciones. Sólo cuando estudié la alquimia vi claro que lo inconsciente es un proceso y que la relación del yo con los contenidos del inconsciente motiva una transformación o evolución de la psiquis. En el caso individual puede comprobarse en los sueños y en las fantasías. En el mundo de lo colectivo tiene su expresión principalmente en los diversos sistemas religiosos y en la transmutación de sus símbolos. A través del estudio de los procesos individuales y colectivos de transformación y mediante la comprensión del simbolismo de la alquimia llegué al concepto central de mi psicología, el *proceso de individuación*.

Un punto esencial de mis trabajos es que desde muy pronto se refieren a las cuestiones sobre la concepción general del mundo y tratan de la confrontación de la psicología con la cuestión religiosa. Únicamente en *Psychologie und Religión* (*Psicología y religión*) (1940) y a continuación en *Paracelsica* (1952) me expresé exhaustivamente sobre esto. En especial el segundo capítulo, «Paracelsus als geistige Erscheinung» («Paracelso como fenómeno espiritual»), es importante en este aspecto. Los escritos de Paracelso abundan en ideas originales en las que se manifiesta abiertamente la problemática de la alquimia, aunque en una forma trasnochada y barroca. Mi estudio sobre Paracelso fue lo que finalmente me llevó a imaginar la esencia de la alquimia, y concretamente en su relación con la religión y la psicología, o se podría decir también: la alquimia en su aspecto de filosofía religiosa. Esto lo expuse en *Psychologie und Alchemie* (*Psicología y alquimia*) (1944). Con ello se llegaba por fin al terreno que constituyó la base de mis experiencias de los años 1913 a 1917, pues el proceso por el que entonces pasé correspondía al proceso de transmutación de la alquimia, del cual se trata en *Psychologie und Alchemie*.

Naturalmente se me planteaba una y otra vez la cuestión de la relación entre el simbolismo del inconsciente con la religión cristiana y también con otras religiones. No sólo considero al mensaje cristiano como una puerta abierta, sino que para mí está en la base del hombre occidental. Es verdad que requiere otra visión nueva para adecuarse a las transformaciones seculares del espíritu de la época, de lo contrario se quedaría al margen de la época y al margen de la integridad del hombre. Es lo que me he esforzado en exponer en mis escritos: di una interpretación psicológica del dogma de la trinidad[11], así como del texto de la misa que comparé, además, con el texto de Zósimo de Panopolis, un alquimista y gnóstico del siglo tercero.[12] Mi criterio de confrontación de la psicología analítica con las concepciones cristianas me llevó finalmente a la cuestión de Cristo en cuanto figura psicológica. Ya en *Psychologie und Alchemie* (1944) pude demostrar en el concepto fundamental alquímico de *Lapis*, la piedra, una figura paralela a Cristo.

En el año 1939 organicé un seminario sobre los «ejercicios espirituales» de Ignacio de Loyola. Paralelamente me ocupaba del estudio de *Psychologie und*

Alchemie. Una noche me desperté y vi el crucifijo, bañado en luz clara, al pie de la cama. No se mostró en tamaño natural, pero era muy ostensible y vi que su cuerpo era de oro verdoso. Fue una visión beatífica, pero me aterró lo visto. Visiones de este tipo no me son extrañas, pues veo a menudo imágenes hipnagógicas plásticas.

Por entonces había meditado mucho acerca del *Anima Christi*, una meditación de los «ejercicios». La visión pareció sugerirme que yo, en mis meditaciones, había pasado por alto algo, y ello constituía la analogía de Cristo con el *aurum non vulgi* (el oro no corriente) y con la *viriditas* de los alquimistas. Cuando comprendí que la imagen aludía estos símbolos alquímicos fundamentales, es decir, que se trataba propiamente de una visión de Cristo alquímica, me sentí aliviado.

El oro verde es la cualidad vital que los alquimistas veían no sólo en el hombre, sino también en la naturaleza inorgánica. Es expresión de un espíritu vital, el *anima mundi* o el *filius macrocosmi*, el *anthropos* viviente en todo el mundo. Hasta la materia inorgánica reviste tal espíritu, se encuentra incluso en el metal y Cristo con su analogía que se encuentra en la materia, concretamente el *filius macrocosmi*. Si no me hubiera llamado la atención el oro verde, hubiera intentado convencerme de que en mi concepción «cristiana» faltaba algo esencial, en otras palabras, que mi imagen tradicional era insuficiente y por ello hubiera buscado otro aspecto de la evolución cristiana. Pero el que el metal se destacase me mostraba la patente concepción alquímica de Cristo como unificación de materia espiritualmente viva y físicamente muerta.

En *Aion* (1951) vuelvo a ocuparme del problema de Cristo. Pero aquí no me ocupo del paralelo histórico-espiritual, sino de una confrontación de su figura con la psicología. Yo no consideraba a Cristo como una figura liberada de toda exterioridad, sino que quería mostrar la evolución que sufre a través de los siglos el contenido religioso representado por Él. Me resultaba importante también cómo Cristo se podía predecir astrológicamente y cómo había sido comprendido por el espíritu de su tiempo y en el transcurso de los dos mil años de la era cristiana. Esto era lo que yo quería exponer, junto con todas las extrañas acotaciones que sobre él han ido acumulándose en el transcurso del tiempo.

Durante este trabajo se me planteó también la cuestión de la figura histórica, del hombre Jesús. Esto era especialmente importante porque la mentalidad colectiva de su época —se podría decir: el arquetipo entonces constelado, concretamente la prefiguración del ἄνθρωπος— se abatió sobre él, un profeta judío casi desconocido. La antigua idea ἄνθρωπος, cuyas raíces se encuentran, por una parte, en la tradición judía y en el mito «Horus egipcio», por otra, dominó a los hombres a comienzos de la era cristiana; pues ella correspondía al espíritu de la época. Se trataba del «hijo del hombre», el hijo de Dios que se enfrentaba al *divus Augustus*, el señor de este mundo. Esta idea convirtió el primitivo problema judío del Mesías en la cuestión del mundo.

Pero sería un grave error el querer ver como una simple «casualidad» que Jesús, el hijo de un carpintero, anunciara el Evangelio y se convirtiera en el *salvator mundi*,

en el salvador del mundo. Tuvo que ser una personalidad de talla aventajada que fuera capaz de expresar y representar la esperanza general, aunque ignorada, de su época de un modo tan perfecto. Ningún otro hubiera podido ser el portador de tal mensaje, sino precisamente este hombre Jesús.

El poder de Roma que oprimía a todos, personificado en el divino César, había creado entonces un mundo en el que no sólo eran desposeídos incontables individuos, sino pueblos enteros, a los que se privaba de su autonomía y de su independencia espiritual. Al individuo actual y a las entidades culturales les amenaza algo parecido, concretamente el peligro de la masificación. Por ello se discute ya en muchas partes la posibilidad y la esperanza de una reaparición de Cristo, y ha surgido un rumor visionario que expresa una esperanza de salvación. Es verdad que hoy se manifiesta de un modo que no puede equipararse en nada con el pasado, sino que es un hijo típico de la «época técnica». Se trata de la expansión mundial del fenómeno UFO.[13]

Entonces era mostrar mi objetivo, en toda su amplitud, hasta qué punto mi psicología correspondía a la alquimia —o a la inversa—, se trataba para mí de hallar, junto a las cuestiones religiosas, también los problemas especiales de la psicoterapia en la obra química. La cuestión central, el problema principal de la psicoterapia médica es la transferencia. En ello coincidimos por completo Freud y yo. También en este aspecto pude observar una coincidencia con la alquimia, concretamente en la representación de la *coniunctio* (unificación), cuya gran importancia ya había observado Silberer. La coincidencia se señaló ya en mi libro *Psychologie und Alchemie*. Mis investigaciones me llevaron dos años más tarde al trabajo *Die Psychologie der Übertragung* (1946) y finalmente a mi obra *Mysterium Coniunctionis* (1955-1956).

Al igual que casi todos los problemas que me interesaban humana o científicamente iban acompañados o eran iniciados por sueños, así también el de transferencia: en uno de estos sueños se aludió a ello por medio de una imagen maravillosa e inesperada, junto con el problema de Cristo.

Soñé de nuevo que mi casa tenía una gran ala adicional en la que nunca había estado aún. Me decidí a verla y finalmente entré en ella. Llegué a una gran puerta de dos batientes. Al abrirla me hallé en una sala donde había un laboratorio instalado. Ante la ventana se veía una mesa con muchos vasos y todos los utensilios propios de un laboratorio zoológico. Éste era el lugar de trabajo de mi padre. Pero él no estaba allí. De las paredes colgaban cientos de frascos con peces de todas las clases. Estaba asombrado: «¡Ahora mi padre se ocupa de ictiología!».

Al seguir allí y mirar en derredor mío observé una cortina que se hinchaba de vez en cuando, como si soplase un fuerte viento. De pronto llegó Hans, un muchacho del campo, y le rogué mirara si detrás de la cortina había una ventana abierta. Fue hacia allí y cuando volvió me di cuenta de que estaba profundamente impresionado. El espanto se retrataba en su semblante. No dijo más que: «¡Sí, allí hay algo, hay

duendes por allí!».

Entonces fui yo mismo hacia allí y hallé una puerta que conducía a la habitación de mi madre. No había nadie. La atmósfera era lúgubre. En la enorme habitación colgaban del techo dos hileras de cajas, cinco por hilera, a unos dos pies del suelo. Tenían el aspecto de pequeños pabellones de aproximadamente dos metros por dos de superficie y en cada una había dos camas. Sabía que en este lugar recibía visitas mi madre, quien en realidad había muerto desde hacía tiempo y que ella había preparado las camas para los espíritus, para que pudieran dormir. Eran espíritus que venían por parejas, por así decirlo, matrimonios de espíritus, que pasaban allí la noche o también el día.[14]

Frente a la habitación de mi madre había una puerta. La abrí y me hallé en una gran sala; recordaba la sala de un gran hotel con sillones, mesitas, columnas, y demás lujo inherente. Se oía una música de instrumentos de metal. La había oído sonar a lo lejos todo el tiempo, sin saber de dónde provenía. No había nadie en la sala, sólo la «banda» desgranaba sus canciones, bailes y marchas.

Esta charanga en el vestíbulo del hotel denotaba miedosa alegría y mundanidad. Nadie hubiera sospechado tras esa simple fachada el otro mundo que se hallaba también en la casa. La imagen en sueños de la sala representaba, por así decirlo, una caricatura de mi *bonhomie* o jovialidad mundana. Pero esto no es más que el aspecto externo; detrás hay algo totalmente distinto, que nada tiene que ver con esta música: el laboratorio ictiológico y las casas colgantes de espíritus. Ambas cosas eran lugares sugestivos en los que reinaba un misterioso silencio. Tenía la sensación de que aquí seguía viviendo la noche, mientras que la sala representaba el mundo diurno y su mundanidad superficial.

Las imágenes más importantes del sueño eran la «antesala de los espíritus» y el laboratorio ictiológico. La primera expresa de un modo algo ridículo el problema de la *coniunctio* o de la transferencia; y el laboratorio señala mi preocupación por Cristo, pues Él mismo es el pez (*ictis*). Ambos argumentos me preocuparon durante más de una década.

Es curioso que el ocuparse de los peces se atribuye en el sueño a mi padre. Es, por así decirlo, un fiel mentor de almas cristianas, pues éstas son, según una antigua tradición, peces que son apresados por la red de Pedro. Igualmente curioso es el hecho de que mi madre apareciera como guardiana de las almas descarriadas. Así, pues, se atribuye a mis padres en sueños el problema de la *cura animorum*, que en realidad es mi tarea. Algo seguía inacabado y precisamente en mis padres, y, por lo tanto, latente aún en el inconsciente y reservado al futuro. Todavía no conocía los principios de la alquimia «fisiológica», de la *coniunctio*, y no había pues encontrado respuesta a las preguntas que me planteaba el alma del cristiano, ni se había terminado todavía el estudio sobre el Grial, al cual mi esposa consagró su vida.[15] Recuerdo que con mucha frecuencia pensaba en la *Queste du St. Graal* y el rey de

pescadores cuando me ocupé en *Aion* del símbolo de *ictis*. Si no me lo hubiera impedido el respeto al trabajo de mi mujer, no hay duda que hubiera tenido que incluir en mi investigación de la alquimia la leyenda del Grial.

El recuerdo de mi padre es el de un desgraciado que sufría una herida de Amfortas[*], un «rey de pescadores», cuya herida no quería curarse —el sufrir cristiano, para el cual buscaban los alquimistas la panacea (el remedio)—. Yo, como Parsifal, fui testigo en mi juventud de esta enfermedad y, como aquél, quedé privado del habla. Presentía nada más.

Mi padre nunca se ocupó en realidad del simbolismo triacomórfico de Cristo, pero, en cambio, experimentó, literalmente hasta su muerte, los sufrimientos mostrados y previstos por Cristo, sin llegar a ser claramente consciente de la *imitatio Christi*.

Consideraba sus sufrimientos como un asunto privado que se consultaba con el médico, y no como sufrimientos del cristiano en general. La frase de Gálat[**], II, 20, «Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí», no la comprendió claramente en su difícil significado, pues en el aspecto religioso rehusaba pensar. Quería contentarse con la fe, pero ésta le traicionó. Así se recompensa con frecuencia el *sacrificium intellectus*. «No todos comprenden esta palabra, sino sólo aquellos a los que les es dado… hay castrados que se han castrado a sí mismos por amor al reino de los cielos. El que pueda comprenderlo que lo comprenda» (*Mateo* XIX, 11 y sigs.). Una ciega aceptación nunca lleva a una solución, únicamente en el mejor de los casos a la inacción y lastra a toda la generación siguiente.

La posesión de atributos triacomórficos indica que los dioses no imperan solamente en las regiones sobrenaturales, sino también en las zonas infrahumanas de la vida. Los animales representan en cierto aspecto sus sombras, a los cuales la naturaleza asocia a imágenes luminosas. Los *pisciculi Christianorum* muestran que, los que siguen a Cristo, son ellos mismos peces. Son almas de naturaleza inconsciente que necesitan la *cura animorum*. Así pues, el laboratorio ictiológico es un sinónimo de la cura espiritual de almas. Del mismo modo que el que hiere a otro se hiere a sí mismo, el que sana a los demás se cura también a sí mismo. Significativamente se cumple en el sueño la actividad decisiva de muerto a muerto, concretamente en el otro mundo de la consciencia, por lo tanto, en el inconsciente.

Un aspecto esencial de mi tarea no me era entonces consciente todavía, y por ello no hubiera sido tampoco capaz de interpretar satisfactoriamente el sueño. Sólo podía presentir su significado y debía todavía superar los mayores obstáculos hasta que pudiera redactar la *Respuesta a Job*.

La raíz interna de este escrito se encuentra ya en *Aion*. Allí trataba de la psicología del cristianismo y Job es, en cierto modo, una prefiguración de Cristo. A ambos los une la idea del sufrimiento. Cristo es el doliente siervo de Dios y lo mismo fue Job. En Cristo es el pecado del mundo lo que origina el sufrimiento y el sufrimiento es su respuesta general. Ello lleva inmediatamente a la cuestión: ¿Quién

tiene la culpa de estos pecados? En última instancia es Dios quien ha creado el mundo y su pecado y quien a través de Cristo debe tolerar el mismo destino humano.

En *Aion* se encuentran alusiones al difícil tema del lado oscuro y numinoso de la imagen de Dios. Me he referido a la «cólera de Dios», al mandamiento de temer a Dios, el «no nos induzcas a la tentación». La ambivalente imagen de Dios desempeña un papel decisivo en el libro bíblico de Job. Job espera que Dios le asista en cierto modo contra Dios, con lo que se expresa su trágico antagonismo. Tal es el tema principal de la *Respuesta a Job*.

La raíz exterior de este escrito se halla en mi ambiente. Muchas preguntas del público y de los pacientes me habían forzado a expresarme claramente sobre el problema religioso del hombre moderno. Había dudado durante años porque era consciente de la tormenta que se desencadenaría. Pero finalmente no pude menos que ceder ante la dificultad y premura del problema y me vi forzado a dar una respuesta. Lo hice en la forma en que sobrevino, es decir, en la de una experiencia cuyas emociones yo no reprimía. Esta forma la elegí con una intención preconcebida. Me interesaba evitar el dar la impresión de que quería proclamar una «verdad eterna». Mi escrito debía ser solamente la voz y el voto de un individuo que espera o confía en la reflexión del público. No se me ocurrió en ningún momento que alguien pudiera pensar que quería proclamar una verdad metafísica. Pero esto fue lo que me reprocharon los teólogos, porque el pensamiento teológico está habituado a ocuparse de las verdades eternas. Cuando el físico dice que el átomo tiene tal o cual propiedad y esboza un modelo de él, no se propone tampoco expresar con ella una verdad eterna. Pero los teólogos desconocen el pensamiento científico y en especial el psicológico. Los datos de la psicología analítica, sus hechos esenciales, son testimonios humanos y concretamente los que con frecuencia coinciden en diversos lugares y épocas.

También el problema de Job se anunció con todas sus consecuencias en su sueño. Fue un sueño en el cual hice yo una visita a mi padre, muerto ya desde hacía mucho. Vivía en el campo, ignoro dónde. Vi una casa al estilo del siglo XVIII. Parecía muy espaciosa y con algunos anejos más grandes. Originariamente había sido posada de un balneario; me enteré también de que en el transcurso del tiempo se habían alojado allí muchos príncipes y grandes personalidades, gentes famosas. Después se dijo que algunos habían muerto y en la cripta, que pertenecía también a la casa, se hallaban sus sarcófagos. Mi padre se encargaba de custodiarlos.

Pero mi padre no era sólo el guardián, como pronto descubrí, sino también, en completo contraste a lo que fue en su vida, un hombre de letras. Le hallé en su cuarto de estudios y allí estaban inexplicablemente también el doctor Y. —de mi edad aproximadamente— y su hijo, ambos psiquiatras. No sé si planteé una pregunta o mi padre quería explicar algo, el caso es que fue a buscar en la estantería una biblia, un grueso infolio, parecida a la biblia de la Casa Merian que se encuentra en mi biblioteca. La biblia que mi padre tenía en sus manos estaba encuadernada en lustrosa

piel de lija. La abrió por el antiguo testamento —sospeché que se trataba del libro de Moisés— y comenzó a interpretar un cierto pasaje. Lo hizo tan rápidamente y tan a fondo que no era yo capaz de seguirle. Sólo observé que lo que decía revelaba un arsenal de conocimientos de todo tipo cuyo significado presentía en cierto sentido, pero que no podía apreciar ni comprender. Vi que el doctor Y, no comprendía nada en absoluto y que su hijo comenzaba a sonreír. Pensaba que mi padre se encontraba en un estado de excitación senil y se entregaba a una absurda locuacidad. Pero para mí estaba claro que no se trataba de una excitación enfermiza y menos aún de algo absurdo, sino de un argumento tan inteligente y documentado que nuestra ignorancia no alcanzaba a seguir. Se trataba de algo muy importante que le fascinaba. Por ello hablaba con tal intensidad, desbordado por profundos pensamientos. Me indigné y pensé que era una pena que tuviese que hablar ante nosotros, tres almas de cántaro.

Los dos psiquiatras representaban un punto de vista médico limitado que naturalmente también me interesaba como médico. Reproducían mi sombra, primer y segundo plano, por así decirlo, como padre e hijo.

Luego la escena cambió: mi padre y yo estábamos ante la casa y enfrente se encontraba una especie de granero donde por lo visto se almacenaban reservas de leña. Se oía allí fuerte estrépito como si los trozos de madera fueran lanzados al suelo. Tenía la impresión de que como mínimo había dos obreros ocupados en este trabajo, pero mi padre me indicó que allí había duendes. Eran, pues, un cierto tipo de duendes los que ejecutaban tal estruendo.

Entonces entramos en la casa y vi que tenía unos muros muy gruesos. Subimos por una estrecha escalera al primer piso. Allí se ofrecía ante nuestra vista una visión extraña: una sala que representaba la copia exacta de la Diwân-i-kaas (sala del senado) del sultán Akbar en Fatehpur-Sikri. Era una habitación redonda de techo elevado con una galería a lo largo de la pared, de la que partían cuatro puentes que llevaban al centro de la sala con forma de pila. La pila descansaba en una columna enorme y formaba la silla circular del sultán. Desde allí hablaba a sus consejeros y filósofos, que estaban sentados en la galería a lo largo de la pared. Todo ello constituía una enorme mandala. Correspondía exactamente al Diwân-i-kaas que había visto en la India.

En sueños vi de pronto que en el centro de la sala había una empinada escalera que subía a la pared, esto ya no correspondía a la realidad. Arriba había una pequeña puerta, y mi padre dijo: «¡Ahora te conduciré a la presencia suprema!». Para mí fue como si dijera: «Highest presence». Entonces se arrodilló y tocó con la frente el suelo, yo le imité y me arrodillé también presa de gran agitación. Por algún motivo no lograba tocar el suelo con la frente. Quedaba quizás un milímetro entre la frente y el suelo. Pero yo había seguido el gesto y supe de pronto, tal vez por mi padre, que detrás de la puerta, en una pieza aislada, habitaba Urias, el general del rey David. Este último había infamado a Urias por amor a su mujer Betsabé y había ordenado a sus guerreros que le apuñalaran en presencia del enemigo.

Debo hacer un par de observaciones adicionales acerca de este sueño. La escena inicial muestra cómo repercutía en mí la tarea ignorada por mí y que por así decirlo había confiado a mi padre, es decir, al inconsciente correspondiente. Él se ocupó abiertamente de la Biblia (¿*Génesis*?) y se esforzó en transmitirnos sus opiniones. La piel de lija dota a la Biblia de un contenido inconsciente, pues los peces son mudos e inconscientes. Mi padre no logró hacerse comprender: el público es en parte inepto y en parte malévolamente estúpido.

Después de este percance atravesamos la calle y fuimos al «otro lado», donde, al parecer, trabajaban los duendes. Los fenómenos de duendes se manifestaban especialmente en la época juvenil, ante la pubertad; ello significa que soy todavía bisoño y demasiado inconsciente. El ambiente indio ilustra la «otra parte». Cuando estuve en la India me impresionó mucho el carácter de mandala del «Diwân-i-kaas» como representación de un contenido referido a un centro. El centro es la sede de Akbar el Grande que rige un subconsciente, del «señor de este mundo», algo así como David. Pero por encima de éste está su víctima inocente, su fiel general Urias, a quien entregaba al enemigo. Urias es una prefiguración de Cristo, del Hombre-Dios, que es abandonado por Dios. David se había «apropiado» además la mujer de Urias. Sólo posteriormente comprendí lo que significaba esta alusión a Urias: no sólo me vi forzado a hablar en público y muy a pesar mío sobre la ambivalente imagen de Dios del Antiguo Testamento y sus consecuencias, sino que mi mujer me fue arrebatada por la muerte.

Tales eran las cosas que, ocultas en mi inconsciente, me esperaban. Tuve que doblegarme ante este destino y hubiera debido tocar con mi frente el suelo para que mi sumisión fuera total. Pero algo me había impedido llegar al suelo, siquiera por unos milímetros. Algo decía en mí: «Sí, es así, pero no del todo». Algo se obstina en mí y no quiere ser el pez mudo; y si no hubiera sido así en el hombre libre, no se hubiera concebido ningún Job algunos siglos antes del advenimiento de Cristo. El hombre incluye en sí una contradicción, incluso frente a la decisión divina. ¿Dónde estaría su libertad? ¿Y dónde estaría su carácter si no fuera *capaz* de amenazar a sus amenazadores?

Más arriba que Akbar habita Urias. Es incluso tal como el sueño dice «highest presence», una expresión que en realidad se emplea sólo para Dios, bizantinismos aparte. No puedo menos de pensar aquí en Buda y en su relación con los dioses. Sin lugar a dudas, para los asiáticos creyentes el Tathagata representa lo supremo por antonomasia. Por ello se ha sospechado ateísmo en el budismo de Hînayâna —muy injustamente—. En virtud del poder de los dioses, el hombre es capaz de llegar a trabar conocimiento con su creador. Posee incluso la posibilidad de destruir la creación en su aspecto esencial, concretamente en la consciencia universal del hombre. Hoy el hombre puede suprimir toda vida superior en la tierra por medio de la radiactividad. La idea de una destrucción del mundo se encuentra expresada ya en Buda: mediante iluminación, la cadena de Nidâna —la dependencia causal que

conduce inapelablemente a la vejez, enfermedad y muerte— puede interrumpirse de tal modo que la ilusión del ser llegue a su fin. La negación de Schopenhauer de la voluntad alude de modo profético a un problema del futuro que se nos acerca de modo alarmante. El sueño encierra una idea y presentimiento que se encuentran desde hace tiempo presentes en la humanidad, la idea de la criatura que supera el creador por margen escaso pero decisivo.

Tras esta digresión en el mundo de los sueños vuelvo a ocuparme de mis libros: en *Aion* se abordó una problemática distinta que exigía un estudio especial. Intenté establecer un paralelo entre la aparición de Cristo y el comienzo de un nuevo Aeon, de la constelación zodiacal de Piscis. Este paralelismo entre la vida de Cristo y el acontecimiento astronómico objetivo, concretamente el inicio del equinoccio vernal en el signo de Piscis, debe definirse como sincronización. Por ello Cristo es el «pez» y se revela como señor del nuevo Aeon (como Hammurabi, el señor de la constelación de Aries). Tales hechos me plantearon el problema del sincronismo que expuse en mi trabajo *Syncrhronizität als ein Prinzip akausaler Zusammenhänge* (*Sincronismo, principio acausal de la interdependencia*).[16]

El problema de Cristo, tratado en *Aion*, me llevó finalmente a la cuestión de cómo se expresa el fenómeno del ántropos, del gran hombre —psicológicamente: de la «persona»— en el conocimiento del individuo. La respuesta intenté darla en *Von den Wurzeln des Bewusstseins* (1954). Aquí se trata de la armonía entre consciencia e inconsciente, de la evolución de la conciencia a partir del inconsciente y del impacto de la personalidad más destacada, del «hombre interior», en la vida de cada uno.

El *Mysterium Coniunctionis* constituye el término de la confrontación de la alquimia y mi psicología del inconsciente. En este libro me ocupé de nuevo del problema de la transferencia, pero ante todo proseguí mi antigua tentativa de exponer todo lo que abarca la alquimia como un tipo de psicología de la alquimia, o como una fusión alquímica de la psicología profunda. Sólo con *Mysterium Coniunctionis* mi psicología se situó definitivamente en la realidad y se cimentó históricamente como un todo. Con ello mi tarea estaba terminada, mi obra hecha y concluida. En el instante en que logré mi objetivo accedí a los límites más extremos de lo para mí concebido científicamente, a lo trascendente, la esencia del arquetipo en sí, más allá de lo cual ya no es posible expresar nada más en el aspecto científico.

La visión que he dado aquí de mi obra es naturalmente sólo esquemática. En realidad hubiera debido decir mucho más o mucho menos. El capítulo ha sido improvisado y nació en un momento, como todo lo que he ido exponiendo.

Mis obras pueden considerarse como etapas de mi vida, son expresión de mi desarrollo interior, puesto que el ocuparse de los temas del inconsciente forma al hombre y provoca sus cambios. Mi vida es mi quehacer, mi trabajo espiritual. Una cosa no puede separarse de la otra.

Todos mis escritos son, por así decirlo, encargos que proceden del interior; surgieron bajo la presión del destino. Lo que escribí partió siempre de mi interior.

Dejo que se exprese el ánimo que me mueve. Nunca preví eco para mis escritos. Representan una compensación a mi mundo contemporáneo y tuve que decir lo que nadie quiere oír. Es por ello que me he sentido, particularmente al principio, tan a menudo perdido. Sabía que los hombres reaccionarían negativamente porque es difícil aceptar la compensación al mundo consciente. Hoy puedo decir: es incluso sorprendente el éxito que tuve, muy superior al que podía esperar. Pero para mí lo principal fue siempre que lo que debía decir lo he dicho. Tengo la sensación de haber hecho lo que me fue posible. Evidentemente podría ser más y mejor, pero no en razón de mis aptitudes.

EL TORREÓN



A TRAVÉS DE MI TRABAJO CIENTÍFICO fui asentando paulatinamente mis fantasías y los temas del inconsciente sobre terreno firme. Sin embargo, la palabra y el papel no me bastaron; necesitaba algo más. Tuve que reproducir en la piedra mis ideas más íntimas y mi propio saber, o hacer una confesión en piedra. Tal fue el principio del torreón que me construí en Bollingen. Puede parecer una idea absurda, pero así lo he hecho y significa para mí no sólo una satisfacción asombrosa sino también una culminación del espíritu.[1]

Desde un principio me resultó evidente que lo construiría junto a un lago. El particular encanto de la orilla norte del lago de Zurich me había fascinado siempre y en 1922 compré un terreno en Bollingen. Se encuentra en la región de San Mainrad y es solar de templos que perteneció anteriormente al monasterio de Saint Gall.

Ante todo no planeé una casa exactamente, sino únicamente un edificio de un solo piso, con un hogar en el centro y los dormitorios junto a los muros, un tipo de vivienda primitiva. Para ello me inspiré en una cabaña africana donde el fuego arde entre dos piedras, y toda la existencia de la familia se desenvuelve alrededor de este centro. En el fondo, las cabañas primitivas representan una idea de la totalidad —se podría decir, una totalidad de familia en que participan toda suerte de animales domésticos—. Algo semejante yo quería construir: una vivienda que correspondiera a los sentimientos primitivos del hombre. Debía dar la sensación de estar a salvo —no sólo en un sentido físico sino también en el psíquico—. Pero ya durante las primeras obras cambié de plan; me pareció demasiado primitivo. Me di cuenta de que debía construir una auténtica casa de dos plantas y no una cabaña que sobre el suelo se aplasta. Así surgió en 1923 la primera casa circular. Cuando estuvo terminada vi que era un auténtico torreón.

La sensación de tranquilidad y recreo que yo asociaba con el torreón fue desde un principio muy fuerte. Significaba para mí algo así como una morada materna. Pero paulatinamente fui experimentando la sensación de que no expresaba aún todo lo que había que decir, que faltaba algo todavía. Así surgió al cabo de cuatro años, en 1927, la construcción mixta, con un anexo también en forma de torreón.

Al cabo de cierto tiempo tuve nuevamente la sensación de insuficiencia. También en esta forma la construcción me parecía todavía excesivamente primitiva. Así, en 1931 —habían transcurrido nuevamente cuatro años— el anexo en forma de torreón se convirtió en un auténtico torreón. En este segundo torreón reservé un espacio exclusivamente para mí. Me inspiré para ello en las casas indias en las que con frecuencia se encuentra un departamento —aunque a veces sea sólo un rincón

separado de la habitación por una cortina— donde los hombres pueden retirarse. Allí meditan, quizás durante un cuarto de hora o media hora, o realizan ejercicios de yoga.

En esta habitación aislada quedo a solas conmigo mismo. Llevo la llave siempre encima; nadie puede penetrar allí si no es con mi autorización. En el transcurso de los años he pintado las paredes y he expresado así las cosas que de aquel momento me sumían en el aislamiento, de la actualidad en la eternidad. Constituye un prisma de meditaciones e imaginaciones, con frecuencia meditaciones muy desagradables y pensamientos asaz difíciles, un lugar de concentración espiritual.

En 1935 nació en mí el deseo de poseer un trozo de tierra acotada. Necesitaba un gran espacio que se abriera al cielo y a la naturaleza. Por esta razón agregué —habían transcurrido de nuevo cuatro años— un patio y una logia junto al lago. Formaban la cuarta parte del conjunto, separada del triple complejo principal. De este modo surgió uno cuádruple, con cuatro diferentes alas, y concretamente en el transcurso de doce años.

Después de la muerte de mi esposa, en 1955, sentí el íntimo deber de llegar a ser lo que yo mismo soy. En el lenguaje de la casa de Bollingen: de repente descubrí que en el ala intermedia, que hasta entonces se alzaba insignificante y oculta entre los dos torreones, representaba, por así decirlo, a mí mismo o a mi Yo. Entonces lo aumenté un piso. Antes no hubiese sido yo capaz de ello; lo hubiese considerado únicamente una audaz ostentación. En realidad se manifestaba la supremacía del ego o de la consciencia alcanzada en la vejez. De este modo, un año después de la muerte de mi esposa, la obra quedó terminada. La construcción del primer torreón había comenzado en 1923, dos meses después de la muerte de mi madre. Estas fechas son significativas, porque el torreón, como veremos, está vinculado a los muertos.

Desde un principio el torreón se convirtió para mí en un lugar de perfeccionamiento, un seno materno o una figura maternal en la cual podía volver a ser lo que soy, lo que fui y lo que seré. El torreón me daba la sensación como si hubiera renacido en piedra. Me parecía el cumplimiento de lo presentido anteriormente y una representación de la individuación. Un recuerdo *aere perennius*. Ello repercutió en mí de un modo beneficioso, como una afirmación de mi modo de ser. Construí la casa por partes aisladas y seguí siempre las respectivas necesidades concretas. Las conexiones íntimas no las medité nunca. Se podría decir que construí el torreón en una especie de sueño. Sólo posteriormente vi lo que había surgido y que ello poseía una forma razonable: un símbolo de la integridad psíquica. Se había desarrollado como si una vieja simiente hubiera germinado.

En Bollingen estoy en mi más propia esencia, en lo que a mí respecta. Aquí soy, por así decirlo, el «hijo primitivo de la madre». Así se dice sabiamente en la alquimia, pues el «viejo», el «primitivo» a quien experimenté ya de niño, es la personalidad número 2 que siempre ha vivido y vivirá. Está al margen del tiempo y es hijo del inconsciente maternal. En mis fantasías el «primitivo» adoptó la figura de Filemón y en Bollingen está vivo.

A veces estoy como abierto al paisaje y a las cosas, y vivo yo mismo en cada árbol, en el murmullo de las olas, en las nubes, en los animales que vienen y se marchan, y en las cosas. No hay nada en el torreón que no haya crecido y evolucionado en el transcurso de las décadas y con lo que yo no esté unido. Todo tiene su y mi historia y aquí hay espacio para el ilimitado reino del subconsciente.

Prescindí de electricidad y yo mismo cuido del hogar y la estufa. Por la tarde enciendo las viejas lámparas. Tampoco hay agua corriente, debo extraer el agua yo mismo mediante bombas. Parto la leña y preparo la comida. Estas cosas simples hacen al hombre sencillo; y ¡qué difícil es ser sencillo!

En Bollingen me rodea el silencio y se vive «*in modest harmony with nature*».[2] Emergen pensamientos que se hunden en los siglos que, por consiguiente, anticipan futuros lejanos. Aquí se aminora el dolor de la creación; lo genial y lo frívolo se aproximan.

En el año 1950 erigí en piedra una especie de monumento a lo que significaba para mí el torreón. Es una maravillosa historia cómo llegó a mí esta piedra:

Cuando construía el muro de separación del así denominado jardín necesitaba piedras y las encargué a una cantera de las cercanías de Bollingen. En mi presencia el constructor dictó todas las medidas al dueño de la cantera y éste las anotó en una libreta. Cuando llegaron las piedras con el barco y fueron descargadas, vi que la *soi-disant*, piedra angular, tenía las medidas completamente equivocadas: en lugar de una piedra de triple canto habían traído un cubo. Era un hexaedro perfecto de dimensiones muy superiores a las que se habían dado, de unos 50 centímetros de arista. El constructor estaba indignado y dijo a los descargadores que inmediatamente podían llevarse de nuevo la piedra.

Pero cuando vi la piedra, dije: «No, ésta es mi piedra, ¡he de tenerla!». Comprendí al instante que me resultaba apropiada y que quería hacer algo con ella. Pero no sabía todavía qué.

Lo primero que me vino a la mente fue un verso latino del alquimista Arnaldo de Vilanova (muerto en 1313) y fue también lo primero que grabé en la piedra. Traducido, dice así:

Aquí está la piedra, la insignificante.
Ciertamente vale poco en cuanto a precio.
Será desdeñada por los ignorantes, pero
tanto más amada por los sabios.

Este apotegma se refiere a la piedra alquímica, el *lapis*, que es despreciada y rechazada por los ignorantes.

Pronto se convirtió en algo distinto. En la superficie anterior de la piedra vi un círculo pequeño, como una especie de ojo que mirara. También esculpí esto en la piedra y en el centro coloqué un pequeño hombrecillo. Era el muñequito que

correspondía a la pupila del ojo, una especie de cabir o telesforo de Esculapio. Está cubierto por un abrigo con capucha y lleva una linterna tal como se le puede ver en varias representaciones antiguas. ¡Al mismo tiempo es un indicador de caminos! Le dediqué un par de palabras que me vinieron a la mente durante el trabajo.

> El tiempo es un niño —juguetón como un niño— jugando al ajedrez —el reino del niño—. Éste es Telesforo, que recorre las oscuras regiones de este cosmos y brilla como una estrella procedente de las profundidades. Indica el camino hacia las puertas del sol y al país de los sueños.[3]

Estas palabras vinieron a mí, una tras otra, mientras estaba trabajando la piedra.

En la tercera cara que mira al lago dejé hablar, por así decirlo, a la misma piedra en forma de inscripción latina. Todas las frases son citas de la alquimia. Ésta es la traducción:

> Soy huérfano, estoy solo; sin embargo, se me encuentra en todas partes. Soy una unidad pero contrapuesto a mí mismo. Soy joven y anciano a la vez. No he conocido ni padre ni madre, porque se me tuvo que extraer de las profundidades como a un pez. O porque caí del cielo como una piedra blanca. Voy vagando por bosques y montañas, pero estoy oculto en lo más íntimo del hombre. Soy mortal como todos, sin embargo, no me afecta el curso de los tiempos.

Como final coloqué bajo el versículo de Arnaldo de Vilanova las siguientes palabras en latín: «En recuerdo de su 75 aniversario C. G. Jung lo ha hecho y colocado en 1950 en acción de gracias».

Cuando la piedra estuvo terminada, la contemplé de nuevo y me asombré de ello, preguntándome qué significaba a fin de cuentas hacer tal cosa.

La lápida se encuentra fuera del torreón y viene a ser una especie de justificación de ella. Es una manifestación de su morador, que permanece, sin embargo, incomprendido por los hombres. ¿Saben ustedes qué quería grabar en su parte posterior? «¡*Le cri de Merlin*!». Pues lo que la piedra expresa me recuerda la manifestación de Merlín desde el bosque después de que desapareció ya del mundo. Los hombres oyen todavía su grito, así dice la leyenda, pero no pueden comprenderlo o descifrarlo.

Merlín representa el intento del inconsciente medieval, de crear una figura paralela a Parsifal. Parsifal es el héroe cristiano y Merlín es su oscuro hermano, en cuanto que es hijo del diablo y una pura doncella. En la época del siglo XII en que surgió la leyenda no existían todavía antecedentes para comprender lo que representaba. Por ello terminó en el exilio y por ello «*le cri de Merlin*» resuena

todavía después de su muerte en el bosque. Este grito, que nadie podía entender, demuestra que continuó viviendo en una forma enigmática. En realidad su historia no ha terminado todavía y sigue en vigor. Se podría decir que el secreto de Merlín fue proseguido por la Alquimia, particularmente en la figura de Mercurius. Luego fue recogido por mi psicología del inconsciente y ¡sigue hoy todavía incomprendido! La razón de ello es que la vida del inconsciente es algo del todo incomprensible para la mayoría de los hombres. Una de mis más impresionantes experiencias es constatar lo ajena que es a los hombres.

Una vez estaba yo en Bollingen, cuando el primer torreón había sido ya terminado. Era en invierno de 1923-1924. Por lo que puedo recordar, no había nieve, debíamos estar ya al principio de la primavera. Estuve solo durante una semana, puede que más. Reinaba un silencio indescriptible. Nunca lo había vivido de modo tan intenso.

Una tarde, lo recuerdo todavía con exactitud, estaba sentado junto al fuego y había colocado encima una gran olla, pues quería calentar agua para lavarme. Entonces el agua comenzó a hervir y la olla comenzó a cantar. Se oían muchas voces o instrumentos de cuerda y sonaba como una orquesta polifónica. Era algo así como música polifónica, que por cierto no puedo sufrir, pero que me pareció singularmente interesante. Era como si en el interior del torreón se hallara una orquesta y otra en el exterior. De pronto predominaba una, de pronto la otra, como si se respondieran mutuamente.

Yo estaba sentado y estaba fascinado. Durante más de una hora escuché el concierto, esta mágica melodía de la naturaleza. Era una música suave con todas las disonancias de la naturaleza. Y ello era fiel, pues la naturaleza no sólo es armónica, sino terriblemente contradictoria y caótica. Así era también la música: un torrente de sonidos, como algo propio del viento y del mar —tan extraordinario, que no hay modo de describirlo.

Al comenzar la primavera de 1924 me encontraba de nuevo en Bollingen. Estaba solo y había encendido la estufa. Era una tarde también silenciosa. Por la noche me despertaron unos suaves pasos que se oían alrededor del torreón. Sonaba también una lejana música que se aproximaba paulatinamente y entonces oí voces —risas y palabras—. Pensé: ¿Quién anda por ahí? ¿Qué es esto? Sólo hay el pequeño sendero a lo largo del lago y apenas puede ser cruzado. Mientras meditaba me desperté por completo y fui a la ventana: abrí los postigos —todo estaba en calma—. No se veía a nadie, ni se oía nada, no hacía viento, nada, absolutamente nada.

Esto es extraño, pensé. Estaba convencido de que había oído realmente pasos, risas y charla. Pero por lo visto sólo había soñado. Volví a la cama y medité acerca de cómo puede uno engañarse y por qué sería que había tenido tal sueño. Con estos pensamientos, volví a dormirme y comenzó en seguida el mismo sueño: oí de nuevo pasos, risas, música. Tuve, además, la representación visual de varios centenares de figuras vestidas de oscuro, quizás zagales en sus atavíos domingueros que venían de

las montañas que rodearon al torreón por ambos lados, cantaban, reían y tocaban el acordeón. Enojado, pensé: ¡Al diablo! ¡Creía que era un sueño y resulta que es verdad! Esta impresión me hizo despertar. Me levanté de nuevo de un salto, abrí ventana y postigos, pero todo estaba como antes, sumido en el silencio más absoluto. Entonces pensé: ¡Se trata de duendes!

Naturalmente me pregunté qué significaba que un sueño de este tipo insistiera tanto sobre su realidad y el estado de vigilia. Ello sólo sucede con los fantasmas. Estar de vigilia significa percibir la realidad. El sueño representaba, pues, una situación equivalente a la realidad en la que crea una especie de vigilia. Este tipo de sueños descubren, contrariamente a los sueños habituales, la tendencia del inconsciente, dando al soñador una manifiesta sensación de realidad, que por su repetición se acentúa aún. Como origen de tales realidades conocemos las sensaciones físicas por una parte, pero por otra las figuras arquetípicas.

En aquella noche todo era tan plenamente real, o por lo menos así lo parecía, que, situado entre dos realidades, apenas podía orientarme. No podía explicármelo. ¿Qué significaban estos zagales cantando que desfilaban en largas columnas? Me daba la impresión de que habían venido por curiosidad a ver el torreón.

Nunca más volví a experimentar o soñar algo semejante. Pero aquel acontecimiento me dejó atónito y no podía recordar haber oído algo parecido. Posteriormente hallé un sentido al sueño al leer la crónica de Lucerna de Rennward Cysat del siglo XVII. En ella se narra la siguiente historia: «En un pasto del Monte Pilatos que tiene fama de estar poblado por fantasmas, ¡se dice que hoy todavía allí ronda el espíritu de Woltan!, Cysat, en una ascensión al Pilatos fue molestado por un gran gentío que rodeó su cabaña cantando al son de la música» —exactamente lo mismo que yo había experimentado en el sueño.

Al día siguiente pregunté al vaquero, en cuya cabaña había pasado la noche, qué podría significar este hecho. Éste estaba enterado ya: tuvo que ser el *sälig lüt*, es decir, el ejército de Wotan de las almas descarriadas. Acostumbraban a «rondar» de este modo para hacerse notar.

Como explicación de mi sueño puede decirse que fue una aparición en la soledad en el que el vacío y silencio exteriores fueron compensados por la imagen del gentío. Ello correspondería a las alucinaciones del ermitaño que asimismo significan compensaciones. ¿Pero se sabe en qué realidades se basan tales historias? Se podría creer también que la soledad me sensibilizó hasta tal punto que percibí el desfile del *sälig lüt* que pasaba por allí.

La explicación del acontecimiento como una compensación psíquica nunca me satisfizo del todo y no me bastaba decir que se trataba de una alucinación. Me sentía obligado a considerar también el carácter de realidad. Especialmente se presentaba aquí un paralelismo con el informe del siglo XVII.

A lo sumo podía tratarse de un fenómeno de sincronización. Estos fenómenos manifiestan que aquellos acontecimientos, de los que creemos saber algo porque los

percibimos o presentimos por medio de un sentido interno, muy a menudo tienen también una correspondencia en la realidad externa. Y respecto a mi acontecimiento concreto existe en realidad una correspondencia, pues en la Edad Media han tenido lugar tales desfiles de jóvenes. Se trata de las peregrinaciones que se realizaban particularmente en primavera desde la Suiza central a Locarno, se agrupaban en la «Casa di Ferro» en Minusio y proseguían hasta Milán. En Italia se convertían en soldados y luchaban bajo bandera extranjera. Podía pues ser la imagen de una de estas marchas, que tenían lugar regularmente en primavera y en las que se despedía a la patria con cantos y alborozo.

Mi fantasía se ocupó todavía mucho tiempo de este extraño sueño.

Cuando en 1923 comenzamos a edificar aquí nos visitó mi hija mayor y gritó: «Cómo, ¿tú edificas aquí? ¡Aquí hay cadáveres!». Yo pensé naturalmente: «¡Qué absurdo! ¡No vale la pena discutir!». Pero al cabo de cuatro años, cuando recomenzamos las obras, hallamos realmente un esqueleto. Se encontraba a 2,20 metros de profundidad. En el codo derecho se encontró una antigua bala de fusil. Se veía por la posición del esqueleto que había sido echado a la fosa en avanzado estado de descomposición. Pertenecía a las muchas docenas de soldados franceses que en 1799 se ahogaron en el Linth y fueron arrastrados hasta las orillas del lago. Esto sucedió después de que los austríacos volasen el puente de Grynau que los franceses habían asaltado. En el torreón se encuentra una fotografía de la fosa abierta con el esqueleto y la fecha del día en que se halló el cadáver en la torre: el 22 de agosto de 1927.

Construí entonces en mi finca una sepultura adecuada al soldado, y disparé tres veces por encima de la tumba. Luego coloqué una lápida con una inscripción. Mi hija había presentido la presencia del cadáver. Su facultad de presentir la heredó de mi abuela materna.[4]

En el invierno de 1955-1956 grabé la serie genealógica de mis antepasados en tres lápidas y las coloqué en la logia. La parte superior la adorné con motivos de los blasones de mi familia y de la de mi mujer, así como la de mis yernos.

La familia Jung poseyó originariamente un fénix como animal heráldico que evidentemente tiene relación con *jung* (joven), *verjungung* (rejuvenecimiento). Mi abuelo varió los elementos del blasón, probablemente por oposición a su padre. Fue un inteligente francmasón y un Gran Maestre de la logia suiza. Es a esta circunstancia que se debe la particularidad de su corrección heráldica. Menciono este detalle, en sí insignificante, porque pertenece a la dependencia histórica de mis ideas y de mi vida.

Mis armas heráldicas, según la corrección de mi abuelo, ya no incluyen el fénix original sino que en la parte superior derecha se halla una cruz azul y abajo, a la izquierda, un racimo de uvas azul sobre un campo dorado; en la parte intermedia se encuentra, sobre un travesaño azul, una estrella de oro. Este llamativo simbolismo es francmasónico o rosicruciano. Del mismo modo que cruz y rosa representan la antagónica problemática rosicruciana (*per crucem ad rosam*), es decir, lo cristiano y

lo dionisíaco, también la cruz y las uvas tienen la significación de símbolo del espíritu celestial y ctónico. El símbolo unificador está representado por la estrella de oro, el *Aurum Philosophorum*.[5]

Los rosicrucianos procedían de la filosofía alquímica o hermética. Uno de sus fundadores fue Michael Majer (1568-1622), un conocido alquimista y joven contemporáneo del desconocido, pero importantísimo, Gerardus Dorneus (fines del siglo XVI), cuyos tratados constituyen el primer volumen del *Theatrum Chemicum*. Frankfurt, donde vivieron ambos, parece que fue un centro de la filosofía alquímica. En todo caso, Michael Majer fue como *comes palatinus* (conde palatino) y médico de la corte de Rodolfo II, una personalidad local conocida y respetada. En la vecina Maguncia vivió entonces el doctor en medicina y leyes Carl Jung (muerto en 1654), del que no se sabe nada más que con mi tatarabuelo, nacido a principios del siglo XVIII, Sigismund Jung, un *civis Moguntinus* (ciudadano de Maguncia), se inicia el árbol genealógico. La razón es que los archivos de la ciudad de Maguncia en un asedio durante una guerra española de sucesión fueron pasto de las llamas. Es más que probable que el instruido Dr. Carl Jung conociera los escritos de ambos alquimistas, dado que la farmacología de entonces estaba todavía bajo la influencia de Paracelso. Dorneus fue un decidido partidario de Paracelso y compuso un comentario amplísimo sobre el tratado de Paracelso *De Vita Longa*. Estudió particularmente a los alquimistas en el aspecto del proceso de individuación. En relación con el hecho de que una gran parte de mi vida estuvo dedicada a los trabajos de investigación de la problemática de los antagonismos y en especial estuvo consagrada al simbolismo alquímico, estos acontecimientos anticipadores no dejan de resultar interesantes, razón por la cual no quería que el lector los ignorase.

Cuando trabajaba en el cuadro genealógico comprendí claramente la curiosa vinculación del destino que me une a los antepasados. Tengo la viva impresión de que estoy bajo la influencia de cosas o interrogantes que quedaron sin respuesta para mis padres y abuelos. Muchas veces me pareció que en una familia existía un *karma* impersonal que se transmitía de padres a hijos. Me lo pareció siempre, como si hubiera de dar respuesta a cuestiones que se les plantearon a mis antepasados, sin que ellos pudieran responderlas, o como si debiera terminar o proseguir cosas que el pasado dejó inconclusas. A este respecto es muy difícil saber si estas cuestiones tienen un carácter más personal o más general (más colectivo). A mí me parece que se trata de lo segundo. Un problema colectivo aparece siempre —mientras no se le reconoce como tal— como problema personal y despierta en un caso dado la ilusión de que en el terreno de la psique personal algo no está en regla. De hecho, la esfera personal se halla alterada, pero no necesariamente en lo fundamental, sino mucho más secundariamente a consecuencia de una transformación insoportable de la atmósfera social. Por lo tanto, la causa del desarreglo debe buscarse en tal caso no en el ámbito personal, sino más bien en la situación colectiva. Esta circunstancia la ha tenido muy poco en cuenta la psicoterapia hasta nuestros días.

Como haría todo aquel que posee algo de introspección, en un principio di por sentado que el desdoblamiento de mi personalidad era cuestión de mi más personal incumbencia. Cierto que Fausto me dio la palabra clave: «Dos almas viven, ay, en mi pecho», pero no me aclaró la causa de esta discrepancia conmigo mismo. La opinión de Fausto me pareció coincidir con la mía. Pero yo no podía entonces, cuando leí el *Fausto*, sospechar hasta qué punto el extraño mito del héroe de Goethe era colectivo y cuán proféticamente anticipó el destino alemán. Por ello me sentí aludido personalmente y cuando Fausto, por altivez y petulancia, comete el asesinato de Filemón y Baucis me sentí culpable, algo así como si en el pasado hubiera tomado yo parte en el asesinato de los dos ancianos. Esta extraña idea me aterraba y veía como de mi propia responsabilidad el expiar esta culpa o evitar su repetición.

Mis falsas conclusiones se vieron apoyadas por las noticias que me comunicaron en aquellos mis años de juventud gente ajena a la familia. Me enteré de que mi abuelo, según la leyenda, era hijo natural de Goethe. Esta enojosa historia me afectó hasta el punto de parecerme que explicaba y fortalecía al mismo tiempo mis extrañas reacciones acerca de *Fausto*. No pensaba en una reencarnación, pero creía instintivamente en el concepto de lo que los indios denominan *karma*. Puesto que entonces desconocía por completo la existencia de lo inconsciente, me resultaba imposible una comprensión psicológica de mis reacciones.

Ignoraba igualmente —aunque actualmente también se sabe en general muy poco acerca de ello— que el futuro se prefigura a largo plazo en el inconsciente y hasta qué punto pueden errar sobre ello los clarividentes. Así, por ejemplo, Jakob Burckhardt grita al conocer la noticia de la coronación del Kaiser en Versalles: «Esto es el fin de Alemania». Los arquetipos de Wagner llamaban ya a las puertas y con ellos llegó la vivencia dionisíaca de Nietzsche, que se adecúa mejor al dios de la embriaguez, Wotan. La altivez de la era guillermina enajenaba a Europa y preparaba la catástrofe de 1914.

De este espíritu de la época quedé preso inconscientemente en mis años de juventud (allá por 1893) y no disponía de medio alguno para sustraerme a él. *Fausto* me hizo vibrar en lo más íntimo y me afectó de tal modo que personalmente no podía comprender nada más. Se trataba principalmente del problema del antagonismo entre el bien y el mal, entre el espíritu y la materia, la luz y la oscuridad, que me preocupaba intensamente. Fausto, el filósofo inepto, desorientado, me parecía chocar con su parte oscura, con su inquietante nombre, Mefistófeles. Pese a su naturaleza negativa, Mefistófeles representa, frente al sabio marchito que pasa insensible ante el suicidio, el propio espíritu de la vida. Mis contradicciones internas aparecían aquí dramatizadas. Goethe había hecho en cierto modo un rápido esbozo y un esquema de mis propios conflictos y soluciones. El binomio Fausto-Mefistófeles se resumía para mí en un único hombre, que era yo. En otras palabras, me sentía afectado y reconocido, y ahí se hallaba mi propio destino, razón por la cual todos los episodios del drama me afectaban; tenía que asentir aquí y luchar allí apasionadamente.

Ninguna de las conclusiones podía resultarme indiferente. Posteriormente vinculé en mi obra conscientemente lo que Fausto dejó pasar por alto: el respeto a los eternos derechos humanos, el aprecio de lo antiguo y la continuidad de la cultura y de la historia del espíritu.[6]

Tanto nuestra alma como nuestro cuerpo se componen de elementos que todos estuvieron ya presentes en la serie de antepasados. Lo «Nuevo» en el alma individual es la recombinación variada hasta el infinito de los ancestrales componentes, cuerpo y alma tienen por ello un carácter eminentemente histórico y no hallan en lo nuevo, en lo recién nacido la adecuada morada, es decir, los rasgos ancestrales se encuentran en el propio hogar sólo en parte. Nosotros no hemos terminado todavía con el Medioevo, la antigüedad y el primitivismo tal como nuestra psique exige. En lugar de ello somos lanzados a la catarata del progreso que cuanto más nos impulsa con más salvaje ímpetu hacia el futuro, tanto más nos arranca de nuestras raíces. Pero una vez derribado lo antiguo, generalmente queda también destruido y ya no es posible detenerse en absoluto. Pero es precisamente esta pérdida de vinculación, este desarraigo, lo que provoca una especie de «insatisfacción de la cultura» y una prisa tal que se vive más del futuro y de sus promesas quiméricas de una era dorada, que en el presente, en el cual todo nuestro trasfondo histórico-evolutivo ni siquiera se ha alcanzado todavía. Desenfrenadamente se arroja uno a lo nuevo llevado por un creciente sentimiento de insatisfacción, descontento y desasosiego. No se vive ya de lo que se posee, sino de promesas, no a la luz del presente día, sino en las tinieblas del futuro en que se aguarda el auténtico amanecer. No se quiere reconocer que todo mejor se adquiere a costa de un peor. La esperanza de una mayor libertad es frustrada por un acrecentamiento de esclavitud al Estado, para no hablar de los terribles peligros que nos ofrecen los más brillantes descubrimientos de la ciencia. Cuanto menos comprendamos lo que buscaron nuestros padres y antecesores, tanto menos nos comprendemos a nosotros mismos, y contribuimos con todas nuestras fuerzas a acrecentar la carencia de arraigo e instintos del individuo de tal modo que sigue a «la fuerza de la gravedad» sólo como partícula física.

Mejoras progresivas, es decir, mediante nuevos métodos o *gadgets*, resultan a primera vista verdaderamente convincentes, pero dudosas en cuanto a su duración y en todo caso se pagan muy caras. En ningún caso incrementan el bienestar, la satisfacción o la felicidad. En la mayoría de casos representan modos pasajeros de endulzar la existencia, como, por ejemplo, las medidas de acortamiento del tiempo que aceleran enojosamente el *tempo* y de este modo nos dejan menos tiempo que antes. «*Omnis festinatio ex parte diaboli est*»: *toda prisa proviene del diablo*, solían decir los antiguos maestros.

Mejoras que se basen en el pasado son generalmente menos costosas y más duraderas, pues se resumen a los caminos más sencillos y seguros del pasado y a hacer el más exiguo uso de periódicos, radio, televisión y casi todas las innovaciones que, por así decirlo, ahorran tiempo.

Hablo mucho en este libro de mi ideología subjetiva que, sin embargo, no representa ningún progreso de la razón. Más bien es una visión que se obtiene cuando uno se propone ver y oír la figura y voz del ser con los ojos semicerrados y con los oídos algo sordos. Si vemos y oímos con excesiva claridad, en tal caso nos hallamos limitados a las horas y minutos del hoy y no percibimos el cómo y el porqué nuestra alma ancestral acepta y comprende el hoy, o en otras palabras, cómo reacciona el inconsciente. Y así permanecemos en las tinieblas sin vislumbrar si el mundo de los antepasados participa con bienestar ancestral en nuestra vida, o a la inversa, si se aparta de ella con aversión. Nuestra tranquilidad y satisfacción internas dependen en gran medida de si la familia histórica, personificada por el individuo, concuerda o no con las condiciones efímeras de nuestro presente.

En mi torreón de Bollingen es como si se viviese en muchos siglos. Me sobrevivirá y apunta por su emplazamiento y estilo al más remoto pasado. Sólo en muy pocas cosas recuerda el presente.

Si un hombre del siglo XVI se instalase en esta casa sólo serían nuevas para él la lámpara de petróleo y las cerillas; con el resto se sentiría totalmente a gusto. Nada molesta a los muertos, ni la luz eléctrica ni el teléfono. Pero las almas de mis antepasados perviven también en la atmósfera espiritual de la casa, pues les doy respuesta a cuestiones que dejaron pendientes en su vida, respuestas buenas y malas, según mis propias capacidades. Incluso las he esbozado en las paredes en forma de cuadro. Es como si una gran familia silenciosa, que se extiende a través de los siglos, poblara la casa. Allí vivo en «segunda persona» y veo la vida, panorámicamente, cómo transcurre y pasa.

VIAJES



África del Norte

A COMIENZOS DEL AÑO 1920 UN AMIGO ME COMUNICÓ QUE DEBÍA REALIZAR UN VIAJE DE NEGOCIOS A TÚNEZ Y ME PREGUNTABA SI QUERÍA ACOMPAÑARLE. Acepté inmediatamente. En marzo marchamos primero a Argelia. Bordeando la costa llegamos a Túnez y desde allí fuimos a Susa, donde dejé a mi amigo con sus negocios.[1]

Por fin me hallaba allí, donde siempre había ansiado ir, es decir, en un país no europeo donde no se hablara idioma europeo alguno y no imperaran influencias cristianas, donde vivía otra raza y otra tradición e ideología históricas y configuraran el aspecto de las cosas. Había deseado en muchas ocasiones poder ver al europeo desde fuera, reflejado en un ambiente exótico en todos los aspectos. Ciertamente lamenté profundamente mi desconocimiento de la lengua árabe, pero ello me llevó a observar a las gentes y sus empresas con mayor atención. A menudo permanecía sentado durante horas en un café árabe y escuchaba las conversaciones de las que no comprendía ni una sola palabra. Con ello estudiaba la mímica y en especial, atentamente, las demostraciones de afecto de la gente, notaba la transformación sutil de sus gestos cuando hablaban con un europeo, y aprendí a ver en cierto modo con otros ojos y a observar al «hombre blanco» fuera de su propio ambiente.

Lo que el europeo interpreta como abandono y apatía oriental me pareció una mera máscara, tras la cual se ocultaba desasosiego, incluso excitación que no sabía explicarme exactamente. Al entrar en el territorio moruno tuve una rara sensación que no sabía interpretar: el país me parecía oler de un modo extraño. Era un olor a sangre, como si el suelo hubiera sido regado con sangre. Lo único que se me ocurrió fue que esta región había terminado con tres civilizaciones, la púnica, la romana y la cristiana. Lo que la era técnica hará con el Islam, es cosa que está por ver.

Cuando dejé Susa marché hacia el sur, a Sfax y de allí al Sahara hacia Tozeur, la ciudad oasis. La ciudad está situada en el borde de una altiplanicie a cuyo pie los tibios y ligeramente salados manantiales dan origen a un caudaloso río y riegan el oasis en mil pequeños canales. Elevadas palmeras datileras forman un techo verde y

frondoso, bajo el cual crecen melocotoneros, albaricoqueros e higueras y más abajo la inimaginablemente verde alfalfa. Algunos alciones, brillantes como piedras preciosas, cruzan raudos los prados. A la sombra relativamente fresca de esta frondosidad verde circulan figuras envueltas en blanco y entre ellas llama la atención muchas tiernas parejas abrazadas, en amistad manifiestamente homosexual. Me sentí de pronto retrotraído a la antigüedad griega, en que esta inclinación constituía el aglutinamiento de la sociedad masculina y de la *polis* enraizada en ella. Me resultaba claro que aquí los hombres hablaban con hombres y las mujeres con mujeres. Me crucé con pocas figuras femeninas, siempre con el rostro embozado como monjas. Vi algunas sin velo. Eran, como mi intérprete explicaba, prostitutas. En las calles principales, hombres y niños eran los únicos que circulaban.

Mi intérprete me confirmó la habitual frecuencia y naturalidad de la homosexualidad y se apresuró a ofrecerme sus propuestas. El buen hombre no podía sospechar qué pensamientos me cruzaban por la mente que me aclaraban mi situación. Me sentí trasladado muchos siglos atrás, en un mundo infinitamente ingenuo de adolescentes que comienzan a librarse de la situación de primitivo crepúsculo existente desde la prehistoria con ayuda de la exigua ciencia del Corán y comienzan a tomar consciencia de la existencia de ellos mismos, en defensa contra el caos amenazador proveniente del norte.

Mientras me hallaba todavía bajo la fuerte impresión de la duración infinita y de la existencia estática, me acordé repentinamente de mi reloj de bolsillo y recordé la prisa del europeo. Tal era la intranquilizadora nube oscura que se cernía sobre las cabezas de estos desprevenidos. Se me antojaron entonces animales de caza que no ven al cazador, pero le olfatean con cierta angustia, concretamente al dios del tiempo que destrozará y destruirá implacablemente su continuidad a través del tiempo que recuerda todavía la eternidad, en días, horas, minutos y segundos.

Desde Tozeur me dirigí al oasis de Nefta, con mi intérprete partí a caballo a primeras horas de la mañana poco después del amanecer. Nuestras monturas eran grandes acémilas de trote rápido con las que se avanzaba aprisa. Cuando nos acercábamos al oasis vino hacia nosotros un jinete solitario vestido completamente de blanco, pasó al galope ante nosotros en una orgullosa postura, sin saludar, montando en una acémila negra con hermosas bridas de piel incrustadas de plata. Resultaba una elegante figura muy impresionante. Seguro que no tenía reloj de bolsillo, menos aún de pulsera, pues todos le conocían y sin saber que desde siempre había existido. Le faltaba aquella extravagancia sutil que es inherente al europeo. El europeo está ciertamente convencido de no ser ya lo que fue en la antigüedad, pero no sabe lo que ha llegado a ser entre tanto. El reloj le dice que desde la Edad Media se ha introducido en él subrepticiamente el tiempo y su sinónimo, el progreso, y le han arrebatado lo que para él es irrecuperable. Con equipaje ligero prosigue su camino hacia metas confusas con progresivo apresuramiento. La pérdida de peso y el correspondiente «*sentiment d'incomplétitude*» lo compensan con la ilusión de sus

éxitos, como ferrocarriles, motonaves, aviones y cohetes que a través de su rapidez cada vez le van arrebatando poco a poco su permanencia y le trasladan a otra realidad de velocidades y apresuramientos.

Cuanto más nos adentrábamos en el Sahara, más se me iba retrasando el tiempo y amenazaba incluso con volver hacia atrás. La cada vez más intensa reverberación del calor contribuyó poderosamente a sumirme en el sueño y cuando alcanzamos las primeras palmeras y casas del oasis, allí todo estaba como siempre había sido.

Al día siguiente, temprano, desperté en mi aposento por el ruido insistente, insólito para mí, que sonaba ante la casa. Allí había una gran plaza abierta que la tarde anterior estaba vacía, pero ahora estaba llena de acémilas, camellos, asnos y hombres. Los camellos gemían y manifestaban su inveterado descontento en una gran variedad de tonos y los asnos competían en destemplados rebuznos. La gente corría con patente agitación, gritando y gesticulando. Parecían salvajes e inspiraban poca confianza. Mi intérprete me explicó que hoy había una gran fiesta. De noche llegaron algunas tribus del desierto con el fin de ofrecer dos días de labranza para el *marabut*. El *marabut* se identificaba con la administración de los pobres y poseía muchos campos en el oasis. La gente iba a trazar un nuevo campo y los correspondientes canales de riego.

Allá lejos, al fondo de la plaza, se levantó de pronto una nube de polvo, se izó una bandera verde y se oyeron tambores. A la cabeza de una larga columna de hombres salvajes, que llevaban cestos de esparto y cortos azadones de amplia pala, apareció un anciano majestuoso y de barba blanca. Era el *marabut*, montado en una acémila blanca, rodeado de hombres con tamboriles. Por todas partes reinaba agitación, gritos salvajes y ásperos, polvo y calor. La comisión se dirigió hacia el oasis con movimientos fanáticos y frenéticos como si fueran a un combate. Seguí este tumulto a una prudente distancia, hasta que llegamos al sitio en que se «trabajaba», mi intérprete no me alentaba a acercarme más. Aquí reinaba, si es posible, mayor agitación. Sonaban por todas partes gritos y tambores. El lugar de trabajo semejaba un hormiguero en plena confusión, todo se hacía con la máxima celeridad. Con enormes cargas de arena en sus cestos danzaban muchos al ritmo de los tambores, otros se inclinaban hacia el suelo con frenética prisa, cavaban y levantaban diques. En este tumultuoso caos volvió a montar el *marabut* en su acémila blanca con los majestuosos, suaves y cansados gestos de la vejez avanzada, al parecer dando instrucciones. Allí donde llegaba él, se acentuaba el ritmo, la prisa y los gritos constituían el trasfondo en que destacaba en grado sumo la figura del santo. Hacia la tarde toda la multitud estaba visiblemente agotada y derrengada y los hombres cayeron junto con sus camellos y pronto durmieron profundamente. Por la noche, después del habitual gran concierto canino, reinó el más absoluto silencio hasta que con los primeros rayos del sol naciente sonó la invocación del almuédano convocando a la oración matinal y que me llegó al alma.

Ello constituyó una lección para mí. Esta gente vive de sus afectos, es decir, son

vividos por ellos. Su consciencia procura, por una parte, la orientación en el espacio y las impresiones que provienen del exterior es movida por impulsos y afectos internos; pero no es reflejada y al Yo le falta toda independencia. No es que suceda algo muy distinto a los europeos, pero, sin embargo, somos ciertamente algo más complicados. En todo caso, disponemos hasta cierto punto de libertad y bien meditadas intenciones. Más bien nos falta la intensidad en la vida.

No deseaba cambiarme, pero me sentí psíquicamente contaminado, lo que se manifestó externamente por una enteritis infecciosa que pude curarme en algunos días al modo habitual del país con agua de arroz y calomelanos.

Desbordante de ideas e impresiones regresé a Túnez y en la noche de nuestro embarque hacia Marsella tuve un sueño que, en mi opinión, dio remate a todo ello. Así debió ser, porque yo estaba habituado a vivir en dos planos, uno consciente que quería comprender y no podía, y otro inconsciente que quería expresarse y no conocía mejor medio para hacerlo que el sueño.

Soñé que estaba en una ciudad árabe y como en la mayoría de ciudades árabes había también en ésta una ciudadela, la kasbat. La ciudad se alzaba sobre una amplia meseta y a su alrededor había una muralla. Su contorno era cuadrangular y había cuatro puertas.

La kasbat, situada en el interior de la ciudad —lo cual en aquellos lugares no es siempre así—, estaba rodeada por una ancha zanja. Yo estaba ante un puente de madera que, por encima del agua, conducía a una puerta oscura en forma de herradura. Estaba abierta. Interesado en ver la ciudadela también por dentro, entré en el puente. Cuando me hallaba aproximadamente a la mitad se me acercó un bello árabe de figura elegante, de porte casi regio, un joven con blanco albornoz. Yo sabía que era el príncipe que residía allí. Cuando estuvo frente a mí, me agarró y quiso echarme al suelo. Luchamos y chocamos contra la barandilla; ésta cedió y ambos caímos en la zanja, donde él intentó hundirme la cabeza en el agua para ahogarme. No, pensé yo, esto es ya demasiado, y ahora le hundí a mi vez su cabeza en el agua. Lo hice, aunque sentía gran admiración por él, pero no quería dejarme matar. No quería matarle, sino sólo dejarle inconsciente y fuera de combate.

Entonces cambió la escena del sueño y él se encontraba conmigo en una gran sala octogonal y abovedada en el centro de la ciudadela. La sala era totalmente blanca, muy sencilla y muy impresionante. A lo largo de las paredes de mármol claro había sofás bajos y ante mí, en el suelo, había un libro abierto con caracteres negros que parecían singularmente bellos escritos sobre níveo pergamino. La escritura no era árabe, sino que parecía más bien una escritura nigúrica de Turquía occidental que me era conocida por los fragmentos maniqueos de Turfan[*]. En realidad yo no conocía el contenido, pero, sin embargo, tenía la sensación de que era «*mi* libro», que yo mismo había escrito. El joven príncipe con quien había yo luchado estaba sentado en el suelo a mi derecha. Le expliqué que, ahora que yo le había vencido, debía leer mi libro.

Pero él se opuso a ello. Coloqué mi brazo sobre sus hombros y le forcé, por así decirlo, con solicitud y paciencia paternales a leer el libro. Yo sabía que forzosamente tenía que hacerlo, y por fin accedió.

El sueño me dejó una profunda impresión. El joven árabe es un doble del orgulloso árabe que sin saludar pasó ante nosotros al galope. Como habitante de la kasbat es una figura de la persona, o mejor, un mensajero enviado de la persona. La kasbat propiamente dicha, de la que proviene, es un mandala perfecto: la ciudadela rodeada por la muralla cuadrangular con las cuatro puertas. En su intención de matarme se rememora el motivo de la lucha entre Jacob y el ángel; él es —hablando en el lenguaje de la Biblia— como el ángel del Señor, un mensajero de Dios que quiere matar al hombre, porque no lo conoce.

A decir verdad, el ángel debía habitar en mí. Pero sólo conoce la verdad «angélica» y no comprende nada del hombre. Por ello se comportó, ante todo, como enemigo mío, pero, por el contrario, yo me mantuve firme frente a él. En la segunda parte del sueño, yo soy el señor de la ciudadela; él está sentado a mis pies y debe conocer mis pensamientos y con ello al hombre.

Mi encuentro con la cultura árabe me impresionó poderosamente. La esencia emocional, casi vital de estos hombres no reflexivos que viven de afectos, provoca un efecto sugestivo en aquellas zonas históricas en nosotros que hemos ya superado, o por lo menos creemos haber superado.

Es como el paraíso infantil del cual imagina uno haber escapado, pero que a la menor provocación causa de nuevo el fracaso. Sí, nuestra fe en el progreso está el peligro de abandonarse a sueños tanto más infantiles sobre el futuro, cuanto más apartemos nuestra consciencia del pasado.

La infancia, sin embargo, por otra parte, gracias a su ingenuidad e ignorancia, proyecta una imagen más completa del individuo, de todo el hombre en su individualidad auténtica. A consecuencia de ello la visión del niño y del primitivo despierta en adultos civilizados anhelos que provienen de deseos y necesidades insatisfechas. Estas partes correspondientes de la personalidad que, en beneficio de la adaptación, fueron retocadas en la persona a partir de la imagen de conjunto del hombre.

Al viajar a África para hallar un lugar psíquico al margen del europeo quiero con ello hallar en mí inconscientemente aquella parte de la personalidad que se ha hecho imperceptible bajo la influencia y presión del modo de ser del europeo. Esta parte se encuentra en inconsciente oposición conmigo porque no le concedo valor alguno. Quiere, de acuerdo con su naturaleza, hacerme inconsciente (hundirme en el agua) para matarme; pero yo, en cambio, quiero hacerle más consciente mediante el conocimiento de cómo puede hallarse un común *modus vivendi*. El color de su piel casi negro la caracteriza como «sombra», pero no personal, sino más bien étnica que no tiene nada que ver con mi persona consciente, sino más bien con el todo de mi

personalidad, es decir con mi persona. Como señor de la kasbat esta parte es, por así decirlo, una especie de sombra del individuo. El europeo, determinado en gran parte por su racionalidad, es mucho más ajeno a lo humano y de ello se envanece algo, sin darse cuenta de que ello se hace a costa de su intensidad de vida y que a causa de ello la parte primitiva de la personalidad es condenada a una existencia parcial subterránea.

Del sueño se desprende claramente en qué sentido influyó en mí mi encuentro con África del Norte: en un principio estuve amenazado por un avasallamiento de mi consciencia europeo, por un inesperado y fuerte ataque por parte de la psiquis inconsciente. En consecuencia no me había percatado en absoluto de una situación de este tipo; por el contrario, no podía librarme de un sentimiento de superioridad porque recordaba a cada paso mi europeísmo. Esto no podía pasarse por alto y acentuaba mi carácter de extranjero frente a estos hombres distintos a mí. Pero no concebía que en mí existieran fuerzas inconscientes que aceptaban las cosas de los demás con tal intensidad que originaba por ello un agudo conflicto. El sueño lo puso al corriente de una situación criminal.

La verdadera naturaleza de este trastorno se me hizo patente sólo al cabo de algunos años, cuando estuve en el África tropical: fue el primer presagio del «*going black under the skin*», un peligro que amenaza a los europeos desarraigados en África. «Allí donde hay peligro surge también lo salvador», estas palabras de Hölderlin me vienen a la mente en tales circunstancias.

«Lo que salva» consiste en que se puede tomar consciencia de la influencia inconsciente con ayuda de los sueños premonitorios. Éstos muestran que algo en nosotros no se supedita sólo de modo pasivo a las influencias inconsciente, sino que se esfuerzan con vehemencia en identificarse con la sombra. Al igual que un recuerdo de la infancia puede adueñarse repentinamente de los afectos vivos de la consciencia de modo que uno se sienta retrotraído a la situación original, así este mundo árabe, aparentemente del todo extraño y distinto, despierta una rememoración de un tiempo anterior sobradamente conocido, que al parecer hemos olvidado totalmente. Es el recuerdo de una posibilidad de vida posible todavía, pero que fue sobrepasada por la civilización. Si volviéramos a revivirla ingenuamente, ello supondría una recaída en la barbarie. Por ello se prefiere olvidarlo. Pero si se nos presenta de nuevo en forma de un conflicto, hay que conservarla en la consciencia y confrontar ambas posibilidades —la vivida y la olvidada—. Pues sin razones suficientes, lo aparentemente perdido no volvería a expresarse en palabras. En la estructura psíquica viviente nada sucede de un modo meramente mecánico, sino en relación con la economía del todo, referido al todo: tiene un objetivo y un sentido. Pero dado que la consciencia no posee nunca una visión panorámica del todo no puede generalmente comprender este sentido. Hay que contentarse ante todo con la constatación de los hechos y confiar al futuro y en las posteriores investigaciones, para hallar una respuesta a lo que significa este choque con la «sombra del individuo». En todo caso,

no tenía yo entonces la menor idea de la naturaleza de esta experiencia arquetípica y todavía menos de los paralelismos históricos. Sin que viera claro el último significado del sueño me quedó grabado en la memoria de modo imborrable y me dejó el más vivo deseo de volver a África en la próxima oportunidad. Este deseo pude realizarlo sólo cinco años después.

Los pueblos indios

Necesitamos siempre un punto de vista al margen de las cosas para emplear eficazmente la palanca de la crítica. Ello es especialmente válido para las cuestiones psicológicas en las cuales somos más parcialmente subjetivos que en cualquier otra ciencia. Por ejemplo, ¿cómo podremos hacernos cargo de las características nacionales si nunca tenemos ocasión de contemplar nuestra nación desde fuera? Contemplar desde fuera significa ver desde el punto de vista de otra nación. Para ello es necesario adquirir un conocimiento suficiente del alma colectiva ajena, y en este proceso de asimilación se enfrenta uno con todas aquellas incompatibilidades que constituyen el prejuicio nacional y la idiosincrasia nacional. Todo lo que a mí me irrita, en otro puede convertirse en conocimiento de mí mismo. Comprendo a Inglaterra sólo cuando yo como suizo no encajo con ella. Europa, nuestro mayor problema, sólo la comprendo si veo, como europeo, que yo no encajo en el mundo. Gracias a mi trato con muchos americanos y a mis viajes hacia América y a través de ella se debe mucho de mi comprensión y crítica de la naturaleza de europeo, y me parece que no hay nada más provechoso para un europeo que contemplar a Europa desde lo alto de un rascacielos. Por primera vez contemplé el espectáculo europeo desde el Sahara, rodeado de una civilización que es a la nuestra algo así como la antigüedad romana es a la época moderna. Luego en América comprendí hasta qué punto estaba yo preso todavía en la consciencia de la cultura del hombre blanco. Entonces creció en mí el deseo de proseguir de este modo la comparación histórica descendiendo a un nivel cultural aún más profundo.

Mi siguiente viaje lo realicé en compañía de algunos amigos americanos. Visité los indios de Nuevo México, y concretamente a los pueblos indios constructores de ciudades. Por cierto, que «ciudades» es decir demasiado, pues en realidad son aldeas nada más, pero sus casas apiñadas y construidas una sobre otras sugirieron la palabra «ciudad», así como su idioma y todas sus costumbres. Allí tuve por primera vez la suerte de hablar con un no europeo, es decir, con un hombre no blanco. Era un cacique del pueblo Tao, un hombre inteligente de entre cuarenta y cincuenta años. Se llamaba «Ochwiä Biano» (Lago de montaña). Pude hablar con él de un modo como raramente he hablado con un europeo. Evidentemente estaba preso en su mundo, como un europeo lo está en el suyo, pero ¡en qué mundo! Si se habla con un europeo, uno encalla siempre en lo conocido desde tiempo inmemorial y, sin embargo, nunca comprendido; en cambio allí uno navega por mares profundos y exóticos. En ello no se sabe qué es lo más fascinante, si la visita desde la otra orilla o el descubrimiento de nuevos accesos a lo remotamente conocido y casi olvidado.

«Mira», decía Ochwiä Biano, «lo crueles que parecen los blancos. Sus labios son finos, su nariz puntiaguda, sus rostros los desfiguran y surcan las arrugas, sus ojos tienen duro mirar, siempre buscan algo. ¿Qué buscan? Los blancos quieren siempre algo, están inquietos y desasosegados. No sabemos lo que quieren. No les

comprendemos. Creemos que están locos».

Le pregunté por qué creía que todos los blancos están locos.

Me respondió: «Dicen que piensan con la cabeza». «¡Pues claro! ¿Con qué piensas tú?», le pregunté.

«Nosotros pensamos aquí», dijo señalando su corazón. Quedé sumido en largas reflexiones. Por vez primera en mi vida me pareció que alguien me había trazado un retrato del auténtico hombre blanco. Era como si hasta entonces sólo hubiera recibido impresiones teñidas de sentimentalismo. Este indio había acertado nuestro punto vulnerable y señalado algo para lo que somos ciegos. Sentí nacer en mí como una niebla difusa, algo desconocido y, sin embargo, entrañablemente íntimo. Y de esta nebulosa iban surgiendo, imagen tras imagen, primero legiones romanas, tal como irrumpieron en las ciudades de la Galia, las facciones angulosas de Julio César, Escipión el Africano, Pompeyo. Vi la nobleza romana en el mar del Norte y a orillas del Nilo blanco. Entonces vi a Agustín cómo predicaba el credo cristiano a los británicos a punta de lanzas romanas, y la gloriosa misión de Carlomagno entre los gentiles; luego las bandas criminales y devastadoras del ejército de cruzadas y con una íntima punzada vi claramente la futilidad del tradicional romanticismo de las cruzadas. A continuación venían Colón, Cortés y los demás conquistadores que con el fuego y la espada, la tortura y hasta con el cristianismo aterrorizaron a estos pueblos remotos, que soñaban apaciblemente al sol, su padre. Vi también la despoblación de Oceanía mediante las ropas infectadas de escarlatina, el aguardiente y la sífilis.

Con esto tuve ya bastante. Lo que describimos como colonización, misiones, difusión de la civilización, etc., presentan también otro rostro, un rostro de ave de rapiña que acecha con cruel avidez el lejano botín, un rostro digno de una ralea de piratas y salteadores. Todas las águilas y demás animales de rapiña que adornan nuestros escudos de armas me parecieron exponentes psicológicos adecuados a nuestra verdadera naturaleza.

Todavía algo más de lo que me dijo Ochwiä Biano se me grabó en la memoria. Lo que me dijo me parece tan unido a la atmósfera ambiente, que mi descripción sería incompleta si de ello no mencionara nada. Nuestra conversación tuvo lugar en el tejado del quinto piso del edificio principal. Desde allí se veían figuras en otros tejados envueltas en sus sarapes de lana abismados en la contemplación del sol errante que todos los días se elevaba en un cielo puro. A nuestro alrededor se agrupaban las humildes casas cuadradas construidas con ladrillos secados al aire (adobes) con las típicas escaleras de mano que conducían desde el suelo al techo o de techo en techo a los pisos superiores. (En los primitivos tiempos de inseguridad la entrada acostumbraba a estar en el techo). Ante nosotros se extendía la ondulante meseta del Tao (aproximadamente a 2300 metros sobre el nivel del mar) hasta el horizonte donde se elevaban algunas cumbres cónicas (antiguos volcanes) hasta los 4000 metros. Detrás de nosotros, frente a las casas, corría un río claro, y en la otra orilla había un segundo «pueblo», con sus casas de adobes rojas edificadas una detrás

de otra en dirección al centro de la población, y que anticipaban curiosamente la perspectiva de una gran urbe americana con sus rascacielos en el centro. Quizás a una media hora, aguas arriba, se alzaba una enorme montaña aislada, la montaña, que no tiene nombre. La leyenda dice que los días en que la montaña está oculta por las nubes, los hombres desaparecen aguas arriba en cumplimiento de misteriosos ritos.

El pueblo indio es extremadamente reservado e impenetrable por completo en lo que respecta a su religión. Del ejercicio de su culto hace intencionadamente un misterio. Es algo tan celosamente guardado que abandoné sin esperanzas el camino de la pregunta directa. Nunca anteriormente había notado aún tal atmósfera de misterio, pues las religiones de los actuales pueblos civilizados son todas accesibles; sus sacramentos hace ya mucho tiempo que han dejado de ser misteriosos. Pero aquí el aire estaba saturado de misterio, lo que era consciente para todos, pero inaccesible a los blancos. Esta extraña situación me recordó a Eleusis, cuyo secreto era conocido por una nación y, sin embargo, nunca fue revelado. Comprendí lo que sintió un Pausanias o Herodoto cuando escribía «… no me está permitido citar el nombre de aquel Dios». Sin embargo, no lo sentí como un secreto insidioso, sino como un secreto vital, cuya revelación comportaba peligro tanto para el individuo como para la colectividad. El guardar el secreto da al «pueblo» orgullo y fuerza de resistencia frente al predominio del blanco. Le da unidad y firmeza y se siente como certeza que los «pueblos» existirán como colectividad independiente mientras sus misterios no sean desvelados.

Me resultó asombroso ver cómo varía la expresión del indio cuando habla de sus concepciones religiosas. En la vida corriente demuestra el indio un notable autodominio y dignidad, hasta una indiferencia casi apática. Si, por el contrario, habla de cuestiones que tienen relación con sus misterios, experimenta una súbita emoción que no puede ocultar, hecho que contribuía mucho a mi curiosidad. Tal como ya dije, tuve que abandonar por inútil el interrogatorio directo. Pero si quería saber algo esencial hacía observaciones de tanteo y me fijaba en el rostro de mi interlocutor en los para mí bien conocidos gestos emotivos. Si yo había acertado en lo esencial, el indio callaba o daba una respuesta evasiva, pero con todos los signos de una profunda emoción, con frecuencia se le saltaban las lágrimas de los ojos. Sus concepciones no son para él teoría alguna (que debería ser de naturaleza muy especial para poder provocar lágrimas), sino hechos de significado tan grande y conmovedor como las realidades externas que les corresponden.

Cuando estaba sentado en el tejado con Ochwiä Biano y al elevarse el sol cada vez más alto y con luz deslumbrante, dijo, señalando al sol: «¿No es nuestro padre el que por allí va? ¿Cómo se puede decir otra cosa? ¿Cómo puede haber otro Dios? Nada puede existir sin el sol», su excitación, visible ya, aumentó aún más, meditó unas palabras y por fin exclamó: «¿Qué quiere hacer un hombre solo en las montañas? No puede ni siquiera encender el fuego sin él».

Le pregunté si no creía que el sol fuese una bola de fuego creada por un dios

invisible. Mi pregunta ni siquiera le produjo asombro, y menos aún enojo. Nada en absoluto pareció reaccionar en él, a pesar de que era evidente que mi pregunta no le parecía tonta. Le dejó completamente frío. Tuve la sensación de estar ante una pared infranqueable. La única respuesta que obtuve fue: «El sol es Dios. Todo el mundo puede verlo».

A pesar de que nadie puede sustraerse a la poderosa impresión del sol, me resultó una experiencia nueva que me afectó profundamente ver a estos hombres maduros y dignos bajo una emoción que no podían ocultar cuando hablaban del sol.

En otra ocasión me hallaba junto al río y miraba hacia la montaña que se elevaba todavía casi 2000 metros sobre la meseta. Pensaba concretamente que tal era el techo del continente americano y la gente aquí vivía en la presencia del sol, como los hombres que, envueltos en su serape, se hallan en los más elevados techos del «pueblo», taciturnos y absortos en sí mismos, en presencia del sol. Entonces se oyó una voz profunda que vibraba de secreta emoción detrás de mi oído izquierdo: «¿No crees que toda vida viene de la montaña?». Un anciano indio se había aproximado, calzado con silenciosos mocasines, y me planteaba esta pregunta —que no sé hasta dónde abarcaba—. Una ojeada al río que surgía de la montaña me mostró la imagen externa que corroboraba esta concepción. Evidentemente aquí toda vida provenía de la montaña, pues donde hay agua, hay vida. Nada era más evidente. Sentí en su pregunta una emoción vinculada a la palabra «montaña» y pensé en el rumor de los ritos secretos que se celebraban en la montaña. Le respondí: «Todo el mundo puede ver que dices la verdad».

Desgraciadamente se interrumpió pronto la conversación y no pude obtener una idea más profunda del simbolismo del agua y de la montaña.

Observé que los pueblos indios tan a disgusto como hablaban de algo que afectaba a su religión, hablaban con gran solicitud y viveza de sus relaciones con los yanquis. «¿Por qué», dijo Mountain Lake, «no nos dejan los yanquis en paz? ¿Por qué quieren prohibir nuestras danzas? ¿Por qué no quieren permitir a nuestros jóvenes dejar la escuela cuando nosotros queremos llevarles a la Kiwa (templo) e instruirles en religión? ¡Pero si nosotros no hacemos nada en contra de los yanquis!». Tras una larga pausa, prosiguió: «Los yanquis quieren prohibir nuestra religión. ¿Por qué no pueden dejarnos en paz? Lo que nosotros hacemos, lo hacemos no sólo por nosotros, sino también para los yanquis. Sí, lo hacemos para todo el mundo. Pues es bueno para todos».

Observé en su excitación que evidentemente se refería a algo muy importante de su religión. Por ello le pregunté: «¿Creéis que lo que hacéis en vuestra religión es bueno para todo el mundo?». Respondió apasionadamente: «Naturalmente, ¿si no lo hiciéramos, qué sería del mundo?». Y con un gesto lleno de significado señaló el interlocutor al sol.

Sentí que llegábamos a un terreno muy espinoso que lindaba con los misterios de la raza. «Nosotros somos un pueblo», dijo, «que vive en el techo del mundo, somos

los hijos del padre sol, y con nuestra religión ayudamos diariamente a nuestro padre a recorrer el cielo. No lo hacemos sólo para nosotros, sino para todo el mundo. Si no pudiéramos ejercer más nuestra religión, no saldría el sol ya más en diez años. Entonces sería siempre de noche».

Entonces comprendí en qué consistía la «dignidad», la serena naturalidad del individuo: es el hijo del sol, su vida tiene un sentido cosmológico, ayuda a su padre y mantenedor de toda vida en su salida y ocaso diarios. Comparemos con ello nuestra automotivación, nuestro sentido de vida que nos formula la razón, y con ello no podemos menos que sentirnos impresionados por nuestra miseria. Por mera envidia tenemos que reírnos de la ingenuidad de los indios y mostrarnos orgullosos de nuestra inteligencia para no descubrir cuán empobrecidos y rebajados estamos. El saber no nos enriquece sino que nos aleja cada vez más del mundo místico, en el cual tuvimos una vez nuestra verdadera patria.

Desprendámonos por un instante de todo racionalismo europeo y sumerjámonos en la clara atmósfera de aquellas aisladas mesetas, que por una parte dan a las extensas praderas continentales y por la otra al silencioso océano, prescindamos de nuestra consciencia del mundo y cambiémosla por un aparentemente infinito horizonte vinculado a una inconsciencia del mundo y comenzaremos a comprender el punto de vista del pueblo indio. «Toda vida viene de la montaña» es algo directamente convincente para él. Del mismo modo es profundamente consciente de que vive en el techo de un mundo infinito, inmediato al caos. Él, ante todo, posee el oído de la divinidad y sus cultos alcanzarán lo antes posible el lejano sol. El carácter sagrado de la montaña, la aparición de Jehová en el Sinaí, la inspiración que Nietzsche experimentó en Engadina, se encuentran en la misma línea. La idea, que nos parece absurda, de que una ceremonia litúrgica pueda influir mágicamente en el sol, no resulta menos irracional al contemplarla de cerca, pero tiene para nosotros un significado más íntimo de lo que pueda parecer en un principio. Nuestra religión cristiana, como todas las demás, está imbuida por la idea de que mediante una ceremonia especial o un tipo determinado de acto se pueda influir en Dios, por ejemplo, mediante ritos u oraciones o mediante una moral del agrado de Dios.

Frente a la influencia de Dios sobre los hombres está el culto litúrgico del hombre como respuesta y repercusión y quizás no sólo esto, sino también como «influencia» activa, como imperativo mágico. El hecho de que el hombre se sienta capaz de responder satisfactoriamente a la poderosa influencia de Dios y ejercer a su vez una contrainfluencia esencial en el mismo Dios es una sensación de orgullo que eleva al individuo a la categoría de factor metafísico. «Dios y nosotros» —incluso cuando no es más que un *sous-entendu* inconsciente—, en un plano equivalente se basa aquella serenidad envidiable. Un hombre tal está, en el pleno sentido de la palabra, en su lugar.

Kenia y Uganda

Tout est bien sortant des mains de l'Auteur des choses.

ROUSSEAU

Cuando visité la exposición de Wembley (1925) en Londres me atrajo poderosamente el desfile de las tribus bajo el dominio inglés y decidí emprender en un futuro próximo un viaje al África tropical. Hacía mucho tiempo que sentía este deseo de pasar largo tiempo en un país y entre unos hombres que tuviesen que ver lo menos posible con Europa.

En otoño de 1925 marché con dos amigos, un inglés y un americano, hacia Mombasa. Viajamos en un vapor Woerman, acompañados de muchos jóvenes ingleses que ocupaban cargos en diversas colonias africanas. Se notaba en el ambiente que estos viajeros no realizaban un viaje de placer, sino que afrontaban su destino. Ciertamente la alegría reinaba en muchas ocasiones, pero se traslucía un deje de seriedad. En realidad supe del destino de varios de mis compañeros de viaje antes de mi regreso. Algunos murieron en el transcurso de los dos meses siguientes. Murieron de malaria tropical, disentería amebiana y pulmonía. Entre los muertos se hallaba también el joven que siempre comió en la mesa, frente a mí, durante el viaje. Otro era el Dr. Akley, quien había prestado grandes servicios en la conservación de los gorilas. Había hablado con él en Nueva York poco antes de salir de viaje. Marchó al mismo tiempo que yo, pero procedente del oeste, en una expedición en busca de gorilas y allí murió, cuando yo me encontraba todavía en el Mount Elgon. Sólo supe de su muerte a mi regreso.

Mombasa es, en mi recuerdo, una localidad de negros, cálido-húmeda, situada en un bosque de palmeras y mangos, donde había población europea e india, singularmente pintoresca, con un puerto natural, dominado por un antiguo fuerte portugués. Permanecimos allí dos días y al caer la tarde nos dirigimos al interior en tren de vía angosta hacia Nairobi, adentrándonos a la vez en la noche tropical.

Bordeando la costa pasamos por muchos poblados de negros donde la gente estaba sentada conversando alrededor de un exiguo fuego. Pronto el tren comenzó a subir. Las poblaciones dejaron de verse y reinó la noche oscura como boca de lobo. Poco a poco el tiempo fue refrescando y caí en sueños. Cuando el primer rayo de sol anunció el comienzo del día me desperté. En este momento el tren, envuelto en una roja nube de polvo sobre nuestras cabezas, bordeaba una escarpada pendiente de rocas rojas. Sobre un pico rocoso había, inmóvil, una figura delgada y negra, apoyada sobre una larga lanza, que miraba el tren. Junto a él se alzaba un enorme cactus en forma de candelabro.

Quedé fascinado por esta visión. Era una imagen extraña, jamás vista y a la vez como un *sentiment du déjà vu* muy vivo, la sensación de haber vivido ya este

momento y como si hubiera conocido de siempre aquel mundo separado de mí sólo por el tiempo. Me parecía como si regresara al país de mi juventud y como si conociera a aquellos hombres de piel oscura que me aguardaban desde hacía cinco mil años.

La impresión que me produjo tan maravilloso suceso me acompañó durante todo mi viaje por la salvaje África. Sólo puedo recordar otra experiencia única del inconsciente, y ello fue cuando, por vez primera, junto con mi antiguo jefe, profesor Eugen Bleuler, observé un fenómeno parapsicológico. Antes había imaginado que si llegaba a presenciar algo tan imposible me desmayaría de asombro. Pero, sin embargo, cuando sucedió, no sólo no me asombré, sino que me pareció un fenómeno totalmente normal, como si fuese para mí algo evidente y conocido desde hacía mucho tiempo.

No sospechaba qué fibra de mi ser haría vibrar la visión del solitario cazador negro. Sólo sabía que su mundo era el mío desde hacía incontables milenios.

Algo somnoliento llegué a Nairobi a eso del mediodía, situada a 1800 metros de altitud; bañada por una indescriptible y deslumbradora luz que me recordaba el resplandor del sol en Engadina cuando se sale de las nieblas invernales del país llano. Con asombro vi que los numerosos mozos agrupados en la estación llevaban los gorros de esquí anticuados de lana grises y blancos, que es habitual ver o llevar en Engadina. Eran muy apreciados porque el calado borde podía bajarse como una visera, en los Alpes sirve de buena protección contra el viento glacial y aquí contra el calor sofocante.

Desde Nairobi visitamos, en un pequeño Ford, los Athi Plains, un gran coto de caza. Sobre una baja colina en esta amplia sabana nos esperaba un panorama sin igual. Hasta el más alejado horizonte se veían enormes manadas de animales: gacelas, antílopes, gnus, cebras, jabalíes, etc. En lento tropel, paciendo, inclinadas las cabezas, se movían las manadas, apenas se oía el melancólico chillar de un ave de presa. Era el silencio del eterno principio, el mundo tal como siempre había sido, en el estado del no-ser; pues hasta hace poco no existía nadie que supiese que se trataba de «este mundo». Me separé de mis acompañantes hasta que ya no les vi y tuve la sensación de estar solo. Ahora era el primer hombre que reconocía que esto era el mundo y que mediante su saber sólo en este instante lo creó.

Aquí vi asombrosamente claro el significado cósmico de la consciencia. «*Quod natura relinquit imperfectum, ars perficit*» (lo que la naturaleza deja imperfecto, lo perfecciona el arte), se dice en la Alquimia. El hombre, yo, dio al mundo, en un acto creador imperceptible, el último toque nada más, el ser objetivo. Se ha atribuido este acto sólo al creador y sin meditar que de este modo vemos la vida y el ser como una máquina proyectada hasta en sus mínimos detalles, que sigue su marcha absurdamente, junto con la psiquis humana, según reglas preconocidas y predeterminadas. En una tal fantasía despiadada de relojero no existe ningún drama de hombre, mundo y Dios; ningún «nuevo día» que conduzca a «nuevas orillas» sino

sólo al desierto de término precalculado. Mi viejo amigo-Pueblo me vino a la mente: él creía que la *raison d'être* de su Pueblo consistía en la misión de ayudar diariamente a su padre, el sol, a recorrer el cielo. Yo le envidié por este alarde de sensatez y busqué sin esperanza nuestro propio mito. Ahora lo sabía y todavía más: el hombre es imprescindible para dar un último toque a la creación, pues ciertamente es el segundo creador del mundo, que da al mundo el ser objetivo, que sin ello transcurriría inadvertido, desapercibido, silencioso, comiendo, pariendo, muriendo, inclinando la cabeza a través de cientos de millones de años en la más profunda noche del no-ser, hacia un indeterminado fin. La consciencia humana ha creado el ser objetivo y su significado y mediante ello ha hallado el hombre su puesto imprescindible en el gran proceso del ser.

Con el tren de Uganda, que entonces se encontraba en vías de construcción, nos dirigimos a su provisional fin de trayecto, «Sigistifour» (*sixty-four*). Nuestros mozos descargaron el voluminoso equipaje de la expedición. Yo me senté en una *chopbox* (una caja con provisiones, cada uno cargaba con una) y encendí una pipa meditando sobre el hecho de que aquí nos hallábamos, por así decirlo, al borde de la *oikumene* (extensión de tierra habitada), desde donde pistas y senderos se extendían infinitamente por el continente. Al cabo de un rato se me unió un inglés, al parecer un *squatter*[*] se sentó y sacó igualmente una pipa. Preguntó hacia dónde íbamos. Cuando le hube esbozado nuestros objetivos, preguntó: «Is this the first time you have in África? I am here since forty years». «Sí», respondí, «por lo menos en esta parte de África».

«*Then may I give you a piece of advice? You know, Mister, this here country is not Man's, it is God's country. So, if anything should happen, just sit down and don't worry*». Tras lo cual se levantó sin saludar y desapareció entre la muchedumbre de negros.

Sus palabras me parecieron significar algo e intenté representarme a qué estado psicológico correspondían. Evidentemente eran la quintaesencia de su experiencia; aquí no cuenta el hombre, sino Dios, es decir, no voluntad y propósito, sino inescrutable designio.

No había terminado todavía de meditar, cuando sonó la señal de la partida de nuestros dos autos. Se colocó el equipaje, lo que requirió ocho hombres, y se ató tan fuerte como se pudo. El traqueteo que siguió y que duró varias horas no dejó lugar a pensamiento alguno. Para llegar a la próxima localidad, Kakamengas, la sede de un D. C. (*District Commissioner*), una pequeña guarnición de fusileros africanos, un hospital y un manicomio —tal como digo—, se tardó más de lo previsto. Al mismo tiempo se desencadenó una tempestad tropical con casi ininterrumpidos relámpagos, truenos y una lluvia torrencial que en un momento nos caló de pies a cabeza y que convirtió al torrente en un peligroso obstáculo.

Una media hora después de medianoche, aclarándose el cielo, llegamos extenuados a Kakamengas, donde nos acogió solícito el D. C. con whisky en su

drawing-room. En la chimenea ardía un alegre —¡oh, qué bien recibido!— fuego. En el centro de la elegante sala había una gran mesa cubierta de periódicos ingleses. Se hubiera podido creer que nos hallábamos en una finca de Sussex. Ya no sabía, en mi agotamiento, si nos habíamos trasladado de la realidad a un sueño o de un sueño a la realidad. Todavía hubimos de montar nuestras tiendas de campaña y por vez primera, afortunadamente, no faltaba nada.

Al día siguiente me desperté con fiebre a causa de una laringitis y hube de guardar cama un día. A esta circunstancia hube de agradecer mi memorable encuentro con el denominado *brainfever bird,* que se caracteriza por cantar en una escala correcta, pero en ella suprime el último tono y recomienza desde el principio. Como música de acompañamiento para la fiebre es difícil imaginar nada más irritante.

Otro habitante con plumas de las plantaciones de plátanos produce dos de los más dulces y melodiosos tonos armónicos que uno pueda imaginarse y finaliza con una tercera disonancia horrible. «Quod natura relinquit imperfectum…». Sólo el tono del pájaro campanero destaca por su belleza no dulcificada.

Cuando cantaba era como si una campana traspasara el horizonte.

Al día siguiente habíamos reunido, con ayuda del D. C., nuestra columna de portadores, completada por una escolta militar de tres *askaris*. Y entonces comenzó la marcha hacia Mt. Elgon, la pared de cuyo cráter, de 4000 m, divisamos pronto en el horizonte. El camino atravesaba una sabana relativamente seca. Todo el paisaje estaba cubierto de pequeños túmulos redondos, de dos o tres metros de altura, que eran antiguas colonias de termitas.

A lo largo del camino había paradores cubiertos de hierba para los viajeros, que estaban abiertos y no contenían nada. Por la noche, como protección contra intrusos, se colocaba una linterna encendida en la entrada. Nuestro cocinero no poseía tal linterna, pero a cambio tenía su propia cabañita en miniatura en la que estaba muy contento. Pero casi llegó a serle fatal. El día anterior había traído un carnero que habíamos adquirido por cinco chelines, de Uganda. Lo degolló y preparó excelente *muttonchops* frente a la cabaña para nuestra comida. Cuando, después de la comida, estábamos aún sentados fumando junto al fuego, oímos en la lejanía un extraño sonido que luego fue aproximándose. Sonaba tan pronto como el gruñido de un oso como el aullido y ladrido de los perros, luego fueron unos tonos estridentes y risas histéricas. Mi primera impresión fue: un número cómico por Barum and Bailey. Pero pronto la escena se hizo más inquietante: estábamos rodeados por todas partes por una gran manada de hienas hambrientas que al parecer habían olfateado la sangre de carnero. Nos daban un concierto endiablado y al resplandor del fuego se veían brillar sus ojos entre las gigantescas hierbas.

Pese a nuestro conocimiento tranquilizador de que supuestamente las hienas no atacan a los hombres, no nos sentíamos seguros del todo, particularmente al sonar detrás de la cabaña un horripilante grito humano. Así, pues, nos dirigimos hacia nuestra artillería (un fusil de 9 mm y una escopeta de caza) y disparamos algunos

tiros en dirección a los ojos centelleantes, entonces nuestro cocinero entró precipitadamente y dijo con el mayor pánico que una «fizi» (hiena) había entrado en su cueva y de poco le mata. Todo el lugar estaba alborotado. Ello asustó al grupo de hienas hasta el punto de que entre ruidosas protestas abandonaron el lugar. El resto de la noche transcurrió tranquilamente y sin molestias tras las largas y prolongadas risotadas iniciales de las tropas de guarnición. Al día siguiente vino temprano el cacique de la localidad con el regalo de dos pollos y un cesto lleno de huevos y nos suplicó que permaneciéramos un día más para matar a las hienas, pues el día anterior, a un anciano que dormía le arrancaron de su propia choza y le devoraron: *De Africa nihil certum*!

Al nacer el día volvimos a oír salvas de carcajadas en el cuartel de los muchachos. La razón era que representaban una pieza en que se repetía lo sucedido en la noche anterior. Uno de ellos hacía de cocinero dormido y uno de los soldados era la hiena que sigilosamente se acercaba al dormido con intenciones sanguinarias. Esta escena se repitió, no sé cuántas veces, para placer del público.

A partir de este momento el cocinero se llevó el apodo «fizi». Nosotros, los tres blancos, recibimos también nuestros «trademanes». Mi amigo, el inglés, fue llamado «Rothals» o «el que tiene el pescuezo rojo», pues todos los ingleses, según la leyenda, tenían el pescuezo rojo. Al americano, que realmente poseía un elegante vestuario, se le llamó «bwana maredadi» (el *gentleman* atildado). Dado que entonces yo tenía ya cabellos grises (tenía cincuenta años), me llamaron el «mzee» (el anciano) y pasé a tener cien años. Allí no era frecuente llegar a una edad avanzada. Durante el viaje vi muy pocos hombres con los cabellos blancos. Mzee es también un título honorífico que se me otorgó como jefe de la «Bugishu Psychological Expedition», un distintivo que nos había sido impuesto por el Foreign Office en Londres como un *lucus a non lucendo*. Visitamos realmente a los Bugishus, pero pasamos la mayor parte del tiempo con los Elgonyi.

Mis negros se manifestaron en general conocedores muy certeros de los caracteres. Uno de sus métodos intuitivos de conocimiento consistía en saber imitar, de modo insuperable, el modo de hablar, los gestos y el porte de la persona observada, y así se introducían bajo su piel.

Su conocimiento de la naturaleza emotiva de los demás me pareció sorprendente. Yo no recelaba de las largas conversaciones de las que ellos gustaban. De este modo aprendí mucho.

Dado que viajábamos con carácter semioficial tuvimos la ventaja de poder reclutar más fácilmente portadores y obtuvimos incluso una escolta militar. Ello no fue superfluo, pues nuestra intención era viajar a regiones que todavía no estaban bajo el control de los blancos. Así, pues, acompañaron a nuestro safari hasta Mt. Elgon un sargento y dos soldados.

Recibí una carta del gobernador de Uganda en la que me rogaba que aceptáramos con nosotros a una inglesa que regresaba a Egipto a través del Sudán. Se sabía que

nosotros teníamos el mismo plan de viaje y puesto que habíamos conocido a la dama en Nairobi, no había razón alguna para negarnos. Además nos sentíamos muy obligados al gobernador por su generosa ayuda.

Menciono este episodio para mostrar por qué sutiles caminos nuestros actos estaban influidos por un arquetipo. Éramos tres hombres y ello era puramente casual. Yo había rogado a un tercer amigo que nos acompañara, pero circunstancias adversas le impidieron venir. Ello bastaba para configurar el inconsciente o el destino. Emergía como arquetipo de la tríada, que pide al cuarto, tal como ha ocurrido una y otra vez en la historia de este arquetipo.

Puesto que estoy siempre predispuesto a aceptar lo casual que se me presenta, admití satisfecho a la dama en nuestro grupo de tres hombres. Era deportiva y valiente y se manifestó como compensación útil a nuestra exclusiva masculinidad. Cuando mi amigo más joven enfermó posteriormente de un peligroso ataque de malaria tropical nos sentimos agradecidos por su experiencia como enfermera, que había adquirido en la primera guerra mundial.

Después de nuestra aventura con las hienas nos trasladamos sin tener en cuenta los ruegos del cacique. El terreno ascendía suavemente. Abundaban los signos de corrientes de lava terciarias. Marchábamos a través de franjas de selva virgen con enormes árboles Nandi-Flame, que estaban colmados de flores de un rojo llameante. Enormes escarabajos, y mariposas todavía mayores de vivas tonalidades, animaban el linde del bosque y los claros. Los monos, curiosos, agitaban las ramas. Pronto nos hallamos «*miles from anywhere*» en la selva. Era un mundo paradisíaco. El paisaje se componía principalmente de la llana sabana de suelo ininterrumpido de color rojo subido. Marchábamos principalmente por vericuetos indígenas que, con recodos sorprendentemente estrechos, es decir, con cortos radios de curvatura de tres a seis metros, serpenteaban a través de la selva.

Nuestro camino nos llevó a la región de Nandi y a través del bosque de Nandi a un amplio grupo de selvas vírgenes. Sin más incidentes llegamos a un parador al pie del Mt. Elgon, el cual hacía días se elevaba sobre nosotros. Aquí comenzó el ascenso por un estrecho sendero. Fuimos saludados por el cacique local, hijo de un curandero, el *laibon*. Montaba un pony, el único caballo que habíamos visto hasta entonces. Por él supe que su árbol genealógico pertenecía a los Masai, separado sin embargo de éstos por vivir aparte en las laderas del Mt. Elgon.

Tras algunas horas de ascenso alcanzamos un ancho y hermoso claro cruzado por un límpido y fresco arroyuelo con una cascada de unos 3 m de alto, cuya cuenca escogimos como lugar para bañarnos. El lugar en que acampamos se hallaba a cierta distancia de una pendiente suave y reseca, sombreada por un techo de acacias. En las cercanías se encontraba un poblado de hotentotes. Estaba formado por un par de cabañas y una *boma*, un lugar vallado por un zarzal de *Wait-a-bit-thorn*. Con el cacique pude entenderme en suahelí.

Él dispuso quiénes serían nuestras portadoras de agua: una mujer con dos hijas

semiadultas; iban desnudas y no llevaban más que un cinturón de *kauri*.[2]

Eran de cutis achocolatado y graciosamente bonitas, de figura estilizada y movimientos elegantemente descuidados. Era mi placer de todas las mañanas oír desde el arroyo el suave tintineo de los aros de hierro que llevaban en los pies y poco después, contoneándose, balanceaban sobre sus cabezas las ánforas de agua, surgiendo de las gigantescas hierbas amarillas. Se adornaban con aros en los tobillos y con bandas de latón en el cuello y en los brazos, con pendientes de cobre o en forma de pequeño huso de madera y el labio inferior atravesado por una aguja de hierro o de hueso. Tenían muy buenos modales y nos saludaban siempre con una tímida y encantadora sonrisa.

Correspondiendo a las esperanzas de todos no hablé durante este viaje con mujeres indígenas, con una excepción que luego contaré. Los hombres hablaban allí, como también en el sur de nuestro país, con hombres y las mujeres con las mujeres. Otra cosa significaba *love-making*. Pero con esto último el blanco arriesga no sólo su autoridad sino que corre el serio peligro del «going-black», de lo cual había visto yo varios casos muy aleccionadores. Más de una vez oí en boca de los negros la condena sobre cierto blanco: «Es un mal hombre». Al preguntarles yo por qué, la respuesta era: «Duerme con nuestras mujeres».

Entre mis Elgonyi el hombre se ocupaba del ganado mayor y de la caza, la mujer era idéntica, por así decirlo, a la *shamba* (plantación, plátanos, patatas dulces, mijo de los negros y maíz). Tenía hijos, cabras y gallinas que vivían todos en la misma cabaña redonda. Tal es su dignidad y razón de ser: es una eficiente compañera de negocios. El concepto de «iguales derechos para la mujer» es hijo de una época en la cual tal compañerismo ha perdido su sentido. La sociedad primitiva está sin embargo regulada por el egoísmo y el altruismo; inconscientes ambos, se traducen sustanciosamente en sus cuentas. Este orden inconsciente se destruye inmediatamente si se presenta cualquier alteración que pudiese y debiese ser compensada sólo por un acto de conciencia.

Recuerdo con placer a un importante informador acerca de la familia entre los Elgonyi: era un bello y llamativo muchacho, de nombre Gibrôat, hijo de cacique, de muy elegantes y amables modales, cuya confianza al parecer había yo ganado. Es verdad que aceptaba gustoso mis cigarrillos, pero no era ávido, como los demás, de obtener regalos. Me explicó muchas cosas interesantes y de vez en cuando me hacía una «visita de gentleman». Me di cuenta que se proponía algo, que albergaba algún deseo. Sólo después de mucho tratarnos comprendí que quería que yo trabase conocimiento con su familia. Sin embargo, yo sabía que no estaba aún casado y sus padres habían muerto. Se trataba de una hermana mayor. Estaba casada en segundas nupcias y tenía cuatro hijos. Él deseaba vivamente que yo le hiciera una visita para que ella tuviese oportunidad de conocerme. Era evidente que ella era para él como una madre y yo acepté conocerla porque de este modo, por así decirlo, sociable, esperaba obtener una visión de la vida familiar.

«Madame était chez elle», ella salió de la cabaña cuando llegamos y me saludó del modo más natural del mundo. Era una bella mujer de mediana edad, es decir de unos treinta años aproximadamente; además del obligado cinturón de *kauri,* llevaba aros en los brazos y en los tobillos; en el lóbulo de la oreja, extraordinariamente agrandado, llevaba unas chucherías de cobre y sobre el pecho una piel de caza. Sus cuatro pequeños *mtotos* los había encerrado en la cabaña desde donde miraban a través del quicio de la puerta y sonreían con cierto nerviosismo. Le rogué que los dejara salir. Tardaron un rato en atreverse a hacerlo. La mujer tenía los mismos elegantes modales de su hermano, a quien el rostro resplandecía de alegría por el éxito logrado.

Nos sentamos en el suelo, pues no había nada para poder sentarse excepto el polvoriento suelo, cubierto de excrementos de gallinas y cabras. La conversación abarcó los límites de una tertulia de salón, semifamiliar, y giró sobre la familia, los niños, la casa y el jardín. La mujer que compartía con ella el marido, y cuya finca lindaba con la suya, tenía seis hijos. La Boma de la «hermana» se hallaba a unos 80 m de distancia. Aproximadamente a mitad de camino entre las dos cabañas de las mujeres se hallaba la cabaña del marido y, detrás de ella, a unos 50 m de distancia, una pequeña cabaña en la cual habitaba el primogénito de la primera mujer, que era ya adulto. Cada una de las dos mujeres poseía su *shamba*, es decir, una plantación de plátanos, boniatos, mijo y maíz, de la cual mi anfitriona estaba visiblemente orgullosa.

Yo tenía la sensación de que la seguridad y la arrogancia de su actitud dependía en gran medida de su identificación con su ostensible integridad, la cual se componía de los hijos, la casa, el ganado menor, la *shamba* y —*last but not least*— su físico ciertamente agradable. Del marido se habló poco. Tan pronto parecía estar allí, como no estar. Mi anfitriona representaba de un modo notorio y sin problemas, lo existente, un auténtico *pied-à-terre* del marido. La cuestión de si *él* estaba allí o no parecía no existir, más bien se trataba de si *ella* en su totalidad era realmente el centro «magnético» de su marido errando con sus rebaños. Lo que pasaba en el interior de esta alma «sencilla» era inconsciente, es decir, ignorado y sólo perceptible a través de los datos comparativos europeos de diferenciación «progresiva».

Yo me preguntaba si la masculinización de la mujer blanca no tenía relación con la pérdida de su integridad natural (*shamba*, hijos, ganado menor, casa propia y hogar), es decir, si era una compensación de su depauperación y si el afeminamiento del hombre blanco no representaba un fenómeno originado por el anterior. Los estados más racionales hacen desaparecer la diferencia de sexos en grado máximo. El papel que en la sociedad moderna desempeña la homosexualidad es enorme. Es en parte consecuencia del complejo materno, y en parte un fenómeno natural lógico (¡inhibición de la procreación!).

Mis compañeros de viaje y yo tuvimos la suerte de presenciar antes de su fin el primitivo mundo africano con su insospechada belleza y también con su profundo

dolor. Nuestra vida de campamento fue una de las épocas más bellas de mi vida: *procul negotiis et integer vitae scelerisque punis* (alejado de los negocios, no corrompido por la vida y libre de culpa) disfruté de la «paz de Dios» en un país todavía primitivo. Jamás había visto algo semejante: «El hombre y los demás animales» (Herodoto).

¡Miles de millas me separaban de Europa, la madre de todos los diablos, que aquí no podían alcanzarme! ¡Ni un telegrama, ni una llamada telefónica, ni cartas, ni visitas! Esto era un elemento esencial de la «Bugishu Psychological Expedition». Mis fuerzas anímicas liberadas refluían jubilosas en las lejanías del mundo primitivo.

Cada mañana nos era fácil entablar conversaciones con los curiosos que diariamente acudían a nosotros y seguían con interés insaciable todos nuestros movimientos. Mi guía Ibrahim me había iniciado en la etiqueta de tales ocasiones: todos los hombres (las mujeres no nos visitaron nunca) debían sentarse en el suelo. Ibrahim me había proporcionado una pequeña silla de cuatro patas, propia para caciques, en la que hube de sentarme. Entonces comenzaba yo mi charla, y explicaba la *shauri*, es decir lo que se iba a tratar en aquella sesión. La mayoría de los participantes hablaban un aceptable suahelí, de modo que podían entenderme, pues pude expresarme correctamente con ayuda de un diccionario. El librito fue objeto de admiración interminable. Mi escasez de medios de expresión me forzó a una necesaria simplicidad. Con frecuencia la charla derivaba a divertidos acertijos, que animaba el ambiente en grado sumo. Pero raramente duraba más de una hora, porque la gente se cansaba visiblemente y decían con inquietos ademanes: «Ah, estamos tan cansados…».

Me interesé naturalmente por los sueños de los negros, pero no pude al principio conseguir que nadie me explicara nada. Les ofrecía pequeñas recompensas, por ejemplos cigarrillos, cerillas, imperdibles, cosas con las cuales ellos estaban muy encaprichados. Nada producía efecto. Nunca pude explicarme bien su temor a contarme sus sueños. Sospechaba que la razón era el miedo y la desconfianza: es sabido que los negros tienen miedo a ser fotografiados; temen que de este modo se les robe el alma y quizás sentían también temor de que les sucediera algo malo si divulgaban sus sueños. Pero esto no era así para nuestros portadores integrados por somalíes y suahelíes. Tenían un libro árabe de los sueños que consultaban diariamente, especialmente durante nuestras marchas. En cuanto dudaban de alguna expresión acudían incluso a mí en busca de consejo, pues a causa de mi conocimiento del Corán me llamaban «el hombre del libro» y me tenían por un mahometano furtivo.

En una ocasión tuvimos una charla con el *laibon*, el doctor del viejo cacique. Apareció envuelto en un rico abrigo de piel de mono que pretendía ser una suntuosa prenda de valor. Cuando le pregunté acerca de sus sueños, me explicó con lágrimas en los ojos: «Anteriormente los *laibon* tenían sueños y sabían si habría guerra, enfermedades, o si iba a llover y adonde había que llevar el ganado». Su abuelo había

tenido todavía tales sueños. Pero desde que los blancos están en África, nadie ha vuelto a tener sueños. Ya no se necesitaban los sueños, pues ahora todo lo sabían los ingleses.

Su respuesta mostraba que el curandero había perdido su *raison d'être*. Ya no era necesario oír la voz de Dios que aconsejaba a la tribu, pues «los ingleses sabían mejor estas cosas». Anteriormente el curandero trataba con los dioses o con el poder del destino y aconsejaba a su pueblo. Ejercían una gran influencia, igual que en la antigua Grecia la palabra de la Pitia era la suprema autoridad. Actualmente la autoridad del curandero había sido reemplazada por la del District Commissioner. Todo el valor de la vida actualmente reside en este mundo y me pareció que era cuestión de tiempo y de vitalidad de la raza negra el que llegue a tomar consciencia el negro de la importancia de la fuerza física.

Nuestro *laibon* no era en modo alguno una personalidad imponente sino más bien un antiguo señor algo lacrimoso. A pesar, o a causa de ello, representaba de un modo preciso e impresionante una decadencia que iba minando un mundo caduco e irreversible.

En muchos casos llevé la conversación sobre lo numinoso, en especial sobre los ritos y ceremonias. A este respecto sólo logré una única observación en un pequeño pueblo. Allí se encontraba, en la animada calle del pueblo, ante una cabaña vacía, una plaza cuidadosamente limpia. En el centro había un cinturón de *kauri*, brazaletes para los brazos y tobillos, pendientes y fragmentos de toda clase de ollas, así como un bastón funerario. Lo único que nosotros pudimos saber fue que en esta cabaña había muerto una mujer. Nada denotaba que se tratara de un funeral.

En la charla la gente me aseguró con énfasis que sus vecinos del oeste eran gente «mala». Cuando alguien muere allí se hace saber al pueblo vecino y por la tarde el cadáver se lleva a mitad de camino entre los dos pueblos. De otras partes se traen regalos de distinto tipo a este lugar y por la mañana el cadáver ha desaparecido. Se insinuó claramente que el muerto fuese devorado por los vecinos del otro pueblo. Sin embargo, entre los Elgonyi tal cosa nunca sucede. Los cadáveres se dejan en la selva donde las hienas en el transcurso de la noche se encargan de la inhumación. De hecho, no hallamos nunca huellas de un entierro.

Pero en esta ocasión supe que cuando muere un hombre, su cadáver se coloca en el suelo, en el centro de la cabaña. El *laibon* lo transforma y salpica el suelo con leche de una taza, mientras murmura: «¡*ayîk adhîsta, adhîsta ayîk*!».

El significado de estas palabras me era ya conocido por una memorable charla en la cual se había tratado de ello. Al terminar aquella charla un anciano gritó de pronto: «Por la mañana, cuando sale el sol, salimos de la cabaña, escupimos en las manos y las ponemos al sol». Me hice mostrar la ceremonia con todo detalle. Escupían o soplaban enérgicamente en sus manos que mantenían frente a su boca, luego volvían las manos y ponían las palmas al sol. Pregunté qué significaba esto, por qué lo hacían, por qué soplaban o escupían en las manos. Fue en vano, «así se ha hecho

siempre», decían. Era imposible obtener explicación alguna, y comprendí que en realidad sólo sabían que lo hacían, pero no lo que hacían. No veían en este acto ningún sentido. Pero también nosotros realizamos ceremonias —iluminación del árbol de Navidad, escondemos huevos de pascua, etc.— sin que sepamos claramente por qué lo hacemos.

El anciano decía que ésta era la verdadera religión de todos los pueblos: todos los *kevirondos*, todos los *buyandas*, todas las tribus que se podían ver desde lo alto de las montañas y más allá todavía, todos rendían culto al *adhîsta*, es decir, al sol en el momento de su salida. Sólo entonces es *mungu*, Dios. También la primera media luna dorada de la luna nueva, en la púrpura del cielo de occidente, es Dios. Pero sólo entonces, no en otro momento.

Evidentemente, en la ceremonia de los Elgonyi se trataba de una ofrenda al sol, que en el momento de su salida es divino. En cuanto a la saliva, es la sustancia que, según una concepción primitiva, contiene el *mana*[*] personal, la fuerza curativa, mágica y vital. En cuanto al aliento, *roho*, en árabe *ruch*, en hebreo *ruach* y en griego *pneuma*, es el viento y el espíritu. El acto dice, pues: «Yo ofrezco a Dios mi alma viva». Es una oración activa, sin palabras, que igualmente podría decir: «Señor, en Tus manos encomiendo mi espíritu».

Junto al *adhîsta* los Elgonyi rinden culto al *ayîk* —según supimos más tarde—, que vive en la tierra y es un *sheitan* (el diablo). Es el creador del miedo, un viento frío que golpea al caminante nocturno. El anciano silba una especie de motivo de Loki[**] para evidenciar cómo el *ayîk* ronda entre las hierbas de la selva, altas y enigmáticas.

La gente, en general, profesaba el convencimiento de que el Creador lo ha hecho todo bueno y hermoso. Es a la vez el Bien y el Mal. Es *m'zuri*, es decir, bello y todo cuanto ha hecho es *m'zuri*.

Cuando pregunté: «¿Pero y las fieras malas que os matan el ganado?», dijeron: «El león es bueno y hermoso». Y: «¿Vuestras terribles enfermedades?». Respondieron: «Puedes sentarte al sol y esto es hermoso». Me sentí impresionado por este optimismo. Pero por la tarde, hacia las seis, esta filosofía cesaba, como descubrí pronto. Desde la puesta del sol impera otro mundo, el mundo tenebroso, el mundo del *ayîk*: era el mal, el peligro y el que causa miedo. Desaparecía la filosofía optimista y comenzaba la filosofía del temor a los espectros y de los ritos mágicos que debían proteger contra las desgracias. Luego, con la salida del sol, sin contradicción interna, volvía el optimismo.

Fue para mí una experiencia que me afectó profundamente el tener noticia, en las fuentes del Nilo, de la primitiva concepción egipcia de los dos acólitos de Osiris, Horus y Seth, una vivencia africana que había descendido, junto con el agua sagrada del Nilo, hasta las costas del Mediterráneo. *Adhîsta*, el sol naciente, la luz, como Horus: *ayîk*, la oscuridad, el que da miedo.

En el sencillo ritual de los muertos, las palabras del *laibon* y su ofrenda de leche

unían lo antagónico, al sacrificar a ambos.

Ambos son de igual poder y significado, pues el intervalo de tiempo de su reinado, tanto el día como la noche, dura ostensiblemente doce horas cada uno. Sin embargo, lo que tiene más sentido es el momento en que surge el primer rayo de luz de las tinieblas de modo repentino como sucede en el ecuador, y en el que la noche se transforma en luz viva.

La salida del sol era en estas regiones un acontecimiento que cada día me impresionaba de nuevo. No era tanto al despertar de los primeros rayos, en sí grandiosos, como lo que sucedía. Inmediatamente después de la salida del sol acostumbraba a sentarme en mi silla de campaña bajo una acacia. Ante mí, en el fondo del pequeño valle, se hallaba una franja de selva virgen, casi verdinegra; más allá se extendía el lejano borde de la meseta. Primero reinaban agudos contrastes entre la oscuridad y la claridad; luego todo nacía plásticamente a la luz que inundaba al valle de una luminosidad compacta. El horizonte resplandecía en su blancura. Paulatinamente la luz ascendente penetraba, por así decirlo, en los cuerpos, los cuales, como iluminados por dentro, brillaban diáfanos al fin como un cristal de color. Todo se convertía en cristal centelleante. El clamor de los pájaros campaneros resonaba en el horizonte. En estos instantes me sentía como un templo. Era la hora más sagrada del día. Contemplaba esta magnificencia con placer insaciable, o mejor dicho, con éxtasis al margen del tiempo.

Cerca de mí se alzaba una alta roca, habitada por grandes monos (baboons, zambos). Cada mañana se sentaban silenciosos, casi inmóviles, en la parte soleada de la roca, mientras que durante el día alborotaban el bosque con chillidos y gruñidos. Al igual que yo, parecían reverenciar la salida del sol. Me recordaban los grandes zambos del templo en Abu Simbel, en Egipto, que hacen gestos de adoración. Cuentan siempre la misma historia: Desde siempre hemos rendido culto al gran Dios, que salva al mundo, sacándolo de la gran oscuridad para bañarlo en la deslumbradora luz del cielo.

Entonces comprendí que en el alma habita desde un principio un anhelo de luz y un impulso irresistible de salir de sus tinieblas iniciales. Cuando llega la gran noche, todo adquiere un tono de profunda melancolía, y una inexpresable nostalgia por la luz. Esto era lo que se expresa en los ojos de los primitivos y lo que puede verse también en los ojos de los animales. En los ojos de los animales hay tristeza y no se sabe si lo que representa aquel ser primitivo es el alma del animal o un sentido doloroso. Tal es la voz de África, la experiencia de sus soledades. Son las tinieblas primitivas, un secreto materno. Por ello, el acontecimiento más impresionante para el negro es el nacimiento del sol por la mañana. El instante en que se hace la luz, que es Dios. El instante comporta la salvación. Es una vivencia primitiva del momento, y ya ha desaparecido y se ha olvidado cuando se piensa que el sol es Dios. «¡Estamos contentos de que la noche, en la cual rondan los espíritus, haya ahora terminado!», significa ya una racionalización. En realidad reina otra oscuridad en el país

completamente distinta a la noche natural: es la primitiva noche psíquica, la noche de hace incontables millones de años, en la que todo siempre fue como hoy es. El anhelo de luz es el anhelo por la consciencia.

Cuando se aproximaba el fin de nuestra feliz estancia en Elgon desmontamos con tristeza nuestras tiendas y nos prometimos volver otra vez. No me hubiera entonces podido imaginar que nunca volvería a experimentar esta insospechada serenidad. Desde entonces se descubrieron en Kakamengas yacimientos de oro, mi lejano país fue azotado por el movimiento del Mau-Mau y en nosotros interrumpió un brusco despertar al año de la cultura.

Bordeamos la pendiente sur del monte Elgon. Progresivamente fue cambiando la fisonomía del paisaje. Montañas más altas, cubiertas de espesos bosques, y cada vez más próximas las llanuras. El color de los habitantes era cada vez más negro, los cuerpos perdían la elegancia de los masai y eran cada vez más torpes y abultados. Llegamos a la región de los bugishu y perdimos algún tiempo en el elevado parador de Bunambale. Un panorama magnífico se ofrecía a nuestros ojos desde allí hasta el ancho valle del Nilo. Entonces continuamos hacia Mbala, desde donde, en dos camiones Ford, alcanzamos Jinja, junto al lago Victoria. Cargamos nuestro equipaje en el tren de estrecha vía que cada catorce días conducía al lago Chioga. Un vapor de rueda de popa, que alimentaba su caldera con leña, nos recogió y tras algunos incidentes nos llevó a Masindiport.

Allí trasladamos nuestro equipaje a un camión y llegamos a Masinditown, que se halla en la meseta que separa el lago de Chioga de Albert Nyanza.

En un pueblo del camino del lago Albert a Rejâf, en el Sudán, tuvimos un acontecimiento inolvidable: el cacique local, un hombre de elevada estatura, joven todavía, apareció con su escolta. Eran los negros de tez más oscura que habíamos visto. El grupo no inspiraba mucha confianza. El mamur[3] de Nimule nos había dado como escolta a tres *askaris*, pero pronto vi que ellos, al igual que nuestros porteadores, no se sentían a gusto en absoluto. Sólo disponían de tres cartuchos para sus fusiles. Su presencia era un gesto meramente simbólico por parte del Gobierno.

Cuando el cacique me propuso asistir por la noche a un *N'goma* (danza) celebré esta idea. Esperaba de este modo permanecer al lado mejor de esta sociedad. Cuando la noche llegó y todos ansiábamos dormir, oímos tambores y sonar de cuernos, y pronto aparecieron los sesenta hombres, armados para la guerra, con lanzas brillantes, corazas y espadas, seguidos a alguna distancia de las mujeres y los niños, incluso lactantes, que las madres llevaban a la espalda. Se trataba evidentemente de una gran fiesta de sociedad. Pese al calor, que llegaba a los 34º, se encendió un gran fuego, alrededor del cual las mujeres y niños formaron un círculo. A su alrededor se colocaron los hombres en un círculo extenso, tal como había observado una vez al creernos amenazados por una manada de elefantes. No sabía si debía sentirme alegre o temeroso, ante tan gigantesco alarde. Busqué a nuestros portadores y militares: ¡Habían desaparecido sin dejar rastro! Como *captatio benevolentiae* repartí

cigarrillos, cerillas e imperdibles. El coro masculino comenzó a cantar melodías disonantes, vigorosas y bélicas y entonces las piernas comenzaron a ponerse en movimiento. Las mujeres y los niños marcaban el paso alrededor del fuego, los hombres danzaban con las armas dirigidas hacia el fuego y retrocedían para volver nuevamente a avanzar, con cantos salvajes acompañados de tambores y cuernos. Fue una escena salvaje y apasionante, bañada por el resplandor del fuego y la mágica luz de la luna. Mi amigo y yo nos levantamos de un salto y nos mezclamos entre los danzantes. Como única arma que poseía blandí mi látigo y dancé también. Vi por la expresión radiante de sus caras que nuestra participación era bien acogida. Su frenesí se multiplicó y todos pateaban, cantaban, gritaban y sudaban a mares. Paulatinamente fue acelerándose el ritmo de la danza y de los tambores.

En esta danza y música los negros caen fácilmente en una especie de estado de locura. Lo mismo pasó aquí. Hacia las once comenzó a desorbitarse la situación y tomó un aspecto extraño. Los danzantes formaban todavía una horda de salvajes y sentí miedo de cómo iba a terminar. Le manifesté al cacique que ahora se había acabado y debía ir con su grupo a dormir. Pero quería siempre danzar «una vez más y otra y otra».

Recuerdo que uno de mis compatriotas, concretamente uno de los dos primos Sarasin, en su viaje de exploración a las Célebes fue alcanzado por una lanza que se escapó de un similar *N'goma*. Me decidí, pues, a convocar a toda la gente, sin tener en cuenta los ruegos del cacique, repartí cigarrillos y luego hice el gesto de dormir. Después blandí mi látigo con gesto de amenaza, aunque ridículo, y a falta de otra cosa mejor les increpé en voz alta en mi alemán-suizo, que ya estaba bien y era hora de ir a dormir. La gente advirtió naturalmente que sólo aparentaba cólera, pero por lo visto era lo acertado. Estalló una carcajada general, se dispersaron dando fuertes brincos y desaparecieron en la noche en diversas direcciones. Durante bastante rato oímos todavía gritos y tambores en la lejanía. Finalmente reinó el silencio y caímos en el sueño de los extenuados.

En Rejâj, junto al Nilo, terminaba nuestra marcha. Subimos a un vapor con rueda de popa, el cual, a causa del alto nivel de las aguas en Rejâj, apenas podía avanzar. Poco a poco me he sentido abrumado por la profusión de incidentes presenciados. Miles de pensamientos me rodeaban y comprendí penosamente que mi capacidad de recibir nuevas emociones y de abarcar el ilimitado mar de mis pensamientos se aproximaba rápidamente a su fin. Ello me forzó a pasar revista una vez más a todas mis observaciones y experiencias para conservar sus conexiones internas. Todo lo interesante lo anoté.

Mis sueños, durante todo el viaje, se aferraron tenazmente a su táctica para negar a África, al ilustrarlos exclusivamente con escenas de mi país y de este modo despertar en mí la impresión de que el viaje por África no era considerado propiamente como algo real, sino más bien un hecho sintomático o bien simbólico, si se me permite así expresarlo, hasta el punto de personificar los procesos

inconscientes. Esta suposición me fue sugerida por el hecho de la aparentemente deliberada omisión incluso de los sueños exteriores más impresionantes. Una sola vez durante todo el viaje soñé con un negro. Su cara me pareció curiosamente conocida desde hacía tiempo, pero hube de meditar mucho hasta que logré recordar dónde le había visto. Finalmente me acordé: ¡Era mi peluquero de Chattanooga en Tennessee! ¡Un negro americano! En el sueño aplicaba a mi cabeza unas enormes tenacillas para rizar incandescentes, quería hacer mis cabellos *kinky*, es decir, quería endosarme cabellos de negro. Sentía ya un calor doloroso y me desperté con una sensación de angustia.

El sueño me pareció una advertencia del inconsciente; pues afirmaba que lo primitivo constituía un peligro para mí. Entonces estaba, por lo visto, muy cerca del «going-black». Había tenido un ataque de «sandfly fever» que pudo haber debilitado mi resistencia psíquica. Para imaginarme un negro amenazador se había movilizado un viejo recuerdo de hacía doce años, sobre mi peluquero negro en América, para que nada recordara lo actual.

El verdadero contenido del sueño correspondía, por lo demás, a la experiencia que se había tenido ya en la primera guerra mundial: los soldados del frente soñaban menos con la guerra que con su casa. Entre los psiquiatras militares regía como principio sacar un hombre del frente cuando soñara demasiado con escenas bélicas, pues entonces no tendría ninguna defensa psíquica frente a las impresiones del exterior.

Paralelamente a los sucesos en el sugestivo ambiente africano, en mis sueños se siguió y se mantuvo con éxito una línea interior. Se trataba de mis problemas más personales. De estos hechos no podía extraer otra conclusión que mi personalidad europea se mantendría íntegra en cualesquiera circunstancias.

Con asombro concebí la sospecha de que con mi aventura en África había alcanzado el secreto fin de lograr liberarme de Europa y su problemática, para caer en el peligro de seguir allí al igual que muchos otros antes de mí y al mismo tiempo que yo. El viaje me pareció ser menos una investigación de la psicología primitiva, «Bugishu Psychological Expedition» (B. P. E., en letras negras sobre el equipaje) que la algo penosa cuestión de tener un objetivo: ¿Qué sucede con el psicólogo Jung «in the wilds of África»? Cuestión que intentaba constantemente apartar de mí, pese a mi tendencia intelectual a investigar la reacción del europeo ante las condiciones del mundo primitivo. Pero esto no era, como comprobé con asombro, una cuestión exclusivamente objetiva y científica, sino una cuestión sabiamente personal, cuya respuesta se desarrollaba en todas las posibles zonas dolorosas de la psicología propia. Hube, pues, de aceptar que fue mucho menos la exposición Wembley lo que me decidió a realizar este viaje que la circunstancia de que en Europa el aire se me había vuelto demasiado espeso.

Con tales pensamientos me deslicé por las aguas tranquilas del Nilo hasta el norte: Europa, al encuentro del futuro. El viaje terminó en Kartum. Allí comenzó

Egipto. Con ello completé mi deseo y plan de acercarme a esta esfera de cultura no desde occidente, desde Europa y Grecia, sino desde el sur, desde la parte de las fuentes del Nilo. Más que el complejo asiático me interesaba la aportación camitica a la cultura egipcia. Había esperado, siguiendo el transcurso geográfico del Nilo y con ello el curso del tiempo, averiguar algo al respecto. Mi mayor descubrimiento en este sentido fue la experiencia de Horus de los Elgonyi que recordaba tan claramente los gestos de adoración de los zambos de Abu Simbel, a la puerta sur de Egipto.

El mito de Horus es la historia de la luz divina nuevamente renovada. Se contaba después de que a partir de las tinieblas de los tiempos prehistóricos se había manifestado por vez primera la salvación por medio de la cultura, es decir, por medio de la consciencia. Así, el viaje desde el interior de África a Egipto se convirtió para mí como en un drama del nacimiento de la luz, lo que estaba íntimamente vinculado conmigo, con mi psicología. Esto me resultaba aclaratorio; sin embargo, me vi en la imposibilidad de hallar palabras para expresarlo. No sabía de antemano lo que me aportaría África, pero aquí residía la respuesta y experiencia satisfactorias. Esta última me resultaba más valiosa que cualquier adquisición etnológica, como armas, joyas y vasijas o trofeos de caza. Quería saber cómo África actuaría sobre mí y lo supe.

India

El viaje a la India (1938) no surgió por mi propia voluntad sino que he de agradecerlo a una invitación del Gobierno indio-británico a participar en las festividades que tenían lugar con ocasión del jubileo de los 25 años de la Universidad de Calcuta.[4]

Por entonces había leído ya mucho acerca de la filosofía india y la historia de la religión y estaba profundamente convencido del valor de la sabiduría oriental. Pero debía viajar, por así decirlo, como un ser autárquico y permanecí en mí mismo como un homúnculo en el alambique. La India me impresionó como un sueño, pues buscaba y me busco a mí mismo, a mi propia verdad. Así, pues, el viaje constituyó un intermezzo en mi preocupación intensiva de entonces por la filosofía alquímica. Ésta no me dejaba tranquilo, sino que por el contrario me indujo a llevarme conmigo el primer tomo del *Theatrum Chemicum* de 1602 que contiene los escritos más importantes de Gerardo Dorneo. En el transcurso del viaje estudié el libro desde el principio hasta el final. De este modo se estableció un constante contacto entre el ideario de la Europa antigua y las impresiones de un espíritu cultural extraño. Ambas cosas procedían en línea directa de las primitivas experiencias anímicas del inconsciente y por ello se establecen consideraciones iguales o semejantes o por lo menos comparables entre sí.

En la India estuve por vez primera bajo la impresión inmediata de una cultura extraña, altamente diferenciada. En mi viaje por África fueron decisivas impresiones distintas por completo a la cultura; y en África del Norte nunca tuve ocasión de hablar con ningún hombre que fuese capaz de definir su cultura. Pero ahora tuve ocasión de hablar con representantes del espíritu indio y de comparar éste con el espíritu europeo. Esto era de suma importancia para mí. Conversé bastante con S. Subramanya lyer, el gurú del maharajá de Mysore, de quien fui huésped por algún tiempo, también conversé con muchos otros cuyos nombres por desgracia he olvidado. Por el contrario, evité el encuentro con los llamados «santones». Los evité porque debía contentarme con mi propia verdad y no me estaba permitido aceptar más que lo que yo mismo podía alcanzar. Me hubiera parecido un robo si hubiera querido aprender de los santones y aceptar para mí su verdad. Su sabiduría pertenece a ellos y a mí sólo me pertenece lo que procede de mí mismo. Tanto más cuanto que en Europa no puedo pedir ningún préstamo a oriente, sino que debo vivir por mí mismo, de lo que dice mi interior o lo que la naturaleza me aporta.

No subestimo por completo la importante figura del santón indio, pero no está a mi alcance valorarlo correctamente como un fenómeno aislado. Así, por ejemplo, no sé si la sabiduría que él expresa es una manifestación propia o un proverbio que circula por el país desde hace mil años. Recuerdo un suceso típico en Ceilán. Dos campesinos conducían con sus bicicletas sus carros en dirección contraria en una calle estrecha. En lugar de la esperada disputa cada uno de ellos murmuró palabras de

discreta cortesía que sonaban como «*adûkan anâtman*» y significaba: «Molestia pasajera, no hay alma (individual)». ¿Fue algo inusitado? ¿Era típicamente indio?

Lo que me preocupaba principalmente en la India era la cuestión de la naturaleza psicológica del mal. Me impresionaba cómo es asimilado este problema por la vida espiritual india y adquirí allí una nueva concepción de ella. También en conversaciones con chinos instruidos me ha impresionado siempre que es enteramente posible asimilar el denominado «mal» sin por ello «perder la cara». No sucede así entre nosotros en occidente. Para el oriental el problema moral no parece figurar en primer lugar como entre nosotros. Lo bueno y lo malo están contenidos lógicamente en la naturaleza y en el fondo sólo son graduales diferencias a una misma cosa.

Me impresionó profundamente el ver que la espiritualidad india tiene tanto de bueno como de malo. El cristiano aspira al bien y queda a merced del mal; el indio, por el contrario, se siente al margen del bien y del mal o busca alcanzar este estado mediante la meditación o el yoga. Sin embargo, aquí surge mi objeción: en una actitud de este tipo ni el bien ni el mal tienen contorno propio y esto causa una cierta tranquilidad. No se cree del todo en el bien ni se cree del todo en el mal. A lo sumo representa *mi* bien o *mi* mal, lo que a mí me parece bueno o malo. Se podría decir paradójicamente que la espiritualidad india está desprovista tanto del bien como del mal, o que se halla tan abrumada por los antagonismos que necesita del nirvana para conseguir la liberación de lo contradictorio y de las diez mil cosas más.

El objetivo del indio no es la perfección moral, sino el estado de nirvana. Quiere liberarse de la naturaleza y, por consiguiente, quiere alcanzar en la meditación el estado de indiferencia y de vacío. Yo, por el contrario, quiero perseverar en la concepción viva de la naturaleza y de las imágenes psíquicas. No deseo ni liberarme de los hombres, ni de mí, ni de la naturaleza, pues todo ello constituye para mí prodigios indescriptibles. La naturaleza, el alma y la vida se me muestran como la divinidad manifestándose. ¿Qué otra cosa podría imaginarme? El supremo sentido del ser no puede consistir para mí sino en que «es» y no en que no es o deja de ser.

Para mí no existe liberación *a tout prix*. No puedo liberarme de nada que no posea o no haya experimentado o realizado todavía. La liberación verdadera será sólo posible cuando haya hecho lo que podía hacer, cuando me haya dedicado completamente o tomado parte totalmente. Si prescindo de mi participación, amputo en cierto sentido la parte correspondiente de mi alma. Puede naturalmente suceder que esta participación me resulte demasiado difícil, y existan buenas razones por las cuales yo no pueda dedicarme plenamente. Pero entonces me siento forzado al reconocimiento del *non possumus* y a admirar que quizás prescindo de algo esencial y no he llevado a cabo tarea alguna. Un conocimiento de este tipo sobre mi insuficiencia sustituye la carencia de hechos positivos.

Un hombre que no haya pasado por el infierno de sus pasiones no las habrá dominado todavía. Las pasiones se encuentran entonces en la casa contigua y, sin que

él lo advierta, puede surgir una llama y pasar a su propia casa. En cuanto uno se abandona demasiado, se posterga o casi se olvida, existe la posibilidad y el peligro de que lo abandonado o pospuesto vuelva con redoblada fuerza.

En Konarak (Orissa) me encontré con un *pandit* que me acompañó y me informó amablemente durante mi visita al templo y al gran templo ambulante. La pagoda se encuentra cubierta desde la base hasta la flecha por esculturas exquisitamente obscenas. Conversamos largamente sobre este hecho curioso que él me interpretó como un medio de espiritualización. Yo objeté, mostrándole un grupo de jóvenes campesinos que miraban boquiabiertos aquella magnificencia, que esta gente joven apenas podía comprender la espiritualización y que por el contrario tenía la cabeza llena de fantasías sexuales, a lo que él me respondió: «Pero si de esto se trata precisamente. ¿Cómo podrían espiritualizarse si antes no cumplen con su *karma*? ¡Las imágenes supuestamente obscenas están ahí para recordar a la gente su *dharma* (ley), de lo contrario, podrían olvidarla inconscientemente!».

Me pareció sumamente extraño que creyera que los jóvenes pudieran olvidarse de su sexualidad como los animales fuera de la época de celo. Pero mi interlocutor sostenía con firmeza que eran inconscientes como los animales y realmente necesitaban que se les exhortase vivamente. Para este objetivo, antes de la entrada en el templo se les llamaba la atención sobre su *dharma* por medio de esta decoración externa, sin cuyo requisito no podrían participar de la espiritualización.

Cuando traspasamos la puerta del templo, mi acompañante me señaló a las dos «tentadoras», las esculturas de dos danzarinas que sonreían al visitante arqueando seductoramente las caderas. «Mire estas dos bailarinas», dijo, «significan lo mismo. Naturalmente, esto rige para gente como usted y yo, pues hemos alcanzado ya una superior consciencia de esas cuestiones. Pero para estos jóvenes campesinos representa una enseñanza y advertencia imprescindibles».

Cuando abandonamos el templo y paseábamos por una avenida, dijo de pronto: «¿Ve usted estas piedras? ¿Sabe qué significan? Voy a revelarle un gran secreto». Quedé asombrado, pues creía que la naturaleza fálica de aquellos dos monumentos hasta un niño podía reconocerla. Pero me susurró al oído muy seriamente: «These stones are man’s private parts». Yo esperaba que iba a decirme que significaban el gran Dios Shiva. Le miré como alelado, pero él asintió con gravedad, como si quisiera decir: «Sí, así es. No te lo hubieras imaginado en tu ignorancia europea». Cuando conté esta historia a Zimmer, exclamó fascinado: «¡Por fin oigo algo auténtico de la India!».[5]

Las *stupas* de Sanchi me resultan inolvidables. Me impresionaron con insospechada fuerza y me causaron una emoción que acostumbra a presentárseme siempre que diviso una cosa o persona, o una idea cuyo significado me es todavía desconocido. Las stupas se alzan sobre una colina rocosa a la cual se asciende por un agradable camino de baldosas atravesando un verde prado. Son túmulos o bien relicarios de forma semiesférica, propiamente dos cascaras de arroz colocadas una

encima de la otra (cóncavo sobre cóncavo), según el precepto de Buda en Maha-Parinibbana-Sutta. Han sido reconstruidas piadosamente por los ingleses. El mayor de estos edificios está rodeado por un muro con cuatro primorosas puertas. Cuando se penetra en su interior, el camino va hacia la izquierda, realizando una circunvalación en el sentido de las manecillas del reloj. En los cuatro puntos cardinales se alzan estatuas de Buda. Si se completa una circunvalación se penetra en un segundo camino circular, situado más alto, que sigue el mismo recorrido. El amplio panorama de la llanura, la *stupa* misma, las ruinas del templo y el singular silencio del lugar sagrado constituyen un conjunto indescriptible que me sobrecogió y me conmovió. Nunca anteriormente me había sentido tan fascinado por un lugar semejante.

Me separé de mis compañeros de viaje y quedé sumido en una atmósfera subyugadora.

Entonces oí en la lejanía un sonido de gong que iba aproximándose rítmicamente. Era un grupo de peregrinos japoneses que, uno tras otro, marchaban haciendo sonar un pequeño gong. Con ello subrayaban rítmicamente la primitiva oración: «*Om mani padme hum*», y el golpe de gong coincidía con el «*hum*». Se inclinaban profundamente ante la *stupa* y entraban luego por la puerta. Allí hacían otra reverencia ante la estatua de Buda y entonaban un canto coral. Luego realizaron la doble circunvalación, entonando un himno ante cada estatua de Buda. Mientras mis ojos les contemplaban, mi espíritu y mi alma se iban con ellos y algo en mí les agradecía silenciosamente que me hubieran ayudado tan acertadamente en mi inarticulación.

Mi estado emotivo me indicaba que la colina de Sanchi representaba algo central para mí. Era el budismo que allí se me aparecía en una nueva realidad. Comprendí que la vida de Buda representaba la realidad de la persona, que ha impregnado su vida personal y la ha reclamado para sí. Para Buda la persona está por encima de todos los dioses y representa la esencia de la existencia humana y del mundo en general. Como un *unus mundus* comprendía tanto el aspecto del ser en sí, como también el de su ser conocido, sin lo cual el mundo no existe. Buda vio y comprendió la categoría cosmogónica de la consciencia humana; por ello vio claramente que cuando a uno le es posible extinguir la luz de la consciencia, el mundo se sume en la nada. El mérito imperecedero de Schopenhauer consistió en haber reconocido esto.

También Cristo es —como Buda— una encarnación del individuo, pero en otro sentido totalmente distinto. Ambos son vencedores del mundo: Buda es, por así decirlo, la comprensión racional, Cristo se convierte en víctima del destino. En el cristianismo se padece más, en el budismo se ve y se hace. Ambos son correctos, pero en el sentido indio Buda es el hombre más perfecto. Es una personalidad histórica y por ello más fácilmente comprensible para los hombres. Cristo es hombre histórico y Dios y por ello más difícilmente concebible. En el fondo, tampoco Él se comprendió a sí mismo; sólo sabía que debía sacrificarse tal como le fue ordenado desde su

interior. Su sacrificio le fue impuesto como un destino. Buda actuaba por convicción. Vivió su vida y murió anciano. Cristo probablemente sólo actuó muy poco tiempo como tal.[6]

Posteriormente sucedió lo mismo en el budismo que en el cristianismo: Buda se convirtió en *imago* del devenir mismo, que se toma por modelo, mientras que él mismo anunció que mediante la superación de la cadena Nidâna cada hombre en particular puede llegar a ser el iluminado, el Buda. De modo parecido sucede con el cristianismo: Cristo es el prototipo que en todo cristiano vive como personalidad total. La evolución histórica condujo, sin embargo, a la *imitatio Christi*, en la que el individuo no sigue su propio y fatal camino hacia la totalidad, sino que busca imitar el camino que Cristo siguió. Del mismo modo, en oriente se llegó a una imitación de Buda. Se convirtió en imitado prototipo y de este modo la debilidad de su pensamiento se manifestó, del mismo modo que en la *imitatio Christi* la funesta inactividad es presupuesta en la evolución de la idea cristiana. Al igual que Buda por su comprensión misma es superior a los dioses Brahma, así Cristo grita a los judíos: «Vosotros sois dioses» (*San Juan* x, 34) y no fue escuchado a causa de la incompetencia de los hombres. Y por ello el mundo occidental, llamado «cristiano», se acerca a pasos de gigante a la posibilidad de destruir un mundo, en lugar de crear uno nuevo.[7]

La India me honró con tres diplomas de doctor: en Allahabad, Benarés y Calcuta. El primero representa el islam, el segundo el hinduismo y el tercero la medicina y ciencia anglo-india. Esto fue demasiado y necesitaba un descanso. Una estancia de diez días en un hospital me lo proporcionó, al enfermar en Calcuta de disentería. De este modo, apareció para mí en el infinito mar de las impresiones una isla de salvación y recuperé el suelo bajo mis pies, es decir, un lugar desde el cual podía contemplar las diez mil cosas y su vorágine abrumadora, las alturas y profundidades, la magnificencia de la India y su inexpresable miseria, su belleza y su tenebrosidad.

Cuando, ya completamente restablecido regresé al hotel, tuve un sueño que fue tan característico que deseo contarlo:

Me encontré en una isla desconocida con un grupo de amigos y conocidos de Zurich, que probablemente se encontraba en las cercanías de la costa del sur de Inglaterra. Era pequeña y casi deshabitada. Era estrecha y se extendía de norte a sur en unos 30 km. En la parte sur se alzaba un castillo medieval sobre la costa rocosa, en cuyo patio estábamos nosotros, como grupo de turistas. Ante nosotros se levantaba un imponente torreón a través de cuya puerta podía verse una amplia escalera de piedra. Tal como podía verse, conducía a una sala de pilastras que estaba débilmente iluminada por candelabros. Se decía ser el castillo del Grial y hoy por la noche se «festejaría el Grial». Esta información parecía ser de carácter secreto, pues un profesor alemán que se hallaba entre nosotros y que se parecía extraordinariamente al viejo Mommsen, no sabía nada de ello. Conversé con él vivamente y quedé impresionado por su sabiduría

y brillante inteligencia. Sólo una cosa me molestaba: hablaba incesantemente de un pasado muerto y disertaba muy convencido sobre la relación de las fuentes británicas con las francesas en la historia del Grial. Evidentemente desconocía el sentido de la leyenda, ni conocía su viva actualidad, mientras que yo estaba profundamente impresionado por ambas cosas. También parecía no percibir el auténtico ambiente inmediato, pues se comportaba como si hablase en un aula ante sus estudiantes. Inútilmente intenté llamarle la atención sobre lo singular de la situación. No veía las escaleras ni el solemne resplandor de la sala.

Miré a mi alrededor algo desanimado y descubrí que estaba frente a la muralla de un elevado castillo, cuya parte inferior estaba cubierta como por una parra. Sin embargo no era, como de costumbre, de madera, sino de hierro negro que estaba diseñado primorosamente como una vid, con hojas, sarmiento y racimos. En las ramas horizontales había, a una distancia de dos metros cada una, unas casitas pequeñas, también de hierro, como incubadoras. De pronto percibí un movimiento entre el follaje; primero pareció que se trataba de un ratón, pero luego vi claramente un pequeño encapuchado de hierro, un *cucullatus*, que se deslizaba de una casa a otra. «Mire», le grité al asombrado profesor, «ya lo ve…».

En este instante se produjo un hiato, y el sueño varió. Estábamos —los mismos de antes, pero sin el profesor— fuera del castillo en una región rocosa desértica. Sabía que debía suceder algo, pues el Grial no estaba todavía en el castillo y debía ser festejado aquella misma noche. Se decía que estaba en la parte norte de la isla, oculto en una pequeña casa deshabitada, la única que allí se hallaba. Yo sabía que era nuestra misión ir a buscar allí al Grial. Fuimos unos seis los que marchamos hacia el norte.

Después de varias horas de agotadora marcha alcanzamos la parte más estrecha de la isla y descubrí que estaba partida en dos mitades por un brazo de mar. En la parte más estrecha la anchura del agua llegaba a casi cien metros. El sol se había puesto y la noche comenzaba. Cansados, nos echamos al suelo. El lugar estaba despoblado y desierto. Ningún árbol, ningún arbusto, sólo hierba y rocas. No se veía un puente ni un barco a la redonda. Hacía mucho frío y mis compañeros se durmieron uno tras otro. Yo meditaba qué podíamos hacer y llegué a la conclusión de que debía nadar solo a través del canal e ir a buscar el Grial. Me había sacado ya la ropa, cuando desperté.

Este sueño europeo surgió cuando apenas me había dedicado a poner en orden la abrumadora diversidad de las impresiones indias. Ya unos diez años antes había podido comprobar que en Inglaterra en muchos lugares no ha terminado todavía el sueño del Grial, pese a la amplia divulgación de sus leyendas y poemas. Este hecho me impresionó tanto más cuanto que me di cuenta de la coincidencia del mito poético con las expresiones de la alquimia sobre el «*Unum Vas*», la «Una Medicina» y el «*Unus Lapis*». Mitos que el día olvidó se volvían a contar por la noche y poderosas

figuras que la consciencia tildaba de triviales y había reducido a pequeñeces ridículas son de nuevo rememoradas y supuestamente reavivadas por los poetas; por ello pueden reconocerse en «una forma transformada» en la meditación. Los grandes desaparecidos no han muerto como imaginamos, sino que simplemente han cambiado de nombre. El «Pequeño en la talla y sin embargo grande en poder» proporciona al embozado cabir una nueva casa.

El sueño ahuyentaba con mano dura las tan intensas impresiones indias de cada día y me trasladaba al tanto tiempo deseado occidente que se había expresado tanto en la Gesta del Santo Grial como en la búsqueda de la «piedra filosofal». Me sentí arrancado al mundo de la India y se me recordaba que la India no era mi misión, sino sólo un trecho de mi camino —aunque importante— que debía acercarme a mi objetivo. Era como si el sueno me preguntara: «¿Qué haces tú en la India? Es mejor que busques para tus semejantes la copa sagrada, el *salvator mundi*, del que estáis necesitados urgentemente. Estáis a punto de arruinar todo cuanto ha sido construido a través de los siglos».

Ceilán, cuyas impresiones son las últimas que me llevé de mi viaje, ya no es la India, es ya el océano Pacífico y tiene algo del paraíso en el que no es posible permanecer demasiado tiempo. Colombo, un puerto internacionalmente frecuentado, donde por la noche, entre las cinco y las seis, caen torrentes de agua del cielo despejado, lo dejamos pronto detrás nuestro, para llegar al país de las colinas del interior. Allí está Kandy, la vieja ciudad de los reyes, envuelta en una fina niebla, que con humedad cálido-fría favorece el crecimiento de una exuberante vegetación. El templo Dalado Maligava que guarda la reliquia del diente sagrado (de Buda) es ciertamente pequeño, pero posee un encanto especial. Estuve mucho tiempo en la biblioteca conversando con los monjes y contemplé los textos del Canon inscritos en folios de plata.

Allí asistí a una ceremonia nocturna inolvidable. Muchachos y muchachas vertían ante el altar montañas de flores de jazmín despezonadas y cantaban en voz baja una oración. Un mantra, para sí. Yo pensaba que oraban a Buda, pero el monje que me acompañaba me explicó: «No, Buda ya no existe; está en el nirvana, no se le puede orar. Cantan: Pasajera como la belleza de estas flores es la vida. Quiera mi Dios compartir conmigo el merecimiento por esta ofrenda»[8]. Que los jóvenes canten es algo auténticamente indio.

La ceremonia se inició por un concierto de tambores que duró una hora en el Mandapam o donde en el templo indio se llama sala de espera. De los cinco tamborileros, cuatro se colocaron en las esquinas de sala cuadrada y el quinto —un hermoso joven— se situó en el centro. Era el solista; un verdadero artista en su especialidad. Con el torso desnudo, de brillante tez morena, una faja roja, blanca *shoka* (una camisa larga hasta los pies) y un turbante blanco, cubiertos los brazos con brazaletes refulgentes, se colocó con sus dos tambores frente a Buda para «ofrecer el sonido». Allí tocó solo una melodía maravillosa de consumado arte, moviendo a la

vez graciosamente el cuerpo y las manos. Yo le veía por detrás; estaba ante la entrada al Mandapam, flanqueada de pequeñas lámparas de aceite. El tambor habla en el lenguaje primitivo al vientre o *plexus solaris*; éste no «ruega», sino que produce el mantra «meritorio» o la «exteriorización» meditativa. No se trata, pues, de una veneración a un Buda ausente, sino de uno de los muchos actos de autorredención del hombre al despertar. Hacia principios de primavera emprendí el viaje de regreso a mi país, tan abrumado por las impresiones que no desembarqué en Bombay, sino que me engolfé en mis textos alquímicos. La India, sin embargo, no pasó ante mí sin dejar huellas, por el contrario, me dejó huellas que me llevaron de una infinitud a otra.

Rávena y Roma

Ya la primera vez que estuve en Rávena (1913) me impresionó profundamente el monumento funerario de Gala Placidia, me pareció importante y me fascinó de modo extraordinario. En mi segunda visita, unos veinte años después, me sucedió exactamente igual. Nuevamente ante el monumento me sentí embargado por una emoción especial. Estuve allí con un conocido y de allí fuimos al baptisterio de lo ortodoxos.

Lo que aquí me llamó la atención particularmente fue una tenue luz azul que inundaba la sala sin que, sin embargo, me asombrara por ello. No me preocupó de dónde procedía ni me extrañó en absoluto el que faltara la fuente de luz. Con asombro vi que allí donde recordaba las ventanas había cuatro grandes frescos de mosaicos de insuperable belleza que, así me pareció, había olvidado. Me enojó no poder confiar completamente en mi memoria. El cuadro del ala sur representaba el bautismo en el Jordán; el del ala norte, el paso de los hijos de Israel a través del mar Rojo, el tercero en la parte oriental lo olvidé pronto. Quizás mostraba el baño que limpió a Naamán de su lepra en el Jordán. En la antigua Biblia de la Edición Merian que hay en mi biblioteca se encuentra una ilustración muy parecida de este milagro. Lo más impresionante era el cuarto mosaico, en el ala occidental del baptisterio, que fue el último que miramos. Representaba a Cristo alargando la mano a Pedro cuando éste se hundía. Ante este mosaico nos detuvimos por lo menos veinte minutos y discutimos acerca del rito primitivo del bautismo, especialmente sobre la maravillosa concepción del bautismo como iniciación que estaba vinculada a un verdadero peligro de muerte. Las iniciaciones de este tipo comportaban frecuentemente un peligro para la vida, con lo que se expresaba la idea arquetípica de la muerte y la resurrección. Así pues, el bautismo originariamente constituía una verdadera «inmersión» que por lo menos aludía al peligro de morir ahogado.

Del mosaico que representaba a Pedro hundiéndose en las aguas conservé el más claro recuerdo y todavía hoy lo veo con todo detalle ante mí: los tonos azules del mar, las piedras del mosaico, las franjas con inscripciones que salían de las bocas de Cristo y de Pedro y que intenté descifrar. Después de abandonar el baptisterio fui inmediatamente a Alinari para comprar fotografías del mosaico, pero no encontré ninguna. Dado que el tiempo apremiaba —se trataba de una breve visita—, dejé para más tarde el comprarlas; pensé que desde Zurich podría encargarlas.

Cuando estuve de nuevo en casa rogué a un conocido que pronto haría un viaje a Rávena, que me procurase las fotografías. ¡Naturalmente no pudo conseguirlas, pues comprobó que los mosaicos que le describí no existían!

Mientras tanto di un seminario en el que hablé acerca de la concepción primitiva del bautismo como iniciación y en tal ocasión mencioné los mosaicos que había visto en el baptisterio de los ortodoxos.[9] Aún hoy recuerdo los detalles con toda claridad.

Mi acompañante no pudo creer durante mucho tiempo que lo que ella vio «con sus propios ojos» no existiera.

Naturalmente, es muy difícil comprobar si y hasta qué punto dos personas ven lo mismo al mismo tiempo. Pero en este caso puedo asegurar suficientemente que nosotros dos, siquiera en los rasgos principales, vimos lo mismo.

Este acontecimiento que nos ocurrió en Rávena es algo de lo más extraño que me haya sucedido. Apenas se puede explicar. Una cierta luz quizás proviene de un suceso de la historia de la emperatriz Gala Placidia (muerta en el 450). En una borrascosa travesía de Bizancio a Rávena, en pleno invierno, hizo ella la promesa de edificar una iglesia y hacer describir los peligros del mar si se salvaba. Cumplió su promesa con la construcción de la basílica de San Giovanni en Rávena, que hizo decorar con mosaicos. A principios de la Edad Media San Giovanni con sus mosaicos quedó destruido por un incendio, pero en la Ambrosiana de Milán se encuentran todavía los esbozos que muestran a Gala Placidia en una embarcación.

Me impresionó inmediatamente la figura de Gala Placidia y me preocupaba la cuestión de qué debió significar para esta mujer muy instruida y de notable cultura la vida entre los príncipes bárbaros. Su monumento me pareció como el último resto por el cual podía captarla personalmente. Su destino y su condición me afectaron profundamente y en su existencia mi ánima encontró una expresión histórica adecuada. Con esta proyección se alcanzaba aquel elemento eterno del inconsciente y de aquella atmósfera en que podía tener lugar el milagro de la visión. En el instante de producirse no se diferenció en lo más mínimo de la realidad.[10]

El ánima del hombre tiene un carácter eminentemente histórico. Como personificación del inconsciente está impregnada de historia y prehistoria. Incluye el contenido del pasado y sustituye en el hombre lo que éste debería saber de su prehistoria. Todo lo que es vida que existió y que está viva todavía en él, es el ánima. En relación con ella me he sentido siempre como un bárbaro, que propiamente no ha tenido historia: como alguien justamente salido de la nada, sin antecedente, sin subsecuente.

De hecho, en el análisis del ánima me encontré con peligros que vi representados en el mosaico. Por poco no muero ahogado. Me sucedió como a Pedro, que gritó pidiendo socorro y fue salvado por Jesús. Me hubiera podido suceder como con el ejército de Faraón. Como Pedro y como Naamán regresé salvo y sano y la integración de los contenidos inconscientes contribuyó en lo esencial para completar mi personalidad.

Lo que le sucede a uno cuando se integran a la consciencia contenidos anteriormente inconscientes, apenas puede describirse con palabras. Sólo se puede experimentar. Se trata de una cuestión indiscutiblemente subjetiva: me imagino de un cierto modo y manera, y ello es para mí un hecho del cual no es posible ni razonable dudar; lo mismo que imagino a los demás de un cierto modo y manera que no puede ponerse en duda. Que nosotros sepamos, no existe ningún trámite que sea capaz de

conciliar las probables discrepancias de las impresiones y opiniones. Si ha tenido lugar y qué clase de transformación por la integración, es y sigue siendo un convencimiento subjetivo. A pesar de que no representa ningún dato científico suficientemente calificado y por ello podría sin más no encajar en una «imagen oficial del mundo», constituye, sin embargo, un hecho práctico muy importante y rico en consecuencias, que en todo caso es raro que sea pasado por alto por los psicoterapeutas y por los psicólogos interesados en la terapéutica.

La experiencia en el baptisterio de Rávena me dejó una profunda impresión. Desde entonces sé que algo interior puede parecer algo exterior, como también lo inverso. Los verdaderos muros del baptisterio que debían ver mis ojos físicos estaban recubiertos y transformados por una visión que fue tan real como la invariable pila bautismal. ¿Qué fue real en aquel instante?

Mi caso no es en absoluto único en su tipo, pero cuando a alguien le sucede algo semejante no podrá menos que tomárselo más en serio que cuando lo oye contar a otro. En general, ante descripciones de este tipo inmediatamente se encuentran a mano toda clase de explicaciones. En todo caso, he llegado a la conclusión de que respecto al inconsciente nos falta mucho todavía por experimentar antes de que podamos establecer teorías.

He viajado mucho en mi vida y hubiera ido a Roma con agrado, pero no me sentía todavía a la altura de la impresión de esta ciudad. Ya Pompeya resultó demasiado, las impresiones casi sobrepasan mi capacidad de captación. Pude visitar Pompeya cuando asimilé ciertas ideas de la psicología de los antiguos a través de mis estudio realizados desde 1910 hasta 1912. En 1912 fui de Genova a Napóles en barco. Me encontraba en la borda del barco cuando recorrimos la costa en la latitud de Roma. ¡Allí a lo lejos estaba Roma! Allí se encontraba el foco todavía ardiente y humeante de viejas culturas, enraizado en la Edad Media cristiana y occidental. Allí estaba todavía viva la antigüedad en toda su magnificencia e iniquidad.

Me asombré siempre de los hombres que viajan a Roma como si fueran, por ejemplo, a París o a Londres. Ciertamente se puede gozar estéticamente tanto de una ciudad como de otra, pero cuando se siente uno afectado por el espíritu que ha imperado aquí por todas partes, uno queda impresionado en lo más íntimo cuando se contempla aquí el resto de una muralla y allí una columna, mirarme con rostro inmediatamente reconocible, entonces es otra cosa. Ya en Pompeya supe de cosas indescriptibles y se me plantearon preguntas para las cuales mis capacidades no estaban a su altura.

Cuando en 1949, ya a avanzada edad, quise recuperar lo perdido, sufrí un desmayo al comprar los billetes. Después de esto el plan de realizar un viaje a Roma quedó de una vez para siempre *ad acta*.

VISIONES



A COMIENZOS DEL AÑO 1944 ME FRACTURÉ EL PIE y a ello siguió un infarto cardíaco. En estado de inconsciencia experimenté delirios y visiones que debieron comenzar cuando estaba expuesto a un inminente peligro de morir y me daban oxígeno y alcanfor. Las imágenes eran tan sobrecogedoras que yo mismo concluí que estaba cerca de la muerte. Mi enfermera me dijo más tarde: «¡Estaba usted como rodeado por un claro resplandor!». Éste era un fenómeno que ella había observado algunas veces en los moribundos. Estaba en el límite más extremo y no sé si me encontraba en un sueño o en un éxtasis. En todo caso, comenzaron a sucederse ante mí cosas sumamente impresionantes.

Me pareció como si me encontrase allá arriba en el espacio. Lejos de mí veía la esfera de la tierra sumergida en una luz azul intensa. Veía el mar azul profundo y los continentes. Bajo mis pies, a lo lejos, estaba Ceilán y ante mí estaba el subcontinente de la India. Mi campo de visión no abarcaba toda la tierra, sin embargo, su forma esférica era claramente visible, y sus contornos brillaban plateados a través de la maravillosa luz azul. En diversos lugares la esfera terráquea parecía coloreada o manchada de verde oscuro como la plata oxidada. «A la izquierda», en la lejanía, había una amplia extensión: el desierto amarillo-rojizo de Arabia. Era como si allí la plata de la tierra hubiera adoptado una tonalidad amarillo-rojiza. Luego estaba el mar Rojo, y muy a lo lejos, también «a la izquierda y arriba», podía divisar todavía un cabo del Mediterráneo. Mi mirada se dirigía precisamente allí. Todo lo demás aparecía borroso nada más. También veía las montañas nevadas del Himalaya, pero allí estaba nublado o envuelto en vapor. Hacia la «derecha» no miré. Sabía que estaba a punto de abandonar la tierra.

Posteriormente me informé a qué altura debía encontrarme para poder alcanzar una visión de tal extensión. ¡Aproximadamente a unos 1500 kilómetros! La contemplación de la Tierra desde tal altura es lo más grandioso y más fascinante que he experimentado.

Después de un rato de contemplar el panorama me volví. Me situé, por así decirlo, de espaldas al océano índico, con la cara hacia el norte. Entonces me pareció como si me volviese hacia el sur. Algo nuevo apareció ante mi vista. A escasa distancia divisé en el espacio una enorme masa de piedra oscura, como un meteorito, aproximadamente del tamaño de mi casa, quizás mayor todavía. La piedra en el universo flotaba y yo mismo flotaba en el universo.

He visto piedras parecidas en la costa del golfo de Bengala. Son bloques de granito marrón oscuro en los cuales algunas veces se esculpían templos. Un bloque

enorme oscuro de este tipo era mi piedra. Un acceso conducía a un pequeño vestíbulo. A la derecha, sobre un banco de piedra, estaba sentado un indio negro en trono de loto. Llevaba vestiduras blancas y se encontraba en un estado de impasividad total. Así me esperaba a mí: silencioso. Dos peldaños conducían a este vestíbulo en cuya parte interior izquierda se encontraba la puerta del templo. Innumerables cavidades como pequeños nichos, llenos de aceite de coco y mechas ardientes, rodeaban la puerta con una corona de pequeñas llamas. También esto lo vi una vez en la realidad. Cuando visité en Kandy (Ceilán) el templo del diente sagrado, varias filas de lámparas de aceite ardiendo flanqueaban así la puerta.

Cuando me acerqué a los peldaños de la entrada en la roca me sucedió algo extraño: tuve la sensación de que todo aquello desaparecería borrado por mí. Todo cuanto pensaba, deseaba o creía, toda la fantasmagoría de existencia terrena me abandonó o me fue arrebatada: un proceso extraordinariamente doloroso. Pero algo quedó; pues era como si todo lo que había vivido o realizado, todo cuanto había sucedido a mi alrededor, lo tuviese ahora conmigo. Podría también decir: estaba en mí, y yo era esto. Por así decirlo, yo me componía de esto. Me componía de mis historias y tenía la sensación plena de ser ahora Yo. «Yo soy este haz de lo realizado y lo pasado». Esta vivencia me dio la sensación de la más extrema miseria, pero también a la vez de la mayor satisfacción. No existía ya nada que yo pretendiese o desease, sino que permanecía, por así decirlo, objetivo: era esto lo que había vivido. Es verdad que primero predominó la sensación de la aniquilación, de ser arrebatado o de ser despojado, pero repentinamente también esto pasó. Todo parecía expirado, quedaba un *fait accompli,* sin relación alguna con lo antiguo. Ya no había que lamentar que algo hubiera desaparecido o caducado. Por el contrario: tenía todo lo que yo era y no tenía más que esto.

Todavía me preocupaba otra cosa: tenía la certeza, mientras me acercaba al templo, de que entraba en una sala iluminada y encontraría allí a todos aquellos hombres con los que tuve relación en la realidad. Allí comprendería por fin —también esto era evidente— a qué filiación histórica pertenecían yo o mi vida. Sabría lo que había sido antes de mí, por qué existí y adonde me conduciría mi vida en lo sucesivo. Mi vida transcurrida me parecía a menudo una historia que no tenía ni principio ni fin. Tenía la sensación de ser un precedente y subsecuente. Mi vida me parecía como recortada con las tijeras de una larga cadena y muchas cuestiones habían quedado sin respuesta. ¿Por qué transcurrió así? ¿Por qué he aportado tales hipótesis? ¿Qué he hecho con ello? ¿Qué resultará de todo ello? A todo esto —estaba seguro de ello— hallaría allí respuesta. Allí sabría por qué todo había sido así y no de otro modo. Me encontraría con hombres que sabían la respuesta a mis preguntas sobre el pasado y el porvenir.

Mientras meditaba todavía sobre estas cosas sucedió algo que me llamó la atención: de abajo, de Europa, se elevó una imagen. Era mi médico, o mejor dicho su retrato, aureolado por una cadena de oro o de una corona de laurel dorada. Supe en

seguida: ¡Ah!, éste es mi médico, el que me ha tratado. Pero entonces adquirió una forma[*] primitiva, un *basileus* de Kos.[1] En vida fue un avatar de este Basileus, la encarnación temporal de la forma primitiva, que ha existido desde siempre. Ahora adoptaba su forma primitiva.

Posiblemente también yo estaba en mi forma primitiva. En realidad no lo percibí, sólo imagino que así debió ser. Después de llegar ante mí como una imagen surgida de las profundidades, tuvo lugar entre nosotros una muda transmisión de pensamientos. Pues mi médico había sido delegado por la Tierra para traerme un mensaje: se protestaba en contra de que estuviera a punto de marcharme. No debía abandonar la Tierra y debía regresar. En el instante en que me enteré de esto desapareció la visión.

Me sentía profundamente desilusionado; pues ahora todo parecía haber sido en vano. El doloroso proceso de «exfoliación» había sido inútil y no me estaba permitido ir al templo ni ver a los hombres a los que yo pertenecía.

En realidad transcurrieron todavía tres semanas hasta que pude decidirme a volver a vivir. No podía comer porque sentía un *dégout* por todas las comidas. El panorama de la ciudad y montañas, que se divisaba desde mi cama de enfermo, se me antojaba como una cortina pintada con negros agujeritos, o como una hoja de periódico agujereada con fotografías que no me decían nada. Desilusionado, pensaba: «¡Ahora debo volver a insertarme en el sistema de los “cajoncitos”!». Pues parecía como si tras el horizonte del cosmos se hubiera construido artificialmente un mundo tridimensional, en el cual cada hombre se encontrara por separado en un cajoncito. ¡Y ahora tendría que volver a imaginarme que esto valía la pena! La vida y el mundo entero parecían una cárcel y me indigné mucho al pensar que volvería a encontrarlo bien. Había estado tan contento de que finalmente hubiera terminado todo esto, y ahora todo volvía a ser como si yo —al igual que los demás— estuviera en una cajita colgando de unos hilos. Cuando estaba en el espacio, yo era ingrávido y nada me atraía. ¡Y ahora esto debía terminar otra vez!

Sentí antipatía por mi médico porque me había vuelto a la vida. Por otra parte, estaba preocupado por él: «¡Pero si está en peligro, por el amor de Dios! ¡Se me ha aparecido en su forma primitiva! Y cuando alguien ha alcanzado esta forma ello quiere decir que debe morir. Luego pertenece ya a la sociedad de “sus hombres”». De pronto me vino a la mente la terrible idea de que él debe morir: en lugar mío. Me esforcé al máximo en hablarle de esto, pero no me comprendió. «¿Por qué se comporta siempre como si no supiera que es un *basileus* de Kos? ¿Y que ha adquirido ya su forma primitiva? ¡Querrá hacerme creer que no lo sabe!». Esto me enojó. Mi mujer me recriminaba que fuera tan descortés con él. Tenía razón; pero me molestó mucho que no quisiera hablar de todas estas cosas que yo había experimentado en mi visión sobre él. «¡Dios mío!, se lo repito, debe tener cuidado, no puede ser tan confiado. Quisiera hablar con él sobre el particular, para que haga algo para sí»; tenía la firme convicción de que estaba amenazado por habérmelo mostrado en su forma

primitiva.

De hecho, fui su último paciente. El 4 de abril de 1944 —todavía recuerdo con toda la exactitud la fecha— se me permitió sentarme por vez primera en el borde de la cama y en este mismo día él se puso en cama y ya no se levantó. En su día supe que tuvo un acceso febril. Poco después murió de septicemia. Fue un buen médico y tenía algo genial. De lo contrario, no se me hubiera aparecido como príncipe de Kos.

Aquella semana viví a un ritmo extraño. De día estaba casi siempre deprimido. Me sentía desvalido y débil, apenas tenía ánimo para moverme. Muy afligido pensaba: ahora debo volver a penetrar en este lúgubre mundo. Por la tarde me dormía y mi sueño duraba hasta medianoche aproximadamente. Luego volvía en mí y permanecía despierto quizás una hora, pero en un estado totalmente distinto. Me encontraba como en éxtasis o en un estado de máxima felicidad. Me sentía como si flotase en el espacio, como si estuviese oculto en el seno del universo —en un vacío inmenso, pero desbordante de una sensación de máxima felicidad—. ¡Esto es la eterna bienaventuranza, no hay modo de describirlo, es demasiado maravillosa!, pensaba.

También el ambiente parecía embrujado. A aquella hora de la noche la enfermera me traía la comida, pues sólo entonces podía tomar algo y comía con apetito. Por algún tiempo me pareció ser una anciana judía, mucho más vieja de lo que era en realidad y como si me trajera comidas rituales, preparadas según el rito judío. Cuando la miraba era como si tuviera un halo azul alrededor de su cabeza. Yo mismo me encontraba —así me lo parecía— en el Pardes rimmonim, en el jardín de las granadas y tenía lugar la boda de Tiferet con Malkut.[2] O yo era como el rabí Simón ben Jochai, cuyas bodas se celebraban entonces. Se trataba de las bodas místicas, tal como se representan en la tradición cabalística. No puedo decirles a ustedes lo maravilloso que esto era. Sólo podía pensar incesantemente: «¡Éste es el jardín de las granadas! Ahora son las bodas entre Malkut y Tiferet». No sé exactamente qué papel desempeñaba yo allí. En el fondo se trataba de mí mismo: yo era las bodas. Y mi bienaventuranza era una boda bienaventurada.

Paulatinamente la vivencia del jardín de las granadas fue desvaneciéndose y se transformó. Siguió «la fiesta pascual» en Jerusalén, que estaba solemnemente adornado. No soy capaz de describirlo en detalles. Eran estados de bienaventuranza indescriptibles. Había ángeles y luz. Yo mismo era la «fiesta pascual».

También esto desapareció y se me presentó una nueva representación, la última visión. Ascendía por un amplio valle hasta la cumbre, al borde de una apacible cordillera. El final del valle formaba un anfiteatro antiguo. Se veía extraordinariamente bello en medio del verde paisaje. Y allí, en el teatro, tenía lugar el *hierosgamos*[*]. Bailarines y bailarinas entraron en el escenario y, en un lugar adornado con flores, ejecutaron el hierosgamos para Zeus, el padre del universo, y Hera, como se describe en la *Ilíada*.

Todas estas vivencias eran maravillosas, y me sumergía noche tras noche en la

más pura bienaventuranza, «escoltado por las imágenes de toda criatura». Paulatinamente los motivos se confundieron y palidecieron cada vez más. Casi siempre las visiones duraban aproximadamente una hora; luego volvía a dormirme y ya cerca del amanecer volvía a sentir: ¡Ahora vuelve la lúgubre mañana! ¡Ahora vuelve el lúgubre mundo con sus sistemas de celdas! ¡Qué estupidez, qué horrible disparate! Pues las vivencias internas eran tan fantásticas que en comparación con ellas este mundo parecía francamente ridículo. En la medida en que me acercaba de nuevo a la vida, apenas tres semanas después de la primera visión, cesaron los estados visionarios.

No es posible hacerse una idea de la belleza e intensidad del sentimiento que experimentaba durante las visiones. Fueron lo más inmenso que he experimentado en mi vida. ¡Y luego este contraste con el día! Entonces me sentía atormentado y con los nervios enteramente destrozados. Todo me irritaba. Todo era demasiado material, demasiado grosero y demasiado torpe, limitado espacial y espiritualmente, ceñido artificialmente a irreconocibles fines, y sin embargo poseía algo así como una fuerza hipnótica que hacía creer en ellos, como si se tratara de la misma realidad, mientras que se podía reconocer fácilmente su vanidad. En principio, desde entonces, pese a la fe revalorizada en el mundo, nunca más me he librado completamente de la impresión de que la «vida» es un fragmento de existencia que se desenvuelve en un sistema adecuado de magnitud tridimensional.

Me acuerdo todavía exactamente de algo. Al principio de la visión del jardín de las granadas le rogué a la hermana, que me disculpase si es que iba a ofenderse; en la habitación reinaba una gran beatitud. Ello era peligroso y podía herirla. Naturalmente no me comprendió. Para mí la presencia de la beatitud era una atmósfera embrujada, pero temía que pudiera resultar insoportable para los demás. Por ello me disculpaba, pues no podía hacer nada. Entonces comprendí por qué se habla del «olor» del Espíritu Santo que llena el espacio. Así era. Había un espíritu, en la habitación, de inexpresable beatitud, cuya explicación era el Mysterium Coniunctionis.

Nunca hubiera pensado que se pudiera experimentar algo así, que sea posible por completo una beatitud perpetua. Las visiones y vivencias fueron completamente reales; nada quedó por experimentar, sino que todo fue de la máxima objetividad.

Se recela de la expresión «eterno», pero yo sólo puedo describir el vivir como beatitud de un estado no temporal, en el cual presente, pasado y futuro son una misma cosa. Todo cuando sucede en el tiempo estaba allí compendiado en una totalidad objetiva. Ya nada se encontraba separado en el tiempo ni podía medirse mediante normas temporales. El vivir podría definirse en última instancia como un estado, como un estado de ánimo, que, sin embargo, no puede imaginarse. ¿Cómo puedo imaginarme que existo a la vez anteayer, hoy y pasado mañana? Entonces algo no habría comenzado todavía, otra cosa sería de la más diáfana actualidad y nuevamente algo estaría ya terminado, y, sin embargo, todo sería una misma cosa. Lo único que la sensibilidad podría captar sería una suma, una irisada totalidad en la que estaría

incluida tanto la esperanza de lo que comienza, como la sorpresa acerca de lo ya sucedido y la satisfacción o desilusión sobre el resultado de lo sucedido. Un todo indescriptible en el que se está inmerso; y, sin embargo, se percibe con objetividad completa.

La vivencia de esta objetividad volví a experimentarla otra vez. Fue después de la muerte de mi mujer. La vi en un sueño que fue como una visión. Ella estaba a cierta distancia y me miraba de hito en hito. Se encontraba en la flor de su edad, tenía unos treinta años y llevaba el vestido que mi prima, la médium, le había hecho hacía muchos años. Fue quizás el vestido más bonito que jamás llevara. La expresión de su cara no era ni de contento ni de tristeza, sino de objetivo convencimiento sin la menor reacción sensible, como más allá de las nieblas del afecto. Yo sabía que no era ella sino una imagen motivada o establecida por mí. Encerraba el principio de nuestras relaciones, los acontecimientos de los cincuenta y tres años de nuestro matrimonio y también el fin de su vida. Frente a una integración de este tipo uno se queda atónito, pues apenas se puede concebir.

La objetividad que experimenté en este sueño y en mis visiones pertenece a la plena individuación. Significa un librarse de las clasificaciones y de lo que designamos como compenetración afectiva. En la compenetración afectiva reside mucho del hombre en general. Pero ello implica siempre proyecciones de las que hay que prescindir para llegar a ser uno mismo y conseguir la objetividad. Las relaciones afectivas son relaciones volitivas, lastradas por la pasión y la ausencia de libertad; se espera algo de otro, por lo cual, éste y uno mismo dejan de ser libres. El conocimiento objetivo se encuentra detrás de la dependencia afectiva; parece ser el misterio fundamental. Sólo a través de él resulta posible la verdadera *Coniunctio*.

Después de la enfermedad comenzó una época de trabajo terrible para mí. Muchas de mis obras principales surgieron sólo después. El conocimiento, o la visión del fin de todas las cosas me dieron valor para nuevas formulaciones. Yo no intenté imponer mis propias opiniones sino que me confié al flujo de las ideas. De este modo fueron surgiendo en mí un problema tras otro y maduraron hasta adquirir forma.

Hubo además otra cosa que resultó de mi enfermedad. Podría formularlo como una afirmación del ser: un sí incondicional a lo que es, sin objeciones personales. Aceptar las condiciones de la existencia, tal como yo la veo: tal como la entiendo. Y aceptar mi propia esencia, tal como soy concretamente. Al principio de la enfermedad tuve la sensación de haber incurrido en un error en mi actitud y por ello ser responsable, en cierta medida, del fracaso. Pero cuando se sigue el camino de la individuación, cuando se vive la vida, hay que aceptar también el error; de lo contrario, la vida no sería completa. No existe garantía alguna —en ningún instante— de que no incurramos en el error o en un peligro mortal. Se cree quizás que existe un camino seguro. Pero éste sería el camino de los muertos. Entonces ya no sucedería nada o en ningún modo lo que debe ser quien sigue el camino seguro, está exactamente muerto.

Sólo después de la enfermedad comprendí lo importante que es para el propio destino el decir sí. Pues de este modo hay ahí un Yo que luego no desertará cuando suceda algo inconcebible. Un Yo que persiste, que soporta la verdad y que está a la altura del mundo y del destino. De este modo se ha experimentado en un fracaso también una victoria. Nada es estorbo —ni por fuera ni por dentro—, pues la propia continuidad ha resistido al fluir de la vida y del tiempo. Pero esto sólo puede ocurrir cuando uno no se inmiscuye indiscretamente en los designios del destino.

Comprendí también que se deben aceptar los pensamientos que a uno se le ocurren como algo realmente existente, al margen de toda clasificación. Es verdad que las categorías de verdadero y falso existen constantemente, pero al mismo tiempo se muestran poco propicios; pues la presencia del pensamiento es más importante que su apreciación subjetiva. Sin embargo, no deben reprimirse tampoco los juicios, puesto que como pensamientos presentes contribuyen a la visión de la totalidad.

ACERCA DE LA VIDA DESPUÉS DE LA MUERTE



LO QUE VOY A EXPLICARLE A USTEDES DEL MÁS ALLÁ y sobre la vida después de la muerte, todo son recuerdos. Son imágenes e ideas que yo he vivido y que me han inquietado. En cierto aspecto forman la base de mis obras, pues éstas en el fondo no son sino renovados intentos de dar respuesta a la interdependencia entre «este mundo» y «el otro mundo». Nunca he escrito *expressis verbis* sobre una vida después de la muerte, pues en tal caso hubiera tenido que justificar mis ideas y esto no se puede hacer. Ahora las expreso simplemente.

Sin embargo, no puedo hacer más que exponer historias sobre el particular —*mythologein*—. Quizás es necesaria la proximidad de la muerte para alcanzar la libertad necesaria para ello. Yo no deseo ni dejo de desear que tengamos una vida después de la muerte y tampoco es mi intención fomentar ideas de tal carácter; pero debo hacer constar, para dejar que hable la realidad, que, sin quererlo yo, ni desearlo, me invaden ideas de este tipo. Yo no sé si son verdaderas o falsas, pero sé que existen y que pueden manifestarse, a no ser que yo las reprima en virtud de ciertos prejuicios. Pero cierta prevención traba y daña el fenómeno total de la vida psíquica, que conozco muy poco para poder corregir por medio de un conocimiento mejor. Recientemente la razón crítica ha hecho desaparecer, junto con muchas otras concepciones míticas, la idea de la vida postmortal. Esto resultó posible porque actualmente los hombres casi siempre se identifican exclusivamente con su consciencia y se imaginan ser únicamente lo que de sí mismos saben. Todo el que tenga una idea de psicología puede darse cuenta de lo restringido que es este saber. Racionalismo y doctrinarismo son las enfermedades de nuestra época; ellas pretenden saberlo todo. Pero se descubrirán muchas cosas que hoy definimos como imposibles a causa de nuestro limitado punto de vista. Nuestros conceptos de espacio y tiempo tienen una validez sólo aproximativa y dejan abierto un amplio campo de discordancias y absolutas. Teniendo en cuenta tales posibilidades presto atención a los extraordinarios mitos del alma y observo los sucesos que me ocurren, indiferente a si concuerdan con mis premisas teóricas o no.

Desgraciadamente el aspecto mítico del hombre se manifiesta en la actualidad muy esporádicamente. El hombre actual ya no es capaz de crear fábulas. Por ello se le escapan muchas cosas, pues es importante y saludable hablar también de las cosas inaccesibles. Esto es como una bella historia de espectros, que se cuenta cuando se está sentado ante el fuego de la chimenea, fumando una pipa.

Lo que significan «en realidad» los mitos o historias de una vida después de la muerte, o qué clase de realidad está detrás de ellos, ciertamente no lo sabemos. No

podemos decidir si todavía poseen alguna validez por encima de su valor de proyecciones antropomorfas. Más bien debemos comprender que no existe posibilidad alguna de conseguir certeza acerca de cosas que sobrepasan a nuestro entendimiento.

Nosotros no podemos imaginarnos en absoluto otro mundo en circunstancias totalmente distintas, ya que vivimos en un mundo determinado a través del cual nuestro espíritu y nuestras condiciones psíquicas son conformadas y configuradas. Estamos estrechamente limitados por nuestra constitución innata y por ello estamos vinculados a este mundo nuestro con nuestro ser y existencia. El hombre mítico pretende, sin embargo, un «traspasar los límites», pero el hombre científicamente responsable no puede admitirlo. Para el entendimiento, el *mythologein* es una especulación estéril, sin embargo, para el espíritu significa una saludable actividad vital; presta a la existencia un brillo que no se quisiera perder. No existe, además, motivo suficiente alguno que justifique su pérdida.

La parapsicología descubre una prueba científicamente válida para la vida que sigue después de la muerte en el hecho de que un muerto se manifiesta —sea como fantasma, sea por intermedio de una médium— y comunica cosas que son conocidas exclusivamente por él. Aun cuando existen casos perfectamente dignos de crédito, queda en pie la cuestión de si el fantasma o la voz se identifican con el muerto o son una proyección psíquica, y si la declaración procede realmente del muerto o quizás se origina en el saber existente en el inconsciente.[1]

Pese a todas las consideraciones razonables, que hablan en contra de la certeza en estas cuestiones, no hay que olvidar una cosa: significa mucho para la mayoría de hombres el aceptar que su vida tiene una indeterminada continuidad más allá de la actual existencia. Entonces viven más juiciosamente, les va mejor y se sienten más tranquilos. ¡Se tienen siglos, se tiene todo un tiempo inimaginable para derrochar! ¿Por qué entonces esta absurda precipitación?

Naturalmente, esto no es válido para todos. Existen hombres que no experimentan necesidad alguna de inmortalidad, y para los que resulta horrible pensar que deben permanecer sentados diez mil años sobre una nube y ¡tocar el arpa! También hay, y no pocos, quienes la vida les ha tratado tan mal o que sienten tal aversión a la propia existencia, que les resulta mucho más sugestivo el fin absoluto que continuar viviendo. Pero en la mayoría de los casos es tan apremiante la cuestión de la inmortalidad, tan inmediata y también tan inextinguible que hay que arriesgarse a formarse alguna opinión acerca de ello. ¿Pero cómo es posible esto?

Mi hipótesis es que somos capaces de ello con ayuda de los datos que el inconsciente nos envía, por ejemplo, en los sueños. En la mayoría de casos nos negamos a tomar en serio las indicaciones del inconsciente porque estamos convencidos de la incontestabilidad de tal cuestión. A este razonable escepticismo opongo yo las siguientes consideraciones: cuando no podemos llegar a saber algo, deberíamos plantearlo como un problema intelectual. Yo no sé por qué razón ha

surgido el universo, ni llegaré a saberlo. Así, pues, debo plantear esta cuestión como un problema científico o intelectual. Pero si se me ofrece una idea acerca de ello —por ejemplo, a través de sueños o transferencias— debo tenerla en cuenta. Debo incluso arriesgarme a formarme una idea de ello, aunque siempre siga siendo una hipótesis y sepa que no podré demostrarla.

El hombre debe poder acreditar que ha hecho lo posible para formarse una idea acerca de la vida después de la muerte, o hacerse una imagen —aunque sea a costa de reconocer su impotencia—. Quien no lo hace ha perdido algo. Pues lo que se le plantea interrogativamente es patrimonio antiquísimo de la humanidad, un arquetipo, rico en vida misteriosa, que desea sumarse al nuestro para completarse. La razón nos pone límites demasiado estrechos y nos exige vivir exclusivamente lo conocido —e incluso esto con limitaciones— en un lugar conocido, ¡como si se conociera la auténtica dimensión de la vida! En realidad trascendemos día a día más allá de las delimitaciones de nuestra consciencia; sin nuestro conocimiento lo inconsciente vive en nosotros. Cuanto más prevalece la razón crítica, más pobre deviene la vida; pero cuanto más inconsciente, cuantos más mitos podamos llegar a comprender, tanta más vida es integrada. La razón sobreestimada tiene de común con el estado absoluto lo siguiente: bajo su dominio se empobrece el individuo.

Lo inconsciente nos ofrece una posibilidad al transmitirnos algo o aportarnos datos significativos. Afortunadamente es capaz de comunicarnos cosas que nosotros no podemos saber por lógica alguna. ¡Piensen ustedes en los fenómenos sincrónicos, en los sueños premonitorios y en los presentimientos!

Una vez regresaba de Bollingen a casa. Era en la época de la segunda guerra mundial. Llevaba un libro conmigo, pero no podía leer, pues en el instante en que el tren se puso en movimiento se me presentó la imagen de una persona ahogándose. Era el recuerdo de una desgracia ocurrida durante el servicio militar. En todo el viaje no pude librarme de esta imagen. Esto me inquietó y pensé: ¿Qué ha sucedido? ¿Ha sucedido alguna desgracia?

En Erlenbach me apeé y fui hacia casa preocupado todavía por este recuerdo. En el jardín correteaban los niños de mi segunda hija. Vivía con su familia con nosotros, después de que, a causa de la guerra, tuvieron que regresar de París a Suiza. Todos me miraron con extrañeza y yo pregunté: «¿Qué ha pasado?». Me contaron que Adrián, entonces el hijo menor, había caído al agua en el embarcadero y como no sabía nadar, por poco se ahoga. El hermano mayor le había salvado. Esto tuvo lugar exactamente en el momento en que yo en el tren fui invadido por mis recuerdos. Así, pues, mi inconsciente me había dado una advertencia. ¿Por qué, pues, no puede también darme información sobre otras cosas?

Algo parecido experimenté ante un caso de defunción de un familiar de mi mujer. Entonces soñé que la cama de mi mujer era una profunda fosa con muros tapiados. Era una tumba y recordaba algo antiguo. Entonces oí un profundo suspiro, como cuando alguien expira. Una figura que se parecía a mi mujer se incorporó en la tumba

y surcó los aires. Llevaba una túnica blanca en que había bordados extraños signos negros. Me desperté, desperté a mi mujer y miré la hora. Eran las tres de la mañana. El sueño había sido tan extraño que pensé inmediatamente en que pudiera anunciar una defunción. ¡A las siete llegó la noticia de que una prima de mi mujer había muerto a las tres de la mañana!

Con frecuencia no se trata sólo de una advertencia, sino también de una previsión. Así, tuve una vez un sueño en el cual me encontraba yo en un *garden party*. Divisé a mi hermana, lo que me extrañó mucho, pues había muerto hacía ya varios años. También estaba presente un amigo mío que había muerto. Los demás eran conocidos que vivían todavía. Mi hermana se encontraba en compañía de una dama muy conocida mía y ya en el sueño concluí que esta última se encontraba evidentemente amenazada de muerte. «Ya está marcada», pensé. En el sueño sabía quién era la dama y que vivía en Basilea. Apenas me desperté no pude recordar, pese a mis esfuerzos, de quién se trataba, a pesar de que en el sueño la veía aún. Repasé mentalmente a todos mis conocidos de Basilea y presté atención por si descubría quién era. ¡Nada!

Una semana más tarde recibí la noticia de la defunción de una amiga. Lo supe inmediatamente: era a ella a quien había visto yo en sueños y no había logrado recordar. Poseía un recuerdo vivo de muchas de sus peculiaridades, pues había sido durante mucho tiempo mi paciente, hasta el año anterior a su muerte. Sin embargo, cuando había intentado recordar todos mis conocidos de Basilea no caí en ella, pese a que con toda probabilidad hubiera debido ser una de las primeras que recordase.

Cuando se tienen experiencias de este tipo se toma un cierto respeto por las posibilidades y aptitudes del inconsciente. Sin embargo hay que ser siempre crítico y saber que tales «comunicaciones» pueden tener siempre un sentido subjetivo. Pueden coincidir con la realidad o no. Pero he experimentado que las concepciones que pude obtener con motivo de tales indicaciones del inconsciente han arrojado luz y comprensión en el terreno de los presentimientos. Naturalmente no escribiré ningún libro sobre revelaciones, sino que reconoceré que tengo un «mito» que me interesa y que me induce a plantear cuestiones. Los mitos son las formas más primitivas de la ciencia. Cuando hablo de lo que sucede después de la muerte, hablo con agitación interna y no puedo hacer sino contar sueños y mitos.

Naturalmente puede objetarse previamente que mitos y sueños acerca de la continuidad de la vida después de la muerte no son sino fantasías compensatorias, que residen en nuestra naturaleza: toda vida quiere eternidad. Contra ello no tengo más argumento que los mismos mitos.

Por encima de ellos existen indicaciones de que por lo menos una parte de la psique no se encuentra sometida a las leyes del espacio y del tiempo. La prueba científica acerca de ello la aportaron los conocidos experimentos de Rhine.[2] Junto a incontables casos de presentimientos espontáneos, las percepciones fuera del espacio y otras casos de este tipo, de las cuales ya les he contado algunos ejemplos de mi vida, demuestran que la psique en ocasiones funciona más allá de la ley de la

causalidad espacio-tiempo. De ello se desprende que nuestras concepciones de espacio y tiempo, y con ello la causalidad, son imperfectas. Una imagen del mundo perfecta debería, por así decirlo, ser ampliada con otra dimensión; sólo entonces podría aclararse unitariamente la totalidad de los fenómenos. Por ello los racionalistas insisten todavía hoy en que no existen experiencias parapsicológicas, pues con ello se derrumba su ideología. Si tales fenómenos se presentan en general, la imagen del mundo racionalista queda invadida, porque es imperfecta. Entonces se plantea la posibilidad de una realidad de otro tipo para urgentes problemas existentes tras los fenómenos, y debemos aceptar que nuestro mundo con espacio, tiempo y causalidad se refiere a otro orden de cosas, inferior o posterior en el cual no son esenciales los del «aquí y allí», ni los «antes y después». No veo ninguna posibilidad de discutir el que por lo menos una parte de nuestra existencia psíquica se caracteriza por una relatividad de espacio y tiempo. Al darse un reciente distanciamiento de la consciencia parece ascender a una absoluta carencia de espacio y tiempo.

No fueron sólo mis propios sueños, sino también a veces los de otros, los que me formaron en la creencia sobre una vida posterior a la muerte, me la hicieron revisar o me la confirmaron. Fue de especial significado para mí el sueño que tuvo una muchacha de dieciséis años, dos meses antes de su muerte: llegaba al otro mundo. Allí había un aula en la que estaban sentadas, en los primeros bancos, sus amigas muertas. Reinaba expectación general. Buscó con la mirada el maestro o encargado de la clase, pero no halló a nadie. Se le indicó que ella misma era la encargada, pues todos los muertos inmediatamente después de morir debían entregar un informe sobre todas sus experiencias de la vida. Los muertos se interesaban sobremanera por las experiencias aportadas por los fallecidos y si los sucesos decisivos eran hechos o evoluciones en la vida terrena.

En todo caso, el sueño despertaba una desacostumbrada atención que difícilmente se hallaría en la tierra. Nos interesamos apasionadamente por el resultado final psicológico de una vida humana, que en ningún caso —según nuestra postura— es digno de atención, al igual que la conclusión que de ello pueda extraerse. Sin embargo, si el «público» se encontraba en un no-tiempo relativo, en el que «transcurso», «acontecimientos», «desarrollo» se han convertido en conceptos cuestionables, casi siempre podía sentir interés justamente por lo que en su estado le faltaba.

En la época de este año, la difunta tenía miedo de su muerte y quería apartar cuanto antes esta posibilidad de su consciencia. Sin embargo es uno de los «intereses» más importantes de los hombres que envejecen el llegar a comprender esta posibilidad. Se les presenta, por así decirlo, una cuestión ineludible a la que deben responder. A este fin debería poseer un mito de la muerte, pues la «razón» no le muestra más que la oscura fosa a la que se dirige. El mito, en cambio, podría presentarles otra imagen útil e ilustrativa de la vida en el país de los muertos. Si el hombre cree en ellos, o les concede siquiera algo de crédito, tiene tanta razón como le

falta, igual que aquel que no cree en ellos. Mientras que el que los niega se enfrenta con la nada, el que se obliga al arquetipo sigue las huellas de la vida hasta la muerte. Ambos están en la incertidumbre, uno en contra de sus instintos, el otro de acuerdo con ellos, lo cual significa una considerable diferencia y ventaja a favor de este último.

También las figuras del inconsciente son «informales» y necesitan del hombre, o del contacto con la consciencia para llegar a ser «saber». Cuando comencé a ocuparme del inconsciente, las figuras de Elías y Salomé desempeñaron un importante papel. Luego se situaron en segundo plano, aunque volvieron a reaparecer al cabo de unos dos años aproximadamente. Para mi mayor asombro, no habían cambiado en absoluto; hablaban y se comportaban como si entretanto no hubiera sucedido nada en absoluto. Y sin embargo en mi vida habían ocurrido más hechos trascendentes. Hube de comenzar desde el principio, por así decirlo, y exponérselo y explicárselo todo. Esto me asombró mucho entonces. Más tarde comprendí lo que había sucedido: ambos, durante aquel intermedio habían permanecido en el inconsciente y en sí mismos; se podría también decir: inmersos en la intemporalidad. Siguieron sin contacto con el Yo y sus circunstancias cambiantes y por ello «ignoraban» lo que había sucedido en el mundo de la consciencia.

Ya muy pronto tuve la experiencia de que yo debía informar a las figuras del inconsciente, o a los francamente inseparables de él, los «espíritus de los descarriados». La primera vez lo experimenté en una excursión en bicicleta por Italia que realicé en 1911 con un amigo. En nuestro regreso llegamos desde Pavía a Arona, a la parte baja del lago Mayor y pernoctamos allí. Teníamos la intención de recorrer el lago y luego, a través de Tesino seguir hasta Faido. Allí queríamos tomar el tren hasta Zurich. Pero en Arona tuve un sueño que echó por tierra nuestros planes.

En el sueño me encontré en una reunión de ilustres espíritus de los primeros siglos y tuve una sensación semejante a la que luego experimenté frente a los «presentimientos sublimes» en mi visión de 1944 y que se encuentran en la piedra negra. La conversación tenía lugar en latín. Un señor con una larga peluca me habló y me planteó una difícil pregunta de cuyo contenido no logré acordarme al despertar. Le comprendí, pero no dominaba suficientemente el idioma para responderle en latín. Esto me avergonzó profundamente, hasta el punto de que la emoción me despertó.

Ya en el instante mismo de despertarme recordé el trabajo que entonces realizaba, *Wandlungen und Symbole der Libido* y tuve tal sentimiento de inferioridad por la pregunta no contestada que tomé inmediatamente el tren hacia casa para dedicarme a este trabajo. Me hubiera resultado imposible proseguir la excursión en bicicleta y sacrificar a ella todavía tres días. Debía trabajar para hallar la respuesta.

Sólo posteriormente comprendí el sueño y mi reacción: el señor de la peluca era una especie de «espíritu o antepasado muerto» que me había planteado su pregunta ¡y yo no supe dar respuesta! Entonces era todavía demasiado pronto, hasta aquí aún no había llegado; pero tuve una vaga sospecha de que a través del trabajo en mi libro

respondería a la pregunta. Me había sido planteada en cierto modo por mis antecesores espirituales con la esperanza de que entonces oirían lo que en su época no pudieron experimentar; debía situarse en los siglos siguientes. Si la pregunta y su respuesta hubieran existido en la eternidad desde siempre, no hubiera habido necesidad de esfuerzo y lo hubieran podido descubrir en cualquier otro siglo. Parece existir en la naturaleza un saber ilimitado que sólo puede ser captado por la consciencia bajo circunstancias de tiempo favorables. Sucede, probablemente, como en el alma del individuo: tiene durante muchos años un presentimiento en sí, pero sólo lo conoce verdaderamente en cierto momento posterior.

Cuando posteriormente escribí los *Septem Sermones ad Mortuos* fueron nuevamente los muertos los que me plantearon preguntas decisivas. Regresaban —así se dice— de Jerusalén, porque allí no hallaron lo que buscaban. Esto me extraño mucho entonces; pues, según opinión tradicional, son precisamente los muertos los que tienen el mayor saber. Se cree que saben mucho más que nosotros, porque el dogma cristiano admite que «en la gloria» miraremos la verdad «a la cara». Sin embargo, posiblemente las almas de los muertos no «saben» sino lo que sabían en el momento de su muerte y nada más. De ahí sus esfuerzos por penetrar en la vida para participar en el saber de los hombres. Frecuentemente tengo la sensación de que nos rondan y esperan saber la respuesta que les daremos de los vivientes, es decir, de aquellos que les sobreviven y viven en un mundo continuamente cambiante y recibir respuestas a sus preguntas. Los muertos preguntan como si no dispusieran de la sabiduría total o de la consciencia absoluta, como si tan sólo pudieran penetrar en el alma corporal de los vivientes. El espíritu de los vivientes parece tener por lo menos una ventaja respecto al de los muertos, concretamente la capacidad de lograr conocimientos claros y decisivos. El mundo tridimensional en el tiempo y en el espacio me parece como un sistema de coordenadas: se separa en ordenadas y abscisas lo que «allí», en la intemporalidad e inespacialidad, puede mostrarse quizás como una prefiguración con muchas facetas, quizás como una difusa nube de conocimientos acerca de un arquetipo. Se requiere, sin embargo, un sistema de coordenadas para posibilitar la diferenciación de diversos contenidos. Una operación de esta naturaleza nos parece inconcebible en el estado de omnisciencia difusa o en el de una consciencia sin sujeto y sin localización espacio-tiempo. El conocimiento presupone, como la procreación, una oposición, un aquí y allí, un arriba y abajo, un antes y un después.

Si existe una existencia consciente después de la muerte, debe transcurrir, me parece, en el sentido de la consciencia de la humanidad que tiene siempre una delimitación superior, pero movible. Hay muchos hombres que en el instante de su muerte no sólo se quedan por debajo de sus propias posibilidades, sino principalmente detrás de lo que ha sido comprendido por otros hombres de su época. De ahí su penetración a alcanzar en la muerte la parte consciente que no consiguieron en vida.

He llegado a esta opinión por la observación de sueños sobre muertos. Así, por ejemplo, soñé una vez que visitaba a un amigo que había muerto unos catorce días antes. En su vida no había tenido más que ideología convencional, y permaneció en esta postura irreflexiva. Su vivienda se hallaba en una colina, semejante a la colina de Tülling, junto a Basilea. Allí había un viejo castillo, cuyas murallas rodeaban una plaza con una pequeña iglesia y algunos pequeños edificios. Me recordaba la plaza del castillo de Rapperswil. Era en otoño. Las hojas de los viejos árboles tenían un color dorado y tibios rayos de sol iluminaban el cuadro. Allí estaba sentado frente a una mesa mi amigo con su hija, que había estudiado psicología en Zurich. Yo sabía que ella le explicaba algunas nociones de psicología. Él estaba tan fascinado por lo que ella le decía que me saludó sólo con un ligero movimiento de mano, como si quisiera hacerme comprender: «¡No me molestes!». El saludo era a la vez una negación.

El sueño me decía que ahora él debía realizar la realidad de su existencia psíquica, de un modo y manera naturalmente ignorados por mí; debía hacer lo que nunca había sido capaz de hacer en vida. Posteriormente, al recordar el sueño, me vinieron a la mente las palabras: «Santos anacoretas esparcidos por las montañas…». Los anacoretas en la escena final de la segunda parte de *Fausto* son como una representación de los diversos grados de evolución que se complementan y elevan recíprocamente.

Otra experiencia sobre la evolución del alma después de la muerte la tuve cuando —aproximadamente un año después de la muerte de mi esposa— me desperté de pronto una noche y supe que había estado en su casa, al sur de Francia, en la Provenza y había pasado todo el día con ella. Ella realizaba allí estudios sobre el Santo Grial. Esto me pareció significativo, pues ella había muerto sin haber terminado el trabajo sobre este tema.

La explicación al nivel subjetivo —mi ánima no había terminado todavía el trabajo emprendido por ella— no me dice nada, pues sé que aún no lo he terminado; en cambio, la idea de que mi mujer después de muerta trabajaba todavía en su ulterior evolución espiritual, lo que siempre es dable imaginar, me pareció razonable, y por ello el sueño fue algo tranquilizador para mí.

Representaciones de este tipo son naturalmente incorrecta y dan una imagen insuficiente, como un cuerpo proyectado en una superficie o como, a la inversa, la construcción de una figura tetradimensional a partir de un cuerpo. Parten de la definición de un mundo tridimensional, para tratar de explicárselo a ellos mismos, al igual que las matemáticas no escatiman esfuerzos para crear una expresión de relaciones que superen todo empirismo, también es propio de una fantasía disciplinada proyectar imágenes de lo inapreciable según principios lógicos y basándose en datos empíricos, como, por ejemplo, lo manifestado en los sueños. El método empleado para ello es el de «expresión necesaria», como le he llamado. Representa el principio de la amplificación* en el significado de los sueños, pero

puede fácilmente demostrarse enunciando todos los números sencillos.

El uno es como primer numeral, una unidad. Pero es también «la unidad», el uno, el Uno-todo, el único el sin dos, no un numeral sino una idea filosófica, o un arquetipo y atributo de Dios, el *monos*. Es correcto que el entendimiento humano haga tales declaraciones, pero se encuentra determinado y vinculado por la representación del Uno y sus implicaciones. No se trata, en otras palabras, de manifestaciones arbitrarias, sino que se encuentran determinadas por la naturaleza del Uno y son por ello necesarias. La misma operación lógica podría realizarse teóricamente en todas las demás representaciones numéricas, pero pronto llega su fin a causa de la creciente cantidad de complicaciones que se hace interminable.

Cada unidad posterior aporta nuevas propiedades y modificaciones. Así, por ejemplo, es una propiedad del número cuatro el que puedan solucionarse todavía las ecuaciones de cuarto grado, pero no, en cambio, las de quinto grado. Es, pues, una «expresión necesaria» del número cuatro que constituye el punto culminante y a la vez el fin de un aumento precedente. Así, con las unidades posteriores se plantea una o varias nuevas propiedades de naturaleza matemática, que complican hasta tal punto la expresión que no pueden ya ser formuladas.

La serie infinita de los números corresponde al número infinito de criaturas individuales. Se compone igualmente de individuos, y ya las propiedades de sus diez miembros iniciales representan —si es que algo representan— una cosmogonía abstracta del *monos*. Pero las propiedades de los números son a la vez propiedades de la materia, por ello ciertas ecuaciones son capaces de predecir el comportamiento de la materia.

Por ello, quisiera atribuir también a otras expresiones matemáticas de nuestro entendimiento la posibilidad de señalar realidades de tipo inaprensible. Me refiero, por ejemplo, a las creaciones de la fantasía que disfrutan del *consensus omnium* o que por la gran fantasía de sus apariciones son excelentes, y a los motivos arquetípicos. Hay ecuaciones matemáticas de las que se ignoran a qué realidad física corresponden; igualmente existen realidades míticas y en principio no sabemos a qué realidad psíquica se refieren. Así, por ejemplo, se han planteado ecuaciones que determinan la turbulencia de los gases al calentarlos, antes de que ello se hubiera investigado exactamente; desde hace mucho tiempo existen *mitologemas* que expresan el transcurso de ciertos procesos decrecientes que sólo actualmente podemos reconocer como tales.

El grado de consciencia que se alcanza constituye, me parece, el límite superior en conocimiento al cual también los muertos pueden llegar. Es por ello que la vida terrena tiene tanta importancia y es tan decisivo lo que un hombre «transmite» en el momento de la muerte. Sólo aquí, en la vida terrena, donde los extremos se tocan, puede elevarse la consciencia general. Esto parece ser la misión metafísica del hombre, que sin embargo sólo puede cumplir parcialmente sin *mythologein*. El mito es el grado de transición inevitable e imprescindible entre el inconsciente y el

conocimiento consciente. Se afirma que el inconsciente sabe más que la consciencia, pero es un saber de tipo esencial, un saber en la eternidad, casi siempre sin relación al Aquí y Ahora, al margen de nuestro lenguaje racional. Sólo cuando le damos oportunidad de expresarse, amplificarse, tal como se mostró anteriormente con el ejemplo de los números, penetra en el reino de nuestro entendimiento y se nos hace perceptible un nuevo aspecto. Este proceso se repite de modo convincente en cada análisis de un sueño que realizamos. Por ello es tan importante no tener opiniones preestablecidas doctrinariamente sobre la expresión de los sueños. Tan pronto como se presenta una «monotonía del significado» se sabe que la interpretación se ha vuelto doctrinaria y por ello infructuosa.

Aunque no sea posible aportar una prueba válida sobre la vida del alma después de la muerte, existen, sin embargo, vivencias que dan que pensar. Yo las defino como signos, sin pretender ser lo suficiente osado para atribuirles el significado de conocimientos.

Una vez estaba despierto por la noche y pensaba en la repentina muerte de un amigo que había sido enterrado el día anterior. Su muerte me preocupaba mucho. De pronto tuve la sensación de que estaba en mi habitación. Me parecía como si estuviera a los pies de la cama y me pidiera que fuera con él. No tuve la sensación de una aparición, sino que se trataba de una imagen de él visual interna, que me la expliqué como una fantasía. Hube de preguntarme: ¿Tengo alguna prueba acerca de que se trata de una fantasía? Si no fuera una fantasía, mi amigo estaría aquí realmente y, en cambio, si yo le creía una fantasía, ¿no sería esto una insolencia? Sin embargo, tampoco disponía de prueba alguna de que se tratara de una aparición, es decir, de que estuviera «verdaderamente» ante mí. Entonces me dije: ¡Fuera demostraciones! En lugar de explicármelo como una fantasía podía con igual derecho aceptarlo como aparición y siquiera concederle realidad. En el instante en que pensé esto él se fue hacia la puerta y me hizo señas de seguirle. Debía, por así decirlo, cooperar. ¡Pero esto no estaba previsto! Por lo tanto, hube de repetir mi argumentación. Sólo después de ello le seguí en mi fantasía.

Me condujo fuera de la casa, al jardín, a la calle y finalmente a su casa. (En la realidad su casa estaba a una distancia de unos cien metros de la mía). Entré y me condujo a su despacho. Se subió a un taburete y señaló el segundo de los cinco libros encuadernados en rojo que estaban en el segundo estante superior. Luego la visión desapareció. Yo no conocía su biblioteca y no sabía qué libros poseía. Además, desde abajo no había podido ver el título del libro que me señalaba.

El caso me pareció tan extraño que, a la mañana siguiente, fui a ver a la viuda de mi amigo y le pregunté si me permitía echar una ojeada a la biblioteca del difunto.

Realmente bajo la estantería vista en sueños había un taburete y vi desde abajo los cinco libros encuadernados en rojo. Subí al taburete para poder leer el título. Eran traducciones de las novelas de Emile Zola; el título del segundo volumen decía: *El legado de los muertos*. El contenido me pareció intrascendente, pero el título

guardaba una relación sumamente importante con mi vivencia.

Tuve otra vivencia, que me dio que pensar, la tuve ante la muerte de mi madre. Cuando murió, yo me encontraba en Tesino. Quedé sobrecogido por la noticia, pues su muerte llegó inesperadamente. La noche anterior a su muerte tuve un sueño terrible: me hallaba en un bosque espeso ¡tenebroso! Había enormes bloques de roca entre imponentes árboles, propios de la selva virgen. Era un paisaje heroico, primitivo. De repente oí un silbido estridente que parecía resonar a través del universo. Las rodillas me temblaban de espanto. Entonces se oyó un ruido en un matorral y saltó un enorme lobo con terribles fauces. Su visión me heló la sangre en las venas. Pasó ante mí como una flecha y yo supe que el cazador salvaje le había ordenado que capturase un hombre. Me desperté con espanto de muerte y al día siguiente recibí la noticia de la muerte de mi madre.

Raramente me ha impresionado tanto un sueño de este tipo, pues, considerado superficialmente, parecía significar que el demonio fue en busca de mi madre. En realidad, sin embargo, el cazador salvaje era el «cazador de los bosques» que aquella noche, en los días ventosos de enero, cazaba con sus lobos. Era Wotan, el dios de los antepasados alemanes, quien «reunía» a mi madre con sus antepasados. Sólo por los misioneros cristianos Wotan se convirtió en el diablo. En sí mismo es un dios importante, un Mercurio o Hermes, como supieron muy bien los romanos; un espíritu de la naturaleza que surgió nuevamente en la leyenda del Grial en Merlín y, como *Spiritus Mercurialis*, se convirtió en el arcano buscado por los alquimistas. Así, el sueño decía que el alma de mi madre había sido acogida en aquella gran relación del Mismo, a la otra parte del mundo cristiano moral, es decir, al conflicto antagónico que abarca a la totalidad de la naturaleza y el espíritu.

Marché inmediatamente a casa y cuando de noche estaba sentado en el tren experimenté una sensación de gran tristeza, pero en el interior de mi corazón no podía sentirme triste y concretamente por una extraña razón: durante todo el viaje oí continuamente música de baile, risas y charlas alegres, como si se celebraran unas bodas. Esta vivencia se encontraba en crasa oposición a la terrible impresión del sueño. Aquí se oía alegre música, risas gozosas y me resultaba imposible abandonarme a la tristeza. Constantemente la tristeza quería embargarme, pero de nuevo me sentía entre alegres melodías. Era un sentimiento de calor y alegría por una parte y espanto y tristeza, por otra, un incesante cambio de contrastes afectivos.

La oposición se explica porque la muerte en parte se representa por el punto de vista del Yo y en parte por el del alma. En el primer caso parece una catástrofe, es decir, como si poderes despiadados y malos hubieran exterminado a un hombre.

Ciertamente la muerte es una terrible brutalidad —no hay que dejarse engañar acerca de esto— no sólo como acontecimiento físico, sino mucho más aún como psíquico: un hombre es destrozado y lo que permanece es el glacial silencio de la muerte. Ya no existe más esperanza de relación alguna, pues todos los accesos se han roto. Hombres a los que se desearía una larga vida desaparecen a mitad de su vida y

hombres inútiles alcanzan una avanzada edad. Esto es una cruel realidad que no debe paliarse. La brutalidad y arbitrariedad de la muerte puede amargar a los hombres hasta el punto de que concluyan que no existe Dios misericordioso alguno, ni justicia ni bondad.

Sin embargo, bajo otro punto de vista, la muerte aparece como un suceso alegre. *Sub specie aeternitatis* es una boda, un *Misterium Coniunctionis*. El alma alcanza, por así decirlo, la mitad que le falta, alcanza su plenitud. En los sarcófagos griegos se representaba el elemento alegre por medio de bailarinas, en las tumbas etruscas por medio de banquetes. Cuando murió el piadoso cabalista Rabbi Simón Ben Jochai, sus amigos dijeron que celebraba bodas. Todavía hoy existe cierta costumbre en algunos lugares de celebrar en el día de los difuntos un *picnic* en los cementerios. Todo esto expresa la sensación de que la muerte es en realidad una fiesta alegre.

Ya un par de meses antes de la muerte de mi madre, en septiembre de 1922, tuve un sueño que se refería a esto. Se trataba de mi padre y me impresionó mucho. Desde su muerte, es decir, desde 1896, no había soñado más con él. Ahora aparecía nuevamente en un sueño, como si regresara de un largo viaje. Parecía rejuvenecido y no paternalmente autoritario. Fui con él a mi biblioteca y me alegré enormemente de saber cómo le había ido. Especialmente me alegré de presentarle a mi mujer y mis hijos, de mostrarle mi casa y explicarle todo cuanto había hecho en este tiempo y lo que había llegado a ser. Quería informarle también del libro de los tipos, que había escrito de joven. Pero vi inmediatamente que todo esto no era posible, pues mi padre parecía preocupado. Evidentemente quería algo de mí. Me di cuenta claramente de ello y yo mismo me contuve. Entonces me dijo que deseaba consultarme, puesto que yo era psicólogo, y concretamente acerca de psicología matrimonial. Me dispuse a darle una larga explicación acerca de las complicaciones del matrimonio y entonces me desperté. No podía comprender bien el sueño, pues no se me ocurría qué relación podía tener con la muerte de mi madre. Esto sólo lo vi claro cuando ella murió repentinamente en enero de 1923.

El matrimonio de mis padres no fue un convenio feliz, sino una prueba de paciencia lastrada por muchas dificultades. Ambos cometieron los errores típicos de muchos matrimonios. Por mi sueño hubiera podido prever la muerte de mi madre: después de una ausencia de veintiséis años se presentaba mi padre en el sueño en casa del psicólogo en busca de ideas y conocimientos acerca de los problemas matrimoniales, pues había llegado el tiempo para él de volver a plantearse el problema. En su estado intemporal no había adquirido mejores opiniones y debía por ello dirigirse a los vivientes, que bajo circunstancias distintas podían haber obtenido algunos nuevos puntos de vista.

Así habla el sueño. Indudablemente, hubiera podido conseguir todavía mucho más penetrando en su sentido subjetivo. ¿Pero por qué le soñé precisamente a él antes de la muerte de mi madre, de la que no tenía idea alguna? Se ajusta claramente a mi padre, con quien me unía una simpatía que se acrecentó con los años.

Dado que el inconsciente tiene mejores fuentes de información a causa de su espacio-tiempo-relatividad que la consciencia, la cual sólo dispone de las percepciones sensoriales, somos instruidos en relación con nuestro mito de la vida después de la muerte, acerca de los escasos datos del sueño y de manifestaciones espontáneas semejantes del inconsciente. Naturalmente, tal como hemos dicho, no se puede atribuir a estas indicaciones el valor de conocimientos o de pruebas. Pero pueden, sin embargo, servir como fundamento adecuado a las amplificaciones míticas; constituyen para el entendimiento investigador aquella zona de posibilidades que resultan imprescindibles para su actividad. Si falta el mundo intermedio de la fantasía mítica, el espíritu está amenazado por la rigidez del doctrinalismo. Pero, a la inversa, la consideración de los principios míticos comporta también un peligro para los espíritus débiles y sugestionables: el peligro de tomar los presentimientos por conocimientos y de hipostasiar las fantasmagorías.

Las ideas y concepciones acerca de la reencarnación constituyen un mito muy difundido acerca del otro mundo. En un país en que la cultura espiritual es muy diferenciada y mucho más antigua que la nuestra, a saber, en la India, la idea de la reencarnación pasa por algo evidente, al igual que entre nosotros la idea de que Dios ha creado el mundo, o de que existe un *spiritus rector*. El indio culto sabe que nosotros no pensamos como él, pero esto no le inquieta. De acuerdo con la idiosincrasia espiritual del ser oriental, las consecuencias del nacimiento y de la muerte se consideran un acontecer infinito, como una rueda eterna, que sin objetivo sigue girando constantemente. Se vive, se conoce y se muere y se vuelve a empezar desde el principio. Sólo en Buda se manifiesta la idea de un objetivo, concretamente la superación del ser terrenal.

La necesidad mítica del hombre occidental requiere una imagen evolutiva del mundo con *principio y fin*. Rechaza tanto un *fin* que sólo tenga principio como la concepción de una rotación estática, eternamente encerrada en sí misma. El hombre oriental, por el contrario, parece poder tolerar la última idea. No existe ciertamente ningún *consensus* general respecto a la esencia del mundo, al igual que tampoco han podido hasta hoy ponerse de acuerdo los astrónomos en esta cuestión. Al hombre occidental le resulta insoportable la absurdidad de un mundo meramente estático, debe presuponer su sentido. El hombre oriental no necesita esta hipótesis, sino que la personifica. Mientras aquél quiere dar el último toque al sentido del mundo, éste se esfuerza en la realización del sentido en el hombre y aparta de sí el mundo y la existencia (Buda).

Yo daría la razón a ambos. El hombre occidental parece ser predominantemente extravertido[*], el oriental predominantemente introvertido[*]. El primero proyecta el sentido y lo sospecha en los objetos; el último lo siente en sí mismo. Pero el sentido está tanto en el exterior como en el interior.

La idea del *karma* no debe separarse de la idea del renacer. La cuestión decisiva es si el *karma* es personal a un hombre o no. Si la determinación del destino, con la

que un hombre entra en la vida, representa el resultado de acciones y realizaciones de la vida pasada, existe entonces una continuidad personal. En otro caso, se concibe un *karma* en cierto modo como un nacimiento, de suerte que se encarna nuevamente sin que subsista una continuidad personal.

Por dos veces Buda fue interrogado por sus discípulos si el *karma* del hombre era personal o impersonal. Ambas veces eludió la cuestión y no penetró en ella; no contribuye nada a librarse de la ilusión del ser. Buda consideró más útil que sus discípulos meditaran acerca de la cadena Nidâna, concretamente sobre el nacimiento, la vida, la vejez y la muerte, sobre la causa y efecto de los apasionantes acontecimientos.

No conozco respuesta alguna a la cuestión de si el *karma*, que yo vivo, es el resultado de mi vida pasada o es quizás el patrimonio de mis antepasados, cuya herencia coincide en mí. ¿Soy una combinación de vida de los antepasados y encarno nuevamente su vida? ¿He vivido anteriormente como personalidad determinada y llegué en aquella vida tan lejos que puedo ahora intentar una solución? No lo sé. Buda dejó en pie la pregunta y quisiera suponer que no lo supo con certeza.

Podría imaginarme muy bien que viví en siglos anteriores y me vi acuciado entonces por cuestiones a las que no podía responder todavía; que debía volver a nacer porque no había cumplido la tarea encomendada. Cuando muera —así me lo imagino—, mis hechos me seguirán. Aportaré lo que haya hecho.

Sin embargo, se trata de que al término de mi vida no esté con las manos vacías. Esto también parece haberlo pensado Buda, cuando intentaba apartar a sus discípulos de especulaciones inútiles. Es la razón de ser de mi existencia el que la vida me plantee una cuestión. O a la inversa: yo mismo soy una cuestión que va dirigida al mundo, y debo aportar mi respuesta o de lo contrario me encuentro meramente referido a la respuesta del mundo. Ésta es la tarea suprapersonal de la vida, que sólo con esfuerzo realizo. Quizá representa algo que ya preocupó a mis antepasados, pero que no pudieron responder. ¿Influye quizás en mí el hecho de que el desenlace del *Fausto* no encierre solución alguna? ¿O se trata del problema contra el cual se estrelló Nietzsche: la vivencia dionisíaca a la que parece escapar el hombre cristiano? ¿O es el inquieto Wotan-Hermes de mis antepasados alemanes y francos, quien me plantea cuestiones acuciantes? ¿O es justa la sospecha de Richard Wilhelm de que en mi vida anterior fui un chino rebelde, que, a modo de castigo, debe descubrir su alma oriental en Europa?

Lo que yo siento como resultado de la vida de mis antepasados o como *karma* adquirido en la vida anterior personal, podría quizás ser igualmente un arquetipo impersonal que actualmente angustia a todo el mundo y me ha conmovido especialmente, como, por ejemplo, la evolución secular de la Tríada divina y su confrontación con el príncipe femenino, o la respuesta, siempre esperada, a la cuestión gnóstica del origen del mal, en otras palabras, la imperfección de la imagen cristiana de Dios.

Pienso también en la posibilidad de que mediante un esfuerzo individual surja en el mundo una cuestión cuya respuesta se reclame. Por ejemplo, mis preguntas y respuestas podrían ser poco satisfactorias. Bajo tales circunstancias, alguien que tuviera mi *karma*, es decir, quizás yo mismo, debería volver a nacer para dar una respuesta más completa. Por ello puedo imaginarme que mientras yo no vuelva a nacer, el mundo no necesita una respuesta y que dispondré de algunos centenares de años de calma hasta que nuevamente se necesite alguien que se interese por tales cuestiones, y yo pueda volver a ocuparme de esta tarea con renovado esfuerzo. Tengo la idea de que puede iniciarse ahora cierta tranquilidad hasta que el *Pensum* actual esté elaborado.

La cuestión del *karma* me resulta oscura, como también el problema del renacer personal o de la transmigración de las almas. *Liberta et vacua mente*, escucho con atención la creencia india en el renacer y paso revista a mi mundo de experiencias por si en algún aspecto o en alguna cosa encuentro algo que con razón pueda indicar la reencarnación. Prescindo naturalmente de los testimonios relativamente numerosos entre nosotros sobre la creencia en la reencarnación. Una creencia no me demuestra, naturalmente, más que un fenómeno de la creencia, pero no en absoluto el contenido creído. Éste debe revelárseme en sí mismo empíricamente para poder aceptarlo. Hasta hace pocos años no me ha sido posible, pese a la atención que prestaba a estas cuestiones, descubrir nada convincente en este sentido. Pero hace poco he observado una serie de sueños que me describían en proceso de reencarnación en una personalidad muerta que me era conocida. Ciertos aspectos hacen referencia a la realidad empírica, incluso con probabilidad no del todo descartada. Sin embargo, nunca pude volver a observar algo parecido, de modo que no disponía de comparación alguna. Puesto que mi observación es única y subjetiva, es mi intención exponer su existencia, pero no sus contenidos. Debo reconocer, sin embargo, que debido a esta experiencia considero el problema de la reencarnación con otros ojos, sin estar, sin embargo, en situación de poder defender una opinión concreta al respecto.

Si aceptamos que «allí» prosigue la vida, no podemos imaginarnos otra existencia que la psíquica; pues la vida de la psique no necesita espacio ni tiempo. La existencia psíquica, particularmente las imágenes internas de las que actualmente nos ocupamos, proporcionan la materia para todas las especulaciones míticas acerca de una existencia en el otro mundo, y ésta me la imagino como un progreso en el mundo de las imágenes. Así, la psique podría ser aquella existencia en la que se encuentra el «otro mundo» o «el país de los muertos». El inconsciente y el «país de los muertos» son en ese sentido sinónimos.

Desde el punto de vista psicológico, la «vida en el otro mundo» parece como una continuación inmediata a la vida psíquica de la vejez. Al ir avanzando la edad, la contemplación, la reflexión y las imágenes internas adquieren generalmente un papel cada vez más preponderante. «Tus ancianos tendrán sueños»[3]. Esto presupone que

las almas de los ancianos no se anquilosan o petrifican: *sero medicina paratur cum mala per longas convaluere moras*.[4] En la vejez, el hombre comienza a rememorar los recuerdos y a reconocerse en las imágenes internas o externas del pasado. Esto constituye una introducción o preparación a una existencia en el otro mundo, tal como, según la concepción de Platón, la filosofía constituye una preparación a la muerte.

Las imágenes internas impiden que me pierda en mi mirada retrospectiva. Hay muchos hombres ancianos que quedan presos en el recuerdo de acontecimientos externos. Quedan presos en ellos, mientras que el pasado, cuando se refleja y traduce en imágenes, significa un «*reculer pour mieux sauter*». Yo intento ver la línea que me ha introducido en el mundo a través de la vida y que me lleva más allá del mundo.

En general las representaciones que se hacen los hombres acerca del otro mundo están determinadas por sus deseos y sus prejuicios. En la mayoría de casos sólo se vinculan al otro mundo representaciones iluminadas. Pero esto no me aclara nada. Puedo igualmente imaginarme que después de la muerte habitaremos en una bonita pradera florida. Si en el otro mundo todo fuera bello y hermoso, debería existir una comunicación amistosa entre nosotros y los espíritus puros y bienaventurados, y del estado de prenacimiento podrían derivarse consecuencias bellas y hermosas. Sin embargo, no es así. ¿Por qué esta insalvable separación entre los hombres y los difuntos? Por lo menos la mitad de las informaciones sobre encuentros con los espíritus de los muertos hablan de experiencias angustiosas con espíritus tenebrosos y es normal que el país de los muertos comporte un silencio helado de indiferencia ante el dolor de la soledad.

Si tengo en cuenta lo que en mí me habla del otro mundo, el mundo actual me parece mucho más unitario que el «otro mundo», en el que falta por completo la naturaleza antagónica. También allí hay «naturaleza» que a su modo es Dios. El mundo al que vamos después de morir será espléndido y terrible, tal como la divinidad y la naturaleza conocida por nosotros. Tampoco puedo imaginarme que dejen de existir las desgracias. Concretamente esto era lo que experimenté en mis visiones de 1944, la liberación de la carga del cuerpo y la percepción del sentido, profundamente satisfactoria. Sin embargo, también había allí oscuridad y una extraña ausencia de calor humano. ¡Piensen en las rocas negras a las que llegué! Eran oscuras y del granito más duro. ¿Qué significa esto? Si no existiera la imperfección, un defecto original en la base de la creación, ¿cómo se explicaría el impulso creador, el anhelo por satisfacerlo? ¿Por qué les interesa a los dioses el hombre y la creación? En la prosecución de la cadena Nidâána hasta el infinito. ¿De dónde si no recibió Buda su dolorosa ilusión de la existencia, su *quod non* y el hombre cristiano espera un pronto fin del mundo?

Me parece probable que también en el otro mundo existan ciertas delimitaciones; que las almas de los muertos sólo descubrirán progresivamente dónde se encuentran los límites del estado liberatorio. En alguna parte existe «allí» un Debe condicionante

de mundo que quiere poner fin al estado del otro mundo. Este Debe creador decidirá —así lo imagino— qué almas se sumergirán nuevamente en el nacimiento. Podría imaginarme que ciertas almas encuentran el estado de existencia tridimensional más dichoso que el de la «eterna». Pues quizás ello depende de hasta qué punto han trascendido la perfección o imperfección de su existencia humana.

Es posible que una continuación de la vida tridimensional no tuviera ya sentido cuando el alma ha alcanzado cierto grado de inteligencia; que no hubiera de regresar y la inteligencia elevada impidiera el deseo de reencarnación. Entonces las almas del mundo tridimensional se desvanecerían y conseguirían un estado que los budistas designan como nirvana. Sin embargo, si resta todavía un *karma* por ultimar el alma, vuelve a caer en el deseo y se entrega de nuevo a la vida, quizás por la creencia de que existe algo por completar.

En mi caso, hay que imaginar, debe haber sido un impulso apasionado el que ha originado mi nacimiento. Pues él es el elemento más destacado de mi naturaleza. Este insaciable instinto de comprensión ha creado, por así decirlo, una consciencia para reconocer lo que es y lo que sucede y para descubrir más allá de ello míticas representaciones a partir de las escasas indicaciones de lo irreconocible.

No está en absoluto a nuestro alcance el poder demostrar que se conserve de nosotros algo eternamente. Como máximo, podemos decir que existe una cierta probabilidad de que algo de nuestra psique continúe viviendo después de la muerte física. Si lo que ahora continúa existiendo es consciente en sí mismo, tampoco lo sabemos. Si existe una necesidad de formarse una opinión sobre esta cuestión, podría quizás sacarse a colación los fenómenos de desdoblamiento psíquico que se han realizado. En la mayoría de casos en que se manifiesta un complejo de desdoblamiento ello sucede en la forma de una personalidad, como si el complejo tuviera una consciencia de sí mismo. Por ello, por ejemplo, las voces de los enajenados se personifican. El fenómeno del complejo personificado lo he tratado ya en mi disertación doctoral. Se le podría guiar, si se quiere, en beneficio de una continuidad de la consciencia. En favor de tal hipótesis hablan también las observaciones sorprendentes que se han realizado en profundos desmayos después de agudas lesiones cerebrales y en graves estados de colapso. En ambos casos, de la más acusada pérdida de consciencia pueden tener lugar percepciones del mundo externo, así como experiencias oníricas. Dado que la corteza cerebral es la sede de la consciencia, descartada la influencia del desmayo, tales experiencias resultan actualmente todavía inexplicables. Quizás expresan una conservación subjetiva mínima de la capacidad consciente —incluso en los estados de una aparente carencia de consciencia.[5]

El problema de la relación entre el «hombre intemporal», la persona y el hombre terrenal en el espacio y el tiempo plantea cuestiones de lo más difíciles. Dos sueños me aclararon esto.

En un sueño que tuve en octubre de 1958 vi desde mi casa dos discos de forma

lenticular y de brillo metálico, que pasaron velozmente, describiendo un estrecho arco, por encima de la casa en dirección al lago. Eran dos OVNIS. Luego pasó otro cuerpo que volaba directamente hacia mí. Era un lente circular, como el objetivo de un telescopio. A una distancia de unos cuatrocientos o quinientos metros se detuvo un instante y luego volvió a volar. Inmediatamente después llegó otro cuerpo volando por el aire: un objetivo con apliques metálicos, adaptado a una caja: una linterna mágica. A unos sesenta o setenta metros de distancia se detuvo en el aire y se dirigió directamente hacia mí. Me desperté con la sensación de extrañeza. El sueño me rondaba todavía en la cabeza. Nosotros creemos siempre que los OVNIS son proyecciones nuestras. Pero ahora parecía que nosotros éramos sus proyecciones. Yo era proyectado por la linterna mágica como C. G. Jung. ¿Pero quién manipulaba el aparato?

Soñé una vez sobre el problema de la relación entre la persona y el Yo. En aquel sueño me encontraba en una excursión. Por un pequeño camino atravesé un paisaje accidentado, el sol brillaba y yo divisaba un amplio panorama. Entonces llegué a una pequeña ermita. La puerta estaba abierta y entré. Ante mi asombro, en el altar no se encontraba ninguna imagen de la madre de Dios ni ningún crucifijo, sino sólo un adorno de hermosas flores. Pero luego vi que, ante el altar, en el suelo, vuelto hacia mí, estaba un yogui sentado meditando profundamente. Al contemplarle de cerca vi que tenía mi rostro. Me desperté asustado pensando: ¡Ah!, éste es el que me medita. Ha tenido un sueño que soy yo. Sabía que cuando él despertara yo ya no existiría más.

Este sueño lo tuve después de la enfermedad de 1944. Representa una comparación: mi persona se sume en la meditación, por así decirlo como un yogui y medita mi forma terrena. Se podría decir también: adopta forma humana para lograr una existencia tridimensional, como cuando alguien se pone un vestido de buzo para realizar una inmersión en el mar. La persona se entrega a aquella existencia en el más allá en una actitud religiosa que indica la capilla en el sueño. En la forma terrena pueden realizarse las experiencias del mundo tridimensional y perfeccionarse mediante mayor consciencia en un fragmento más.

La figura del yogui representaría en cierto aspecto mi totalidad prenatal inconsciente y el lejano oriente, tal como sucede con frecuencia en los sueños, algo que nos es ajeno, un estado psíquico contrapuesto a la consciencia. Al igual que la linterna mágica, «proyecta» también la meditación del yogui mi realidad empírica. Generalmente, sin embargo, consideramos esta relación causal a la inversa: descubrimos en los productos del inconsciente símbolos del mandala, es decir, figuras circulares y cuadrangulares, que expresan totalidad; y cuando expresamos totalidad utilizamos tales figuras. Nuestra base es la consciencia de un yo, un campo de luz centrado en el Yo que representa nuestro mundo. A partir de aquí contemplamos un mundo tenebroso, enigmático y no sabemos hasta qué punto sus huellas tenebrosas están causadas por nuestra consciencia o hasta qué punto poseen realidad. Un análisis

superficial se da por satisfecho con la aceptación de la consciencia como causante. Sin embargo, un análisis más exacto muestra que generalmente las imágenes del inconsciente no son motivadas por la consciencia, sino que poseen su propia realidad y espontaneidad. Sin embargo, las consideramos simplemente como una especie de fenómeno marginal.

La tendencia de ambos sueños apunta a la relación de la consciencia del Yo y el Inconsciente considerada a la inversa, es decir, a representar el inconsciente como generador de la persona empírica. Esta inversión indica que, según la «opinión de la otra parte», nuestra existencia inconsciente es la verdadera y nuestro mundo consciente una ilusión o una aparente realidad, producida con fines determinados, algo así como un sueño que parece tener tanta realidad como si nos encontrásemos en ella. Está claro que este planteo tiene mucha semejanza con la concepción del mundo oriental, en cuanto éste cree en el Maja.[6]

La totalidad inconsciente me parece por ello como el propio *spiritus rector* de todo suceso biológico y psíquico. Aspira a realización total, es decir, a devenir completamente consciente en el hombre. Devenir consciente es cultura en el sentido más amplio y autoconocimiento, es decir, esencia y alma de este proceso. El oriente atribuye a la persona un significado «divino», y según la antigua concepción cristiana es el autoconocimiento el camino de la *cognitio Dei*.

La cuestión decisiva para los hombres es: ¿guarda relación con lo infinito o no? Esto es el criterio de la vida. Sólo si yo sé que la falta de límites es lo esencial, no presto interés a cuestiones vanas y a cosas que no tienen un significado decisivo. Si no lo sé, insisto en perseguir tal o cual propiedad que percibo como posesión personal, algo que rige el mundo. Así es, pues, quizás a causa de «mi» inteligencia o «mi» belleza. Cuanto más insiste el hombre en la falsa posesión y cuanto menos capta lo esencial, tanto más insatisfactoria es su vida. Se siente limitado porque tiene objetivos limitados y esto crea envidia y celos. Cuando se comprende y siente que se está unido, ya en esta vida, al infinito, cambian los deseos y actitudes. En última instancia, uno se rige sólo por lo esencial, y si no se posee esto se ha malgastado la vida. También en la relación con los demás hombres es decisivo si en ello se expresa lo infinito o no.

El sentimiento de lo infinito sólo lo alcanzo, sin embargo, cuando estoy limitado al máximo. La mayor limitación del hombre es la persona; se manifiesta en la vivencia «¡yo no soy *más que* esto!». Sólo la consciencia de mi estrecha limitación en la persona me une a la infinitud del inconsciente. En esta consciencia me siento a la vez limitado y eterno, como el Uno y el Otro. Al saberme único en mi combinación personal, es decir, limitado, tengo la posibilidad de tomar consciencia también de lo infinito. Pero sólo así.

En una época que está orientada *à tout prix* a ensanchar el espacio vital, así como al incremento del saber racional, representa uno de los mayores estímulos llegar a tomar consciencia de su peculiaridad y limitación. Sin ello no se da percepción

alguna de lo ilimitado —y tampoco ningún devenir consciente— sino meramente una identidad con lo mismo que se exterioriza en la embriaguez por las grandes cifras y por el poderío político.

Nuestra época ha insistido a toda costa en desplazar al hombre terrenal y ha contribuido a endemoniar al hombre y su mundo. El fenómeno de los dictadores y toda la miseria que ha causado es debido a que se ha despojado al hombre de su tendencia al más allá por la estrechez de miras de los «omnisapientes». De este modo se ha sacrificado también al inconsciente. La tarea del hombre debería consistir precisamente en lo contrario, en llegar a adquirir consciencia de lo que le impulsa desde lo inconsciente, en lugar de permanecer inconsciente o idéntico a ello. En ambos casos crearía consciencia desleal a su destino. En lo que no es posible alcanzar, el único sentido de la existencia humana consiste en encender una luz en las tinieblas del mero ser. Incluso hay que suponer que, al igual que lo inconsciente actúa en nosotros, también el incremento de nuestra consciencia influye en el inconsciente.

ÚLTIMOS PENSAMIENTOS



PARA LA ACLARACIÓN BIOGRÁFICA DE MÍ MISMO, las explicaciones de este capítulo resultan indispensables, a pesar de que puedan parecerle al lector muy teóricas. Pero esta «teoría» es una forma de existencia vinculada a mi vida, representa un modo de vida que me resulta tan necesario como comer y beber.

I

Lo más digno de mención en el cristianismo es el hecho de que en su dogmática anticipa un proceso de transformación en la divinidad, es decir, una transformación histórica en el «otro aspecto». Esto sucede en la forma del nuevo mito por un desdoblamiento en el cielo, designado por vez primera en el mito de la creación, donde sale a escena el adversario del creador en forma de serpiente, que conduce al primer hombre a la desobediencia con la promesa de adquirir mayor conocimiento (*scientes bonum et malum*). El segundo indicio es la caída del ángel, una «precipitada» invasión del mundo de los hombres por contenidos inconscientes. Los ángeles son genios extraordinarios. Son exactamente lo que son y no pueden ser otra cosa: esencia carente de alma en si, que no representan más que los pensamientos e intuiciones de su maestro. En el caso de la caída del ángel se trata exclusivamente del ángel «malo». Causan el efecto de la *inflación*[*] que hoy podemos observar en la locura de los dictadores: los ángeles procrean con los hombres una *raza de gigantes* que oficialmente se propone devorar también a los hombres, como se lee en el *Libro de Enoch*.

La tercera y decisiva fase del mito es, sin embargo, la autorrealización de Dios en figura humana, en cumplimiento de la idea del Antiguo Testamento del *matrimonio de Dios* y sus consecuencias. En la época primitiva cristiana ya progresó la idea de la encarnación hasta la concepción del *Christus in nobis*. De este modo penetra la totalidad inconsciente en el campo psíquico de la experiencia interna y otorga al hombre un presentimiento de su forma completa. Esto no sólo constituyó un acontecimiento decisivo para el hombre, sino también para el Creador: ante los ojos

de los escogidos borró Él Sus oscuras cualidades y se convirtió en el *Summum Bonum*. Este mito se conservó vivo firmemente durante un milenio, hasta que en el siglo XI[1] se notaron los primeros síntomas de una transformación posterior de la consciencia.

A partir de entonces aumentaron los síntomas de intranquilidad y de duda, hasta que comenzó a perfilarse a fines del segundo milenio la imagen de una catástrofe mundial, es decir, en primer lugar una amenaza de la consciencia. Tal amenaza consiste en el fenómeno de los gigantes, es decir, una hipertrofia de la consciencia: «Nada es más grande que el hombre y sus hechos». La trascendencia del mito cristiano se perdió y con ello la concepción cristiana de la totalidad cumplida en el más allá.

A la luz siguen las tinieblas, la otra cara del creador. Este desarrollo alcanza su punto culminante en el siglo XX. Ahora el mundo cristiano se enfrenta realmente con el principio del mal, concretamente con la franca injusticia, tiranía, mentira, esclavitud y coacción de conciencia. Esta manifestación del mal sin disimulo ha adoptado en el pueblo ruso figura permanente al parecer, aunque el primer brote de incendio se produjo en los alemanes. De este modo se ha evidenciado hasta qué grado está socavado el cristianismo del siglo XX. Frente a esto el mal ya no se deja equiparar con el eufemismo de la inofensiva *privatio boni*. El mal se ha convertido en realidad determinante. Ya no se puede eliminar del mundo una perífrasis. Debemos aprender a contar con él, pues *quiere vivir con nosotros*. Cómo sería ello posible: sin grandes desgracias no es de momento concebible.

En todo caso, necesitamos una reorientación, es decir una *metanoia*. Si se habla del mal existe el peligro de caer en él. Y ya no está permitido «caer», ni siquiera en el bien. Un supuesto bien en el que se cae pierde su carácter moral. No se trata de que se convirtiera en mal, pero desencadenaría malas consecuencias por haber caído en él. Toda forma de apasionamiento es mala, indiferentemente si se trata de alcohol, morfina o idealismo. Ya no está permitido dejarse seducir por los términos antagónicos.

El criterio del proceder ético ya no puede consistir en que lo que se reconoce como «bueno» posea el carácter de un imperativo categórico y que el llamado mal sea incondicionalmente evitado. Mediante el reconocimiento de la realidad del mal, el bien se clasifica necesariamente como la mitad de una oposición. Lo mismo vale para el mal. Ambos juntos constituyen una totalidad paradójica. En la práctica esto significa que el bien y el mal pierden su carácter absoluto y nosotros nos vemos forzados a reflexionar que representan *juicios*.

La imperfección de todo juicio humano nos sugiere siempre la duda de si nuestra opinión es siempre acertada. También podemos encontrarnos sometidos a un juicio falso. Por ello el problema ético se capta solamente cuando nos sentimos inseguros respecto a nuestra calificación moral. Con todo, debemos decidirnos éticamente. La relatividad de lo «bueno» y lo «malo» no significa en absoluto que estas categorías

queden invalidadas o no existan. El juicio moral se encuentra presente siempre y en todas partes con sus consecuencias psicológicas características. Tal como he subrayado en otro lugar, el error cometido, planeado y pensado se vengará en nuestras aulas en el futuro igual que ha hecho hasta el presente, independientemente de que el mundo haya cambiado o no para nosotros. Son solamente los contenidos del juicio los que sucumben a las condiciones de lugar y tiempo, y varían paralelamente. La valoración moral se fundamenta siempre en nuestro código de costumbres, que nos parece seguro, que pretende saber lo que es bueno y malo. Pero ahora que sabemos lo inseguro que es el fundamento, la decisión ética se convierte en una acto creador subjetivo que sólo podemos asegurarnos *concedente Deo*, es decir, necesitamos un impulso espontáneo y decisivo por parte del inconsciente. La ética, es decir, la decisión entre Bien y Mal, no es afectada por esto, sólo se dificulta. Nada puede ahorrarnos la tortura de la decisión ética. Pero hay que tener, por duro que pueda sonar, la libertad de impedir si fuese necesario el bien moral conocido y hacer el mal reconocido como tal, si se quiere alcanzar la decisión ética. En otras palabras: no hay que caer en los extremos. Frente a una parcialidad de ese tipo disponemos del modelo del *netineti* de la filosofía india en forma moral. En ella el código de la moral, si el caso lo exige, se suprime sin falta y se deja a la decisión ética del individuo. Esto no es en sí nada nuevo, sino que ha sucedido ya desde siempre en la época prepsicológica como «colisión de deberes».

El individuo, sin embargo, es generalmente tan ignorante que desconoce en absoluto sus propias posibilidades de elección y por esta razón busca siempre angustiadamente las reglas y leyes externas en que poder confiar en su desorientación. Visto desde la insuficiencia humana general, una gran parte de culpa reside en la educación, que se orienta exclusivamente a lo que se sabe en general, pero no trata de lo que es experiencia personal del individuo. De este modo, se ensenan idealismos de los que en la mayoría de casos se sabe con seguridad que no podrán realizarse y, sin embargo, son predicados oficialmente por quienes saben que ellos mismos no los han realizado, ni los realizarán. Esta situación es aceptada sin reparos.

Así pues, quien desee obtener una respuesta al actualmente planteado problema del mal necesita en primera instancia un *autoconocimiento* básico, es decir, el mejor conocimiento posible de su totalidad. Debe saber sin paliativos hasta qué punto es capaz del bien y qué vilezas están a su alcance, y debe precaverse de considerar a uno como real y al otro como ilusorio. Ambas cosas son ciertas como posibilidad y ni una cosa ni la otra se eludirán completamente, si quiere —como debe— vivir sin autoengaño ni autodecepción.

Sin embargo, en general, se está desesperantemente lejos de un tal grado de conocimiento, pese a que en muchos hombres de hoy sería perfectamente posible un autoconocimiento más profundo. Tales autoconocimientos son necesarios porque sólo en virtud de ellos resulta posible aproximarse al aspecto básico o al núcleo de la

esencia humana, donde choca con los instintos. Los instintos son, *a priori*, factores dinámicos de los que dependen en última instancia las decisiones éticas de nuestra consciencia. Se trata del inconsciente y sus contenidos, acerca de lo cual no existe ningún juicio definitivo. Sólo se pueden tener prejuicios, pues no resulta posible captar su esencia y fijarle límites racionales. Sólo se alcanza conocimiento de la naturaleza mediante la ciencia que amplía el campo de la consciencia, y por ello también la ciencia necesita autoconocimiento profundo, es decir, necesita de la psicología. Nadie construye un telescopio o microscopio, por así decirlo, a pulso y con buena voluntad, nada más, sin conocimientos de óptica.

Hoy necesitamos la psicología por razones vitales. Nos encontramos perplejos, confusos y desorientados frente al fenómeno del nacionalsocialismo y del bolchevismo, porque no se sabe nada de los hombres o sólo se tiene de ellos una imagen parcial y desfigurada. Si tuviéramos autoconocimiento no sucedería esto. Ante nosotros se alza la terrible cuestión del mal y no se sabe siquiera dar una respuesta. Y si se supiera darla no se podría concebir «cómo pudo suceder todo esto». Con genial ingenuidad un estadista explica que no tiene «imaginación para el mal». Completamente correcto: no *se tiene* imaginación para el mal, pero *ella nos tiene a nosotros*. Unos no quieren saber esto, otros se sienten identificados con ello. Tal es la actual situación psicológica del mundo: unos se imaginan aún cristianos y creen que pueden aplastar el llamado mal bajo sus pies; otros han caído en él y ya no ven el bien. El mal se ha convertido actualmente en una potencia visible: una mitad de la humanidad se apoya en una doctrina fabricada por especulaciones humanas; la otra mitad enferma por falta de una situación de mito apropiado. En lo que respecta al pueblo cristiano, su cristianismo está dormido y ha olvidado en el transcurso de los siglos construir nuevamente su mito. No se ha prestado atención a aquellos que expresaron los oscuros movimientos de crecimiento de las concepciones míticas. Un Gioacchino da Fiore, un Maestro Eckhart, un Jakob Boehme y tantos otros siguen siendo para las masas hombres oscuros. Un único rayo de luz es Pío XII y su dogma. [2] Pero ni siquiera se sabe de qué hablo cuando digo esto. No se comprende que haya muerto un mito, si ya no vive ni se desarrolla. Nuestro mito se ha vuelto mudo y ya no da respuesta. La falta no está en él, como consta en las sagradas escrituras, sino sólo y exclusivamente en nosotros, que no lo desarrollamos, en haber reprimido todos los intentos en este aspecto. En la originaria concepción del mito se encuentran suficientes principios que llevan en sí posibilidades de desarrollo. Se le atribuyen, por ejemplo, a Cristo las frases: «Sed astutos como las serpientes y mansos como las palomas». ¿Para qué se necesita la astucia de las serpientes? ¿Y qué tiene que ver con la inocencia de las palomas? «Si no os volvéis como niños…». ¿Quién piensa en cómo son los niños en realidad? ¿Con qué moral funda el Señor la usurpación del asno que necesita para entrar cabalgando en Jerusalén como triunfador? Y ¿quién está de peor humor que un niño que el que luego maldice la higuera? ¿Qué clase de moral se desprende de la metáfora del administrador injusto y qué se deriva para nuestra

situación de las apócrifas palabras del Señor: «Hombre, si tú sabes lo que haces eres bienaventurado, pero si no lo sabes eres un réprobo y un transgresor de la ley»?[3] ¿Qué significa finalmente cuando un Paulo reconoce: «Hago el mal que no quiero»? Las claras predicciones del apocalipsis no las mencionaré porque no gozan de crédito alguno.

La pregunta planteada por los agnósticos: «¿De dónde proviene el mal?» no ha hallado respuesta en el mundo cristiano y la vaga idea de Orígenes de una posible salvación del diablo pasó por herejía. Sin embargo, hoy debemos hablar de esto y darle respuesta y nos encontramos con las manos vacías, extrañados y confusos, y ni siquiera podemos explicarnos el que ningún mito nos ayude, que con tanta urgencia necesitamos. Se tiene, en consecuencia de la situación política y de los éxitos terribles y demoníacos de la ciencia, un presentimiento vago y secretos estremecimientos, pero no se sabe dar consejo alguno y sólo los menos sacan la conclusión de que se trata del *alma del hombre*, olvidada desde hace tanto tiempo.

La posterior evolución del mito debería conectar allí donde el Espíritu Santo se infunde en los apóstoles y les convierte en hijos de Dios, y no sólo a ellos, sino a todos los demás que por medio de ellos y después de ellos sintieron la *filiatio*, la obediencia filial a Dios, y también participaron de la certeza, de modo que ya no eran *animalia* autóctonos brotados de la tierra, sino, como nacidos por segunda vez, se enraizaron en la divinidad misma. Su vida visible, corporal, era de esta tierra; su hombre interior invisible tenía su origen y su futuro en la imagen primitiva de la totalidad, en el Padre eterno, tal como explica el mito de la historia sagrada cristiana.

Al igual que el creador es completo, también su criatura, es decir, su hijo, debe ser completo. De la concepción de la totalidad divina es verdad que nada puede suprimirse, pero sin tener plena conciencia de lo que sucedía, se originó un desdoblamiento de la totalidad. Se originó un reino de las tinieblas y un reino de la luz. Este resultado estaba claramente anticipado antes de que Cristo apareciera, como se puede percibir, entre otros, en la vivencia de Job o en el libro inmediatamente precristiano y ampliamente difundido de Enoch. También en el cristianismo prosiguió claramente este desdoblamiento metafísico: Satán, que en el Antiguo Testamento se encontraba todavía en inmediata adhesión a Jehová, configura en adelante la oposición diametral y eterna al mundo de Dios. No se le podía extirpar. No es pues de admirar que ya a principios del siglo XI se llegara a la creencia de que el mundo no lo había creado Dios sino el diablo. Esto era el preludio de la segunda mitad del Eon cristiano, después de haber relatado el mito de la caída del ángel, de que eran los ángeles caídos los que habían enseñado al hombre la ciencia y arte peligrosos. ¿Qué hubieran dicho estos antiguos narradores ante la visión de Hiroshima?

La genial visión de Jakob Boehme plasmó la naturaleza antagónica de la imagen de Dios y de este modo contribuyó a la propagación del mito. El símbolo mandala ideado por Boehme representa al Dios dividido, en el que su círculo interno se divide en dos semicírculos que se dan la espalda.[4]

Puesto que según las premisas dogmáticas del cristianismo, Dios existe plenamente en cada una de las tres personas trinitarias, existe también totalmente en cualquier parte del Espíritu Santo descendido. De este modo cada hombre puede participar de Dios entero, y con ello, de la *filiatio*, de la filiación con Dios. La *complexio oppositorum* de la imagen de Dios penetra entonces en el hombre y no ciertamente como unidad, sino como conflicto en el que choca la mitad oscura de la imagen con la concepción ya recibida de que Dios es «luz». Este proceso es el que tiene lugar en nuestra época, sin ser comprendido por los competentes maestros de los hombres, a pesar de que sería su tarea reconocer estas cosas. Es verdad que se está convencido de que estamos en un importante viraje de los tiempos, pero se cree, sin embargo, que su origen está en la fusión y fisión del átomo o en la producción de cohetes espaciales. Como de costumbre, se pasa por alto cuanto sucede al mismo tiempo en las almas humanas.

Se hace notar ya una compensación psíquica en cuanto la imagen de Dios, desde el punto de partida psicológico, es una simbolización del fundamento del alma y actualmente comienza, en la forma de un profundo desdoblamiento, a hacerse consciente, el cual se extiende hasta la política del mundo. Esta compensación se presenta en la forma de imágenes circulares aparentemente espontáneas, que representan una síntesis de los antagonismos dentro de la psique. Entre ellos se encuentra también el rumor mundialmente difundido de los Objetos Volantes No Identificados, que se inició ya en 1945. Se basa en visiones o en ciertas realidades. Los OVNIS se consideran máquinas voladoras que se supone proceden de otros planetas o de la «cuarta dimensión».

Más de cuarenta años antes (1918) descubrí yo la presencia de un símbolo aparentemente central de tipo semejante a los de mis investigaciones del inconsciente colectivo, a saber, el símbolo mandala. Para estar seguro de esto acumulé durante más de una década posteriores observaciones, antes de que en 1929 publicara a título de ensayo el descubrimiento.[5] El mandala es una imagen arquetípica cuya existencia a través de los milenios puede comprobarse. Caracteriza la totalidad o simboliza la totalidad de la persona, del fundamento del alma expresada míticamente: simboliza el fenómeno de la divinidad encarnada en el hombre. En contraposición al mandala de Boehme, el moderno aspira a la unidad, es decir, representa una compensación de la escisión, o una superación anticipada de la misma. Dado que este proceso tiene lugar en el inconsciente colectivo, se manifiesta en todas partes. De ello es testimonio también el rumor de los OVNIS; constituye el síntoma de una predisposición universalmente existente. En la medida en que el tratamiento analítico pone de relieve las «sombras» produce un desdoblamiento y tensión en los polos opuestos que buscan una compensación en la unidad. La mediación se produce a través de los símbolos. La tensión entre los extremos llega hasta el límite de lo soportable cuando se la toma en serio o se es tomado en serio por ella. El *tertium non datur* de la lógica se conserva: no se puede ver solución alguna. Cuando todo va bien, surge

espontáneamente de la naturaleza. Entonces, y sólo entonces, resulta convincente. Se experimenta como tal y se denomina «gracia». Puesto que la solución nace de la contraposición y lucha entre los contrarios, se manifiesta casi siempre como una mezcla indescifrable de circunstancias conscientes e inconscientes y por ello es un «símbolo» (una moneda partida cuyas mitades se adaptan exactamente).[6] Representa el resultado de la cooperación de la consciencia y el inconsciente y alcanza la analogía de la imagen de Dios en la forma del mandala, que es el esbozo más sencillo de una representación de totalidad y se ofrece espontáneamente a la imaginación para representar los contrarios, su lucha y su reconciliación en nosotros. La divergencia que primeramente es de naturaleza puramente personal es seguida pronto de la opinión de que el antagonismo subjetivo no constituye sino un caso particular del antagonismo del mundo en general. Nuestra psique es configurada por la estructura del mundo y lo que sucede a gran escala acontece también a escala mínima y en lo más subjetivo del alma. Por ello la imagen de Dios es siempre una proyección de la experiencia interna de un adversario poderoso. Esta imagen se simboliza mediante objetos por los cuales la experiencia interna ha encontrado una salida y que a partir de entonces han adoptado un significado numinoso, o están caracterizados por su numinosidad y su fuerza extraordinaria. En este caso, la imaginación se libera de la mera objetivación e intenta proyectar la imagen de lo imperceptible, detrás de los fenómenos que se presentan. Me refiero a la forma básica más sencilla del mandala, la forma circular y la división del círculo más sencilla (concebible), el cuadrado o la cruz.

Tales experiencias tienen una influencia beneficiosa o aniquiladora sobre los hombres. El hombre no puede captarlas, concebirlas, dominarlas, no se puede liberar de ellas o desprenderse de ellas y las siente, por ello, como relativamente superiores. En el conocimiento correcto, que no escapa a su personalidad consciente, las define como *mana*, demonio o Dios. El conocimiento científico emplea el término «lo inconsciente» y concede que no sabe nada acerca de ello, pues no puede saber nada de la sustancia de la psique porque sólo puede reconocerse a sí misma por medio de la psique. Por ello no se puede discutir ni afirmar la validez de la designación como *mana*, demonio o Dios, aunque ciertamente se puede comprobar que la sensación de extrañeza vinculada a la experiencia de un algo objetivo es auténtica.

Sabemos que lo desconocido sucede ajeno a nosotros, al igual que sabemos que no somos nosotros los que *hacemos* un sueño o un accidente, sino que surge de algún lugar a partir de sí mismo. Lo que nos sobreviene de este modo puede definirse como efecto que procede de un *mana*, demonio, Dios o del inconsciente. Las tres primeras designaciones tienen la gran ventaja que encierran y evocan la calidad emocional de lo numinoso, mientras que la última —el inconsciente— es banal y por ello más próxima a la realidad. Este concepto incluye la capacidad de experimentar, es decir, la realidad cotidiana tal como nos es conocida y accesible. El inconsciente es un concepto demasiado neutro y racional para poder servir de ayuda práctica a la

imaginación. Está acuñado para su empleo científico y resulta mucho más apropiado para una consideración desapasionada, que no suscita exigencias metafísicas, que los conceptos trascendentales, que son siempre discutibles y por ello conducen siempre a un cierto fatalismo.

Así pues, yo propongo el término «el inconsciente», en el bien entendido de que igualmente podría hablar de «Dios» y «demonio» si quisiera expresarme míticamente. Pero si me expreso míticamente sucede que *mana*, «demonio» y «Dios» son sinónimos de lo inconsciente, desde el momento que sabemos tan poco de lo primero como de lo segundo. Solamente se *cree* saber más de lo primero que de lo último, que para ciertos fines resulta un concepto más útil y eficaz que un concepto científico.

La gran ventaja de los conceptos «demonio» y «Dios» consiste en que facilitan una mayor objetivación de lo antagónico, concretamente la *personificación*. Su calidad emocional les presta vida y eficacia: odio y amor, temor y adoración ocupan el escenario de la disputa y la dramatizan al máximo. De este modo, lo meramente «mostrado» se convierte en «actor».[7] Todo el hombre se encuentra afectado e interviene con toda su realidad en la lucha. Sólo de este modo puede devenir completo y devenir «Dios nacido», es decir, penetrar en la realidad humana y asociarse a los hombres en figura de «hombre». Mediante este acto de encarnación, el hombre, es decir, su Yo, es sustituido internamente por «Dios», y Dios deviene externamente hombre, de acuerdo con el logos: «Quien me ve a mí, ve a mi Padre».

Con esta comprobación se evidencia la desventaja de la terminología mítica. La concepción media del cristiano acerca de Dios es la de un Padre y creador del mundo todopoderoso, omnisapiente e infinitamente bueno. Si este Dios quiere devenir hombre, necesita inevitablemente una *kénosis* (vaciamiento)[8] en la que el universo es reducido a la medida infinitesimal del hombre, e incluso entonces resulta difícil de ver por qué el hombre no estalla por la encarnación. Por supuesto que la especulación dogmática ha podido por ello dotar a Jesús con propiedades que le relevan del carácter de ente humano corriente. Le falta particularmente la *macula peccati* (la mancha del pecado original) y ya por ello es cuanto menos un Dios-hombre o un semidiós. La imagen cristiana de Dios no puede encarnarse en el hombre empírico sin contradicción, prescindiendo por completo de que el hombre externo parece ser tan poco acertado para simbolizar un Dios.

El mito debe finalmente elaborar en serio el monoteísmo y abandonar su dualismo (oficialmente negado) que permite coexistir al Bien todopoderoso con un adversario tenebroso o eterno. Debe expresar la *complexio oppositorum* filosófica de un Cusanus y la ambivalencia moral de un Boehme. Sólo entonces puede otorgarse a un dios la totalidad propia de él y la síntesis de los contrarios. Quien ha experimentado que «a partir de la naturaleza» mediante el símbolo, los contrarios pueden unirse, que no se contraponen antagónicamente ni se combaten, sino que se complementan mutuamente y configuran racionalmente la vida, la ambivalencia en la

imagen de un Dios de la naturaleza y creador no le ocasionará dificultad alguna.

Por el contrario, comprenderá el mito del Dios necesario que deviene hombre, el mensaje cristiano esencial como divergencia creadora del hombre con los contrarios y sus síntesis en la persona, la totalidad de la personalidad. Las necesarias contradicciones internas en la imagen de un Dios creador pueden reconciliarse en la unidad y totalidad de la persona como *coniunctio oppositorum* de los alquimistas o como *unio mystica*. En la experiencia de la persona ya no se prescinde, como antes, de la oposición «Dios y Hombre», sino que la oposición se sitúa ya en la misma imagen de Dios. Tal es el sentido del «culto divino», es decir, del culto que el hombre puede prestar a Dios para que la luz surja de las tinieblas, para que el Creador se haga consciente de Su Creación y el hombre de sí mismo.

Tal es el fin o uno de los fines que oportunamente supedita al hombre a la creación y con ello también le presta este sentido. Se trata de un mito explicativo que se ha ido formando en mí a lo largo de décadas. Es un fin que yo puedo reconocer y apreciar y que por ello me satisface.

El hombre, en virtud de su espíritu reflexivo, se ha destacado del mundo de los animales y demuestra, por medio de su espíritu, que la naturaleza ha puesto en él un elevado premio, y precisamente a la evolución de la consciencia. A través de ella se adueña de la naturaleza, al reconocer la presencia del mundo y confirmar en cierto modo al Creador. De este modo el mundo se convierte en fenómeno, pues sin reflexión consciente no lo sería. Si el Creador fuera consciente de Sí mismo no necesitaría ninguna criatura consciente; tampoco es probable que el camino altamente indirecto de la creación, que derrocha millones de años en la elaboración de innumerables especies y criaturas, responda a una intención orientada a un fin. La historia de la naturaleza nos habla de una transformación espontánea y casual de las especies a través de cientos de millones de años y de un devorar y ser devorado. De esto último informa también la historia biológica y política de la humanidad con gran profusión. La historia del espíritu, sin embargo, es harina de otro costal. Aquí se evidencia el milagro de la consciencia reflexiva, la segunda cosmogonía. La importancia de la consciencia es tan grande que no se puede menos de sospechar que se encontrara el elemento del sentido, oculto en algún lugar, en los estados biológicos aparentemente absurdos, que finalmente ha encontrado el camino para manifestarse en la categoría de los animales de sangre caliente y con un cerebro diferenciado como casualmente, no previsto sino presentido, sentido, intuido[9] como «oscuro impulso».

Yo no imagino que con mis ideas sobre el sentido y el mito del hombre se haya dicho la última palabra, pero creo que es lo que puede decirse al final de nuestro *eon* del pez y quizás debe decirse, teniendo en cuenta el *eon* venidero, del Aquarius (aguador), que tiene figura de hombre. El aguador sigue a los peces contrapuestos (una *coniunctio oppositorum*) y parece representar la persona. Soberano, vacía su jarra en la boca del *piscis austrinus*[10], que representa un hijo, un inconsciente todavía. De éste sale un futuro, designado por el símbolo de Capricornio (macho

cabrío), después de transcurrir otro *eon* de algo más de dos mil años. Capricornio o Aigokeros es el monstruo de un pez-chivo[11], unificando la montaña y los abismos del mar, una oposición de dos elementos animales crecidos juntos, es decir, inseparables. Este extraño ente podría ser fácilmente la imagen ancestral de un Dios creador, que se opone al «Hombre», al *anthropos*. Más allá, de esto reina en mí el silencio, al igual que en el material de experimentación de que dispongo, es decir, en los productos conscientes del inconsciente de otros hombres o en los documentos históricos. Cuando no se da la comprensión es absurda la especulación. Sólo tiene sentido allí donde existen datos objetivos, tal como es el caso, por ejemplo, del *eon* de Acuario.

Nosotros no sabemos hasta dónde puede llegar el proceso del devenir consciente y hacia dónde desviará al hombre. Es algo nuevo en la historia de la creación, para lo que no existe término comparativo alguno. Por ello no se puede saber qué posibilidades le son inherentes y si es posible predecir a la *species homo sapiens* una plenitud y un ocaso semejantes a las especies zoológicas arcaicas. La biología no puede indicar ningún argumento en contra respecto a tal posibilidad.

La necesidad de la expresión mítica se satisface si tenemos un criterio que explique suficientemente el sentido de la existencia humana en el universo, un criterio que proceda en la totalidad anímica, concretamente de la cooperación de consciencia e inconsciente. La carencia de sentido impide la plenitud de la vida y significa por ello enfermedad. Ninguna ciencia sustituirá al mito y no resultará mito alguno de ninguna ciencia. Pues «Dios» no es un mito, sino que el mito es la manifestación de una vida divina en el hombre. No le damos sentido nosotros, sino que es él quien nos habla como «palabra de Dios». La «palabra de Dios» viene a nosotros y no tenemos medio alguno de diferenciar si es distinta a Dios y en qué lo es. Nada existe en esta «palabra» que no sea conocido y humano, excepto la circunstancia de que se nos aparece espontáneamente y nos obliga. Escapa a nuestra arbitrariedad. No se puede explicar una «inspiración». Nosotros sabemos que una «ocurrencia» no es el resultado de nuestra agudeza mental, sino que la idea nos ha venido «de alguna parte». Y si se tratara después de todo de un sueño premonitorio, ¿cómo podemos atribuirlo al propio entendimiento? Se ignora en tales casos, con frecuencia durante mucho tiempo, que el sueño representa un saber previo o futuro.

La palabra nos acontece; la sufrimos, pues nos encontramos abocados a una inseguridad profunda: en Dios, como *complexio oppositorum*, «todas las cosas son posibles» en esta palabra tan plena de significado, es decir, verdad y engaño, bien y mal. El mito es o puede ser de doble sentido, como el oráculo de Delfos o un sueño. Nosotros no podemos ni debemos renunciar al empleo del entendimiento, ni debemos abandonar la esperanza de que el instinto se apresure a venir en nuestra ayuda, con lo cual un Dios nos ayuda frente a otro Dios, como Job comprendió. Pues todo cuanto se expresa en la «otra voluntad» es materia moldeada por el hombre, su pensamiento, sus palabras, sus imágenes y todas sus limitaciones. Por ello lo aplica todo a sí,

cuando comienza con torpeza a pensar psicológicamente y cree que todo procede de su intención y de «sí mismo». Con ingenuidad infantil presupone con ello que conoce todo su ámbito y sabe lo que «él mismo» es. Pero no sospecha, sin embargo, que es la debilidad de su consciencia y el correspondiente miedo al inconsciente lo que le impide distinguir lo que él inventa intencionadamente, de lo que le mana espontáneamente de otras fuentes. No tiene ninguna objetividad frente a sí mismo y no se puede considerar todavía como fenómeno que él encuentra y con el que se identifica «for better or worse». Todo al principio se le presenta, se le acaece y se le enfrenta y sólo dificultosamente consigue al final conquistar y conservar un ambiente de relativa libertad.

Sólo cuando se ha apropiado de este botín —y sólo entonces— está en condiciones de reconocer que se enfrenta a sus fundamentos y principios no deseados, por dados, y de los cuales no puede librarse. En esto sus comienzos no son meramente cosas pasadas; antes bien, viven con él como fundamento permanente de su existencia, y su consciencia depende de su cooperación, siquiera en la misma medida que del ambiente físico.

Estos hechos que se enfrentan abrumadoramente al hombre desde fuera y desde dentro los ha compendiado bajo la concepción de la divinidad y descrito sus efectos con ayuda del mito, y ha comprendido a éste como «palabra de Dios», es decir, como inspiración y revelación del numen de la «otra parte».

II

No existe mejor medio para proteger al individuo del perderse con los demás que la posesión de un secreto que él quiera o deba ocultar. Ya los comienzos de la organización de la sociedad manifiestan la necesidad de organizaciones secretas. Donde no existe un secreto a ocultar por motivos justificados se descubren o se elaboran «secretos» que luego son «sabidos» o «comprendidos» por los iniciados privilegiados. Así sucedió con los rosicrucianos y con tantos otros. Entre estos pseudosecretos hay —irónicamente— auténticos secretos ignorados por completo por los iniciados como, por ejemplo, en aquellas sociedades que tomaron su «secreto» especialmente de la tradición alquímica.

La necesidad de algo secreto es en las sociedades primitivas de decisiva importancia, en cuanto el secreto en común constituye el cemento de la solidaridad. El secreto en un rango social significa una oportuna compensación para la falta de sociabilidad de la personalidad individual, que se desintegra una y otra vez en las continuas recaídas en la identidad con los demás originaria, inconsciente. La consecución del fin, concretamente de un individuo consciente de su personalidad, se convierte de este modo en un proceso curativo largo, casi sin esperanza, porque la comunidad de individuos aislados y adelantados en la iniciación sólo se logra de nuevo a través de la identidad inconsciente, si bien se trata aquí de una identidad socialmente diferenciada.

La sociedad secreta es una fase de transición en el camino de la individuación: se confía todavía a una organización colectiva el lograr diferenciarse de ella; es decir, no se ha reconocido todavía que es propiamente tarea del individuo el independizarse diferenciándose de los demás. En el cumplimiento de esta tarea se presentan todas las identidades colectivas, como la adhesión a organizaciones, aceptación de «ismos» y similares, dificultando el camino. Son muletas para paralíticos, corazas para miedosos, pausas separadas para perezosos, asilos para irresponsables, pero también albergues para pobres y débiles, puerto protector para náufragos, un hogar para huérfanos, una meta añorada y gloriosa para vagabundos decepcionados y peregrinos cansados, redil y recinto seguro para ovejas extraviadas y una madre que significa sustento y cuidados. Sería, pues, incorrecto considerar la fase de transición como un obstáculo; significa, por el contrario, durante mucho tiempo, la única posibilidad de existencia del individuo, que actualmente parece amenazado más que nunca por el anonimato. Esta forma de existencia es en nuestra época todavía tan importante que rige para muchos con cierta razón como meta definitiva, mientras que todo intento de encauzar al hombre en la posibilidad de un progreso en el camino de la autonomía parece arrogancia o presunción, fantasma o imposibilidad.

Sin embargo, puede ser que alguien, por propios motivos suficientes, se vea precisado a emprender el camino hacia las lejanías con sus propias fuerzas, porque en todas las protecciones, modelos, asilos, modos de vida y atmósferas que se le ofrecen

no encuentra lo que necesita. Marchará solo y representará su propia sociedad. Será su propia multitud que consta de muchas opiniones y tendencias. Pero éstas no van necesariamente en la misma dirección. Se encontrará, por el contrario, en duda con sí mismo y hallará grandes dificultades en manifestar toda su complejidad en una acción unívoca. Incluso cuando se encuentra externamente protegido por las formas sociales de la fase de transición no posee con ello protección alguna contra la interna complejidad que le enemista consigo mismo y le sume en el extravío en identidad con el mundo externo.

Del mismo que el iniciado en el secreto de su sociedad sitúa este extravío en una colectividad indiferenciada, también el individuo particular requiere en su sendero propio un secreto que no se pueda o no se deba revelar por cualquier motivo. Un secreto de este tipo le fuerza al aislamiento en su propósito individual. Muchos individuos no pueden soportar este aislamiento. Son los neuróticos, que juegan al escondite forzoso con los demás y consigo mismos, sin poder tomar en serio realmente ni a unos ni a otros. Sacrifican generalmente su fin individual a su necesidad de acomodación colectiva, para lo cual alientan todas las opiniones, convicciones e ideales del medio ambiente. Contra estos últimos no existen argumentos razonables. Sólo un secreto que no se puede traicionar, es decir, un secreto que se teme o que no resulta posible formular en palabras descriptivas (y por ello aparentemente cae en la categoría de «chiflado»), puede impedir el de otro modo inevitable retroceso.

La necesidad de un secreto de este tipo es en muchos casos tan grande que se producen ideas y hechos que no se pueden ya justificar. Tras ello no se encuentra arbitrariedad ni insolencia algunas, sino una *dira necessitas* inexplicable para el individuo que acomete a los hombres con despiadada fatalidad y les demuestra, *ad oculos*, quizás por vez primera en su vida, la presencia de fuertes y extraños en sus dominios más propios, donde creía ser el señor.

Un ejemplo evidente lo constituye la historia de Jacob que lucha contra el ángel, sale con una cadera dislocada, pero precisamente gracias a ello impide un crimen. El Jacob de entonces estaba en la situación ventajosa de que todos le creyeron su historia. Un Jacob actual se encontraría sólo con sonrisas significativas. Sacaría la conclusión de que es mejor no hablar de tales asuntos y máxime si le llevan a formarse opiniones privadas sobre el mensajero de Jehová. Con ello, *nolens volens*, entra en posesión de un secreto que no discutirá y se separa del círculo en la colectividad. Naturalmente, su *reservatio mentalis* llegará un día en que ya no le sea posible disimular por más tiempo. Sin embargo, se convierte en neurótico todo el que intenta dos cosas al mismo tiempo, perseguir su fin individual y adoptarse a la colectividad. Un «Jacob» de este tipo no acepta que el ángel sea el más fuerte, pues después de esto no se rumoreó nada acerca de que el ángel también cojeó algo.

Así pues, el que, instigado por su *daimon*, se atreve a traspasar los límites de la fase de transición entra propiamente en lo «jamás hollado, en donde no se entra»,

donde ya no encuentra caminos seguros que le guíen ni techo alguno protector sobre él. Allí tampoco existen leyes para el caso de que se encuentre en situaciones imprevistas, por ejemplo, un conflicto de deberes, que no se puede solventar fácilmente. Habitualmente la excursión por la «*No Man's Land*» no dura tanto tiempo que no pueda anunciarse una colisión de este tipo, y finaliza rápidamente aun cuando sólo se olfatee desde lejos. Si entonces huye rápidamente, yo no puedo censurárselo. Pero no puedo aceptar que transforme su debilidad y cobardía en un mérito. Dado que mi desprecio no le ocasiona daño alguno, puedo tranquilamente expresarlo.

Sin embargo, si alguien arriesga la solución de una colisión de deberes bajo su responsabilidad más propia y ante un juez que trata día y noche de ello, queda sumido, en tal caso, en la situación de «solitario». Posee un secreto que no resiste ninguna discusión pública, precisamente porque sin miramientos se ha garantizado ante sí mismo desconsiderada acusación y enérgica defensa y ningún juez seglar o religioso podría devolverle el sueño. Si él no conociera sus decisiones hasta la saciedad, nunca hubiera llegado a una colisión de deberes. En última instancia, se presupone siempre una elevada consciencia de responsabilidad. Pero precisamente esta virtud es lo que le veda el reconocimiento de una decisión colectiva. Por ello el tribunal del mundo externo se ha trasladado al mundo interno, donde a puerta cerrada se fallará sentencia.

Sin embargo, esta transformación otorga al individuo un significado desconocido hasta entonces. No es sólo su bien conocido y socialmente definido Yo, sino también el debate sobre ello, lo que tiene valor en y para sí. Nada acelera más el devenir consciente que esta interna confrontación. No sólo la acusación pone sobre el tapete hechos insospechados hasta entonces, sino que también la defensa debe procurarse argumentos en los que nadie hubiera pensado antes. Y así no sólo, por una parte, un considerable fragmento del mundo externo ha penetrado en el interno, sino que el mundo externo se ha despojado o descapotado de este fragmento; pero, por otra parte, el mundo interno ha aumentado igualmente en peso hasta el punto de haberse elevado a la categoría de un tribunal de decisión ética. El antiguamente denominado Yo unívoco pierde la prerrogativa de ser un mero fiscal a cambio de la desventaja de ser a la vez también acusado. El Yo se vuelve en ambivalente y de doble sentido e incluso queda entre martillo y yunque. *Se descubre una oposición a él antepuesta*.

A la larga, no todas las colisiones de deberes, y quizás ninguna, son realmente «solventadas», aunque se argumente y discuta sobre ellas hasta el amanecer. Pero un día se presenta la decisión fácilmente, por lo visto por medio de una rápida decisión. La vida práctica no puede seguir pendiente de un eterno conflicto. Sin embargo, los términos de oposición y su conflicto no desaparecen, si bien por un momento retroceden bajo el impulso de la acción. Amenazan constantemente la unidad de la personalidad y una y otra vez sumen a la vida en contradicción.

En tales circunstancias, la prudencia aconseja oportunamente quedarse en casa, es decir, no abandonar los recintos colectivos, porque sólo éstos garantizan protección

ante los conflictos internos. Quien no *debe* abandonar al padre y a la madre en casa se encuentra sin lugar a dudas inmejorablemente protegido. Pero no pocos son emparejados por el camino individual. En un plazo mínimo trabarán conocimiento con el sí y el no de la naturaleza humana.

Del mismo modo que toda energía proviene de la oposición, también el alma posee su interna *polaridad* como premisa ineluctable de su vitalidad, tal como ya reconoció Heráclito. Tanto teórica como prácticamente, es inherente a todo ser vivo. Esta importante condición se contrapone a la unidad, fácilmente quebradiza del Yo, que sólo con ayuda de innumerables medidas de protección o progresivamente en el transcurso de milenios llegó a ser una realidad. Que un Yo fuera posible en general parece resultar de que todos los extremos tienden a igualarse. Esto sucede en el proceso energético que se inicia en el choque entre caliente y frío, alto y profundo, etc. La energía que está en la base de la vida consciente anímica es preexistente a ésta y, por ello, inconsciente al principio. Sin embargo, en cuanto se acerca el devenir consciente, aparece primeramente proyectada en figuras como *mana*, dioses, demonios, etc., cuyo numen parece el manantial de energía que condiciona la vista y de hecho lo es mientras se considera en esta forma. Pero en la medida en que esta forma se desvanece y se vuelve inactiva, parece que el Yo, es decir, el hombre empírico, entra en posesión de esta fuente de energía y concretamente en el sentido pleno de esta fase de doble sentido: por una parte busca apropiarse esta energía o lograr su posesión; por otra parte, se es poseído por ella.

Esta situación grotesca sólo puede manifestarse allí donde sólo los contenidos de la consciencia rigen como formas de existencia psíquica. Donde tal es el caso, la inflación no puede impedirse con proyecciones regresivas. Sin embargo, donde se acepta la existencia de una psiquis inconsciente pueden darse los contenidos de proyección en formas instintivamente innatas que preceden a la consciencia. De este modo se mantiene su objetividad y autonomía y se impide la inflación. Los arquetipos, que preexisten a la consciencia y la condicionan, aparecen en el papel que desempeñan en la realidad, es decir, como formas estructurales apriorísticas del fundamento instintivo de la consciencia. No representan en absoluto un *en-sí* de las cosas, sino más bien las formas en que éstas son contempladas y concebidas. Naturalmente, los arquetipos no son el único fundamento del *ser-así* de las intuiciones. Fundamentan exclusivamente la parte colectiva en una concepción. Como propiedad del instinto, toman parte en su naturaleza dinámica y poseen a causa de ello una energía específica que motiva o incluso fuerza a determinados modos dos comportamientos o impulsos, es decir, tienen, bajo ciertas circunstancias, poder posesivo u obsesivo (¡numinosidad!). Su concepción como *daimonia* es, pues, garantizada por su naturaleza. Si alguien creyera que mediante semejantes formulaciones algo varía en la *naturaleza* de las cosas, se debería exclusivamente a su fe en las palabras. Los hechos reales no cambian si se les da otro nombre. Sólo nosotros mismos somos modificados por ello. Si alguien concibiese a «Dios» como

una «pura Nada» ello no tendría nada que ver con el hecho de un principio supremo. Estamos tan poseídos como anteriormente; no hemos extraído nada de la realidad con el cambio de nombre, sino que como máximo hemos incurrido en error si el nuevo nombre no implica un mentís; por el contrario, la designación positiva de lo inconcebible comporta la ventaja de ocasionar una situación adecuadamente positiva. Así, pues, al designar a «Dios» como arquetipo no se expresa nada de su propia esencia. Pero expresamos con ello el reconocimiento de que «Dios» se presiente en nuestra alma preexistente a nuestra consciencia y por ello no puede ser considerado en absoluto como descubrimiento de la consciencia. De este modo no sólo no se le aleja o suprime, sino que se le sitúa propiamente en la proximidad de lo experimentable.

La consciencia viene en segundo lugar filo y ontogenéticamente. Este claro hecho debería ser reconocido de una vez para siempre. Así como el cuerpo tiene una prehistoria anatómica de millones de años, así también el sistema psíquico; y del mismo modo que el cuerpo huma no actual en todas sus partes representa el resultado de esta evolución y los estadios precedentes a su actualidad se echan de ver en todas partes, así también en la psiquis. Al igual que la consciencia se inició evolutiva e históricamente en un momento de semejanza animal a nosotros inconsciente, repite todo niño esta diferenciación. La psiquis del niño es en su fase preconsciente poco menos que *tabula rasa*; es ya reconocible y está preformada individualmente, además de dotada de todos los instintos específicamente humanos, así como también de los fundamentos apriorísticos de las funciones superiores.

De esta complicada base surge el Yo y es sostenida por ella toda la vida. Donde la base no cumple su cometido surge el vacío y la muerte. Su vida y su realidad son de vital importancia. Frente a ella hasta el mundo exterior es de importancia secundaria. ¿Pues, cómo me las arreglaré para dominarla, si me falta el impulso endógeno? Ninguna voluntad consciente sustituirá jamás a la larga al impulso vital. Este impulso nos viene del interior como un Debe, Voluntad o Mandato, y cuando le designamos tal como siempre se ha visto, con el nombre de un *daimon* personal expresamos cuanto menos acentuadamente el estado de cosas psicológico. Y cuando intentamos transcribir el lugar adonde el *daimon* nos lleva a través de la noción de arquetipo no hemos traslocado nada sino solamente nos hemos acercado a la fuente de vida.

Una concepción de este tipo no me parece natural a mí como psiquiatra (que significa «médico de almas»), pues me interesa en primer lugar cómo puedo ayudar a mis enfermos a recuperar su base sana. Para ello, como he comprobado, se requieren conocimientos de todo tipo. A la medicina en general le ha sucedido también algo similar. No realiza sus progresos de modo que halle por fin la treta para curar y de este modo simplifique asombrosamente sus métodos. Por el contrario, ha alcanzado una complejidad insoslayable y no en pequeña medida gracias a que tomó de prestado en todos los terrenos posibles. Así pues, no me interesa en absoluto demostrar algo en otras disciplinas, sólo intento simplemente convertir sus conocimientos en útiles a mi

especialidad. Naturalmente que me incumbe dar cuenta de esta utilización y sus consecuencias. Pues se realizan descubrimientos cuando se trasladan conocimientos de un campo para su utilización práctica en otro. ¿Cuántas cosas no hubieran seguido ocultas, si no se hubieran utilizado en medicina los rayos X porque era un descubrimiento físico? Si la radioterapia, bajo ciertas circunstancias, puede tener consecuencias peligrosas, es algo interesante para el médico pero no necesariamente para el físico, que emplea sus rayos de modo distinto y con otros objetivos. Tampoco el físico opinará que el médico quiere echarle algo en cara si le advierte de ciertas propiedades dañinas o beneficiosas de la radioscopia.

Si yo, por ejemplo, utilizo conocimientos históricos o teológicos en el campo de la psicoterapia, aparecen naturalmente bajo otro prisma y conducen a conclusiones distintas a las que se obtienen en su especialidad, donde sirven a objetivos distintos.

El hecho de que la dinámica anímica tenga en su base una polaridad lleva consigo el que la problemática antinómica pase, en el más amplio sentido, a la discusión psicológica, con todos sus aspectos religiosos y filosóficos. Los últimos pierden el carácter autónomo de su especialidad y ello necesariamente porque son abordados con un cuestionario psicológico, es decir, no se consideran ya bajo el prisma de la verdad religiosa o filosófica, sino que más bien se investiga su fundamento y significado psicológico. Al margen de su pretensión por la verdad autónoma existe el hecho de que considerados empíricamente, es decir, científicamente, son en primer lugar *fenómenos psíquicos*. Este hecho me parece indiscutible. Que exijan un fundamento en y por sí mismos forma parte del método de investigación psicológica y no se excluye como injustificado, sino que por el contrario se considera con especial atención. La psicología no conoce juicios «exclusivamente religiosos» o «exclusivamente filosóficos», en oposición al reproche de «exclusivamente psíquico» que se oye con demasiada frecuencia de parte de la teología.

Todas las expresiones que en general son pensables son realizadas por la psiquis. Ésta aparece, entre otras cosas, como un proceso dinámico que afecta al fundamento de la polaridad de la psiquis y a sus contenidos y representa una caída de tensión entre sus polos. Puesto que no deben incrementarse los principios explicativos más de lo necesario y el tipo de concepción energética ha resultado fructífero como principio explicativo general de las ciencias, también nosotros hemos de ceñirnos en psicología a él. Tampoco existen hechos ciertos que permitan considerar otra concepción como adecuada, y además la antinomia o polaridad de la psiquis y sus contenidos se ha manifestado como un resultado esencial del empirismo psicológico.

Si la concepción energética de la psiquis es justa, las expresiones que intentan traspasar los límites establecidos mediante la polaridad —así, por ejemplo, manifestaciones sobre una realidad metafísica— son solamente posibles como paradoja, si es que han de reclamar validez alguna.

La psiquis no puede elevarse más allá de sí misma, es decir, no puede establecer verdades absolutas; pues la polaridad que le es propia condiciona la relatividad de sus

manifestaciones. Siempre que la psiquis proclama verdades absolutas —así por ejemplo, «la esencia eterna es movimiento» o «la esencia eterna es unidad»— cae *nolens volens* en uno u otro polo. Podría igualmente decirse: «la esencia eterna es reposo» o «la esencia eterna es el todo». En su parcialidad, la psiquis se disgrega a sí misma y pierde su capacidad de diagnóstico. Se convierte en un flujo irreflexivo (por no decir reflejo) de estados psíquicos de los que cada uno se cree bien fundado en sí mismo, porque no ve al otro o todavía no lo ve.

Con esto, evidentemente, no se expresa clasificación alguna, sino que más bien se constata el hecho de que con mucha frecuencia y hasta inevitablemente se traspasan los límites, pues «todo es tránsito». A la tesis sigue la antítesis y entre ambas existe una tercera como *lisis* que antes no se percibía. Con este proceso la psiquis sólo afirma de nuevo su popularidad y no ha conseguido en absoluto trascendencia a sí misma.

Con mi esfuerzo de exponer la limitación de la psiquis no pretendo en absoluto afirmar ahora que *sólo* exista psiquis. No podemos ver más allá de la psiquis en lo que se refiere a percepciones y conocimientos. De que exista un objeto trascendente, no psíquico, la ciencia está tácitamente convencida. Pero sabe también lo difícil que es reconocer la auténtica naturaleza del objeto, precisamente allí donde el órgano de las percepciones falla o falta en absoluto y donde no existen formas de pensamientos adecuadas o aún deben ser elaboradas. En aquellos casos donde ni nuestros órganos sensoriales ni sus dispositivos auxiliares o artificiales nos garantizan la presencia de un objeto real, las dificultades devienen enormes hasta el punto de que se siente tentado a afirmar que no existe objeto real alguno. Esta conclusión precipitada yo no la he extraído nunca, pues nunca creí que nuestra percepción sea capaz de captar todas las formas de ser. Por ello he establecido el postulado de que el fenómeno de las creaciones arquetípicas, es decir, de acontecimientos psíquicos exquisitos, descansen en la presencia de una base psicoidea[*], es decir, de una forma de ser sólo condicionada psíquicamente o de otra forma. Por falta de datos empíricos no tengo noticia ni conocimiento de tales formas del ser, que se designan en general como «espirituales». En opinión de la ciencia, no tiene importancia lo que yo *crea* a este respecto. Debo conformarme con la ignorancia. Sin embargo, en cuanto los arquetipos se manifiestan como *eficaces* son *auténticos* para mí, aunque no sepa ya cuál es su verdadera naturaleza. Esto habitualmente no sólo vale para los arquetipos, sino también para la naturaleza de la psiquis en general. Lo que puede expresar de sí misma no sobrepasará nunca a sí misma. Todo lo concebible y concebido es en sí mismo psíquico y en este aspecto nos encontramos presos sin remisión en un mundo exclusivamente psíquico. Sin embargo, tenemos razones suficientes para afirmar, tras este velo, presuponer el objeto absoluto que actúa e influye en nosotros aunque resulte inconcebible que exista, incluso en aquellos casos —en especial en el del fenómeno psíquico— en que no pueden efectuarse comprobaciones reales. Manifestaciones sobre la posibilidad e imposibilidad rigen en general sólo dentro de

las especialidades, al margen de ellas son meras presunciones. Pese a que, visto desde un punto de vista objetivo, está vedado hacer declaraciones al azar, es decir, sin suficiente fundamento, existen algunas que deben formularse, aparentemente, sin fundamentos objetivos. Sin embargo, en este caso se trata de una fundamentación psíquico-dinámica que se designa habitualmente como subjetiva y se considera meramente personal. Se comete así el error de no distinguir si la expresión procede en realidad sólo de un sujeto en particular y está motivada por motivos exclusivamente personales o si parece general y surge de un *pattern* dinámico existente colectivamente. En el último caso no debe conceptuarse subjetiva sino psicológicamente objetiva, al verse una serie de individuos forzados por un íntimo impulso a realizar una declaración idéntica, o a experimentar una cierta concepción como vitalmente necesaria. Puesto que el arquetipo no está dotado de una forma meramente inactiva, sino incluso de una energía específica, puede considerarse justificadamente como *causa efficiens* de tal tipo de manifestación y concebirse como sujeto de las mismas. No es el hombre personal el que hace la declaración, sino que es el arquetipo el que se expresa en ellas. Si las manifestaciones se reprimen o no se tienen en cuenta, se manifiestan fenómenos psíquicos de carencia, como frecuentemente muestran las experiencias médicas y también la psicología habitual. En el caso individual se trata de síntomas neuróticos, y allí donde se trata de hombres que no son capaces de una neurosis surgen alucinaciones colectivas.

Las manifestaciones arquetípicas se basan en premisas instintivas y no tienen nada que ver con la razón; no están fundamentadas racionalmente ni pueden omitirse mediante argumentos racionales. Fueron y son desde siempre parte de la imagen del mundo, «représentations collectives», tal como las definió correctamente LévyBruhl. Ciertamente el Yo y su voluntad desempeñan un gran papel. Lo que el Yo quiere es sin embargo, en gran medida y de un modo casi siempre inconsciente para él, trabado por la autonomía y numinosidad de los procesos arquetípicos. La consideración práctica de los mismos constituye la esencia de la religión, en cuanto ésta puede quedar sometida a un punto de vista psicológico.

III

En este lugar me veo obligado a mencionar que junto al campo de la reflexión existe otro terreno no igualmente extenso, sino extendiéndose más lejos, en el que la concepción y representación intelectuales hallan apenas de qué poder adueñarse. Es el campo de Eros. El antiguo Eros en su pleno sentido, un dios, cuya divinidad trasciende los límites de lo humano y por ello no puede ni concebirse ni representarse. Podría aventurarme en este *daimon*, como tantos antes que yo han intentado, cuyas actividades se extienden desde los espacios infinitos del cielo hasta los abismos tenebrosos del infierno, pero me falta valor de buscar aquel lenguaje que permita expresar adecuadamente las paradojas indescriptivas del amor. Eros es un *cosmogonos*, un creador y Padre-Madre de todo conocimiento. Me parece como si fuera el mismo *conditionalis* de Pablo «que no tuviera amor», el primero de todos los conocimientos, y prototipo de la misma divinidad. Lo que siempre podría ser la interpretación conocida de la fase «Dios es amor»; su contexto confirma la divinidad como *complexio oppositorum*.

Mis experiencias médicas, así como mi propia vida, me han planteado sin cesar la cuestión del amor, y no estoy nunca en condiciones de dar a este respecto una respuesta válida. Como Job, tuve que «colocar mi mano sobre la boca. Una vez hablé, después de ello no quiero responder más» (*Job* XXXIX, 34 y sig.). Se trata aquí de lo supremo y lo ínfimo, de lo más lejano y de lo más profundo, y nunca puede decirse uno sin lo otro. No existe lenguaje adecuado a esta paradoja. Lo que siempre se puede decir es que no hay palabra que exprese el todo. Si se habla de aspectos parciales, se dice demasiado o poco, puesto que sólo el todo es lo correcto. El amor «lo comporta todo» y «lo permite todo» (*I Cor*. XIII, 7). Esta frase lo dice todo. No se podría añadirle nada. Pues somos, en el sentido más profundo, las víctimas o los medios e instrumentos del «amor» cosmogónico. Pongo la palabra entrecomillada para significar que no designo con ella, simplemente, instinto, satisfacción, deseo o algo semejante, sino un todo, único e indiviso superior al individuo. El hombre como parte no comprende al todo. Aquél queda por debajo de éste. Puede decir sí o rebelarse; pero siempre está allí preso y encerrado. Siempre depende de ello y se fundamenta en ello. El amor es su luz y sus tinieblas, cuyo fin no divisa. «El amor nunca cesa», incluso cuando el hombre «habla como los ángeles» o con escrupulosidad científica sigue la vida de la célula hasta el más bajo motivo. Puede imponer al amor todos los nombres de que dispone, pero no incurrirá más que en autoengaño infinito. Si posee una gran Sabiduría rendirá sus armas y lo denominará *ignotutn per ignotius*, a saber, con el nombre de Dios. Esto constituye una confesión de su inferioridad, imperfección y dependencia, pero también a la vez un testimonio de la libertad de su elección entre verdad y error.

RESUMEN[1]



CUANDO SE DICE QUE SOY SABIO O UN «ERUDITO» yo no puedo aceptarlo. Una vez alguien llenó un sombrero con agua de un torrente. ¿Qué significa esto? Yo no soy este torrente, pero yo no hago nada. Lo demás hombres están junto al mismo torrente, pero piensan las más de las veces que ellos mismos lo hicieron. Yo no hago nada. No pienso nunca que soy quien ha de velar para que las cerezas tengan rabo. Estoy ahí, maravillándome de lo que la naturaleza es capaz.

Existe una antigua hermosa leyenda de un rabí ante el que acudió un discípulo y le preguntó: «Antiguamente hubo hombres que vieron a Dios: ¿por qué hoy no los hay?». El rabí respondió: «Porque hoy nadie puede humillarse tanto». Hay que humillarse algo para sacar agua del torrente.

La diferencia de la mayoría entre los demás hombres y yo consiste en que mis «tabiques» son transparentes. Ésta es mi peculiaridad. En los demás frecuentemente son tan espesos que no ven nada tras ellos y por ello creen que allí no hay nada. Yo percibo en cierto modo los procesos del subconsciente y por ello tengo seguridad interna. El que no ve nada, tampoco tiene seguridad, ni puede sacar conclusión alguna o no confía en las propias conclusiones. Yo no sé qué es lo que ha hecho que yo pueda percibir el fluir de la vida. Fue quizás el inconsciente mismo. Quizás fueron los primeros sueños. Influyeron en mi desde el principio.

El conocer los procesos del subconsciente preparó ya desde muy pronto la relación con el mundo. En el fondo era ya en mi infancia tal como hoy es todavía. De niño me sentía aislado, y aún hoy lo soy, porque sé cosas y debo señalar que de ellas aparentemente nadie sabe nada ni quieren en su mayoría saberlas. La soledad no nace porque uno no tenga a nadie a su alrededor sino más bien porque las cosas que a uno le parecen importantes no puede comunicarlas a los demás, o considera válidas ideas que los demás tienen por improbables. El aislamiento comenzó con la vivencia de mis primeros sueños y *alcanzó su punto*, su punto culminante, en la época en que me ocupé del inconsciente. Cuando un hombre sabe más que los demás se queda solo. Pero la soledad no surge necesariamente en oposición a la comunidad, puesto que nadie siente más la comunidad que el solitario, y la comunidad florece tan sólo allí donde cada individuo rememora su propia singularidad y no se identifica con los demás.

Es importante que tengamos un secreto y el presentimiento de algo incognoscible. Ello llena la vida de algo impersonal, de un numinoso. Quien no ha experimentado esto se ha perdido algo importante. El hombre debe percibir que vive en un mundo que en cierto sentido es enigmático. Que en él suceden y pueden experimentarse

cosas que permanecen inexplicables, y no tan sólo las cosas que acontecen dentro de lo que se espera. Lo inesperado y lo inaudito son propios de este mundo. Sólo entonces la vida es completa. Para mí la vida fue desde sus comienzos infinitamente grande e incomprensible.

Me esforcé todo lo que pude para afirmarme en mis pensamientos. En mí había un demonio y era él quien decidía en último lugar. Me aventajaba, y yo no le respetaba; tanto que el demonio me apremiaba. Una vez alcanzado yo, nunca podía detenerme. Debía apresurarme para adelantarme a mis visiones. Dado que mis contemporáneos no podían, por supuesto, percibir mis visiones, vieron solamente una absurda escapada.

Yo he ofendido a mucha gente, pues en cuanto observé que no me comprendían, la cosa terminó para mí. Debía continuar. No tuve —excepto en mis pacientes— paciencia con los hombres. Debía seguir siempre la ley interna que se me había impuesto y no me dejaba libertad de elección. Es verdad que no siempre la seguí. ¿Cómo se puede uno pasar sin informalidad?

Para muchos hombres estaba yo inmediatamente presente, en cuanto estaban ellos en contacto con el mundo interno; pero luego podría suceder que, de pronto, ya no estuviese presente porque ya no había nada más que me uniera a ellos. Hube de aprender penosamente que los hombres siguen todavía allí aunque no tengan nada más que decirme. Muchos despertaban en mí la sensación de viva humanidad, pero sólo en cuanto eran visibles en el círculo embrujado de la psicología; al instante siguiente, cuando el faro dirigía sus rayos hacia otra parte, ya nada más existía. Por muchos hombres pude interesarme vivamente pero en cuanto había penetrado en su interior el encanto desaparecía. De este modo me he hecho muchos enemigos. Pero el hombre creador está entregado, carece de libertad, está encadenado y es aguijoneado por el demonio.

Ignominiosamente
el corazón nos arrebata un poder.
Pues todos aspiran a víctimas del cielo,
pero cuando algo es desatendido
nunca trajo nada de bueno.

(Hölderlin)

La falta de libertad despertó en mí una gran tristeza. Con frecuencia me imaginaba estar en un campo de batalla. ¡Ahora has caído, mi buen compañero, pero yo debo continuar! ¡No puedo, no puedo en absoluto quedarme! «Pues ignominiosamente el corazón nos arrebata un poder». ¡Siento simpatía por ti, te aprecio, pero no puedo quedarme! Esto, de momento, es algo que desgarra el corazón. Yo mismo soy la víctima, no *puedo* quedarme. Pero el demonio se las

arregla para que uno logre salir del apuro y la bendita informalidad trae conmigo el que pueda guardar fidelidad en una medida insospechada y en la contradicción más flagrante con mi «infidelidad».

Quizás podría decir: necesito a los hombres en mayor medio que los demás y al mismo tiempo menos. Donde actúa el demonio se está siempre cerca y demasiado lejos. Sólo allí donde guarda silencio uno puede quedarse en un término medio.

El demonio y lo creador se han impuesto en mí incondicional y desconsiderablemente. Lo corriente a que yo me dediqué perdió casi siempre, aunque esto no siempre, ni en todos los casos. Por ello me parece que soy conservador hasta la médula. Relleno mi pipa en la tabaquera de mi abuelo y conservo todavía su bastón de montaña adornado con un cuernecito de gamuza que se trajo de Pontresina, por ser él allí uno de los primeros veraneantes. Estoy contento de que mi vida haya transcurrido así. Fue una vida rica y me ha aportado muchas cosas. ¿Cómo hubiera podido esperar tanto? Fueron cosas puramente inesperadas las que sucedieron. Mucho hubiera podido quizás ser de otro modo, si yo mismo hubiese sido otro. Pero fue como debía ser; pues es por ello que soy como soy. Mucho ha surgido intencionadamente y no siempre resultó ventajoso para mí. Sin embargo, la mayoría de cosas se han desarrollado naturalmente y por la intervención del destino. Me arrepiento de muchas tonterías que han sido causadas por mi obstinación, pero si no hubiera sido por ellas no hubiera alcanzado mi objetivo. Así, pues, estoy desilusionado y no estoy desilusionado. Estoy desilusionado de los hombres y yo mismo he logrado realizar más de lo que esperaba. No puedo formarme un juicio definitivo porque el fenómeno de la vida y el fenómeno del hombre son demasiado grandes. Cuanto más avanzaba en edad, menos me comprendía, o me reconocía o sabía de mí.

De mí estoy asombrado, desilusionado, contento. Estoy triste, abatido, entusiasmado. Yo soy todo esto también y no puedo sacar la suma. No estoy en condiciones de comprobar un valor o una imperfección definitiva, no tengo juicio alguno sobre mi vida ni sobre mí. De nada estoy seguro del todo. No tengo convicción alguna definitiva, propiamente de nada. Sólo sé que nací y existo y me da la sensación de que soy llevado. Existo sobre la base de algo que no conozco. Pese a todo la inseguridad, siento una solidez en lo existente y una continuidad en mi ser.

El mundo en el que nacemos es rudo y cruel y al mismo tiempo de belleza divina. Es cuestión de temperamento creer qué es lo que predomina: el absurdo o el sentido. Si el absurdo predominara se desvanecería en gran medida el sentido de la vida en rápida evolución. Pero tal no es —o no me parece ser— el caso. Probablemente, como en todas las cuestiones metafísicas, ambas cosas son ciertas: la vida es sentido y absurdo o tiene sentido y carece de él. Tengo la angustiosa esperanza de que el sentido prevalecerá y ganará la batalla.

Cuando Lao-Tsé dice: «Todos son claros, sólo yo soy opaco», eso es lo que siento a mi avanzada edad. Lao-Tsé es el ejemplo de un hombre con inteligencia superior

que vio y experimentó el valor y la imperfección y que deseaba al fin de su vida volver a su propio ser, al sentido eterno incognoscible. El arquetipo del anciano que ha visto ya bastante es eternamente verdadero. En cada grado de inteligencia aparece este tipo y es idéntico a sí mismo, tanto si es un viejo campesino o un gran filósofo como Lao-Tsé. Así, pues, la ancianidad es una limitación. Y sin embargo, existen tantas cosas que me satisfacen: las plantas, los animales, las nubes, el día, la noche y lo eterno en el hombre. Cuanto más inseguro sobre mí mismo me sentía, más crecía en mí un sentimiento de afinidad con todas las cosas. Sí, se me antoja como si aquella singularidad que me ha separado del mundo durante tanto tiempo hubiera emigrado a mi mundo interno y me hubiera revelado una inesperada ignorancia acerca de mí mismo.

APÉNDICE



1. *De las cartas de Jung a su mujer desde los Estados Unidos*

6. IX. 09, lunes.
En casa del Prof. Stanley Hall.
Clark University, Worcester

… ¡Ahora hemos llegado[1], pues, felizmente a Worcester! He de explicarte el viaje. El sábado pasado tuvimos mal tiempo en Nueva York. Los tres hubimos de guardar cama a causa de diarrea y dolores de estómago. Pese a la aflicción del cuerpo y a la abstinencia alimenticia fui al museo paleontológico, donde vi los antiguos monstruos, los sueños angustiosos de la creación del buen Dios. La colección es única para seguir la filogénesis de los mamíferos terciarios. Me resulta imposible contarte todo cuanto vi allí. Encontré a Jones, que precisamente llegaba de Europa. Luego, aproximadamente a las 3,30, fuimos *per Elevated* de la calle 42 a los muelles y allí subimos a un curioso edificio enorme, un barco que tenía cinco cubiertas. Allí embarcamos y navegamos por el Westriver alrededor de la punta de Manhattan, rodeados de los enormes rascacielos, remontando el East River bajo los puentes de Brooklyn y Manhattan a través de una infinita multitud de remolcadores, ferryboats, etc., etc., a través del Sound detrás de Long Island. Hacía frío y humedad, teníamos dolor de vientre y diarrea, nos acuciaba el hambre y nos metimos en la cama. El domingo por la mañana, temprano, estábamos ya en tierra, en Fallriver City, donde con lluvia tomamos el tren hacia Bostón. Luego fuimos seguidamente a Worcester. Ya durante el viaje el tiempo despejó. El paisaje era extraordinariamente bello, ligeramente accidentado, mucho bosque, pantanos, pequeños lagos, innumerables bloques erráticos, pequeños pueblecitos con casas de madera pintadas de rojo, verde o gris con anchas ventanas blancas (¡Holanda!) ocultas bajo grandes y bellos árboles. A las 11,30 en Worcester. En el Hotel Standish tuvimos un acogedor hospedaje, incluso barato *on the American plan*, es decir, con pensión. Por la tarde, a las 6, después del correspondiente descanso, visita a Stanley Hall. Es un agradable y extremadamente educado señor que frisa en los 70 años y que nos recibió con la mayor hospitalidad. Tiene una mujer alegre, gruesa, bondadosa y, además, muy fea, pero entendida en buenas comidas. A Freud y a mí nos llamaba sus «boys», nos cumplimentó con manjares selectos y vinos generosos que nosotros saboreamos con gusto evidente. Dormimos todavía en el Hotel y hoy por la mañana nos trasladamos a la casa de Hall. La casa está agradablemente instalada, es espaciosa y cómoda. Tiene una sala de estudio majestuosa, con muchos miles de libros y cigarros. El servicio está atendido por dos negros de tez oscura como la pez vestidos de smoking, que dan una impresión grotesco-festiva. Por todas partes hay alfombras, todas la puertas

abiertas, se puede entrar y salir de todas partes, las ventanas llegan hasta el suelo; césped inglés alrededor de la casa sin verja. La mitad de la ciudad (180 000 ha., aprox.) está en un bosque de viejos árboles que dan sombra a todas las calles. Casi todas las casas son más pequeñas que la nuestra, aunque todas rodeadas de flores y arbustos florecidos, llenas de tonalidades verdes por cepas vírgenes y glicinas, todo muy bien cuidado, adornado; tranquilo y agradable. ¡Una América distinta por completo! Es la llamada Nueva Inglaterra. La ciudad se fundó ya en 1690, es pues muy antigua. Mucho bienestar. La Universidad, muy bien dotada, es pequeña pero lujosa y de elegancia realmente sencilla. Hoy por la mañana tuvo lugar la sesión inaugural. Habló primero el profesor X. con una disertación aburrida. Pronto terminamos y fuimos a dar un paseo por los alrededores de la ciudad, que está rodeada por todas partes de lagos, a cual más pequeño, y fríos bosques, y quedamos altamente impresionados por la belleza del paisaje. Constituye un descanso reparador después de la vida en Nueva York…

Clark University, Worcester,
Massachusetts, Miércoles,
8. IX. 09

… La gente aquí son de la mayor amabilidad y del más agradable nivel cultural. Estamos atendidos en casa de Hall divinamente y reposamos diariamente de las fatigas de Nueva York. El vientre ahora funciona ya casi perfectamente, de vez en cuando todavía molesta algo, pero el estado general es ahora excelente. Freud comenzó ayer las clases y obtuvo un gran éxito. Aquí vamos siendo conocidos y nuestros asuntos prosperan lentamente, pero con seguridad. Hoy he tenido una conversación sobre psicoanálisis con dos señoras muy cultas en cuya conversación las damas se han mostrado muy documentadas y liberales. Me sentí admirado puesto que esperaba hallar resistencia. Hacia las nueve tuvimos un *Garden-party* con unas cincuenta personas en el que estuve rodeado por cinco damas. Pude incluso contar chistes en inglés ¡y de qué modo! Mañana tengo mi primera clase, pero ha desaparecido toda inquietud, pues el auditorio es inofensivo y meramente curioso por oír novedades y en éstas podré complacerles con seguridad. Se dice que nos darán el grado de doctores h. c. de la Universidad el próximo domingo con una gran fiesta. Por la noche habrá una «formal reception». Mi carta de hoy será por desgracia corta, pues Hall nos ha invitado a las *five o'clock a* una fiesta. También nos ha hecho una entrevista el *Bostón Evening Transcript*. Aquí somos los hombres del día. Sienta bien poder gozar un poco en este sentido. Siento que mi libido goza de esto a pleno pulmón.

Clark University, Worcester,
Mass. 14. IX. 09

… Ayer por la tarde hubo una enorme mascarada con toda clase de vestidos rojos y negros y dorados gorros cuadrados. Se me ha nombrado en una gran fiesta doctor *of Laws honoris causa*, al igual que a Freud. A partir de ahora puedo poner detrás de mi nombre L. L. D. Importante, ¿no? Hoy el profesor M. nos ha llevado en automóvil a un lunch en un bello lago. El paisaje era extraordinariamente hermoso. Hoy por la tarde tendremos todavía una «prívate conference» en el salón de la casa sobre «psychology of sex». Tenemos el tiempo tremendamente ocupado. Para esto los americanos son especialistas, apenas le dejan tiempo a uno para respirar. Me siento realmente fatigado por tantas cosas fabulosas y añoro un descanso en las montañas. La cabeza me arde. Ayer por la tarde hube de improvisar un discurso para la promoción de doctores ante unas trescientas personas.

… Me alegro infinito de volver junto al mar donde el alma extenuada puede volver a reposar ante la infinita tranquilidad y extensión. Aquí se está en un torbellino casi constante. Gracias a Dios he recuperado mis capacidades de gozar de modo que puedo alegrarme por todo. Ahora capto con pasión todo lo que venga, luego me sentiré abatido por saturación…

P'.s Camp Keene Valley
Adirondacks, N. Y.
16. IX. 09, 8,30 a m.

… Te quedarías asombrada si vieras dónde estoy ahora en este país de posibilidades realmente ilimitadas. Estoy sentado en una gran cabaña de madera que se compone de una única pieza; ante mí hay una chimenea enorme rústicamente tapiada con ladrillos, con grandes troncos de madera delante, abundantes cacharros en las paredes, libros y cosas similares. Alrededor de la cabaña hay un mirador cubierto y si se sale no se ven sino árboles, hayas, abetos, pinos, tuyas; todo un poco extraño, además cae una fina lluvia. Entre los árboles se divisa un paisaje montañoso, todo cubierto de bosques. La cabaña está en una pendiente, un poco alejada hay unas diez casitas de madera, ahí viven las mujeres, allí los hombres, aquí está la cocina, allí el comedor, y entre ellas pacen vacas y caballos. Pues aquí viven dos familias P. y una familia X., acompañados del servicio. Si se va al riachuelo que pasa por allí, perdiéndose en la lejanía, se llega al bosque donde pronto se descubre que se trata de un bosque nórdico primitivo. El suelo está formado por restos rocosos de la época

glaciar cubierto por una alfombra profunda y suave de musgo y helechos, arriba, en salvaje desorden, un caos de ramas y enormes y mohosos troncos, entre los que nuevamente se levantan jóvenes árboles. Si se sube hacia las alturas por el blando sendero de madera podrida se llega a un terreno de espeso monte donde abundan las zarzamoras, las fresas y una especial mezcla de ambas. Miles de enormes árboles muertos sobresalen desnudos de entre los matorrales. Miles han caído y en la caída se han enmarañado en una trama inextricable. Se atraviesa por encima y debajo por corpulentos troncos de árboles, se penetra a través de la madera podrida en hoyos profundos, huellas de ciervos cruzan el camino; pájaros carpinteros han perforado en los árboles agujeros del tamaño de una cabeza.

En ciertos lugares el ciclón ha abatido cientos de enormes árboles parecidos a los wellingtonianos, de tal modo que los fragmentos de sus raíces sobresalen mucho hacia lo alto. Aquí un incendio devastó hace algunos años una amplia zona. Finalmente se llega a una cima rocosa de una altura superior a los 1000 m y se divisa desde allí un agreste paisaje de rocas y lagos glaciales que está cubierto por una primitiva selva virgen de la época glaciar. Este extraordinario país salvaje se encuentra en el extremo nordeste de los Estados Unidos, en el estado de Nueva York, cerca de la frontera canadiense. Aquí habitan todavía osos, lobos, ciervos, puercoespines. Serpientes las hay también por todas partes. Ayer mismo, cuando llegamos había una allí de unos dos pies de larga para recibirnos. Por suerte no se encuentran aquí serpientes cascabel, aunque a algunas horas de distancia hay muchas, junto al cálido lago de George y Champlain. Vivimos en una pequeña cabaña y dormimos en un mestizo entre hamaca y catre…

Pienso que deberíamos venir aquí alguna vez juntos, aquí se está muy bien. En todas partes donde hay conocidos a uno le tratan y cuidan magníficamente. Todos nosotros estamos de acuerdo en que conservaremos de este viaje los mejores recuerdos. Freud se pasea por este abigarrado mundo con una filosófica sonrisa. Yo hago lo mismo y lo disfruto. Si quisiera llevarme todo lo que podría no terminaría en dos meses. Es bueno marcharse mientras el tiempo todavía es hermoso…

Albany, N. Y.
18. IX. 1909

… Todavía faltan dos días para la marcha. Todo es un torbellino. Ayer estaba todavía en una cima rocosa de casi 1700 m de altura rodeada de enormes bosques y contemplaba a lo lejos la azul infinitud de América, estaba helado hasta los huesos por el helado viento y hoy me encuentro en medio del trajín de la gran ciudad de Albany, la capital del estado de Nueva York. Las miles de impresiones que me llevo de este extraordinario país no pueden describirse con la pluma. Todo es demasiado grande e inabarcable con la vista. Algo que en los últimos días poco a poco he ido

vislumbrando es el pensamiento de que aquí se ha construido un ideal de posibilidades de vida. Aquí todo va muy bien para los hombres, tanto como la cultura lo permite, y a las mujeres muy mal. Aquí hemos visto cosas que despiertan el mayor asombro y cosas que exigen las más profundas meditaciones sobre le desarrollo social. En lo que respecta a cultura técnica, estamos a gran distancia detrás de América. Pero todo esto cuesta horrores y lleva en sí el germen del fin. He de contarte muchas cosas. Las experiencias de este viaje me resultarán inolvidables. Ahora estamos cansados a la americana. Mañana por la mañana muy pronto nos vamos hacia Nueva York y ¡el 21 del IX al mar!…

Buque «Kaiser Wilhelm der Grosse»,
Norddeutscher Lloyd Bremen.
22 de septiembre de 1909

… Ayer me sacudí el polvo de América de las sandalias, ligero de corazón aunque con dolor de cabeza, pues los Ys. me obsequiaron con champaña extraordinario… Con la abstinencia he llegado ahora en punto a la fe a un terreno muy tambaleante de un modo que me salgo de mis casillas de un modo honroso. Me conozco como sincero pecador y espero que pueda permanecer impávido ante un vaso de vino, que esté aún por beber, claro. Esto es siempre así, sólo lo prohibido incita. Creo que no puedo prohibirme demasiado.

Así, pues, ayer, a la diez de la mañana, salimos de Nueva York, a la izquierda los enormes titanes blancos y rojos de la Nueva York City, a la derecha las humeantes chimeneas, diques, etcétera de Hoboken. La mañana era luminosa y pronto desapareció de la vista Nueva York, y poco después comenzaron a encresparse las olas. Junto al buque faro dejamos al práctico americano y nos internamos entonces en «los tristes desiertos del mar». Como siempre es algo de grandeza y sencillez cósmica y fuerza al silencio, pues, ¿qué puede decir aquí el hombre sobre todo cuando el Océano por la noche está solo con el cielo estrellado? Se contempla en silencio, renunciando a todo poderío propio y muchas antiguas palabras e imágenes surgen de la mente: una voz suave dice algo de los tiempos primitivos y de la infinitud del «Mar inacabable», del «mar y del amor de las olas», de Leucotea, la hermosa diosa que aparece en la espuma de la ondulación que se rompe y presenta al cansado Ulises el fino velo de perlas, dispensador de dicha. El amor es como la música, contiene en sí y habla de todos los sueños del alma. Lo bello y grande del mar consiste en que nos sentimos sumergidos en los terribles abismos de la propia alma y de modo autocreador se nos enfrenta con la vida de los «tristes desiertos del mar». Ahora estamos todavía cansados de «la tortura de estos últimos días» y meditamos y lo ponemos todo en orden en un trabajo inconsciente sobre lo que América ha removido en nosotros…

Norddeutscher Lloyd Bremen,
Buque «Kaiser Wilhelm der Grosse»,
25. IX. 1909

… Ayer se levantó una tormenta que duró todo el día hasta cerca de media noche. Estuve casi todo el día delante bajo el puente de mando, en el punto más elevado y protegido y admiré el enorme espectáculo, cómo se forman las inmensas montañas de olas y una nube de espuma caía como un torbellino sobre el barco. El barco comenzó a balancearse de un modo horroroso; a veces caía sobre nosotros una tormenta salada. Hacía frío y fuimos a tomar el té. Pero allí el cerebro se deslizó por el canal medular y buscó reaparecer por debajo del estómago. Por ello me volví a la cama, donde pronto me sentí muy bien y luego hasta pude saborear una agradable cena. De vez en cuando retumbaba fuera una ola en el barco. Los objetos de la habitación habían adquirido vida: los almohadones del sofá rodaban por el suelo, en la penumbra un zapato se levantó, miró asombrado a su alrededor y se deslizó suavemente echado bajo el sofá, el otro zapato se hizo a un lado cansadamente y fue detrás del otro. Pero ahora el cuadro cambió. Como observé, los zapatos habían ido debajo del sofá para ir a buscar allí mi americana y mi bolso de mano, luego todo el grupo se puso en movimiento y fue hacia la gran maleta, bajo la cama; una manga de mi camisa que estaba sobre el sofá, les hizo señas, ansiosa; en el interior de las cajas y cajones se oía ruidos y golpes. De pronto se oyó en el suelo un terrible bramido, traqueteo, estrépito y fragor. Pues abajo hay una despensa. Se han roto quinientos platos de un golpe, despiertos de su prisión, semejante a la muerte y han puesto rápido fin a su estado de esclavitud, por medio de un intrépido. Por doquier en la cabina inexpresables suspiros revelaban los secretos del menú. Dormí excelentemente y hoy por la mañana el viento comenzaba a soplar de otro lado…

2. *De las cartas de Freud a Jung*[2]

Viena, IX, Berggasse 19,
16 de abril del 09

Querido amigo:

… Es interesante que la misma tarde en que yo le adoptaba a usted formalmente como hijo mayor, le consagraba como sucesor y príncipe heredero —*in partibus infidelium*—, que simultáneamente me despojaba de la dignidad de padre, acto que le parece gustar tanto como a mí, por el contrario, la investidura de su persona. Temo sin embargo que vuelva usted a pensar en su padre si hablo de mi relación con el espíritu golpeador; pero debo hacerlo porque es distinto de lo que usted podría creer. Yo no niego, pues, que sus comunicaciones y su experimento me impresionaron profundamente. Me propuse, después de su marcha, observar esto, y aquí le doy mis resultados. En la primera habitación se oyó un ruido inesperadamente allí donde descansaban dos pesadas estelas egipcias sobre dos tablas de roble de la librería, esto es evidente. En la segunda habitación, allí donde lo oímos, se oye ruido muy raramente. Primeramente quería hacerlo valer como prueba si los ruidos tan frecuentes durante su visita no se hubieran repetido después de marchar usted. Pero se han repetido los ruidos y nunca en conexión con mis pensamientos y nunca cuando me ocupaba de usted o de sus especiales problemas. (Ahora no añado esto como provocación). La observación quedó inválida muy pronto por otras. Mi creencia, o cuando menos mi crédula solicitud desapareció con el encanto de su presencia personal; me resultaba de nuevo totalmente improbable por ciertos motivos íntimos que deba suceder algo de este tipo; el mobiliario desembrujado está ante mí, como ante el poeta la naturaleza desdivinizada después de la partida de los dioses de Grecia.

Vuelvo, pues, a colocarme las cárneas gafas de padre y advierto al querido hijo que conserve la cabeza fría y es preferible no querer comprender que sacrificar a la comprensión, tan gran víctima, muevo la cabeza sobre la psicosíntesis y pienso: Sí, así son los jóvenes, sólo les proporciona auténtica alegría ir donde ellos no necesitan llevarnos, a donde en nuestro escaso aliento y cansadas *piernas no nos es posible* seguirles.

Luego, con el derecho que me confiere mi edad, me vuelvo parlanchín y hablo de otra cosa entre el cielo y la tierra que no se puede comprender. Hace algunos años descubrí en mí la convicción de que moriría entre los 61 y 62 años, lo que entonces me parecía todavía un largo plazo. (Hoy son sólo ocho años). Entonces marché con mi hermano a Grecia y resultó inquietante cómo el número 61 o 60 en relación con el 1 y 2 se me presentaba de nuevo en los medios de transporte, lo que anoté

cuidadosamente. Con el ánimo oprimido esperaba en el hotel de Atenas volver a tomar aliento, cuando se nos asignó una habitación en el primer piso; allí ciertamente no podía tratarse del número 61. Cierto, pero siquiera tuve el número 31 (con licencia fatal, pues es la mitad de 61-62) y este astuto y hábil número se manifestó más persistente en consecuencias que el primero. Desde el viaje de regreso hasta hace no mucho se me conservó fiel el 31, en cuya proximidad se encontraba a gusto el 2. Dado que también en mi sistema tengo regiones en las que sólo siento curiosidad por saber, pero no soy en absoluto supersticioso, desde entonces he intentado realizar el análisis de este convencimiento. Y aquí está este análisis. Este convencimiento surgió en el año 1899. Entonces acontecieron conjuntamente dos hechos. Primeramente escribí el significado de los sueños (que está ya prefechado en 1900), en segundo lugar, recibí un número de teléfono que todavía hoy lo tengo: 14362. Algo de común entre ambos hechos se desprende fácilmente. En el año 1899, cuando escribí la interpretación del sueño tenía 43 años de edad. Qué había, pues, de más próximo sino que las otras cifras de mi término de vida debían significar 61 o 62. De pronto el método se convierte en algo absurdo. La superstición de que yo moriría entre los 61 ó 62 se presenta como equivalente de la convicción de que había completado mi obra con la interpretación del sueño, es decir, ya no necesito decir nada más y puedo tranquilamente morir. Usted aceptará que después de esta experiencia no suena tan absurdo. Además en ello se esconde la secreta influencia de W. Fliess; en el año de su ataque la superstición desapareció también.

Nuevamente podrá usted constatar la naturaleza específicamente judía de mi mística. Por lo demás, estoy inclinado a decir que aventuras como la ocurrida con el número 61 encuentran explicación en dos momentos, primero por la acusada atención del inconsciente, que ve a Elena en toda mujer, y segundo, por la amigablemente existente «complacencia del azar» que desempeña la misma función para la ilusión que la complacencia somática en el síndrome histérico, lo idiomático en el juego de palabras.

Estaré, pues, dispuesto a seguir enterándome con interés en lo sucesivo de sus investigaciones acerca del complejo de los fantasmas, como de una obsesión benigna que no se comparte.

Afectuosos saludos para usted, señora e hijo.

Su amigo.

Viena, IX, *Berggasse 19*
12 de mayo de 1911

Querido amigo,

… Sé que sus inclinaciones más íntimas le impulsarán al estudio de lo oculto y no dudo de que volverá al redil sumamente abrumado. Sin embargo, nada puede hacerse

en contra y además lleva razón todo aquel que sigue el encadenamiento de sus impulsos. Su vocación por la demencia le mantendrá el baldón de «místico» durante mucho tiempo. Pero no permanezca usted mucho tiempo en las regiones tropicales, hay que gobernar en casa…

Saludos afectuosos y espero que me escriba no dentro de mucho.

Su incondicional Freud.

15, 6, 11,

Viena, IX, Berggasse 19

Querido amigo,

… Después de la gran lección de la experiencia de Ferenczi[3] me he vuelto humilde en cuestiones de ocultismo. Prometo creer todo lo que de algún modo pueda convertirse en racional. Pero no quisiera que sucediese, usted ya lo sabe. Sin embargo, mi arrogancia se ha roto desde entonces. Me gustaría suponer que usted está de acuerdo con F., si uno de ustedes se propone dar el peligroso paso a la opinión pública y me imagino que ello es realizable durante el trabajo con plena independencia…

Saludos afectuosos para usted y la bella casa, de

Su fiel amigo Freud.

3. *Carta a su mujer desde Susa, Túnez*

Lunes, 15, III, 1920,
Gran Hotel, Susa

¡*Este África es fabulosa*!

… Desgraciadamente no puedo escribirte de un modo coherente, pues esto es demasiado. Sólo a ráfagas. Después de un tiempo terriblemente frío a causa del mar, fresca mañana en Argelia. Casas y calles claras, y entre ellas grupos de árboles verdes, copas de palmeras. Blancos albornoces, fez rojos, entre ellos el amarillo del *Tirailleur d'Afrique*, rojos espahís, luego el jardín botánico, un bosque tropical encantado, visión india, sagrados árboles *Açvatta* con enormes raíces aéreas como monstruos y fantásticas viviendas de dioses de enorme extensión, cubiertas de verde oscuro, crujiendo el viento del mar. Luego treinta horas de viaje en tren hacia Túnez. La ciudad árabe es antigua y de la Edad Media morisca, Granada y los cuentos de Bagdad. Ya no se piensa más en uno mismo, sino que se está inmerso en esta complejidad que no se puede juzgar y menos describir: en la muralla una columna romana, por delante pasa una vieja judía de indecible fealdad con bombachos blancos, un pregonero se hace paso entre la multitud con un fardo de albornoces y grita en sonidos guturales que podrían proceder del cantón de Zurich, un pedazo de cielo azul profundo, una cúpula de mezquita blanca como la nieve, un zapatero cose solícitamente los zapatos en una hornacina abovedada, en la estera ante él una mancha de sol cálida y deslumbrante, ciegos músicos con tambores y minúsculo laúd con tres cuerdas, un mendigo que sólo se compone de harapos. Vaho de buñuelos de aceite y enjambre de moscas, arriba en el radiante éter, sobre el blanco minarete entona un muezin el canto del mediodía, arriba un fresco y umbroso patio de columnas con portal en forma de herradura, enmarcada mayólica en la muralla toma el sol un sarnoso gato, un ir y venir de capas rojas, blancas, amarillas, azules, marrones, turbantes blancos, fez rojos, uniformes, rostros de tez blanca y amarillo pálido o negro profundo, un deslizarse de pantuflas rojas y amarillas, un silencioso y rápido tránsito de pies negros desnudos, etcétera, etcétera.

Por la mañana se alza el gran Dios y llena los dos horizontes con su alegría y poder, y todo lo vivo le obedece. Por la noche la luna es tan plateada y tan divinamente luminosa que nadie duda de Astarté.

Entre Argel y Túnez hay 900 km de tierra africana amontonada en la amplias y nobles formas del gran Atlas, amplios valles y altiplanicies desbordantes de vida y cereales, verde-oscuros bosques de alcornoques. Hoy Horus se levantó de una lejana montaña pálida sobre una llanura infinita, verde y marrón, y del desierto se levantó un fuerte viento que sopló hasta el mar azul oscuro. Sobre ondulantes colinas

gris-verdes, restos pardo-amarillentos de ciudades completamente romanas, esporádicamente olisqueadas por negras cabras, en las cercanías un campamento de beduinos con tiendas negras, camellos y asnos, el tren cruza y mata un camello que no pudo decidirse a bajar de los raíles, una figura blanca que corre, gesticula y da vueltas, siempre cerca del mar, tan pronto azul y profundo como dolorosamente resplandeciente al sol. Flotando en el vibrante aire solar emerge, de los bosques de olivo y palmeras y los enormes setos de cactus, una ciudad blanca como la nieve con cúpulas celestialmente blancas y torres que se extienden señorialmente sobre una colina, luego Susa con muros blancos, y torres, bajo el puerto, bajo el muro portuario el mar azul profundo, y frente al mar está el velero con dos velas latinas. ¡¡¡Que yo pinté una vez!!!

Se tropieza con restos romanos, con el bastón desenterré una vasija romana.

Esto no es más que un pobre balbuceo, yo no sé lo que me dice propiamente África, pero habla. Imagínate un potente sol, un aire claro como en las más altas montañas, un mar más azul que el que has visto hasta ahora, todos los colores de fabulosa identidad, en los mercados compras tú todavía ánforas de la antigüedad, algo así ¡¡¡y la luna!!!…

4. *De una carta a un joven investigador*[4]

(1952)

… Yo me defino a mí mismo como empirista, pues debo ser algo consistente. Con frecuencia se me acusa de que soy un mal filósofo y no me gusta ser naturalmente algo despreciable. Como empirista siquiera he aportado algo. Ciertamente no se escribirá en la lápida de un buen zapatero que era un mal sombrerero porque una vez hizo un sombrero desacertado.

El lenguaje que yo hablo debe ser forzosamente ambivalente, es decir ha de tener un sentido doble, para poder adecuarse al doble aspecto de la naturaleza psíquica. Me esfuerzo consciente e intencionadamente por la expresión de doble sentido porque es superior a la expresión de un único sentido y se adecúa al ser de la naturaleza. Según mi predisposición podría muy bien ser parcial. Eso no es difícil, pero sacrifica la verdad. Dejo surgir intencionadamente todos los matices superiores e inferiores, pues de todos modos están presentes por una parte, y dan, por otra, una imagen más completa de la realidad. La univocidad sólo tiene sentido en la constatación de hechos, pero no en la interpretación, pues «sentido» no es una tautología sino que abarca siempre más que el objeto concreto de la expresión. Yo no soy —más especial aún— sino un psiquiatra, pues mi temática esencial, que domina todos mis esfuerzos, es la anomalía mental, su fenomenología, etiología, y teleología. Todo lo demás desempeña en mí un papel auxiliar. No me siento llamado ni a fundar una religión ni a reconocer ninguna, sino que solamente pienso en ser, dentro de la tarea que me está especialmente encomendada, un auténtico médico de almas. Así me sentí y así actúo como miembro de la sociedad humana. No niego en absoluto a la demás gente que sepa más que yo. Yo no sé, por ejemplo, cómo Dios podría experimentar al margen de la experiencia humana. ¿Si yo no lo experimento, cómo puedo decir que Él existe? Mi experiencia, sin embargo, es muy estrecha y limitada y así también lo experimentado, pese al presentimiento impresionante de la inconmensurabilidad, es muy pequeño y semejante a lo humano, lo que se ve muy bien cuando se quiere expresar. En la experiencia todo acontece en la ambivalencia de la psique. La mayor experiencia es también la más pequeña y escasa, y por ello se avergüenza uno de hablar en voz alta o de filosofar sobre ello. Pues se es demasiado pequeño y demasiado incapaz para poderse adaptar a tal inconmensurabilidad. Por ello empleo el lenguaje de doble sentido, pues resulta apropiado tanto a la subjetividad de las ideas arquetípicas como a la autonomía del arquetipo. «Dios», por ejemplo, significa, por una parte, un *ens potentissimum* inexpresable, y por otra una indicación altamente insuficiente y una expresión de la impotencia y perplejidad humanas, es decir una experiencia de naturaleza paradójica. El espacio del alma es inconmensurablemente grande y lleno de realidad viva. Al margen del mismo está el secreto de la materia y

del espíritu, o del sentido. Para mí éste es el espacio en el que puedo expresar mi experiencia…

5. De una carta a un colega[5]

(1959)

… El concepto de orden (en la creación) no es idéntico al de «sentido». Tampoco un ente orgánico tiene, pese a su adecuación en sí mismo, pleno sentido, no es significante de modo necesario en la relación total… Sin la conciencia reflexiva del hombre el mundo es un absurdo gigantesco, pues el hombre es, según nuestra experiencia, el único ente que puede en todas partes comprobar el «sentido».

No sabemos captar enteramente en qué consiste el factor constructivo del desarrollo biológico. Pero sabemos ciertamente que los animales de sangre caliente y de diferenciación cerebral eran necesarios para el surgimiento de la consciencia y con ello también para la manifestación de un sentido. Por medio de qué contingencias y riesgos se ha afirmado la construcción de un habitante de árboles lemúrico que se ha convertido a través de millones de años en hombre, no se puede soñar. En este caos contingente existieron fenómenos sincronizados que, frente a las conocidas leyes de la naturaleza y con ayuda de las mismas, pudieron realizarse en factores-síntesis arquetípicos que nos parecen milagrosos. Causalidad y teleología quedan aquí negadas, pues los fenómenos sincronizados se comportan como contingentes.

Dado que la probabilidad de las leyes de la naturaleza no da punto alguno de constancia para sospechar que de lo contingente pudieran surgir síntesis superiores, como, por ejemplo, la psique, necesitamos la hipótesis de un sentido latente para explicar no sólo los fenómenos sincrónicos, sino también las síntesis superiores. El sentido parece fue en un principio inconsciente y por ello sólo puede descubrirse *post hoc*; por ello existe siempre el peligro de que el sentido se sitúe en donde no está. Necesitamos las experiencias sincronizadas para poder fundamentar la hipótesis de un sentido latente que depende de la consciencia.

Puesto que una creación sin la conciencia reflexiva del hombre no tiene ningún sentido *reconocible*, se atribuye al hombre, con la hipótesis de un sentido *latente*, una significación cosmogónica, una verdadera *raison d'être*. Por el contrario, si se atribuye el sentido latente al creador como plan de creación consciente, entonces surge la cuestión: ¿Por qué había de construir el creador todo este fenómeno del mundo, puesto que Él ya sabe en qué podía reflejarse y por qué había de reflejarse si es ya consciente de Sí mismo? ¿Para qué había de crear una consciencia de menor valor junto a la suya que es *omniscientia*? ¿Para qué millares de infieles espejos de los que Él de antemano sabe cómo será la imagen que podrán dar?

Después de todas estas reflexiones he llegado a la conclusión de que la creación de imagen no sólo vale para los hombres, o idéntico a ellos, es decir, Él es igualmente inconsciente como el hombre o quizás todavía más inconsciente, pues Él, según el mito, siente la *incarnatio* tan adecuada a sí que se hace hombre para ofrecerse como

víctima del hombre…

6. Théodore Flournoy[6]

Durante la época en que me relacioné con Freud encontré en Théodore Flournoy un amigo paternal. Flournoy era ya viejo cuando le conocí. Por desgracia, murió pocos años después. Cuando yo ejercía todavía como médico en Burghölzli, leí su pequeño libro *Des Indes à la Planète Mars*, que me impresionó mucho. Escribí a Flournoy que quería traducirlo al alemán. Al cabo de medio año recibí la respuesta en la que se disculpaba por haber tardado tanto en responder. Para mi desilusión había ya designado a otro traductor.

Posteriormente visité a Flournoy en Ginebra y cuando progresivamente fui conociendo los límites que había en Freud, le visité de vez en cuando para conversar con él. Era para mí importante oír qué es lo que pensaba acerca de Freud y dijo cosas muy agudas sobre él. Se refirió especialmente al racionalismo de Freud, que todo se lo hacía comprensible y explicaba también su unilateralidad.

En 1912 sugerí a Flournoy que asistiera al Congreso de Munich en el que se produjo la ruptura entre Freud y yo. Su presencia constituyó un apoyo para mí.

En aquellos años tenía yo —especialmente después de separarme de Freud— el sentimiento de que era todavía demasiado joven para ser independiente. Necesitaba todavía contacto y particularmente con alguien con quien pudiera hablar abiertamente. Esto lo hallé en Flournoy y por ello constituyó para mí muy pronto una especie de contrapeso de Freud. Con él podía hablar también de problemas que me preocupaban científicamente, por ejemplo del sonambulismo, sobre parapsicología y psicología de la religión. No tenía entonces a nadie con quien compartir mis intereses en este terreno. Las ideas de Flournoy se encontraban cercanas a mi línea y me daban muchas sugerencias. Su concepto de la «*imagination créatice*», que me interesaba en especial, la tomé de él.

He aprendido mucho de él. Particularmente el modo y manera de observar a un paciente, la profundización viva en su historia. Por ello le tomé también un caso, concretamente el de Miss Miller. En *Wandlungen und Symbole der Libido* (1912) realicé de él un detallado análisis.

Desde hacía mucho tiempo me había interesado por las relaciones de los productos de la fantasía de los esquizofrénicos y Flournoy me ayudó a comprenderlos mejor. Él veía el problema en su conjunto y en especial de un modo objetivo. Para él los hechos eran importantes, lo que sucede. Con precaución se acercaba a un caso y nunca perdía de vista el conjunto. Lo que me convenció de la actitud científica de Flournoy fue que él tenía un verdadero objetivo «approach» y esto me impresionó mucho en comparación con Freud. Freud tenía un arte especialmente penetrante y dinámico: esperaba algo de sus casos. Flournoy no quería nada. Miraba desde lejos y veía claro. A través de la influencia de Freud adquirí conocimientos, pero no me expliqué nada. Flournoy me ha enseñado las distancias del objeto y ha despertado y

apoyado en mí la aspiración a la ordenación de un amplio horizonte. Su arte era más descriptivo, sin dejarse llevar por sospechas, y, pese a un vivo y activo interés por el paciente, mantuvo siempre una distancia considerable. De este modo conservaba siempre la visión del todo.

Flournoy era una personalidad cultivada y distinguida, de muy buena educación y con un diferenciado sentido de las proporciones. Todo esto me resultaba muy agradable. Era profesor de filosofía y psicología. Estaba muy influido por el pragmatismo de James, modo de concepción que es algo ajeno al espíritu alemán y consecuentemente no obtuvo el reconocimiento que hubiera debido. Pero el pragmatismo es precisamente para la psicología de no poca importancia. Lo que yo valoraba especialmente en Flournoy era su modo de observación filosófica y sobre todo su crítica meditada, que descansaba en una amplia cultura.

7. Richard Wilhelm

Conocí a Richard Wilhelm con ocasión de un Congreso de «Escuela de la sabiduría» en Darmstadt, en casa del conde Keyserling. Era a principios de los años veinte. En 1923 le invitamos a Zurich y dio una conferencia en el Club psicológico sobre el *I Ging*[7].

Ya antes de conocerle me había interesado por la filosofía oriental y hacia 1900 había comenzado a experimentar con el *I Ging*. Fue durante un verano en Bollingen, cuando tomé la decisión de emprenderlas con el enigma de este libro. En lugar del tallo de la aquilea, que se emplea con el método clásico, corté ramas de junco. Entonces me senté muchas veces largas horas bajo el secular peral, con el *I Ging* a mi lado y practiqué la técnica de modo que relacioné mutuamente el «oráculo» que obtenía, como en un juego de preguntas y respuestas. De ello se desprendieron curiosidades no despreciables: relaciones llenas de sentido con mis propios procesos de pensamiento, que yo no podía explicarme.

La única intervención subjetiva en el experimento consiste en que el experimentador corta el haz de los 49 tallos arbitrariamente, es decir, sin contar, por medio de un único corte. No sabe cuántos tallos contiene uno y otro haz. Sin embargo de esta relación numérica depende el resultado. Todas las manipulaciones restantes están ordenadas mecánicamente y no permiten arbitrariedad alguna. Si existe un nexo causal psíquico en general sólo puede residir en la división casual del haz (o en la caída casual de monedas).

Durante todas las vacaciones de verano me dediqué a las cuestiones: ¿Tienen las respuestas del *I Ging* sentido o no? ¿Lo tienen del mismo modo que se presenta la dependencia de la serie de acontecimientos psíquicos y físicos? Me encontré siempre con asombrosas coincidencias que se acercaban a la idea de un paralelismo acausal (de un sincronismo, como entonces lo denominaba). Me sentía fascinado por este experimento hasta el punto de que olvidé por completo hacer dibujos, lo que posteriormente lamenté. Posteriormente, sin embargo, realicé con tanta frecuencia el experimento con mis pacientes que pude asegurarme una suma relativamente importante de evidentes coincidencias. Como ejemplo menciono el caso de un hombre joven con un manifiesto complejo de inferioridad con respecto a su madre. Tenía la intención de casarse y había conocido a una muchacha que parecía adecuada para él. Sin embargo se sentía inseguro y temía la posibilidad de que, bajo la influencia de su complejo de madre, pudiera inadvertidamente casarse con una madre superdominante. Hice el experimento con él. El texto de su hexagrama (el resultado) rezaba: «La muchacha es dominante. No debe casarse con tal muchacha».

A mediados de los años treinta me encontré con el filósofo chino Hu Shih. Le pregunté por el *I Ging* y obtuve por respuesta: «¡Oh!, no es más que una vieja colección de fórmulas mágicas sin significado». Evidentemente no conocía el método

práctico y su empleo. Sólo en una ocasión tropezó con ello. Durante un paseo un amigo le habló de su desgraciada vida. Pasaron precisamente por delante de un templo taoísta. Para divertirse le dijo a su amigo: «Aquí puedes preguntar al oráculo acerca de esto». Dicho y hecho. Entraron en el templo y rogaron al sacerdote un oráculo I Ging. Pero él mismo no creía este absurdo.

Le pregunté si el oráculo había acertado. A lo que, como a disgusto, respondió: «Pues sí, naturalmente». Recordando al «buen amigo» de la conocida historia, que hace todo lo que no le gustaría admitir, le pregunté discretamente si no había utilizado para él esta oportunidad. «Sí, respondió, por diversión planteé también una pregunta».

«¿Contestó el oráculo con cierto sentido?», pregunté.

Titubeó. «Pues sí, digamos que sí». Le resultaba desagradable a todas luces. Personalmente a veces la objetividad estorba incluso.

Pocos años después de mis primeros experimentos con los tallos de junco se publicó el *I Ging* con el comentario de Wilhelm. Naturalmente me lo procuré inmediatamente y vi con satisfacción que él veía las relaciones de sentido de modo totalmente parecido a como yo me lo imaginaba. Pero él conocía toda la literatura y podía suplir las lagunas que a mí me habían quedado. Cuando vino a Zurich tuve ocasión de conversar con él detalladamente y hablamos mucho sobre la filosofía y religión chinas. Lo que me explicó sobre el espíritu chino me aclaró algunos de los problemas más difíciles de los que me planteaba el inconsciente europeo. Por otra parte, lo que yo le expliqué del resultado de mis investigaciones sobre lo inconsciente le causó no poca admiración, pues en ello reconocía cosas que hasta entonces consideraba exclusivas de la tradición de la filosofía china.

Cuando era joven, Wilhelm se trasladó en misión cristiana a China y allí se había iniciado en el mundo del oriente espiritual. Wilhelm era una auténtica personalidad religiosa de visión amplia y clara. Poseía la capacidad de adaptarse incondicional a la postura de la manifestación de un espíritu extranjero y transmitir todo el milagro de la intuición, lo que le capacitaba para hacer accesible a Europa los valores espirituales de China. Estaba profundamente impresionado por la cultura china y una vez me dijo: «¡Mi mayor satisfacción es que no he bautizado nunca a un chino!». Pese a sus premisas cristianas no podía dejar de reconocer la profunda consecuencia y claridad del espíritu chino. De ello estaba no sólo profundamente impresionado sino propiamente subyugado y asimilado. El mundo de la concepción cristiana forma una *reservatio mentalis*, una reserva moral de significación condicionada por el destino.

Wilhelm tuvo la rara suerte de conocer en China uno de los sabios de la vieja escuela expulsado del continente por la revolución. Este viejo maestro, llamado Lau Nai Süan, le inició en el conocimiento de la filosofía yoga china y de la psicología del *I Ging*. A la colaboración de ambos hombres debemos la edición del *I Ging*, con su notable comentario. Introdujo esta profunda obra del oriente en occidente de un modo vivo y plástico. Me parece que la edición de esta obra es uno de los hechos más

importantes de Wilhelm. Junto a la claridad y comprensión de su actitud espiritual occidental muestra en el comentario al *I Ging* una adaptación a la psicología china que no tiene parangón.

Cuando estuvo terminada la última página de la traducción y aparecieron las primeras galeradas murió el anciano maestro Lau Nai Süan. Fue como si hubiese terminado la propia obra y transmitiera a Europa el último mensaje de la China agonizante. Wilhelm cumplió el anhelo del maestro como discípulo incomparable.

Cuando conocí a Wilhelm parecía un chino auténtico, tanto en la mímica como en la escritura y en el lenguaje. Había adoptado el punto de vista oriental y la vieja cultura china le había penetrado. Al llegar a Europa se entregó al trabajo en el China-Institut de Frankfurt del Main. Aquí y en sus conferencias con legos en la materia, se sintió impulsado de nuevo a las necesidades del espíritu europeo. Cada vez más acusadoramente volvieron a manifestarse los aspectos y formas cristianas. Algunas conferencias que le oí posteriormente apenas se diferenciaban de un sermón.

El regreso y reasimilación de Wilhelm a occidente me pareció algo irreflexivo y por ello peligroso. Temía que debido a ello llegara a tener un conflicto consigo mismo. Puesto que se trataba, así creía reconocerlo, de una asimilación pasiva, es decir, de una influencia a través del ambiente, existía el peligro de un conflicto, de un choque del alma oriental y occidental. Si, tal como yo sospechaba, la postura cristiana originariamente había sido debilitada por la influencia de China, ahora podía suceder lo inverso, la esfera europea podía predominar frente a Oriente. Sin embargo, si este proceso no tenía lugar bajo un profundo análisis consciente, entonces amenazaba un conflicto inconsciente que podía acarrear también perjuicios para el estado general de salud física.

Después de oír la conferencia de Wilhelm intenté llamarle la atención sobre el peligro que le amenazaba. Le dije literalmente: «Mi querido Wilhelm, por favor, no se lo tome a mal, pero tengo la sensación de que el Occidente vuelve a predominar sobre usted y que se ha vuelto usted infiel a su misión de transmitir a Occidente el Oriente».

Me respondió: «Creo que lleva usted razón, algo me subyuga. ¿Pero, qué hacer?».

Algunos años después, cuando Wilhelm se hospedó en mi casa, tuvo una recaída de disentería amebiana asiática, que unos veinte años antes había adquirido. La enfermedad se agravó en los siguientes meses y supe que se encontraba en el hospital. Marché a Frankfurt para visitarle y encontré a un enfermo grave. Ciertamente los médicos no habían perdido las esperanzas, e incluso Wilhelm hablaba de planes que quería realizar cuando se encontrara mejor. Yo tenía esperanzas, pero dudaba. Lo que me confió confirmaba mis sospechas. En sus sueños se hallaba de nuevo en senderos sin fin o en estepas asiáticas —en la abandonada China— volviendo a plantearse el problema que China le había planteado y cuya respuesta el Occidente le había impedido. Era consciente de esta cuestión, pero no se había esforzado por hallar solución. La enfermedad se alargó meses.

Algunas semanas antes de su muerte, cuando hacía mucho tiempo que no tenía noticias suyas, me desperté a causa de una visión. Junto a mi cama estaba un chino con un vestido azul oscuro, con las manos cruzadas y dentro de las mangas. Se inclinaba profundamente ante mí, como si quisiera comunicarme un mensaje. Yo sabía de qué se trataba. Lo curioso en la visión era su extraordinaria claridad. No sólo veía todas las arruguitas en su cara, sino también todos los hilos de su vestido.

Se podría también compendiar el problema de Wilhelm como un conflicto entre consciencia e inconsciente, que en él se presentó como conflicto entre Occidente y Oriente. Yo creía comprender su situación, pues tenía el mismo problema que él y sabía qué significaba estar en tal conflicto. Ciertamente Wilhelm no me había hablado claro en nuestro último encuentro. Sin embargo, me di cuenta de que estaba interesado al máximo cuando yo exponía el punto de vista psicológico. Su interés se mantenía mientras hablábamos de lo objetivo, sobre meditaciones o cuestiones religioso-psicológicas. Entonces todo iba bien. Pero cuando intenté rozar los actuales problemas de su conflicto interno percibí inmediatamente un titubeo y un encerrarse en sí mismo, porque la cuestión le dolía. Fenómeno que he observado en muchos hombres importantes. Se trata de un «No entrar, prohibida la entrada» que no se puede forzar, un destino que no soporta el abordaje humano.

8. Heinrich Zimmer[8]

A principios de los años treinta conocí a Heinrich Zimmer. Había leído su fascinante libro *Kunstform und Yoga*[9] y había deseado por mucho tiempo conocerle. Encontré en él un hombre genial de temperamento vivo. Hablaba mucho y muy rápidamente, pero podía también escuchar atentamente y con viveza. Pasamos juntos unos bellos días que para mí fueron muy ricos en contenido y conversaciones notablemente interesantes. Hablamos principalmente de mitología india. En esta ocasión me explicó cómo había reaccionado al libro publicado conjuntamente por Richard Wilhelm y yo *Das Geheimnis der Goldenen Blüte*. Lástima que cuando escribía acerca de esto no conocía todavía *Kunstform und Yoga* de Zimmer y no pude utilizar su material, que para mí resultaba de gran valor. Lo lamentaba mucho. Cuando Zimmer tomó en sus manos el libro *Das Geheimnis der Goldenen Blüte* y lo hojeó, se enfureció —así me lo explicó— y por cierto a causa de mi comentario psicológico. Arrojó el libro contra la pared.

Esta reacción característica no me admiró, pues me era conocido por otros casos semejantes, aunque sólo indirectamente. Zimmer fue el primero que me hablaba directamente acerca de ello. Había reaccionado frente a la palabra «psicológico», como tantos otros, como el toro frente al paño rojo. Con tales textos, que sólo tienen un interés meramente histórico, ¡el «alma» no tiene nada que ver! ¡No puede tratarse sino de acientificidad y fantasías!

Al cabo de un tiempo, cuando recuperó su equilibrio y conciencia científica intentó ver qué podía decir en tal caso la psicología. Recogió el libro del suelo y comenzó a leerlo. Como destacado conocedor de la literatura india no podía dejar de descubrir una serie de interesantes paralelismos, para lo que su especial capacidad de intuición artística y de captación eran muy adecuadas. Con cierta ironía dijo literalmente: «Lo que experimenté entonces fue la repentina comprensión de que mi texto sánscrito presentaba no sólo dificultades gramaticales y sintácticas sino que también a la vez tenía un sentido».

Si bien esta sentencia debe comprenderse *cum grano salis* y como exageración, agradezco mucho esta confesión de Zimmer. Resultaba altamente noble y desacostumbrado particularmente si se recuerda *dii minorum gentium* que le aseguran a uno con resentimiento mal encubierto que ya lo sabían todo antes.

Lástima que la temprana muerte impidió a Zimmer un viaje a la India. Me he preguntado muchas veces cómo hubiera actuado sobre él el contacto directo con la India. Esperaba mucho de su profundo conocimiento de la literatura india y de su desusada intuición. En lugar de ello, los manes le llamaron junto a sí.

Zimmer fue un *puer aeternus* que, dotado de su lenguaje brillante, hizo florecer todos los capullos del jardín de las leyendas indias. Compartió también su destino, pues «pronto murió el que los dioses amaban». Wilhelm murió también pronto, pero

sin que, sin embargo, se hiciera patente el carácter de *puer aeternus* como en Zimmer, del que se tenía la sensación de que florecía y reverdecía en superabundancia inagotable. Sin embargo, yo sospechaba que algo semejante se ocultaba en Wilhelm en el modo y manera como asimiló a China, o mejor dicho, como fue asimilado por China. Zimmer y Wilhelm tuvieron una genial infancia. Ambos parecían en realidad vivir en un mundo extraño, mientras que su interior, inagotable e intangible, seguía la oscura línea del destino.

9. Complemento al «*Rotes Busch*»[10]

En otoño del año 1959, Jung volvió a tomar, después de cierto tiempo de intranquilidad, el *Rotes Buch* para terminar el último dibujo que había quedado inacabado. Pero no pudo o no quiso terminarlo ahora. Tenía que ver, así dijo él, con la muerte. En lugar de ello escribió un nuevo diálogo imaginario que se relaciona con una de las conversaciones primarias del libro. Los que tomaban parte en la conversación eran nuevamente Elias, Salomé y la serpiente. También esta vez escribió cuidadosamente con tinta china negra en la escritura abreviada gótica que puede verse en nuestra ilustración. De vez en cuando las mayúsculas estaban pintadas.

Como conclusión, sigue un complemento que copió como página única de este libro en su escritura habitual; cortó por en medio de una frase. Éste es el escrito:

1959.

He trabajado en este libro durante 16 años. El conocimiento de la alquimia en 1930 me sacó de este trabajo. El comienzo del fin llegó en 1928 cuando Wilhelm me envió el texto de las *Goldenen Blüte*, de este tratado de alquimia. Entonces el contenido del libro halló el camino a la realidad. No podía ya trabajar en ello.

Al observador superficial le parecerá una locura. Así hubiera sido si no hubiera podido captar la imponente fuerza de los acontecimientos originales. Supe siempre que todo acontecimiento encierra algo valioso y por ello no encontré nada mejor que exponerlos en un libro «valioso», es decir, caro y en las imágenes revividas al pintarlas. Sé lo *inadaequata* que era esta empresa, pero pese al mucho trabajo y distracción me siento fiel a ello, incluso si alguna vez otra posibilidad…

10. «*Septem Sermones ad Mortuos*»

(1916)

Jung publicó los *Septem Sermones ad Mortuos* (*Siete sermones a los muertos*) como opúsculo en una edición privada. Lo regalaba en ocasiones a sus amigos. En la librería no podía adquirirse. Posteriormente definió la empresa como un «pecado de juventud» y se arrepintió de ello.

El lenguaje corresponde aproximadamente al de *Rotes Buch.* Frente a las inacabables conversaciones con figuras internas en el «*Rotes Buch*» los *Septem Sermones ad Mortuos* representan un todo encerrado en sí. Por ello se eligieron como ejemplo. Transmiten una impresión, aunque fragmentaria, de lo que preocupó a Jung desde 1913 al 1917 y lo que entonces creó.

El escrito contiene indicaciones plásticas o procesos de ideas que posteriormente desempeñaron una función en la obra científica de Jung, particularmente la naturaleza contradictoria del espíritu, de la vida y de la expresión psicológica. El pensamiento en paradojas es lo que Jung tomó de los gnósticos (principios del s. II de n. e.) y se mantuvo en esta terminología en parte, por ejemplo, Dios como «ABRAXAS». Esto correspondía a una mistificación reflexiva e intencionada.

Jung dio su permiso para la publicación en su libro de memorias después de dudar y sólo «en aras a la honradez». Pero no permitió que se publicara la solución del anagrama que se encuentra al final del libro.

«VII SERMONES AD MORTUOS»

Las siete enseñanzas de los muertos. Escritas por Basílides de Alejandría, la ciudad en que Oriente linda con Occidente.

Sermo I

Los muertos regresaron de Jerusalén, donde no hallaron lo que buscaban. Me pidieron permiso para entrar y solicitaron enseñanza de mí y así yo les enseñé:

Oíd: yo comienzo en la nada. La Nada es lo mismo que la Plenitud. En la infinitud hay tanto lleno como vacío. La Nada es vacía y llena. Vosotros podríais igualmente decir otra cosa de la nada, por ejemplo que es blanca o negra, o que no existe o que existe. Lo infinito y eterno no tiene propiedades porque tiene todas las propiedades.

La Nada o lo Pleno lo llamamos nosotros PLEROMA. Ahí dentro se deja de pensar y de existir, pues lo infinito y lo eterno no tienen propiedad alguna. En él no existe nadie, pues entonces se distinguiría del Pleroma y tendría propiedades que le diferenciarían como algo del Pleroma.

En el Pleroma es nada y todo: no es posible pensar sobre el Pleroma, pues ello significaría diluirse a sí mismo.

La CREATUR no es en el Pleroma sino en sí. El Pleroma es principio y fin de la Creatur. Atraviesa por ella y por entre ella, como la luz del sol penetra el aire por

todas partes. Aunque el Pleroma la penetra totalmente, la Creatur no tiene, sin embargo, parte alguna en ello, del mismo modo que un cuerpo totalmente transparente no deviene claro ni obscuro por la luz que la atraviesa.

Pero nosotros mismos somos el Pleroma, pues somos parte de lo eterno e infinito. Pero no tenemos participación en ello sino que estamos distanciados del Pleroma infinitamente, no espacial o temporalmente sino ESENCIALMENTE, en cuanto nos diferenciamos en esencia del Pleroma como Creatur, que está limitada en el espacio y en el tiempo.

Sin embargo, en cuanto somos parte del Pleroma, también el Pleroma está en nosotros. Incluso en el punto más pequeño el Pleroma es infinito, eterno y completo, pues pequeño y grande son propiedades que están contenidas en él. Es la Nada que es en todas partes total e inevitable. Por ello hablo yo de la Creatur como una parte del Pleroma sólo a modo de imagen, pues el Pleroma no está realmente dividido en ningún aspecto, pues es la Nada. Nosotros somos también todo el Pleroma, pues, a modo de imagen, el Pleroma es el punto más pequeño sólo apuntado, no existente, en nosotros y la infinita bóveda del mundo que está a nuestro alrededor. ¿Por qué, sin embargo, hablamos del Pleroma en general, si es todo y nada?

Hablo de ello por empezar en algún sitio, y para desengañaros de que en algún sitio, fuera o dentro, exista algo determinado de antemano fijamente o de algún modo. Todo lo denominado fijo o determinado es sólo relativo. Sólo lo que está arrojado al cambio es fijo y determinado.

Pero lo cambiable es la Creatur; es, pues, ella lo único fijo y determinado, pues tiene propiedades, ella misma es Propiedad.

Planteamos la cuestión: ¿Cómo surgió la Creatur? Las creaturas han surgido, pero no la Creatur, pues es la propiedad del Pleroma mismo, como también la no-creación, la muerte eterna. Creatur existe siempre y en todas partes, Muerte existe siempre y en todas partes. El Pleroma lo tiene todo, diferenciación e indiferenciación.

La diferenciación es la Creatur. Es diferenciada. Diferenciación es su esencia, por ello se diferencia ella también. Por ello se diferencia el Hombre, pues su esencia es diferenciable. Por ello diferencia él también las propiedades del Pleroma que no existen. Las diferencia a partir de su esencia. Por ello el Hombre debe hablar de las propiedades del Pleroma, que no existen.

Vosotros decís: ¿Para qué sirve hablar de ello? Tú mismo has dicho que no es posible pensar sobre el Pleroma.

Os dije esto para libraros de ilusiones de que se puede pensar sobre el Pleroma. Cuando diferenciamos las propiedades del Pleroma, hablamos a partir de nuestra diferenciación y sobre nuestra diferenciación, y no hemos dicho nada sobre el Pleroma. Sin embargo, hablar de nuestra diferenciación es necesario de modo que podamos diferenciarnos suficientemente. Nuestra esencia es diferenciación. Si no somos fieles a esta esencia, nos diferenciamos de modo insuficiente. Por ello debemos hacer diferenciaciones de las propiedades.

Vosotros preguntáis: ¿En qué perjudica no diferenciarse?

Si no nos diferenciamos, nos desviamos de nuestra esencia, de la Creatur, y caemos en la indiferenciación, que es la otra propiedad del Pleroma. Caemos en el Pleroma mismo y dejamos de ser Creatur. Degradamos el desenlace en la nada.

Esto es la muerte de la Creatur. Así pues, morimos en la medida en que no nos diferenciamos. Por ello, la aspiración natural de la Creatur apunta a la diferenciación, a la lucha contra la identidad originaria peligrosa. A esto se lo denomina el PRINCIPIUM INDIVIDUATIONIS. Este principio es la esencia de la Creatur. Vosotros veis, pues, por qué la indiferenciación y la no-diferenciación es un gran peligro para la Creatur.

Por ello debemos distinguir las propiedades del Pleroma. Las propiedades son las ANTINOMIAS como lo Activo y lo Inactivo, lo Lleno y lo Vacío, lo Vivo y lo Muerto, lo Diverso y lo Idéntico, lo Claro y lo Oscuro, lo Caliente y lo Frío, la Fuerza y la Materia, el Tiempo y el Espacio, el Bien y el Mal, lo Bello y lo Feo, el Uno y el Mucho, etc.

Las antinomias son las propiedades del Pleroma que no son porque se eliminan.

Dado que nosotros mismos somos el Pleroma, tenemos también todas estas propiedades en nosotros; puesto que el fundamento de nuestra esencia es diferenciación, esto significa:

Primero: las propiedades están en nosotros mutuamente diferenciadas y separadas; por ello no se anulan, sino que ejercen una acción. Por ello somos la víctima de las antinomias. En nosotros el Pleroma se desgarra.

Segundo: las propiedades pertenecen al Pleroma y nosotros podemos y debemos poseerlas y vivirlas sólo en nombre y signo de la diferenciación. En el Pleroma se anulan, en nosotros no. La diferenciación de ellas salva.

Cuando aspiramos al Bien o a la Belleza, olvidamos nuestra esencia, que es diferenciación, y nos entregamos a las propiedades del Pleroma que son las antinomias. Nos esforzamos por alcanzar el Bien y lo Bello, pero a la vez captamos el Mal y lo Feo, pues en el Pleroma son uno con el Bien y lo Bello, y por ello también del Mal y de lo Feo, y no caemos en el Pleroma, concretamente en la nada y en la disolución.

Vosotros objetáis: Tú dijiste que lo Diverso y lo Idéntico son también propiedades del Pleroma. ¿Qué sucede cuando aspiramos a la diversidad? ¿No somos entonces fieles a nuestra esencia? ¿Y hemos de caer también entonces en la identidad cuando aspiramos a la diversidad?

No debéis olvidar que el Pleroma no tiene propiedad alguna. Nosotros las creamos con el pensamiento. Así pues, cuando vosotros aspiráis a la diversidad o identidad o cualesquiera otras propiedades, aspiráis a pensamientos que os fluyen del Pleroma, a saber, pensamientos sobre las propiedades inexistentes del Pleroma. Al precipitaros por estos pensamientos caéis de nuevo en el Pleroma y alcanzáis a la vez diversidad e identidad. No vuestro pensamiento, sino vuestra esencia es

diferenciación. Por ello no debéis aspirar a la diversidad, como os la imagináis, sino SEGÚN VUESTRA ESENCIA. Por ello sólo existe en principio una aspiración, a saber: la aspiración a la propia esencia. Si tuvierais esta aspiración, no necesitaríais en absoluto saber nada sobre el Pleroma y sus propiedades y accederíais al objetivo correcto según la fuerza de vuestra esencia. Pero, puesto que el pensamiento aliena de la esencia, debo instruiros en el saber mediante el cual podréis poner freno a vuestro pensamiento.

Sermo II

Los muertos seguían por la noche a lo largo de los muros y gritaban:

Sobre Dios queremos saber. ¿Dónde está Dios? ¿Está muerto Dios?

Dios no está muerto, es tan vivo como siempre. Dios es Creatur, pues es algo determinado y por ello diferenciado del Pleroma. Dios es propiedad del Pleroma y todo cuanto digo de la Creatur vale también para Él.

Sin embargo, se distingue de la Creatur en que es mucho menos claro y más indeterminado que la Creatur. Es menos diferenciado que la Creatur, pues el principio de su esencia es plenitud verdadera y sólo en cuanto es determinado y diferenciado es Creatur y en cuanto es la patentización de la verdadera plenitud del Pleroma.

Todo cuanto nos diferenciamos cae en el Pleroma y se anula con su oposición. Por ello, cuando no diferenciamos a Dios, la verdadera plenitud deja de existir para nosotros.

Dios es también el Pleroma mismo, del mismo modo que cada punto ínfimo en lo creado y en lo increado es el Pleroma mismo.

El vacío actuante es la esencia del Diablo. Dios y Diablo son las primeras patentizaciones de la Nada, que nosotros llamamos Pleroma. Es indiferente si el Pleroma existe o no existe, pues se anula a sí mismo en todo. No es así con la Creatur. Dios y el Diablo, en cuanto son Creaturas, no se anulan, sino que existen opuestamente como contrarios actuantes. No necesitamos prueba alguna de su existencia, basta que debemos siempre hablar de ellos de nuevo. Incluso aunque ambos no existieran, la Creatur, a partir de su naturaleza de diferenciación, los diferenciaría de nuevo del Pleroma.

Todo lo que adquiere su diferenciación a partir del Pleroma es antinomia, por ello siempre a Dios le corresponde el Diablo.

Esta mutua pertenencia es tan íntima y, como vosotros habéis experimentado, también tan indisoluble en vuestra vida como el Pleroma mismo. Ello proviene de que ambos están muy próximos al Pleroma, en el que todos los contrarios dejan de existir y son uno.

Dios y Diablo son distintos por el lleno y el vacío, engendramiento y destrucción. Lo ACTUANTE les es común. Lo Actuante les une. Por ello lo Actuante está por

encima de ellos y es un Dios por encima de Dios, pues unifica lo Pleno y el Vacío en su acción.

Éste es un Dios del que vosotros nada sabíais, pues los hombres lo olvidaron. Nosotros lo denominamos por su nombre: ABRAXAS. Es todavía más indeterminado que Dios y Diablo.

Para diferenciar a Dios de él, llamamos a Dios HELIOS o Sol.

Abraxas es acción, frente a él no hay nada sino lo irreal, por ello su naturaleza activa se despliega libre. Lo irreal no existe y no se opone. Abraxas está por encima del Sol y por encima del Diablo. Es lo improbable, probable; lo irreal, activo. Si el Pleroma tuviera una esencia, Abraxas sería su manifestación.

Es ciertamente lo activo mismo, pero ninguna acción determinada, sino acción en general.

Es irreal activo, porque no tiene acción determinada alguna.

Es también Creatur, puesto que se diferencia del Pleroma.

El Sol tiene una acción determinada, al igual que el Diablo; por ello nos parecen mucho más actuantes que el Abraxas indeterminable.

Es Fuerza, Duración, Transformación.

Aquí los muertos levantaron un gran tumulto, pues eran cristianos.

Sermo III

Los muertos avanzaron como niebla a través de los pantanos y gritaron: Háblanos más sobre el supremo Dios.

Abraxas es el Dios difícilmente reconocible. Su poder es el supremo, pues el Hombre no lo ve. Del Sol ve el *summum bonum*, del Diablo el *infimum malum*, de Abraxas, sin embargo, la VIDA indeterminada en todos los aspectos que es la madre del bien y del mal.

La Vida parece ser más pequeña y más débil que el *summum bonum*, razón por la cual resulta difícil pensar que Abraxas supere en poder incluso al Sol, que es, sin embargo, la fuente iluminante de toda fuerza de vida misma.

Abraxas es el Sol y a la vez el abismo eternamente arrollador del Vacío, del empequeñecedor y disgregador, del Diablo.

El poder de Abraxas es ambivalente. Vosotros no lo veis, pues en vuestros ojos lo opuestamente orientado de este poder deja de ser.

Lo que Dios Sol dice es vida.

Lo que dice el Diablo es muerte.

Abraxas, sin embargo, dice la palabra digna y condenada, que es a la vez vida y muerte.

Abraxas produce verdad y mentira, bien y mal, luz y tinieblas en la misma palabra y en el mismo acto. Por ello es Abraxas temible.

Es soberbio como el león en el instante en que vence a su víctima. Es bello como un día de primavera.

Sí, es el gran Pan mismo y el pequeño. Es Príapo.

Es el monstruo del averno, un pólipo con mil brazos, serpiente alada, furia.

Es el Hermafrodita del principio más inferior.

Es el Señor de las ranas y los sapos, que viven en el agua y suben a la tierra, que cantan al mediodía y a medianoche.

Es el Lleno que se une con el Vacío. Es la cópula sagrada, es el amor y su homicidio, es el santo y su traidor.

Es la más clara luz del día y la más profunda noche del absurdo.

Verle significa ceguera, rezarle significa muerte, temerle significa sabiduría, no oponerse a Él significa salvación.

Dios vive detrás del sol, el Diablo vive detrás de la noche. Lo que Dios engendra a partir de la luz, el Diablo lo arrastra a la noche. Pero Abraxas es el mundo, su devenir y dejar de ser mismo. A cada ofrenda del Dios Sol el Diablo presenta su maldición.

Todo cuanto solicitáis de Dios Sol, produce un acto del Diablo.

Todo cuanto creáis con Dios da al Diablo poder de actuación.

Esto es el terrible Abraxas.

Es la Creatur más poderosa y en él la Creatur se horroriza a sí misma.

Es la colisión patente de la Creatur contra el Pleroma y su nada.

Es el horror del hijo ante la madre.

Es el amor de la madre por el hijo.

Es el encanto de la tierra y la crueldad del cielo.

El Hombre queda paralizado ante su semblante.

Ante él no hay preguntas ni respuestas.

Es la vida de la Creatur.

Es la acción de la diferenciación.

Es el amor de los hombres.

Es el habla de los hombres.

Es la claridad y la sombra del hombre. Es la realidad cambiante.

Aquí los muertos aullaron y se enfurecieron, pues eran imperfectos.

Sermo IV

Los muertos llenaron el espacio de quejas y dijeron:

Háblanos de los Dioses y Diablos, réprobo.

Dios Sol es el supremo bien, el Diablo lo contrario, así pues tenéis dos dioses.

Sin embargo, hay muchos bienes elevados y muchos males graves, y bajo ello hay dos dios-diablo: uno es lo ARDIENTE y el otro lo CRECIENTE.

Lo Ardiente es el EROS en la forma de llama. Alumbra al consumirse.

Lo Creciente es el ÁRBOL DE LA VIDA, reverdece al acumular materia viva.

El Eros llamea y muere por ello; el Árbol de la vida, por el contrario, crece lenta y constantemente a través de los tiempos incalculables.

Bien y mal se unen en la llama.

Bien y mal se unen en el crecimiento del árbol.

Vida y amor se enfrentan en su divinidad.

Incalculable, como es el ejército de estrellas, es el número de dioses y diablos.

Cada estrella es un dios y cada espacio que llena una estrella es un diablo. Pero el lleno-vacío del todo es el Pleroma.

La acción de todo es Abraxas, sólo lo irreal se contrapone a él.

Cuatro es el número de los dioses principales, pues cuatro es el número de las medidas del mundo. Uno es el principio, el Dios Sol.

Dios es el Eros, pues unifica a dos y se extiende iluminante.

Tres es el Árbol de la vida, pues llena el espacio con cuerpos.

Cuatro es el Diablo, pues abre todo lo cerrado; disuelve todo lo configurado y corporal; es el destructor en el que todo deviene nada.

Feliz yo, a quien es dado conocer la pluralidad y diversidad de los dioses. Desgraciados vosotros, que sustituís esta indestructible pluralidad por un Dios. De este modo origináis el tormento de la no comprensión y la mutilación de la Creatur, cuya esencia y anhelos es diferenciación. ¿En qué sois fieles a vuestra esencia, si queréis convertir al mucho en uno? Lo que hacéis con los dioses os sucede también a vosotros. Todos os volvéis iguales y vuestra esencia se mutila.

Por la voluntad del Hombre impera igualdad y no por la voluntad de Dios, pues las de los dioses son muchas; en cambio, las de los hombres son pocas. Los dioses son poderosos y soportan su diversidad, pues, como las estrellas, están aislados y a una inmensa distancia entre sí. Los hombres son débiles y no soportan su diversidad, pues habitan casi juntos y necesitan la comunidad para poder soportar su carácter peculiar. Para la salvación os enseño lo inadmisible por causa de lo cual soy condenado.

La pluralidad de dioses corresponde a la pluralidad de hombres.

Innumerables dioses aguardan devenir hombres. Innumerables dioses han llegado a ser hombres. El Hombre participa de la esencia de los dioses, proviene de los dioses y va a Dios.

Del mismo modo que no resulta posible meditar sobre el Pleroma, tampoco es posible adorar a la multiplicidad de los dioses. Siquiera es posible adorar al primer Dios, la Plenitud activa y el *summum bonum*. Nosotros no podemos hacer nada para ello ni tomar nada de ello, pues el vacío activo lo traga todo en sí. Los dioses diáfanos forman el mundo del cielo, éste es plurifacético y se extiende y amplía infinitamente. Su señor supremo es el Dios Sol.

Los dioses oscuros forman el mundo de la tierra. Son simples y se empequeñecen

y disminuyen infinitamente. Su señor supremo es el Diablo, el espíritu de la luna, el satélite de la tierra, más pequeño y más frío que la tierra.

No existe diferencia alguna entre el poder de los dioses del cielo y de la tierra. Los del cielo engrandecen, los de la tierra empequeñecen.

Incalculable es la dirección de ambos.

Sermo V

Los muertos se burlaron y gritaron: instrúyenos, bufón, acerca de la Iglesia y de la santa comunidad.

El mundo de los dioses se manifiesta en la espiritualidad y en la sexualidad. Los del cielo aparecen en la espiritualidad, los terrenales en la sexualidad.

Espiritualidad recibe y capta. Es femenina y por ello la denominamos la MATER CAELESTIS, la madre celestial. Sexualidad produce y crea. Es masculina y por ello la denominamos FALO, el padre terrenal. La sexualidad del hombre es más terrena, la sexualidad de la mujer es más espiritual. La espiritualidad del hombre es más celestial, aspira a lo más grande.

La espiritualidad de la mujer es más terrena, se dirige a lo pequeño.

Mentirosa y diabólica es la espiritualidad del hombre que se dirige a lo pequeño.

Mentirosa y diabólica es la espiritualidad de la mujer que se dirige a lo grande.

Cada uno debe orientarse a su lugar.

Hombre y mujer se convierten en diablo cuando no separan sus caminos espirituales, pues la esencia de la Creatur es diferenciación.

La sexualidad del hombre se dirige a lo terreno, la sexualidad de la mujer se dirige a lo espiritual. Hombre y mujer se convierten mutuamente en diablo cuando no separan su sexualidad.

El hombre conoce lo pequeño, la mujer lo grande.

El hombre se diferencia de la espiritualidad y de la sexualidad. Llama a la espiritualidad Madre y la sitúa entre el cielo y la tierra. Llama a la sexualidad Falo y la sitúa entre él y la Tierra, pues la madre y el Falo son demonios sobrehumanos y patentizadores del mundo de los dioses. No son más eficaces que los dioses porque están más próximamente unidos a nuestra esencia. Si no os distinguís de la sexualidad y de la espiritualidad, ni las consideráis como esencia sobre vosotros, entonces las degradáis con propiedades del Pleroma. Espiritualidad y sexualidad no son vuestras propiedades, no son cosas que poseáis y abarquéis, sino que os poseen y abarcan a vosotros, pues son poderosos demonios, formas de manifestación de los dioses, y por ello cosas que van más allá de vosotros y existen por sí mismas. No se trata de que uno tenga una espiritualidad para sí o una sexualidad para sí, sino que se encuentra bajo la ley de la espiritualidad y de la sexualidad. Por ello ninguno puede ir en contra de estos demonios. Vosotros debéis verlos como demonios y como asunto y

peligro común, como lastre común que la vida os ha impuesto. Así también la vida os es asunto y peligro común, al igual que los dioses y principalmente el temible Abraxas.

El Hombre es débil, por ello es comunitario inevitablemente; la comunidad, si no está bajo el signo de la madre entonces está bajo el signo del Falo. Ninguna comunidad es desgracia y enfermedad. Comunidad en cada uno es ruptura y disolución.

La diferenciación conduce al ser único. El ser único se enfrenta a la comunidad. Pero, en virtud de la debilidad del hombre frente a los dioses y demonios y a su ley invencible, es necesaria la comunidad. Por ello sois tan sociales como es necesario, no por la voluntad de los hombres, sino a causa de los dioses. Los dioses os fuerzan a la comunidad. En la medida en que os fuerzan, la comunidad origina necesidad, más desgracia hay.

En la sociedad que cada uno se subordine al otro para que se mantenga la comunidad, ya que la necesitáis.

En la comunidad cada uno se clasifica por encima de otro, de modo que cada uno llegue a sí mismo y evite la esclavitud. En la comunidad rige la abstención, en el estar sólo rige disipación. La comunidad es lo profundo, el aislamiento es la altura.

La medida correcta de comunidad purifica y sostiene.

La medida correcta de aislamiento purifica y complementa. La comunidad nos da el calor, la soledad nos da la luz.

Sermo VI

El *demon* de la sexualidad entra en nuestra alma como una serpiente. Es como la mitad del alma humana y significa deseo de pensamiento.

El *demon* de la espiritualidad se sumerge en nuestra alma como el pájaro blanco. Es la mitad del alma humana y se llama pensamiento de deseo.

La serpiente es un alma terrena, semidemoníaca, un espíritu, y unifica los espíritus de los muertos. Al igual que éstos, revolotea en las cosas de la tierra y origina que nosotros las temamos, o que inciten nuestra concupiscencia. La serpiente es de naturaleza femenina y busca siempre la comunidad de los muertos que están retenidos en la tierra, aquellos que no hallaron el camino que lleva más allá, a saber: a la soledad. La serpiente es una puta y tiene amoríos con el diablo y con los malos espíritus, un maligno tirano y espíritu de tortura, siempre seduciendo a la peor comunidad. El pájaro blanco es un alma semidivina del hombre. Permanece junto a la madre y de vez en cuando se eleva. El pájaro es masculino y es idea actuante. Es casto y solitario, un mensajero de la madre. Vuela muy por encima de la tierra. Ordena la soledad. Trae de las lejanías noticias que han sucedido ya. Lleva nuestras palabras a la madre. Hace de intercesora, advierte, pero no tiene poder alguno frente a

los dioses. Es un recipiente del sol. La serpiente desciende y paraliza con astucia al *demon* fálico o lo incita. Eleva las ideas clarividentes de lo terreno, que se originan por todas partes y que con codicia se aspiran por todas partes. La serpiente no quiere, pero debe sernos útil. Libera nuestro encadenamiento y de este modo nos muestra el camino que no hallábamos a partir del ingenio de los hombres.

Los muertos me miraron con desprecio y dijeron: Deja de hablar de dioses, demonios y almas. Todo esto en general lo sabíamos ya desde hace tiempo.

Sermo VII

Por la noche, sin embargo, volvieron los muertos con ademanes acusatorios y dijeron: Olvidamos hablar de una cosa, instrúyenos acerca de los hombres.

El hombre es una puerta a través de la cual penetran del mundo externo los dioses, demonios y almas en el mundo interno, del mundo grande al mundo pequeño. Pequenez y nadería es el hombre, vosotros lo habéis ya pasado, pero volvéis a encontraros en el espacio infinito, en la pequeña o interna infinitud.

A distancia incalculable está una estrella sola en su cénit.

Éste es el Dios de este uno, éste es su mundo, su Pleroma, su divinidad.

En este mundo el hombre es el Abraxas, que da a luz o devora su mundo.

Esta estrella es el Dios y el fin de los hombres. Éste es su Dios que le guía, a él va el hombre para hallar su descanso, a él conduce el largo viaje del alma hacia la muerte, en él todo brilla como luz, todo cuanto remite al hombre al gran mundo.

A éste reza el hombre.

El rezo acrecienta la luz de la estrella, lanza un puente sobre la muerte, prepara la vida del mundo pequeño, y aminora el deseo falto de esperanza del gran mundo. Cuando el gran mundo se torna frío, la estrella ilumina.

No hay nada entre el hombre y su Dios, en cuanto el Hombre puede separar su mirada del espectáculo llameante de Abraxas.

Aquí Hombre, allí Dios.

Aquí debilidad y nadería, allí eterna fuerza creadora.

Aquí oscuridad total y frío húmedo. Allí Sol pleno.

A esto los muertos guardaron silencio y se elevaron hacia arriba como humo sobre el fuego del pastor, que por la noche esperaba a su rebaño.

ANAGRAMA:

NAHTRIHECCUNDE
GAHINNEVERAHTUNIN
ZEHGESSURKLACH
ZUNNUS

11. Algunos detalles sobre la familia[1] de C. G. Jung, por Aniela Jaffé

La familia Jung proviene originariamente de Maguncia. En 1688, durante el sitio de la ciudad por los franceses, tal como menciona Jung en el capítulo «El torreón», los archivos fueron quemados de modo que el árbol genealógico sólo puede seguirse hasta comienzos del siglo XVIII. El bisabuelo de Jung, el médico Franz Ignaz Jung (1759-1831), se trasladó de Maguncia a Mannheim. En la expedición napoleónica dirigió un lazareto.

Su hermano, posteriormente noble, Segismundo von Jung (1745-1824), fue canciller de Baviera. Estaba casado con la hermana menor de Schleiermacher.

La personalidad más conocida por parte de la rama paterna de Jung es su abuelo, nacido en Mannheim, Carl Gustav Jung (1794-1864), al que un extraño destino llevó a los veintiocho años a Suiza. Acerca de la leyenda, mencionada dos veces en el libro, de que su abuelo fue un hijo ilegítimo de Goethe, Jung explicó lo siguiente:

> La segunda mujer de mi bisabuelo Franz Ignaz Jung, Sophie Ziegler, y sus hermanas, procedían de las cercanías del teatro de Mannheim, y numerosos escritores pertenecían al círculo de sus amistades. Se considera que Sophie Ziegler tuvo un hijo ilegítimo de Goethe y que este niño era mi abuelo Carl Gustav Jung. Esto se daba, por así decirlo, como algo consabido. Sin embargo, en su diario, mi abuelo no menciona nada de ello. Expone simplemente que vio a Goethe en Weimar ¡y sólo por detrás! Sophie Jung-Ziegler tuvo posteriormente amistad con Lotte Kestner, una sobrina de Lottchen Goethe. Venía a menudo —como también Franz Liszt— para ver a mi abuelo. Años más tarde Lotte Kestner se aposentó —probablemente a causa de las relaciones de amistad con la casa Jung— en Basilea. También mi abuelo tuvo relaciones con su hermano, consejero de legación, que vivía en Roma y en cuya casa el hijo de Goethe, Karl August, se hospedó poco antes de su muerte.

En las fuentes disponibles, en el archivo de la casa de Goethe en Frankfurt del Main y en el libro de registros de bautismos de la vicaría arzobispal de la ciudad (iglesia de los jesuitas) en Mannheim, no hay nada que indique esto. En la época en cuestión Goethe no estuvo en Mannheim y no se puede comprobar si Sophie Ziegler, por su parte, residía en Weimar o cerca de Goethe.

Jung hablaba no sin cierta complacencia sobre la obstinada leyenda, pues le abría un aspecto del trasfondo de su fascinación por el *Fausto* de Goethe; pertenecía, por

así decirlo, al mundo de la «n.º 2». Por otra parte, calificaba el rumor de «desagradable». Lo encontraba de «mal gusto» y sólo podía tratarse de «bufones que explicaban tales historias del "padre desconocido"». Sin embargo, le parecía razonable también la legítima ascendencia, en especial por el católico doctor en medicina y derecho Carl Gustav Jung (muerto en 1654), el rector de la Universidad de Maguncia, del que se habla al final del capítulo «El torreón».

Carl Gustav Jung estudió en Heidelberg ciencia y medicina y allí, en 1816, terminó su doctorado con *summa cum laude*. Para diversión de todo Heidelberg, así lo contaba Jung, cuando era estudiante se compró un cerdito que paseaba por las calles como si fuera un perro. Ya a los veinticinco años era asistente de cirugía del oftalmólogo Rust en la Charité de Berlín y a la vez profesor de química en la escuela militar prusiana. ¡Entonces las dos disciplinas estaban mucho más cerca que hoy!

Durante los años de su estancia en Berlín vivió (probablemente desde fines de 1817) en casa del librero y editor Georg Andreas Reimer. Allí era como hijo de la casa, y la señora Reimer le trataba como a un hijo. Aquí entró en relación con un círculo de hombres importantes al que pertenecieron también los hermanos Schlegel, Ludwig Tieck y Friedrich Schleiermacher. Bajo la influencia del último se pasó al protestantismo, pues era católico.

Los círculos literarios de Berlín desde un principio estuvieron abiertos al joven médico. Él mismo tenía un cierto talento poético y uno de sus poemas fue publicado en *Deutsches Liederbuch*.

Su juventud se desarrolló en una época de agitación política. Cuando era joven participó en los ejercicios del «padre de la gimnasia» Jahn (1778-1852) y también en la gran fiesta del Wartburg.[2] Aquí los estudiantes de toda Alemania expresaban su anhelo por una Alemania libre y unida. Cuando dos años más tarde el estudiante de teología, amigo de Jung, y perteneciente a las Burschenschaften, Karl Ludwig Sand (nac. 1795), asesinó al escritor alemán August Kotzebue (1761-1819) a causa de sus opiniones reaccionarias y por ser considerado espía del Consejo de Estado ruso, fueron prohibidas todas las Burschenschaften y Turnvereine (asociaciones gimnásticas). Numerosos académicos de opiniones liberales fueron detenidos por «demagogos». Entre ellos también Carl Gustav Jung, en poder del cual la policía halló un regalo del homicida, concretamente un martillete para investigaciones mineralógicas (¡Generalmente se dice que era un hacha!). Estuvo detenido en el calabozo de Berlín y después de trece meses, sin que se celebrara juicio alguno, fue puesto en libertad y expulsado de Prusia. Puesto que no encontró ninguna posibilidad de trabajo apropiado en el resto de Alemania por «demagogo», marchó en 1821 a París, que era entonces el lugar más importante de Europa para la investigación en medicina. Allí conoció al gran investigador Alexander von Humboldt (1769-1859), el que le recomendó primeramente al departamento quirúrgico del Hotel Dieu de París. Allí Carl Gustav Jung pudo trabajar como cirujano y continuar formándose.

De su primer encuentro con Humboldt se han dado diversas versiones. Según la

tradición de la familia Humboldt, halló al joven médico hambriento en un banco público y se lo llevó consigo. Así me lo explicó también Jung. En una exposición del médico Hermann Reimer[3], calificada por M. H. Koelbing como *Dichtung und Wahrheit* (*Poesía y verdad*), se dice que su padre político Carl Gustav Jung fue «rogado en un banquete de importantes cirujanos, por un desconocido señor de mediana edad, que le siguiera a su casa, pues tenía una propuesta que hacerle. Ciegamente Jung le siguió y luego se dio cuenta de que su protector le decía que se trataba del puesto de profesor de anatomía y cirugía en la Universidad de Basilea, si es que ello le convenía. En este momento no pudo contener su dicha y le preguntó entusiasmado a quién debía agradecer tanta felicidad. A lo que le respondió su interlocutor: “El nombre no viene al caso, me llamo Alexander von Humboldt”». H. Reimer añade: «A. v. H. podía tener conocimiento de lo sucedido a Jung porque mantenía frecuente relación con mi padre, pero también por su hermano Wilhelm, que en 1919 valientemente abandonó su puesto de ministro».

Tal como sucede la mayoría de veces con la verdad de las anécdotas, el hecho es que Humboldt recomendó primeramente (1821) al joven médico a la Academia de Berna y al fracasar este plan, un año después le recomendó a la Universidad de Basilea.

La situación en la Universidad de Basilea era muy difícil por motivos políticos y de administración técnica. Desde 1806 hasta 1814 no tuvo lugar ninguna promoción de doctores. El anatomista y botánico Johann Jakob Burckhardt fue durante varios años el único profesor de la Facultad de Medicina y daba sus clases ante un único estudiante de medicina y algunas asociaciones. En 1818 se dictaron normas para una reestructuración de la universidad y se legisló el número de catedráticos de la Facultad de Medicina. Jung, al encargarse de la cátedra de anatomía, cirugía y obstetricia fue nombrado en 1822 profesor y después de un semestre catedrático. La familia Jung se trasladó, pues, definitivamente a Suiza.

Jung se dedicó durante su vida incansablemente y con gran éxito a la construcción de la Facultad de Medicina y de las instituciones médicas de Basilea. En primer lugar reorganizó las clases de anatomía. La reconstrucción y ampliación del «Hospital de la ciudad» (1842) se debe a él en gran parte, posteriormente fundó la «institución de la esperanza» para niños débiles mentales. Para nosotros su reivindicación de una institución psiquiátrica resulta interesante. En una conferencia anónima posteriormente editada se dice: «En nuestra época, en que la curación psíquica tanta importancia adquiere entre los médicos, hasta el punto de que muchas revistas se ocupan exclusivamente de este objetivo de la ciencia médica, se ha creado un instituto que posibilita tales observaciones bajo la dirección del maestro de la Universidad de destacados méritos. Me imagino que tal instituto no representa el habitual manicomio en el que se cuida a los incurables, sino una institución en la que se intenta por medios psíquicos conseguir la curación».

Jung mismo dijo de su abuelo:

> Era una notable y brillante personalidad. Un gran organizador, enormemente activo, brillante, gracioso y de gran facilidad de palabra. Yo mismo he nadado en sus mismas aguas. ¡Sí, sí, el profesor Jung fue el primero!, se dice en Basilea. Sus hijos estuvieron muy influidos por él. No sólo le veneraban, sino que le temían, pues era un padre tiránico. Después de comer dedicaba un cuarto de hora al descanso y toda su familia debía permanecer en silencio sentada a la mesa.

Carl Gustav Jung se casó tres veces. En París se casó con Virginie de Lassaulx (nac. 1804). Murió muy joven, a los veintiséis años. La única hija de este matrimonio se casó, como se dijo ya, con el hijo del editor Georg Andreas Reimer, en casa del cual Jung había vivido en Berlín. Contrajo segundas nupcias con Elisabeth Catharine Reyenthaler. Jung decía acerca de ello:

> Se casó con Reyenthaler por venganza. Era camarera en una cervecería de estudiantes de Basilea. Él deseaba casarse con la hija del alcalde Frey, pero obtuvo calabazas. Molesto y desorientado por ello, fue inmediatamente a la cervecería y se casó con la camarera. Esta mujer murió pronto de tuberculosis, al igual que sus hijos.

Finalmente se casó en terceras nupcias con Sophie Frey, la hija del alcalde. La sepultura de sus padres se halla en el claustro de la catedral de Basilea. Sophie Jung murió en 1855 a la edad de cuarenta y tres años. Dos hijos murieron jóvenes. El hijo menor, Johann Paul Achules Jung (1842-1896) fue el padre de Carl Gustav Jung. De él ha hablado exhaustivamente Jung en el primer capítulo de este libro. Repitamos sólo los datos externos brevemente: Paul Jung era teólogo y fue primeramente párroco en Kebwil (Thurgau), donde en 1875 nació C. G. Jung.

Luego, durante cuatro años, fue párroco en Laufen, un municipio del Rin junto a Sachffhausen. En 1879 fue nombrado párroco de la iglesia de Klein-Hüningen junto a Basilea.

La madre de Jung, de soltera Emilie Preiswerk, procedía de Basilea. Era la hija menor del primer pastor de la iglesia evangélica de Basilea, un hombre culto y de talento poético, Samuel Preiswerk (1799-1871), y de su segunda esposa Augusta Faber de Nürtingen (Württemberg) (1805-1862). La familia Faber eran protestantes franceses que después de la supresión del Edicto de Nantes (1785) marcharon a Alemania. Primeramente Samuel Preiswerk fue pastor protestante en Muttenz, pero después de la separación del cantón en ciudad de Basilea y país de Basilea (1833) se trasladó a Basilea. Dado que aquí no halló ocupación, marchó a Ginebra y desempeñó el cargo de profesor en la escuela de teología de la comunidad evangélica. Enseñaba lengua hebrea y teología del viejo testamento. Compuso una gramática hebrea que se

reeditó varias veces. Algunos años más tarde se le llamó a Basilea y fue pastor de la comunidad de St. Leonhard. Junto con su actividad como pastor protestante fue profesor particular de lengua y literatura hebreas. Era de carácter amable y tolerante, lo que también se colige de su revista mensual *Das Morgenland* (*El país de mañana*) en que se hablaba a favor de la recuperación de Palestina por los judíos.

Todavía hoy se cuentan en Basilea anécdotas sobre él. «En un estudio conservó Samuel Preiswerk una silla especial para el espíritu de su primera mujer difunta, Magdalena. Cada semana Preiswerk mantenía conversaciones a horas determinadas con el espíritu de Magdalena, con gran disgusto por parte de su segunda mujer, Augusta»[4]. Jung dijo de él:

> No conocí personalmente a mi abuelo materno. Pero por todo lo que oí de él, el nombre del antiguo testamento Samuel le resultaba apropiado. Creía todavía que en el cielo se hablaba en hebreo y se consagró por ello con gran entusiasmo al estudio de este idioma. No sólo era muy culto sino que tenía también un notable talento poético; sin embargo, era un hombre especial que se creía siempre rodeado de espíritus. Mi madre me ha explicado muchas veces que había que sentarse detrás de él cuando escribía sus pláticas. ¡No podía soportar que mientras estudiaba hubiera espíritus detrás suyo y le molestaran! ¡Cuando se sentaba un vivo detrás suyo los espíritus se asustaban!

Sobre su mujer, Augusta Preiswerk, la abuela materna de Jung, existieron muchas historias. A los dieciocho años enfermó gravemente al cuidar a un hermano afecto de escarlatina y permaneció treinta y seis horas como muerta. Ya habían traído el ataúd cuando su madre, que no podía creer en su muerte, la volvió a la vida al ponerle una plancha sobre la nuca. «Gústele» (nombre familiar de Augusta), así se la llamaba, tenía la segunda vista, lo que su familia relacionaba con el suceso de su muerte aparente. Murió a los cincuenta y siete años.

La mujer de C. G. Jung (1882-1955) procedía de una familia de industriales Rauschenbach de Schaffhausen. En el capítulo sobre su infancia, Jung explica que su padre cuando era párroco de Laufen (1875-1879) tuvo amistad con la familia Schenk, a la que pertenecía también su futura madre política, la señora Berta Rauschenbach, y que ella le llevó a pasear en una ocasión (entonces tenía él cuatro años).

Sobre el primer encuentro con Emma, Jung explicó:

Yo tenía un amigo de estudios cuya familia vivía en Schaffhausen. Una vez que quise visitarle —era después de la muerte de mi padre, en 1896— mi madre me dijo: «Si vas a ver a tu amigo Schaffhausen, ve también a ver a la señora Rauschenbach, que conocimos cuando era joven». Así lo hice y cuando entré en la casa vi en la escalera una muchacha de unos catorce años con trenza y supe: ¡Ésta es mi mujer! Estaba

profundamente impresionado, pues sólo la había visto un breve instante, pero había sabido con absoluta certeza que sería mi mujer. Me acuerdo hoy todavía con toda exactitud que se lo expliqué inmediatamente a mi amigo. Pero naturalmente se burló de mí. Le dije: «Puedes reír, pero a ti te sucederá también». Cuando seis años después pretendí a Emma Rauschenbach obtuve calabazas como mi abuelo. Pero yo no tenía a mano, como mi abuelo, una cervecería ni una camarera, ni era catedrático con una tarea concreta y clara, sino que no era más que un médico asistente con un futuro muy nebuloso. ¿Por qué debían serme ahorradas las desilusiones de este *meilleur des mondes possibles*?, como preguntaba núm. 2. Pero al cabo de unas semanas la situación cambió y del no salió un sí y núm. 1 quedó afirmado. Por mi parte, di un sí al mundo y núm. 2 desapareció de mi vista por once años.

Hasta 1902 llevaba una especie de diario secreto que a partir de entonces quedó cerrado durante más de una década. En 1913, bajo la presión de grandes presentimientos, surgió de nuevo en mi recuerdo.

Jung se casó en 1903. Tuvo mucha descendencia. De los matrimonios de sus cinco hijos, Agathe Niehus-Jung, Gret Baumann-Jung, Franz Jung-Merker, Marianne Neihus-Jung, Helene Hoerni-Jung, nacieron diecinueve nietos y el número de biznietos aumenta constantemente.[*]

GLOSARIO



• ***Alma***. C. G. JUNG: «Si la psique del hombre es *algo, es* indescriptiblemente complicada y de una complejidad ilimitada que no se puede abordar con la mera psicología de los impulsos. Yo no puedo menos de quedar absorto en el asombro y veneración más profundos ante los abismos y alturas de la naturaleza del alma, cuyo mundo inespacial oculta una cantidad incalculable de imágenes, que millones de años de evolución vital han acumulado y condensado orgánicamente. Mi consciencia es como un ojo que incluye en sí al espacio más lejano, pero el No-Yo psíquico es lo que llena el espacio inespacialmente. Y estas imágenes no son pálidas sombras, sino condiciones anímicas de poderosa influencia, que sólo interpretamos mal, pero que nunca podremos usurpar por la negación de su poder. Junto a esta impresión quisiera yo poner la visión del cielo estrellado por la noche; pues el equivalente del mundo interno sólo se encuentra en el externo, y del mismo modo que alcanzo este mundo a través del médium del cuerpo, alcanzo aquel mundo por el médium del alma» (*Einführung zu W. Kranefeld*, «Die Psychoanalyse», Sammlung Göschen, 1930, pág. 15).

«Sería una blasfemia afirmar que Dios puede manifestarse en todas partes, pero no precisamente en el alma humana. Si la intimidad de la relación entre Dios y el alma excluye toda aminoración del alma desde un principio, sería quizás ir demasiado lejos hablar de una relación de parentesco; pero en todo caso el alma debe tener en sí una posibilidad de relación, es decir, tener en sí una concordancia con la esencia de Dios, de lo contrario, nunca podría darse una dependencia. Esta concordancia es, formulada psicológicamente, el arquetipo de la *imagen de Dios* (véase allí)» (*Psychologie und Alchemie*, 2.ª ed., 1952, pág. 23).

• ***Alquimia***. La antigua química, en la que la química experimental en el sentido actual se encontraba mezclada con especulaciones generales, intuitivo-imaginativas, en parte religiosas, sobre la naturaleza y el hombre. En lo desconocido de la materia se proyectaron muchos símbolos, que nosotros reconocemos como contenidos del inconsciente. El alquimista buscaba el «misterio de Dios» en la materia desconocida y de ello deducía procedimientos de recetas que pueden equipararse con la actual psicología del inconsciente. También ésta se ve enfrentada a un fenómeno objetivo desconocido: el inconsciente.

La alquimia filosófica de la Edad Media debe ser entendida desde el punto de vista de la historia del espíritu como un movimiento compensatorio del cristianismo a partir del inconsciente, pues el objeto de las meditaciones y técnica de la Alquimia —

el reino de la naturaleza y de la materia— no tenía lugar ni calificación adecuada alguna en el cristianismo, sino que se tenía como lo que debía ser superado. Así pues, la Alquimia es una especie de reflejo oscuro, primitivo, del mundo ideológico cristiano, como pudo indicar Jung en *Psychologie und Religion* con respecto a la analogía entre la representación central alquímica de la piedra, del *lapis*, y Cristo. Es típico del lenguaje de la Alquimia la imagen simbólica y la paradoja. Ambas cosas corresponden a la naturaleza inaprensible de la vida y de la psique inconsciente que resultan inabarcables por conceptos. Por ello se dice, por ejemplo, que la piedra no es piedra (es decir, es a la vez un concepto religioso-espiritual), o que el Mercurius alquímico, el espíritu de la materia, es evasivo, huidizo como el ciervo, pues resulta imposible de encerrar en conceptos. «Tiene mil nombres». Ninguno de ellos expresa por completo su esencia, como tampoco definición alguna es capaz de esbozar unívocamente la esencia de un concepto psíquico.

• ***Amplificación***. Ampliación y concentración de una imagen onírica por medio de asociaciones orientadas y con paralelos de la historia simbólica y del pensamiento (mitología, mística, folklore, religión, etnología, arte, etc.), por la cual se aclara su sentido de la interpretación.

• ***Anima* y *Animus***. Personificaciones de una naturaleza femenina en el inconsciente del hombre y de una naturaleza masculina en el inconsciente de la mujer. Esta doble sexualidad psíquica corresponde al hecho biológico de que el predominio de genes masculinos (femeninos) decide en la determinación del sexo masculino (femenino). El menor número de genes del sexo contrario parecen formar un carácter contrasexual que, sin embargo, a causa de su supeditación, permanece habitualmente inconsciente.

C. G. JUNG: «Todo hombre lleva la imagen de la mujer desde siempre en sí, no la imagen de *esta* mujer determinada, sino de *una* mujer indeterminada. Esta imagen es, en el fondo, un patrimonio inconsciente, que proviene de los tiempos primitivos y, grabada en el sistema vivo, constituye un “Tipo” (“Arquetipo”) (véase allí) de todas las experiencias de la serie de antepasados de naturaleza femenina, un sedimento de todas las impresiones de mujeres, un sistema de adaptación psíquica heredado… Lo mismo vale para la mujer, también ella tiene una imagen innata del hombre. La experiencia enseña que se debería decir para ser más exactos: una imagen de *hombres*, mientras que entre los hombres se trata más bien de una imagen de *la mujer*. Dado que esta imagen es inconsciente, se proyecta siempre de modo inconsciente en la figura amada y es una de las razones principales de la atracción pasional y su antagónico» (*Seelenprobleme der Gegenwart*, 5.ª ed., 1950, pág. 256 y ss.).

«La función natural del *Animus* (así como también del *Anima*) consiste en procurar un vínculo entre la consciencia individual y el inconsciente colectivo (véase

allí). En cierto aspecto la *Persona* (véase allí) representa una esfera entre la consciencia del Yo y el objeto del mundo externo. *Animus* y *Anima* deberían actuar como un puente o puerta para las imágenes del inconsciente colectivo, al igual que la persona representa una especie de puente hacia el mundo» (Trabajos de seminario inéditos, v. I, 1925; traducido del inglés).

Todas las manifestaciones arquetípicas, y también *Animus* y *Anima*, tienen un aspecto negativo y otro positivo, un aspecto primitivo y otro diferenciado.

C. G. JUNG: «El *Animus* es, en su primera forma inconsciente, espontáneo, formación de opiniones no intencionada, que ejerce una influencia dominante en la vida afectiva; el *Anima*, por el contrario, es una espontánea formación de sentimientos con subsecuente influencia, o bien distorsión del entendimiento ("le ha trastornado la cabeza"). El *Animus* por ello se proyecta preferentemente en autoridades "espirituales" y demás héroes (tenores, "artistas" y ases del deporte). El *Anima* se adueña preferentemente del inconsciente, del vacío, de lo frígido, desvalido, falto de relaciones, oscuro y ambivalente en la mujer… El alma (en el proceso de individuación) que penetra en la consciencia del Yo tiene, pues, en el hombre el signo femenino y en la mujer el masculino. Su *Anima* busca unificar y vincular, su *Animus* quiere diferenciar y reconocer. Se trata de un estricto antagonismo… En la realidad de la consciencia significa una situación de conflicto, incluso aunque la relación consciente de ambos individuos sea armónica» (*Der Psychologie der Übertragung*, en *Praxis der Psychotherapie*, obras completas, v. XVI, pág. 323).

«El *Anima* es el arquetipo de la vida… Pues la vida llega al hombre a través del *Anima*, si bien su opinión es que le llega por el entendimiento (*mind*). El hombre rige la vida por el entendimiento, pero la vida vive en él por el *Anima*. Y el secreto de la mujer es que la vida le llega a ella por la forma espiritual del *Animus*, a pesar de que cree que es el Eros el que le da la vida. La mujer domina la vida, es decir vive habitualmente por el Eros, pero la verdadera vida, en la que ella es también víctima, le llega a la mujer por el entendimiento (*mind*) que en ella está corporizado por el *Animus*» (Trabajo de seminario inédito sobre *Zaratustra* de Nietzsche, 1937. Traducido del inglés).

• ***Arquetipo***. C. G. JUNG: «El concepto de arquetipo… se deriva de la observación repetida varias veces de que por ejemplo los mitos y los cuentos de la literatura universal contienen siempre en todas partes ciertos *motivos*. Estos mismos motivos los hallamos en las fantasías, sueños, delirios e imaginaciones de los individuos actuales. Estas imágenes y conexiones típicas se designan como representaciones arquetípicas. Tienen, cuanto más claras son, la propiedad de ir acompañadas por vivos matices afectivos… Impresionan, influyen y fascinan. Provienen de un arquetipo imperceptible en sí mismo, de una pre-forma inconsciente que parece pertenecer a la estructura heredada de la psique, y puede, a causa de ello, manifestarse en todas partes como fenómeno espontáneo» (*Das Gewissen in*

psychologischer Sicht [*La conciencia en el aspecto psicológico*], en *Das Gewissen* [*La conciencia*], Estudios del Instituto C. G. Jung de Zurich, 1958, pág. 199 y ss.).

«Una y otra vez tropiezo con el equívoco de que los arquetipos son determinados en su contenido, es decir, una especie de representaciones inconscientes. Por ello debo destacar una vez más que los arquetipos no están determinados en su contenido, sino meramente de un modo *formal*, y esto último, además, de modo muy condicionado. Determinada en contenido lo es una *imagen primitiva* (véase ahí) cuando es consciente y por ello ha sido completada con material de la experiencia consciente. Su forma, por el contrario es… algo así como el sistema de ojos de un cristal, que prefigura en cierto modo y manera de cristalizarse los iones y luego las moléculas. El arquetipo es un elemento vacío en sí, formal, que no es sino una *facultas praeformandi*, una posibilidad dada *a priori* de la forma de representación. Lo que se hereda no son las representaciones, sino las formas que en este aspecto corresponden exactamente a los instintos determinados también formalmente. Del mismo modo que la existencia de arquetipos, puede también ser demostrada la del instinto, mientras éste actúa *in concreto*» (*Von der Wurzeln des Bewusstseins*, 1954, pág. 95 y ss.).

«Me parece probable que la esencia propia del arquetipo es incapaz de conciencia, es decir, es trascendente, por ello la defino como *psicoidea* (véase allí)» (*Von der Wurzeln des Bewusstseins*, 1954, pág. 576 y ss.).

«No se puede ni por un instante creer que un arquetipo podría explicarse definitivamente y por ello quedaría suprimido. Aun el mejor intento de explicación no sino una traducción más o menos acertada en otro lenguaje de imágenes» (*Zur Psychologie des Kind-Archetypus* [*Sobre la psicología del arquetipo Niño*], en Jung-Kerényi: *Einführung in dar Wesen der Mythologie* [*Introducción a la naturaleza de los mitos*], 1951, pág. 119).

• ***Asociación***. Vinculación de representaciones, percepciones, etc., por semejanza, puntos de contacto, antagonismo o sucesión. *Libre asociación* en la interpretación del sueño por S. Freud: cadena espontánea de asociación del que sueña que no requiere referirse a la situación del sueño. *Asociación orientada o controlada* en la interpretación del sueño por C. G. Jung: coincidencias espontáneas que se salen de la situación onírica dada y se refieren siempre a él.

• ***Consciencia***. C. G. JUNG: «Cuando se medita en lo que es en realidad la consciencia se queda uno profundamente impresionado por el hecho altamente asombroso de que a un acontecimiento que sucede en el cosmos al mismo tiempo se engendra internamente una imagen, de que, por así decirlo, acontece igualmente internamente, esto significa exactamente: se hace consciente» (Seminario en Basilea, 1934, trabajo de seminario inédito).

«Nuestra consciencia no se crea por sí misma sino que emana de profundidades

desconocidas. Despierta paulatinamente en el niño y despierta cada mañana, de la profundidad del sueño, de un estado inconsciente. Es como un niño que es dado a luz diariamente por la causa remota maternal del inconsciente» (*Symbolik des Geistes* [*Simbolismo del espíritu*], 2.ª ed., 1953, pág. 465 y ss.).

• ***Cuaternidad***. C. G. JUNG: «La cuaternidad es un arquetipo que, por así decirlo, se presenta universalmente. Es la premisa lógica de todo *juicio de totalidad*. Si se quiere llegar a un juicio de este tipo, éste debe tener un aspecto cuádruple. Cuando, por ejemplo, se quiere caracterizar la totalidad del horizonte, se nombran los cuatro puntos cardinales. Hay siempre cuatro elementos, cuatro cualidades primitivas, cuatro colores, cuatro casas en la India, cuatro caminos en el sentido de evolución espiritual en el budismo. Por ello también hay cuatro aspectos psicológicos de la orientación psíquica más allá de lo cual no puede ya decirse nada más fundamentalmente. Debemos tener, como orientación, una función que compruebe que hay algo (sensibilidad), una segunda que verifique qué es esto (pensamiento), una tercera función que diga si esto se adecúa o no, si se quiere admitir o no (sentimiento) y una cuarta que indique de dónde viene y adonde va (intuición). Más allá de ahí ya no se puede decir nada… La perfección ideal es lo redondo, el círculo (cfr. *mandala*), pero su escala mínima es la cuadratura» (*Symbolik des Geistes*, 2.ª ed., 1953, pág. 399).

Una cuaternidad o un *quaternio* tiene con frecuencia una estructura de 3 + 1, pues una de sus magnitudes adopta una postura excepcional y es de naturaleza distinta. (Por ejemplo, los animales del símbolo de los evangelistas son tres y otro un ángel). Cuando la cuarta magnitud se presenta junto a las otras tres surge el «Uno», que simboliza la totalidad. En la psicología analítica no es rara la función «de menor valor» (es decir, aquella función que no está a la disposición consciente del hombre) que encarna al «cuarto». Su integración en la consciencia representa una de las principales tareas del proceso de individuación.

• ***Experimento de asociación***: Test psicológico para la comprobación de complejos (véase allí) con ayuda de la medida de los tiempos de reacción y la interpretación de las respuestas a palabras presentadas como incentivos. A los síntomas de complejos pertenecen: prolongado tiempo de reacción, o calidad subjetiva propia de las respuestas, cuando, con las palabras incentivo, se rozan complejos que la persona a analizar quiere ocultar o no tiene consciencia de ellos.

• ***Extraversión***. Actitud típica que se caracteriza por la concentración del interés en un objeto externo. Opuesto: Introversión.

• ***Hierogamos***. Bodas santas o espirituales. Unificación de figuras arquetípicas en los mitos de reencarnación, antiguos misterios y también en la Alquimia. Ejemplos típicos son las representaciones de Cristo y la Iglesia como esposo y esposa (*sponsus et sponsa*) y la unificación alquímica (*coniunctio*) de Sol y Luna.

• ***Imagen de Dios***. El concepto procede de los padres de la Iglesia según los cuales la *imago Dei* (imagen de Dios) está acuñada en el alma del hombre. Si una imagen de este tipo emerge espontáneamente en sueños, fantasías, visiones, etc., debe entenderse dentro del modo de observación psicológico como un símbolo del *Sí-Mismo* (véase allí).

C. G. JUNG: «Que la divinidad actúa sobre nosotros, sólo podemos comprobarlo por medio de la psique, en lo que, sin embargo, no nos es dado distinguir si estas influencias proceden de Dios o del inconsciente, es decir, no puede decidirse si la divinidad y el inconsciente son dos dimensiones distintas. Ambas cosas son nociones límites de contenidos trascendentales. Sin embargo, es posible empíricamente, con amplio margen de probabilidad, comprobar que en el inconsciente se presenta un arquetipo de la totalidad, que se manifiesta espontáneamente en sueños, etc., y que consiste en una tendencia independiente de la voluntad consciente de referir otros arquetipos a este centro. Por ello no parece improbable que el primero tenga también en sí una cierta posición central que lo aproxima a la imagen de Dios. La semejanza viene además apoyada especialmente por el hecho de que el arquetipo crea un simbolismo que desde siempre ha caracterizado a la divinidad y la ha simbolizado… La imagen de Dios coincide, hablando con propiedad, de ningún modo con el inconsciente, sino con un contenido especial del mismo, concretamente con el arquetipo del Sí-Mismo. Es aquí donde no podemos ya separar empíricamente la imagen de Dios» (*Antwort auf Hiob*, 3.ª ed., 1961, pág. 120).

Se puede explicar la imagen de Dios «como un reflejo del Sí-Mismo» o a la inversa «el Sí-Mismo como *imago Dei in homine*» *(Symbolik des Geistes*, 2.ª ed., 1953, pág. 431).

• ***Imagen primitiva***. (Jakob Burckhardt). Empleado originariamente por Jung para el concepto de «arquetipo» (véase allí).

• ***Inconsciente, lo***. C. G. JUNG: «Teóricamente no pueden ponerse límites al campo de la conciencia, puesto que puede extenderse en un ámbito ilimitado. Pero empíricamente se encuentran siempre sus límites en el terreno de lo *desconocido*. Esto último se compone de todo lo que no se sabe, de lo que no está en relación con el Yo, como centro del campo de consciencia. Lo desconocido se descompone en dos grupos de objetos, a saber, los externos, captables por los sentidos, y en segundo lugar los hechos interiores, captables directamente. El primer grupo representa lo desconocido del mundo circundante, el último, lo desconocido del mundo interno. La última zona la designamos como el inconsciente» (*Aion*, 1951, pág. 15).

«Todo lo que sé, pero en lo que no pienso momentáneamente; todo lo que en alguna ocasión me fue consciente, pero que ahora está olvidado; todo lo percibido por mis sentidos, pero que no lo tiene presente mi consciencia; todo lo que siento, pienso, recuerdo, quiero y hago sin intención y sin atención, es decir, inconscientemente;

todo lo futuro que se prepara en mí y sólo más tarde llegará a la consciencia; todo esto es contenido de lo inconsciente» (*Von der Wurzeln des Bewusstseins*, 1954, pág. 536).

«A estos contenidos se suman también todas las represiones más o menos deliberadas de representaciones e impresiones penosas. La suma de todos estos contenidos lo designo yo como el *inconsciente personal*. Pero más allá de ello hallamos en el inconsciente también las propiedades no adquiridas individualmente, sino heredadas, como son los instintos, como la tendencia a la actividad, que se siguen sin una motivación consciente, que resultan de una necesidad… (En este aspecto "profundo" de la psique hallamos también los arquetipos). Los instintos y los arquetipos… forman el *inconsciente colectivo*. Denomino a este inconsciente colectivo porque, en contraposición al definido anteriormente, no tiene contenidos individuales, es decir, más o menos simples, sino difundidos universalmente y en igual proporción» (*Über psychische Energetik und das Wesen der Träume*, 1948, pág. 268 y s.).

«El primer grupo trata de contenidos que representan partes integrantes de la personalidad individual y por ello igualmente podrían ser conscientes; el último significa tanto como una *condición o fundamento* de la psique, presente en general, continuamente idéntica a sí misma» (*Aion*, 1951, pág. 20 y s.).

«Las "capas" más profundas de la psique pierden la peculiaridad individual a mayor profundidad y oscuridad. Se vuelven más colectivas hacia "abajo", es decir, al aproximarse al sistema autónomo de funcionamiento, para convertirse en universal y diluirse al mismo tiempo en la materialidad del cuerpo, a saber, en los compuestos químicos. El carbono del cuerpo es carbono en general. "En último lugar" la psique es "mundo" en general» (*Zur Psychologie des Kind-Archetypus*, en Jung-Kerényi: *Einführung in das Wesen der Mythologie*, 1951, pág. 136).

• ***Individuación***. C. G. JUNG: «Empleo la expresión "individuación" en el sentido de aquel proceso que engendra un "individuo" psicológico, es decir, una unidad aparte, indivisible, un *Todo*» (*Bewusstsein, Unbewusstes und Individuation*; *Zentral-blattfür Psychotherapie*, 1939, pág. 257).

«Individuación significa: llegar a ser un individuo y, en cuanto por individualidad entendemos nuestra peculiaridad más interna, última e incomparable, llegar a ser *uno Mismo*. Por ello se podría traducir "individuación" también por "mismación" o "autorrealización"» (*Die Beziehungen zwischen dem Ich und dem Unbewussten* [*Las relaciones entre el Yo y lo Inconsciente*], 3.ª ed., 1938, pág. 91).

«Noto una y otra vez que el proceso de individuación se confunde con el devenir consciente del Yo, y por ello el Yo se identifica con el Sí-Mismo (véase allí), de lo que naturalmente surge una grave confusión del concepto. Pues de este modo la individuación se convierte en el mero egocentrismo y autoerotismo. Sin embargo, el Sí-Mismo comprende infinitamente mucho más en sí que un mero Yo… Es tanto uno

como los otros, como el Yo. Individuación no excluye al mundo sino que lo incluye» (*Von den Wurzeln des Bewusstseins*, 1954, pág. 595).

• ***Inflación***. Una expansión que sobrepasa los límites individuales de la personalidad mediante identificación con un arquetipo (véase allí) o, en casos patológicos, con una figura histórica o religiosa. En los casos normales se manifiesta como una especie de soberbia y es compensada por un sentimiento respectivo de inferioridad.

• ***Introversión***. Actitud típica que se caracteriza por la concentración del interés por los procesos internos del alma. Opuesto: *Extraversión* (véase allí).

• ***Mana***. Concepto melanésico para un poder extraordinariamente eficaz que proviene de un hombre, un objeto, de actos y acontecimientos, de seres sobrenaturales y espíritus. Significa también salud, prestigio, fuerza curativa y mágica. Concepto primitivo de la energía psíquica.

• ***Mandala*** (sánscrito). Círculo mágico. Según C. G. JUNG: símbolo del centro, del objetivo y del Sí-Mismo (véase allí) como totalidad psíquica. Autorrepresentación de un proceso central, de la producción de un nuevo centro de la personalidad. Se expresa simbólicamente por la forma del círculo, por disposición simétrica del número cuatro y su complejidad (véase cuaternidad). En el lamaísmo y en el yoga tantra el mandala es el instrumento de la contemplación (Yantra), sede y lugar de origen de los dioses. Mandala alterado: toda forma que difiere del círculo, cuadrado y de la cruz de brazos iguales, o cuyo número básico no es cuatro ni ocho.

C. G. JUNG: «Mandala significa círculo, círculo especialmente mágico. Las mandalas se han difundido no sólo por todo el Oriente sino que está ampliamente comprobada su existencia también entre nosotros en la Edad Media. Mandalas especialmente cristianas se encuentran a principios de la Edad Media, la mayoría de veces con Cristo en el centro de los cuatro evangelistas o sus símbolos en los puntos cardinales. Este símbolo ha de ser muy antiguo, pues ya Horus se representaba así en Egipto con sus cuatro hijos». (*Das Geheimnis der Goldenen Blüte*, 5.ª ed., 1957, pág. 22).

«Los mandalas se presentan, según la experiencia… en situaciones que se caracterizan por su confusión o carácter enigmático. El arquetipo constelado de este modo representa un esquema de orden que en cierto modo se sitúa sobre el caos psicológico como retículo psicológico o como círculo dividido en cuatro partes, por medio de lo cual cada contenido asume su lugar y mantiene coherente el todo que tiende a dispensarse en lo indeterminado, por medio del círculo guardián y protector» (*Ein moderner Mythus*. Von Dirigen, die am Himmel gesehen werden, 1958, pág. 115).

• ***Neurosis***. Estado de desacuerdo consigo mismo originado por el antagonismo de

necesidades impulsivas y las exigencias de la cultura, por enojo infantil y la voluntad de adaptación, por deberes individuales y colectivos. La neurosis constituye un signo de detención ante un falso camino y una advertencia de la necesidad de un proceso curativo personal.

C. G. JUNG: «La perturbación psíquica en una neurosis, y la neurosis como a tal, pueden concebirse como un *acto fallido de adaptación*. Esta formulación (corresponde) a la idea de Freud de que una neurosis en cierto sentido representa un intento de autocuración» (*Psychoanalysis and Neurosis*, Londres, 1916. Traducido del inglés).

«La neurosis es siempre un sucedáneo del auténtico sufrimiento» (*Psychologie und Religion*, 4.ª ed., 1962, pág. 90).

• ***Numinosum***. Concepto de Rudolf Otto («lo sagrado») para lo indecible, lo enigmático, lo horripilante, lo completamente distinto, la propiedad experimentable directamente sólo en lo divino que le incumbe.

• ***Persona***. Originariamente, la máscara que entre los antiguos llevaba el actor.

C. G. JUNG: «La persona… es aquel sistema de adaptación o aquel modo con el cual entramos en relación con el mundo. Así, casi toda profesión tiene una persona característica… El peligro está sólo en que se identifique uno con la persona, como por ejemplo el profesor con su manual o el tenor con su voz… Se podrá decir con cierta exageración: la persona es aquello que no es propiamente de uno, sino lo que uno y la demás gente creen que es» (*Gestaltungen des Unbewussten*, 1950, pág. 55).

• ***Psicoideo***. «Semejante al alma», «de forma anímica», «cuasi-anímico». Jung caracteriza sí la capa profunda inconcreta del *inconsciente* (véase allí) *colectivo* y sus contenidos, los *arquetipos* (véase allí).

C. G. JUNG: «El inconsciente colectivo representa una psique que, en contraposición a lo psíquico conocido por nosotros, resulta inconcreto, por lo que yo precisamente lo designo por psicoideo» (*Synchronizitat und Psique*, 1952, pág. 20 y s.).

• ***Sí-Mismo***. El *arquetipo* central (véase allí). El arquetipo de la jerarquía. La totalidad del hombre. Se representa simbólicamente por el círculo, cuaternidad (véase allí), niño, mandala, etc.

G. G. JUNG: «El Sí-Mismo es una magnitud antepuesta al Yo consciente. Comprende no sólo la psique consciente, sino también la inconsciente, y por ello es, por así decirlo, una personalidad que *también* somos… No existe posibilidad alguna de alcanzar también una consciencia aproximativa del Sí-Mismo, pues por más que queramos hacerlo consciente siempre existirá una cantidad indeterminada e indeterminable de inconsciente que pertenece a la totalidad del Sí-Mismo» (*Die

Beziehungen zwischen dem Ich und dem Unbewussten, 3.ª ed., pág. 98 y s.).

«El Sí-Mismo es no sólo el centro, sino también aquel ámbito que encierra la consciencia y el inconsciente; es el centro de esta totalidad como el Yo es el centro de la consciencia» (*Psychologie und Alchemie*, 2.ª ed., 1952, pág. 69).

«El Sí-Mismo es también la meta de la vida, pues es la expresión más completa de la combinación del destino que se llama individuo» (*Die Beziehungen zwischen dem Ich und dem Unbewussten*, 3.ª ed., 1938, pág. 206).

• ***Sincronicidad***. Concepto acuñado por C. G. Jung para expresar una oportuna coincidencia o concordancia *a)* de un acontecimiento psíquico y de otro físico, que no están unidos casualmente entre sí. Tales fenómenos de sincronización suceden, por ejemplo, si acontecimientos interiores (sueños, visiones, presentimientos) tienen una concordancia con la realidad externa: la imagen interna o el presentimiento se han mostrado «verdaderas»; *b)* de sueños, pensamientos, etc., iguales o semejantes que tienen lugar simultáneamente en diversos lugares. Ni una ni otra manifestación puede explicarse por casualidad. Parecen más bien depender de procesos arquetípicos en el inconsciente.

C. G. JUNG: «El ocuparme de la psicología de los procesos inconscientes me ha exigido, hace ya muchos años, buscar otro principio explicativo (además del de causalidad), porque el principio de causalidad me parecía insuficiente para explicar ciertos fenómenos extraños de la psicología inconsciente. Primeramente hallé concretamente que existen fenómenos psicológicos paralelos que no pueden relacionarse sin más entre sí de un modo causal, sino que deben estar en otro encadenamiento de sucesos. Este encadenamiento me pareció darse esencialmente en el hecho de la relativa simultaneidad, de ahí la expresión “sincrónico”. Pues parece como si el tiempo no sea algo abstracto, sino más bien un continuo concreto, que contiene cualidades y condiciones básicas que, con relativa simultaneidad, pueden manifestarse en diversos lugares, en un paralelismo que no puede explicarse causalmente, como por ejemplo en los casos de la aparición simultánea de pensamientos, símbolos o estados psíquicos idénticos» (*Zum Gedachtnis Richard Wilhelm* [*A la memoria de Richard Wilhelm*], en *Das Geheimnis der Goldenen Blüte*, 5.ª ed., 1957, pág. XVII).

«He elegido el término “sincronicidad” porque la simultaneidad de dos acontecimientos análogos, pero acausalmente ligados, parece un criterio esencial. Empleo, pues, aquí, el concepto general de sincronismo en el sentido especial de coincidencia temporal de dos o más acontecimientos, relacionados mutuamente de modo acausal, que tienen un contenido idéntico o semejante. Esto se opone, pues, al *sincronismo* que representa la mera simultaneidad de dos acontecimientos» (*Synchronizitat als ein Prinzip akausaler Zusammenhänge*, en Jung-Pauli: *Naturerklärung und Psyche*, 1952, pág. 26 y s.).

«La sincronicidad no es más enigmático o misterioso que las discontinuidades de

la Física. Es tan sólo la convicción inveterada de la omnipotencia de la causalidad lo que ofrece dificultades a la comprensión; y hace que se manifieste como inconcebible el que acontecimientos acausales puedan presentarse o existir… Coincidencias análogas sólo son concebibles como puras casualidades. Sin embargo, cuanto más se acumulan y cuanto mayor y más precisa es la concordancia, tanto más disminuye su probabilidad y tanto más aumenta su inverosimilitud, es decir, no pueden ya pasar por simples casualidades sino que deben concebirse como ordenaciones a falta de interpretación casual… Su (ausencia de explicación) no consiste en el hecho de que la causa sea desconocida sino en que no resulta concebible una tal causa con nuestros medios de comprensión» (*Ibidem*, pág. 105 y s.).

• ***Sombra***. La parte inferior de la personalidad. La suma de todas las disposiciones psíquicas personales y colectivas, que no son vividas a causa de su incompatibilidad con la forma de vida elegida conscientemente y se constituyen en una personalidad parcial relativamente autónoma en el inconsciente con tendencias antagónicas. La sombra se comporta respecto a la consciencia como compensadora, su influencia, pues, puede ser tanto negativa como positiva. Como figura onírica la sombra tiene el mismo sexo que el que sueña. Como parte del *inconsciente* (véase allí) *personal*, la sombra pertenece al Yo; pero como arquetipo (véase allí) del «adversario» pertenece al *inconsciente colectivo* (véase allí). El devenir consciente de la sombra es el trabajo inicial del análisis. La omisión y la supresión de la sombra, así como la identificación del Yo con ella, puede llevar a desdoblamientos peligrosos. Puesto que la sombra está próxima al mundo de los instintos, es indispensable tenerla en cuenta constantemente.

C. G. JUNG: «La figura de la sombra personifica todo lo que el sujeto no reconoce y lo que, sin embargo, una y otra vez le fuerza, directa o indirectamente, así por ejemplo, rasgos de carácter de valor inferior y demás tendencias irreconciliables» (*Bewusstsein, Unbewusstes und Individuation, Zentralblatt für Psychotherapie*, 1939, pág. 265 y s.).

«La sombra es… aquella personalidad oculta, reprimida, casi siempre de valor inferior y culpable que extiende sus últimas ramificaciones hasta el reino de los presentimientos animales y abarca, así, todo el aspecto histórico del inconsciente… Si hasta el presente se era de la opinión de que la sombra humana es la fuente de todo mal, ahora se puede descubrir en una investigación más precisa que en el hombre inconsciente justamente la sombra no sólo consiste en tendencias moralmente desechables, sino que muestra también una serie de cualidades buenas, a saber, instintos normales, reacciones adecuadas, percepciones fieles a la realidad, impulsos creadores, etc.» (*Aion*, 1951, pág. 379 y s.).

• ***Sueño***. C. G. JUNG: «El sueño es la pequeña puerta oculta en lo más interior y en lo más íntimo del alma, que se abre a aquella primitiva noche cósmica en que fue el alma cuando aún no existía ninguna consciencia del yo, se invertía en alma mucho

más allá de donde puede llegar una consciencia del yo. Pues toda consciencia del yo es aislada, reconoce al individuo, lo separa y diferencia y sólo se ve lo que se puede relacionar con este yo. La conciencia del yo adolece de evidentes limitaciones, aun cuando llegue a las más lejanas nebulosas. Toda consciencia separa; pero en cambio en el sueño penetramos en el hombre más profundo, más universal, más verdadero, más eterno, que se encuentra todavía en el crepúsculo de la noche inicial, donde todavía era el todo y el todo estaba en él, en la naturaleza indiferenciada desnuda de toda individualidad. El sueño procede en esta profundidad vinculada a todo y así todavía es tan infantil, tan grotesco, tan inmoral» (*Wirklichkeit der Seele*, 3.ª ed., 1947, Pág. 49).

«Los Sueños no son creaciones premeditadas y arbitrarias, sino fenómenos naturales, que no son otra cosa que lo que representan. No engañan, no mienten, no falsean ni encubren, sino que anuncian ingenuamente lo que son y piensan. Sólo son enojosos y equívocos porque no los comprendemos. No emplean artificio alguno para ocultar algo, sino que dicen lo que forma su contenido, tan claramente como le es posible a su modo. Podemos también comprender por qué son tan peculiares y difíciles: la experiencia muestra concretamente que se esfuerzan constantemente en expresar algo que el Yo no sabe y no comprende» (*Psychologie und Erziehung* [*Psicología y educación*], 4.ª ed., 1950, pág. 72 y s.).

• ***Trauma psíquico***. Acontecimiento repentino directamente perjudicial al ser viviente, como espanto, angustia, vergüenza, repugnancia, etc.

Notas



Infancia

[1] *Hêr* significa señor.

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

[2] Cfr. C. G. JUNG, *Symbole der Wandlung* (*Símbolos de transformación*), 1952, p. 370 y s.

<<<

[3] De Johann Amos Comenius (1592-1670).

<<<

[4] Un tipo de escondrijo.

<<<

[5] Los *cabires*, denominados también «los grandes dioses», y tan pronto descritos como enanos o como gigantes, eran divinidades naturales cuyo culto, en su mayor parte, tenía relación con el de la diosa Deméter. Se relacionaban con la fecundidad y con el origen de la vida.

<<<

Período escolar (I)

[*] *Apfelbaum*, en alemán.

<<<

[**] *Birnbaum*, en alemán.

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

[1] Cfr. Apéndice 11: *Algunos detalles sobre la familia de C. G. Jung*.

<<<

Período escolar (II)

[1] «*Natural mind es* el espíritu que procede de la naturaleza y no tiene nada que ver con los libros. Surge de la naturaleza del hombre como una fuente de la tierra y expresa la sabiduría propia de la naturaleza. Dice las cosas despreocupadamente y sin consciencia». (Extraído de un informe inédito de un cursillo de 1940. Traducido del inglés por A. J.).

<<<

[2] Heinrich Zschokke, prosista y político suizo (1771-1848).

<<<

Período universitario

[1] *Die Suggestion una ihre Heilwirkung*, Leipzig y Viena, 1888.

<<<

[2] *Nequia*, de νέκυς (cadáver), es el título del canto 11 de la *Odisea*. Significa la ofrenda en sufragio de los muertos para conjurar la expulsión del Hade. *Nequia* es una acertada descripción del descenso al país de los muertos, como por ejemplo en la *Divina Comedia* o «La clásica noche de Walpurgia» en el *Fausto*. Jung lo emplea aquí en un sentido figurado y alude su «descenso» al mundo de las imágenes del inconsciente, del que se hablará en el capítulo «El análisis del inconsciente». [A. J.].

<<<

[3] R. emplea la comparación del tren, que está en maniobras; la locomotora da una sacudida hacia atrás, y este impulso se transmite a todo el tren: del mismo modo el impulso de Cristo perdura a través de los siglos. [A. J.].

<<<

[4] El cuchillo roto en cuatro pedazos lo conservó Jung cuidadosamente. [A. J.].

<<<

[5] *Zur Psychologie und Pathologie sogennnnter occultes Phänomene* (*Sobre la psicología y patología de los fenómenos denominados ocultos*), 1902.

<<<

[6] *Manual de psiquiatría*, 4.ª edición, 1890.

<<<

[7] Inmediatamente después de la muerte de su hermana, Jung escribió las siguientes líneas; «Hasta 1904 mi hermana Gertrud vivió con mi madre en Basilea. Luego se trasladó con ella a Zurich, donde vivió hasta 1909, primero en Zollikon y de entonces hasta su muerte en Küsnacht. Desde la muerte de su madre en 1923 vivió sola. Su vida exterior era tranquila, retirada y transcurrió en el estrecho círculo de relaciones familiares y de amistades. Era amable, educada, bondadosa y no permitía que los que la rodeaban curioseasen en su intimidad. Así murió también, silenciosamente, sin aludir a su propio destino, con perfecto porte. Culminaba una vida que había enriquecido interiormente, al margen de los juicios y las opiniones».

<<<

Actividad en el campo de la psiquiatría

[*] Cfr. Glosario.

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

[1] *Revista de neurología y psiquiatría*, año XXVIII, 1905. Se reeditó en el vol. I de las *Obras completas*.

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

[2] *Über die Psychologic der Dementia praecox* (*Sobre la psicología de la demencia precoz*), Halle, 1907, y *Der'Inhalt der Psychose* (*El contenido de la psicosis*), Viena, 1908.

<<<

[3] El caso se diferencia de la mayoría de los casos de este tipo por la brevedad del período de tratamiento. [A. J.].

<<<

[4] En *Von den Wurzeln des Bewusstseins* (*Sobre los orígenes de la consciencia*), 1950.

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

Sigmund Freud

[1] Este capítulo debe considerarse nada más que como un complemento a los numerosos escritos de C. G. Jung sobre Sigmund Freud y su obra. [Cfr., entre otros estudios, *Der Gegensatz Freud und Jung* [*La oposición entre Freud y Jung*], 1929; en Seelenprobleme der Gegenwart [Problemas anímicos de actualidad], 5.ª edición, 1950; *Sigmund Freud als kulturhistorische Erscheinung* [*Sigmund Freud como fenómeno histórico-cultural*], 1932, etc.].

<<<

[2] En su artículo necrológico sobre Freud (Basler Nachrichten, 1 de octubre de 1939), Jung caracteriza esta obra como de las que «hacen época» y «ciertamente uno de los intentos más audaces que se han realizado para captar el enigma de la psiquis inconsciente y trasladarla al terreno aparentemente firme de lo empírico… Para nosotros, que entonces éramos jóvenes psiquiatras, constituyó una de las fuentes de inspiración, mientras que para nuestros viejos colegas fue motivo de mofa».

<<<

[3] *Die Hysterielehre Freuds, eine Erwiderung auf die Aschaffenburgsche Kritik* (*La teoría de Freud sobre la histeria, réplica a la crítica de Aschaffenburg*), *Obras completas*, vol. IV.

<<<

[4] Después de que Jung (1906) envió a Freud su trabajo sobre los *Diagnostischen Assoziationsstudien* (Estudios diagnósticos de la asociación) comenzó la correspondencia entre ambos investigadores. El intercambio de cartas se prosiguió hasta el año 1913. En 1907, Jung envió también su trabajo *Die Psychologie der Dementia praecox* a Freud. [A. J.].

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

[5] *Wandlungen und Symbole der Libido* (*Transformaciones y símbolos de la libido*), 1912. Nueva edición: *Symbole der Wandlung* (*Símbolos de la transformación*), 1952.

<<<

[6] Cfr. Apéndice 2: *De las cartas de Freud a Jung*.

<<<

[7] Cfr. Apéndice 1: *De las cartas de Jung a su mujer desde los Estados Unidos*.

<<<

[8] Leipzig y Darmstadt, 1810-1823.

<<<

[9] Sobre Th. Flournoy, cfr. Apéndice 6: *Théodore Flurnoy*.

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

El análisis del inconsciente

[1] 1957.

<<<

[2] 27 de noviembre de 1955.

<<<

[3] La conferencia se publicó en inglés con el título *On the Importance of the Unconscious in Psychopathology* en el *British Medical Journal*, Londres, II, 1914.

<<<

[4] Cuando Jung habló de estos recuerdos se producía siempre la evocación. «Contento, estar a salvo de la muerte» (*Odisea*), propuso él como lema para el capítulo. [A. J.].

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

[5] Una fórmula alquímica que se atribuye a Tomás de Aquino. Tr.: «Limpia nuestro espíritu de las terribles tinieblas».

<<<

[6] *Anthroparion* es un «hombrecillo», una especie de homúnculo. En el grupo de los *anthroparion* se encuentran los hombrecillos de la tierra, los *dakty-Icn* de los antiguos, el homúnculo de los alquimistas. También el Mercurius alquímico era, como espíritu del mercurio, un *anthroparion*. [A. J.].

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

[7] El Schwarzes Buch comprende seis volúmenes encuadernados en piel negra; el Rotes Buch, un infolio encuadernado en piel roja, contiene las mismas fantasías, pero en una forma y lenguaje retocados y en escritura gótica caligráfica, a la manera de los manuscritos medievales. [A. J.].

<<<

[8] Cfr. Apéndice 9: *Complemento al «Rotes Busch»*.

<<<

[9] «*Aurea Catena*» (cadena de oro) es una alusión a la fórmula alquímica «Áurea Catena Homeri» (1723). Con ello se hace referencia a una fila de hombres sabios que, comenzando por Hermes Trimegistos, unen la tierra y el cielo. [A. J.].

<<<

[10] *Siete sermones a los muertos*. Cfr. Apéndice 10.

<<<

[11] *Symbole der Wandlung*, nueva edición revisada, 1952.

<<<

[12] Durante este intervalo de tiempo Jung escribió poco: algunos artículos en inglés y el trabajo *Das Unbewusste im normalen und knanken SeelenIcben* (*Lo inconsciente en la vida del alma normal y enferma*) [tras refundirlo, apareció con el título *Über die Psychologie des Unbewussten* (*Sobre la psicología del inconsciente*), 7.ª edición, 1960]. El período finalizó con la publicación del libro *Psychologische Typen* (*Tipos psicológicos*), 1921. [A. J.].

<<<

[13] En el año 1933 Jung reemprendió su actividad docente en la Escuela Superior Técnica de Zurich. En 1935 fue nombrado profesor titular. En 1942 abandonó este cargo por motivos de salud, pero en 1944 siguió el nombramiento de profesor numerario de la Universidad de Basilea en el marco de una cátedra de psicología médica fundada para él. Después de la primera fase tuvo, sin embargo, que abandonar también sus actividades docentes a causa de una grave enfermedad y un año después dimitió. [A. J.].

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

[*] Ctr. Glosario.

<<<

[14] II. 3. Cfr. también *Gestaltungen des Unbewussten* (*Formaciones del inconsciente*), 1950, II. 6.

<<<

[15] *Das Geheimnis der Goldenen Blütte*, 1948, II. 10. *Gestaltungen des Unbewussten*, 1950, II. 36.

<<<

[16] Sobre Richard Wilhelm, cfr. Apéndice 4: *De una carta a un joven investigador*.

<<<

[*] *Leter*, en alemán. [N. de la t.].

<<<

Acerca del origen de la obra

[1] El cráter significaba, en los escritos de Poimandres, que pertenecía a una secta hedonístico-gnóstica, un recipiente que está lleno de espíritu, enviado por el Dios Creador a la tierra para que los que se esfuerzan en conseguir una consciencia superior puedan ser bautizados en él. Era un tipo de útero de renovación y renacimiento espiritual. [A. J.].

<<<

[2] Aquí Jung se refiere a la bula papal de Pío XII que proclamó el dogma de la Asunción de María (1950). En ella se dice que María se unió, en la cámara nupcial celestial (tálamo), como esposa con el hijo y como Sofía con la divinidad. De este modo el principio femenino se vinculó estrechamente a la Trinidad masculina (Antwort auf Hiob, 3.ª edición, 1961, p. 110 y ss.). [A. J.].

<<<

[3] Las granadas, que caen del cielo, deben entenderse como disparos que vienen del «otro lado», del enemigo. Son, pues, efectos que provienen del inconsciente, de la zona de sombra. Lo sucedido en el sueño indica que la guerra, que tuvo lugar algunos años antes, no ha terminado todavía, sino que prosigue en lo interno, en la psiquis. Parece que aquí reside la solución del problema, la cual no puede hallarse fuera. [A. J.].

<<<

[4] *Probleme der Mystik und ihre Symbolik* (*Problemas de la mística y su simbolismo*), 1914.

<<<

[5] Silberer se suicidó.

<<<

[6] *Rosarium Philosophorum*, escrito anónimo de 1550. Contenido en *Auris Auriferae*, vol. II, 1593.

<<<

[7] Publicado primeramente como artículo en *Archives de Psychologie de la Suisse Remande,* Ginebra, 1916.

<<<

[8] *Psychologische Typen*, 1921, Gesammelte Werke (*Obras completas*), vol. VI, 1960.

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

[9] Los artículos están contenidos en *Seelenprobleme der Gegenwart*, 1931, y *Wirklichkeit der Seele* (*Realidad del alma*), 1934.

<<<

[10] En *Über psychische Energetik und das Wesen der Träume* (*Energética psíquica y esencia del sueño*), 2.ª edición, 1948.

<<<

[11] En *Symbolik des Geistes* (*Simbolismo del espíritu*), 1948.

<<<

[12] En *Von den Wurzeln des Bewusstseins*, 1954.

<<<

[13] Cfr. *Ein moderner Mythus. Von Dirigen, die am Himmel gesehen werden* (*Sobre cosas que se ven en el cielo*), 1958.

<<<

[14] Recordé entonces las «trampas para los espíritus» que observé en Kenia. Son casitas en que la gente instala pequeñas camas y agregan también algo de provisiones, *posho*. Con frecuencia en la cama hay una figurilla de barro o arcilla, simulacro de un enfermo que debe ser curado. Un camino a menudo trazado artísticamente con piedrecitas conduce por un atajo a estas casitas para que los espíritus se dirijan hacia allí y no al pueblo de los hotentotes, donde está el enfermo, que estos espíritus querrían llevarse. En estas «trampas para los espíritus» pasan luego la noche los espíritus y regresan antes de nacer el día al bosque de bambú, que constituye su morada propia. [C. G. J.].

<<<

[15] Después de la muerte de mi esposa, en 1955, se encargó del estudio del grial la doctora Marie-Luise von Franz, que lo terminó felizmente en 1958. / Cfr. E. Jung y M.-L. v. Franz, *Die Graalslegende in psychohgischer Sicht* (*La leyenda del Grial en el aspecto psicológico*), Estudios del Instituto C. G. Jung, vol. XII, Zurich, 1960.

<<<

[*] Rey del los Caballeros del Santo Grial, herido por una flecha envenenada. [N. de la t.].

<<<

[**] Se refiere, sin duda, a la *Epístola a los Gálatas*.

<<<

[16] En Jung-Pauli, *Naturerklärung und Psique* (*La interpretación de la naturaleza y la psique*), Zurich, 1952.

<<<

El torreón

[1] El torreón de Bollingen fue para Jung no sólo un lugar de recreo, sino que pasó allí aproximadamente la mitad de su vida trabajando y descansando. «Sin mi tierra, mi obra no hubiera podido surgir». Hasta avanzada edad, Jung halló distracción en cortar leña, cavar, cultivar y cosechar. En su juventud fue aficionado a los deportes náuticos. [A. J.].

<<<

[2] Título de un antiguo grabado en madera chino en el que se ve a un diminuto anciano en un paisaje heroico. [A. J.].

<<<

[3] La primera frase es un fragmento de Heráclito [H. Diels, *Die Fragmente der Vorsokratiker* (*Fragmentos de los presocráticos*), 1903, fragmento 52); la segunda frase alude a la liturgia de Mitra (A. Dieterich, *Eine Mithrasliturgie*, Leipzig y Berlín, 1923, p. 9); la última frase es de Homero (*Odisea*, canto 24, verso 12). Para las demás inscripciones véase en el Glosario «Alquimia». [A. J.].

<<<

[4] Cfr. Apéndice, *Algunos detalles sobre la familia de C. G. Jung*.

<<<

[5] El oro de los filósofos, es decir, de los alquimistas. [A. J.].

<<<

[6] La actitud de Jung la expresa la inscripción que escribió sobre la entrada de su casa en Bollingen: *Philemonis Sacrum - Fausti Poenitentia* (*El ataúd de Filemón - Penitencia de Fausto*). Cuando este lugar fue tapiado, trasladó las palabras sobre la entrada del segundo torreón. [A. J.].

<<<

Viajes

[1] Cfr. Apéndice: *Carta a su mujer desde Susa, Túnez (1920).*

<<<

[*] Ciudad china en la provincia de Sinkiang, que posee las minas de la antigua capital nigúrica Chotscho. [N. de la t.].

<<<

[*] Colono advenedizo, arrendatario de pastos del Estado. [N. de la t.].

<<<

[2] *Kauri* (o *kowri*) son pequeñas conchas que se emplean también como dinero.

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

[**] Dios nórdico del fuego y del mal.

<<<

[3] El mamur es, literalmente, el prefecto encargado, el gobernador.

<<<

[4] En dos artículos, «The Dreamlike World of India y What India can teach us», informó Jung sobre las impresiones de su viaje. Se publicaron inmediatamente después de su regreso en la revista *Asia* (Nueva York, enero y febrero de 1939). [A. J.].

<<<

[5] Sobre Heinrich Zimmer, cfr. Apéndice: *Heinrich Zimmer*.

<<<

[6] En posteriores observaciones, Jung confrontó Buda y Cristo en su actitud frente al sufrimiento. Cristo reconoce en el sufrimiento un valor positivo, y como víctima es más humano y real que Buda. Buda se opuso al sufrimiento, pero con ello también a la alegría. Estaba al margen de las emociones y sentimientos y por ello no fue realmente humano. En los evangelios, Cristo es descrito de tal modo que no puede comprenderse más que como hombre-Dios, a pesar de que en realidad nunca dejó de ser hombre, mientras que Buda, ya en vida, se elevó por encima del ser humano. [A. J.].

<<<

[7] Acerca del problema de la *imitatio*, cfr. *Einieitung in die religions-psychologische Problematik der Alchemie* (*Introducción a la problemática religioso-psicológica de la alquimia*), en *Psychologie und Alchemie*, 1952 (2.ª edición).

<<<

[8] Aquí se empleó para designar a Dios la palabra sánscrita *deva* = ángel custodio.

<<<

[9] *Seminario sobre tantra-yoga*, 1932.

<<<

[10] Jung explicaba la visión no como un fenómeno sincrónico, sino como una nueva creación momentánea del inconsciente, en relación con la idea arquetípica de la iniciación. La causa próxima de la objetivación se encuentra en la relación del ánima con Gala Placidia y la emoción suscitada por ella. [A. J.].

<<<

Visiones

[*] Cfr. Glosario.

<<<

[1] *Basileus* = rey. Kos fue famosa en la antigüedad por el templo de Esculapio y fue el lugar de nacimiento del médico Hipócrates (siglo V a. C.).

<<<

[2] *Pardes rimmonim* es el título de un tratado cabalístico de Mose Cordovero del siglo XVI. Malkut y Tiferet son, según la concepción cabalística, dos de las diez esferas de las manifestaciones divinas, en las que Dios sale de su retiro. Representan un principio femenino y masculino dentro de la divinidad. [A. J.].

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

Acerca de la vida después de la muerte

[1] Acerca del «saber absoluto» en el inconsciente, cfr. C. G. Jung, *Synchronizität als ein Prinzip akausaler Zusammenhänge*, en Jung-Pauli, *Naturerklarung und Psyche*, 1952.

<<<

[2] J. B. Rhine, Duke University en Durham, Estados Unidos, ha demostrado con sus experimentos con naipes la capacidad del hombre para realizar percepciones ultrasensibles. [A. J.].

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

[*] Cfr. Glosario, extraversión e introversión.

<<<

[3] *Historia de los Apóstoles* II, 17. *Joel,* III, 1.

<<<

[4] La medicina se apresta demasiado tarde, cuando el mal se ha hecho fuerte desde hace tiempo.

<<<

[5] Cfr. a este respecto *Synchronizität als ein Prinzip akausaler Zusamnienhänge*, en Jung-Pauli, *Naturerklärung und Psyche*. 1952, p. 92 y s.

<<<

[6] La inseguridad acerca de a quién o a qué «lugar» hay que atribuir realidad desempeñó una vez, en la vida de Jung un papel: cuando niño, sentado sobre la piedra, meditaba ya sobre si *era* la piedra la que pensaba o «Yo». Cfr. también el conocido sueño de la mariposa de Dschuang-Dsi. [A. J.]. // «En cierta ocasión soñó Dschuang-Dsi que era una mariposa, una mariposa aleteante, que se sentía bien y feliz y no sabía nada de Dschuang-Dsi. De repente se despertó: ahí estaba él otra vez, el real y verdadero Dschuang-Dsi. Pero yo no sé si Dschuang-Dsi había soñado que él era una mariposa, o si la mariposa había soñado que ella era Dschuang-Dsi, si bien ciertamente entre Dschuang-Dsi y la mariposa existe una diferencia. Así ocurre con la mutabilidad de las cosas» (*Dschuang-Dsi*, traducido por Richard Wilhelm. Düsseldorf, Köln 1979, p. 52). [N. del e.].

<<<

Últimos pensamientos

[*] Cfr. Glosario.

<<<

[1] Este tema lo ha tratado Jung en *Aion*, 1951.

<<<

[2] Cfr. nota 2 en «Acerca del origen de la obra».

<<<

[3] Códice *Bezae ad Lucam* 6, 4.

<<<

[4] Copiado de *Gcstahungen des Unbewussten*, 1950, II. 3.

<<<

[5] Jung-Wiihelm, *Das Geheimnis der Goldenen Blüte*.

<<<

[6] Uno de los significados de «symbolon» es la «tessera hospitalitatis», la moneda rota, con cuyas mitades, según antiguas costumbres, se quedaban dos amigos al separarse.

<<<

[7] Cfr. *Das Wandlungssymbol in der Messe*, en *Von der Wtirzeln des Bewusstseins*, 1954, p. 284.

<<<

[8] *Phil*. 2, 6.

<<<

[9] Cfr. Apéndice 5: *De una carta a un colega (1959)*.

<<<

[10] Constelación del «pez del sur». Su boca se representa por la *Fomalhaut* (árabe = boca del pez) bajo la constelación de Acuario.

<<<

[11] El signo astrológico de Capricornio se llamaba originariamente «pez-chivo». Es el animal heráldico de la gens Julia, de la estirpe a la que pertenecía Julio César.

<<<

[*] Cfr. Glosario.

<<<

Resumen

[1] Cfr. Apéndice 3: *Carta a su mujer desde Susa, Túnez (1920)*.

<<<

Apéndices 1 a 10

[1] Freud, Ferenczi y Jung.

<<<

[2] Con el amable permiso de Ernst Freud. Londres.

<<<

[3] Cfr. E. Iones, Freud, III, Nueva York, 1957, p. 387 y s.

<<<

[4] Sólo en la edición alemana.

<<<

[5] Sólo en la edición alemana.

<<<

[6] Sólo en la edición alemana.

<<<

[7] Antiguo libro de sabiduría y oráculos cuyos orígenes se remontan al siglo IV a. C.

<<<

[8] Sólo en la edición alemana.

<<<

[9] *Kunstform und Yoga im indischen Kultbild* (*Forma artística y yoga en la imagen cultural india*), Berlín, 1926.

<<<

[10] Sólo en la edición alemana.

<<<

Apéndice 11: ***Algunos detalles sobre la familia de C. G. Jung***

[1] Además de los relatos orales de Jung, he empleado el llamado «libro de familia», un pergamino encuadernado en un volumen, que contiene antiguos documentos y cartas y que fue completado por Jung; el diario de su abuelo Carl Gustav Jung (publicado por su hijo Ernst Jung); dos artículos de M. H. Koelbing, «Wie Carl Gustav Jung Basler Professor wurde» («Cómo llegó a catedrático de Basilea Carl Gustav Jung») (Basler Nachrichten, 26 de septiembre de 1954), y «C. G. Jungs Basler Vorfahren» («Antepasados de Basilea de C. G. Jung») (Basler Nachrichten, 14 de julio de 1955). Además, estuvieron a mi disposición los resultados de un trabajo sobre la familia realizado entre 1928 y 1929. (El fragmento sobre la familia de C. G. Jung existe sólo en edición alemana).

<<<

[2] Octubre de 1817, fiesta académica revolucionaria en conmemoración de la Reforma (1517) y de la batalla de Leipzig (1813), que celebraban los Burs chenschaften (tipo de asociaciones alemanas) de Jena.

<<<

[3] Hermann Reimer era el hijo del librero y editor de Berlín. Se casó con la hija de Carl Gustav Jung del primer matrimonio con Virginie de Lassaulx. Jung menciona su visita a casa de la señora del Dr. Reimer en Stuttgart, después de su examen de licenciatura en 1900 (pág. 118). La cita siguiente la he tomado del artículo citado de Koelbing, «Wie Carl Gustav Jung Basler Professor wurde».

<<<

[4] *Baslerisches - Allzubaslerisches*, de Hans Jenny, Basilea, 1961, p. 466.

<<<

[*] Tal como pude saber posteriormente, existe otra versión del escudo original, mencionado por Jung en el capítulo «El torreón», que representa un fénix, y que su abuelo C. G. Jung transformó en la forma actual. Se trata de una mariposa que salía de una muñeca. Según una tradición familiar, el primer nombre del «Doctor en medicina y derecho» Jung (muerto en Maguncia en 1654) no era Carl, sino Simón.

<<<